

**Vendrá la muerte  
y tendrá tu rostro**

JOSÉ LUIS TOMÁS PORTA

**D.J.57**



**VENDRÁ LA MUERTE Y  
TENDRÁ TU ROSTRO**

José Luis Tomás Porta

Primera edición: Julio 2018

© Derechos de edición reservados.

Azur Grupo Editorial.

[www.azureditorial.com](http://www.azureditorial.com)

[info@azureditorial.com](mailto:info@azureditorial.com)

Colección: Novela

## © José Luis Tomás Porta

[joseluistomasporescrito.com](http://joseluistomasporescrito.com)

Edición: Azur Grupo Editorial

Corrección: Rodri Vaz Cano

Maquetación y Diseño de cubierta: Silvia Martínez Gil

Imagen de cubierta: ©Fotolia.es

ISBN: 978-84-948813-2-9

DEPÓSITO LEGAL: AL 1115-2018

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Azur Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO ( Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ( [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 917021970/932720447)

IMPRESO EN ESPAÑA - UNIÓN EUROPEA

*He arrancado los árboles  
que habitaban en tu casa de espuma  
y he regado mis días  
con el antiguo y nuevo  
verdor de tus ojos.*

Gioconda Belli

# 1

«Me pediste que escribiera como si todo estuviera ocurriendo ahora. Me doy cuenta de que nada ha dejado de ocurrir ni un segundo en mi cabeza. Es domingo. 29 de septiembre de 1985. Su cumpleaños fue el 23. Habíamos pensado celebrarlo anoche para que así pudieran venir más amigos. Ni vino nadie ni celebramos nada. Hemos estado toda la semana enfadados. Esto es bastante habitual, discutimos mucho sin necesitar demasiadas razones para hacerlo, aunque esta vez, como otras muchas, ella sí tenga razones para no hablarme y para enviarme a tomar por culo de una puta vez también, pero se vuelve a quedar callada, una vez más en estos tres años que estamos juntos, fumándose un porro tras otro y dibujando esos relojes ensangrentados que tan triste me ponen.

Nos conocimos en la calle. Es la una o una y media de la tarde. La veo salir de la escuela de artes y oficios. Me fijo en sus vaqueros azul celeste y su blusa blanca que deja traslucir el sujetador. Me quedo petrificado, aún no sé por qué. Se para un momento a hablar con una compañera y mi mirada resbala desde su cara, concentrada en la conversación, a su bien dibujado culo y desde allí otra vez a su cara, su pelo rubio, sus ojos imposibles, y a todas las palabras que imagino suspendidas de esos labios que tan pronto amagan una sonrisa con un deje de ironía como parecen sorprenderse de lo que ellos mismos dicen. Cuando quiero darme cuenta ya no está. Al día siguiente vuelvo, a la misma hora. Espero medio escondido en un portal a que salga. Al poco rato la veo junto a la misma chica del día anterior, se despide de ella tras otra breve charla y se atusa distraída el pelo mientras llega el primer paso desatendido que la aleja de allí despacio, como si andar, irse o quedarse, no sean más que movimientos indiferentes a su voluntad. Entonces comienzo un discreto seguimiento. Unos metros detrás de sus caderas mi imaginación cabalga y mis latidos suenan a charcos que mi sigilo no logra amortiguar. Cada día se repite lo mismo. Su figura de espaldas, su cintura, su culo atrapando mi sueño, se convierten en mis lazarillos. No veo nada más ni pienso ni siento nada más. La sigo desde la escuela por las callejuelas del centro, siempre el mismo itinerario sin desviarse un baldosín, siempre las mismas aceras, las mismas sombras y el mismo rumor de acontecimientos repetidos, siempre cada vez una aventura nueva, un deseo nuevo, un nuevo trocito de ella que yo voy encajando en mi imaginación. Es como ensamblar un

mecano, como componer una melodía en la que el pentagrama es su cuerpo desplazándose unos metros delante de mí. Cuando llegamos a la plaza de Santa Margarita ella se pierde en el portal de una vieja y noble casona. No sabré hasta tiempo después que ella sube corriendo a su habitación para espiar desde su ventana cómo yo me quedo allí parado, disimulando frente a un escaparate un buen rato, atisbando también las ventanas para poder ver un poquito más de su vida. Pasan los días hasta que su mirada se cruza con mis pasos y tres días después nuestros ojos se acostumbran a mirarse al pasar. Al poco tiempo nuestros andares se acomodan y yo, que nunca he sido bueno ligando, me atrevo a saludarla y a preguntarle su nombre; ¿puedo acompañarte?; y su silencio es un sí y a los pocos días el paseo ya es una costumbre, el encuentro un pacto y el primer beso nos pilla casi a escondidas el uno del otro. Ella tiene dieciocho años y yo un par de años más. Aprendemos a caminar juntos y a mirarnos entre palabras, a hablar solo lo necesario y a esperar cada día el sol abrazados a lo que queremos».

## 2

La taberna asturiana estaba a rebosar. En la barra había gente esperando su mesa, pero Gonzalo y el subinspector Ramos la tenían reservada, como cada dos viernes desde hacía ya casi tres años. Gonzalo ya estaba esperando al subinspector. No podía evitar llegar con antelación a sus citas, reconocer el terreno y esperar a que las situaciones se le acercaran sin sorpresas ni sobresaltos. Pero las esperas nunca evitaban que los instantes siempre llegaran de pronto. En la calle llovía con fuerza y dentro el serrín se ensuciaba de pisadas y salpicaduras de sidra mal escanciada. Gonzalo conocía a Ramos desde hacía mucho, de la época en que comenzó a trabajar en la sección de sucesos del *Noticias*, cuando era un jovenzuelo que aún pensaba que las noticias se producían antes de ser escritas. Durante muchos años se relacionaron desde una lejanía amable, profesional, en la que de vez en cuando se abría un hueco para una conversación alrededor de un café en la que se iban filtrando con cuentagotas informaciones personales.

Un ecuatoriano iba por las mesas ofreciendo claveles a las parejas. Gonzalo tuvo que vencer su agarrotada timidez para hacerle una seña y comprarle dos flores: una para su pequeña Altea, la otra se la daría al subinspector como regalo por su cumpleaños. Con los años, sobre todo a partir de separarse de Blanca, había ido estrechando la relación con aquel hombre con más pinta de borrachín bohemio que de veterano policía con decenas de casos ahumando su sempiterno Romeo y Julieta en los labios, hilo invisible que lo sujetaba a una historia que entre orujos y risas y silencios le había ido contando en esos viernes sidrosos.

Cuando llegó Ramos, con diez minutos de retraso, con su blanca y despeinada barba sin fronteras entre rostro y pelambreira, con su optimismo cansado de hombre crecido entre mundos enfrentados, el de su casa y el de los otros mundos, el primero, el segundo, la guerra fría, la dictadura que le dio de comer, la guerra de Vietnam, los Beatles; aunque él fuera más de los Rolling, qué coño, era de Mieres; los adoquines en París, los silencios de una gente acostumbrada a callar, los silencios que se le venían a la garganta como sapos que ya no podía más tragar. Un hombre que acababa de cumplir 53 años, al que el mundo ya le había dado tantas vueltas que a veces la sonrisa le salía movida.

—Perdón por el retraso, muchacho, pero es que en la comi me han invitado a un caldillo por mi cumple. —Palmoteó la espalda de Gonzalo al tiempo que se dejaba caer sobre la silla con el paracaídas de su jovial carcajada—. Mis compañeros me aprecian, por mucho que deseen que pase a la reserva para ocupar mi mesa con vistas a las piernas más bonitas de toda la comisaría.

Volvió a reír, a tocarse el ala del sombrero en un simbólico gesto de quitárselo, a dar un caudaloso trago de la sidra recién escanciada por Gonzalo, a coger con sus dedos gordezuelos la carta sabida de memoria, a vociferar; lo de siempre; y saludar con estruendo dos mesas más allá, a mirar con ojillos pícaros el beso de la joven pareja de al lado, a secarse con el dorso de la mano la barba salpicada, a reprimir un eructo y reír, siempre reír, y mirar a Gonzalo que a su vez le miraba muy serio. Todo ello en un instante durante una eternidad. Mirar a Gonzalo y decir:

—Gonzalo, estamos jodidos.

Gonzalo chocó con él su vaso de sidra.

—Porque sigamos jodidos muchos años más.

En todos aquellos viernes habían ido acercándose poco a poco, casi midiendo cada centímetro de distancia entre sus vidas, avanzando y retrocediendo con el cuidado que solo ponen los buscaminas y los que las han encontrado sin buscarlas. El primer viernes fue un encuentro casual, de esos que provocan las soledades cuando se pegan, el segundo se hizo esperar, pero ya a partir del tercero se creó la costumbre nunca hablada. La taberna se llamaba El Molinón, cómo no, y Paco Ramos le habló a Gonzalo de los tiempos heroicos del Sporting, de cómo la dictadura obligó a suprimir el extranjerismo y denominarse Real Gijón, vaya ironía, pero nadie pudo impedir que sus seguidores le siguieran llamando Sporting; le habló de los triunfales setenta, de Churruca y la escuela de Mareo, de Mesa, de Cundi, del portero Castro y de su hermano Quini, el gran Quini, su fichaje por el Barsa y su secuestro. Le contó interioridades de aquel secuestro que a Gonzalo, a pesar de su experiencia como periodista, le

removieron las tripas.

Cuando terminaron el tapeo llegaron los orujos, el café y el brandy, la conversación de cercanía, un poco adormecida por el alcohol, pero ya sin la medida de lo conveniente. El Molinón se iba despejando poco a poco y los camareros se acercaban de tanto en tanto a saludarles. Eran bien recibidos allí.

### 3

«Al principio los dos nos contamos lo que queremos ser y reímos satisfechos al sospechar que lo único que queremos ser es lo que somos juntos, algo que nos resulta tan cómodo de vivir que no hay más piel que la nuestra, ni más aire que el de nuestras salivas juntas. Cada mediodía la espero para dar el mismo paseo de siempre, por las mismas calles y los mismos besos, con las mismas palabras y la misma forma de acariciarnos cada cosa que nos ocurre. Estamos tan convencidos como engañados, pero los dos daríamos nuestra vida entera para que nuestra vida entera fuera eso y poco más. El poco más es lo que acabará con todo.

Lo normal, y quizá lo mejor para los dos, sería que nuestra historia de amor juvenil dure lo que duran estas historias, que el deslumbramiento mutuo se apague en el rescoldo de la costumbre y que nuevas alternativas nos permitan otras vidas, pero el sueño de querernos deja paso a la huella de cada día, de cada paso de uno tras del otro, y unos meses después sigo acudiendo a mi cita con ella esperando reencontrar aquella primera visión, sin poder permitirme desesperar por no lograrlo. Supongo que a ella le pasa algo parecido. Los dos buscamos encontrar lo que hemos imaginado en el otro y no nos atrevemos a pensar ni por un segundo que solo lo hemos imaginado. Mientras tanto nos mudamos a un piso y seguimos paseando de la mano, hacemos el amor y nos callamos las pequeñas cosas que nos separan. Me dibuja desnudo hasta el amanecer mientras le recito poemas de Alejandra. Bebemos y fumamos porros sin parar, reímos hacia afuera y nos cobijamos en silencios que observan al otro para decidir en segundos si seguir queriéndolo o no. Vienen días y días que se apoderan de planes o futuros. Nos gusta masturbarnos el uno al otro en silencio, como para ponernos un paréntesis que nos encierre para siempre, luego llegan las horas de reloj y ella se va a la escuela y yo me quedo en la cama haciéndome el dormido muy despierto hasta que me duelen las sienes de tanto imaginar su voz diciendo lo que quiero oír y de un salto me levanto y me voy a la ducha para que el agua me borre el día anterior y el que venga. Estoy vivo.

Si la vieras pintar, si tuvieras la suerte de posar para ella en alguno de estos amaneceres, no te haría falta que yo te escriba ahora todo esto. El tiempo solo es lo que hacemos, y cuando pinta el tiempo es ella, no transcurre ni un solo

segundo más allá de lo que su pincel hace vivir. Sus ojos me miran sin ver y su pecho respira con un ritmo tan uniforme que mi cabeza se zambulle en ese vaivén como si no existiera otra cosa que su mar. De pronto algo sucede y su mirada vuelve a verme, entonces con una sonrisa me lanza un beso que revive al tiempo y al reloj y a los latidos. Los dos nos miramos muy callados queriendo atrapar el tiempo que nos ha atrapado y otro beso pone un punto y aparte hasta la próxima espera. Estas sesiones pueden durar horas, pero en una ocasión consigo atisbar algo de lo que ha pintado y con sorpresa descubro que en todo este tiempo apenas ha bosquejado un claroscuro y ha perfilado un trazo de mi rostro.

Al terminar sus estudios todos sus profesores y compañeros le auguran un gran futuro como pintora. Su familia, de muy buena posición, se ofrece a costearle completar sus estudios en cualquier prestigiosa academia de Europa o de América, pero ella no tiene el menor interés, no trabaja en ningún otro cuadro que no sea el inacabable retrato que cada noche me pinta mientras yo leo un libro tras otro e intento escribirle relatos que la enamoren para siempre. Durante días y meses no hacemos otra cosa que deambular por calles y calles desde el mediodía a la medianoche. Al levantarnos de la cama nos duchamos juntos, nos liamos el primer porro, nos vestimos juntos y vamos a desayunar al café de abajo. Ella siempre pide un café con leche y una medialuna que moja hasta deshacerse en la taza. Yo, mientras me tomo mi café a fríos sorbos, le leo los anuncios por palabras y las noticias, que parecen anunciar el final de algún mundo: el atentado del día de ETA, el paro creciente, los ruidos de sable en los cuarteles, la crisis de Oriente Medio, un nuevo atentado islamista en algún lugar no escuchado antes, el atraco a un banco en algún pueblo costero o en alguna ciudad dormitorio, la delincuencia generalizada que aviva las nostalgias por la dictadura, la imparable marea de la heroína que va sumergiendo a los barrios obreros en la resignación y la desmovilización como si la epidemia de la miseria fuera un destino merecido. Tipografías, marcas de hierro que convierten historias de personas en huecas noticias. No tenemos ninguna explicación. Paso las páginas de tres en tres hasta llegar a los anuncios. Me mira con sus ojos verdesgrisazules abiertos de par en par, mojando en ellos cada una de las palabras que yo le leo. Primero las ofertas de pisos de alquiler, luego las de trabajo; y se deja leer sin decir nada, frunciendo a veces los labios para resaltar su interés y otras veces sorbiendo con un ligero ruido su taza para que abrevie y me dirija a los anuncios de sexo, en los que pongo voz de tercera persona mientras le explico con todo detalle los servicios ofrecidos. Me sonrío displicente, como sin interés, pero yo sé que por la noche reproducirá hasta el

mínimo detalle cada cosa que le describo durante el desayuno.

De pronto se cansa de los anuncios y aparta la taza a un lado. Yo pliego el periódico y espero su sonrisa y su voz. Cada día me propone irnos a vivir a cualquier ciudad, a cualquier país, donde ella pintará retratos a los turistas y yo la observaré desde algún banco o algún café cercano, para que note mi mirada y se sienta húmeda. Cada día cambia la ciudad y el país, cada día le brillan los ojos tras la sonrisa y luego se queda callada y tras pagar la cuenta me coge de la mano y me lleva a pasear hasta la playa para ver los verdes del mar y los cielos aprisionando el color. Siempre confunde el mar Rojo y el mar Negro. Le digo que el mar Rojo es donde se flota y ella me pregunta por Sebastopol, quiere que vayamos a Sebastopol. También quiere que vayamos al Canadá, a La Habana, a Lisboa, a miles de sitios y a Praga, un día se le ocurre que tenemos que ir a Praga y empieza a recopilar todo tipo de informaciones sobre la ciudad y su historia. Luego nos quedamos largo rato callados, mirándonos o mirando el mar, y me vuelve a preguntar sobre algún mar; no por no saber, sino para comprobar que sigo teniendo ganas de estar, allí, hablando como sin querer, construyéndonos el mundo como si nos decoráramos la existencia para poder estar más a gusto. El viento del invierno hace que se le caiga la moquita y yo le paso la lengua por la nariz, por los párpados, y le pido por favor que no me deje nunca. Me jura que nunca lo hará y yo me juro a mí mismo que nunca dejaré de intentar ponerle las palabras a sus sueños. De la playa nos vamos a algún sitio donde comer cualquier cosa y luego seguimos vagabundeando por toda la ciudad, cogidos siempre de la mano y observando entre los respiros los pensamientos del otro, buscando cualquier hueco que nos deje entrar un poquito más adentro, no notar tanto el frío, no oír el ruido dentro de nuestras cabezas, abrigarnos en el silencio del otro, encontrarlo allí dentro, callado y eterno, cálido, abrazándonos.

Poco a poco nos vamos alejando de todo, de nuestras familias, de nuestros amigos. Es nuestra forma de querernos, desaparecer el uno en el otro, anularnos hasta no ser más que nosotros. En ningún momento hablamos de esto o de nada parecido. Salvo los volátiles proyectos del desayuno, ni ella ni yo hablamos nunca del futuro, nunca recordamos el día anterior, solo esperamos juntos el estar juntos y la íntima intuición de estarlo nos hace plenos y satisfechos, no necesitamos nada ni queremos nada. Quizá tú emplearías aquí la palabra felicidad, pero esa palabra no llena ningún sueño, ningún silencio, solo lo traiciona».

## 4

Gonzalo no podía recordar con certeza la primera vez que entró en aquel local, pero sería poco después del divorcio. Podría decirse con sorna que su matrimonio había sido una de las primeras víctimas de internet. La red había facilitado desde sus primeros tiempos lo que en el cuerpo a cuerpo era más difícil: conocer gente sin moverse de casa, vivir historias desde un sillón, fotocopiar a uno mismo en decenas de reproducciones del deseo de conocer, gustar, sentir. Pasaron meses hasta que Gonzalo pudo contarle, viernes y viernes de querer abrirse un poco a su nuevo amigo, aunque solo fuera como reciprocidad a la confianza que él le había mostrado al contarle la tragedia de su hija. Al fin llegó el viernes de la confidencia y todavía le rodaron las lágrimas al verbalizar lo que como pensamiento le roía.

Primero fueron señales incomprensibles para alguien que como él no podía concebir el engaño: vacíos donde antes había palabras, días de compras con amigas que antes nunca se daban, extrañas llamadas de su suegra, horas y horas delante de un ordenador que de pronto se apagaba si él se acercaba a besar su cuello, un perfume nuevo, ropa interior en el cajón que nunca se había puesto para él, un documento del procesador de textos olvidado en la papelera de reciclaje:

«Te aseguro que esta noche lloraré, pero de puro placer». Eran demasiados indicios para que no se derrumbara de pronto ese sólido mundo en el que se había refugiado, aquella despreocupación y felicidad por poseer dos tesoros que nunca hubiera imaginado tan perfectos. Su niña y su mujer le daban sentido a todo lo que nunca podría comprender, el mundo de fuera, el que no calzaba zapatillas, desaparecía cada vez que sus princesas le recibían en casa.

Las sospechas nunca se van solas, así que tras días de cabos y cabos anudados como espinos a su cerebro, aprovechó una de esas compras con amigas para seguirla por calles y vagones de metro en los que la vio guapísima, más atractiva que nunca. Tuvo que aferrarse fuerte a la barra para no acercarse y decirle que la quería más que a nada en la vida, seguro de que ella le sonreiría con una de aquellas primeras sonrisas y le besaría diciéndole; tonto, ¿de dónde vienes? Pensó en bajar de aquel ataúd sin frenos, caminar despacio hasta que se le desenganchara cada una de esas sanguijuelas que le estaban chupando el aire,

pero solo bajó detrás de ella y la siguió hasta un parque. Allí la vio sentarse en una mesa donde la esperaba un hombre. Se besaron, hablaron, la oyó reír desde el seto donde se parapetaba para que las lágrimas le dejaran ver aquel día que la conoció, aquella risa tan igual, los paseos, los otros setos, los otros besos. Otra vez pensó en volver, en olvidar, en vivir sin saber, pero ellos se levantaron y comenzaron a andar sin tocarse, guardando toda la distancia que los unía. No podía dejar de mirarla, de sufrir verla tan feliz sin él, con aquel tipo que sería como tantos miles de tipos, que no era él. No soportaba verla feliz, él que la quería tan feliz.

Cinco minutos más tarde la pareja se metió en un hotel y él se quedó allí plantado durante tres imposibles horas, sin pensar ni vivir, solo plantado, sin llorar, sin odiar, con el día cayéndole como chorros de agua hasta anochecer, con el alma orinándosele en los pies, con todos aquellos quiero de siempre, desde niño, quebrados en mil pedazos, rotos de una pedrada traicionera. Como siempre, otra vez.

Pasaron varios días de palabras escasas, pero amables. Blanca le compró aquel reloj que tanto le gustaba y él se lo agradeció con un beso en la mejilla. Altea estaba feliz de ver a sus padres felices y una noche, con la niña ya dormida, Blanca hizo las maletas y se despidió de su marido con furia en los ojos.

—No sé cómo puedes tener los cojones de no decirme nada. ¿Cómo puedes seguir viviendo conmigo si sabes que estoy con otro?

Gonzalo no dijo nada, continuó leyendo a Carver y cuando oyó el portazo cerró los ojos. En el divorcio no hubo problemas. Blanca se quedó con la custodia, la casa y el coche; Gonzalo se llevó la colección de música clásica y el chalet en la montaña, del que se deshizo casi un año después porque era un poco absurdo pagar la hipoteca de un sitio al que no se iba nunca.

Empezó entonces la época del desastre, con su niña a plazos y su mujer pulsándole las sienes hasta exprimírle las bilis y los lacrimales, la época de las mil listas de cómo empezar una nueva vida, las dietas, los gimnasios, los viajes,

los artículos de autoayuda y los intentos de los amigos casados para volverlo a juntar o, por lo menos, mantenerlo al flote de lo que cada uno de ellos creía su bien. Se subió al carrusel de los tíos recién divorciados recorriendo antros de moda, entorchados en su pena de recién dejados, intentando sobrevivir al filo de cinturas prietas por las que les resbalaba el alma a los pies, al fanguillo de las noches y cubatas derramados como sollozos de una historia que se hacía pegajosa entre las tetas de cualquiera.

Poco a poco la cotidianeidad se volvió normalidad y Gonzalo consiguió zafarse de aquel vértigo de búsqueda de la adolescencia perdida, de la necesidad de apagar la rabia con más rabia. Se sintió reconfortado en la lejanía de los demás, de sí mismo, en retomar aquellas lecturas técnicas que tanto le agradaban en sus primeros años, en leer biografías de hombres que lo perdían todo después de haber llegado a la cumbre desde la nada, en leer historias en las que se narraban atracos a bancos, planificados con gran complejidad, en leer cualquier cosa que cayera en sus manos y tuviera alguna relación con el azar y la probabilidad o la teoría de cuerdas, vaya usted a saber por qué. Se refugió en unas gafas de pasta que le hacían más serio, más mayor y distante; comenzó a armar y pintar todo tipo de aviones y barcos a escala, compró de segunda mano los 160 fascículos y las 11 tapas de la *Enciclopedia de la Segunda Guerra Mundial* de la Editorial Salvat, publicados entre los años 1979 y 1982, y se obligó a leerlos en riguroso orden, cada noche el tiempo suficiente para relegar de su insomnio la cara y las risas de la felicidad de su exmujer, hasta llegar a diluir su propia vida con aquellas otras vidas amarillentas que ya olían a papel rancio. Por si el insomnio era para siempre, también adquirió de segunda mano los tres volúmenes de *Historia del Antiguo Egipto*, de Jacques Pirenne, editados en 1984 por la Editorial Océano. Y como culminación de su reencarnación, se compró el equipo de alta fidelidad más caro que encontró según sus posibilidades económicas, materialización del deseo imposible que había arrastrado desde niño, el más perfecto sustitutivo de su mujer que pudo encontrar.

Encontró un piso pequeño a pocas manzanas del periódico y aprendió a dejar los tiempos suspendidos de los relojes cuando Altea no estaba con él. Paseó por la ciudad. Desanduvo casi siempre lo andado, preguntándose por otro camino. No necesitaba mujeres, pero los culos de las jóvenes le empañaban las gafas, así que se acostumbró a resistir para no volver a perder. Sabía dónde podía acudir

para cortarse las ganas con la misma diligencia que cuando hacía falta se cortaba el pelo, pero nunca se hubiera permitido esa debilidad. Retomó los días perdidos como si hubiera habido una interrupción en el suministro de electricidad y descubrió que no le gustaba su vida, que seguramente a muchos no les gustaba su propia vida. Pensó que sería bonito inventarse la vida de los demás, de aquellos que no habían tenido la oportunidad de arrimarla a lo que ellos querían. Aprovechó que en su periódico había quedado vacante el puesto en las necrológicas y se ofreció para compaginarlo con su trabajo habitual.

## 5

«Un día su familia deja de pasarle dinero. Intentamos hacer lo que cada mañana fantaseamos. Con un caballete y dos taburetes nos dirigimos a una plaza turística del centro y yo me acomodo en un banco a una veintena de metros de distancia. A cada momento la gente se para y habla con ella, la mayoría tíos que le entran, pero en ninguna ocasión se sienta nadie para que lo retrate. Pasa una hora, dos, sin que consiga un solo cliente y ni una vez mira hacia donde yo estoy. En más de una ocasión pienso en acercarme para preguntarle, o para darle un beso, o para darle ánimos, para estar con ella, pero algo me impide moverme. Por primera vez desde que la conozco me encuentro tan lejos que tengo la seguridad de que va a ser imposible volver a acercarme. Nunca más respiraré su silencio como hasta ahora, nunca más vestiré su temblor con una mirada que la calme, no habrá más días iguales aunque todos sean idénticos. El tiempo quieto de estas dos horas se ha desbocado y ninguno de los dos podremos ya volver a atraparlo. Intento levantarme, alejarme de allí y no volver a verla nunca más. Quiero irme de ella y de su silencio, emborracharme con todo el griterío de la Tierra, con todas las voces y todos los cuentacuentos mentirosos aullándome en los oídos hasta desgarrarme. No puedo. Sé que si me levanto de este banco, si la convierto en retrato póstumo frente al caballete, nunca más tendré otra imagen de ella que la del abandono. Nunca más podré tener silencio, ni luz, ni paz. La necesitaría tanto que vivir con ella o sin ella sería una tortura inimaginable. Tengo razón.

Lo que no comprendo es que el hecho de alejarme o no ya no cambia nada. Cuando después de otra media hora consigo acercarme, ya no soy yo el que se acerca, ya no es ella la que me mira con lágrimas en los ojos musitando el primer perdón de los muchos que vendrán después. La beso en la frente y le pregunto; ¿por qué lloras, Sara?; no puedo pintar a nadie, solo a ti, no quiero pintar otros rostros, solo el tuyo; y la vuelvo a besar y la odio por no haberme resistido, por haber roto el refugio de nuestro silencio y de nuestros días, por dejarme solo sin ella y con ella para siempre.

Tras ese día todo cambia entre los dos. Cualquiera que asista al antes y al después podrá pensar que las cosas van mejor, o por lo menos son más normales. Ya no vamos a pasear todo el día por las calles. Sí salimos por la mañana, mucho

más temprano, y desayunamos juntos. Yo leo las ofertas de trabajo en silencio y luego apunto las que me interesan en una servilleta. Siempre me pregunta si hay algo y yo le explico a cuáles voy a ir. Me besa con dulzura y me desea suerte. Cada día se ofrece para acompañarme y yo cada día le digo que no es necesario. Ella se sube a casa y yo voy hasta la playa a andar solo. No es que tenga la voluntad de ir hasta la playa, siempre mi primera intención es acudir a las direcciones de las ofertas de empleo, pero al final la servilleta de papel se rompe entre mis dedos y el ruido del mar me calma un poco el otro ruido.

Comienzo a frecuentar a viejos amigos de antes y a beber con ellos. Como tengo poco o ningún dinero, ellos me dan cuartel y me prestan algo de pasta o me pasan una china. Alguna vez me entretengo y no llego a casa hasta la noche. Ella me recibe sin preguntarme nada, solo si quiero cenar. Yo le miento diciéndole que ya he cenado y ella me miente diciendo que también. Muchas veces no hay nada para cenar. Su actitud hace que me sienta tan mal que me odio y la odio, pero ni ella ni yo hacemos nunca el mínimo intento de expresar lo que pensamos o sentimos en ese momento. Yo me voy a la cama y ella viene tras de mí a hacerme el amor como si aún le leyera los anuncios por palabras. Me parece que finge. Nos abrazamos y un poquito antes de dormirse ella me susurra algún buenas noches.

Cuando intenta que pose para el retrato le pongo cualquier excusa, hasta que no me lo pide más ni vuelve a nombrarlo. No he vuelto a verla pintar nunca. Alguna vez le insinúo que visite a sus padres, pero sé que en aquel tiempo nunca lo hace. De vez en cuando queda con antiguas amigas y compañeras, siempre me cuenta con quién va y adónde. Yo también se lo digo, pero cada vez es más frecuente que lo que le cuento no sea cierto. Aunque no lo puedo asegurar, creo que ella algunas veces también me miente. Nuestra relación es cordial. Ahora ya no nos abrazamos en silencio, ella habla bastante y yo poco a poco también. El problema es que no nos importa lo que nos decimos.

Meses después encuentro un empleo gracias a un amigo. Se trata de trabajar en una sala de juegos, en un pueblo cercano. Cuando consigo el trabajo lo primero que pienso es que es el momento de que nos separemos. Ando por toda la ciudad dándole vueltas a cómo planteárselo, cómo decírselo, no le haría daño por nada del mundo. Cuando llego a casa le cuento lo del trabajo y sin pensar le

pido que se venga conmigo. Siento pánico por si me dice que no. No habría soportado que me dejara. Me abraza y ambos lloramos durante mucho rato, pone los labios en mi oído como si fuera una caracola y me vuelve a jurar que no me dejará nunca, yo por un momento oigo el ruido del mar en la playa. Esa noche follamos tres veces, pero creo que ella vuelve a fingir.

Los días se me convierten en noches. Van pasando como si se me cayeran al caminar. Cuando salgo del trabajo, de madrugada, me voy a tomar una copa que poco a poco se va alargando hasta el mediodía siguiente. Llega un momento en que apenas me la cruzo cuando llego a casa dando tumbos o cuando me levanto por la tarde con prisas para no llegar tarde al curro. Ya no sé quién es ni qué hace allí. Está muda y sin lágrimas, solo me mira a veces con su sonrisa triste, con el pequeño reproche de un pliegue de ironía. Hay veces que va por la casa vestida solo con una camiseta de tirantes. Deseo con todas mis fuerzas que fuera otra para poder excitarme. Cada día le dejo sobre su mesilla de noche todo lo que he sacado en propinas. Se va amontonando, apenas coge lo justo para los gastos del día a día. Al principio, cuando libro, la llevo a comer fuera del pueblo. Me pregunta por el trabajo, por los compañeros, hasta a veces juega a los celos, pero nada funciona, ese otro silencio de cemento nos ahoga, nuestra compañía apenas nos llega para fumarnos un chino y dejarnos ir cada uno a nuestro mundo. Al poco tiempo trabajo los días libres para no tener que estar con ella. Cada día la necesito más, la quiero más que a mi vida, pero no sé qué hacer. Me encierro en un estado estupefacto permanente provocado por la continua ingesta de todo tipo de mierdas y alcohol. Los amaneceres son una rutina continua de putas y macarras. A veces me parten los morros, pero todo es bienvenido si me ayuda a no pensar. Cada día, cuando llego a casa, tengo un miedo infinito a que ella ya no esté. Pero siempre está. Un día la insulto y ella calla. Su silencio me vuelve loco y le doy un mamporro. No soporto su sumisión, la jodida bondad de su perdón. Paso días sin aparecer por casa, pero cuando vuelvo ella siempre está y yo no puedo más.

Me despiden del trabajo y ella me alimenta con todo el dinero amontonado en su mesita. Nadie me quiere contratar. Me gasto todo el dinero en pocos días, vivo de gorra de mis antiguos compañeros, pero poco a poco se van cansando. No sé si ella come, no sé qué coño hace. Hoy la veo dibujar en su cuaderno, le pido que me enseñe lo que hace, se me queda mirando con miedo durante unos segundos interminables, las lágrimas le empiezan a caer tan lentas que me pongo

de los nervios. Me acerca el bloc, está casi lleno. Ahora sé que se ha pasado todo este tiempo dibujando en silencio. Horas y horas dibujando los mismos dibujos repetidos, extraños. Niños sin rostro, niñas hundiéndose en una especie de mar de fango o de arena. Una y otra vez los mismos dibujos acusándome.

La abrazo. Estamos así, callados, no sé cuánto tiempo. No le pido perdón, pero yo sé que ella sabe, que ella sabe.

Esta misma tarde meto mis cuatro cosas en una bolsa y me voy. Ella está absorta con sus dibujos y me voy sin despedirme. El cuadro se queda con ella».

## 6

Ramos no pudo terminar la risotada tras su último chiste de gallegos porque su móvil empezó a sonar como si alguien fuera a recriminarle por lo pésimo que era. Por supuesto era de la comisaría, nadie que no fuera policía llamaba ya al policía.

—Tengo que irme, muchacho, estos cabrones no me dejan ni emborracharme en paz el día de mi cumple, qué poco respeto. —Riendo, siempre riendo con su nostalgia puesta.

—Pero, Paco, no te vayas así que tengo que darte tu regalo. —Y alzó el clavel desde la mesa hasta casi tocar los labios del subinspector que ahora sí que fue incapaz de controlar su carcajada.

—Este tío se me ha amariconao, se me ha amariconao. —Los camareros dejaron de atender el local y se acercaron al corro. Ninguno podía aguantarse la risa ante la fina estampa de Gonzalo, medio erguido sobre la mesa, colgado de una sonrisa envarada y sosteniendo el clavel que parecía a punto de engullir el policía dentro de sus fauces desencajadas.

La cosa terminó en un abrazo étlico.

—Anda, vente conmigo, que te voy a regalar una exclusiva, que tu flor se la merece. Pago yo, que soy el que cumple años, pero primero voy al baño.

A Gonzalo le costaba moverse con cierta estabilidad, pero más le costó entender cómo el subinspector se había transformado nada más salir del local. Estaba junto a un hombre completamente distinto, como si no hubiera probado una copa en toda la noche. Sin perder su sonrisa amable, pero, eso sí, con su impecable sombrero Panamá y su clavel en la solapa. Subieron al automóvil en silencio.

—Han encontrado el cadáver de una mujer, raza blanca, treinta y tantos años. Olía a gas que te cagas, así que ya te imaginas.

Gonzalo no podía soportar el olor a puro que iba inundando el coche a pesar de llevar las ventanillas bajadas. El fresquillo de aquella noche de mayo era incapaz de atravesar la barrera térmica del humo, así que se dispuso a sobrellevar con estoicismo aquella inmersión en el hábito que tanto le costó dejar en su momento.

—¿Puedo tener acceso a fotos?

—Me temo que no porque igual me cortan los huevos antes de tiempo, pero si tú haces alguna y la aguantas hasta que te diga, yo no voy a estar mirando. — Sonrió Ramos.

—Trato hecho, a ver si soy capaz de que no me salga movida.

El subinspector condujo sin prisas hasta adentrarse en las callejuelas del casco antiguo, cerca del puerto. Las luces de los coches patrulla y el furgón del depósito les indicaron que habían llegado.

Aquella madrugada el paseo marítimo estaba repleto de gente con ganas de adelantar el verano. Las mujeres dejaban resaltar sus intensivos morenos entre las más mínimas ropas. Había alcohol y necesidad de ser mirado, de sentirse atrayente en aquella ceremonia tribal del encelo que a Alejandro le excitaba y a la vez le hastiaba tanto desde su puesto de mirón olvidado, confundido con uno más de los macetones de la entrada del chiringuito donde se atrincheraba detrás de su mesa desmontable repleta de bocadillos de chorizo o salchichón, a 250 pesetas, y de jamón y queso, a 350 pesetas. Como cada noche, solo esperaba entre aburrido e impertinente a que la horda de maniqués de plástico agotara sus existencias de bocadillos para plegar la *paraeta*. Luego de guardar los trastos tocaba ir a algún bar del puerto y tomarse las copas que faltasen hasta que abrieran el mercado donde compraba el fiambre para los bocadillos de la próxima noche en la que ya no existiría nada de esta, nunca habría existido ya aquella noche ni esa gente alrededor, ni nunca habría existido nada ni ella.

Los camatas del chiringuito se le acercaban con condescendencia, le trataban con una camaradería mezcla de costumbre y desdén, le invitaban a cubatas y le pasaban los puros entre bromas zumbonas que a él no le costaba nada replicar. Le gustaba perderse en la lectura del libro que tocara mientras todo aquel gentío bullía a su alrededor. Muchas veces los recuerdos le retornaban entre las líneas y el humo del chocolate, los renglones se le volteaban y dejaban paso a una imagen olvidada, o quizá solo un sueño repetido. Intentó fijar la vista apenas un día antes en la terraza de la casa del puerto. Intentó imaginar que aún veía refulgir la brasa de un cigarro, como tantas otras noches en los últimos meses. Intentó imaginar su rostro en la penumbra, apenas iluminado por un instante por la luz del cigarro, mirando tras la ventana tantos años atrás, parapetada tras el bastidor del cuadro sin pintar, mirándole mirarla. Pero ya solo veía un rostro triste y azul, como si fuera una pintura de Picasso.

Vendió el último bocadillo a una efébrica criatura con pelo *garçon* mojado rebozado de arena y unas ojeras que parecían absorber su escuálido cuerpo, medio perdido entre una especie de sayón transparente. Plegó la mesa con delicadeza y fue a dejarla en un rincón detrás de la barra del chiringuito donde como siempre entre risotadas y protestas se la guardarían hasta la noche

siguiente. Tuvo que hacer cola delante de los servicios para poder contar la recaudación a salvo de miradas indiscretas. 9.300 pesetas. Suficiente para comprar el género, irse al inválido a ligar dos talegos y si estaba animado hacerse alguna rayita. Lo que le sobrara lo metería el lunes en la caja de ahorros. No tenía una conciencia clara de para qué metía la pasta en el banco. Nunca había tenido ningún valor para él, y ahora mucho menos. En todo aquel tiempo no se le había pasado por la cabeza nada en qué gastarlo. Ni siquiera se le había ocurrido pensar que con todo el dinero que ya tenía ahorrado podía alquilarse un piso y comprarse alguna ropa para mudar sus viejos vaqueros y sus deshilachadas camisetas. Lo metía porque le sobraba, no podía gastar lo que ganaba en un día, sus necesidades no le daban para tanto y en algún sitio tenía que guardarlo. Esto, además, le permitía tener algo que hacer todas las mañanas, meter algún sentido entre sus copas para que el sol no le amaneciese tan indiferente. Tras el recuento venía el primer JB con hielo en la barra del chiringuito. Loli se lo sirvió con bromas y risas; no bebas tanto, Chorizo, que no se te empinará. Aquella noche Alejandro no tenía el alma para fiestas y empezó a rularse un puro sin prestarle la menor atención a la chica. Bebió a lentos sorbos el *whisky*, acodado en la barra, mirando por encima del hombro a todos aquellos niñatos vestidos de cristal de roca, dispuestos a colonizar el mundo con una sola de sus miradas de filme B americano. ¿Qué sabían ellos de amaneceres metálicos, de lunas que arañaban y mujeres que se te metían por las venas hasta reventarte de tanto hincharse dentro de ti? ¿Qué sabían ellos de cada gota de llanto que resbalaba por entre la risa de una borrachera solitaria? Se rio y pasó su brazo por la cintura de Loli.

—Loli, tengo dinero, ¿quieres acostarte conmigo? —La carcajada de Loli apagó la música por un momento.

—¿Has oído lo que dice el Chorizo, Javi? —Un coro de carcajadas lo mareaba haciendo que todo diera vueltas a su alrededor.

—Anda Chorizo, vete a machacártela por ahí, que no puedes beber, que te pones caliente enseguida, so guarro, que te vas a llevar un día un guantazo —le decía Javi entre risas mientras introducía su mano por el escote de Loli que, un poco conmovida, se la apartó.

—Vamos, no os metáis tanto con él. Chori, ¿por qué no te arreglas bien y te vas al Chino? Yo te lo pago si quieres. —Alejandro se acabó de un trago el *whisky* y tiró sobre Loli un billete de dos mil.

—El resto para que te lo gastes en abortos, puta, cerda, que te acuestas con yonquis y con viejos, así es que te arreglas tú el coño, hija de puta. —No llegó a ver el brazo de Loli que armado con un vaso vacío se dirigía raudo hacia él. Todo se le hizo sangre y oscuridad.

Despertó tirado sobre la arena en la zona más apartada de la playa con medio cuerpo metido en una acequia de desagüe, rodeado de cuerpos desmembrados de muñecas y un perro muerto. Hijos de puta. Tenía toda la camiseta manchada de sangre, toda la cara. El zumbido acostumbrado en los oídos le perforaba los tímpanos hasta hacerle vomitar sobre su propio cuerpo. Se desnudó como pudo y dando tumbos se introdujo en el agua, tratando de quitarse entre sollozos toda la porquería en que se había convertido su vida. El agua salada le laceraba la herida de la frente, pero ese mismo dolor le aliviaba, le distraía de toda la amargura que le quería hundir en el mar.

Salió del agua sintiéndose más sucio y pesado que nunca, cada uno de sus pensamientos lo hundía más en la rabia y el asco de sí mismo. Sabía que si no bebía algo enseguida moriría de tristeza en ese momento, tenía que escapar como fuese de ese ser que se había apoderado de él, de aquella voz. Notó con rabia que ya no tenía el dinero, ni siquiera le habían dejado el poco chocolate que llevaba. Rebuscó nervioso en los bolsillos delanteros del vaquero hasta que encontró la bolsa de plástico. Intentó calmar su respiración cuando la encontró. La plegó con cuidado y la besó como si la oliera antes de volverla a guardar en el mismo bolsillo.

Se puso los vaqueros y tiró la camiseta a la acequia. Comenzó a caminar por la arena hacia los merenderos. El Maestro aún estaba con un grupo de gente. Tocaba la guitarra y les cantaba canciones de Los Panchos. Era gracioso verlo allí, vestido con su traje negro y su corbata roja en pleno verano, rodeado de putas y macarras enternecidos por el alcohol. Andaría por los 65 años o más. Alejandro lo conocía desde la época del Pay Pay. Entonces el Maestro tocaba para él y sus amigos. Le daban 500 pesetas y allí estaba toda la madrugada

cantando con su cara de palo y sus dos muelas de oro. A Alejandro no le caía muy bien por aquel tiempo, más de una vez se dio cuenta de que cuando estaban muy borrachos le sacaba el dinero a más de uno por las mismas canciones; él le increpaba por esto y el Maestro se le quedaba mirando desde detrás de sus gafas negras, con la sonrisa muerta colgando de sus labios cancerados por el hachís; tú no sabes nada de la noche, chaval.

Alejandro se tiró en una tumbona a respetuosa distancia del grupo de macarras, esperando que se largaran pronto y dejaran en paz al Maestro que fingía no verlo y destrozaba *El rey*. Una puta se puso a llorar, se abrazó a su chulo y le pringó toda la camisa de aceite. El chulo le dio un empujón con el revés de la mano que la tiró despatarrada en la arena. La zorra se carcajeó y el Maestro, ofendido por la poca atención a su arte, dejó de cantar e hizo amago de levantarse.

—Vamos, Maestro, que no te queme tanto el culo, que aquí todavía hay para rato. —Le metió por la boca de la guitarra un billete de mil—. Y vosotras a estarse calladas, que el arte requiere un respeto, ¿eh?

El Maestro asintió con la cabeza sin parecer ya importarle las carcajadas de todo el grupo, dio una honda calada a su canuto y siguió cantando.

La primera gente iba llegando a la playa con sus caras recién puestas después del sueño, con todo el aburrimiento de toda su vida marcándoles una impronta anodina, poniendo en cada insignificante gesto, colocar la toalla en la arena, quitarse la ropa, repartir a los niños sus juguetes de playa, una trascendencia que jamás había tenido un solo respiro de su atonía. Alejandro les miraba con desprecio y envidia, los juntó en su campo de visión con el grupo de macarras e intentó fijar en su imaginación hilos de serpentina que unieran a unos y otros, alguna especie de correspondencia biyectiva que pudiera explicarle cómo se va de un sitio a otro, qué es lo que le hacía a uno ser un pobre idiota cargado de hijos o un pobre idiota cargado de putas, por dónde se salía de aquel circo.

El vago recuerdo de una salida colgada de la pared le hizo adormilarse escuchando cómo la voz cascada del Maestro se iba alejando con los murmullos

de los niños en la orilla y las estridentes carcajadas de las putas que ahora decían de ir a bañarse y los macarras; de eso nada, a casa a dormir; y ya Alejandro dormía mientras la vela iluminaba su cara y toda la habitación seguía a oscuras. En el sueño abrió los ojos y sonrió a ese ser que no era capaz de ver aún, pero que percibía con claridad cuando soñaba que lo soñaba. Trató de hablarle sin conseguirlo. La vela se fue apagando de nuevo y él se alejó de allí.

El primer sueño seguía y soñaba en un atardecer de muchos años atrás después de haber dejado a Sara y aquella casa. Iba caminando hacia su nuevo trabajo y las lágrimas le caían por el rostro, la gente le miraba y se apartaba prudente. Tropezó con algo o cayó al suelo y luego el hospital, pastillas, le daban una pastilla y le obligaban a tomar una copa de coñac. El infierno, la sangre se le chupaba el cuerpo, se lo corroía hasta dispersarlo en una lenta explosión que duraba horas, días. Luego otra vez la calle. El sol le cegaba. Un bar. Apretaba la caja de pastillas en su bolsillo y pasaba de largo. La pensión, sudaba frío y Sara no estaba; ¿quién es Sara?; el cuadro tampoco estaba. Mordía la almohada, gritaba de rabia; ¿qué día es?, ¿está anocheciendo o amaneciendo? Tiró las pastillas por el retrete, bajó a la calle, entró en un bar y se tomó un coñac de un trago. Al segundo coñac el pulso se le fue reposando y pudo darse cuenta con asombro de que hacía cuatro días que le dieron de alta en la clínica, de que hacía un mes y cuatro días que lo habían ingresado.

Cuando fue a su trabajo un viejo gordo ocupaba su puesto. El jefe le dijo que lo sentía, que fuera a ver a fulanito de parte suya, que se mejorara, que se pudriera si quería pero que no molestara más, borracho de mierda, y con la copa que daban las tres de la mañana se acercó al Pay Pay.

La calle estaba llena de rocío y de coches, de sombras que se colaban por una vieja puerta. En el sueño; ¿en el recuerdo?; Alejandro llegaba a ella y tocaba despacio el aldabón.

Una cara de ojos hinchados se asomó por la mirilla y le sonrió antes de abrir. La cara correspondía a un gigantón en chándal que le dio la mano efusivo.

—Alejandro, hijo de puta, me dijeron que estabas en el hospital.

—Ya estoy bien, ya estoy bien.

—A ver, ponle un *whisky* a Alejandro que está invitado —le gritó al camarero con cara de huevo y todos los brazos tatuados que sin disimular un mal gesto colocó un vaso sobre la barra y empezó a escanciar el peor *whisky* que encontró.

—Tienes 4000 pelás colgadas, ¿sabes?, y el Jaime me da la barrila a mí, así que este y ni uno más hasta que me pagues.

—Tú a servir que es lo tuyo, Carahuevo, y deja mis cuentas que yo ya me las arreglo con Jaime, a ver cuántas veces te ha invitado a ti, imbécil.

—Un día te voy a rajar —le dijo el Carahuevo tratando de abrir paso a sus cejjuntos ojos transparentes entre la humareda.

Pero Alejandro sabía que no, que no le rajaría, que el Carahuevo mucha pinta y mucha faca, pero no tenía cojones para eso. Si alguna vez se hubiera atrevido a levantar la mano a alguien que no estuviera vencido de antemano, no tendría que estar pudriéndose allí, sirviendo copas hasta las once de la mañana y aguantando que le partieran los morros cada dos por tres.

El antro se fue llenando de gente que llegaba en grupos reducidos o en solitario. Todos se paraban en la puerta a charlar un momento con Jaime. Los hombres se abrazaban, se daban palmadas en los hombros; las mujeres, sin casi excepción, lo besaban en los labios; menudo cerdo, tiene más coca en las venas que sangre; pensó Alejandro mientras intentaba divisar a alguien conocido en los oscuros reservados distribuidos en distintas alturas por los flancos del local.

No vio a nadie y fue a sentarse en una butaca delante de la pantalla de vídeo donde exhibían películas porno. Una muchacha con los ojos quebrados de verde le sonrió y le pasó un puro. Alejandro pensó aliviado que todavía le quedaba una

esperanza mientras pasaba su brazo por los hombros de la desconocida y la acurrucaba contra sí. No cruzaron palabra, solo se morreaban sin interés entre calada y calada. Alejandro empezó a estar harto y asqueado por el indescriptible aliento ácido que le impregnaba la muchacha en cada beso. Pensó en levantarse e irse, pero daba igual. Cada vez le era más difícil acabar la noche con alguien, no eran tiempos de ponerse exigente. Le apartó el pelo de los ojos con ternura y la miró intentando no ver esa cara de plástico recalentado. Daba igual, daba igual.

—¿Nos vamos? —La chica le sonrió, miró más allá de su hombro y sin decir palabra se levantó y fue a abrazarse a un gitano que acaba de entrar. Alejandro se acabó el *whisky* y se quedó adormilado viendo la película porno.

En algún momento de su sueño todo explotó de repente y lo negro le invadió hasta que llegó Jaime y lo despertó. El antro estaba a oscuras, con la única luz de un ventanuco en lo alto que le hizo llorar los ojos y cerrarlos intentando dormirse otra vez.

—Vamos, cabrón, o te despiertas, o te agarro y te dejo en la calle así como estás.

Jaime a esas horas ya estaba bastante harto de aguantar a la gente y sin ninguna dificultad lo izó sobre el suelo y se dirigió a la puerta con él. Alejandro pataleaba tratando de librarse de aquella mole, pero ya hacía algún tiempo que su cuerpo se había convertido en un extraño que no entendía muy bien sus órdenes. Jaime no lo soltó hasta dejarlo sentado con grandes risas en el capó de un coche delante de la puerta del pub, mientras una vieja que venía con su saco del pan cambiaba asustada de acera.

—Hala, mañana más, pero acuérdate de traer las 4000 pelás que me debes o no vengas.

El Carahuevo había salido hasta la puerta y se desternillaba de risa, se burlaba de él con toda la satisfecha conciencia de su reciente pico y Alejandro, sin pensar que era el último dinero que le quedaba, se buscó entre los

calzoncillos y sacó un billete de 5000 que tiró a los pies de Jaime. Las risas ya eran escandalosas y Alejandro se alejó mascullando insultos ininteligibles y tropezando con las paredes. La próxima noche volvería rogándole a Jaime que le devolviera las 1000 pesetas que le sobraban. Jaime le daría la mano, lo trataría con amabilidad y le gritaría al Carahuevo que le pusiera cuatro *whiskys* por esas mil pesetas. Alejandro se acercaría a la barra resignado y esperaría la menor oportunidad para insultar al Carahuevo. Pero ahora, humillado, entró en el coche de segunda mano del que solo había pagado la primera letra y se alejó, no sin antes haber roto los pilotos del coche aparcado delante, a la velocidad que le permitía ese imán extraño que le bandeaba el coche indistintamente a derecha o izquierda.

Siempre le había ocurrido que dentro de sus sueños le ocurrían otros sueños y dentro de esos mismos sueños le venían otros más. Era el maldito juego de las cajas chinas. Muchos de ellos se le repetían en multitud de ocasiones, aunque vinieran contenidos en sueños diferentes. No podía saber si soñaba o recordaba. No podía saber si imaginaba que estaba dormido en una tumbona de la playa y soñaba que soñaba dormido en un reservado del Pay Pay el extraño sueño de tantas veces:

Su frenético e indolente andar por esa calle tan familiar que le era imposible identificar. Calle alargada y ondulante, tragándose a cada paso, a cada reflejo gris de la luna en sus ojos desorbitados de tanto mirar en todas las direcciones del tiempo, de aquel tiempo en que de adolescente caminó tantas veces por esta calle y la acequia cubierta a la derecha, las viejas ventanas de la fábrica de ladrillos abandonada, el callejón sin asfaltar con los tres mojones en el centro que acababa en perpendicular a otra calle más ancha con árboles y una casa, pero todo eso ya no existía, donde llamaba y preguntaba por ella, aunque ella hacía tiempo que nunca había estado. Quizá nunca había existido esa casa pero una tarde de algún verano pasado el que pintó el cuadro y yo, paseando nostálgicos víctimas del embrujo que nos hacía recorrer kilómetros sin rumbo cada vez que nos veíamos, pasamos por el callejón de la fábrica de ladrillos, salimos a una plaza con jardincillo central y fincas de nueva construcción y yo tuve que agarrarme fuerte a mi amigo al descubrir el patio de la casa del sueño de Alejandro, que de un salto se puso en pie, temblando todavía por el sobresalto que acaba de recorrer su cuerpo, como siempre que intentaba dormirse sin haber bebido lo suficiente.

El Maestro terminó su última canción y metió la guitarra en su desgastada funda, se alejó unos pasos para irse de Alejandro, pero se paró, se lo pensó y se acercó, lo zarandeó con suavidad y; siempre igual, chaval. Un día te van a matar, ¿qué fue hoy?

—Maestro, ¿qué más da? Hay días que necesitas que te rompan la cara para poder seguir adelante.

El Maestro llamó a Paco, el camarero del merendero, para que le hiciera una pequeña cura y le pusiera un coñac a su cuenta. Tras el alivio del alcohol y las gasas, Alejandro le pidió prestada una camiseta a Paco y se fue por el paseo sin levantar la vista de las baldosas para no ver todas esas caras de mañana, de niñas y agua lavanda, que le miraban al pasar con extraño sobresalto, con lenta picardía envuelta en aprehensión y curiosidad por el perdedor.

Llegó derrotado a la pensión, no podía soportar la sensación de agarrotamiento que tenía en todo el cuerpo, ni la reseca garganta que le lijaba la respiración a cada tos. A esas horas de ordinario estaba tan borracho como feliz, pero, justo ese día, medio sobrio como se encontraba, le daba miedo dormirse por si soñaba y su rostro se le aparecía.

## 8

Era un edificio antiguo, de unos setenta años, calculó Gonzalo. Una casa con una puerta angosta, de las de aldabón y más tarde timbre, que daba a un zaguán de apenas dos metros de ancho, buzones en la pared de la derecha y trastero bajo la tortuosa escalera que se estiraba tres pisos más arriba. Le pareció estar entrando en la casa donde se crio hasta los dieciocho años, cuando sus padres se separaron. Era imposible no tropezarse con la pequeña tribu que se había formado en aquel panal, incluida la vecina del segundo, con su bata rosada y su voz chirriante, a la que un atento agente entrevistaba grabadora en mano. Cuando Ramos se cruzó con la mujer le guiñó un ojo.

—Ramos, la jueza ha llegado ya. Ha preguntado por ti. Es la suplente del cuatro —le sopló casi al oído un colega que bajaba con sonrisa de haberse librado del marrón del día.

—Vaya, ¿mi amiga Balarrasa? Menuda forma de terminar la semana. Si lo sé no vengo, que decía aquel. —Y sin dejar de reír aceleró la subida hasta el tercer piso.

Allí ya estaba la comisión judicial en pleno con sus habituales técnicas de prospección. No le daba la impresión a Ramos de que estuvieran muy agitados, así que pensó que podrían terminar pronto e irse a tomar la última, que era viernes noche, coño. Mientras el subinspector se dirigía directo a la cocina, donde le esperaban la jueza y el secretario, Gonzalo se despistó por la casa.

El piso aún rezumaba olor a gas. El recibidor era tan minúsculo como el zaguán, pero tras un pequeño pasillo al que se abrían dos habitaciones que Gonzalo también supuso pequeñas, la vivienda parecía ensancharse al llegar a un comedor con un amplio ventanal, ahora tapado por espesas cortinas, que debía dar al puerto reconvertido desde hacía tiempo en zona de copas y demás sustancias. Desde el comedor, hacia la izquierda, se pasaba a otra amplia habitación, el dormitorio principal, que también parecía servir de estudio de pintura a tenor de los tres caballetes y la multitud de cuadros, a medio terminar

casi todos, que se amontonaban. Gonzalo pensó que no hacía falta el gas, con el olor a pintura ya era suficiente para alcanzar el sueño eterno. En las paredes también colgaban algunos cuadros. Le llamó la atención la cantidad de veces que aparecían los mismos motivos en los lienzos, era como si fueran los ejercicios repetidos de un estudiante. En la pared que enfrentaba la cama se notaba la huella que había dejado el contorno de alguno que antes había estado colgado allí. A la misma habitación daba el baño, también amplio y al parecer reformado no mucho tiempo atrás, con unas puertas correderas de cristal esmerilado que se abrían a una reducida terraza. Era un piso acogedor aunque pareciera un tanto desastrado. Lo imaginó muy luminoso, con brisas de mar atravesando la casa, quizá con risas. Gonzalo imaginó un torrente de risas atravesando la casa noche y día, risas y música étnica, mucho Bob Marley y muchos porros. No podía explicarse por qué imaginaba esto. Los lienzos colgados en las paredes mostraban paisajes brumosos, soles fríos, inquietantes espacios donde el tiempo parecía estrujado en grumos de pintura. No entendía nada de arte, pero le sobrecogía esa especie de hueco de lo que se mostraba, como si el pintor no hubiera reflejado las figuras, sino sus moldes. Tenía la impresión de que su mirada no podía llegar a captar lo representado, como si por segundos llegara tarde y solo pudiera percibir su ausencia. Y la repetición. Las pinturas se repetían una y otra vez como si fueran series de sí mismas: un lago rodeado por un bosque, dos niños sin rostro sobre una barca en el lago, el sol frío, la bruma que lo desdibujaba todo. Una pareja paseando por una playa donde la arena y el mar se confundían, donde los rostros eran de arena y las huellas en la arena parecían caras. Gonzalo sintió miedo.

Cuando llegó a la minúscula cocina, pasando el comedor, la jueza y el secretario se estaban despidiendo de Ramos con afecto y las risas provocadas por la última ocurrencia del policía. Gonzalo pensó por un segundo lo bonito que debía ser sentirse querido por la gente, pero enseguida le entraron dudas.

La cocina también había sido reformada. Una estrecha bancada de mármol la recorría. Bajo la bancada ocupaban el espacio una lavadora y diferentes cajoneras. En un extremo, enmarcados por diversas señales de cinta adhesiva puestas por los judiciales, cuatro fogones con una sartén sobre uno de ellos y el horno de puerta abatible debajo. Sobre el banco, cerca de la sartén, Gonzalo distinguió unos huevos, una cebolla y varias patatas sin pelar, lo que enseguida dibujó en su mente una tortilla de patatas y una cena por hacer. Completaba el

bodegón un libro sobre la bancada, quizá de recetas, pensó.

Entre él y la encimera se encontraba el cadáver. No podía ver su rostro porque dos hombres agachados sobre aquel se lo impedían. En aquel espacio apenas cabían. Estaban procediendo a la inspección exhaustiva de las ropas, hacían fotografías, tomaban notas. El levantamiento de un cadáver siempre le había parecido algo similar a un yacimiento arqueológico, el señalamiento de cada detalle en su posición exacta para que sirviera de referente a todos los demás, para que fuera capaz de datar y reconstruir la historia.

—Muchacho, me parece que aquí ya está todo el pescado vendido. —Le palmeó Ramos en la espalda.

—¿Se ha suicidado? —preguntó señalando hacia el cadáver con la barbilla.

—Yo creo que todavía nos queda para poder pensar una cosa u otra. Hay que analizar todos estos datos, hablar con gente, ver si aparece una nota. Al final la que decide es la jueza. Ella es la que manda.

—¿Entonces, podemos descartar homicidio?

—Sin descartar nada, en principio parece que estaría entre suicidio y accidente. —Se encorsetó de nuevo el Panamá que se había quitado frente a la jueza—. Hay alguna cosa a la que tenemos que darle alguna vuelta. —Giró el dedo índice sobre su sien como si se estuviera dando cuerda—. Las puertas de la cocina estaban cerradas, los cuatro mandos del gas estaban cerrados...

—Y el horno...

—El horno es eléctrico. —Dejó que Gonzalo se columpiara en su sonrisa.

—Perdón.

—El cuerpo tiene ya alguna rigidez, así que murió más o menos entre las seis de la tarde y las nueve de la noche. Mañana lo sabremos con exactitud. La verdad es que la diferencia entre que te mates, te maten o te caiga el mundo encima es peliaguda, ¿eh? —reflexionó mesándose la barba—. Bueno, a lo que vamos. Según la vecina que encontró el cadáver, todo estaba cerrado. Estaba tan nerviosa que igual nos dice una cosa que otra. Hay que mantenerlo en reserva. Lo que parece seguro es que lo primero que hizo es cerrar la llave general del gas, pero no entiendo por qué no abrió la puerta de la galería.

Sin esperar respuesta, Ramos salió de la cocina y cuando Gonzalo quiso reaccionar se encontró con el rostro del cadáver mirándole como si estuviera embarcado en un lago, con una bruma emborronándole la cara o quizá toda la vida.

No pudo evitar pensar en aquella belleza que parecía querer escapar de su propia muerte. Estaba como dormida, dejada ir sobre un sueño a la orilla de algún mirar lejos el horizonte. Dormida, con los ojos cerrados y pálida, reflejada en azul. Su cuerpo era delgado, apenas disimulado por un ligero vestido de tirantes que se le había arremangado hasta los muslos dejando ver el triángulo de su ropa interior que aparecía manchada por alguno de los flujos corporales que la muerte o la vida a veces dejan escapar. De pronto en la cocina no había nadie más que Gonzalo y aquello, ya lo que fuese. Se acercó hasta agacharse junto a ella y sacó varias fotos con su compacta. Quizá con una sola hubiera sido suficiente, más teniendo la seguridad de que no se iba a publicar, pero Gonzalo no pudo dejar de hacer insertos de cada parte de aquel cuerpo, como para asegurarse de que luego sería capaz de recomponer el puzle. Cuando terminó la sesión se quedó mirándola durante un tiempo indefinido, rozó con el dorso de su dedo índice una marca, como producida por un cordón, que apenas se adivinaba en su cuello, recorrió el débil surco y luego subió hasta los labios hinchados y azules. Intentó desplegarle un párpado, pero no llegó a atreverse. Los pasos a su espalda hicieron que se alzara con un sobresalto, dándose cuenta de que tocando el cadáver estaba arruinando todo el protocolo del levantamiento. El pulso se le había disparado, el sudor le empezó a chorrear las sienas.

Eran los del depósito, se iban a llevar el cuerpo. Gonzalo se acercó a la puerta de la terraza y salió para que el aire le refrescara un poco. No entendía muy bien qué le estaba pasando, pero algo ocurría. Había visto en su trabajo de periodista de sucesos demasiados cadáveres como para que le impresionara el de esa mujer. No era eso. Quizá eran los cuadros. Pensar que el ambiente que reflejaban era el mismo que la autora; ¿la autora?; había recreado en su muerte, le causaba una desazón antigua, igual a aquella que de niño le impedía dormirse, por miedo a que viniera aquel terrible dios a llevárselo. Se rio al pensar que todo era producto del mucho alcohol que había tomado con Ramos.

La noche estaba preciosa, la lluvia había limpiado la atmósfera y las luces del puerto dejaban ver a la gente paseando o haciendo corrillos que esparcían su vocinglería mezclada con el rumor del mar. Se limpió las gafas con su ritual gesto reflexivo pero a aquella distancia la gente en el puerto continuaba pareciéndole bultos informes, huellas sin rostro como las figuras que acababa de descubrir en aquellos cuadros. Imaginó que en noches como esa a aquella mujer muerta le encantaría sentarse en la terraza a mirar el mar, con la última copa de la noche, esa que nunca se quiere acabar para que no llegue el día. Seguro que más de una vez habría contemplado el bullicio del puerto abrazada a un hombre; ¿a su hombre?; o a una mujer, o a un amigo de esos con los que ya no hace falta decirse nada, ni siquiera abrazarse para estar abrazados. Estar abrazado, refugiado, en silencio, hablando sin decir, solo dejando escapar los segundos como si nunca se fueran a terminar.

Cuando volvió a la cocina el cuerpo de aquella mujer ya no estaba. El subinspector Ramos le llamó desde el comedor. La faena había terminado por aquella noche. Gonzalo dio una última mirada a los cuadros en las paredes y bajó en silencio los tres pisos detrás del policía. Cuando subieron al coche se miraron y comprendieron que ninguno de los dos se podría ir a dormir sin tomarse antes una copa, así que sin disparar palabra Ramos encendió el motor y comenzó a rodar con lentitud hasta los garitos del puerto.

—Se llamaba Sara Romero Vázquez. Tenía 37 años. Era pintora. Una buena pintora, pero al parecer se descarrió en su juventud y la vida no le fue bien. Heroína, fíjate, como mi Sira, solo le baila una letra, pero esta duró más, bastante más.

Ramos no rio en absoluto esta vez y Gonzalo dio un respingo al caer en la casualidad, siempre el puto azar atando las manos a la espalda. Sira, la hija de Ramos, había muerto por una sobredosis de heroína hacía unos nueve años, cuando apenas contaba 20, dejando en este mundo una criatura con el mismo nombre y el doble cariño, de abuelos y padres, de Ramos y su mujer. Fueron años difíciles, para Ramos perder de aquella forma a su hija fue un mazazo que le costó la salud, el matrimonio y a punto estuvo de costarle el trabajo porque tuvieron que quitarle de las manos al que había sido el novio de su hija y padre de su nieta, un yonqui que tocaba muy bien la guitarra. Ramos nunca contó los detalles, pero el caso es que el padre de la niña desapareció de escena y los abuelos, primero juntos y luego por separado, se ocuparon de la nueva Sira, moldeándola de nuevo como si en la vida las cosas sucedieran dos veces igual.

—Sira, Sara, Sura... —apenas alcanzó a murmurar Gonzalo. Permutaciones, combinaciones, sustracciones, adiciones...

—Desde hace tiempo estaba limpia, o al menos lo parecía, según la vecina. Los análisis nos lo dirán. Pintaba para una galería de la ciudad y no le iba mal. No se forraba, pero podía vivir con comodidad. Pertenece a una familia muy adinerada, pero no tenía ninguna relación con ellos. Todo esto me han contado. El caso es que su nombre me suena, estoy seguro de que lo he leído en algún sitio, pero no creo que fuera nada relacionado con la pintura.

No volvieron a hablar del tema. Ni de Sara ni de Sira. Ramos parecía eufórico gracias al exceso de alcohol y Gonzalo le escuchaba hablar sin parar desde la distancia. No podía dejar de pensar en aquella muerta casi sin rostro que se le había quedado mirando sin ojos aquella noche.

Varios conocidos se acercaron a saludar a Ramos nada más ocupar su mesa. Era un hombre muy popular, entrañable, al que todos apreciaban al minuto de conocerlo, por más que siempre quedara bailando la duda de hasta qué punto esa jovialidad no era más que una actitud ensayada para pasar entre los demás de la forma más cómoda posible. Siempre había algo que a Gonzalo se le escapaba de Ramos, por más que ya fueran tantos viernes y tantas copas y tantas

confidencias. La gente iba y venía entre las mesas de la terraza del garito, las carcajadas rebotaban en los cubitos de hielo y se expandían hacia el mar o la luna tuerta allá arriba. Del interior del local salían música y luces a borbotones, las muchachas bailaban sueltas enganchando sus miradas, las estrofas del archipopular El Canto del Loco le llegaban amplificadas por los coros de la concurrencia, pero Gonzalo hacía mucho que no estaba al tanto de letras ni músicas, así que dejó resbalar vista y pensamiento por piernas y sonrisas contoneándose al ritmo mientras el subinspector se distraía echándole un vistazo al periódico del día ido. De cuando en cuando Ramos parecía resurgir de su quietud y acercaba la cabeza hacia él, al tiempo que descabalgaba sus lentes de leer, para comentarle alguna noticia. Aquel día el protagonismo lo tenían los planes geo-energéticos de Bush, basados en la explotación de Alaska y en la potenciación de los recursos nucleares; también el euro, por supuesto. Desde hacía meses el euro se había convertido en la palabra tótem que infundía esperanza y respeto a partes iguales. La globalización, otra palabra mantra que a veces parecía más encubrir que señalar. Ramos soltó su perorata habitual sobre que la única globalización era la de los capitales, que las culturas se convertían en productos, que esa globalización de la que tanto se hablaba había comenzado con Cristóbal Colón dando vueltas como un tonto en busca de un comercio ventajoso de las especias orientales, que los únicos problemas que se resolvían eran los que al resolverse generaban algún beneficio y que, cuando no los había, se creaban para ello.

Gonzalo escuchaba y escuchaba, a veces asintiendo en silencio, a veces sin poder evitar la risa ante la soltura con la que el subinspector construía su discurso. Conforme iba entrando en calor, su soliloquio alternaba los momentos de exaltación, siempre con el dedo índice alzado como una bandera irrenunciable, con otros momentos en los que caía en circunloquios, con los dedos índices de ambas manos dibujando círculos en el aire, y digresiones que parecían rellenar el discurso hasta que su raciocinio cobraba nuevo ímpetu. A veces se preguntaba de dónde había salido aquel policía tan poco convencional y, sobre todo, cómo pudo vivir camuflado en aquellos primeros años de su carrera en los que la Policía Nacional, llamada Armada en aquella época, todavía era la Policía del Régimen. Un viernes se lo había preguntado.

—Mira, Gonzalo, yo tenía que comer y además ser policía para mí era un sueño, desde niño. Nadie daba por mí tres duros, creían que no iba a durar allí,

pero aguanté como un jabato, aguanté por mi familia y por mis huevos, pero sobre todo porque me agarré a un hilo, a este hilo. —Conforme lo dijo sacó del bolsillo de su pantalón un trozo de hilo. En realidad eran tres hilos gruesos entrelazados; amarillo, rojo, violeta; que formaban la bandera republicana—. Cada vez que tenía que tragarme un sapo, cada vez que asistía a una injusticia, a una tortura, a un asesinato, apretaba en mi puño este trozo de nada, con todas mis fuerzas, para que la furia se me concentrara en el mañana, para que en vez de destruir construyera algún día un mundo donde no cupieran ellos, donde no se pudiera repetir lo que yo estaba viviendo. Pero ya ves el mundo nuevo que hemos construido. Siguen estando los mismos. Yo veo las mismas caras, a los hijos de aquellos paseándose igual de ufanos por las calles. Por eso sigo con mi cordelito en el bolsillo, no te vayas a pensar que es por nostalgia.

Paco Ramos volvió a sumergirse en el periódico y Gonzalo se dejó ir en un duermevela perezoso. Se estaba muy a gusto reposando en la penumbra, dejando que el pensamiento tropezase entre unas cosas y otras, mirando a las muchachas como si solo fueran muchachas, dejando vagar la vista hasta las casas frente al puerto, alguna luz encendida, alguien desde su balcón mirando, quizá esperando el sueño, la casa donde acababan de estar, esa debía ser la terraza desde la que la mujer muerta se arrebujaba para esperar un nuevo día, cuando aún había días. Ahora estaba todo negro, no se distinguía nada, apenas algún reflejo de pared blanca y aquel puntito rojo de luz, como si alguien en la oscuridad le estuviera dando una lenta calada a un cigarrillo. El minúsculo punto rojo parecía henchirse durante unos breves segundos y luego desaparecía. Apenas eso, un punto rojo que se encendía y apagaba en la terraza de la mujer muerta.

—Ramos, alguien está fumando en la terraza de esa mujer.

—¿Cómo?, ¿de qué mujer? —replicó Ramos al mismo tiempo que giraba la cabeza para apuntar su mirada en la misma dirección que la de Gonzalo. No vio nada—. Eso es muy difícil. El piso está precintado. —Ambos aguardaron unos segundos expectantes para ver si se volvía a producir el fenómeno, pero no volvió a suceder—. Nada, muchacho. No le des más vueltas, te habrá parecido.

—No me ha parecido. Lo he visto. A veces los cigarrillos se terminan y se apagan. —La terquedad de Gonzalo era lo único que siempre lo había mantenido

a salvo de la duda—. Te aseguro que he visto a alguien fumando en esa terraza.

—Tú eres un cabrón. —Rio el policía—. Me has visto aquí tan tranquilo y no sabías qué hacer para fastidiarme. Está bien, ante un testimonio como el tuyo, y a pesar de tus dioptrías, no puedo menos que ir a investigar el misterio de la lucecita. Pero, eso sí, tú pagas las copas, por guaje. —Se puso de pie y se calzó el sombrero.

Gonzalo pagó y ambos fueron andando de nuevo hacia la casa. No tardaron ni cinco minutos en llegar. Ramos ejerció sus habilidades para abrir la puerta del patio con un trozo de radiografía, luego subieron sin hacer ruido al tercer piso y comprobaron que los precintos estaban intactos. Nadie había pasado por allí. Volvieron a la calle y dieron la vuelta a la finca hasta situarse bajo la terraza. Aunque no había demasiada luz, les dio la impresión de que no era demasiado difícil acceder a aquella terraza desde las terrazas vecinas.

—Gonzalo, acabas de abrir una nueva vía de investigación. Creo que es la última vez que te llevo de invitado a un aviso —bromeó con sorna.

—¿Pero no vamos a entrar?

—No, amigo. Eso sería ilegal —se burló Ramos—. Además, son casi las dos de la madrugada, es viernes, bueno, ya sábado, seguro que mañana tenemos un resacón del carajo y seguro que si alguien ha hurgado en esa casa lo sabremos. ¿Te acerco a casa?

—No, gracias, prefiero que me dé un poco el aire. Llevo media empanada de las buenas.

—Pues si no te importa te acompaño un trecho. Yo también necesito más airecillo. Además, no te he enseñado esto.

El subinspector sacó del bolsillo lateral de su chaqueta un libro. Se lo mostró

a Gonzalo.

—¿De dónde has sacado esto? —le preguntó, sabedor de la irresistible afición del subinspector a llevarse libros al descuido de cualquier sitio, a la menor oportunidad que tuviera.

—Estaba en casa de la pintora, en el cajón de una cómoda. Me ha llamado la atención porque está muy subrayado. Le he echado un vistazo y es como si alguien hubiera estado estudiándolo con mucha dedicación. Vamos, que parece más un libro de física que una novelita.

Era un libro muy fino, de apenas cien páginas. Parecía una autoedición, en ningún lugar se indicaban datos de la editorial ni el ISBN. El libro se titulaba *Cuentos para Sara y otras princesas* y lo firmaba un tal Alex Lamico.

—¿Habías oído nombrar alguna vez al tipo ese? —preguntó el subinspector.

—En mi vida. ¿Me lo dejas?

—Aún no. Ahora es parte de la investigación, pero en cuanto me lo lea te lo paso.

—Paco, ha sido un viernes intenso, ¿eh? —El bostezo se le truncó en risa.

—Sí, amigo. El viernes siempre es el mejor día de la semana.

—Menos para los que la palman.

—Bueno, a esos poco les importa el día ya.

## 9

«El que pintó el cuadro y yo íbamos caminando por la calle una tarde. Como tantas otras tardes. Yo aún no conocía a Sara. Habíamos terminado el último año de instituto y llenábamos el tiempo del verano deambulando por tórridos callejones y todos esos huecos que nos explotaban en finales de tiempos que creíamos iban a durar siempre.

Pero siempre solo era una calle por la que pasábamos cada tarde; el callejón con la acequia a un lado, la fábrica, todas esas historias de la guerra perdida, los abuelos encerrados, fusilados algunos, que nos habían contado en inacabables comidas de come y come y salchichones gigantes, patatas y más patatas que tu padre solo se podía comer las mondas. El callejón terminaba en un arco y una nada que me invade la memoria. Solo recuerdo eso, el callejón y pasear con el que pintó el cuadro, tomar unos vinos, sentir nostalgia prematura de lo que aún no había venido, hablar y creernos, creernos sin hablar, sentirnos tristes y borrachos como un fado, llenarnos de edad sin días, de noches aún no soñadas, aún no sorbidas, caminar por calles y calles, hacernos unos espaguetis en su casa, ver *El Guateque* y morirnos de risa, ver *Casablanca* y planchar el rictus. Eran esos tiempos antes del tiempo que se han quedado sin guion, que se camuflan entre los propios recuerdos para no ser ya nada más que recuerdos.

Esa noche; o quizá otra, qué más da; me enseñó el cuadro. La vela sobre una desvencijada mesa de madera, la mesa sobre un enlosado de cuadros blancos y verdes que daba a un infinito de estrellas opacas y vueltas del revés, como si ya lo supieran todo de sí mismas, como si todo fuera ya esas estrellas que se me habían clavado en los ojos.

Los dos habíamos bebido mucho y malo y nuestras lenguas se enredaban entre las vocales. Demasiado eco y sudor para hablar, demasiado lentos los segundos para que las palabras no llegaran más retardadas que su sonido.

Me habló de cómo una noche, tres semanas atrás, mientras la vigilia se le dormía, la llama de la vela comenzó a brillar con una intensidad que avanzaba

milímetro a milímetro hasta ocupar todo el centro de la habitación. Era absurdo e imposible, pero el unguento color luz se había hecho luz y una presencia lo llenó todo y el que pintó el cuadro dejó de saber si soñaba o respiraba, si sus pulsos eran los suyos o los de aquella luz que le moldeaba el alma. No supo, ni pudo, ni quizá quiso decir nada más. Solo la luz luciendo y la presencia. Solo su miedo y su certeza de que una voz llena de tranquilidad comenzaba a narrarle una historia hasta que despertó.

Los dos nos reímos el cuento y volvimos a la salita a terminar con el vino que nos quedaba. Seguimos hasta la madrugada bebiendo e inventando esas frases cínicas que tanto nos gustaban. Él me habló de Descartes y de Kant, de Cioran y de Wittgenstein, de Fichte y de Berkeley; yo le escuchaba tejer ese muro de bambú de las palabras, como si quisiera sellar una frontera infranqueable para todo aquello que no se articulara desde el mundo seguro de los saberes aceptados. Pero con el vino y las horas, el miedo de su voz temblorosa pareció convertirse en arrullo y confianza; su voz ya no era su voz y brillaba como aquella tela pintada, sus ojos titilaban en nuestro duermevela y yo me dejé llevar por la cadencia de su historia y poco a poco nos vimos de nuevo caminando por las callejas de Praga. Entramos en un portal muy oscuro, lleno de grandes cubos a rebosar de basura y de gatos negros a los que solo se les veían los ojos; cruzamos como de puntillas, ocultándonos en el aliento de nuestro frío, hasta llegar al patio central, lleno de sol y de hierbajos, de llantas desinfladas de viejos Skoda y ladrillos rotos y piedras y un gato con un solo ojo amarillo que nos indicó el camino hacia el callejón y nos introdujimos por aquella estrecha callejuela interior, emparedada entre los edificios, con olor a barro y humedad, con sabor a noche aunque fuera de día; y torcimos por el siguiente, y abrimos puertas y las cerramos sin saber muy bien si estábamos del lado del espejo de aquí o del de allá, sin saber muy bien si estábamos del lado de la tierra o del lado de la magia. Deambulamos por aquellos callejones sin calle como siempre habíamos hecho, hablando con frases apenas terminadas, con gestos y asentimientos, miradas breves que nos aseguraban de no estar hablando solos, silencios para ordenarnos callar o hablar un poco más. Nos cruzamos varias veces con el fantasma de Kafka, también con los demás, pero todos hicimos como si no nos viéramos. Fuimos atravesando manzanas de edificios sin emerger ni una sola vez al trasunto de la vida que transcurría de paredes hacia fuera. No había coches, ni ruidos, ni voces, ni pájaros. Solo los gatos negros y nuestra melancolía que nos despertó ya muy entrada la mañana, resacosos y perezosos, tumbados en los sillones de su salita, aterrados de estar despiertos sin

haber podido terminar nuestro sueño.

Desayunamos en silencio y cuando hice amago de marcharme me pidió que esperara. Se fue a su habitación y al poco apareció con el cuadro envuelto en papel de estraza. Me pidió que me lo llevara, que lo tirara a la basura o que mejor lo quemara, que hiciera lo que quisiera, pero que no lo dejara allí.

No pude deshacerme de él.

Ahora ha pasado el tiempo, ese o este tiempo, no sé, y Sara y yo empezamos a vivir juntos en un destartado piso en el pueblo donde comienzo a trabajar. A Sara no le gusta nada el piso, ni el cuadro. Dice que es el cuadro más horrendo que ha visto en su vida y me amenaza entre risas con rasgarlo hasta que no le quede ni el marco. Le cuento la historia del duende y todavía le gusta menos. Cada noche leemos juntos un rato en la cama, en voz alta, cada uno un párrafo o, si es una novela, el personaje que le toque. Ella me hace poner una sábana sobre el cuadro porque le da miedo que algo pase mientras dormimos o que de pronto entre párrafo y párrafo la voz que se oiga no sea la nuestra. En esta época de la que te hablo aún me coge la mano para dormirse. Su mano es suave, muy blanca y con una almohadilla de gata bajo el dedo gordo que a mí me encanta morder. Le digo que tiene dedos de pastelera y ella me aprieta muy fuerte el pene; silba o te amasa; y yo no puedo silbar porque me muero de la risa. Creo que le tiene celos al cuadro. No sé explicarlo, es como si intuyera que ese cuadro es lo único que me importa, mucho más que ella. A veces me sorprende acechando esa vela pintada. Al principio disimula haciéndome carantoñas para que me olvide, pero después es fácil que se enfade y me monte un pequeño cristo. Yo no soy mucho de escribir poemas, pero en uno de sus enfados le escribo uno, uno que habla de ella sin usar la palabra amor ni alma ni beso. Es mi forma de decirle que más allá de ese cuadro está ella, que ella es mi vida, pero no me atrevo a decirle que el cuadro es la muerte.

Al llegar a casa un mediodía la encuentro absorta mirando el cuadro. Está en bragas y con el pelo desarreglado, las lágrimas le han dibujado chorretones en las mejillas y la luz espesa de mil motas de polvo hace que sus ojos parezcan faros iluminados. ¿Qué pasa, Sara?, me preocupo. El duende me ha hablado. ¿Cómo, qué dices, cómo te va a hablar? Sí, me ha contado una historia horrible,

como si lo supiera todo de mí. Pero, Sara, ¿qué estás diciendo? Sabes que eso no es verdad. Me mira con los ojos oscuros. Tienes razón, no es verdad. Es tu duende y solo te puede hablar a ti. Se levanta y se encierra en el baño más de una hora. Cuando sale está radiante. Se ha pintado los labios muy rojos y los ojos tan azules como sus ojos azules y huele a mujer y a noche y lleva un mini vestido blanco apretadísimo a sus caderas y sus medias de malla dispuestas a pescarme. Se acerca a mí con una sonrisa maligna y me estampa su carmín en la frente mientras me pellizca ambas mejillas como hace cuando más me quiere. Me susurra como una gata. ¿A qué esperas? Vamos, te invito a comer. Y su beso y su risa y su flotar a mi alrededor como si ella fuera la única capaz de hacerme el encantamiento.

Vamos abrazados por el pueblo y se me pega como una ese con todas sus curvas. Estoy feliz, me encanta ver cómo otros tíos la miran con más o menos disimulo. Ella sabe que eso me gusta y se mueve más sensual aún. Me rio para mí al pensar, una vez más, que me gustaría ser uno de esos tíos que la miran ávidos, tener el deseo completo de ella, ese deseo insaciable porque se sabe que no se va a saciar. Ser un desconocido y mirarla con descaro, abusar de ella, convertirla en simple hembra que camina cimbreándose frente a mí, que me hace imaginar su cuerpo arqueado bajo esa otra piel en que se convierte su vestido a cada paso, su piel con finas gotas de sudor esperando el encuentro con un desconocido en el próximo callejón. Pero yo soy el que camina junto a ella, el que la quiere, el que se la folla, el que la siente vivir minuto a minuto, desgajándose en síes o noes, el que le habla en la oreja de mañanas y le recoge caracolas en la playa para que le digan lo bonita que es; el que a veces, quizá demasiadas, le hace un poquito de daño para ver si aguanta, para ver si le gusta y quiere más. Sara me mira y me pellizca el culo como si supiera lo que estoy pensando, yo la paro y allí en medio de la plaza del pueblo le doy un morreo como si celebráramos la liberación de alguna ciudad ocupada. La deseo, su pelo, sus ojos, sus ingles mojadas, sus preguntas, sus risas, sus porqués. La deseo como si fuera un desconocido que nunca la fuera a tener.

Me lleva a uno de los bares de la plaza. A esas horas de la tarde solo quedan un par de mesas ocupadas por parroquianos que juegan cartas o dominó. La televisión está puesta y su sonido está parcheado por los ruidos de fichas y las exclamaciones de los jugadores. De algún rincón sale la voz de Paloma San Basilio cantando *Juntos* y yo le pido a Sara; por favor, vámonos; pero ella se ríe

y me arrastra de la mano a la mesa del fondo y el camarero, un hombre mal encarado y renqueante al que llaman el Polvorilla, igual por su mal pronto, acude solícito con su colilla entre los labios a ver qué queremos. Calamares, un montón de calamares a la romana con mahonesa y unas bravas y una sepia a la plancha y pescadito frito y dos cervezas bien frías. Y los abuelos la miran de reojo con la sorna colgándoles en la desidia de saber que no hay días, no hay horas, solo ratos que se alargan hasta desmembrarse.

La espuma de la cerveza le dibuja el bigote y yo se lo beso, la mahonesa le mancha los labios y yo se la como allí mismo. Los calamares están buenísimos; dice y ríe, come y me mira con la boca llena de risa, con los ojos llenos de puntitos que brillan al son de mi reflejo. Nos comemos el uno al otro en ese cutre bar en el que la tarde y la música y los abuelos empiezan a amortajar el día para que la próxima mañana no huela diferente a la que se fue. Bebe a sorbos mi café y alinea las migas de pan en formación sobre la mesa que cojea cada vez que me besa.

Yo de pequeña tenía un amigo invisible, me dice; ¿un amigo imposible?; bromeo fácil, y su mano me tapa la boca. Tenía unos siete u ocho años y en mi casa me obligaban todos los días de verano a dormir la siesta. Me tocaba subir a mi habitación y estar allí desde las tres a las cuatro, metida en mi cama como si estuviera enferma, con mi pijama y las persianas bajadas. ¿Sabes cómo pasa el tiempo para una niña a esas horas, toda la habitación oscura y el sol desperdiciado tras las ventanas? No pasa, no pasa. El tiempo se desploma y deja de pasar. Te juro que no me dormí ni una sola tarde de esas. Me quedaba allí quieta, tendida en la cama escudriñando cada una de las pequeñas rendijas por las que como lagartijas se escurría el sol. Me imaginaba flotar en las pequeñas nubes de luz que por ellas se colaban. Cada pincelada de luz era un asidero al que mi mente se agarraba para no dejarse vencer por la oscuridad, para no cerrar los ojos y que viniera ese sueño impuesto que tanta rabia me daba. No sé cómo ni en qué momento fue ocurriendo la cosa, pero me acostumbre a inventar historias durante esos encierros. Cualquier pequeño detalle que podía vislumbrar era un escenario o un personaje que de pronto tenía una historia que yo podía contar. Poco a poco las historias fueron continuándose y cada tarde era un capítulo que seguía al de la tarde anterior, cada personaje empezaba a tener pasado y nombre, estados de ánimo e incluso mañanas. No sé si te lo cuento bien, pero en el tiempo parado brotaban otros tiempos que se congelaban nada

más el tiempo grande comenzaba otra vez a andar. De todos los personajes que nacieron hubo uno que cobró un protagonismo que eclipsó a los demás. Era Jorge, un niño de mi clase que ese invierno se había hecho mi novio. Los privilegios de novio consistían en intercambiar almuerzo y merienda, besos de película y acompañarme cada tarde a la salida hasta la puerta del autobús escolar. No puedo recordar si hablábamos o si nos peleábamos, pero sí recuerdo muy bien su cara de niño y su uniforme negro con una gran E y una gran S, el emblema de nuestro colegio, dibujadas en el bolsillo superior izquierdo. Recuerdo también que en aquellas siestas infinitas yo hablaba en voz alta y le contaba cosas, le preguntaba, le respondía, le reía gracias que imaginaba y hasta me enfadaba con él cuando era preciso. Era ese gran compañero que dice en cada momento lo que tú esperas que deba decir. Tampoco sé cómo ocurrió, pero de forma imperceptible ambos tiempos se solaparon y yo pasé todo el verano y el siguiente invierno con mi amigo Jorge al lado, aunque ya no venía a mi clase, contándole cada cosa que veía, preguntándole por cada cosa que no sabía ver. Ocupó todo mi tiempo, toda mi conciencia, hasta tal punto que muchas noches intentaba no dormirme para poder seguir notando su presencia, para seguir construyéndome el mundo a mi medida. Llegó un momento en que Jorge el invisible y yo éramos como un eco, como un desdoblamiento o una imagen movida que hace temblar sus contornos, difuminándolos, pero sin traspasarlos jamás.

—No puedes comer calamares, amiguita. —Intenté que respirara del trance y de la verborrea que se le había desencadenado.

—Calla, coño. Jorge se fue después de ese tiempo, pero aún tengo un muñeco al que llamaba como él y todavía, cuando estoy triste o me apetece estarlo, suspiro un «ay, Jorge» de abuela y su contorno parece volver a abrazarme, me hace cosquillas en la piel de adentro y de la garganta me sale un borbotón que me llena los ojos de lágrimas. Un día, hace un par de años, me encontré con el verdadero Jorge, el de carne y hueso. Estaba superguapo, altísimo. Iba en una moto de esas todoterreno y paró en un semáforo justo delante de mí. No sé cómo me atreví a llamarlo y él se quedó todo pagado de sí mismo creyendo que había ligado. Le pregunté si no se acordaba de mí y cuando le expliqué quién era enseguida hizo como que sí, que se acordaba, aunque yo sé que no, que a lo sumo tenía una vaga idea, pero que hubiera jurado cualquier cosa para llevarme al huerto. Me fui de allí despagada, un poco triste y pensando

que cómo es posible que las cosas, todas, sean tan extrañas a nosotros mismos, tan extrañas a lo que creemos que son. Ese chico había sido el molde donde yo reproduje algo, una presencia, que era yo, o la parte de mí misma que yo veía movida, desdoblada, todo eso que quería ser a los ocho años, todo lo que no comprendía, lo que temía, lo que imaginaba, se vestía de la voz y la presencia de mi amigo invisible. Me acompañaba como la impresión que he tenido toda mi vida de que hay un doble mío ocupando mi espacio, mis pasos, mi sombra. Es ese contorno doble de la imagen movida, el roce de su aliento en mi oreja como si fuera el viento que me sopla, el mirarse de reojo en el espejo y tener durante un microinstante la fulminante certeza de que ese reflejo no es el tuyo, aunque seas tú, es el otro tú.

Tengo su mano sujeta entre las mías. Conforme va hablando voy apretándola sin darme cuenta, hasta que sus ojos refulgen y casi me grita; me estás haciendo daño; y suelto su mano aturdido, sin saber muy bien qué pasa. Le digo que todo lo que me cuenta lo he vivido, que esa presencia ajena dentro de mí mismo me ha acompañado desde que tengo uso de razón, desde que jugaba a los soldaditos y le ponía mi voz impostada a los muñecos, desde que les ponía el dolor en sus aventuras inventadas por mí, porque el dolor lo he puesto siempre, lo ha puesto esa presencia que me ocupa, en cada una de las cosas que he hecho. Y Sara me pregunta; ¿por qué dolor?; y yo no le sé decir. A lo mejor es el dolor del miedo, el dolor de un padre borracho, el dolor del griterío continuo, de la violencia o del no sentirse querido. Quizá es el dolor de un dios terrorífico que te acecha antes de dormirte, el dolor de que te falte el aire o de soñar cada noche que te pierdes y tus pies no caminan, no pueden caminar por más que una y otra vez los hagas andar. Tal vez dolor porque hay un hueco entre yo y yo. También el dolor de estar contigo y sentir como si todo fuera un decorado de plastilina, como si tu sonrisa y tu algarabía fueran sombras chinas que me hacen muecas por la espalda, como si estar aquí juntos, tan juntos, no fuera más que una burla de alguien que nos ha creado como sus amigos invisibles, como las presencias de sus silencios, de sus juegos, de sus imágenes desdobladas. Noto cómo con ambas manos agarra mi antebrazo y aprieta hasta clavarme las uñas, hasta hacerme sentir todo el dolor que le inflige lo que le estoy diciendo. No le digo nada, solo miro y miro esos ojos vidriera azul mar que me marcan el horizonte.

Es curioso, me dice, yo nunca he sentido esa presencia como dolor. La he sentido como una especie de patrón, de molde que me oprime, pero nunca me ha

llegado a doler. Es como los cuadernos aquellos en los que tenías que escribir siguiendo la silueta de puntos que dibujaba las letras. Como si hubiera una línea delimitándome, marcando cada cosa que debía hacer. No debes enseñar las bragas porque ya eres una señorita, no puedes besar a un chico solo porque lo desees, tienes que ser la mejor pintora del mundo, tienes que practicar volúmenes, sombras, veladuras, tienes que dibujar lo que ellos te dicen, lo que tú te dices, pintar los soles radiantes, las niñas guapas, la vida bella. Siempre hay un debes marcando el camino y esa obligación llega un momento, pronto, en el que eres tú misma la que te la impones sin darte cuenta de que te la dictan. Tú te has convertido en tu propio amigo invisible y ahora es él el que te pone la voz.

Supongo que entonces la beso y le meto mano. Es lo que se hace cuando no se sabe qué decir.

Salimos del bar mientras las fichas siguen resonando sobre las mesas y el Polvorilla se despide con un ojo en Sara y un rezongar entre dientes. Andamos por las callejas del pueblo, manchadas de tiempo y pisadas de siempre, los mismos pasos repiqueteando sobre cada día, cada camino labrado a base de ir de la plaza a la iglesia, del mercado al puerto, del molino al cementerio. Y ella camina abrazada a mi cintura, pensativa, sin querer dejar de contarse lo que me estaba contando hace un momento. Le acaricio el culo como si estuviera descubriendo un nuevo territorio y ella se aprieta un poco más a mí para que nunca me olvide de lo que le gusta. Atravesamos calles con nombres de oficios y suministros antiguos; la calle de los curtidores, la calle del grano, la calle vieja de la paja, la calle del peso de la harina, la calle de los zurcidores, la calle de los barreños; una calle que de repente se ensancha en una plaza que parece olvidada del resto del pueblo, como si ninguna otra calle llegara hasta allí. Hay una especie de atmósfera blanca, un polvo blanco suspendido que hace entrecerrar los ojos y un ruido sincopado de maquinaria que acompasa nuestros pasos hasta un portalón abierto sobre un patio mucho más grande que la plazoleta que acabamos de cruzar. Sara me suelta y se adelanta dos pasos más allá del umbral. El ruido se va aminorando hasta dejar de oírse. Al fondo del patio, bajo un soportal de madera, se ve a un hombre sentado sobre un taburete. Sara continúa andando hacia él y yo la sigo, cuando ella se detiene yo también lo hago, un metro detrás. El hombre mira a Sara y le sonríe sin dejar de estrujar y golpear sobre una mesa de mármol un trozo de un material muy dúctil que parece barro. Cerca de donde está el hombre hay un torno de alfarero y más atrás, ya dentro de

una estancia que se abre al porche, diviso un horno crepitando llamas por su puerta abierta. Entre las llamas se cuecen vasijas y diferentes objetos. Sara da dos pasos más y se acerca hasta introducir sus cinco dedos en la masa en la que trabaja el alfarero. Es barro, parece descubrir. No, muchacha, ya no es tierra, le dice el hombre, ahora es vida. Cuando amasas la tierra se convierte en vida. Sara asiente y sonrío, satisfecha de la respuesta, pero sin entenderla. ¿Quieres convertir la tierra en vida? Sí. Ven, siéntate aquí, sobre mis rodillas, y haz lo que yo hago. Sara obedece, no mira hacia mí ni un segundo, creo que se ha olvidado de que estoy tras ella. Cuando se sienta el minivestido se le sube hasta las caderas y deja al descubierto su ropa interior. Sus ojos miran con intensidad el barro y el movimiento de las manos del hombre amasándolo. Los brazos de este enmarcan el cuerpo de Sara como si fueran los brazos de una butaca. Ella se agarra a cada una de las muñecas del hombre, las cabalga mientras mueven la masa con enérgicos movimientos circulares que se transmiten desde la materia al cuerpo de Sara en pequeñas convulsiones que le hacen entreabrir los labios. ¿Quieres probar tú?, le pregunta el hombre. Sí, le responde con ese murmullo que yo he probado tantas veces. El hombre la deja amasar y con sus manos manchadas de barro la coge por la cintura. El vestido blanco se tiñe del color de la tierra mojada. A Sara no parece importarle y empieza a amasar con los mismos movimientos enérgicos que le han enseñado. La inercia del movimiento hace que toda ella se mueva sobre el hombre, sus caderas repiten el mismo círculo, su culo amasa el miembro del alfarero que mantiene una sonrisa extraña entre su barba blanca. Imagino cómo ella está sintiendo la erección del hombre y eso me hace desearla más. A medida que amasa sus labios se hinchan y sus piernas se van abriendo más sobre las piernas del hombre, su culo se hunde en aquella bragueta y desde donde estoy veo una pequeña mancha que delata las bragas mojadas. El hombre suspira y toma las muñecas de Sara. Ahora vamos a hacer que la vida viva, casi le susurra, mientras empieza a modelar con sus dedos una especie de figura. Al poco tiempo Sara tiene frente a sus ojos una especie de tosco muñeco de barro. ¿Quién es?, pregunta. Es un *golem*. ¿Un *golem*?, ¿qué es eso? El hombre se inclina sobre el oído derecho de Sara y comienza a contarle una historia que yo no puedo escuchar. Mientras le susurra, su mano derecha ha descendido a su entrepierna y empieza a masturbarla hasta que Sara comienza a jadear. No sé cuánto tiempo pasa conmigo allí parado, mirándola excitado, hasta que parezco despertar de un sueño al oír la risa de Sara. ¿Pero, dónde está la vida? Eso solo es un muñeco horrible. ¿Quieres que tenga vida? Cierra los ojos y cuando yo te diga, sopla. Cuando Sara cierra los ojos el hombre cambia el muñeco a medio hacer por uno igual ya cocido y acabado. Cuando Sara sopla y abre los ojos lo ve ante sí. Este es tu *golem*, preciosa, le dice el hombre. Él

cuidará de ti si tú cuidas de él. Sara se queda mirando el muñeco horrorizada. Pero no tiene cara, no tiene rasgos. El hombre ríe. No tiene rasgos, ni sueños ni alma, porque es tu molde, porque solo podrá ser lo que tú seas. Sara mira durante unos segundos su molde como si quisiera trasvasarle sus propios rasgos, luego besa en los labios al alfarero y se vuelve hacia mí. Cuando pasa a mi lado me da la mano como si recogiera una mochila.

Seguimos andando en silencio por esas calles que no parecen pertenecer a ninguna calle. Es ya tarde y yo tengo que entrar a trabajar, una noche más sin pegar ojo desde la noche anterior. Aprieto su mano dentro de la mía y me siento alegre de saber que en su otra mano hay alguien que la proteja».

Desde el amplio ventanal de la redacción del *Noticias*, Gonzalo podía contemplar gran parte del puerto y la playa. Desde allí, pegadas su frente y las gafas al cristal, apenas vislumbraba el bullicio del sábado por la mañana: gente paseando, comprando, aventurándose a mojar sus pies en la orilla del mar en aquel mayo ya demasiado caluroso. Desde su atalaya se podía contemplar una sucesión de viejos cafés marineros dormidos a esas horas de la mañana, sombreadas pérgolas bordeando los amarres, terrazas con sombrillas y pamelas sobre mujeres agitando *martinis dry* y bolsos Louis Vuitton entre sonrisas de felicitación y parabienes en la enésima boda de alto copete celebrada esa primavera en el exclusivo recinto del puerto deportivo. Pero Gonzalo sin las gafas no veía más allá de tres palmos de sus narices y con ellas no demasiado más, apenas lucecitas a veces. La sensación de bullicio la acrecentaba un guardia urbano que, con amplios aspavientos al ritmo de sus insoportables pitidos, intentaba regular el tráfico que confluía desde las dos ramblas que cruzaban la ciudad en la entrada del puerto. La imagen del urbano le retrotrajo a aquellas navidades de su infancia en las que se pasaba la mañana observando cómo los entonces escasos automovilistas iban depositando sus presentes a los pies de la tarima desde la que el guardia desplegaba su sinfonía, mucho más amable y acompañada que la de ahora.

Un recuerdo le llevó a otro y todos le dejaron esa sensación familiar que no llegaba a derrota, pero se le parecía demasiado. Rememoró la historia de sus pequeños fracasos con la ironía suficiente para simular su daño y no pensar que todos juntos se convertían en grandes.

Todo en Gonzalo habían sido esfuerzos descomunales para salir de esa zona gris que lo atrapaba. Nunca tanto afán de superación había quedado en tan poco, pensaba muchas veces con una resignación que le dolía más que aquella rebeldía que poco a poco se fue apagando. Había hecho planes perfectos que nunca llegaron a ser lo que él había pensado, había grabado en su mente metas que nunca estaban un centímetro más cerca. Habría querido ganar alguna vez, pero no recordaba ya si lo había hecho.

Cerró con fuerza los párpados para que se le fueran aquellas imágenes y cuando los abrió sus gafas estaban empañadas. Se las quitó y las limpió despacio, como desperezándose de una siesta. De nuevo los pitidos y la música que alguien había puesto demasiado alta. Los sábados eran días tranquilos en el periódico, días de cerrar reportajes para el domingo o noticias de relleno para acompañar el crucigrama semanal. Días amables en los que la gente confía.

Se libró de todas esas ideas invasoras y se dirigió como un sonámbulo hasta su mesa. La redacción estaba tamizada por el sol. El murmullo de los sonidos de la calle acolchaba sus pasos en la vieja moqueta de aquel periódico de provincias que nutría sus informaciones de las agencias y las agendas de los políticos locales. Gonzalo se entretuvo hojeando la edición del día: primeros casos de vacas locas en Andalucía; un consejero autonómico de Sanidad niega que se vaya a privatizar la sanidad pública siguiendo el ejemplo de Blair en el Reino Unido; el caso de un profesor despedido por comunicar que era un cura casado. La intifada dominaba los temas internacionales. Como represalia al atentado suicida del día anterior en un centro comercial, la aviación israelí había atacado las ciudades de Nablús y Ramala causando víctimas civiles. En su sección de sucesos venía el asesinato de una mujer de origen sudamericano, apuñalada al parecer por su ex-novio delante de su hija de cinco años. La policía estaba buscando al presunto. Noticias que tapaban los ojos de los lectores, pensó Gonzalo, lo suficiente como para no plantearse nunca aquello que nunca era noticia: los días de antes, los gritos, el hambre, los celos, los roles sociales, todo aquello que lleva a un cuchillo a rasgar el cuerpo de una mujer delante de una niña que, con mucha seguridad, vería reproducirse aquella imagen durante el resto de su vida y, con cierta probabilidad, la volvería a sufrir en sí misma.

Cerró el periódico con toda la lentitud de la mañana, rebuscó en el tercer cajón de su escritorio y sacó de él una gastada carpeta azul con la palabra *exitus* entrecomillada como único título. Desenganchó las gomas como si estuviera desdoblado un universo y ante él aparecieron las vidas de sus muertos. Doce historias inventadas por él a medida de las vidas no vividas que querían restituir de alguna manera lo que nunca llegó a existir, pero sí, de eso estaba seguro, lo que cualquiera de aquellos muertos hubiera deseado vivir.

Eran doce historias dormidas en aquellos papeles, tan muertas como sus

muertos, sin más razón de ser que el haber sido escritas por él, sin más vida que la que él les podía insuflar, sin más afán que lograr el equilibrio entre lo que sus protagonistas tuvieron y lo que quisieron. Una especie de compensación, inútil a todas luces, pero tan justa, a su entender, que de alguna manera corregía ese desaguisado al que la gente llamaba vida.

El aviso de SMS de su Nokia 3210 lo sacudió como una descarga eléctrica. Buscó en sus bolsillos hasta encontrar el móvil y tardó otro tiempo infinito en poder abrir el mensaje pulsando con sus dedazos en los minúsculos botones.

El SMS era del subinspector Ramos; llámame.

Descolgó el teléfono y marcó el número de Ramos. Al quinto timbrado, cuando ya iba a colgar, le respondió la voz jovial del policía:

—¿Qué pasa?

—Soy Gonzalo, Paco. Dime.

—Nada, chaval, lo de la pintora. La jueza ha firmado muerte por asfixia, por escape de gas. La chica había tomado tranquilizantes y alcohol, cosa habitual en ella al parecer. Fue a encender el fuego para cocinar algo, se despistó y se dejó el gas abierto. Se desmayó y el reducido espacio y el que estuviera todo cerrado hicieron el resto.

—Joder —carraspeó—, menuda putada.

—Sí, pero la cosa va como va, hay que joderse. Ah, si hiciste fotos elimínalas. Esta chica pertenecía a una familia pata negra. La jueza nos ha pedido discreción absoluta, ya sabes, no he podido ni ver el informe de autopsia aún.

—Tranquilo, tranquilo. —Gonzalo titubeó unos segundos—. Voy a escribir su historia.

—Eso lo supe anoche nada más comprobar la cara que se te quedó al verla, guaje. Escribe lo que te dé la gana, pero no revolotees mucho por la familia. No quiero líos con la jueza. ¿Me harás el favor?

—Sí, descuida, pero, ¿tú qué piensas?

—Yo no pienso nada. Yo soy policía.

—¿Y otras causas se descartan por completo? Dices que había tomado pastillas y alcohol.

—Sí, amigo, todo se descarta por completo. Según el acta de defunción es un caso de anoxia, el gas fue desplazando el oxígeno en el ambiente y la mujer se asfixió mientras dormía. La vecina ha declarado que habían quedado para cenar juntas y que cuando acudió a su casa se encontró el panorama. Nadie que yo sepa se suicida mientras le prepara la cena a la vecina. La chica había sido toda su vida una fiel consumidora de distintas clases de sustancias, pero parece que se había desintoxicado y en los últimos años solo le daba a las legales y a los porros. No supone un dato que estuviera medio grogui, siempre iba así, ya sabes cómo son los artistas.

—¿Y cómo entró la vecina?, ¿y aquello de que los mandos del gas estuvieran cerrados?

—Ella tenía llave. En cuanto a los mandos, está claro que los cerró la vecina. Cuando se fue calmando declaró que no lo podía asegurar, pero cada vez estaba más convencida de que había cerrado tanto la llave general como los mandos de la cocina. También ella abrió las puertas para que se ventilara y luego las volvió a cerrar antes de que llegáramos, vete tú a saber por qué, no todos los días te encuentras el cadáver de tu vecina cuando vas a cenar con ella.

—Pero eso es una putada, una muerte estúpida, es como un timo morir así.

—Si me pongo a contarte muertes estúpidas te mueres muchacho, pero mejor te dejo que tengo un resacón del demonio. Ya hablamos —envolvió la despedida con una lastimosa carcajada y colgó.

Muertes estúpidas, muertes estúpidas, muertes estúpidas, siguió repitiendo Gonzalo como una cancioncilla mientras tecleaba muertes estúpidas en Altavista. Pulsó en el primer enlace que le salió y se encontró con una extensa relación de muertes estúpidas y azarosas, desde el mencionado como primer suicidio de la historia, el de Periandro, que para evitar que sus enemigos descuartizaran su cadáver urdió un entramado que se convirtió en toda una escabechina: contrató a dos hombres para que lo asesinaran y lo enterraran en un bosque; también contrató a otros dos hombres para que asesinaran y enterraran en otro lugar a sus asesinos y a otros dos que hicieran lo mismo con los asesinos de sus asesinos en otro lugar más lejano... Todo un reguero de muertes llevaba a su propia muerte como migas de pan señalando el camino.

Muertes estúpidas como la del perrito de la familia Montoya, en Buenos Aires, que cayó desde el balcón sobre la frágil cabeza de una anciana de 75 años que pereció sobre la misma acera atrayendo sobre sí la atención de la gente que deambulaba por las cercanías y que se aprestó a auxiliarla y formó el consabido corro alrededor del cuerpo yacente. Una de ellas, llamada Edith Solá, cruzó sin reparar en el autobús que en ese momento pasaba por la avenida. El impacto fue brutal y la mujer murió a pocos metros de la otra mujer y del pequeño perro causante del infortunio. No fue la última muerte, otro anciano murió de un ataque al corazón por la impresión sufrida. Gonzalo no pudo evitar una risa que le empezó como un picoteo y acabó con lágrimas en los ojos. Bajó el deslizador de la pantalla y continuó leyendo muertes estúpidas. Se sorprendió al comprobar que un considerable número de ellas, debido sobre todo a los pocos avances médicos del momento, se producían por infecciones causadas por sucesos atolondrados o cautivos de un azar perverso: Allan Pinkerton, el famoso detective, murió víctima de una infección causada al morderse la lengua por culpa de un resbalón; Jean-Baptiste Lully se enfadó tanto en un ensayo con su orquesta que al golpear con fuerza el suelo con su bastón hizo blanco en su pie

que se infectó produciéndole la muerte; Jack Daniel, sí el del *whisky*, pataleó con tanta furia su caja fuerte que se hirió el dedo gordo del pie. También murió por la infección.

Muertes estúpidas como la de Tennessee Williams, que murió asfixiado en su baño al tragarse el tapón del bote de pastillas que intentaba abrir con sus dientes, o la de Isadora Duncan, que murió estrangulada al engancharse en la rueda de su automóvil la larga bufanda que llevaba, o la de la mujer de William Borroughs, que murió víctima de un disparo de su propio marido cuando jugaban a disparar a manzanas sobre su cabeza, o la de Federico I Barbarroja, que murió ahogado al lanzarse sediento a un río sin quitarse la armadura, o la de Hans Steininger, el hombre con la barba más larga del mundo, que murió al romperse el cuello cuando pisó su barba mientras corría huyendo de un incendio, o la del sastre Franz Reichelt, que murió al lanzarse desde la torre Eiffel convencido de que el abrigo-paracaídas fruto de su diseño amortiguaría su descenso. Muertes estúpidas, algunas vergonzosas, como la de un tal Kenneth Pinyan, que murió de una peritonitis al practicar el sexo anal con un semental. Gonzalo no quiso imaginar el papel que correspondería a cada uno de los protagonistas del coito. Muertes estúpidas, algunas teñidas de fatalismo, como la del abogado Clement Vallandigham, que murió al intentar demostrar al jurado que su defendido no había disparado sobre la víctima, sino que había sido esta la que se había disparado. Cuando reprodujo la acción utilizó por error una pistola cargada. Murió, pero su defendido fue absuelto. También fatales, si es que alguna muerte no lo es, pensó Gonzalo, sin poder evitar ya las risotadas gamberras, resultaron las muertes de la tailandesa Uooket Paen, que al pisar un excremento de vaca resbaló y al intentar sujetarse en un cable eléctrico murió; y la de su hermana, esta muerte un poco más estúpida aún, que cuando tiempo después intentaba reproducir la escena a unos vecinos, resbaló y se agarró al mismo cable muriendo de la misma manera. O la de Betty Stoobs, que fue atacada por sus hambrientas ovejas cuando circulaba con su motocicleta llevándoles un saco de heno. A raíz de la arremetida Betty cayó por un precipicio, con tal mala fortuna que aunque sobrevivió a la caída, no lo pudo hacer al golpe de la motocicleta que cayó sobre ella.

Gonzalo ya no podía contener la risa. No recordaba cuánto tiempo hacía que no se reía así, sin más motivo que el hecho de reír, esperando con ganas la siguiente muerte estúpida para volver a reír sin freno, a carcajadas que

inundaban la mañana, el periódico y todas sus medidas de contención a una vida que no se aguantaba en los diques, que se derramaba buscando mares que él nunca había visto porque sus gafas y sus miedos le impedían mirar horizontes que no estuvieran enmarcados, encuadrados en objetivos en los que la distancia focal sirviera de parapeto. Todavía se rio con más ganas cuando comprobó que la risa desbocada era factor determinante de muertes estúpidas como la de Crisipo, estoico griego que murió víctima de un ataque de risa al emborrachar en una fiesta a un asno y contemplar cómo el asno borracho se comía unos higos; o la de Calcas, viticultor que advertido por un vecino de que no viviría bastante para probar el vino de sus propias uvas, no dudó en invitarle a probar la primera cosecha. Cuando ambos levantaron sus copas para brindar, el vecino repitió su profecía y a Calcas le entró tal risa que le provocó la muerte. Gonzalo paró de reír de inmediato y se sintió ridículo por las dos cosas, por reír y por no reír. Muertes estúpidas como la de aquel borracho que se introducía el alcohol en enemas. Un día se durmió mientras tenía la botella enchufada al culo y no volvió a despertar. O la de aquel ucraniano que saltó al recinto de los leones en un parque zoológico y gritó: «¡Si Dios existe me salvará!». Dios no existió. Muertes estúpidas, pero poéticas, como la de Li Po, el gran poeta chino, que se ahogó al caer de su barca en el río Yangt-ze. Solo intentaba abrazar el reflejo de la luna en el agua. Muertes estúpidas y avaras, como la de Yusuf Ishmaeld, luchador turco que llevaba todo su oro en un enorme cinturón. Cuando el barco en el que regresaba a su país naufragó, se ahogó por no querer quitarse el pesado cinturón cuando saltó por la borda para nadar hasta la orilla. Muertes estúpidas, pero educadas, como la del astrónomo Tycho Brahe, que murió por parecerle falta de decoro abandonar un banquete para ir a aliviarse sus incontenibles ganas de orinar: una cistitis y el mercurio utilizado en las medicinas que él mismo se fabricaba hicieron el resto. Muertes estúpidas e incomprensibles como la de aquel rostro pálido y azul tumbado en el lienzo hidráulico de una cocina de una vida abandonada, echada a perder con una sartén sobre el banco, el fuego apagado de aquellos ojos que miraban sin mirar como si ya no hubiera mar. Muertes estúpidas llenas de vidas estúpidas caminando en círculos sin son, sin ser, sin saber.

Pasó otro rato buscando información en internet sobre Sara Romero. Apenas nada, un par de informaciones sobre una exposición unos años atrás en la ciudad, Artemisia se llamaba la galería, y varias fotografías de los cuadros expuestos que no tenían nada que ver con los que había visto en su casa la noche anterior, eran cuadros muy luminosos con la figura de una mujer en la orilla de una playa.

Buscó su cámara compacta y visionó las fotos que había sacado la noche anterior. Bailó varias veces las gafas sobre el puente de la nariz hasta que acopló la vista a la pequeña pantalla. No podía asegurar si veía o imaginaba, pero el rostro de aquella muerta azul podría ser uno de los rostros pintados en aquellos repetitivos cuadros que guardaba en su casa. Notó cómo el estómago se le revolvía y una arcada seca le atravesaba la garganta, pero no podía dejar de mirar aquel rostro sin cuadro ni vida ni luz.

Llamó a los de Cultura, en plena vorágine del cierre de su sección dominical, pero nadie le supo dar razón ni semblanza de la pintora. Le prometieron que indagarían y a los cinco minutos le llamaron repitiendo la misma información que él ya había encontrado en la red; eso sí, con las palabras adecuadas para poder trasladarlas a su nota.

Como siempre que iba a escribir, se calzó en la oreja los siete centímetros de lápiz que le quedaban y se puso a teclear. En apenas diez minutos tenía la nota sobre el cuerpo encontrado muerto la noche anterior. El espacio del que disponía para la edición del domingo lo tenía cubierto con un nuevo capítulo de su serie *Los crímenes del domingo*, donde hacía un repaso de los crímenes más renombrados del siglo anterior, así que podó con esmero el artículo para dejarle espacio a la noticia, apenas media columna a pie de página, como si fuera un resaltado del propio artículo. Su experiencia y las palabras del subinspector Ramos le decían que esa nota no pasaría la reunión de cierre, la familia quería total discreción, pero el jefe de redacción no se fijaría en ella si iba camuflada en su sección. Por una vez se estaba dejando llevar por un impulso. Un sudor nervioso le volvió a empañar las gafas.

Releyó dos veces la nota y se rio entre dientes mientras musitaba; estás como una cabra. Guardó el artículo en la carpeta del jefe de edición y apagó el ordenador. Estaba seguro de que nadie iba a reparar en su nota, como cada sábado lo pasarían sin fijarse, se trataba de una de tantas secciones de relleno de la edición dominical. Había iniciado la historia de Sara. Él aún no se daba cuenta, pero había comenzado su invención de Sara.

Eran casi las dos y tenía que recoger a Altea, le esperaba una buena sesión de hamburguesas en el McDonalds y la visita de rigor al zoológico para ver cómo el hipopótamo Toto daba vueltas y vueltas sobre su reducido espacio. ¿Pero por qué no para, por qué no para Toto, papá? ¿Por qué no para de dar las jodidas vueltas sobre cinco metros cuadrados el jodido y loco hipopótamo, por qué no paro de dar las jodidas vueltas que le doy a todo, por qué no puedo ir por una puta vez en línea recta, pasar la jaula, salir de mí, reírme de ti y de todos, por qué no puedo dar saltos, saltarme los semáforos, por qué estamos todos encerrados en este zoológico, en esta cocina con gas y alcohol y pastillas y la puerta abierta y la terraza abierta y la noche fresca y esa lucecita que parece un cigarro brillando?

La ceremonia estaba fijada para las once de la mañana, pero como siempre que iba a despedir a esos muertos, sus muertos, de los que tan solo conocía unos sucintos datos, prefirió llegar con la antelación suficiente para dar un paseo por el camposanto antes de enfrentarse a una situación que, por más que se repitiera, seguía causándole un extraño pavor. Le indicó al taxista que le dejara lejos de la entrada, junto a un lateral, y comenzó una lenta caminata a través del aparcamiento situado junto a los muros del cementerio. Entró por un acceso lateral y se acercó a la parte más nueva, un sucederse de nichos donde hasta la muerte se había olvidado de existir. Desde allí se dejó llevar por las callejuelas de esa ciudad de las ausencias que iba creciendo y creciendo como si se quisiera apoderar de todo lo que se podía ver. Era un orden infinito en el que las cuadrículas sucedían a las cuadrículas, los ángulos a los ángulos y las vidas a las muertes. Cada calle se identificaba por sus coordenadas dentro de su área, las que iban de este a oeste se nombraban por números que se empezaban a contar desde el sur hacia el norte; las que iban de sur a norte se nombraban por letras que se empezaban a contar desde el oeste hacia el este. Cada calle llevaba, tras su identificación como tal, un número romano que señalaba la zona a la que pertenecía. Había, en aquel momento, cinco grandes zonas ocupadas por interminables sucesiones de filas de nichos y calles, formando cuadrículas perfectas en las que hubiera sido imposible orientarse sin ese sistema de fijación del espacio en la eternidad. De estas cinco zonas, tres de ellas se alineaban en el provisional límite norte del cementerio, único punto por el que se podría expandir conforme los muertos fueran ganando terreno a los vivos. Las otras dos zonas estaban situadas una al oeste y la otra al este. Cada tramo de calle transversal estaba delimitado por una manzana de nichos de cuatro alturas con treinta nichos cada una; o sea, ciento veinte nichos que daban a una calle y otros ciento veinte que daban a la calle trasera. Como cada calle transversal era

cortada por nueve calles longitudinales y cada zona era atravesada por diez calles transversales, Gonzalo hacía tiempo ya que había calculado un total de 17.280 nichos por zona, es decir, 86.400 nichos entre las cinco zonas nuevas. Las otras dos, dada su irregularidad, era más difícil calcularlas. Un orden perfecto que diagramaba cualquier posibilidad, cualquier futuro. Un panal cuadrado en el que los vivos acudían a libar a los muertos para que el rito de la memoria impidiera que los cuatro elementos, los cuatro órdenes del universo, se convirtieran en polvo o en nada o en olvido. Ochenta y seis mil cuatrocientas celdillas conteniendo la gravedad de ochenta y seis mil cuatrocientos restos de nada apolillada, cada una de ellas localizada por una pequeña plaquita con su identificación en aquel universo compuesto por el número de calle, la letra de calle, el número de fila y el número de columna.

La primera historia que inventó, la de Juan Colomer García, como casi todo lo que se hace por primera vez, le había supuesto un estado febril en el que, más que las indagaciones, fue su intuición la que le permitió construir una vida a medida de lo que Juan había soñado ser. Su lápida relucía a mármol gris en la segunda fila de nichos, justo en tercer lugar tras la lápida de Doña María de los Ángeles Carsí Muñoz, en el nicho 3G22-V, fallecida el 16 de noviembre de 1998, a la edad de noventa y dos años y con la adversativa inscripción; quererte fue fácil, olvidarte imposible. Pero Juan no se había quedado para siempre con ninguna frase original porque ni él, ni su familia, ni su vida fueron nunca originales. Simples vidas amontonadas entre tantas vidas, invisibles, imposibles de recordar más allá de unos años y algún suspiro forzado en días señalados de aniversarios medio borrados. Un camarero de barra y tapa, de los de toda la vida, muerto de cirrosis y hastío a los 55 años de edad, que dejaba viuda para siempre y tres hijos díscolos y entorpecidos que seguirían su estela por las barras o por las carreteras o los mares y los hígados hinchados, sin ninguna posibilidad de ser algo más que carne y días. Pero no, eso lo sabía muy bien Gonzalo. Ninguna historia existe antes de ser contada. Tu esposa e hijos no te olvidan era la frase inscrita en la lápida de Juan. Un presente eterno de condena al recuerdo. Un presente hecho futuro para que dure siempre, más allá del recuerdo. No te olvidan. Casi parecía un reproche. Tu esposa e hijos y demás familia no te olvidan, por más que quieran. Les has dejado llenos de deudas, en un piso que se cae, sin ningún futuro, sin estudios, sin posibilidad de volver a empezar algo que nunca tuvo comienzo, que fue cayendo día a día como el gota a gota de las horas dadas, la pobreza y la falta de miras, el olor a cebolla, el olor a lejía, el olor a sudor en las camisetas amarillentas, el tiempo rancio que no tiene más días que

los que se van amontonando, las noches de llegar a casa y dar cuatro gritos o cuatro hostias y tirar los platos de la cena al suelo porque otra vez pechuga y los niños con siempre la misma historia metiéndose en la cama para no ver al padre volver a pegar a su madre. Pero Gonzalo estuvo en aquella casa desconchada y todo fueron buenas palabras, señor periodista, qué solos nos ha dejado, era un buen trabajador, humilde, amante de su familia y los niños callados con ojos como platos sin pestañear y el rinconcito de Juan, su despacho lo llamaba, en la misma alcoba del matrimonio, bajo la ventana, un escritorio descarnado y decenas de novelas de Marcial Lafuente Estefanía, casi hechas jirones, rayadas, con números de teléfono anotados, leídas más de una vez, seguro, destripadas a base de horas y horas de ayudar a Juan a ser otra cosa que no era. Y encima del escritorio, en una estantería enganchada a la pared, Gonzalo descubrió multitud de miniaturas de aviones de todas las épocas y, junto a ellas, los 17 tomos de la *Enciclopedia Ilustrada de la Aviación*, de la Editorial Delta. Para Gonzalo, que en aquellos momentos estaba en plena eclosión de su coleccionismo fascicular, este encuentro fue decisivo para empezar a conocer cuál hubiera sido la vida que a Juan Colomer García le hubiera gustado vivir.

Entre la zona II y la zona III, se abría una gran explanada con la gran capilla en su justo centro y alrededor de ella multitud de tumbas y panteones cerrando las filas de los llamados o quizá solo de los escogidos. Todo un patético ejército de ángeles y demonios hechos esculturas parecían vociferar a los vivos para que no se olvidaran de que en realidad ya estaban muertos. Hacia el sur, donde estaba la entrada principal, en ambas esquinas del cuadrado, se situaban dos zonas más pequeñas, las más antiguas del complejo. La de la esquina suroeste, conocida por la gente como cementerio civil, era la única zona no numerada ni identificada por ningún rótulo o signo. Allí descansaban todos aquellos que no creyeron, que no sintieron la necesidad de más engaños que los que les proporcionaban sus propias conciencias. La de la esquina sureste era una especie de claustro porticado con columnas neoclásicas y frontones cantando el fin de los tiempos a los cuatro puntos cardinales. Las paredes del pórtico constituyeron los primeros muros del cementerio, cuando se construyó en la primera década del siglo diecinueve, y estaban forradas de nichos. En la parte central, rodeada por una barandilla de apenas dos palmos de altura y por unos pocos bancos de madera que hacían del lugar un sitio muy adecuado para reposar, se ordenaban decenas de tumbas dejando unos mínimos pasillos de césped para que circularan los ya muy escasos vivos que pudieran tener relación con aquellos muertos tan viejos.

Se dirigió sin estar muy seguro del camino hasta la parte más antigua, atravesó la gran explanada central donde se erguían competitivos multitud de grupos escultóricos coronando los panteones de las buenas familias de siempre, queriendo ser más tanto en el cielo como en la tierra.

Apresuró el paso como huyendo y entró en la zona porticada. En ese mismo sitio, lleno de gatos negros por todas partes, había disfrutado Gonzalo muchos ratos de su primera juventud. Aquellas largas tardes pasadas junto a sus compañeros de instituto, en las que hablaban de cualquier cosa menos de la muerte, porque entonces la muerte aún no existía, ni siquiera en el cementerio. El calor era aplastante a esas horas del día, el silencio se dejaba pesar también, ribeteado de los cláxones lejanos y los pitidos del tren que casi a los mismos intervalos sonaban sobre los muros, quizá los mismos que tardaban en sonar en aquellos tiempos en que aquel cementerio se convertía en el campo de fuga y de recreo, de confidencia y deseo debajo de las faldas plisadas de sus compañeras de instituto. Recordaba a aquella rubia de requesón que un día columpió su entrepierna sobre una de sus rodillas, estampa imborrable para toda la vida, deseo imposible para siempre. Eran tiempos de tardes y anocheceres lentos, donde las cosas duraban más allá de lo que tardaban, los besos pasaban tibios y siempre por sorpresa y los gatos del cementerio descansaban igual que ahora en las pocas sombras que las recogidas acacias dejaban sin sol. Gonzalo se dejaba llevar por los recuerdos y los pasos por los rincones de aquellos días en los que pensaba que todo era fácil con tal de seguir el libro de instrucciones. Oía las voces de la pandilla discutiendo sobre si una chica podía quedarse embarazada por el semen derramado en una bañera, la certeza indisoluble de que existía todo aquello que se veía, de que el norte era el norte y el sur un patio donde las estrellas bailaban. Recordó aquel beso en la mejilla que una mañana se cerró sobre él como se cierra una despedida en un sobre. Andaba despacio, como no queriendo llegar, dejándose atrapar por historias que ya no sabía si eran ciertas o inventadas, orientándose a duras penas entre casamatas de nichos y las lápidas que ya se habían convertido en hitos de su memoria. Andaba sin querer pisar las rayas de las baldosas, sin querer romper el orden en su cabeza, sin querer trastocar ni uno solo de los pasos a seguir. Como siempre, desde siempre, buscando en los planos por dónde se llega al horizonte.

Aún le parecía demasiado pronto para entrar en el tanatorio y se sentó en un

banco cobijado en la sombra del pórtico. Un poco más allá, en otro de los bancos, había una pareja de adolescentes. La chica estaba sentada a horcajadas sobre el chico y lo besaba hasta el fondo mientras frotaba su pelvis sobre la de él. De tarde en tarde el movimiento cesaba o de repente se hacía frenético y descompasado, como si una urgencia espasmódica tuviera que ser saldada antes de que sobreviniera la epilepsia. El deseo. El afán. El consumo. Solo podía pensar estas palabras sueltas sin dejar de mirar a los chicos absortos en su tragarse el uno al otro. Sintió la vieja y conocida nostalgia de las cosas no vividas. Le hubiera gustado sentirse excitado, pero solo le llegaba aquella nostalgia conocida, vieja y vencida. Apartó la mirada con brusquedad y la refugió en el orden de las lápidas. No querer, no necesitar, no desear, ese era el orden de los muertos. Inventar historias que repusieran el mundo, que equilibraran los desniveles, las arritmias, los afanes y las hambres, las búsquedas o las pérdidas. Ese era su orden.

El revuelo de las campanas le recordó que tenía una cita con una muerta.

El tanatorio ocupaba un edificio moderno anexo al propio camposanto. Era llamativa la pulcritud y sencillez de su arquitectura: una gran nave cúbica chapada de láminas lisas de apariencia metálica, coronada por una cúpula que desde la distancia parecía revestida de granito negro. La cúpula estaba rematada por una gran cruz plateada, lisa y severa como los reflejos de sol que la vestían. El edificio en sí captaba la atención de la gente, nadie podía dejar de mirar su cuerpo a poco que pasara cerca de él, pero nadie podía tampoco quedarse con la impresión de algo opulento o con intención de transmitir un poder, una riqueza o una ideología. Lo que transmitía, pensó Gonzalo quizá, era funcionalidad, eficiencia, productividad.

A la entrada principal se accedía por una ancha escalinata formada por dos tramos de bajos peldaños de mármol blanco. Nada más subir, un gran portal daba paso a unas puertas automáticas de cristal negro que se abrían para permitir el acceso a un amplísimo vestíbulo de paredes y suelos enlosados, mármoles verdosos combinados con negros o grises. Un mar frío que cruzar a través de firmes caminos alfombrados que llevaban hasta la recepción. Gonzalo no estaba muy seguro de que se celebraran más funerales los domingos que otros días, pero aquello era un tránsito permanente de caras con la medida de tristeza

adecuada, con el gesto grave de los actos necesarios, de los ritos aprendidos. Una tenue y sacra música se dejaba oír en los huecos de las conversaciones cortas y comedidas. La música era agradable, pero en ese momento y lugar a Gonzalo le pareció un poco de más. Acomodar los espíritus a la muerte era algo que se debía intentar en la intimidad, no en ese gran centro comunitario con hilo musical donde todo parecía estar pensado para que el visitante se encontrara con la dosis exacta y conveniente de desesperación, resignación y aceptación. En una pared, justo al lado del interminable mostrador de recepción, observó un gran panel electrónico. En el panel aparecía el nombre de cada finado, el número de la sala de velatorio que ocupaba y el número de la capilla donde se iban a celebrar las exequias, así como la hora fijada para ello. A Gonzalo no le costó mucho comprender por qué en unos casos parpadeaba el número de la sala y en otros el número de la capilla. En el caso de Sara Romero Vázquez parpadeaba el número de sala, así que sin pararse en recepción atravesó el vestíbulo para acceder por un amplio y enmoquetado pasillo a otra gran sala, esta con forma de corona circular, en la que se iban sucediendo en su perímetro exterior las salas de velatorio y en el círculo interior, justo debajo de la cúpula, que dejaba traslucir el sol del mediodía por su infinidad de minúsculas vidrieras alusivas a la vida eterna y al juicio final, se enumeraban las diferentes capillas, de forma que cada sala tenía enfrente la capilla indicada. Todo el conjunto, la gravedad de la gente, su disposición a cumplir una ceremonia que se componía en partes iguales de trámite y sentimiento, la música arrojando los murmullos y los silencios, la luz magnífica llovida de mil colores filtrados, los pasos mullidos en aquella moqueta que quería olvidar la tierra o empedrar el cielo, la absoluta claridad decodificada de cada gesto, de cada abrazo, de cada palmada, de cada exclamación de duelo, pero también de permanencia, la discreta aunque rotunda afirmación de que allí los protagonistas eran los muertos, pero los que importaban eran los deudos. Todo aquel baile minutado y representado hasta su más mínimo movimiento se hacía tan irreal y tan cotidiano a la vez que Gonzalo se sintió a salvo cuando vio que su director salía de la sala en el momento en que él se acercaba, pero algo en su gesto y en su forma de mirar le hizo cambiar enseguida de sensación.

—Mañana a las 11 me explicas esto en mi despacho.

El tono y el dedo señalando la última página del dominical no dejaron lugar a ninguna duda. Su nota sobre la muerte de Sara no le había sentado bien a alguien. Cuando Gonzalo quiso abrir la boca, el jefe supremo llevaba ya varios

metros dándole la espalda.

Al entrar en la sala se sorprendió por la cantidad de personas que había allí, todas arremolinadas en distintos corrillos, todos comentando con frases dubitantes y breves, como si tuvieran miedo de interrumpir la labor de la muerte o, casi peor, de que los demás llegaran a sospechar que ellos no creían en ella. Todos cumplían lo que se esperaba de ellos, todos querían terminar pronto con el paréntesis y volver a sus vidas, a la vida fuera lo que fuera. Todos con ganas y miedo de reírse un poco de sí mismos, valientes y atemorizados a la vez por la insensatez de pensarse a salvo y de saberse perdidos. Todos eran Sara, todos la dolían, todos la perdían, todos la sentían aunque no supieran quién fuera.

En un rincón de la sala, refugiadas en unos espaciosos sofás de piel, descansaban cinco o seis personas mayores. Alrededor de ellas iban y venían solícitos los visitantes, besaban a las mujeres con dulzura y comprensión, daban su mano a los hombres con firmeza y convicción; unos se agachaban y dejaban caer durante unos segundos sus frases sobre las mejillas de los consolados, otros sin pronunciar palabra apretaban por un segundo el hombro de alguno de ellos, no hacía falta más. Gonzalo se acercó muy despacio hacia ellos, había repasado cien veces las frases que tenía que decir, pero en esos momentos se le habían evaporado. Solo llegar allí, decir lo siento y ya está. ¿Qué importa a nadie lo que diga? Cuando ya estaba a unos metros reconoció al padre de Sara. Aunque no lo conocía personalmente, lo había visto más de una vez por el periódico. Todo el mundo conocía a don Fernando Romero Navarro, abogado de prestigio, presidente del Círculo de Empresarios y descendiente de una familia vinculada a la historia de la ciudad desde finales del siglo diecinueve, cuando su bisabuelo se hizo con la concesión de la construcción y gestión del servicio de aguas potables en aquellos tiempos de consolidación del mundo industrial y urbano. A su lado, una mujer con mirada ausente pero actitud agradecida y amable recibía las condolencias de los que se acercaban. Gonzalo hizo su pequeña cola y cuando llegó a ella, estrechó su mano e intentó ver el rastro de Sara en la mirada distante de su madre, pero no encontró nada. El padre lo recibió con cierta reserva cuando se acercó a él. Gonzalo pareció disculparse al presentarse.

—Soy Gonzalo Quesada, redactor de sucesos del *Noticias*, siento mucho lo ocurrido.

Don Fernando lo miró durante unos segundos como calibrándolo. No había en su cara ningún rastro de animadversión o de incomodidad, tampoco de amabilidad o de simpatía.

—¿Usted la vio? —le preguntó. Gonzalo enlazó enseguida la pregunta con el gesto malhumorado de su director unos momentos antes.

—Sí, dio la casualidad de que estuve allí cuando la encontraron. —Dudó si nombrar a Ramos, pero intuyó que era mejor no hacerlo—. Los periodistas seguimos la radio de la policía.

—La jueza ha resuelto que fue un accidente, ¿por qué se empeña usted en sembrar dudas? —Sus palabras sonaron tan tranquilas que Gonzalo empezó a darse cuenta de que aquel hombre podía ser muy peligroso.

—Mire, yo no quiero sembrar dudas, solo he escrito una nota en el periódico contando una impresión, algo que entra dentro de lo posible, en ningún momento he escrito que no fuera un accidente, pero creo que con los datos que tenía cualquiera de las opciones era planteable. —¿Por qué se sentía tan mal diciendo aquello, por qué le daba la sensación de que se estaba negando a sí mismo, por qué de pronto le entraron ganas de defender lo que ni siquiera se había planteado con seriedad?

—¿Tiene algún interés especial en Sara?

—Voy a escribir su historia.

—¿Cómo? —Por primera vez el padre pareció alterado, más por el fastidio de lo que acababa de oír que por la sorpresa—. Escuche bien lo que le voy a decir: mi familia no tiene ninguna necesidad de que nadie escriba la historia de Sara. Solo queremos que descansen en paz y que nos deje vivir en paz a nosotros. ¿Entiende? Cualquier cosa que escriba sobre mi familia o sobre mi hija será

tomada como una infamia y una intromisión. Le ruego que me haga caso, se lo aconsejo, olvídense de Sara, por favor, no se va a hacer ningún bien a sí mismo. Ahora discúlpeme, gracias por sus condolencias.

Don Fernando giró su cabeza y su mirada helada como si nunca más fuera a saber de la existencia de aquel periodista impertinente que había salido de la nada para perderse otra vez en ella. Gonzalo se quedó unos segundos parado, intentando procesar el verdadero sentido de las palabras del empresario. El sentido era claro, concluyó: no me toques los cojones o te los tocaré yo a ti.

El fondo de la sala de velatorio lo presidía la zona destinada al túmulo, separada por una gran cristalera enmarcada por unas pesadas cortinas grises ahora recorridas. Tras unos pasos divisó el ataúd rodeado de tres grandes coronas y bastantes centros de flores. Se acercó con temor de no encontrar a la chica muerta del viernes por la noche, con temor de que aquel rostro azul ya no fuera el rostro de una mujer, ya fuera solo el rostro de un cadáver. Tras el cristal pudo ver un bellissimo rostro de mujer al que solo le faltaba la mirada para vivir. Tenía los párpados cerrados como en un sueño quieto y los labios apenas pintados con un carmín terroso, apagado, tranquilo. Le pareció imposible que ese rostro fuera el de la mujer muerta que vio. Las ojeras habían desaparecido bajo una buena capa de maquillaje y tenues coloretos que transportaban a Gonzalo a aquellas viejas fotografías en blanco y negro que eran coloreadas a mano. Todo el rostro eran colores siena y ocres a medio sonreír, a medio callar las cosas de más allá del cristal donde de repente, por el rabillo del ojo, sintió una mirada y se giró seis centímetros y su mirada se bañó en la otra mirada que se reflejaba en el cristal y las dos miradas resbalaron una centésima de segundo por aquel espejo transparente para rozarse apenas frente a frente y la mujer esbozó un casi inapreciable gesto y musitó un inaudible; disculpe; que apenas le dio tiempo a Gonzalo para girarse y ver a una mujer vestida toda de negro alejándose de allí muy despacio.

Gonzalo se olvidó al instante de ella y continuó sumergido en aquel rostro maquillado que quería negar la muerte. Recordó la última secuencia de *Muerte en Venecia* y dejó que su cabeza volviera a las educadas amenazas que acababa de recibir. ¿Tenía algún interés la familia en ocultar algo o no querían que su nombre apareciera ligado a temas escabrosos? Por lo que recordaba nunca había

leído nada en prensa sobre la hija descarriada de la familia Romero. Como ocurría tantas veces en los círculos de poder, sería algo muy comentado en privado al principio y poco a poco olvidado con los años, como si aquella hija se hubiera ido alejando hasta desaparecer, hasta dejar de ser hija, o a lo sumo recordada en algún leve y sesgado comentario, con miedo a enfrentarse a la enemistad y el poder de la familia, pero sin resistirse a rascar un poco la costra de aquel secreto.

El ataúd estaba abierto solo en su mitad superior para permitir ver el rostro de Sara y sus manos cruzadas sobre el pecho entrelazadas por un rosario. La religión sería una razón contundente para que la familia no quisiera oír nada de suicidio. Eran fervorosos creyentes y dedicaban mucho tiempo y dinero a la Obra, por nada del mundo hubieran querido que se les asociase con el suicidio de una hija. Se podía vivir en pecado, pero era inadmisibile una muerte sin vida eterna. ¿Y si hubiera sido un asesinato? ¿Qué razón tendría la familia para no querer ahondar en esa posibilidad por remota que fuera? El padre se lo había contestado. Que descanse en paz y que nos deje vivir a nosotros en paz. Ahí estaba todo dicho. Su hija había muerto para él hacía tantos años que no quería soportar la molestia de volverla a tener alrededor. Ni muerta ni viva. Ni suicidada ni asesinada. Solo un accidente podía poner término a lo que había terminado ya tantos años atrás. Gonzalo estaba seguro ahora de que la diligente actuación de la jueza respondía al ruego, quizá hasta la súplica, proposiciones o presiones, de aquel hombre poderoso que podía cambiar la vida de cualquiera con solo algunas llamadas de teléfono.

Se dirigió hacia la salida en el momento en el que por los altavoces comenzó a oírse una muy agradable y profesional voz femenina que avisaba de que la ceremonia iba a comenzar en breves momentos en la capilla tres, justo enfrente de aquella sala de velatorio que, claro estaba, era la tres. En cuanto comenzó el aviso, las cortinas se corrieron y mientras los familiares directos esperaban para acompañar el féretro hasta la capilla, los visitantes comenzaron a dirigirse hacia ella. Gonzalo salió al pasillo circular con la intención de abandonar el edificio, pero llamó su atención un pequeño tumulto que se estaba produciendo en la entrada de la sala. Un anciano vestido con una elegancia que a Gonzalo le pareció un tanto desfasada gritaba algo ininteligible mientras agarraba por las solapas de la americana a un hombre mucho más joven, de aspecto impecable, que parecía aguantar estoico el envite con una sonrisa forzada y un tanto

chulesca. Cuando llegó hasta ellos la gente ya los había separado y, mientras el joven se alejaba hacia el exterior arreglándose la ropa, el anciano se dejó caer en un banco junto a la pared, desmadejado por la tensión o por el sentimiento de impotencia. A Gonzalo le extrañó que nadie se quedara a confortar al abuelo y todos siguieran su camino hasta la capilla, así que no pudo menos que tratar de auxiliar a aquel hombre.

—Señor, ¿se encuentra bien?, ¿necesita un poco de agua o algo?, ¿qué ha pasado, puedo ayudarle? —mientras le preguntaba recogió un bastón que había quedado abandonado en el suelo durante la pequeña trifulca. No podía pertenecer a otro más que al anciano, así que lo dejó junto a él sobre el banco.

El anciano se sacó un lustroso pañuelo blanco del bolsillo y se secó las gotas de sudor que le caían por las sienes. Respiró hondo, fue más un suspiro, antes de poder hablar.

—No gracias, no se preocupe, estoy bien, una ligera subida de tensión a lo sumo, pero está bien venida si he conseguido que ese miserable sepa que a mí no me engaña. —El anciano recuperó el semblante en un momento, nada ya hacía suponer que hubiera estado al borde del colapso un minuto antes.

—¿Pero quién era ese hombre, qué le ha hecho?

—Ese cerdo es uno de los que han matado a mi Sara.

Ahora el colapso casi lo tuvo Gonzalo. De pronto una posibilidad apenas considerada caía frente a sus pies como si fuera el telón de una ópera que apenas acababa de comenzar. Buscó rápido qué palabras enhebrar a continuación.

—¿Su Sara?, ¿es familia suya?

—Podría decirse —mientras hablaba movió un dedo despectivo hacia el interior de la sala del velatorio, donde aún debían encontrarse los padres de Sara

— que era su única familia, aunque también hacía mucho que no la veía. Bueno, son historias de familia, ya ve. Yo soy el tío de su padre, su tío abuelo. Me llamo Salvador Romero Cofrentes. ¿Y usted quién es?, no lo he visto en mi vida.

—Me llamo Gonzalo Quesada, soy periodista. Trabajo en el *Noticias*.

—Ahh, usted es quien ha escrito hoy sobre Sara. Usted también sabe que la mataron.

—No, disculpe, pero eso no es así. Yo no sé si la mataron o qué pasó. En la nota solo expreso las diferentes posibilidades, nada más.

—Pues tenga por seguro que yo sí lo sé. Ahora, disculpe, tengo que ir al funeral.

—Sí, sí, claro, lo acompaño en el sentimiento, don Salvador. ¿Cree usted que podríamos hablar más despacio sobre lo que usted sabe?

El anciano se ayudó del bastón para ponerse en pie, no sin cierta dificultad, sacó del bolsillo trasero de su pantalón una billetera y de ella una tarjeta de visita que le alargó a Gonzalo.

—Le espero mañana en mi domicilio. A las cinco y media de la tarde. No se retrase.

Gonzalo salió lo más deprisa que pudo de aquella fábrica de condolencias, de aquella agencia de viajes que siempre dejaba a los vivos mirando el billete y tratando de esconderlo para que no se lo viera el revisor y los hiciera partir.

Alejandro subió despacio las escaleras de la pensión tratando de no hacer ruido para no avisar a la dueña de su llegada. Era una destartalada finca de tres pisos. El primero lo ocupaba la dueña, una vieja prostituta del puerto de la que nunca se habría podido imaginar que alguna vez hubiese balanceado sus inabarcables caderas en los oscuros tinglados, y su hija, su cruz, una chicuela de unos veintidós años que desde su más tierna adolescencia se había mostrado como aprendiz aventajada de las artes de amor de su madre. Desde que descubrió la afición de su hija, la vieja había seguido con alegría y esperanza todos sus progresos. No sin sentido pensaba que si ella había sido capaz de asegurarse una vejez digna con su esfuerzo, su hija, buena moza, en aquellos tiempos de oferta y demanda, lograría abrirse camino y quién sabe si, con un poco de instrucción y acostumbrada como estaba a lavarse todos los días, podría llegar a colocarse en un buen puesto, en algún salón de masajes de esos que anunciaban en los anuncios de los periódicos. Aunque ya hacía tiempo que se había resignado a que su hija no alcanzara la posición soñada, doña Carmen obligaba a Alejandro a leerle aquellos anuncios nada más verlo levantarse, pues sabía que era el único momento en que lo encontraría sereno y dispuesto a hacerlo a cambio de una cerveza. Era una forma más de soñar despierta. Desde que Anastasia terminó los estudios primarios, la obligó a ir a las clases que la asociación de vecinos organizaba por las noches. Ella misma la acompañaba hasta la puerta para asegurarse de que no hiciera fuchina. Le compró todo el material imprescindible para que la niña adelantase en sus estudios: una gramática, una caligrafía, todas las revistas porno que encontraba en los kioscos, todos los afeites que su comadre, distribuidora de Avon, le aconsejaba y, cuando encontraba algún saldo o recorriendo incesante los mercadillos de los jueves, toda la ropa interior que mediante unos sabios retoques fuera susceptible de convertirse en prenda de amor. Ella misma se reservó la docencia práctica y, con inimaginable hastío y cierta repugnancia de su hija, se dedicó a enseñarle todas aquellas tretas que en ningún libro leería, todas aquellas posturas, andares y caricias, miradas y perfidias que sus cincuenta años de profesión le habían enseñado. Con insuperable emoción le arregló la primera cita para el día que cumplía quince años. Decoró con esmero la mejor habitación de la pensión, compró sábanas nuevas, cuadros eróticos que distribuyó por la pared sin mucho acierto, puso visillos en las dos ventanas, pintó de un color rosa pálido y le dio entrada por la habitación al cuarto de baño del pasillo. Se gastó más dinero en

acondicionar lo que con orgullo llamaba «el saloncito de mi hija» que lo que se había gastado en arreglar los desperfectos de la finca en los quince años que la ocupaba. Durante todo un mes estuvo seleccionando con esmero al primer cliente de su niña. Doña Carmen pensaba que en esta vida el mayor don que te pueda dar dios es trabajar con gusto y no quería que por una falta de delicadeza, o porque el pagador tuviera un excesivo afán de hacer valer sus derechos, el primer servicio de su hija resultase una experiencia desagradable que le quitara la ilusión por aquel oficio tan artesanal. No se le escapaba que era imposible ya acordarse de cuál había sido el primer hombre de su hija, pero un hombre para ella siempre había sido el que podía pagar. No contaban todos esos harapientos que se perdían por las habitaciones con su Tassia, el nombre que algún día ondearía en el mejor salón de masajes de la ciudad. A aquellos aprovechados les había hecho la vista gorda porque sabía que todo era bueno para la enseñanza de su hija, pero eso se acabaría cuando Tassia se convirtiera en una verdadera profesional.

Después de muchas cábalas y dudas llegó a una elección que, aunque en un primer momento se le antojó descabellada, cuanto más la pensó, con su sabiduría de la vida lamida en cada charco, más tuvo la certeza de que era la apropiada. Ella sabía muy bien que el prestigio y la categoría de una puta se medían por sus clientes. Nunca haría carrera la niña si empezaba a trabajar con los sucios e insensibles hombres del puerto, la embrutecerían hasta convertirla en un simple sexo sudado abierto en la cama, en un montón de carnes crecidas y malolientes, como le había pasado a ella. El primer hombre de su hija tenía que ser una persona de posición, eso estaba claro. Pero aquí empezaba el problema. Los únicos hombres importantes que ella había conocido; algún maestro, representante, abogado sin trabajo; databan de cuando era joven y se acercaba a hacer la calle por el centro. En los últimos veinte años las únicas personas con las que había tratado que se pudieran aproximar a esta definición eran el panadero y el estanquero, pero ambos quedaban eliminados al pensar que ya se habían acostado con Tassia todas las veces que habían querido. Era imprescindible para el buen nombre comercial de su hija que sus primeros clientes fueran inéditos. Después de todas las cábalas habidas y por haber, aquella mujer que sabía distinguir el deseo escondido en la mirada de cualquier hombre, fue corriendo turbada a su habitación a rezar un ave maría delante de la imagen de la virgen. El único hombre posible era el cura.

El cura, con su redonda barriga saltarina debajo de la raída sotana, se quedó aturdido cuando vio entrar a la vieja en la sacristía. No le hacía mucha gracia que las beatas, que en esos momentos se afanaban en limpiar con Sidol los pocos dorados que tenía la iglesia, notaran alguna familiaridad entre ellos.

—Padre Ambrosio —le susurró la vieja con voz de vísperas—, tengo que hablar con usted.

El rechoncho cura vio en la voz sumisa de la vieja ocasión para el lucimiento ante sus beatas, que habían dejado de limpiar y observaban con las aletas de la nariz enhiestas. Se acercó a ella poniéndole la mano sobre el hombro y sacó la voz de hierro de las homilías del domingo.

—Hace mucho tiempo que tienes que hablar conmigo. Vamos al confesionario.

Se la fue llevando con pose mayestática, como si fuese a pasarla a la otra orilla del Jordán. La vieja, que no se había confesado en su vida, no podía evitar que de entre su temor se escapara una sonrisa sarcástica al pensar de qué forma se iba a desarrollar su primer acto de contrición. Cuando ya estuvo arrodillada y el cura le enseñó las frases rituales se lanzó.

—Señor cura, usted me tiene que ayudar.

—Claro, hija mía. Tú no te preocupes. Empieza a hablar y verás como todo te sale solo.

—Usted, si de verdad es un hombre de dios, tiene que hacerme un gran favor.

—¿Cómo te atreves a dudarle, mujer? ¿No ves que estoy aquí para que el Señor, por mi intercesión, te dé el gran favor de la gracia? —Qué difícil resultaba confesar a algunas personas, tenían tan poca práctica de abrirse a Dios

que la cerradura de sus sentimientos estaba oxidada y él era el hábil desengrasante que les tendía un puente hacia la pureza—. Vamos, yo te ayudo, ¿cuánto hace que no vas a misa? ¿Cuánto hace que no te has confesado?

—Señor cura, pero si yo no quiero confesar. Yo quería hablar con usted para que me hiciera un favor. —El padre Ambrosio comenzó a impacientarse. Era una cuestión de dignidad profesional que aquella mujer, una vez allí, no se fuera sin confesarse, y más viendo al fondo por la puerta entreabierta de la sacristía cómo las beatas cuchicheaban con la cara iluminada por el gran triunfo de su párroco.

—Mira, abre tu alma al Señor, confiésate y yo, que soy su instrumento en la tierra, haré por ti lo que necesites. —La vieja hubiese querido firmar allí mismo un contrato ante notario.

—Pero, ¿me lo prometes por Dios? —Aquello ya fue demasiado para un hombre que en aquellos momentos portaba la balanza de los justos.

—¿Cómo puedes tener el valor de hacerme prometer nada por Dios si mi palabra es la de Él aquí? —su atronadora voz llegó hasta la sacristía donde las beatas se santiguaron varias veces con gesto nervioso—. Cuando yo hablo en nombre de Dios mi palabra es sagrada y nada del mundo puede hacer que no la cumpla.

La anciana, asustada, bajó la cabeza y empezó a narrar con voz queda toda su vida de pecado. Su testimonio era tan prolijo que el padre Ambrosio se veía obligado a hacerla abreviar y pedirle que se saltara los detalles. Cuando ya había recibido la penitencia y la absolución, doña Carmen se quedó expectante ante el cura.

—Bueno, bueno —sonrió el hombre con toda la gloria del Señor en los ojos—, ¿cuál es ese favor?

—Verá, padre Ambrosio, no sé cómo empezar. Mi hija Anastasia, ¿la conoce,

verdad?, pues le he puesto un negocio, para que sea alguien en la vida y no acabe como yo, ya me ve. Bueno —la mujer se interrumpió durante unos segundos para coger fuerzas y luego se lanzó—, yo quería que usted fuera su primer cliente, ¿me comprende? Para que los demás vean que es una cosa seria.

—Pero, ¿se trata solo de eso? Claro que sí, mujer, claro que sí. A tu hija le hace falta sentar la cabeza y venir por aquí. Estaré contento de ser su primer cliente. —Qué sencillos hace Dios los problemas de la gente sencilla, pensó lleno de ternura. La acompañó hasta la misma puerta de la iglesia. Era un gran día para él, ya hacía mucho tiempo que no ganaba una nueva oveja para el rebaño de su señor.

—Bueno, Carmen, te quiero ver en misa por lo menos los domingos, ¿eh? Y ya verás cómo hacemos que tu hija también se acerque a Dios. Por cierto, ¿de qué es el negocio? —A la vieja se le paró el corazón, había llegado el momento, pero jamás habría engañado a aquel hombre.

—Una *meublé*, padre Ambrosio. —Había pasado más de una semana buscando una palabra fina que no malsonase demasiado dentro de la iglesia.

—¡Ah! Eso está muy bien. Es un gran negocio. Seguro que tendrá mucho éxito. Hala, no te preocupes. Cuando tú me digas iré a inaugurar el negocio de tu hija, y si se porta bien le haré publicidad. Ya verás cómo sale adelante.

A la vieja le ofendió la naturalidad e indiferencia del cura y casi estuvo por recriminárselo, pero el objetivo conseguido le hizo besarle la mano.

—Padre, gracias. Le prometo que vendré todas las semanas a confesarme y la niña también. Le traeré un San Pancracio para que lo bendiga.

—Hala, hala, ve con Dios, mujer.

Fue a reunirse con sus beatas que le esperaban impacientes. No dejaba de

parecerle divertido y un tanto absurdo que aquella humilde mujer utilizara el francés para referirse a una tienda de muebles. Con el dinero que cuesta montar eso, hay que ver algunas profesiones las rentas que dan, pensó malicioso.

Como le ocurría cada vez más a menudo, cuando abrió la puerta de su habitación, la última del pasillo del tercer piso, apenas vislumbró la estrecha ventana sin visillos a la que ya pocas veces se preocupaba de taparle las grietas de sol con la rezurcida colcha, la mesilla desconsolada arrinconada junto a la pared, y su cama triste ocupada por algún cliente imprevisto. Ya estaba acostumbrado. Cerró con cuidado al notar que el durmiente se removía inquieto en la cama y se dirigió hacia la habitación de Tassia para ver si la encontraba de buen humor y le dejaba dormir en su cama, la maravillosa cama con dosel que con tan buen tino le había conseguido su madre. Allí estaba ella, devorando su segundo paquete de pipas de la mañana, tumbada en el canapé comprado de segunda mano por su madre para darle elegancia a la habitación y que ahora flotaba en un mar de cáscaras y postales de sitios extraños que dejaba caer Tassia al suelo después de contemplarlas ensoñada durante unos momentos. Ya había recorrido media América cuando levantó la vista desde alguna isla caribeña al entrar Alejandro.

—Ya te han zurrao, ¿eh? —Su voz lechosa hacia juego con su cuerpo tumbado, siempre dispuesto, siempre anunciado, multiplicado a sí mismo en movimientos procaces que a Alejandro le hacían pensar en sudor, en pieles que se adhieren con desgana.

—¿Puedo acostarme aquí? Me han ocupado la habitación. —Tassia le arregló las sábanas con una diligencia impensable en ella y le ayudó a desnudarse como a un niño. Recogió las ropas y antes de irse le dio un beso en los labios.

—Tassia, ¿por qué me tratas así tú?

—Porque me da la gana, idiota. Te voy a lavar la ropa, pero a cambio me tienes que prometer que te levantarás para comer.

—Despiértame tú.

Tassia dejó en penumbras la habitación y salió sonriendo por el pasillo, alegre por poderle lavar la ropa a Alejandro, por poder lavarle un poco de esa vida sucia con un pequeño beso en los labios; alegre por poder burlarse de todos esos que los querían condenar a no estar más alegres, a odiarse entre ellos por el más pequeño atisbo de sonrisa descubierta entre algún descuido de sus miserias, de sus vidas petrificadas en deslunados vociferantes y aceras con olor a cloacas, con sabor a viudas de cirrosis y maridos idos buscando otras luces que solo brillan en los escaparates; alegre como cada vez que se entregaba a un hombre sin querer recibir nada a cambio, sin querer robarle nada de su vida ni hacerle inventar ninguna vida para tenerla. Desde su absoluta ignorancia, apenas resquebrajada por las clases nocturnas y la sabiduría que la calle le había dado, intuía un mundo tenebroso en el que las morales cotizaban en bolsa y las normas se sustituían unas a otras sin otra razón que la conveniencia de gentes que ella jamás habría soñado conocer. Quería recordar desde su infancia algún regalo dado sin que fuese premio, sin que fuese compra de risas agradecidas; alguna mirada de su madre, algún beso o cariño que no fuese feliz de ser él mismo, sino por ser para ella; por esto le parecía un poco egoísta sentirse tan bien lavándole la ropa a Alejandro, acostarse a veces con él, dejarle la cama a escondidas de su madre y, quizá para compensar, por esto ahora lo despertaba entre insultos y gritos destemplados, abriendo de par en par las ventanas y amenazándolo con tirarle un cubo de agua y Alejandro se desperezó aturdido sin saber muy bien dónde estaba, tratando de espantar con los brazos los sueños que todavía pululaban a su alrededor. Todo su mal humor se esfumó al ver esa cara un poco rellena de Tassia que lo miraba retadora con desprecio desde los pies de la cama.

—Vamos, vamos, cerdo. Levántate de una puta vez. ¿Qué te crees, que te vas a pasar todo el día en mi cama, eh? Luego se entera la vieja y me la cargo yo.

—Ya voy Tassia, ya voy. Tráeme una cerveza, por favor.

—¡Pero bueno! Esto es demasiado. ¿Te crees que soy tu criada o qué? Entérate, julai, yo no le hago los recados a nadie. Ya te estás pasando mucho conmigo, tío.

Antes de que Alejandro pudiera levantarse, Tassia ya había traído dos cervezas que bebieron abrazados en la cama de un solo trago, tratando de correr lo más deprisa posible para ver si le sacaban alguna vuelta de ventaja a todo lo que les presionaba; y luego darle por detrás.

Alejandro se dejó acariciar la frente herida por los besos quedos de Tassia y la sonrisa extraviada le volvió a los labios al recordar la historia de su primer cliente e imaginarse al pobre cura de pie, introducido por la vieja en la habitación, observando aturdido los pocos muebles, a todas luces usados, en exposición, haciéndose cruces de cómo pensaban vender alguno y más situando la tienda en un primer piso. Hasta que la voz que durante tanto tiempo aprendió a acallar le hizo sudar y apoyarse en la vieja cómoda cuando recordó las palabras de la tía Carmen al dejarlo a solas.

—Si quiere, luego utilice el baño de mi hija. Le he puesto todas las comodidades.

Y la comprensión lo llevó a la puerta que fue incapaz de abrir, aprisionado por aquel recuerdo de juventud tantas veces asesinado por rezos nerviosos, y cuando la virgen María se le apareció vestida de Tassia desnuda debajo de una negligé negra, todos sus años de rezos contra la perdición se le amontonaron en un corazón que le pataleaba en los ojos impregnados de niña que duele bajo la sotana y el querer irse, el murmurar; pero Dios; y el sudor de sus manos desabotonando los treinta y tres botones de su tanto mentirse y soñar despierto en cópulas sagradas le estalló en un bofetón en la cara a Tassia, en un desgarró de Dios que la dejó desnuda en la cama con toda la sangre del señor queriéndole entrar a raudales por la entrepierna y el padre Ambrosio, que se había sentido engañado, se sintió derrotado por esa pelvis que ya era para él forma sagrada hecha vida, dios nuevo redentor que le iluminaba de todas esas tinieblas de las que había intentado salir sepultado de reproches y besos de escapulario. Tras conseguir la paz que Dios nunca había sido capaz de darle no se atrevió a mirar a la adolescente a la cara y se vistió extasiado, sabiendo que ya no quedaban vírgenes que se le aparecieran; vio una bandeja metálica, muy parecida al cepillo que pasaban en la iglesia, y dejó dos mil pesetas en ella. Tassia se incorporó de un salto y le devolvió los billetes con una sonrisa temerosa.

—Padre, yo no soy una puta; yo solo hago esto porque me gusta hacerlo.

—Pero, entonces... tu madre...

—No se preocupe por mi madre. Ya me las arreglaré yo.

Y por primera vez en su vida, con una ternura desconocida en él, besó los labios de la muchacha y salió dispuesto a hablar con la vieja. Poco le costó entre amenazas y admoniciones convencerla para que cesase en su alcahuetería, y menos le costó convertirse en el semanal visitante de la niña a cambio de una módica cantidad de dinero a espaldas de Tassia, que la madre no se atrevió a rechazar aunque esto no fuese lo que ella quería para su hija. Cuando las visitas empezaron a retumbar por las calles, el padre Ambrosio fue trasladado con discreción de parroquia. Por más que su madre le siguió llevando clientes a la habitación, y aun probando más de una vez su gruesa zapatilla, Tassia no consintió nunca cobrarle a nadie por hacer el amor, con lo que la vieja se consumía en lamentaciones sin abandonar la esperanza de que algún día la descastada entrase en razón. De tarde en tarde una actividad febril la asaltaba y se ponía a limpiar con esmero el cuarto de su hija, segura de que en esa ocasión la niña le respondería como una buena hija, pero ni las amenazas de tirarla de casa ni los ruegos ni reproches entre llantos por su pasado esfuerzo de madre le sirvieron de nada. No quería poner a trabajar a su hija por egoísmo, quería que su niña se convirtiera en una gran puta y eso solo se lograba con tesón y voluntad. La señora Carmen maldecía la disipación de las costumbres como causa del poco interés de Tassia por una profesión que a ella le había permitido vivir sin tener que robar a nadie. Se le caían las lágrimas cuando Alejandro con voz monótona le leía los anuncios de masajes de los periódicos y escuchaba aquello de «se admiten tarjetas de crédito», que estaba segura era el máximo de distinción.

Alejandro besó a Tassia con fuerza y se atrevió a mirarla a los ojos, pensó en sonreírle y decirle que la invitaba a comer en el restaurante de los muelles abandonados, que la invitaba a vivir cualquier vida de las que él creía haber vivido alguna vez, a soñar un poco que todavía soñaban y podían mentirle al

mundo y burlarse de los relojes parados en repisas rotas, de los relojes sangrantes sobre manos abiertas, pero recordó que le habían robado el dinero de la noche y no era hora de ir al banco ni era hora de inventarse historias e invitarla a comer; qué tontería; y toda la soledad le ocultó la cara de nuevo mientras se vestía y salía de la habitación sin musitar palabra. Llegó a la vieja cocina en el piso inferior donde la señora Carmen siguió fregando sin saludarle ni hacer ningún comentario sobre su herida en la frente. Alejandro cogió el periódico de una silla y empezó a leerle los anuncios. La mujer le abrió un tercio.

—Tómate la cerveza, a ver si te despejas antes de que se haga de noche.

Y Alejandro, que pareció no haberla oído, dio un largo trago y siguió leyendo:

#### *PINTORA MUERTA POR ESCAPE DE GAS*

*En la noche del pasado viernes fue encontrada sin vida en su domicilio la pintora Sara Romero Vázquez, de 37 años de edad. Según fuentes judiciales, la muerte se produjo de manera accidental por asfixia. Al parecer la mujer se disponía a preparar la cena cuando dejó abierta por olvido la espita del gas. Una vecina, con la que había quedado para cenar, la encontró muerta cuando acudió a la cita. La jueza que practicó las diligencias ha descartado otros escenarios posibles, como el suicidio o el asesinato. Sara Romero pertenecía a una conocida y relevante familia de nuestra ciudad vinculada al mundo taurino, inmobiliario y de servicios. Aunque no muy conocida por el gran público, sí disfrutaba de cierta reputación dentro de los círculos artísticos. Su obra, intimista y muy perturbadora a los ojos de este profano relator, lleva al que la contempla a la introspección y a la búsqueda de algo perdido, algo que ha dejado huella en el lienzo, quizá la búsqueda del propio cuadro desaparecido, quizá a pintar su propia muerte como si una ausencia surgida de lo pintado se la reclamara. En el seguimiento de la noticia, este redactor asistió al levantamiento del cadáver y se sobrecoge al recordar el rostro de la mujer fallecida, azulado y con la expresión borrada por los efectos de la asfixia, y ver después esos otros rostros tan azules y tan parecidos que pueblan sus cuadros. ¿Suicidio, asesinato o muerte accidental? Para la pintora poco importa ya, pero*

*quizá su pintura nos está hablando de ello.*

—Hijo de puta. —Alejandro sintió una rabia infinita contra sí mismo.

—Te tengo dicho que en mi casa no se insulta a nadie, ¿eh? Así que si quieres soltar sapos por la boca te vas a la calle y luego vuelves. —Doña Carmen le señaló la puerta con un cucharón de madera que aún goteaba agua.

El lunes amaneció como todos los lunes, con despertador y tostada y café rápido en el bar de abajo del periódico con saludos y la liga en la recta final con el Madrid a punto de llevársela, como de costumbre, y el Depor ahí apretando, y casi todo el mundo viendo cómo había quedado la porra semanal y en la tele a medio volumen el rostro un tanto demacrado de Letizia Ortiz guiñoleando las noticias de la mañana: la intifada en Palestina —la aviación israelí bombardeando Ramala y Nablús como represalia a la autoinmolación del viernes de un joven palestino en un concurrido centro comercial de una ciudad israelí—, la *kale borroka* en Euskadi, ETA presente en cada comentario y en cada silencio, los asesinatos de mujeres tan presentes como invisibles, los problemas de la reconversión pesquera, aro de hierro por el que introducimos la unión europea. Los fuertes y los débiles, los fuertes y los débiles, como cada día, como cada día, podía ser el resumen de la prensa de aquel lunes caluroso que los parroquianos comentaban con exaltada desgana, sabiendo que las palabras, o las noticias, nunca llegaban a cambiar nada.

La primera mesa de redacción del día, con la amable y cortés presencia del director, transcurrió alrededor de los mismos asuntos, como siempre con una mayor focalización sobre los temas locales. Gonzalo solo habló para proponer el seguimiento de la detención de un hombre acusado de haber apuñalado a su mujer. Nada dijo ni nada le dijeron sobre la muerte de Sara Romero Vázquez, que al parecer ni existía ni había existido.

Cuando terminó la reunión, y tras una leve seña de una de las cejas blancas del director, Gonzalo le siguió por el pasillo hasta su despacho. Allí el amo, como le llamaba de forma coloquial toda la redacción, se lo dejó todo muy claro. Con pocas palabras le prohibió escribir en ningún medio, de la empresa o ajeno, ni una sola palabra sobre Sara Romero, viva o muerta. Lo contrario significaba la puerta y la calle. Una nueva llamada de don Fernando Romero tras el funeral había tenido sus efectos. Gonzalo no protestó en ningún momento, no intentó la mínima excusa por haberse saltado la mesa de cierre del dominical, ni siquiera defendió su derecho de expresión ni su supuesta dignidad profesional. Asintió a cada una de las reconvenciones de su jefe, tragó toda la saliva que pudo y salió de aquel despacho convencido de que aunque tardaran en echarle un mes o tres

años, en realidad ya había sido despedido. Se sorprendió repitiéndose en voz baja mientras volvía a su mesa; me importa tres cojones, me importa tres cojones, me importa tres cojones. Y se sintió muy bien.

A las 17'30 pulsó el interfono de la pequeña casa rústica situada en el extrarradio de la ciudad. Había telefonado por la mañana para confirmar la cita con el anciano y esperaba que ya se hubiera despertado de la siesta y le estuviera esperando como habían quedado. Una voz de mujer; ¿quién?; le hizo carraspear antes de identificarse y preguntar por don Salvador Romero Cofrentes. La voz era de una amable y voluminosa señora de cierta edad que le abrió y le acompañó a una salita en penumbras donde se encontraba el anciano revisando viejas revistas de *El Ruedo*. Su anfitrión, envuelto en un batín rojo demasiado caluroso para la época, perdía mucha de la forzada distinción que aparentaba en el entierro. Se sentó, tras ser invitado a ello, en un sillón enfrente del viejo, que lo miró con los ojos empuñados por el orgullo de enseñarle un carcomido número de la revista, de septiembre de 1947, con un abundante reportaje fotográfico sobre la muerte de Manolete. Por mucho que su familia fuera rica y poderosa, él no daba la impresión de serlo a tenor de la discreta y falta de gusto decoración de la salita, con sillones de escay y un gastado mantel de hule en la mesa camilla donde se amontonaban las revistas que la mujer recogió, no sin una atenta y desconfiada mirada del viejo, para colocar la bandeja con el café. Esta impresión, un tanto decepcionante, se le multiplicó al ver la salivosa e incoherente sonrisa con que le regalaba mientras se perdía en un sinfín de anécdotas sobre amarillentos hechos taurinos, lo que le hacía dudar de la capacidad del abuelo para ayudarle a recopilar la mayor información posible sobre Sara. Entre una retahíla de confidencias increíbles sobre asuntos de cuernos y faldas, que aquel hombre decía haber vivido de cerca, el manido debate en los círculos taurinos sobre la prohibición, a causa de la omnipresente crisis de las vacas locas, de la entrega de trofeos en las lidias —por no hablar de la obligatoria cremación del cadáver del toro y la prohibición de la venta del chuletón de vaca; aunque ya pocos me como yo de esos; suspiró don Salvador—, averiguó que había sido heredero, junto a tres hermanos más, de los provechosos negocios de la familia. La herencia en su momento incluyó una reconocida fábrica de embutidos, otra también muy conocida de aceites de gran calidad, diferentes empresas de servicios con múltiples concesiones del ayuntamiento y la diputación, y un rico latifundio dedicado al ganado y la aceituna en la provincia de Jaén. Siendo bastante joven, vendió su parte de todos los negocios al resto de los hermanos y se fue a Sevilla tratando de llevar a cabo la ilusión de

su vida: tomar la alternativa en la Maestranza. Un estúpido accidente le provocó una cojera que le hizo desistir de su ambición. Gastó el dinero que le quedaba en comprar una ganadería con la que se arruinó. Resurgió de nuevo y se hizo apoderado de varios novilleros con diferente fortuna y, tras un amor impetuoso con una actriz que terminó en un matrimonio de conveniencia que luego resultó no convenirle en ningún sentido y del que tuvo la suerte de enviudar, no le quedó más remedio que volver a la ciudad y aceptar el empleo que le ofreció uno de sus hermanos. Desde entonces había llevado una vida cómoda y por fin tranquila hasta el infortunado día en que su sobrina nieta Sara; de la que Dios se apiade; se instaló en la céntrica y lujosa casa en la que él por aquel entonces residía.

Gonzalo no supo si creer tanto tópico. Apuró su café observando cómo la expresión bobalicona del viejo se había transformado al nombrar a su sobrina en una desabrida mueca de amargura y rabia. Tras un instante borró la mueca con un cabeceo y recuperó el aspecto irrelevante y amable anterior.

—Así que usted es periodista...

—Bueno, en realidad no me licencié en periodismo. Yo estudiaba una ingeniería técnica, pero un amigo mío, redactor del periódico, me consiguió un trabajo de corrector. Con el tiempo me encargaron las efemérides, luego la casualidad me llevó a los sucesos y desde hace unos tres años también a las necrológicas, mi única pasión hoy en día.

—¿Su única pasión?

—Sí. Bueno, en realidad el asunto de la muerte no me interesa, solo me interesan las vidas, sus vidas. Es bastante difícil de explicar. Fíjese, toda nuestra sociedad le da mucho más valor a lo que se hace que a lo que se piensa. Nos acostumbran a abdicar de nuestras ilusiones y de nuestros ideales a cambio de unas realidades que nunca nos llegan a satisfacer por dentro. Poco a poco esas realidades nos ahogan, nos convierten en pobres autómatas repetidores de ellas mismas. —Gonzalo no solía dejarse arrastrar por la vehemencia en ninguna ocasión, pero esta vez se extrañó al oírse hablar en un tono que iba perdiendo la contención a la que siempre se obligaba. Su cuerpo se había ido aproximando al

borde de la butaca y, ahora medio incorporado, buscaba en el atónito y displicente rostro del anciano una comprensión que le hiciera creerse un poco a sí mismo—. Yo intento reescribir esas vidas a partir de lo que ellas querían, no de lo que eran.

—¡Ah! A usted le gustaría seguir siendo un joven idealista. Lo que me cuenta me parece un poco inmaduro, perdone que se lo diga así, pero, no crea, a mi edad me es muy fácil comprenderle. Los viejos nos acostumbramos a contarnos solo las historias que queremos oír; pero, de todas formas, y también por mi edad, comprenderá que no comparta su afición por las esquelas. —Don Salvador se sirvió de su bastón para de tres interminables pasos situarse delante de un horrible reloj de cuco, de cuyo interior extrajo una pequeña caja plateada—. Lo que no comprendo, y me parece un poco irrespetuoso, es que juegue usted con los nombres de los muertos. —Volvió a la mesa y entreabrió la caja para mostrar su contenido a Gonzalo mientras le alcanzaba un canutillo de marfil. Gonzalo se retrajo asustado en su sillón y lo rechazó con la cabeza. El anciano depositó una medida cantidad de coca en la mesa y sirviéndose del canutillo la esnifó. Estornudó un par de veces y se secó con el dorso de la mano unas risueñas lágrimas—. No, no se sorprenda demasiado. También los viejos, como los niños, somos capaces de llegar a disfrutar de la vida sin estar atados por ninguna doble moral. Podemos perder la vacuidad de eso que llaman sentido común, que no es más que idiotez generalizada, y dedicarnos a cobrarnos todos esos años que hemos enterrado tratando de edificar una vida con la que los demás estén de acuerdo. Como los niños, no tenemos que alquilarnos a ningún futuro y debemos estar más allá de cualquier indignación ajena.

—Pero usted no ha perdido la capacidad de indignarse, por lo menos lo parecía ayer con aquel hombre. —Gonzalo había perdido toda esperanza de sacar nada en claro del viejo. Llegó con la idea de encontrarse a un hombre de fuertes principios y se descubría ante un cocainómano que jamás podría llegar a comprender el verdadero sentido de lo que le había intentado explicar.

—¡Bah!, amigo, la comodidad nos hace no abandonar las formas. Sentimos indignación cuando hay que sentirla, como podemos sentir cualquier cosa que haya que sentir. Lo único que no se puede disimular es el dolor de haber sido engañado, y más cuando ya son pocas las fidelidades que arriesgas, cuando ya te

han engañado las suficientes veces y no te debería doler una más. Eso sentía yo ayer: dolor. Y por eso me interesó usted cuando supe que era el que había escrito el artículo sobre Sara. Yo quiero que usted me ayude, que descubra por qué y quiénes mataron a Sara.

Gonzalo se arriesgó a poner en peligro su entrevista diciéndole lo que pensaba.

—Mire, don Salvador, la verdad es que yo no tengo ningún indicio ni sospecha que me pueda llevar a pensar que a Sara la mató alguien. Eso sí, debo confesarle que la idea del suicidio me parece tan posible como la del accidente, pero la policía dice que los indicios circunstanciales pueden descartarla. Sara había quedado para cenar esa misma noche con una vecina en su casa. De hecho parece ser que al preparar la cena es cuando se dejó el gas abierto. Había consumido barbitúricos y alcohol y al parecer se quedó dormida antes de morir.

Don Salvador retomó su chocheante amabilidad sin prestar demasiada atención a las palabras de Gonzalo. Colocó dos vasos en la mesa y los reboseó del coñac de una botella llena de polvo que había rescatado de un estante del mueble librería. Desapareció de la salita dando tiempo a Gonzalo a fumarse un cigarrillo nervioso entre consultas de reloj. Regresó con una inmensa carpeta y dos voluminosos álbumes de fotografías. Le tendió uno de ellos a Gonzalo y este se dispuso a visionarlo ante la callada mirada del viejo.

La primera fotografía le hizo exclamar un admirado; vaya; al ver el primer plano de una mujer todo sonrisa de su boca sellada, sus labios quizá demasiado resaltados por el carmín, y una nariz un poco pequeña debajo de unos infinitos ojos de tres colores que reposaban en una tranquilidad como de mar que le parecía poco madura confundida con esos brillos y reflejos que no podía matar el papel mate ni la inerte lejanía de una muerte en fotografía.

—Es muy bella. Es increíble que pese a su juventud tuviera ese aire tan... tan profundo. —No podía disimular su azoramiento ante la sorpresa de encontrarse aquel rostro todavía con rostro, todavía con rasgos, y empezó a jurarse que aquella muchacha merecía la mejor historia que él fuera capaz de

escribir, sabiendo que era imposible concebir ninguna historia que fuese digna de encuadrarse con aquellos ojos vidriera que parecían saberlo todo, desde el todo. No se atrevió a pasar a la siguiente fotografía hasta que no supiera algo más de ella. Era suicida mitificar aquel rostro sin algún emplasto de la vulgaridad de la vida cotidiana que lo cauterizase contra el desengaño de la idealización.

—Cuénteme todo sobre Sara, por favor, don Salvador. —Miró con franqueza los ojos chispeantes del anciano y se dispuso a escuchar lo que el anciano le contara de aquella muchacha.

El viejo dio un pausado trago de coñac y entrecerró la mirada puesta en alguna remota pared más allá de su vista. Un temblor de su voz empezó a arrancarle las palabras del recuerdo.

—Sara era la única nieta de mi hermano mayor, Guillermo. Yo apenas la había visto en comuniones y bodas, en las pocas ocasiones en que me reunía con la familia para las celebraciones. Casi por casualidad, al poco tiempo de volver yo a esta ciudad, empezamos a coincidir a menudo. Fue entonces cuando comencé a tratarla y a cobrarle todo el cariño que nunca había sentido por nadie de mi familia. Estaba terminando sus estudios y quedábamos muchas tardes para hablar de arte, de pintura, de la vida en general. No sabe usted lo orgulloso que me sentía de poder compartir un rato en una cafetería con aquella muchacha, era encantador poderle contar mis cosas, mis historias, y ver cómo ella las iba absorbiendo con sus ojazos mirándome de par en par. Me llenaba de emoción descubrir que una chiquilla, una adolescente aún, podía sentirse interesada por los rollos que le soltaba un carcamal como yo, por más que fuera su tío abuelo. Era una joven muy moderna y especial. Por aquella época empezó a vivir su vida. Se independizó de sus padres algún tiempo después de cumplir la mayoría de edad y se puso a vivir con un chico. Eso hizo que le perdiera la pista. Pero, antes de eso, conforme la fui conociendo me di cuenta de que ella era como yo, quería tanto la vida y tenía tanto miedo. Lo devoraba todo, lo que miraba, lo que creía, lo que amaba..., todo se le acababa en el pensamiento antes de haber llegado a disfrutarlo bien, a reconocerlo como suyo. —Don Salvador detuvo su monólogo y se entretuvo unos minutos en esnifar otro poco de coca, sin que Gonzalo, absorto en la fotografía de Sara, pareciera encontrarse en la misma estancia. Luego el anciano, con un suspiro, como para acumular fuerzas,

prosiguió—: Pronto nos dimos cuenta de que más que parientes éramos amigos. Ella huía de la indiferencia satisfecha de todas las gentes perdidas entre tantos manuales y directrices que enseñan a todo, que te lo enumeran todo, sin dejarte ni siquiera la alegría de alguna vez saltarte del cuatro al seis, o por lo menos no ponerle el palito a las tes. —Rio su ocurrencia sin que Gonzalo la entendiera—. Era igual que yo en eso. Se acostumbró a recogerme en la oficina y llevarme a comer, al teatro, a ver esos cuadros que la secuestraban en su interior y parecían acariciarla logrando que, no sé por qué extraño fenómeno, toda la serenidad que reflejaba su rostro, en esos momentos de percepción, coincidiera por una vez con su estado interior. Dejé de contemplar ningún cuadro y solo la miraba a ella, cada uno de sus parpadeos era una pincelada para mí. A veces sus ojos me buscaban brillando y la orgullosa ironía de su risa me decía que ambos compartíamos algo. Después de semanas de venir a verme a diario había períodos en los que desaparecía. Me fui acostumbrando a su compañía y cada vez soportaba peor estas ausencias. Llamaba a sus padres para averiguar dónde estaba, pero estos sabían menos que yo. Ella nunca me decía nada, era una consumada maestra de las evasivas, de los silencios. A duras penas conseguía no presionarla demasiado, pues sabía que solo en su libertad podría seguir siendo mi amiga. Intentaba recordar su rostro extasiado delante de un Rossetti y no pensar qué podría estar haciendo en aquellos momentos. Desde pequeña la pintura era lo único que conseguía tenerla por completo.

Abrió la carpeta y empezó a mostrarle los papeles ya envejecidos, esos primeros dibujos de infancia, todos llenos de las lunas blanquísimas de los cinco años, de casas con chimenea y calles con árboles y coches que van creciendo al lado de la niña hasta convertirse en trazos gruesos que ya no son nada, solo ella. Tras los dibujos le tocó el turno al otro de los álbumes. Los ojos del anciano se hundieron en las fotografías, mirándolas de lado, como un paso por detrás, igual que todas esas veces que hubiera querido diluir su presencia al lado de la muchacha para poder contemplarla sin el estorbo de saberse allí, a punto de tener que pronunciar cualquier palabra que rompiera el encanto de su mirar. Pasó las páginas del álbum sobre la mesa y le mostró la foto de una niña de cara redondeada y guedejas de oro cayéndole sobre la frente con la pícara sonrisa de quien sabe que todo es ya suyo, que nada se va a resistir a uno solo de sus guiños coquetos.

—Se convirtió en una espléndida jovenzuela imposible de dominar. En la

superficie era toda una señorita muy bien educada que sabía desenvolverse en los ambientes de sociedad, pero algo por dentro de ella parecía querer aflorar y liberarse de todos esos cánones, normas y formalidades que le habían querido inculcar. La relación con sus padres comenzó a marchar mal. Su padre se empeñaba en querer controlar el presente y el futuro de la muchacha. Se empeñó en que fuera a estudiar al extranjero, utilizó su influencia para organizarle exposiciones en sitios que la hubieran convertido en una pintora cotizada. Pero quizá esa presión es lo que provocó que ella lo abandonara todo. Su apariencia dócil e introspectiva no era más que determinación. Dentro de ella no había lugar para nada más que su voluntad y la pintura, lo que ella sentía que debía ser la pintura, algo muy poco cercano a los circuitos comerciales, los marchantes y las galerías. Pero no crea que era insociable, no, cuántas veces me contaron sus padres lo orgullosos que se sentían de ella hasta que empezó a alejarse del camino que querían marcarle. Era una perfecta estudiante y una encantadora compañera de conversación. Todo el mundo quería salir con ella e invitarla a pasar los fines de semana. Pero todo era envoltura, no había nada dentro de ella que perteneciera a ese mundo, ni un solo pensamiento que no fuese esa insatisfacción que la llevaba a cansarse de todo enseguida, a buscar nuevas cosas, nuevas vidas que la permitieran detenerse, descansar. Sí, joven, esto se lo puedo decir porque cuando luego la reencontré ya hecha una mujer lo entendí bien: Sara tenía pánico de vivir solo una vida, de quedarse anclada en una historia que se fuera deshilachando poco a poco con el tiempo, perdiendo los jirones de sí misma hasta no ser más que esto, una vida enterrada en un álbum como el de estas fotografías que solo hablan de muerte. ¿Y usted quiere construirle una vida? Por favor, hágale mil fragmentos de mil vidas, quizá algunos de ellos serán los que ella hubiera querido vivir.

La siguiente foto tenía unos diez o doce años menos que la anterior y le mostró una saludable joven con los cabellos recogidos en un moño y los ojos distantes huyendo con las entreluces del pórtico de una iglesia un domingo por la mañana. El perfil le ocultaba el gesto que parecía no querer ser mirado, descubierto, puesto al relente de las lascivias avarientas de los parroquianos endomingados. Gonzalo trató de descubrir tras el pliegue obstinado de aquellos labios el anhelo y la ilusión puesta para todas esas cosas que empezaban a llegar a ella, a ser suyas y calladas, sin que nada más que su silencio dentro le sirviera de sentido. Todas esas cosas que nada más llegar ya eran recuerdo mientras todavía vibraban en el abrazo con el que la mirada de Gonzalo quería encerrarla para siempre hecha fotografía que empezaba a susurrarle despacito cómo

deseaba que fuera esa vida que él iba a intentar recrear de nuevo. Pero, ¿qué sucedía con esos ojos que miraban tan para adentro, por qué había tanta distancia entre su momento y el instante del objetivo? Gonzalo sintió de nuevo el impacto de todos esos tiempos que quería unir y que siempre se le escapaban entre burlas e ironía, deshaciéndole lo hecho, equivocándolo, mostrándose siempre a destiempo.

—No sé casi nada de su vida desde que dejó de vivir con sus padres. Creo que tuvo problemas con el chico aquel. Se enamoró y se fue a vivir con él. El asunto se torció y él la dejó. Se quedó sin dinero y sin trabajo y, lo que es peor, se enganchó a la heroína. Vinieron unos años en los que se buscaba la vida como podía, por lo que sé en muchas ocasiones de manera no muy recomendable. Iba dando tumbos de aquí para allá, vivió en muchas partes. Alguien me comentó que había ejercido la prostitución. Yo le creí, pero si hubiera conocido a Sara se daría cuenta de que eso no tiene mucha importancia. Nunca me contó nada, en realidad nunca hablaba de lo que había sucedido, para ella no tenía ningún valor el pasado, creo que olvidaba las cosas según iban sucediendo. Era capaz de negarte lo más evidente que hubiera hecho con una seguridad tal que te dabas cuenta de que no era consciente de que te estaba mintiendo.

Le mostró una foto donde Sara, cogida por sorpresa, miraba de escorzo a la cámara e iluminaba el objetivo con un halo desconcertante de apatía a punto de estallar, a punto de devorarlo todo con la increíble fuerza de una vida encerrada dentro dando golpes por salir. Sus veintitantos años eran de mujer ya en la tersura de su piel y las pequeñas arrugas en los hoyuelos de su antigua sonrisa de niña acunaban cada gesto que Gonzalo veía ya en todas las fotografías moviéndose a su alrededor, todas las Sara hablándole y sonriéndole, rogándole que les diese vida, que les hiciese un poco de compañía.

—Un día, algunos años después, se presentó en mi casa y me pidió ayuda. Yo entonces no vivía en esta cueva. Gracias al puesto que me había dado mi hermano alcancé una muy buena posición económica y tenía una espléndida casa en una muy buena zona. Quién me iba a decir a mí lo mucho que iba a perder, pero yo ahora también le podría decir a usted que valió la pena lo que gané.

La sonrisa se apalancó en la tristeza del anciano, pero duró tan poco que

Gonzalo no podía estar seguro de no haberla imaginado. Las viejas manos nervudas pasaban con lentitud las páginas del álbum, yendo y viniendo por esas otras sonrisas de otros días de niña o mujer, de muchacha que mira desde la pared, desde el cuadro, y nadie sabe si sonríe o solo es mueca, pincelada, que tapa a la mirada el verdadero ver. Sus dedos acariciaban esas caras de quietas idas, huidas, acabadas del tiempo antes de emulsionar en el papel; acariciaban con sus yemas todo ese tiempo que a él le había esperado hasta el final de su vida para volverlo a revivir, a sentir. Volver a tener algo por lo que cualquier precio era regalo, la mirada, el calor, de una muchacha que huía. Gonzalo, mientras veía esas sonrisas que aún jugaban a ser niña, comprendió que las lágrimas que ahora caían por las mejillas de don Salvador no eran por lo perdido, sino por lo mucho que había ganado.

—Por supuesto que la ayudé. No se imagina cuántas veces había soñado algo así, que ella viniera a mí y se quedara conmigo. La lleve a una clínica de desintoxicación y en dos meses estaba de vuelta. Le había preparado toda una parte de la casa para su uso exclusivo, le había decorado la habitación con los tonos azules que a ella le gustaban, había hecho abrir un ventanal para que la luz inundase el estudio. Volvió a pintar después de mucho tiempo. No puede imaginar usted lo feliz que era yo. Nunca en mi vida había sentido ese tipo de alegría, algo que disfrutaba plenamente consciente de que lo disfrutaba, sin que por primera vez me asaltase ese miedo estúpido a que todo se desvaneciera de repente. Ella, tenía que haberla visto, había vuelto a ser la niña que pintaba en su cuaderno. Nunca había visto tanta dulzura en nadie. Uno no salía de casa si no lo acompañaba el otro. Me pasaba las horas en su estudio viendo cómo pintaba. Sara ponía sus enciclopedias de pintura sobre mis rodillas y me iba explicando todas esas cosas que nunca había podido hablar con nadie más que con aquel chico, me dijo, el único recuerdo que se permitía. No sé cuánto duró ese estado de cosas, el tiempo parecía haberse suspendido como en un cuadro de los que pintaba. Parecía que ya había logrado saber lo que quería, pero esto quizá fue peor porque lo que quería era imposible.

El anciano se levantó sin mediar palabra y volvió a salir de la salita. Al poco volvió con un enorme cuadro que apoyó contra la pared vuelto del revés. Resopló mientras se acercaba al balcón y corría las cortinas.

Gonzalo no podía quitar el reojo de aquel enigmático cuadro. Nada más ver aparecer al viejo con él, había intuido que allí podría haber alguna respuesta que calmara el bullir que empezaba a desintegrar su cerebro.

Don Salvador apagó las luces y encendió un foco halógeno contra la pared. Con toda la parsimonia posible se acercó al cuadro y lo situó de cara a Gonzalo. Siempre en silencio y sin parecer que estuviera acompañado se sentó en su sillón tomando breves y reiterados sorbos de coñac.

A Gonzalo se le heló la sangre. No era un cuadro, era un grabado en espejo con tinta negra. Un enorme reloj de bolsillo flotaba en medio de una habitación. La habitación no era una habitación en realidad, no tenía límites ni contornos claros. Era un espacio en el que hacía de suelo un damero rectangular, un reticulado de perpendiculares negras y huecos donde refractaba el foco punzando los ojos. El techo lo formaban franjas negras longitudinales que incidían en la inexistente pared posterior descolgadas como laxas estalactitas. A la derecha, inquietantes ramas, pérmicos helechos arborescentes, emergían abrazando el suelo y despuntaban hacia el techo, debajo del cual flotaba un desconocido planeta. En el lateral izquierdo, un entramado, formando algo parecido a una red de alambre, encerraba otro inidentificado planeta que se debatía contra unos tentáculos esteliformes que no podían ocultar su movimiento. Gonzalo apretó nervioso los dedos entrecruzados de sus manos al fijar su vista en el negro reloj que se deshacía derretido en una roja sangre negra derramada sobre una mano izquierda extendida debajo de este, surgida de un abismo negro justo antes del suelo. Todo estaba allí. Todo lo decía allí. Cuánto sufrimiento y cuánta impotencia, qué encierro de siglos condenado a siglos había allí, sin una sola luz que señalase ninguna salida que no fuera un minuto más de aquel sangrante reloj herido de sí mismo, ninguna luz que no fuese la de un foco que reflejase todo ese tiempo parado que no terminaba de parar nunca, de sangrar nunca. Gonzalo buscó en la oscuridad el rostro de don Salvador para salvarse de esa agonía que le atenazaba desde el grabado y descubrió sus ojos convertidos en dos torrencillos enrojecidos que anegaban sus arrugas haciéndolas brillar en la penumbra.

—Una de las últimas veces que nos vimos, quizá movida por el arrepentimiento de lo que estaba haciendo, y de lo que me iba a hacer sin que yo

lo sospechara todavía, me abrazó y me regaló esto. Me dijo: «Si cuando yo me vaya quieres saber algo de mí, búscalo aquí; porque yo estoy aquí».

Gonzalo encendió las luces de la salita y volvió a voltear el cuadro de cara a la pared. Dejando a un lado sus siempre prudentes maneras de visitante, se quitó la chaqueta y sirvió de nuevo los vasos de coñac. Don Salvador intentó tapar sus lágrimas con una sonrisa acartonada y se sonó las narices con delicadeza.

—Entonces, Sara huía de sí misma, de sus tiempos, por no poder atraparlos todos, por no poder fijarlos dentro de ella para que nunca dejaran de ser sus sueños.

—Sí, es posible que fuera eso, pero no hay vida ni tiempo que se pueda atrapar. Queremos ganarle la carrera al tiempo y corremos, corremos; no sirve de nada, es inútil. Media vida mía ha sido una maratón estúpida sin querer aferrarme a nada. Malgasté el dinero que me dejaron mis padres tratando de darle esquinazo al futuro, pero cada nuevo separarme de mis raíces creaba nuevas raíces y cada nuevo quererme ir de mí mismo me creaba a mí mismo otra vez. Corremos y corremos queriendo ganar al tiempo sin pensar que es imposible, porque el tiempo no es lineal, el tiempo es una multitud de círculos concéntricos que da vueltas alrededor de nosotros mismos. El secreto, he tenido que hacerme viejo para descubrirlo, es quedarse quieto, dejarlo a él que dé las vueltas que quiera, olvidarlo. Así se atrapa al tiempo.

El anciano fue a la cocina para recalentar el café que Gertrudis había dejado preparado en la cafetera y provisto de la bandeja regresó a la salita donde todavía seguía detenido el tiempo, dando algún que otro traspié de su cojera insegura por el alcohol. Gonzalo permanecía sumido en un estado de sopor no del todo provocado por la bebida, sino por la impresión que la historia del viejo estaba causando en él. Se echó el azúcar suficiente para calmar el acíbar que le producía aquella tarde moribunda de primavera que parecía querer salvarse entrando a través de los cristales de la ventana y revivir con la luz eléctrica triste de la salita desolada de vejez, rendida y abandonada, solo cubierta de los olores que el viejo llevaba consigo allá donde iba; olores de hervido y sopas, de cafés con leche y galletas por las mañanas, colonias a granel y Sara revoloteando por los suspiros y sueños despiertos del abuelo, cansado de clamar una venganza morbosa que lo

volviera a convertir en víctima aprovechada. Se daba cuenta de que se hallaba frente a la mejor vida, al mejor muerto, que se había encontrado desde el comienzo de su afición. Desde el primer momento se había sentido atrapado por esos ojos inmensos que descubrió en las fotografías, por esa historia que el anciano había ido desgranando y que había despertado su curiosidad como casi nada hasta entonces. Ahora estaba seguro de que iba a emplear tanto esfuerzo en averiguar hasta el más mínimo detalle de esa vida que se había escondido como en reconstruir esa otra que iba a venir. Acababa de comenzar su trabajo y ya estaba por completo inmerso en él, impregnado hasta los poros de ese recuerdo de muchacha que le zumbaba en las sienes provocándole sudores que hacían más denso aún el insoportable calor del pequeño piso, cerrado a cal y canto para que no se escapara ni uno solo de los saberes de ella, la muchacha venida en aquellos hologramas que el viejo creaba a cada palabra.

Terminaron sus cafés en silencio. Gonzalo se preparó para entrar de lleno en esa historia de la que no iba a salir nunca. Ojeó de nuevo el álbum. Desde el principio había notado que algo se le escapaba, que algo no seguía la norma no escrita que rige todo álbum de fotos. Tomó el otro álbum de la mesa y al repararlo descubrió por qué se le representaba siempre el mismo rostro de Sara con una expresión que no pertenecía a ninguna de las fotografías, como si él la hubiera conocido en persona y ahora las fotografías no pudieran alterar la fuerza de su recuerdo, no pudieran convencerlo de unos rasgos atemporales de joven encerrada en un tarro de cristal, como si solo fueran las fotografías las que sufriesen la muerte de los años y unas estuvieran viejas y desemblanconegrecidas y otras rebrillaran del color de la modernidad tecnificada en una extraña contradicción entre continente y contenido. Y era eso, las fotografías parecían estar ordenadas por un embrujo sutil que preservara a la modelo de cualquier comparación con el ayer, como si ese tiempo que ella tanto había intentado desdoblar se le hubiese hecho ella y ahora nos mirase burlón desde su mirada.

—Odiaba las fotos, parece mentira que tuviera tantas. Yo me empeñé en que me diera una. Ella recuperó todas las que pudo, las montó en estos álbumes y me los regaló.

—Don Salvador, siga contando, por favor, ¿qué pasó luego de ir Sara a vivir

con usted? —don Salvador se tomó unos segundos para retomar su relato, tosió, miró errático alrededor hasta dejar descansar su achispada mirada en Gonzalo.

—Los días fueron pasando y ella cada vez estaba mejor. Parecía haber olvidado al hombre aquel y todas las perrerías posteriores y, lo que era mejor, no parecía haber conocido jamás la drogadicción. Rompió con todos sus conocidos de antaño, durante meses su única compañía fui yo. Salíamos juntos a todas partes y disfrutábamos hablando de todas esas cosas de las que yo en realidad no había hablado nunca. Pero, de repente, aquel estado edénico se derrumbó. —Don Salvador se quedó callado unos segundos, ensimismado—. No es nada fácil contarle esto, oiga. Es la primera vez que lo cuento y me resulta bastante vergonzoso. Un día por azar vi a través de la puerta entreabierta de su habitación cómo se desnudaba. Me quedé petrificado contemplando ese cuerpo que hasta entonces había estado para mí solapado en la idea del parentesco. Si hubiera sido solo el sentido estético lo que me hizo quedarme allí espiándola esa noche... Pero no, a partir de entonces cada noche me las ingeniaba para poder contemplarla, hacerla un poco más mía sin que ella lo supiera, secuestrar esos gestos que nunca haría delante de mí, esos dedos que a veces delante del espejo se perdían en su adentro. Cada pensamiento desde entonces era ella desnuda delante de mí, solo cuerpo, y también ella dándome más de ella. Cada caricia que antes jugaba encariñada era ahora abuso que le hurtaba un calor que me apretaba cada vez más en la garganta, provocando que la mala conciencia y el temor a ser descubierto hicieran aún más intensa la excitación. Como podrá pensar, era difícil que una mujer no se diera cuenta de esto, y ella, esto lo supe después, se dio cuenta enseguida tanto del sentido de mis caricias como de mis contemplaciones nocturnas. Las conjeturas sobre el porqué no evitó esta situación son algo que no interesa en estos momentos. La cuestión es que semanas después, un día que como siempre yo la miraba pintar en su estudio, se le ocurrió pintar un autorretrato. A mí la idea me entusiasmó y le hice prometer que me lo regalaría. Ella quiso comenzar en ese mismo momento y me pidió que la retratara. Poniéndose delante de mí, empezó a desnudarse. En estos momentos estoy viendo todo el silencio de sus ojos mirándome y su sonrisa delante de mí, acompañando la lentitud de sus movimientos. Yo fui incapaz de hacer el más mínimo gesto o comentario, solo pude quedarme allí sentado como estaba, mientras mi corazón brincaba como el de un adolescente. Se acercó a mí e hizo que mis caricias recuperaran la inocencia de saberse comprendidas. Nunca pintó ese autorretrato, pero a partir de ese día fuimos amantes.

Gonzalo escuchó casi con satisfacción lo que desde el primer momento había estado seguro de saber sin ni siquiera haberlo llegado a pensar. Era tan normal a pesar de todo. Por más que él hubiera sido incapaz, ¿cómo quedarse mirando desde el balcón y no penetrar, no romper cada capa de orden que esconde siempre lo que más queremos e ir sin pensar a llenarlo de nosotros?, ir hasta el fondo de todo, sumergirnos en toda nuestra ansiedad hasta convertirla en esa mentirosa serenidad que a Sara se le escapaba por la mirada. Esa serenidad que nunca había sido serenidad.

Imaginó al anciano recorriendo la casa de puntillas, entreabriendo esas puertas a la luz de una piel que le estallaría en las manos, se le desgarraría a cada tocar, a cada esperar el súbito rechazo, a cada intentar un poco más, un ligero acercamiento a un fin que no se atrevía ni a imaginar. Y también comprendió que la aventura terminó en el mismo momento de su consecución, que la palabra amantes ponía punto y final a toda la pasión, la desazón del no saber nunca qué nuevo aparecer desnuda sería el siguiente, qué gesto abandonado sería solo para él sin cubrirse de la procacidad del gesto impúdico, cedido al lugar común de las intimidades compartidas. Cuál sería, cuánto duraría la siguiente caricia escondida de sí misma, hasta cuándo el último recuerdo de un seno dormido en su mano como si la casualidad los hubiera encontrado. Era tan fácil comprender que solo se recuerdan los primeros deseos, las primeras caricias, esas emocionantes aventuras de colonización que dejan paso a interminables repeticiones de más repeticiones que se sienten convictas de no ser ya lo que eran. Pero, ¿qué iba él a decir si nunca se había permitido ni el cosquilleo de una pequeña transgresión?

Don Salvador cayó en un silencio casi hostil. Ahora Sara ya no era solo suya, por primera vez estaba compartiendo algo que había tenido el gran valor de ser solo suyo y que al hacerse público dejaba de serlo. Necesitaba que alguien lo escuchara para estar seguro de que había sido cierto.

—Quiero contarle nuestra vida de amantes.

La ironía le hacía bien al viejo, lo cauterizaba del asco que sentía de sí

mismo y lo ayudaba a desembarazarse lo suficiente de ese sentimiento de muerte viva que a menudo se le metía dentro.

—Los primeros momentos transcurrieron sin que yo tuviera plena consciencia de lo que ocurría. Todo el tiempo era su cuerpo y mi obsesión por llevar a la práctica cada uno de los actos que había imaginado en él. Tras este primer momento, sin comprender la verdadera situación, quise interpretar el papel de amante protector, y, aunque me daba cuenta de lo ridículo que esto era a mi edad, la idea de propiedad enseguida hizo acto de presencia. No pude evitar empezar a transformarme en un temeroso terrateniente queriendo cercar hasta los pensamientos de alguien que había necesitado confiar en mí. Cuando le propuse que durmiéramos en la misma habitación, sonrió divertida, me mesó los cabellos y me dijo; cuando me necesites yo te buscaré. Todo lo que había significado hasta entonces su estancia en la casa adquirió una nueva dimensión. Ella seguía comportándose conmigo de una forma maravillosa, me compraba regalos, seguíamos yendo a exposiciones y cines, hablábamos de las mismas cosas que antes, de sus cuadros, de libros, de las mil ideas que se le pasaban por la cabeza, pero, ¿sabe?, ya nada era igual, porque yo, como tantos otros antes, había dejado de escucharla, ya solo me sentía a mí delante de sus ojos pensando en que el último coito había sido demasiado rápido, que a ella en realidad le alegraba que fuera así para cumplir con el trámite... No sé, las mil estupideces que la inseguridad nos dicta a los hombres. Yo hubiera querido tener dos Saras, la que me hablaba durante toda la tarde en un café sobre *La Encajera* de Vermeer y ese otro cuerpo mudo y obscuro que abría a mi voluntad cuando ella notaba que la deseaba. Necesitaba recuperar aquella visión nocturna, aquella emoción de lo prohibido secuestrado a la norma, pero eso era ya imposible, había pasado al lado de lo cotidiano, de lo que se anuncia venir cada día. Cada vez me fue más difícil compaginar a las dos mujeres y me sobrevino poco a poco una desazón que me iba separando de esos primeros tiempos en los que cada palabra abrazaba expectante a la siguiente. Al mismo tiempo comenzó a obsesionarme la idea del porqué ella me complacía. Le intenté formular la pregunta de mil maneras diferentes, intentaba sorprenderla para lograr la respuesta espontánea, la acechaba en cada olvido de sí misma para ver si así algo trascendía de su ensimismamiento. Pero no, tan solo encontraba la paciente ironía de aquellos ojos. La certeza de la respuesta me acompañaba desde el primer día que se desnudó para que yo la viera escondido: ella sabía que la necesitaba, me daba su cuerpo con toda la alegría de la que era capaz; pero no se equivoque, no era agradecimiento ni compasión, no, era solo su forma de ser; ella me hubiera dado

cualquier cosa que yo hubiera necesitado sin plantearse nada más, de la misma forma que no se planteó nada cuando me lo quitó todo. No estoy hablando de bondad ni de maldad, solo estoy hablando de Sara.

Gonzalo supo que ese hombre llevaba muerto justo desde el momento en que se atrevió a mirar el cuerpo de Sara por primera vez, desde que de repente todos sus años y experiencias se habían alineado en una mirada que fundía cualquier atisbo ético. Solo la necesidad y el egoísmo habían actuado en él, por eso se había consumido al saber que ningún otro momento podría nunca alcanzar la intensidad del primero, que la única forma de mantener la intensidad era avanzando en la posesión de ese cuerpo, en el allanamiento, nunca en el regalo.

—Yo sé que ella comprendió en seguida mi angustia interior, en cierto modo era algo parecido a lo que a ella le pasaba cada vez: buscar, querer, tener y perder. Este era el maldito ciclo del que nunca había podido escapar. Un ciclo en el que las dos últimas fases, tener y perder, en realidad son las mismas. ¿Sabe?, en el fondo nada puede decepcionar más que comparar la realidad con nuestros deseos y es tan triste darse cuenta de ello, te hace sentirte tan ruin, tan traidor a esos sentimientos que tú mismo has creado, el ver cómo se están apagando, gastando, sin que tu imaginación sea ya capaz de reponerlos. Ya tenía mi imagen hecha carne, ya no podía pasar el día esperando el próximo momento en que pudiera robarle su intimidad, para mí no quedaba más futuro con ella, a partir de entonces todo sería solo presente y, amigo, el presente, todos lo sabemos, se muere nada más ser. Conseguí alejarla de mí, pero me costó bastante tiempo darme cuenta de lo mucho que la decepcioné, me costó ser consciente de que mi cariño era para ella como la imagen de su cuerpo para mí, algo tan deseado, tan esperado, con la necesidad de que le fuera tan regalado como ella se regalaba a mí. Poco a poco los gestos se fueron haciendo signos cada vez más vacíos. No perdí su sonrisa, su amabilidad, sus caricias, pero ella se me fue a la primera duda, a la primera pregunta avergonzada de sí misma.

Don Salvador quedó de pronto mudo. Gonzalo aprovechó para ir al baño y desentumecer las piernas, se lavó la cara y se sorprendió, como cada vez que se miraba en el espejo, intentando vencer esa sensación extraña de la que nunca pudo escapar, esa sensación que le mostraba su rostro como una borrosa imagen de alguien desconocido.

—Poco a poco empezamos a salir menos los dos juntos. Ella empezó a cambiar, volvía a ser aquella joven independiente que no daba cuentas a nadie. Muchas noches no venía a dormir. Yo no tenía derecho a preguntarle nada, ella me daba lo que yo necesitaba. Comenzó a traer amigos a casa, me los presentaba y fingían hacerse amigos míos. Yo seguía el juego, no sé si por miedo a quedarme sin ella o si porque sabía que esa situación me degradaba todavía más y yo necesitaba continuar hasta el final el descenso que había emprendido. No olvide que soy católico y tenía una culpa que redimir. El caso es que aquella casa se convirtió en un nada moralizante lugar donde sus amigos entraban, salían y se quedaban a su antojo, muchos en su misma cama. Las fiestas hasta el amanecer, las drogas y los viajes sufragados a mis expensas eran continuos. Me convertí en la cartera de todo el grupo. Yo mismo era el primero que proponía fiestas y excursiones para todos. El viejo loco siempre hasta las orejas de coca no podía estar solo. Sobre todo llegó un momento en que no podía estar a solas con ella, porque entonces venía el silencio y todas esas cosas que ya no nos podíamos decir retumbaban en él. Entre ella y yo solo quedaba la conversación de las miradas. Su mirada de fotografía congelada en un momento, mirándome opaca desde dentro, preguntándome por qué yo también; mi mirada tensa, temblorosa, preguntándole por qué yo también. Bueno, como verá, para contar los hechos siempre sobran palabras, en cambio ninguna palabra puede explicar un sentimiento. El resto de la historia es muy poco gratificante: la situación siguió así un tiempo, la degradación de ambos siguió adelante, ella volvió a engancharse a la heroína, yo perdí mi trabajo y las relaciones con mi familia ante la vida que llevábamos, aunque nunca han llegado a sospechar toda la verdad.

Don Salvador se levantó de la butaca, apagó la luz de la salita y puso en el reproductor una cinta de vídeo. Toda la luz que salía de la pantalla se vistió de ella con sus enormes ojos quietos mirando desde dentro y su sonrisa, esa sonrisa desnuda, le recordó a Gonzalo cuántas veces desde que llegó por la tarde a la casa había soñado en ella. Estaba en posición de loto sobre una inmensa alfombra, la luz del día entraba por todas partes y ahogaba las sombras. Era como si la habitación donde se encontraba no tuviera paredes, solo enormes plantas tropicales lo rodeaban todo. Gonzalo oyó un discurrir de agua, pero en la toma no llegaba a verse. Sara se cubría con una inmensa túnica blanca que la ocultaba por completo, solo sus ojos y sus manos que se adelantaban extendidas hacia la cámara eran ella. La voz de Sara comenzó a hablar.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? Estoy grabando esto para que lo veas cuando llegues. Yo no estaré. Carlos y Manuel me han invitado a pasar el fin de semana en Cuenca para darle un vistazo al museo. No me he podido negar, ¿lo comprendes, verdad, vieji? Para resarcirte te he preparado una cena que te va a matar y otras cosas que descubrirás al final de la cinta.

Gonzalo siguió absorto las palabras de Sara. Se dejó llevar por ese tono de voz tan dulce y firme a la vez, tan acostumbrado a construir historias. Contempló esos labios que hacían volutas de algodón sobre su pensamiento, esos pliegues de determinación que se instalaban en las pausas, y esa mirada seria que iba y venía entre las palabras con una mezcla de cariño y tristeza. Se había convertido en otro voyeur de Sara. Un mirón escondidizo que atisbaba esa vida desde más allá de su muerte, en un vídeo hecho autorretrato que hablaba para no dejar soñar, para matar cualquier imaginarla de nuestro lado, junto a nosotros. Sara siempre encerrada allí, en su pecera, dando para siempre las mismas vueltas, con todos sus tiempos convertidos en píxeles que no lucharían contra la cronología, que se iluminarían en el mismo pulso eléctrico, sin pensar en que esos instantes que tenían secuestrados eran tantas vidas distintas, tantos ayeres y mañanas, que nunca una mirada podría restituirlos sin traicionarlos.

Tras el saludo de Sara venía un corte de plano. La imagen se detuvo y el encuadre se hizo cuadro que descansaba sobre la pared del estudio. Don Salvador pulsó la pausa para que se quedara fijo. Era un cuadro de mediano formato, sin enmarcar. Sobre una mesa de madera que ocupaba el centro de la tela se alzaba una vela encendida que humeaba sobre un cielo negro lleno de unas estrellas oscuras que apenas se podían distinguir. Bajo la mesa un suelo de descoloridos baldosines verdes y blancos completaba la pintura. Solo la llama de la vela disfrutaba de un mínimo brillo de luz, todos los demás colores eran tan mortecinos que se diluían en una penumbra artificial, en una densidad amarga que creaba un cierto temor y hacía que la mirada se quedara fija, como sabiendo que solo de ella vendría la seguridad, la respuesta, en esa llama que nos llama.

—Ese cuadro no lo pintó ella, pero era su bien máspreciado, lo conservaba desde muy joven. Era un cuadro mágico. Según me contó ella y yo pude comprobar, cuando una persona tenía la necesidad de alguna certeza, de algún

tipo de seguridad de sí mismo... Entiéndame, no le estoy hablando de muletas, ni santos a los que poner velas, aunque esto venga bien al caso; le hablo de ese tipo de certeza que algunas veces necesitan las personas que solo creen en la búsqueda, que nunca se engañan pensando que un camino debe llevar a algún sitio, pues es el mero hecho de caminar lo único cierto, de esas personas que luchan a muerte para que el tiempo de afuera no acabe con su tiempo de dentro. Estas personas, Sara y yo mismo, hay veces que oyen una conversación y saben que esa conversación ya la han oído con esas mismas palabras desde siempre, hay veces que van paseando en bicicleta por una carretera y saben que ese paseo ya lo han dado innumerables veces en el mismo sueño repetido. En esas ocasiones un zumbido te estalla en los oídos, todo de repente empieza a dar vueltas y un sudor frío te cubre el cuerpo, quieres respirar pero hay algo que te ahoga, tu mente se despierta en un instante y todos los pensamientos de toda tu vida desfilan uno detrás del otro para que te des cuenta de que cualquiera de ellos podía ser sin ninguna necesidad del anterior, te das cuenta con toda tu lucidez de toda la perplejidad que significas, de lo absurdo de todo tu entramado de realidades, de identidades que te sujetan a un andamio de recuerdos que nunca han existido. En ese mismo momento tienes la puerta abierta para irte y no aparecer más por ti mismo. Eso o esperar que pase la crisis y seguir fingiendo hasta la próxima, pero siempre sabiendo en tu interior que solo dando la cara a tus preguntas las búsquedas son verdaderas. Según me explicaba ella con una convicción que me traspasó, el que posee el cuadro tiene otra alternativa. Si en uno de estos momentos en los que su identidad y su mundo se desgarran se queda quieto, absorto, mirando la vela del cuadro, al poco tiempo empieza a percibir una voz calmada que le habla de él, le explica a sí mismo, y empieza a comprenderlo todo tan claro y tan sencillo, alcanza el verdadero significado de saber que lo importante no es obtener las respuestas, sino comprender lo esencial de sus preguntas. Es entonces cuando decide por primera vez en la vida y empieza a saber por fin quién es. Pensará que estoy chiflado, pero si se lo hubiera explicado ella, podría entenderlo tan bien como yo lo hice.

«Lo único seguro es que el cuadro ha desaparecido. Su padre me permitió quedarme con los cuadros que Sara tenía en su casa. Haz lo que quieras con las cosas de Sara. Quémalas si quieres; fueron sus palabras exactas. Aunque usted pueda pensar que son palabras despiadadas, le aseguro que, muy al contrario, son las únicas palabras de amor que ese hombre roto es capaz de pronunciar. El sábado por la tarde, en cuanto lo desprecintaron, estuve en el piso con Gertrudis, recogiendo y arreglando un poco aquello. Ese cuadro no estaba por ningún sitio,

y le aseguro que ella jamás se habría desprendido de él.

Gonzalo se derrumbó en su sillón. No podía creer lo que había oído. A su mente vino enseguida la imagen de las marcas de la ausencia de un cuadro en la pared de la habitación de Sara. Ese rectángulo delimitado por el polvo acumulado durante mucho tiempo en la trasera del cuadro. Un cuadro que ya no estaba en su sitio y que, como en los niños pintados por Sara, dejaba la huella de un rostro sin rasgos.

Escudriñó los ojos del anciano, quiso descubrir en las huellas del alcohol y la cocaína la prueba de que aquel hombre estaba delirando. Era lo que le faltaba para aderezar una historia de drogas y perversión: un cuadro mágico como analgésico para los ataques de ansiedad. Pero ese cuadro parecía ser lo único a lo que Sara se había aferrado en su vida. Empezaba a comprender que solo a través de él podría recuperarla para su nueva vida, la nueva historia que él le construiría en un papel.

—Pero usted ya sabía algo del cuadro, aludió a él en su artículo de ayer. — Don Salvador se había quedado muy quieto, expectante ante la respuesta que le iba a dar.

—¿Que yo hice alusión al cuadro? —Gonzalo estaba asombrado. Intentó recordar su nota, pero tuvo que releerla en el dominical que don Salvador le alargó para probar sus palabras—. Mire, don Salvador, yo hago mención aquí de un cuadro, pero no me refiero a ninguno en concreto, tan solo era una figura literaria, retórica, quería referirme a sus cuadros en general. Hoy es la primera vez que he oído hablar de ese cuadro, se lo aseguro.

El anciano no pareció creerle mucho. Tosió para volver a levantarse y salir de la habitación. Al poco tiempo ya estaba de vuelta con algo entre las manos que le mostró a Gonzalo. Se trataba de un cordón de cuero del que colgaba una figura semicircular que parecía quebrada, como partida por la mitad. Cuando la observó más de cerca se dio cuenta de que era un amonites engastado en una estructura metálica de oro. Sin decir palabra sacó su cámara compacta del bolsillo y empezó a revisar las fotografías del cadáver de Sara. Encontró lo que

buscaba, el inserto del cuello de Sara donde se podía apreciar una rozadura, la huella que podía haber dejado un cordón como aquel.

—Ese cordón lo llevaba siempre en su cuello, no se lo quitaba ni para ducharse, lo llevó puesto toda su vida, desde muy joven. Me contó que encontró el fósil paseando con su antiguo novio por la playa. Lo partieron por la mitad y cada uno llevaba la mitad del otro. Lo encontré en un canalón, en la terraza de la cocina. ¿Sabe? Ella nunca se hubiera quitado eso. Si se da cuenta el cierre está roto, yo creo que se lo arrancaron. Se lo arrancó el que la mató.

—Pero, don Salvador. Está usted imaginando cosas. El que encontrara el colgante en la terraza no implica nada. Se le podía haber roto y caído sin darse cuenta, ella no estaba muy lúcida. Ya sabe, alcohol y pastillas.

—Ni usted mismo se cree lo que está diciendo. Usted sabe tanto como yo que el cuadro ha desaparecido y que a Sara la mató el que se llevó ese cuadro. No entiendo por qué quiere negárselo.

Gonzalo fue a responder algo, pero no supo qué ni cómo. Los dos se quedaron callados, vueltos hacia sus pensamientos como si no estuviera el otro. El periodista intentó recapitular todo lo que le acababa de contar don Salvador. Estaba saturado de información, necesitaba pasear, separar datos e impresiones, pensar con tranquilidad para saber qué era lo que pensaba, para no dejarse llevar por la firmeza casi paranoica del anciano ni tampoco por su tendencia a aceptar las verdades oficiales como las más cómodas de llevar.

—Don Salvador, antes ha mencionado que Sara le dejó sin nada, ¿cómo ocurrió?

El anciano no contestó enseguida. Pulsó el *play* en el mando a distancia y la corta grabación prosiguió. La cámara se fue alejando del cuadro y giró hasta que enfocó la puerta de la habitación, luego comenzó un *zoom* hacia ella, la traspasó y continuó en *travelling* por el vestíbulo hasta llegar a la entrada de la casa, allí el plano se detuvo un par de segundos para desaparecer enseguida con un

fundido en negro.

—Fue su... digamos su despedida. Ella ya lo tenía todo pensado. Tras grabar la cinta se fue. Solo se llevó el cuadro de la vela. Pasó por mi banco y liquidó todos mis bonos y acciones, retiró todos mis fondos y dejó las cuentas casi a cero. Su explicación fue que nos íbamos a vivir a Canadá. Aunque yo le había otorgado plenos poderes, por supuesto el director me llamó por teléfono antes de hacer nada. Yo le confirmé todo lo que Sara le había dicho y le rogué que la atendiera como si se tratara de mí mismo. Ella sabía perfectamente que yo iba a reaccionar así.

—¿Por qué lo hizo? —Gonzalo sintió de pronto una viva admiración por aquel hombre derruido, al parecer el viejo cocainómano tenía más dignidad de lo que había pensado hasta entonces.

—Tenía que restituirle aquella mirada de alguna forma, ¿sabe? Eso la volvía a poner desnuda delante del espejo, en penumbras, mientras yo la observaba escondido. Volvía a haber entre los dos una cortina, un trozo de engaño compartido que nos unía de nuevo.

—¿Sabe qué fue de ella, a dónde fue o con quién?

—De esto hace ya demasiados años. No volví a verla hasta ayer, en el féretro. Todos quieren cerrar página y olvidarse de ella, todos han aceptado enseguida la estupidez esa del accidente, pero yo sé seguro que la mataron. Sara jamás se hubiera suicidado en un espacio cerrado y sobre el increíble accidente ese ya sabe lo que pienso.

El anciano se dejó hundir en su butaca, se encendió un cigarrillo con movimientos dificultosos y torpes que contrastaban con la vitalidad con la que revivía tras cada tiro de coca. Con un gesto le ofreció a Gonzalo, que lo rechazó con una negación de la cabeza, más negándose a sí mismo lo que estaba pensando que el cigarrillo.

—No la volví a ver viva, ni siquiera hablé con ella nunca más. Hubiera sido demasiado superfluo, demasiado inútil y vergonzoso para los dos. Cada cierto tiempo me llegaban noticias de ella, rumores, maledicencias de la gente que la mantenían un poco viva en mí. Supe que se había ido con uno de los amigos que venían a mi casa. Ese amigo, Carlos, era el de ayer del tanatorio. No sé qué pasaría, pero al poco tiempo Sara estaba otra vez sin blanca. A su amigo le fue mejor. Supe que lo pasó muy mal. Otra vez estaba en el arroyo, pillada por la heroína y degradándose por esos andurriales sin tener donde caer muerta. Por una parte quería borrarla de mi mente, olvidarme de que había existido, pero eso era imposible. A lo más que llegaba era a intentar mentirme a mí mismo, como hace su padre. A él le es imposible olvidar a su hija y a mí me es imposible olvidar a alguien que me dio tanto. Supe que iba dando tumbos otra vez por Europa y que conoció a un hombre en Ámsterdam, que gracias a él volvió a desintoxicarse y volvió a pintar. Era un poco la historia repetida, otro hombre la acogió y la salvó, una vez más. Poco después volvió a la ciudad y se puso a vivir en el piso del puerto. Ya ve qué fácil hubiera sido para mí pasarme por allí, verla aunque fuera en la distancia, pero cualquier nueva visión de ella habría velado la antigua, la que para mí era la única y verdadera —la voz se le iba apagando, como metiéndose para adentro. A Gonzalo le costaba oírle y cada vez se enderezaba más en su sillón para poder captar mejor las palabras.

—¿Se vino y dejó al hombre de Ámsterdam?

—Nunca he sabido bien qué tipo de relación tuvo con aquel hombre. Vamos, no sé si se acostaban o si se querían o si él la ayudó a cambio de algo. Él es un hombre de negocios muy importante, tiene muchas empresas de diverso tipo, mucho dinero e influencias en toda Europa, también aquí en la ciudad. ¿Conoce la galería de arte Artemisia?

—No la conocía, pero buscando información sobre Sara vi que había expuesto en esa galería. No la he visitado aún.

—Él es el propietario. Su nombre es Van Loos. Tiene galerías de arte por todo el mundo. Parece ser que es su gran afición y también uno de sus mejores negocios.

—Entonces continuó cerca de Sara...

—A nivel personal no lo sé, pero su galería es la que se encarga de la obra de Sara. Siempre ha habido algo extraño en la relación de Sara con la pintura. Para ella era lo más importante de esta vida, pero se pasó largos periodos sin coger un pincel, como si de pronto se asqueara y fuera incapaz de ponerse delante de un lienzo. Me gustaría poder explicárselo mejor, pero la verdad es que nunca pude tener una conversación seria con ella sobre este asunto, lo rehuía. Solo pudo pintar en las escasas épocas en las que su vida tuvo un mínimo de estabilidad, pero siempre al final algo pasaba, algo lo echaba todo a perder, volvía a dejarse arrastrar. Así le fue imposible que su pintura fuera valorada, tener un nombre. Si expuso en esta galería fue más por un favor del dueño que por sus posibilidades reales en el mercado.

El anciano se levantó para volver a llenar las copas de coñac, pero comprobó con un gesto de decepción que la botella estaba vacía. Desapareció por el pasillo hacia la cocina y al poco regresó con una botella de orujo en la mano.

—Es lo único que tengo.

—Yo estoy servido, don Salvador, ya he bebido demasiado. —Tapó la copa con la mano.

—Pero oiga, ¿por qué tiene que tener siempre el cerrojo puesto? Haga el favor de no preocuparse tanto por la medida de lo que bebe o de lo que siente, de lo que sueña o de lo que teme. Beba, acompañeme y beba. ¿No se da cuenta de que me estoy desgarrando por dentro, coño?

—Disculpe, tiene razón. —Ofreció su copa para que se la llenara—. Hoy es un buen día para beber.

—Es muy fácil de decir ahora, pero, ¿sabe?, la culpa de todo la tuve yo. La

culpa de que ella se fuera con mi dinero, la culpa de que se dejara engañar y maltratar por los que vinieron después, la tuve yo. La culpa de que la hayan matado la tengo yo y la tenemos todos los que estando cerca de ella no hemos sabido mirar dentro. Toda su vida le pasó lo mismo, desde aquel novio que le dio el cuadro hasta el cabrón de ayer.

—¿Por qué dice eso? Nadie es responsable de los actos de los demás.

—Opino lo contrario. Todos somos responsables. Yo le proporcioné toda esa estabilidad que necesitaba y luego se la quité de golpe, le arrebaté lo que más necesitaba: alguien en quien confiar.

A Gonzalo el orujo le raspó la garganta y le dejó la lengua inservible para pronunciar palabra en un rato. Cuando se recuperó intentó llevar la charla del anciano hacia hechos más concretos.

—¿Por qué piensa que el hombre de ayer, Carlos, mató a Sara?

—Sé que él tiene algo que ver con su muerte. Tuvo la desfachatez de acercarse a mí a darme el pésame, el muy canalla. Yo me quedé tan parado que no podía reaccionar, pero sí lo hice en cuanto me preguntó por los cuadros de Sara, los que tenía en casa. Está claro que ese interés suyo era por el cuadro de la vela. Está muy claro, sobre todo teniendo en cuenta que el cuadro no estaba en la casa.

—¿Pero qué valor puede tener ese cuadro? —dudó Gonzalo antes de terminarse el orujo—, aparte de lo del duende, claro.

—No creo que esta gente le dé mucha importancia a las historias de duendes. Tiene que haber algo más. Algo que yo desconozco.

—¿Dónde puedo encontrar a ese Carlos?

—Cuando está en la ciudad es muy fácil encontrarlo en la discoteca La Noche o por cualquiera de los tugurios de la playa. Se llama Carlos Sánchez. Es uno de los dueños. Pero tenga cuidado, no es buena gente.

Gonzalo estaba molido, las sienes le apretaban como si fueran dos cuñas, se sentía pesado y dolorido como si alguien le hubiera golpeado. En cierto sentido eso es lo que había sucedido aquella interminable tarde, ya noche, que se le había pasado en un suspiro. Aquel rostro desconocido tirado en una cocina empezaba a llenarse de vida.

—Creo que ya le he contado lo necesario para que usted empiece a construir su historia, Gonzalo. Le agradecería que siguiese en contacto conmigo y me dejara leerla al mismo tiempo que la va escribiendo.

—Eso es lo que estoy haciendo, don Salvador. Ha sido usted muy amable. Creo que tengo que digerir con tranquilidad tanta información. Pero hay una cosa que no puedo entender, ¿de verdad no intentó nunca acercarse a ella, volverla a ver aunque fuera de lejos?

—No, se lo aseguro. Cada vez que me venía a la cabeza la necesidad de verla, me ponía ese vídeo. Cuando me avisaron de su muerte, me senté en este sillón tapado con dos mantas y volví a pasar la cinta una y otra vez, sin ver nada delante de mí salvo aquella imagen de Sara desnudándose delante de un espejo. Quería recuperar aquel momento y no podía. Su cuerpo se me desleía, se me emborronaba, no era capaz de fijarme a mí delante de ella, no sentía en mí lo que sentía en aquel momento, mi sudor, mi pulso retumbándome en la conciencia, no podía sentir esos segundos de tiempo lleno de ella, lleno de mí mirándola. Ya no existía yo, ya no existía su cuerpo, ya no existía ella. ¿Cómo era ella, cómo era su mirada, sus palabras, quién era, dónde estaba? Todo lo ocupaba ella, pero ella era tan solo ya mi pensamiento, una sustitución que se hacía metálica dentro de mí, que me iba llenando y me molestaba hasta hacerme gritar de rabia, porque cada pensamiento mío de ella iba alejando más aquel momento en que fue verdad, se iba convirtiendo en simple recuerdo que olvida la realidad. Cada minuto que pasaba la mataba de nuevo infinitas veces, porque aquel cuerpo

emergiendo ante mis ojos era solo copia, repetición vulgar de una muerte que se producía solo en mi conocimiento. De alguna forma había dejado de verla desde aquel mismo momento en que espí su cuerpo desnudo. No sé si conoce un tema pictórico muy popular, el de Susana y los viejos. Se trata de la ilustración de un pasaje de la biblia en la que unos viejos miran escondidos a una joven desnuda. Lo que le quiero decir es que esa forma de mirar el cuerpo eliminaba la persona, la arrancaba de su cuerpo, vaciaba el cuerpo de ella, de su identidad. Estuve así hasta que me dormí en este mismo sillón, rebobinando una y otra vez sin ver nada, solo intentando ver a Sara sin ver su cuerpo, ver a Sara por dentro. Me fue imposible. Cuando desperté me encontraba tranquilo y relajado, casi me reconfortó el cerciorarme de que no lo había soñado todo, era como si una especie de serenidad caminase por mi piel, mi tiempo ya no era el de ella desde hacía mucho, su muerte no dejaba de ser un dato ajeno a esto, lo que me tenía que doler era la vida que había sufrido y la oportunidad que desperdicié para que esa vida fuera lo que ella quería. La muerte nunca duele, nos dolemos nosotros.

Don Salvador se quedó callado. Pasaron cerca de cinco minutos en silencio. Gonzalo se despertó de un sobresalto y comprobó que el anciano se había quedado dormido con la boca abierta en el sillón de al lado. Cogió su chaqueta y salió del piso sin hacer ruido. En el televisor la cinta seguía detenida en un fundido en negro.

## 13

«Las cosas van así, como van. Pasamos días sin vernos casi. Yo llego borracho a casa, ya casi al mediodía, y me meto en la cama para ver si soy capaz de dormirme aunque sea un rato antes de volver al curro. Muchos días ni aparezco por allí, llego sin dormir al trabajo con la última copa y me doy una ducha para despejarme antes de que se abra la sala al público. Algún día me cruzo con ella por el pasillo, o la veo de perfil, en su cuarto de pintar, con los ojos cerrados frente a un lienzo en blanco, los acaba de cerrar al oírme llegar para evitar que nuestra mirada se mire. Aprovecho para tambalearme un segundo frente a su protesta de silencio, para vislumbrarla apenas tras mis pensamientos embotados de hastío y dulzor de alcohol, de repetir todos los putos días lo mismo para engañarme pensando que algo nuevo va a pasar. Deseo tanto que una de esas veces abra los ojos, se gire y me dirija todas las miradas de odio que yo no me atrevo a clavarme, que se levante de esa silla y tire el lienzo al suelo de un manotazo, que lo pisotee hasta que las huellas de sus zapatos dibujen mi rostro, que me arroje a la cabeza el tarro de trementina donde sumerge sus pinceles para que destilen colores como sangre, que me grite sin razón para decirme todas esas cosas que yo me oculto entre un parpadeo frente al espejo, que me hiera, que me desprecie, que me deje, por favor, solo deseo que me deje para poder desearla como la primera vez.

Cuando a las cuatro o cinco horas me levanto sin saber si es de día o de noche, ella ha salido, pero antes me ha dejado unas tostadas y café con leche para que tome algo que no sea alcohol.

Otras veces, como sin darnos cuenta, algo cambia. Es como si poco a poco el alejamiento se me hiciera irresistible y las ganas de ella me volvieran. Esto siempre empieza con su imagen apareciendo de pronto en momentos que no me la espero. A lo mejor estoy comprobando la identidad de una socia que va a entrar a jugar y cuando miro la fotografía de su carné lo que veo es el rostro de Sara con los ojos cerrados, y tengo que cerrar y abrir los míos para que la realidad; ¿la realidad?; vuelva y la cara correcta se superponga a esas ganas que empiezan a recorrerme los dedos que me tiemblan y las piernas y la garganta

seca, la maldita garganta seca gorjeando su nombre para adentro hasta que así, uno o tres días después, ya no aguanto más y nada más terminar de trabajar dejo a todos con la boca abierta y me voy a casa acelerando el paso para llegar hasta ella que ahora duerme así como duerme ella, como si no viviera, con la boca abierta y el pelo recogido en una trenza y sus sueños dibujando monigotes y amigos invisibles en la oscuridad solo rota por una pequeña luz, la rendija de luz que ella siempre deja por si yo llego y me quedo, así, mirándola, muy quieto, muy quieta, mientras sueña o intenta olvidar aquel día o intenta recuperar aquel día, el sol, las risas, mi mano, el dorso de mi mano que ameriza en su mejilla como si fuera un charco de lluvia, y el contacto del frío le hace emitir un pequeñísimo gemido de bienvenida, de reconocimiento de que ha llegado lo esperado, un saludo mínimo, apenas un gemido y ahora sigue durmiendo pero en su boca aparece el tenue pliegue de su sonrisa.

Me desnudo en absoluto silencio, como si mi sombra se hubiera librado por fin de mí, y me meto en la cama, detrás de ella, con mi cuerpo muy pegado a su cuerpo, con mis manos abarcándola como si la tomaran prisionera para toda la vida. Ella se estremece para que pueda colarme entre su sueño, para que las piezas de lo imposible encajen perfectas. Y horas después, cuando abro los ojos, su ojo de libélula está muy cerca de mí, observando desde quién sabe cuánto tiempo la más pequeña rendija de mi sueño, de mi luz, si es que me queda dentro algo de luz. Me besa en los labios y me dice que duermo muy bonito, que apenas me muevo, que entonces ella imagina que me cuida y me enrosca su dedo en el pelo hasta que me lo llena de rizos, que si algún día sueña con el mar las olas serán como mi pelo, como mi boca, como mis ojos y cada símil lo puntúa con un beso, ligero como un punto suspensivo. Y entonces es ya casi mediodía y estamos juntos de nuevo como si lo oscuro entre nosotros no hubiera existido y ella vuelve a ser la radiante muchacha llena de alegría, de juegos y travesuras, de esperanza; ¿esperanza?; de que todo sea así para siempre de los siempres.

Me quita las sábanas para que me levante o igual se me sienta encima a horcajadas para follar, me lleva directo a la ducha y me enjabona para quitarme el último residuo que no sea de ella o igual me hace un desayuno súper con mantequilla, mermeladas y zumo de naranja, muchísima vitamina C para que las toxinas de tanto desencuentro no terminen por perdernos a los dos. Si ese día tengo fiesta recuperamos las buenas y viejas costumbres y nos vamos paseando hasta la playa del pueblo, o hasta la laguna si es verano. Ella se ancla a mi

cintura y me guía el camino y las paradas. Me cuenta lo que leyó la noche anterior antes de dormirse y muchas veces cambia la historia para que los protagonistas seamos nosotros. En esa época lee a todas horas el libro de Jaroslav Seifert *Toda la belleza del mundo*. Le encanta repetirme todas esas viejas historias de Praga porque, y me lo dice muy convencida, sabe que en realidad todo eso lo hemos vivido nosotros ya, que cada leyenda que lee se convierte en algo que le pertenece, nos pertenece a los dos. Así, ese día o cualquiera de esos días, me empieza a contar la historia del caballero Dalibor. Vamos andando por la orilla y ella lleva una amplia falda ibicenca que, según la dirección del viento, tan pronto convierte su figura en un entrañable ser alado o dibuja sus glúteos como islas dispuestas a provocar mil naufragios. Caminamos despacio, abrazados y con risas y bromas que cortan su narración. Su voz es algo que siempre me ha enamorado, es suave, pero segura, tierna, pero maliciosa, grave como un trago de tequila, dulce como un pecado consentido, irónica como sacar la lengua, sincera como estrechar su mano. Es una voz que se adapta al camino, a los sueños y también a los desengaños. Una voz sin vuelta, una voz que disfruta de sí misma cuando se siente querida. Y me habla del poeta, de cuando vivía cerca de la callejuela del oro, al este del Castillo, justo al lado de la torre Daliborka. Yo sé que lo que me va a contar le ha impresionado porque su labio superior está un poco tenso, enhiesto como sus pezones, un poco avanzado en relación al labio inferior, más algodonado y en reposo. Morrito oteante; le digo muchas veces para hacerla rabiar un poco. Me cuenta que Seifert vivió allí una temporada, en una pequeña y bastante poco comfortable casita que en invierno se helaba, pero que él la recuerda con mucho cariño porque en verano se ponía preciosa con su castaño enfrente, justo al lado donde tantos años atrás había estado el tajo de ejecución desde el que rodó la cabeza del caballero. Y ella me dice lo que le encanta la sencillez con que el hombre narra las historias, cómo es capaz, frente a todo lo negativo, de resaltar con palabras pequeñas las cosas que le han dejado buenos recuerdos. Me dice que le gustaría tanto ser un poco así, poder desprenderse de todos los miedos, de todas las necesidades y quedarse satisfecha, sin nada más que las pequeñas cosas. Yo entonces pienso que esa noche voy a ponerle la canción *Las simples cosas*, cantada por Chavela, pero como tantas veces luego se me olvidará o incluso puede que ese disco aún no exista y me lo esté inventando yo. Ella continúa muy despacio, haciendo aritos de humo con las palabras, mirándome a cada momento para ver si sigo la historia, para asegurarse de que estoy dentro de ella. Me cuenta que Seifert cuenta que junto al portalón que cerraba la calle Jiřská había otra pequeña casa donde vivían tres mujeres, abuela, madre e hija. Las dos mayores se encargaban de enseñar los calabozos de la torre Daliborka a los visitantes. Era un sitio

tétrico, las paredes estaban llenas de pintadas hechas con sangre por los encarcelados y el olor a humedad parecía oler a la mezcla de aquella sangre y moho. El portalón de la calle se abría con una pesada llave que Seifert, poeta y nocturno como los poetas de verdad, muchas veces se dejaba olvidada, así que cuando regresaba ya muy entrada la noche se la encontraba cerrada y no le quedaba más remedio que tirar de un alambre para tañer una campana de hojalata junto a la ventana de la habitación donde dormía la anciana. La pobre mujer abría al rato el portalón, con un fundado enfado de mil demonios hacia el trasnochado, bebido y olvidadizo vecino que se deshacía en excusas ante el sueño que acababa de deshacer. Por un momento pienso que Sara está contándome una parábola de mí mismo y que la historia terminará con una seria admonición que romperá el encanto del sol y la frescura de su cuerpo junto a mí, pero ella nunca me reprocha nada, nunca pide nada, solo deja caer la losa del silencio, del insoportable silencio. Sin embargo, no parece tener el menor resquemor hacía mí en estos momentos. Con su mano me guía por su historia, su voz se va entrecortando como si sacarla de dentro fuera bastante más complicado que el hecho de narrar, noto que pequeñísimas gotas de sudor serpentean algún milímetro de su piel, que su mirada me busca como si buscara seguridad o solo comprensión. Me cuenta que Seifert sigue contando que una de esas noches, ya madrugada, que olvidó la llave, era pleno invierno y la nieve alzaba ya más de medio metro, pero el alcohol le ayudaba a caminar de regreso a casa, al portalón cerrado y la llave olvidada y la campana y la anciana y su seguro mal humor y el reproche y el mal sabor de boca que se le queda al contrito pecador. Y, en efecto, tras tocar la campana tres veces, rendido por el frío y la vergüenza de ser tan molesto una vez más, tras unos minutos de incertidumbre escuchó el hurgar de la llave dentro del portalón y el ruido de rueda de la madera al crujir contra la nieve. Y la voz de Sara ahora tiembla como sintiendo todo el frío de aquella noche, su mano me aprieta, sus uñas me marcan, su voz se hace hilo de algodón a punto de quebrarse, a punto de llorar algo de su dulzor. Ahora ya no parece contar Seifert, ahora parece que solo cuenta ella, como si hubiera vivido aquella historia. Y cuenta que, en efecto, el mal humor de la anciana con sus pies hundidos en la nieve, su pelo recogido bajo el gorro de dormir, su camisón de invierno apenas protegido por una pelliza, sus ojos hundidos, oscurecidos por la rabia mal contenida, sus arrugas veteadas que le dibujan el rostro como si la piel se le hubiera transmutado en piedra, su infinita lejanía, su presencia incriminatoria... Todo ello era tan abrumador que el poeta apenas pudo balbucir algún perdón mientras la anciana regresaba irreductible a su casita. Tengo que abrazar a Sara porque mientras habla se pone a temblar como si la arena de la playa se hubiera convertido en nieve y todo el negro helor, todo lo inhóspito de

este mundo, se hubiera metido por sus ojos que ahora han cambiado de color y a pesar de reflejar el mar y el día o mi ingenua alegría, han tomado ese azul oscuro de cuando el pavor la arrasa por dentro. Y entonces Seifert entró en su casa y, quizá para desviar el tema de su tardanza y su estado ético, comenzó a quejarse a su mujer de lo mal que le había tratado la anciana, de lo descortés que había sido con él. La mujer, que hasta entonces le había escuchado medio adormilada, se levantó de un salto de la cama, aterrorizada, y le explicó a su marido que lo que contaba era imposible, que la anciana había fallecido la tarde anterior, que su cuerpo aún estaba sobre la mesa, en la antesala de su casa, mientras la velaban. Seifert sintió un miedo antiguo y se acercó a la ventana para comprobar cómo las luces de las velas bailaban dentro de la casa vecina.

Sara se queda muda, los labios temblando y los ojos muy fijos, muy azul oscuro, mirándose a sí misma. Yo la aprieto contra mí para arrancarle el temblor y ese miedo. No puedo comprender por qué Sara se tortura así. Por qué lee estas historias cuando está sola, por qué necesita infligirse este miedo. Me la imagino toda la noche sin dormir, con la luz encendida, con el cuadro tapado, los ojos que se le quieren cerrar apuntalados para que el duende no llegue de improviso, para que no se la lleve montada en una de esas historias que le cuenta. Me la imagino escuchando cada ruido, cada voz, cada suspiro, aunque solo sea su imaginación la que los proyecta, esperando que llegue yo, durmiendo derrotada ya con el sol revelando el día, guardando de nuevo los miedos lo más adentro posible, soñando que me acerco hasta su cama y le acaricio la mejilla con el dorso de mi mano. Soñando conmigo o con aquel amigo invisible que poco a poco me va sustituyendo, desplazando, para no sentirse tan sola, para que el miedo se convierta también en reproche.

Y de pronto los ojos son otra vez violetas, o azules o verdes o grises, y la risa estalla o un largo beso que lo borra todo, el viento moldeando su cintura, yo subiéndome también a la risa como si me quisiera montar sin billete a un tren en marcha, y en el merendero de la playa pedimos tellinas y cerveza y un periódico, pero no hay prensa allí y me pongo a hacer de locutor de televisión y me invento para ella las noticias del día y Sara me mira encantada y me agarra del antebrazo como hace cuando las palabras no son bastantes y me clava un poquito más las uñas para marcarme como suyo hasta el final y a lo mejor jugamos a las promesas y a lo de qué harías si, hasta que Sara se vuelve a quedar callada durante un rato y yo también me callo y los dos miramos a la distancia o

pensamos en la distancia y Sara abre el turno de la siguiente promesa.

—¿Me prometes que iremos a Praga? —Y las uñas se clavan un poco más debajo de la amplia sonrisa que convierte cada promesa en un regalo.

Y yo se lo prometo y sé que de alguna forma estamos ya, hemos estado ya todo este tiempo dándole vueltas y vueltas a aquella ciudad, perdiéndonos y apareciendo siempre en el mismo sitio, buscándonos o buscando cualquier cosa que nos pueda hacer reales o por lo menos visibles, o por lo menos personas, gente de afuera, gente que vive sin temor a que los sueños se les cuelen muy adentro.

—Pero tú me ibas a contar la historia del conde Dalibor. —Y ella lame con morosidad una tellina, deja las valvas sobre la mesa, se chupa los dedos muy despacio, incitándome, y comienza a contar otra vez.

—Cuentan —su voz arranca con el tono tibio de un relato alrededor de un fuego— que a fines del siglo quince un caballero llamado Dalibor z Kozojed fue encarcelado en la torre que se alza en uno de los extremos de la callejuela del oro, en Praga. En esta torre se encarcelaba a delincuentes de todo tipo y pelaje y por cualquier razón o comisión. Dalibor había ayudado a unos campesinos en su revuelta contra un terrateniente y fue castigado por ello sin compasión. Lo llevaron a la torre erguida sobre el Foso de los Ciervos y lo arrojaron allí sin más juicio que la voluntad de los poderosos. Dicen —el conector viene tras una breve pausa, un ligero fruncimiento de su labio inferior que parece señalar la continuidad de la historia, una mirada rápida a su atento oyente, un suspiro como para tomar el aliento, un ligero rozarse de dos dedos en las manos entrelazadas, todo un cuarto de segundo apenas, todo cinco siglos apenas de nosotros— que la soledad y la oscuridad y el insoportable silencio eran tales que Dalibor encargó que le llevaran allí un violín para entretener el sufrimiento con su melodía. Comentan —y ahora la pausa es apenas un anuncio de sonrisa— que aunque aquel hombre no había tocado en su vida aquel instrumento, poco a poco, hora a hora de su condena sin auto, aprendió a sacar de la madre de madera los sonidos más bellos y dolorosos que nunca nadie podía haber escuchado. Juran —sus labios parecen jurar, entreabiertos brincando de sílaba en sílaba, húmedos enjuagados en saliva— que a todo aquel que escuchaba su melodía le asaltaba

una profunda nostalgia de todo aquello que aún estaba por venir y que nunca vendría, una melancolía tan grande que ya le era imposible para siempre cantar sin vino y sin lágrimas. Aquella música lacerante se hizo tan nombrada que desde todos los rincones de la ciudad mágica llegaron hombres y mujeres, niños y ancianos, tristes y alegres, gordos y flacas, ruines y querubines, a escuchar el sonido del dolor. Recuerdan —sus ojos son verdadera magia, inmensa magia sumergida en un esperanzador arcoíris que cobija dos pupilas que atrapan todos los colores posibles y los inventados, todos los mundos posibles y los inventados—, los que aún se atreven a recordar, que un día, de mediodía ya para que el pueblo pudiera asistir al tajo y los alquimistas pudieran apagar sus atadores por un rato, y los tenderos pudieran vender sus pobres viandas a la plebe excitada por aquel espectáculo sin igual de la muerte —y está tan feliz en su papel de juglar, pegada a mí para que sus palabras resbalen hasta el fondo de mi mente, que lo que cuenta es más ya todo de ella que de la leyenda—, sin más aviso que un bando y una trompeta y un caballo desahuciado resbalando a duras penas la nieve por las empinadas callejuelas de Hradcány, sin visitas de sus queridos ni de sus deudos, ni siquiera de aquellos a quienes defendió, sin último deseo, sin última comida, sin última palabra, aquel día, aquella mañana, lo condujeron fuera de la torre hasta allí mismo donde el tajo y la sangre seca, muerta, señalaba el fin del camino. —Y la sonrisa ya es una puerta abierta al juego y su voz se modula grave o dulce según el personaje que interpreta ya sea el verdugo o la mujer ya casi viuda que ha sido avisada de prisa por algún allegado y no puede despedirse desde allí donde está, apretujada entre el gentío que grita e insulta, que alaba y vitorea, según sea su sentido de la justicia o de la intolerancia. Y la mujer clama, Sara declama, al cielo sus sollozos y grita el nombre del caballero, Dalibor, Dalibor, pero este no la escucha, no la ve, porque va mirando muy fijo, muy digno, al cielo donde quizá haya alguien que ahora no está mirando mientras las narraciones se entremezclan, los tiempos verbales se descarrían, los significados se revuelven. Y Sara continua su relato, ahora ya una interpretación, rellenando cada pausa con su existencia, cada mirada con su ofrenda, su regalo, para mí, que la escucho como si me estuviera bebiendo un elixir de aquellos que solía beber Rodolfo II—. Recuerdan que cuando cayó el hacha y luego rodó la cabeza hubo un segundo, apenas un segundo que fueron varios minutos, en que el silencio lo inundó todo hasta teñir la nieve y las miradas desorbitadas, ansiosas, de los espectadores de un rojo oscuro, grumoso, rojo sangre de invierno, de viento helado que corta el pescuezo con único quejido, una especie de estertor sostenido; ¿sostenido?; apenas el tiempo de rodar la vida que quedaba en esa cabeza afeitada sin afeitarse, peluda, que aterrizó con un chop hueco, como una pisada sin tiempo, y luego rodó calle abajo, siguiendo el hilo de su

propia sangre unos pocos metros hasta donde ya no había vida. —La veo reír ahora un poco nerviosa, como sin atreverse a reconocer que se está asustando con su propia historia, como reconociendo de manera implícita que todo el miedo, todo el dolor, está ya muy adentro de ella, como no queriéndome decir que necesita mi ayuda, mi compañía, para poder continuar por sí misma—. Y alguien, mucho tiempo después de que la viuda se hubiera llevado a lavar el cuerpo, y la cabeza, mucho tiempo después de que el gentío se hubiera dispersado por las otras callejuelas y hubiera bajado paseando hasta el río, buscando ese sol un poco más cálido, mucho tiempo después de que todos hubieran ya muerto y olvidado aquel día, alguien contó que su abuelo o su tatarabuelo estuvo allí con aquel frío y que mientras todos presenciaban la ejecución, él se coló en la torre gracias a su amistad con uno de los carceleros, y que una vez dentro le preguntó al amigo por el famoso violín que había sido capaz de emitir aquellas melodías. El carcelero, lleno de condescendencia no exenta de alguna burla, le cogió por un brazo y le acompañó solemne hasta el mismo centro de la torre. Allí le señaló un desvencijado potro de tortura, sucio de sangre y de horror y con su carcajada maloliente señalando el fin de cualquier sueño le instruyó; este es el violín que os ha encandilado a todos con sus melodías, este es el instrumento que interpretaba los gritos de dolor de vuestro caballero Dalibor. Y desde entonces hasta nuestros días, unos quieren creer que la entrañable, pero inquietante, melodía que se puede escuchar las noches de luna llena cerca de la torre Daliborka es el eco eterno de aquellas músicas que el caballero fue capaz de aprender a interpretar con su violín. Otros, los desesperados, saben que lo que se escucha no son más que los desgarrados gritos de dolor de Dalibor, torturado en el potro cada noche para que la muerte le salvara aquel día.

Sara ha terminado de narrar exhausta, me mira como pidiendo perdón por haberse desarreglado, por no haber podido mantener la compostura, la neutralidad, del narrador omnisciente, y yo la abrazo para que el temblor se le apegue a mí, para que por un momento crea, esté segura, que yo soy de los que creo en el violín, nunca en el potro. Pero ambos sabemos, no nos podemos engañar por más que queramos soñar, que lo único que existe es el potro.

Y ahora me mira burlona. Se ríe sin querer hablar y yo hago como que estoy a otra cosa. La cerveza se ha calentado y pedimos dos más, entrecocamos las botellas en un brindis que nos quiere decir muchas cosas y ella se dispone a

soltar lo que lleva minutos maquinando.

—Te propongo una cosa —su voz es ahora de gata y yo sé que cualquier cosa que me proponga será más verdad que mi vida entera.

—¿Con qué letrita? —Intento que el juego no se acabe, para poder tocar *mare* a la menor sospecha que ella tenga de mi renuncia. Se ríe porque sabe que todo juego comienza a jugarse justo por debajo de sus propias reglas.

—Si por lo que sea, dios no lo quiera —y se santigua haciendo la payasa—, no podemos ir juntos a Praga y vamos separados, por lo que sea —y hace ese gesto suyo de inclinar un poco la cabeza hacia un lado mientras frunce ambos labios como si se encogiera de hombros, como si el por lo que sea fuera capaz de abarcar cualquier causa posible, y cualquiera de esas causas nunca pudiera ser achacable a ninguno de los dos—, y va uno de nosotros, el que sea, y el otro va tiempo después, entonces, si esto ocurriera, el que vaya después tiene que buscar dentro de la torre Daliborka un mensaje que le habrá dejado el que haya ido primero.

Me tomo mi buen tiempo para ordenar el trabamentos y pregunto.

—Pero, ¿y si el segundo, el de después, nunca va?

—Entonces nunca sabrá que el primero, el de antes, ha ido —responde Sara con toda la lógica de su pensamiento balanceándose en el ligero movimiento afirmativo de su barbilla.

—Pero, ¿cómo sabrá el de antes, el primero, si el de después, el segundo, ha ido o no ha ido?, ¿cómo puede estar seguro el segundo, el de después, de que es el segundo y no el primero si, por ejemplo, el mensaje lo ha cogido otra persona o se ha borrado o no lo ha podido encontrar en la torre? —La risa de Sara ante mis dudas razonables hace posible cualquier imposible.

—El mensaje será imborrable e imperdible porque estará escrito con la sangre del primero. —Ahora ya no sé muy bien si el juego va en serio o solo en juego.

—La sangre se limpia, Sara, creo que tu propuesta es muy difícil de realizar y, sobre todo, de comprobar.

—Mira, mira, ya ha aparecido el rancio. ¿Te vas a atrever por mí o no? —El reto, el duelo, el reproche.

—Me voy a atrever, pero eso de la sangre olvídalo. Piensa en otra forma de dejar el mensaje.

—Bien. —Sara se queda pensando durante un par de minutos, mientras yo la observo intentando ir dos pensamientos por delante de ella. No puedo—. Ya está. En el primer piso de la torre hay una ventana enrejada que da al Foso de los Ciervos. La fábrica de la torre está compuesta por lajas de piedra y argamasa que en el alféizar de la ventana estará bastante resquebrajada por las inclemencias...

—Estás como una cabra, chiquilla. —Si puedes entender que nunca a nadie, ni a ella misma, he podido expresarle más amor, más cariño absoluto, leal e incondicional, que con estas palabras, todo lo que leas de aquí al final de mi escrito cobrará para ti un significado aproximado a lo que intento expresar. Si no lo puedes comprender, es mejor que no sigas leyendo. Yo, por mi parte, voy a seguir escribiendo hasta el final.

—Calla y déjame terminar. —Adelanta el filo de la palma de la mano frente a mi cara, inclinada como si amagara un golpe marcial, en un apremiante gesto de pare usted—. Si el primero que vaya lleva su mensaje dentro de un pequeño pero resistente tubito, podría, sin que nadie le vea, horadar con un punzón, o lo que sea, un pequeño hueco entre las piedras de la ventana y meter allí el tubito. Digamos que nos apuntamos las coordenadas donde haremos el hueco. No sé, por ejemplo, en el lateral derecho del alféizar, en la hendidura entre la piedra más inferior y la piedra de arriba, en la parte más cercana a la reja que se pueda,

o mejor, entre cinco y diez centímetros de la reja... —Está metida hasta el fondo en la historia, se ve a sí misma hurgando en la pared como si fuera lo más fácil y razonable del mundo—, entonces, será fácil que el segundo la encuentre. Y si no la encuentra, pues entonces el segundo será el primero y pondrá allí su mensaje, porque lo importante es que haya mensaje, lo importante es que uno de los dos vaya allí y deje su mensaje porque eso significará muchas cosas. Significará que por lo menos uno aún piensa en el otro, aún está dispuesto a hacer cualquier cosa, incluso esto que te parece una chorrada irrealizable, por el otro. Y el primero, por lo menos el primero, siempre seguirá pensando en el segundo, aunque no vaya o no encuentre el mensaje; pero si va, si lo encuentra, entonces es seguro que el segundo hará lo imposible por buscar al primero y le llevará el mensaje de vuelta y ya nada de lo que hubiera pasado, fuera lo que fuera, tendría la menor importancia porque los dos, primeros o segundos, volverían a estar juntos. —Y ahora está muy seria y mirándome azul oscuro.

—Vale, vale. Acepto. Me comprometo. Iré con mi tubito y mi mensaje, pero seguro que no hará falta saber si soy el primero o el segundo porque vamos a ir juntos, pase lo que pase y sea lo que sea —lo digo tan convencido, me parece en ese momento imposible no ir con ella a la torre Daliborka y recordar este día como se recuerdan los días en los que algún futuro empezó a arrancar, como se recuerdan las victorias imposibles, como se recuerdan los amores que aún están. Ella me mira con una de esas miradas tristes que me descerraja de tanto en tanto y que duran apenas el tiempo de cubrirse con una sonrisa, luego acerca sus labios a mi oído y me susurra.

—Sabes que juntos no iremos. —Y me mete la lengua dentro de la oreja para que no pueda negar lo que yo sé».

Aunque no estaba ni mucho menos cerca, Gonzalo prefirió ir andando hasta el paseo marítimo. Por el camino escuchó varias veces las notas que había grabado sobre la historia que le había contado el anciano. La cara de Sara disfrazada en decenas de fotografías le daba vueltas sin parar hasta centripetarse en un rostro que parecía hablarle. Buscó un bar que no estuviera demasiado lleno y se comió en la barra un bocadillo de blanco y negro con dos cervezas. No podía parar de pensar en aquel cadáver que no hacía más que cobrar vida. Como el anciano, tenía ahora la necesidad de quedarse agazapado en un rincón oscuro y espiar con el corazón sobrecogido toda esa vida que empezaba a transparentarse en su imaginación.

Cuando llegó a la playa se dirigió a la entrada de la discoteca La Noche. A la puerta un gorila hecho músculo tatuado y camiseta a punto de estallar examinó su ser de un vistazo y, perdonándole por su gris apariencia, le abrió el paso. Una vez dentro intentó acostumar sus ojos a las relampagueantes luces. Estaba en otro mundo en el que sus sentidos construían realidades muy diferentes a las que podrían construir fuera de él. El local estaba casi lleno a pesar de ser lunes. Toda la gente flotaba en suspenso de la luz, del ruido, del ritmo cardíaco llevado hasta el éxtasis sin necesidad de inciensos ni ayunos. Avanzó a través de los cuerpos hasta la barra y a gritos y señas pudo pedir una cerveza a la camarera que con la sonrisa puesta le sirvió. Tuvo que encaramarse al mostrador para poder acercarse lo suficiente a su oreja y preguntarle por Carlos Sánchez. La muchacha fijó su atención en él como si le estuviera sacando una foto de carnet y acercó su cara para gritarle; ¿quién lo busca?; a lo que Gonzalo respondió acercándole una tarjeta del periódico que la muchacha se llevó entre dos dedos para desaparecer al momento de la barra. La chica volvió al poco tiempo y desde la distancia le indicó con una mano que esperara. Más de cinco minutos después estaba junto a él un armario vestido con vaqueros y camiseta negra con la palabra SEGURIDAD inscrita en blanco tanto en el pecho como en la espalda. Daba miedo esa seguridad. El tono tosco del gorila no le ayudó a cobrar confianza; ven conmigo; le puso una mano que pesaba un quintal en el hombro y lo fue llevando, no sin dificultad para abrirse paso, por entre la multitud y las luces y el estrépito de la música. Gonzalo estuvo a punto de intentar zafarse de aquella garra y escabullirse de allí, pero no se atrevió a hacerlo y tras pasar una puerta

disimulada en una pared la gente y el ruido desaparecieron y ellos avanzaron por un pasillo estrecho en el que se sucedían varias puertas. En una de ellas el mastodonte anabolizado se detuvo y llamó con los nudillos para abrirla a la voz de pasa y empujar, casi con amabilidad, a Gonzalo hasta dentro.

Sentado tras una mesa de despacho estaba el hombre del tanatorio. Le pareció mucho más accesible e incluso jovial vestido con una camiseta blanca con el famoso I (CORAZÓN ROJO) NEW YORK, en lugar de la embutida americana del día anterior. El hombre, más o menos de su edad, lucía un bronceado que se destacaba en su rostro surcado por arrugas prematuras — arrugas de mar, pensó Gonzalo— y por unas incipientes canas que jaspeaban su cabello muy corto. Había un cierto contraste entre su aspecto un tanto rústico, a medio camino entre agricultor enriquecido y boxeador sonado, y sus modales, correctos pero sin naturalidad, o su mirada, que quería ser amable y abierta, pero escondía un fondo un tanto torvo, una especie de desprecio o prepotencia que Gonzalo ya había captado en el incidente del tanatorio con don Salvador. Sobre la mesa tenía un cubata a medio consumir, su tarjeta y un montón de facturas apiladas junto al ordenador. Le indicó con un gesto y una sonrisa una silla frente a la mesa y se quedó mirándolo durante unos segundos.

—Usted dirá señor... —Consultó la tarjeta—. Quesada.

—Hola, gracias por atenderme, señor Sánchez. Como ha visto en mi tarjeta soy periodista y trabajo en el diario *Noticias*. Verá... Estamos preparando un reportaje sobre Sara Romero —no tuvo reparo en mentir—, la pintora que murió el otro día. Bueno, como usted era amigo suyo, le quedaríamos muy agradecidos si tuviera la amabilidad de hablarnos de ella, para ampliar la semblanza que queremos hacer sobre su vida...

—Les ayudaría con mucho gusto, pero yo no era amigo de Sara Romero, casi no la conocía. —La mirada del hombre parecía sonreír, como si se disculpara, pero su rostro se iba tensando conforme hablaba, como si cada palabra que pronunciaba aumentara su fastidio, su aburrimiento por la conversación—. La única relación que tuve con ella fue comprarle ese cuadro. —Señaló hacia una pared donde colgaba un cuadro que a Gonzalo le pareció idéntico a uno que había visto en el piso de Sara: el lago brumoso, una barca, dos niños sin rostro en

la barca... todo en tonos azul noche o azul olvido o azul miedo.

—Pero usted estaba ayer en el tanatorio —acertó a responder Gonzalo, tan sorprendido por la afirmación de aquel hombre, según lo que él sabía falsa, que no pensó si era conveniente afrontarla.

—Claro, era una pintora que admiraba. Aunque no la conociera apenas, me sentí obligado a acercarme a su familia y darle mis condolencias. ¿Le parece extraño? —La mirada dejó de sonreír por un momento mientras sus pupilas se empequeñecían como queriendo cerrar cualquier resquicio que pudiera mostrar su interior.

—No, no, claro que no, por supuesto —intentó condescender Gonzalo con una sonrisa inacabada—. Creo que hay una confusión. Si he venido a verle es porque un familiar de Sara, don Salvador Romero, me contó que Sara y usted habían tenido una relación muy próxima. De hecho mi interés lo provocó el enfrentamiento que tuvieron ustedes dos en el tanatorio.

—Mire, ese viejo está chiflado y le hará perder su tiempo y, por lo que veo, el mío. Me acerqué a darle el pésame y cuando le comenté que estaba interesado en la obra de Sara Romero, comenzó a imprecarme y a amenazarme. No llegó a agredirme porque no pudo, la edad y todas las porquerías que toma se lo impidieron. Si lo conoce sabrá de qué le hablo. Bueno, el caso es que no quise darle importancia al incidente y me fui de allí, no me van los numeritos en público. —A medida que iba hablando su mirada se iba haciendo más gris, más cerradas sus pupilas, y las arrugas que le surcaban las mejillas se convertían en surcos terrosos, profundos, que marcaban una violencia contenida, una soberbia a punto de estallar. Gonzalo dudó, ya no sabía si creer la versión del anciano o la del empresario. Como de costumbre, de cualquier suceso podían aceptarse casi tantas versiones como sujetos las emitieran. Pero no, él quería saber que no, solo podía haber una verdad. Solo debía haber una verdad.

—Lo siento, señor Sánchez, creo que estoy un poco sorprendido. No quisiera haberle molestado, supongo que no fue agradable para usted... —Era el momento de retroceder y buscar otras fuentes, otras versiones.

—No, no se preocupe. Si pudiera ayudarle lo haría, pero la verdad es que creo que solo vi a esa mujer dos o tres veces, cuando le compré el cuadro. Ahora, si me permite, tengo que salir... —Carlos se levantó de su asiento y rodeó la mesa para ponerse junto a Gonzalo.

—Ah, sí claro, no lo entretengo más. Ha sido usted muy amable. Gonzalo aceptó la invitación de aquel hombre y salió del despacho junto a él. Cuando caminaban por el pasillo apenas iluminado, Carlos Sánchez puso una mano sobre su hombro, de la misma forma que lo había hecho el gorila en su camino de ida. A Gonzalo le pareció tan pesada o más que la de aquel.

Carlos Sánchez se despidió con una renovada sonrisa en los ojos y le indicó a un camarero que pasó junto a ellos que le sirviera lo que quisiera. Gonzalo agradeció la atención y se acercó con el camarero hasta la barra donde consumió otra cerveza con la espalda apoyada en ella, con la mirada agarrada a todos esos muslos y luces de mujer que se le mostraban como alimento divino con el que conseguir la superación de cualquier identidad, cualquier regla envoltorio de persona. El nombre de Sara en su mente lo devolvió al asunto que lo había llevado a aquel lugar. Una resistencia en el interior de su cabeza, justo arriba de las cejas, allá dentro, le hacía perder el hilo de sus pensamientos y le obligaba a retomarlos a cada momento desde el principio. Había algo que le impedía pensar con claridad. Quizá era ese gran rostro de fotografía de mujer congelada en el tiempo que le volvía hasta convertirse en un sentimiento sordo que le hería por todo su propio tiempo echado a perder en cientos de fotografías sin revelar. Intentaba pensar en todo lo que le había contado el abuelo de aquella mujer que ya no existía y que, sin embargo, era ahora cuando tenía que empezar a existir en su mente tal y como ella hubiera querido existir. Era muy posible que todo lo que el abuelo le había contado no le sirviera para nada, podrían ser delirios del anciano, inventos, historias de un deseo invisible. Pero era imposible inventarse las fotografías, la cinta de vídeo, el cuadro. Algunas historias eran imposibles de inventar, aunque fueran mentira. Procuró centrarse en cuáles iban a ser sus siguientes pasos. No tenían por qué diferir de los otros casos. Completaría la información sobre Sara con las máximas fuentes posibles e iría encajando la gran trama. Intentaría encontrar su sensibilidad más allá de la engañosa percepción que los que la rodeaban habían tenido de ella. Empatía, le llaman los que cobran por ponerle nombre a las cosas, pensó. Algo había empezado a funcionar en

algún lugar de su ser. Sara volvía a respirar allí dentro. Por ahora solo tenía una muerte y un cuadro donde estaba la respuesta a la vida que iba a ser y no fue. Tenía que encontrar aquel cuadro si quería encontrar a Sara.

Consiguió como pudo llegar hasta la salida y se sentó en un banco del paseo. El aire fresco le hizo sentirse bien. Estuvo contemplando durante largo rato el trasiego resplandeciente. La gente se agolpaba en los puestos de venta ambulante que salpicaban el paseo. Se vendían desde cinturones y bolsos hasta todo tipo de abalorios y bisutería. Había puestos de dulces, bocadillos, salchichas y hamburguesas, kebabs, tamales, patatas fritas, todo tipo de bebidas, incluidos aguardientes de dudosa destilación, cocos y helados, sin olvidar aquella dulce muchacha que entre sus rubias greñas lanzaba una mirada de venta.

Se parapetó tras el móvil para preservarse de la muchacha y llamó a Ramos. Supuso que a esas horas estaría a punto de irse a dormir y así fue, el subinspector le contestó con un bufido. Le costó poco aplacarle y concertar una cita por la mañana. Le preguntó si conocía de algo a Van Loos. Ramos se quedó unos segundos en silencio para luego contestar en voz baja, como si se lo estuviera diciendo a sí mismo, que claro que lo conocía, que Van Loos era un pez gordo, un grandísimo hijo de puta, y que acababa de recordar de qué le sonaba el nombre de la pintora. Quedaron sobre el mediodía, en el bar junto a la comisaria. Gonzalo le deseó las buenas noches al subinspector cuando este ya había colgado.

Estuvo un buen rato allí sentado observando todo el trasiego de la noche. Aunque aún no era temporada alta el paseo marítimo era un desfile de modelos o de disfraces, no sabía muy bien cómo llamarlo. Grupos de jóvenes, parejas en solitario e incluso familias con los primeros helados del buen tiempo en la mano participaban de aquel carrusel sin fin en el que el entretenimiento era el olvido. Ya era tarde y el paseo se fue quedando vacío como en un *timelapse*. Gonzalo comenzó a andar por el paseo en dirección contraria a la gente que regresaba a sus casas. Tras la zona más urbanizada, llena de pequeños hoteles y restaurantes que querían guardar el encanto de los primeros años del siglo que acababa de terminar, una gran acequia cubierta hacía de frontera entre la luz de las farolas del paseo y la oscuridad apenas interrumpida por los tristes y despellejados báculos que de una forma muy dispersa jalonaban los antiguos tinglados del

viejo y ya en desuso puerto pesquero que había sido el origen del barrio de pescadores continuo, olvidado en el abandono y la miseria desde hacía tiempo. La prosperidad estaba terminando con todo. A aquellos viejos muelles y a todo el barrio que los abrazaba les quedaban meses de vida. Durante años las autoridades habían dejado pudrirse toda aquella zona para ahora sacarse de la manga un plan urbanístico salvador. Nuevos barrios diseñados por los más renombrados arquitectos iban a convertir aquel estercolero en una zona de clase exclusiva que sería la envidia del país y del continente. El puerto pesquero iba a ser demolido para que surgiera allí un nuevo puerto deportivo con zona de ocio incluida. Quizá era la primera vez que Gonzalo se quedaba mirando aquella zona de muelles rotos y redes abandonadas con olor a salitre y viento traicionero donde comenzaba la no ciudad. Pequeñas reuniones de gente en torno a unas brasas y unas sardinas o chuletas con patatas y fandango de guitarra y risas y radios con música popular y julepe o brisca o alguna historia contada entre el llamear del alcohol. Allí acababa la ciudadanía y empezaba otro tipo de vida que Gonzalo nunca había conocido más allá de alguna lectura. Hubiera querido seguir andando, perderse por aquella zona desconocida, arrimarse a alguna de las hogueras para que le dieran un vaso de vino y un poco de charla, dejar de ser él, perderse de él a cada paso y mudarse a la piel de lo que viniera, de lo que fuera. Se quedó parado. No se atrevía a andar más lejos. Ya era tarde y al día siguiente, él también, tenía que trabajar.

Desanduvo sus pasos preguntándose qué coño hacía por aquellas destartadas y solitarias calles cuando como en un segundo que no llega a acabar notó una fuerza descomunal que lo impulsaba volando hacia delante, hacia no sabía dónde porque el mismo impulso, la misma explosión de fuerza que lo derribó, hizo que sus gafas saltaran por los aires y ya solo veía bultos borrosos y la tierra raspando su mejilla y su frente y sus manos al caer. Pero no había oído ninguna explosión, ni ningún ruido, a lo sumo un jadeo antes de notar el empujón que había dado con sus bruces en el suelo y luego en seguida un gran golpe en sus riñones y alguien que volvía a jadear se había encabalgado sobre su espalda y con las dos manos le agarraba de las mandíbulas tirando hacia arriba como para romperle el cuello y repetía con una voz muy queda, muy ronca, pero premiosa y urgente; ¿dónde está el cuadro?, ¿qué sabes del cuadro?, ¿qué sabes del cuadro?, que te mato, dime qué sabes o te mato. Pero le era imposible emitir una sola palabra con aquellas manos en su boca y aquel miedo y aquel dolor, hasta que el de arriba fue dejando de estirar tanto y sus amenazas y preguntas se hicieron más pausadas, como cansadas, y poco a poco ya solo notaba sus manos

sin fuerza en su cara y sus rodillas hincadas en sus riñones.

—No llevo apenas dinero, de verdad, pero te lo doy —pudo llegar a decir, dándose cuenta él mismo de que poco tenía que ver con lo que le demandaba su agresor.

—No quiero dinero, capullo. Dime qué sabes del cuadro o te abro la cabeza —las amenazas siguieron repitiéndose cada vez con menos convicción, como si tuvieran que interpretar un guion para el que no estuvieran preparadas—. Voy a soltarte, pero como grites o te muevas o intentes algo te rajo. —La punzada de algo metálico en el cuello convenció a Gonzalo de que no iba a hacer ninguna de las tres cosas.

Siguieron en aquella postura algún minuto, sin pronunciar palabra y los dos jadeando, uno agotado por el esfuerzo y el otro acogotado por el miedo.

—Mira no sé de qué cuadro me hablas. —Pero sí lo sabía, estaba seguro de que no podía tratarse de ningún otro cuadro—. Haz el favor de soltarme y hablamos con tranquilidad, por favor.

—Algo sabrás del cuadro y de Sara cuando escribes de ella —rezongó el desconocido con un despecho que no llegaba a rencor mientras con suma lentitud y prudencia comenzaba a liberar a su prisionero—. Voy a hacerte caso, me voy a fiar de ti. Me retiro unos metros y hablamos, pero como te muevas un centímetro o te gires hasta que yo te diga, te meto el pincho hasta el alma, julai.

Gonzalo notó cómo el peso sobre su espalda desaparecía e instantes después también la presión metálica sobre su cuello. Pareció pasar una eternidad hasta que volvió a oír la voz ronca, esta vez más tranquila.

—Date la vuelta muy despacio, tronco, pero no te levantes del suelo o te meto viaje, tú verás.

Gonzalo se medio incorporó y miró hacia el desconocido, pero sin gafas le fue imposible distinguir su rostro.

—Oye, de verdad, estate tranquilo. Podemos hablar. Yo no sé nada del cuadro, soy solo un periodista que escribió una nota sobre la muerte de Sara Romero. Nada más. No sé nada. Yo también quiero saber dónde está ese cuadro, de verdad —conforme se le juntaban las ideas con las palabras a Gonzalo le salía la voz a trompicones, como atragantándose sin saber qué decir primero. Al irse dando cuenta de que el peligro ya no era inminente, el miedo por lo que hubiera podido pasar se iba apoderando de él llenándole de temblores y sudor.

—Bueno, quédate sentado, apóyate en la pared si quieres, pero ni te menees. Vamos a hablar. ¿Por qué escribiste del cuadro en el periódico?

Mientras Gonzalo se arrastraba a tientas hasta la pared e intentaba recomponer su dolorida espalda apoyándola en ella, su agresor se acomodó en cuclillas a unos tres metros frente a él, justo en el medio de la calzada de la estrecha e intransitada calle.

—Por favor, se me han caído las gafas y no veo nada. ¿Puedes buscármelas? —Gonzalo hizo esta petición a su agresor con tanto desamparo que este no pudo menos que colaborar.

—Tranquilo, tío, yo te las busco. —Se puso a rastrear la zona con detenimiento—. Total, tampoco hay tanto que ver por aquí, ¿eh? —Se le escapó una diminuta risa que ya quería ser conciliadora—. Toma, están un poco partidas, pero con un poco de celo... —Aunque los cristales se conservaban intactos, la montura estaba medio rota por el puente. Alejandro despegó de su pómulo una de las tiras de esparadrapo con las que Paco le había curado el día anterior y con suma pericia restauró la parte rota para que pudiera aguantar sobre las narices de Gonzalo—. Toma, te he hecho un apaño. Mañana te compras otras que tú tendrás pasta.

Gonzalo se puso las gafas y la noche se hizo. Frente a él, agachado en

cuclillas y con la barbilla apoyada en una mano, mientras la otra mano le apuntaba con una pequeña navaja que solo podía servir para pelar fruta, un tipo le sonreía un tanto sardónicamente, sin el menor vestigio de haberse abalanzado sobre él cinco minutos antes. La imagen mental que Gonzalo se había hecho de su agresor no se correspondía en absoluto con la visual que ahora tenía frente a sí. El tipo, de una edad indefinida, desprendía una especie de aura juvenil, un indeterminado rasgo de su juventud a floraba más allá de sus años y de los múltiples rasguños, moraduras y esparadrapos que adornaban su rostro. Su aspecto era demacrado y casi enclenque; sus ropas, unos vaqueros deshilachados y una camiseta que había sido blanca alguna vez, no le daban un aspecto de indigencia, sino de despreocupación. Algo indefinido en aquel hombre lo preservaba de la evidente mala calaña que todo él parecía querer desprender y, por el contrario, transmitía una sensación de dignidad oculta, de una ética del perdedor que está más allá de sí mismo. Pero todo esto son solo impresiones desde unas gafas rotas —pensó Gonzalo—, así que se quedó con la sensación tranquilizadora de que no parecía que aquel hombre fuera a ser más peligroso de lo que ya había sido, por más que en el fondo de sus ojos hubiera una tristeza, un helor.

—Gracias, no sabes lo horroroso que es solo ver bultos.

A Alejandro no podía dejar de hacerle gracia la situación. Le había sido muy fácil dar con el periodista de sucesos del periódico. Se lo había pasado bien siguiéndolo por media ciudad. Había sido uno de esos escasos días en los que tenía algo diferente que hacer, un objetivo, una ocupación que no fuera intentar detener el giro permanente de su cerebro dando vueltas y vueltas sin sentido. Todo un completo día que terminaba allí, uno frente al otro, ambos escudriñándose para conseguir ser el primero en descubrir el secreto del otro. Había seguido a aquel tipo que se paseaba por la calurosa noche de mayo disfrazado con un traje de chaqueta encorbatado que le estrechaba sus varios kilos de más y le daba un aspecto de vendedor de yates en el desierto; le había observado durante el largo rato que estuvo sentado en aquel banco del paseo, rodeado de gente y tan solo como su propia soledad; había ido tras él hasta ese inmundo barrio, como si él mismo estuviera buscando el lugar más apropiado para ser atacado. Aquel tipo serio y distante, con sus gafas rotas de culo de botella, con pinta de coleccionista de sellos o de cosas tristes, desprendía una gran ternura. Este es otro pringado del trajecito, pensó Alejandro, sin poder

evitar cierta simpatía.

—Bueno, tío, al grano que esto no ha terminado. El cuadro. Háblame.

—Verás... —al verás le faltaba un nombre—. Perdona, ¿cómo te llamas?

—Para nada te importa cómo me llamo. Aligera.

—Bueno, verás..., yo soy el redactor de sucesos y también de necrológicas del periódico, ¿sabes? Me encargo de seguir las noticias sobre todo tipo de delitos y hago notas necrológicas, los obituarios que se llaman...

—Oye, oye, menos lecciones, que yo puedo ser un borracho, pero de gilipollas no tengo nada.

—Claro, claro, perdona. El caso es que el viernes por la noche estaba cenando con un policía amigo mío y lo llamaron porque habían encontrado un cadáver, el de Sara Romero. Fui con él para cubrir la noticia y así supe de ella. Era la primera vez que la oía nombrar, te lo juro.

—Vale, ¿entonces por qué nombraste el cuadro en tu artículo? —Alejandro exageró un recelo que ya no sentía. Se daba cuenta de que aquel tipo era sincero, pero necesitaba una última confirmación.

—Es que yo no nombré ningún cuadro en la nota esa. No sé por qué todo el mundo está empeñado en que yo me refería a ese cuadro. Solo era una especie de recurso literario, quería crear un clima de pérdida. Esa es la sensación que yo tuve cuando vi su cadáver.

Alejandro sintió un respingo en el corazón, como si la sangre de pronto se le parara allí y con un regurgitar le subiera hasta la garganta llenándole los ojos de lágrimas. Desvió la mirada del periodista y se quedó en silencio. Comenzó a

liarse un puro para hacer tiempo a que se le fuera la debilidad. Lo encendió y se lo pasó a Gonzalo que lo rechazó con un vaivén de la mano.

—¿La viste?... ¿Cómo estaba? —la pregunta resultaba demasiado idiota para poder tener otra respuesta.

—Muerta —Gonzalo al momento se arrepintió de haber sonado demasiado brusco con la obviedad—. Bueno, quiero decir..., ya sabes, tenía la cara azul, como sus cuadros, por eso se me ocurrió la frasecita del cuadro, pero te juro que no sé nada de ese cuadro.

—No sabes nada del cuadro, pero sí sabes que es ese cuadro. Explícame eso.

—Cuando fui al tanatorio conocí a su abuelo, bueno, a su tío-abuelo. Esta tarde he estado en su casa. Él me ha hablado de un cuadro al que llamaba el cuadro de la vela.

—¿Y qué te ha dicho?

—No sé. Me ha contado cosas muy raras. Que el cuadro tiene un duende y que ha desaparecido. Que no está en el piso de Sara, que alguien se lo ha llevado. Que a Sara la han matado...

A Alejandro hacía rato que se le había caído la sonrisa. Sus ojos se entrecerraban para poder calibrar y clasificar cada palabra de las que Gonzalo le estaba diciendo. Mientras escuchaba se le dibujaba en el pensamiento la imagen de un mapa sin límites en el que los únicos hitos eran unas huellas de pasos que se entrecruzaban dibujando una especie de jeroglífico sin sentido.

—Ese tipo está medio majara. No le hagas mucho caso —lo dijo con la necesaria fuerza para que pareciera veraz.

—¿Lo conoces?, ¿pero quién eres, qué sabes tú de Sara y del cuadro? — Gonzalo empezó a sospechar de dónde y de parte de quién venía a interrogar-le aquel tipo.

Alejandro mató el canuto y se alzó. Sin decir nada se acercó hasta Gonzalo y le tendió la mano para que también se incorporara. Cuando lo hizo se dio cuenta de lo mucho que pesaba y de que casi le sacaba una cabeza. No pudo menos que reírse de sí mismo: acababa de atacar a aquel hombretón con una navaja y ahora le tendía la mano para que se levantara. Con un solo sopapo que le diera lo desmontaba. Pero él de recibir sopapos sabía lo suyo. Sobre todo sabía quién era capaz de dar un sopapo y quién no. Y aquel tipo, eso estaba claro, era incapaz. Gonzalo se enderezó lo más que pudo para ver si se le quitaba el dolor de riñones, se espolsó las perneras del pantalón y se metió los faldones de la camisa. Necesitaba un planchado integral, tanto él como la ropa. No sabía si seguir temiendo a aquel sujeto, pero de pronto su actitud había cambiado. Quiso creer que lo peor ya había pasado, aunque el pulso no dejaba de temblarle.

—Vamos a tomarnos una copa y charlamos. Conozco un sitio. —Alejandro dio tres pasos, pero se tuvo que volver al darse cuenta de que Gonzalo seguía allí parado, sin decidirse a seguirle o a salir corriendo—. Vamos, tronco, ¿tú eres periodista o qué coño eres?

Empezaron a caminar por aquellas callejuelas apenas iluminadas sin cruzarse más que gatos y alguna rata. Se adentraron en aquel barrio de pescadores a punto de derribo y llegaron a un pequeño barucho llamado La Peseta, en el que apenas cabían tres mesas de railite, la barra a un lado y en la pared de enfrente se apretujaban una máquina de discos, otra de *pinball* y la tragaperras. No había ningún cliente dentro. Los cuatro o cinco parroquianos, junto al que por el delantal que llevaba parecía el camarero y por sus risas el dueño, ocupaban las sillas alrededor de una mesa que habían sacado a la calle. Cuando llegaron a su altura las conversaciones se pararon y algunos saludaron a Alejandro; Chori, ya te han vuelto a tocar la cara, ¿eh?; pero este pareció no oírles y ocupó una mesa dentro del local. Gonzalo se sentó frente a él. Cuando el camarero entró pidió dos vaqueritos y se empezó a liar el siguiente porro.

El hombre sirvió rápido. Les puso unas almendras y les dejó la mediada

botella de JB en la mesa; a las dos últimas invito yo; que solo obtuvo por respuesta un desdeñoso; que te jodan, Tobías. Alejandro se quedó mirando con curiosidad a Gonzalo que se ocupaba en fijar mejor el esparadrapo al puente de sus gafas. Era un caso extraño, pensó. Aquel hombre tenía pinta de cualquier cosa menos de reportero de sucesos. Era un tipo que engañaba. No debía ligar mucho, fijo, pero tenía algo, una especie de gravedad serena que seguro que atraía a las chicas que buscaban un hombre de bien, de esos con los que tener niños y buenos domingos. Justo lo contrario que él. Las gafas y esos cristales que le empequeñecían los ojos le hacían parecer un tipo listo, de esos que se las callan todas y mientras te van pensando, de esos que nunca ríen a carcajadas, pero siempre parecen tener un hilillo de sonrisa colgándoles de la boca. Pero ahora, con el remiendo en el puente roto, parecía más cercano, como si la derrota o el accidente les acercara, les pusiera en la misma mesa, en el mismo bando.

—No tienes pinta de periodista. —Levantó el pequeño vaso como si le estuviera brindando la apreciación, haciendo un pequeño círculo en el aire para señalar su contorno, su imagen con la etiqueta equivocada. Sonrió a la vez como si su apreciación fuera también una disculpa.

—No soy periodista. Llevo dieciocho años trabajando de periodista, pero en realidad no lo soy. Estudié para otra cosa, para ingeniero técnico industrial. Es lo que quería ser. —Gonzalo devolvió el gesto, la sonrisa y la disculpa. Igual estaba sufriendo el síndrome de Estocolmo, se rio dentro, pero su agresor estaba comenzando a caerle bien—. Ya ves cómo es la vida, uno acaba siendo algo que no quería ser y en realidad sigue sin serlo.

—Lo de ingeniero te pega más con el traje. Parece que eso de los sucesos será más movido, ¿no?

—Bueno, lo del traje ha sido un poco casual. Como iba a ver a don Salvador me lo he puesto, pero suelo vestir más informal. En realidad, no me gusta nada. —Como confirmación de su confianza Gonzalo se quitó la americana y la colgó del respaldo de la silla—. En cuanto a lo de los sucesos, es bastante rutinario. Me dedico más a hacer reportajes sobre casos cerrados que a otra cosa. Nuestro periódico es pequeño y vive de agencias sobre todo. En fin, que mi trabajo no es nada apasionante, vamos. Y tú, aunque no me quieras decir cómo te

llamas, ¿a qué te dedicas, aparte de romperle la espalda a los desconocidos?

—Perdona, tío. —Por primera vez la risa de Alejandro pareció suavizarle la expresión barriobajera que había mantenido hasta el momento—. No quería hacerte daño. La verdad es que no voy por ahí pegándole a la gente, pero pensé que tú eras más duro. —Volvió a reír durante unos segundos—. Si no te acojonaba no me ibas a hacer ni puñetero caso... Me llamo Alejandro, Alex o el Chorizo, como mejor te parezca, y trabajo en el alambre.

—¿En el alambre? —No podía imaginar a qué se refería.

—Es lo que se dice. —Volvió a reír y rellenó los vasos hasta el borde—. Es como decir que vives de lo que sale, que no tengo ocupación fija. En mi vida he hecho muchas cosas, en especial leer y bebérmelo todo, y no he hecho nada. He sido buscavidas, vendedor ambulante, binguero, vendedor de seguros, encuestador, engañabobos y engañalistas. En esta vida o haces carrera, como tú, o te la pasas corriendo para que no te jodan... Muchos me llaman Chori porque vendo bocatas de fiambre en el paseo. En invierno voy por las fiestas de los pueblos y vendo lo que puedo —Alejandro dijo esto con tanta naturalidad como si le hubiera dicho que trabajaba en una farmacia. Hacía mucho tiempo que para él ser, estar o trabajar no eran verbos intercambiables. Tan solo pasaban los minutos, las cosas, las noches, las personas.

En la calle las voces y las risas hacían irreal aquella conversación en el bar vacío con el zumbido molesto de las neveras, la música mala de la radio y el reclamo insoportable de la tragaperras. La madrugada empezaba a refrescar y la brisa que entraba de la calle les despejaba de *whisky* y sueño.

—Entonces, Alejandro, ¿por qué tienes tanto interés en el cuadro?

—Ese cuadro era mío. Un amigo lo pintó y me lo dio —Alejandro hablaba como si las frases le salieran a golpes, como si las llevara enlatadas mucho tiempo y ahora, solo ahora, fuera el momento de decirlas. Como si fueran frases prefabricadas que no significaban nada porque; ¿cómo explicar el cuadro, cómo

explicar Sara a aquel desconocido? Era mejor, lo único posible, soltar esas frases liofilizadas que parecían contundentes, concisas, cortantes, al mojarse en saliva, pero que nunca podían significar, ni acercarse a significar, lo que ni siquiera se podía explicar a sí mismo. Muchas veces la única verdad posible era la mentira.

—Don Salvador me habló de un novio de juventud de Sara. ¿Eras tú? — Estaba tan claro que una vez más las historias simulaban vivir antes de saberse historias.

—Sara era mi chica. Bueno, fue mi chica cuando teníamos veinte años. Hace demasiado ya. —¿Cómo decirle que un día se quedó mirándola en medio de una plaza y ya no era ella, que un día quiso parar el tiempo para volver a encontrarla sin que se le amontonaran arriba tantos segundos sin dejar de moverse, sin dejar de revolverlo todo con su torbellino de ideas y palabras y entendidos y malentendidos y desvíos de caminos que nunca se habían pensado como caminos? ¿Cómo decirle que Sara había sido, era, su vida, su único marco, su única verdad, toda su puta vida traspapelada y perdida por el viento?

—¿Y qué pasó con el cuadro?

—Fácil. Yo le di el cuadro a ella. Ella lo tuvo todo este tiempo. Ahora ella ha muerto y yo quiero el cuadro. No hay más. —¿Cómo hablarle del cuadro a aquel tipo que lo nombraba sin saber de su existencia? ¿Cómo contarle del duende y de los paseos y de su amigo y de su necesidad de hacerse una vida a medida con pasillos que no oprimieran las ventanas, con miradas que no se clavaran como insectos a la pared, con días azules y playas y todos esos tópicos que nos desnudan cada día, que nos vuelven como calcetines para que no nos veamos las marcas? ¿Cómo hablarle a aquel tipo disfrazado de profesional competente zurciéndose la consciencia de lo que no quiere ser para que no se le vea?

—¿Y lo que me contó don Salvador, lo del duende ese de la vela?

—Eso son chorradas del viejo. No le des más vueltas. El cuadro es un cuadro. Una mierda de cuadro, pero es mío y lo quiero —Alejandro mintió con

tanta naturalidad que por un momento le pareció mucho más cierto lo que acababa de decir que lo que pensaba verdad. El desencantado periodista nunca creería lo que él le podría contar de cada uno de los segundos de todos esos años sin el cuadro, sin Sara, sin saber qué, a dónde ir, a dónde quedarse, a dónde pensar para que no se apareciera el mareo y el vómito y el recuerdo.

—Pero, bueno, algún valor tiene que tener el cuadro para que todo el mundo se interese por él, para que tú me vengas y me agredas en medio de la calle. — Gonzalo calló y se le quedó mirando durante unos segundos—. ¿Tú vienes por Carlos, el de la discoteca, verdad?

—No digas chorradas, tío. No tengo nada que ver con ese. Yo de ti no me acercaría mucho a él, es un tío chungo —Alejandro pareció hablar con tanto desprecio que Gonzalo se convenció.

—Don Salvador también me contó que ese Carlos buscaba el cuadro. Él piensa que la mató él o alguno de sus amigos...

—Olvídate, olvídate del viejo. Son solo delirios suyos. Nadie puede tener interés en ese cuadro, de verdad. Yo lo quiero porque después de tanto tiempo será como tenerla a ella. No sé, es un rollo de aquí. —Alejandro extendió los dedos índice y anular de su mano derecha sobre su pecho. Era como señalar una obviedad y una promesa al mismo tiempo—. Es un rollo de corazón, ¿entiendes? —terminó la interrogación con una sonrisa que quería resistir una tristeza que se sentía vieja y a destiempo.

—¿Por qué no me hablas de Sara, de cómo la conociste, de cómo era? —A Gonzalo las explicaciones de Alejandro le parecían más un rollo de borrachín que de verdadero sentimiento, le recordaban más a esos amores perdidos de las malas canciones o de las buenas si las cantaba Chavela. Pero quizá la noche y los *whiskys* podían facilitarle conocer otra parte importante de la vida de Sara.

Alejandro volvió a llenar los vasos hasta que desbordaron en la mesa. El pulso le temblaba como siempre que no había bebido suficiente y una especie de

pereza muy pesada le obligaba a forzar la vista para que los ojos no se le cerraran buscando la oscuridad. Las voces de la calle le entorpecían el pensamiento, las gafas entirritadas de Gonzalo, sus ojos empequeñecidos y saltones por las dioptrías, su boca un poco entreabierta bajo el labio y las mejillas exudadas de alcohol, su voz un poco balbuciente ya, su camisa blanca arrugada, su corbata azul de cuello vuelto para no mirarse a sí mismo, a todo ese asco, también pereza, de vivir dejando escurrir el tiempo por la entrepierna hasta que te deja perdido y encharcado de tu propia orina en medio de la nada.

—Aunque quisiera no podría, de verdad. No tengo ni puta idea de cómo era Sara. Cada vez que lo pienso lo sé menos. Pero, ya que preguntas, ¿por qué te interesa tanto si no la conocías de nada?

Gonzalo se tomó su buen tiempo en contestar.

—Verás, el caso es que cuando la vi muerta me impresionó. Su cara, no sé. Quizá fueron los cuadros que había visto antes en su habitación...; bueno, el caso es que quiero escribir sobre ella. Una historia... La suya. Necesito que me ayudes.

—¿Su historia? —Alejandro intentó reír con cinismo. Solo le salió una mueca—. Todas las historias son mentira, tío. No hay ninguna historia que sea verdad, así que escribe lo que quieras, ¿qué importa lo que yo te cuente de ella?, seguro que no tiene nada que ver con lo que ella te hubiera contado de sí misma. Además, yo no sirvo para contar cosas, no puedo hablar de ella.

—No sé, para mí sería muy importante que me ayudaras. A cambio yo te puedo ayudar a encontrar el cuadro.

Los dos se quedaron en silencio hasta servirse y acabar una nueva ronda. La botella estaba vacía. Gonzalo pareció recordar algo y sacó del bolsillo de su chaqueta una libreta Moleskine negra. Aún venía dentro de su envoltorio. Gonzalo lo rompió y se la ofreció a Alejandro.

—Toma, la he comprado esta mañana para tomar notas sobre ella. Quédatela. Puedes escribir lo que se te ocurra, lo que recuerdes. Cuando lo hayas hecho me la pasas. Así no tendrás que hablar, si no quieres.

—¿Sabes? Yo de joven quería ser escritor. Entonces pensaba que lo sabía todo, que lo podía escribir todo y que la conocía. Le escribía cosas. Ella las leía y se quedaba muy callada, a veces cerraba los ojos, a veces me besaba, a veces se daba media vuelta y seguía con sus cosas, como si nada de lo que había leído le hubiera interesado. Yo pensaba que escribía sobre ella, pero en realidad me la estaba inventando y los dos lo sabíamos. Nos inventábamos el uno al otro como nos inventábamos el amor.

—¿Pero tú has seguido enamorado de ella todo el tiempo?, ¿estabais juntos ahora? Don Salvador me dijo que...

—No estuvimos juntos desde entonces —volvió a mentir Alejandro sin el menor atisbo de duda—. Hace unos meses la vi de lejos, pero no me atreví a decirle nada, solo la seguí..., pero eso es mejor que te lo escriba aquí. —Señaló la libreta adelantando el mentón con una triste sonrisa—. En cuanto a si he seguido enamorado de ella..., no lo sé, de verdad, ni siquiera sé si aquello era amor o simple juventud. Lo que sí sé es que las cosas que perdemos, las que dejamos que se pierdan, son las que nos duran toda la vida.

Y como si fuera la gran mofa de un apuntador burlesco, en la radio comenzó a sonar la canción de Nacha Pop y Gonzalo notó que los ojos se le cerraban como cuando iba al cine con su hija Altea. Ambos se levantaron trastabillando un poco y se quedaron de pie frente a frente. Si hubieran tomado dos o tres copas más quizá se habrían dado un abrazo, pero la cosa solo les llegó para estrecharse las manos en lo que los dos sabían que era un pacto de camaradería, el inicio de una búsqueda. O de dos.

Gonzalo le pidió a Alejandro el número de móvil, pero este se rio con ganas. ¿Para qué coño quería un cacharro de esos? Sacó de su bolsillo un papel arrugado y lo partió en dos. En uno de los trozos escribió el número de la pensión de doña Carmen, en el otro Gonzalo escribió el de su móvil. Cuando

Gonzalo ya salía por la puerta oyó la voz desentonada de Alejandro.

—Si quieres conocer un sitio interesante nos vemos mañana aquí. A las tres. Te va a gustar. Pero no vengas de romano, que además de que hará calor darás la nota.

—Aquí estaré. Si es que aún me puedo mover mañana.

Gonzalo salió a la calle con la chaqueta en bandolera sobre el hombro, dio un sonoro; buenas noches; a los de la mesa y se alejó por entre las callejuelas sin importarle demasiado la dirección que tomaba. El fresco de la madrugada le despejó y le hizo sentirse bien. Se volvió a sentir muy bien por segunda vez en pocas horas.

La comisaría central se situaba en una de las ramblas que bajaban hasta el puerto, una gran vía con un centenario paseo poblado de plataneros y jacarandás que convertían la zona en un agradable lugar de encuentro para la gente bien situada de la ciudad. En los últimos tiempos las zonas de paso del jardín se habían llenado de terrazas montadas por los bares situados en las fincas que enfrentaban. Para los ancianos, que hacían sus corros sentados en los bancos pegados a las mesas y sillas de las terrazas, era un gran entretenimiento ver a los camareros con sus bandejas sortear los vehículos que pocas veces aminoraban su marcha al pasar, pese a la limitación de velocidad en la zona. Gonzalo apenas podía arrastrar los pies por la acera, el sueño y el dolor de cabeza le mantenían atrapado dentro de una campana vibradora. Lo primero que hizo al llegar al bar junto a la comisaría fue pedir un café lo más cargado posible y un agua sin gas. A esas horas el bar estaba en plena actividad. Casi toda la clientela la componían policías uniformados o de paisano almorzando y gente que por algún motivo había tenido que pasar por las dependencias policiales. Gonzalo se preguntaba cómo podían estar todos tan tranquilos en un sitio así, tan elegible para saltar por los aires. Sin embargo, nadie parecía estar preocupado por tal posibilidad, quizá porque de alguna forma imperceptible, muy difícil de entender en medio de todo el griterío, saludos, entradas y salidas, aquel recinto estaba muy controlado. Cualquiera que dejara por distracción el más mínimo bulto, bolso o maletín, en cualquier punto del local, sería interceptado a los dos segundos. Esta seguridad latente tampoco tranquilizaba demasiado a Gonzalo. Temía más las expeditivas acciones defensivas de la policía ante un equívoco fortuito que la posibilidad real de que a ETA le diera por dejar el recadito allí, por más que desde la ruptura de la tregua un par de años antes los atentados hubieran vuelto a ser bastante cotidianos en la vida del país. Le era difícil explicarse la sensación contradictoria que le producían aquellas personas que parecían perder su condición de tales dentro de un uniforme. Su trabajo de periodista le había acercado a muchos de ellos; con alguno, como era el caso de Ramos, incluso había entablado una buena amistad, pero no podía evitar una sorda sensación de inseguridad cuando se encontraba junto a un policía, sobre todo si vestía uniforme. Quizá solo eran reminiscencias del temor a la vieja policía franquista de su primera adolescencia.

El removerse de la gente junto a la barra, las risas y los saludos voz en grito,

le hicieron volverse hacia la puerta para ver abrirse paso entre sus compañeros al subinspector Ramos. Como de costumbre estaba risueño y locuaz, palmeando hombros y regalando collejas en la nuca a algún distraído que no se giraba para saludarlo. No se podía negar que era un hombre popular allí donde iba. Para cada cual tenía su palabra, su carantoña o su gesto de complicidad. Gonzalo cayó seducido por aquel hombre nada más conocerlo, pero le costó un poco más comprender que en realidad era un embaucador, un simpático y entrañable embaucador que había aprendido a encandilar a la gente con castillos de fuegos artificiales para que nadie pudiera acceder a su interior. Cuando al fin consiguió acercarse a él, soltó un resoplido.

—Coño, con razón la comisaría está vacía, están todos aquí. Hala, acábate eso rápido que nos vamos a otro sitio más tranquilo, aquí no vamos a poder hablar.

Gonzalo apuró su café de un trago, dejó una moneda de 100 pesetas sobre la barra y siguió en lenta procesión a Ramos hasta la entrada del bar. Tras tres o cuatro minutos más de risas y saludos del policía, consiguieron alejarse de allí. Cruzaron al paseo central de la rambla y caminaron en dirección al puerto. Hacía una mañana preciosa de aquel mayo, el verano empujaba fuerte ya y las jovencitas dejaban sus ombligos y las tiras de los tanga al aire como bandera de su libertad apresada por la reciente moda. Gonzalo caminaba en silencio junto a Ramos dejando resbalar su mirada entre aquellas colas luminosas. Nunca había conseguido que su exmujer se pusiera un tanga.

Cuando ya se habían alejado bastante de la comisaría Ramos le señaló una cafetería que parecía tranquila. Entraron y se acomodaron en una mesa apartada. Ramos se pidió un sol y sombra y Gonzalo repitió café y agua.

—Tienes un aspecto horrible, muchacho —observó Ramos—, ¿no te habrás dado a la concupiscencia solitaria, eh? —Acabó con una mueca que quería ser parodia.

—No, no. —Sonrió Gonzalo con cierta timidez—. Es que anoche trasnoché. Luego te cuento. Pero empezaré por el principio, han pasado algunas cosas desde

el viernes.

—Cuenta, cuenta, soy todo orejas.

—El domingo tuve el placer de conocer a don Fernando Romero Navarro, el padre de Sara. Fue un encuentro muy interesante. En pocas palabras me dijo que si volvía a escribir algo sobre su hija me buscaría la ruina. Yo había escrito una pequeña nota en mi sección del dominical...

—Sí, sí, la leí —interrumpió Ramos con un chasquido de su lengua embebida en coñac y anís—, dejabas alguna duda sobre la causa de la muerte. Entiendo que el padre se cabreara, pero amenazar a la gente no está bien. —Se sonrió con ironía—. Lo que no entendí nada es tu interés por su cuadro, ¿qué cuadro?

—Pero, ¿tú también? —Gonzalo no daba crédito, era como si entre todos le estuvieran gastando una broma—. Yo no me refería a ningún cuadro en concreto, era solo una forma de darle un poquito de profundidad a la nota, pero no eres el único que pregunta. Lo escalofriante es que en el momento de escribir la nota yo no sabía de ningún cuadro en particular, pero ahora sé que ese cuadro al que al parecer me referí sin saberlo existe. Y además que lo está buscando alguna gente. —Gonzalo se quedó unos momentos en silencio, tratando de ordenar lo que le tenía que contar al policía que lo miraba un poco confundido, sin saber muy bien de qué le estaban hablando.

—Bueno, empieza a contar desde el principio y ya luego me lo explicas, porque si no, no me voy a enterar de nada.

Gonzalo hizo un detenido repaso de los acontecimientos que se habían sucedido desde la noche en que se encontró el cadáver de la pintora, incluida la tajante advertencia de su director.

—Joder, macho. Vas a batir el récord al despido más gilipollas de la historia

del periodismo —atronó Ramos sin ninguna intención de ser gracioso—. Creo que es mejor que dejes la historia, tal y como se ha puesto el asunto.

—Sí, es lo mejor que puedo hacer —Gonzalo hablaba despacio, meditando sus palabras—. Creo que es lo que haré, pero primero quiero bosquejar al menos lo que voy sabiendo de esa mujer.

—Cuando ayer nombraste a Van Loos destapaste la caja de los truenos —volvió a interrumpir Ramos con tono lúgubre—. Tengo bastante información sobre él. Carlos Sánchez es un hombre de paja suyo. No te lo recomiendo como compañero, ni como contrincante. Es de estos que trabajan a los dos lados de la raya. Igual sopla que sorbe.

—No saqué nada en limpio de él. Pero el abuelo me dijo que él también estaba buscando el cuadro. Todo el mundo busca el cuadro, parece ser. —Gonzalo intentó imitar la sonrisa irónica del subinspector, pero la ironía no era la suya—. Todavía sigue la historia. Tras hablar con el de la discoteca me di una vuelta por el paseo marítimo, cuando llegué a las casas bajas me agredió un tipo por la espalda. Me dio tal empujón que me tiró a tierra. Luego me amenazó con una navaja.

—Joder, Gonzalo, ¿pero en qué te estás metiendo? ¿Quién es ese tipo? Tienes que presentar una denuncia. O no, mejor deja que yo me encargue...

—No, no, todo acabó bien. De hecho hemos terminado esta madrugada tomando copas en un tugurio. Y he quedado con él en el mismo sitio. No sé, es un tío muy raro. Parece un pringado, uno que se busca la vida. Vive de vender bocatas en el paseo. Pero tiene algo, no sé, como un trasfondo, como si muy por debajo de sí mismo estuviera su auténtico yo...

—No me empieces a desbarrar que solo has tomado café. Al grano.

—Se llama Alejandro, y es un novio de juventud de Sara. El abuelo me habló

de él. Parece ser que estuvieron viviendo juntos y la cosa acabó mal, pero el tío sigue colgado de ella. Ha estado colgado desde entonces.

Ramos hurgó en su cartera de mano y sacó de allí el maltrecho libro que había encontrado en casa de Sara.

—¿Tiene algo que ver con este Alex? —Señaló con el dedo el nombre del autor del texto sobre la portada.

—Claro, tiene que ser él. Alex, Alejandro. Pero no sé si este Alejandro tiene mucha pinta de andar escribiendo por ahí, ¿eh? —Gonzalo hojeó las páginas del libro. Se trataba de un conjunto de relatos cortos.

—Échale un vistazo. Yo no he encontrado nada que pueda resultar relevante. Enséñaselo al tal Alejandro, a ver si es suyo o no.

—Bueno, Alejandro también leyó mi nota y se puso a seguirme hasta que me abordó de mala manera. Él también quiere el cuadro ese. Dice que es suyo, que lo pintó un amigo y se lo regaló hace muchos años. Es asombroso que todo el mundo pensara en el mismo cuadro cuando leyó una nota que no se refería en concreto a ninguno.

—Pero, ¿qué valor tiene ese cuadro?, ¿por qué es tan importante?

—Tiene un duende.

—¿Qué? —Ramos intentó mantener la tranquilidad—. ¿Me estás diciendo que toda esta historia viene porque ha desaparecido un cuadro con un duende dentro? ¿Nos hemos vuelto todos gilipollas o qué? —su voz atronó por encima de la de la presentadora del matinal de televisión que hasta entonces había servido para preservar su conversación de los dos clientes acomodados en la barra y la dueña del bar que limpiaba los vasos con la parsimonia de lo que se repite incontables veces.

—Lo del duende me lo dijo don Salvador. Alejandro dice que no le haga caso al viejo, que se le va la cabeza, que de duende nada. Aunque, bien mirado, el duende podría ser él. No sé, estoy hecho un lío, pero ya es extraño que todo el mundo pregunte por el cuadro. En la casa de Sara, en la pared de su habitación, se notaba el hueco de un cuadro.

—Tú lo has dicho. El hueco de un cuadro. Nada más, no le des más vueltas. Mejor mira esto. No te lo puedes quedar. —El subinspector sacó de su cartera una carpetilla gris y se la ofreció a Gonzalo—. Es una fotocopia del informe forense. Da que pensar, pero después de lo que me has contado del padre de Sara y de tu director ya no me extraña nada.

Gonzalo sacó de la carpetilla un documento que constaba de cinco hojas grapadas y escritas a doble cara. Leyó en silencio mientras Ramos aprovechaba para ir al baño y pedir otro sol y sombra con unos cacahuetes fritos. Había ya leído los suficientes informes de autopsia para dejar resbalar la vista por los apartados más formales y buscar los datos más significativos. Debajo de los logos del Instituto Médico Forense, en la esquina superior derecha de la primera hoja, destacaba un rectángulo intitulado como CAUSA CIE-10, donde se leía una lista numerada del 1 al 3 y cumplimentada como 1: Y17.0; 2: X67.0; y 3: X88.0. Tras la identificación del médico forense, de la jueza que ordenó el informe y del objeto en estudio, la causa y mecanismo de la muerte de Sara Romero Vázquez, se explicaban someramente las técnicas de exploración del cuerpo y las diferentes extracciones de materia, líquido o flujos para su analítica clínica. Se señalaban la hora de realización de la necropsia, 3 de la mañana del sábado 20 de mayo de 2001 (y aquí Gonzalo pensó que qué prisas, que esa noche el médico forense no había dormido porque a alguien, ¿el padre de Sara, la jueza?, le urgía terminar el asunto cuanto antes) y una estimación del tiempo transcurrido entre el deceso y la práctica del estudio. Se marcaba un intervalo de entre seis y nueve horas, según el examen externo de rigidez y temperatura corporal anal realizado en la escena de los hechos, comparado con el estado en el momento del procedimiento clínico. Venía, a continuación, una sucinta descripción morfológica de lo que desde su cadáver parecía inducirse que el cuerpo viviente de aquella mujer fue. Entre los rasgos particulares destacaba la descripción del color de sus ojos: indeterminado entre azul, verde y gris (arcoíris, hubiera puesto Gonzalo entre paréntesis, pero eso habría contaminado

el carácter científico-técnico del documento de una poesía inadmisibles y negligente). En lugar de eso, el médico forense había señalado la existencia de una acentuada midriasis. El siguiente apartado, el examen exterior, cumplía con una detallada relación de datos observables a simple vista. Comenzaba con el desembalaje del cuerpo sobre la mesa de autopsias, la mención de cada una de las prendas que vestía y de los objetos de uso personal que portaba (y aquí Gonzalo no pudo evitar recordar el hilo trenzado republicano que Ramos siempre llevaba en su bolsillo) y un exhaustivo relato del aspecto del cadáver y de los fenómenos cadavéricos que presentaban sus diversos espacios, desde las uñas de los pies al color, textura y condición de cada uno de los más íntimos rincones de lo que fue el cuerpo de aquella mujer. Un párrafo más abajo, ya entrando en materia de estudio, seguía una descripción detallada de lo que había sido la escena de los hechos, la posición del cuerpo y la disposición de cada uno de los objetos hallados dentro del perímetro espacial donde se produjo el hecho biológico. Cada uno de los detalles venía apoyado con su correspondiente referencia al documento gráfico captado por el fotógrafo de la policía (y aquí Gonzalo no pudo evitar que la fotografía del rostro azul de Sara volviera a temblar en su mente).

Entre la multitud de datos destacaban las livideces encontradas, que se adecuaban con la posición en la que se encontró el cuerpo, decúbito supino, y su concentración según las exigencias de la gravedad. También la manifestación de cianosis en el rostro, sobre todo en los labios, lengua y uñas; y una ligera escoriación dérmica, de 0,8 cm. de longitud, en la parte posterior lateral derecha del cuello (y aquí Gonzalo recordó el cordón de cuero con la mitad del amonites que don Salvador había encontrado en la terraza del piso de Sara) y otra, más liviana y de menor longitud, 0,6 cm., también de origen indeterminable, en la parte posterior de la muñeca derecha. De ninguna de ellas se podía precisar su carácter pre o postmortem, ya que dada su escasa relevancia y superficialidad, no eran significantes la ausencia de infiltrado hemático y de respuesta inflamatoria.

De todo aquel correlato objetivo, de toda la emoción de su muerte, del examen exterior del cadáver de Sara, hubo otros dos detalles que interesaron la atención de Gonzalo: Uno fue que entre las prendas descritas se encontraban unas bragas color burdeos, con un encaje de blonda de dos centímetros de ancho y del mismo color en la cinturilla, en las que se observaban a simple vista una mancha de orina, circular, de unos 2 centímetros de diámetro, así como otras

manchas, solo apreciables a través de la luz forense, tanto de orina como de flujos vaginales, en la parte frontal inferior de dicha prenda. El otro detalle fue la corroboración de la existencia de abundante flujo vaginal en el examen genital de aquel cuerpo (y aquí Gonzalo no supo qué pensar porque se le hacía rara la combinación de muerte y lubricación, pero en el fondo pensó que debían ir unidos. También recordó que los ahorcados morían acompañados de una consistente erección y que los franceses usaban, o decían que usaban porque él nunca se lo había oído a ningún francés, la expresión *petit mort*, y dejó de pensar porque se encontraba mal y sentía que su mente quería escapar de allí, de aquel poema desolador, cuanto antes). No obstante, el frotis vaginal y la inspección de labios y conducto vaginal no habían proporcionado signo ni resto alguno que pudieran confirmar la existencia de actividad sexual con penetración pre o postmortem.

Seguía el apartado del examen interior, de la fase de apertura, con una relación y descripción del estado de todas las partes de aquel cuerpo agrupadas por zonas: la cabeza y el sistema nervioso central agrupaban la galea y el pericráneo, el cráneo, las meninges y el encéfalo que pesaba 1200 gramos (y aquí pensó que era un buen encéfalo, pero que creía que eso no tenía mucho que ver con la mente que Sara hubiera podido tener. Y enseguida cayó en la cuenta de que en todo aquel interminable catálogo de lo que había sido Sara no aparecía por ningún lado la palabra mente, ni la palabra ser, ni la palabra persona). La columna vertebral cerraba el grupo neurotransmisor.

El grupo del sistema respiratorio lo componían la pleura y los espacios pleurales, la laringe, la tráquea, los bronquios y los pulmones, que en el caso del cadáver de Sara pesaban 1050 gramos y presentaban, ambos, además de una considerable congestión vascular y edema alveolar, diferentes manchas de Tardieu que venían numeradas, medidas y descritas. El grupo del sistema cardiovascular consistía en el pericardio, el corazón, con el epicardio, el miocardio y el endocardio, y las coronarias, la aorta y demás grandes arterias y las venas. El corazón de Sara pesaba 280 gramos, lo que a Gonzalo le pareció un poco escaso si se comparaba con el encéfalo, y mostraba en sus dilatadas cavidades derechas hemorragias producidas por el estasis sanguíneo, además de estasis venoso generalizado en todo el sistema circulatorio del que se había comprobado, mediante la correspondiente analítica, la característica fluidez de la sangre que a su vez explicaba el retardado enfriamiento del cadáver. En el grupo

de la cavidad abdominal se relataban el peritoneo, el mesenterio, el retroperitoneo y el diafragma. En el grupo del sistema digestivo aparecían la lengua (azul), la faringe, el esófago, el estómago, el hígado, la vesícula y vías biliares, el páncreas, el intestino delgado, el intestino grueso y el apéndice cecal. El hígado de aquel cuerpo pesaba 1350 gramos, lo que a Gonzalo le pareció exagerado a todas luces. El páncreas, en cambio, le pesaba 85 gramos, algo bastante más aceptable, pensó Gonzalo. El grupo del aparato genito-urinario estaba constituido por los riñones, en este caso el riñón izquierdo pesaba 135 gramos y el derecho 140 gramos, el uréter, la vejiga, el aparato reproductor y la próstata y testículos, que en este informe no venían cumplimentados, claro. El grupo del aparato linfo-hematopoyético lo componían el timo, los ganglios y el bazo. El bazo con el cual había sido Sara venía informado con un peso de 180 gramos. El sistema endocrino lo formaban las glándulas tiroides, 23 gramos, la hipófisis, y las suprarrenales, que no debían haber sido pesadas porque su espacio venía en blanco (y entonces Gonzalo pensó en el peso de los átomos y de las partículas y en el principio de incertidumbre [siempre pensaba en el principio de incertidumbre cuando pensaba] y en aquel tal McDouglas, o McDougall mejor, que había desarrollado su teoría del peso del alma basándose en estudios empíricos que demostraban que el cuerpo humano perdía 21 gramos de su peso en el momento de la expiración. Y Gonzalo también pensó que quizá Sara no había tenido alma, o quizá no había tenido glándulas suprarrenales y en ese caso las cuentas no saldrían, todo el trabajo del forense sería un acto viciado sin efectos y entonces de qué valdría la pena saber de la muerte de Sara, qué importaba si se fue ella, si se la llevaron o si cayó por un agujero, el agujero del destino, se adornó el pensamiento. Y pensó que por qué a nadie se le había ocurrido pesar la vida de Sara mientras era tiempo. Por qué querían pesar su muerte, ahora que su vida ya no pesaba nada).

Tras el repertorio minucioso de órganos ya incompatibles con la vida, seguían los resultados obtenidos tras los distintos análisis clínicos efectuados a muestras orgánicas, tejidos y fluidos. De las pruebas toxicológicas se concluyó que la concentración de alcohol en sangre (CAS) era de 215 mg/dl, que la concentración de sustancias barbitúricas (fenobarbital) era de 70 mcg/mL y el índice de THC (tetrahydrocannabinol) superaba los 3,5 ng/ml, significando todo ello que el tránsito hasta aquel cadáver se había realizado en un estado muy alejado de la sobriedad (y aquí pensó Gonzalo que podía ser entendible que Sara se olvidara del gas abierto y se durmiera plácidamente en el suelo). Venía a continuación una larga serie de ítems con nombres indescifrables en la que todos

tenían la valoración de no significativa, entre ellos varios, como metano, metanotiol (Gonzalo recordó que era el producto que le añaden al gas para que huelga y se puedan detectar sus fugas), PCB, benceno y tolueno venían subrayados. Finalmente, se indicaba que de las muestras obtenidas de sangre, orina y humor vítreo no se habían encontrado marcadores de ningún otro tipo de sustancia tóxica (y aquí Gonzalo corroboró que Sara había dejado de consumir drogas duras, si es que el alcohol y los barbitúricos no lo eran).

Gonzalo se concentró en el apartado de consideraciones. Se hacía un repaso de las circunstancias del hallazgo del cadáver, se hablaba de los testimonios de testigos (la vecina que encontró el cuerpo) y equipo científico de la policía judicial. Así, el escenario del hecho indicaba una posible muerte por asfixia mecánica producida por rarefacción del aire y disminución del oxígeno en el mismo, motivada por escape de gas metano, presuntamente al haberse dejado abierta la fallecida (por distracción o voluntad) la llave del gas de la cocina (y aquí a Gonzalo le hubiera gustado que hubieran puesto *espita*, porque pensaba que era mucho más adecuado, y más significativo quizá) cuando, al parecer, se disponía a preparar la cena, suposición a la que apuntaban los objetos hallados sobre la bancada de la cocina; una sartén sobre uno de los quemadores, cuatro huevos de gallina de corral, tres patatas de tamaño mediano, una cebolla y dos ajos, todo ello sin pelar, y otro objeto discordante con lo anterior: un libro editado en 1997 por Tusquets Editores, escrito por una tal Margarete Buber-Neumann y titulado *Milena*, que reposaba abierto sobre su lomo en el banco, a escasa distancia de las patatas; así como el testimonio de la vecina, que manifestó que estaba invitada a esa cena y, cuando acudió al piso a la hora convenida, las nueve de la noche, se extrañó tanto de que su vecina no le abriera que bajó a su piso (ella vivía en el segundo) a por la llave que le custodiaba a la fallecida por cuestiones de olvidos y demás ayudas entre vecinas y que, cuando entró en el piso (el tercero) olía muchísimo a gas y fue corriendo con pánico y muy nerviosa hasta la cocina que estaba cerrada (cosa muy inusual en aquella casa, según comentó) y la abrió de par en par y fue corriendo a cerrar los mandos, para lo que tuvo que saltar horrorizada sobre el cuerpo de su vecina, dadas las mínimas dimensiones de aquella cocina (y aquí Gonzalo se concentró aún más porque venía un entre paréntesis en que se comentaba que ante esta afirmación de la testigo, el agente que la interrogaba, seguía aquí un número de identificación, le requirió que precisara si se trataba de mandos o de mando, si era uno solo y cuál o si eran varios y cuáles o si eran todos y por qué, en todo caso, se habían encontrado huellas suyas en todos los mandos). Ante esto la

testigo entró en contradicción y gran nerviosismo por lo que se tuvo que hacer un alto en el testimonio para esperar a que se calmase. Una vez se consiguió tranquilizar, se procedió a iniciar el testimonio de nuevo desde el principio. La testigo se reiteró en sus indicaciones y manifestó que era tal su estado de pánico en aquel momento que no recordaba si había sido uno o cuántos mandos del gas abiertos, pero que pensaba que debía ser uno solo y que si había huellas en todos es porque quizá los tocó todos para asegurarse de que estuvieran cerrados, y siguió su relato diciendo que luego fue, también corriendo, a abrir la puerta de la terraza de par en par y ya, por final y sin poder gritar ni respirar, no sabía si por el gas, se acercó al cuerpo yacente de su vecina Sara, y que creía que se iba a desmayar allí mismo sobre ella de lo que se notaba el corazón retumbándole a punto de estallar y que no sabe si la tocó, igual un poco en la mejilla o en el cuello para ver si respiraba y que se bajó corriendo a su casa para llamar al 112 y que allí le dijeron que esperara fuera de la casa, en la calle, que no tocara nada, ni encendiera ningún fuego, ni la luz porque podría haber una explosión y que enseguida llegaría la policía y los bomberos y ella dijo a todo que sí y el agente, volvía a repetirse el mismo número, le preguntó cómo era que los agentes que habían inspeccionado el piso habían encontrado cerradas ambas puertas de la cocina, la que daba al comedor y la que daba a la terraza, y la testigo volvió a entrar en gran nerviosismo y contestó varias veces no sé, no sé, hasta que con su amabilidad el agente, esta vez sin número, la sosegó y le aseguró que no pasaba nada si la había cerrado ella, que era normal por el nerviosismo de la situación, y ella al final concedió que, no sabía por qué, había vuelto a subir al piso, con mucho cuidado de no tocar nada y no encender la luz, para dejar todo como lo había encontrado (menos mal que no se le ocurrió volver a abrir la espita, pensó Gonzalo), tal y como le habían dicho en el 112, y bajó las escaleras, al borde de la apoplejía, hasta la calle donde en pocos minutos había allí una multitud de guardias y bomberos cerrando el paso y subiendo con mucho cuidado hasta el piso de su vecina (y aquí Gonzalo cerró muy fuerte los ojos por unos segundos para intentar dejar de imaginar lo que leía, para ver solo lo que las letras decían).

El escrito continuaba detallando los objetos significantes para la investigación hallados en el escenario de los hechos. Había una botella de vino blanco de no muy buena calidad, ya bastante terciada, sobre la encimera. Junto a la botella se encontraron, además, un mechero Clipper de color amarillo, con publicidad de un bar llamado El Figón de la Ploma, y un paquete de tabaco, de marca Camel, al que le quedaban siete cigarrillos. Había, también, junto a lo demás, una bolsita de tela, de aspecto orientalizante, con cremallera. En su

interior se encontraron cinco cigarrillos liados a mano (lo que en lenguaje popular se conoce como porros) que contenían una mezcla de hachís (resina extraída de una planta de cannabis sativa, de la variedad conocida como *morning glory*) y tabaco rubio de la misma clase del paquete antes citado. Junto a estos objetos había también un paquete de papel de fumar con el logotipo *Greenhouse*, al parecer publicidad de un *coffeeshop* situado en la ciudad de Ámsterdam.

De todos los análisis, restos e indicios estudiados, se inducía un cuadro asfíctico general. El informe esbozaba que la defunción se había producido por una insuficiencia ventricular derecha con parada en diástole. Todos los datos obtenidos abrigaban esta conclusión: livideces cadavéricas, enfriamiento cadavérico retardado, avance de la putrefacción cadavérica; todo ello debido a la gran fluidez sanguínea. Presencia de cianosis en cabeza y manos, congestión visceral, edema pulmonar, relajación de esfínteres..., y seguía tan interminable la retahíla de manifestaciones de lo que ya no era vida, de lo que ya no fue nada, que Gonzalo volvió a cerrar los párpados para abrirlos en el párrafo siguiente donde un subapartado subrayado se autodenominaba etiología y tras un largo prolegómeno de explicaciones y reconstrucciones, se señalaba que el mecanismo de la muerte operó por un cuadro de anoxia mecánica por sofocación, con descenso de saturación de hemoglobina en sangre arterial (anoxemia), motivado por la carencia de oxígeno en el sistema arterial. En cuanto a la naturaleza de la muerte, seguía disgregándose el informe en varios párrafos para concluir que no era posible una conclusión objetiva, pues del estudio de la escena de los hechos no se obtenían evidencias concluyentes de una naturaleza u otra y la falta de seguridad en el número de mandos del gas abiertos en el origen del escape de gas, así como la contaminación, llevada a cabo sin intención culposa por la vecina, de las huellas dactilares encontradas en dichos mandos, hacía imposible determinarse por la naturaleza suicida (que supondrían todos los mandos abiertos) o accidental (que supondría solo un mando abierto). La otra posibilidad, la homicida, parecía quedar descartada desde el momento en que se comprobó que el cuerpo no presentaba ninguna muestra de violencia (aquí se desecharon las dos pequeñas heridas encontradas en cuello y muñeca, dada su poca entidad que las hacía más atribuibles a algún roce o autoarañazo motivado por el estado etílico de la fallecida), necesaria para un homicidio por sofocación forzada, y que la única persona, además de la fallecida, que según las huellas dactilares había manipulado los mandos de la cocina era la vecina, que tenía una coartada consistente, corroborada por las personas que la habían visto, durante las horas en que se debió producir el suceso, en la parroquia donde acudía sin

falta cada viernes por la tarde.

Gonzalo volvió a tomar respiro porque notaba que se le iba la cabeza, que por momentos aquel enrevesado documento científico legal parecía estar riéndose de él, jugando a ser lo que no era, a no ser lo que era. Ramos lo miraba en silencio, con la copa en una mano, como si la meciera, y las cejas arqueadas intentando puntuar los pensamientos del lector. Gonzalo carraspeó como dándose fuerzas y se volvió a meter en la lectura.

El siguiente párrafo comenzaba con un *Sin embargo*, un exacto cálculo (y aquí venían unas fórmulas que a Gonzalo le parecieron familiares, quizá por su formación de ingeniero) del tiempo necesario para que el gas natural rarificase el porcentaje de oxígeno en el aire por debajo del 16%, apuntaba a la incompatibilidad con la cronometría de los sucesos e indicios, ya que la muerte debería haberse producido bastante tiempo después del que se había informado. Se explicaba entonces que, a pesar de lo reducido de la cocina, esta tenía los techos altos y, dado que la densidad del gas era menor, este tendía a ocupar primero los espacios superiores, siendo así que la disminución del oxígeno en el nivel que ocupaba el cuerpo tendido, sería aún posterior. Dadas las anteriores argumentaciones, el colegiado firmante no se decantaba por ninguna de las naturalezas posibles, pero sí, tras el estudio médico forense, descartaba la muerte natural a pesar del grado de intoxicación ética y farmacológica que presentaba la fallecida que, según los datos obtenidos, si bien podían haber facilitado la aparición del hecho causal primero, el escape de gas, con el adormecimiento y pérdida de consciencia posterior, no había actuado de forma determinante en el óbito de la finada. Sus hipótesis, una vez estudiados todos los elementos, lo más que podían aventurar era una prelación de posibilidades, situando en primer lugar la naturaleza accidental (Y17.0: Envenenamiento por, y exposición a otros gases y vapores, de intención no determinada, en vivienda), y aquí señalaba como factores significantes los estudios clínicos, los datos indiciales y el estado toxicológico de la fallecida; en segundo lugar la naturaleza suicida (X67.0: Envenenamiento autoinfligido intencionalmente por, y exposición a otros gases y vapores, en vivienda), y aquí indicaba las consideraciones del *Sin embargo* y el hecho de no poder concluir el número de mandos de gas abiertos, pero con el reparo importante de que no se había encontrado ningún antecedente actual ni documental, ni alguna carta o escrito que lo confirmara, ni tampoco parecía racional la lógica de los acontecimientos para determinar un posible suicidio. En

tercer lugar se colocaba la posibilidad de un homicidio (X88.0: Agresión con gases y vapores, en vivienda), algo que en la práctica se desechaba por la poca eficiencia del método utilizado y la falta de cualquier indicio que lo diera como factible.

Venían después una serie de consideraciones médico legales y la declaración de que el procedimiento de aquel informe seguía las prescripciones de los principios y reglas relacionadas con los procedimientos de autopsias médico legales, recomendación n.º 99.3 del Consejo de Ministros de los Estados Miembros de la Unión Europea, para la Armonización Metodológica de las Autopsias Médico Legales, aprobada el 2 de febrero de 1999, y una relación de casos y estadísticas de sucesos similares, terminando con la conclusión final: muerte violenta, sin establecer entre accidente, suicidio u homicidio.

Ahora Gonzalo sí que soltó los folios sobre la mesa y un gran bufido que quería desprenderse de todo aquel alfileteo de sístoles y diástoles vociferándole medidas y tantos por cientos, gramos y miligramos, órganos y organizaciones.

—Pilatos —casi vociferó Ramos mientras hacía el gesto con las manos—. ¿Tú sabes lo que hizo Pilatos? Pues lo que ha hecho el tipo este: lavarse las manos. Ni más ni menos —mientras hablaba, Ramos recogió los papeles de la mesa para que Gonzalo no tuviera la tentación de volver a leerlos.

—No entiendo nada —se extrañó Gonzalo—, entonces qué fue: accidente, suicidio, homicidio...

—Según ese informe está claro que esto no se tenía que haber cerrado, que debía seguirse investigando porque no está nada claro lo que pasó. —Ramos hizo una pausa valorativa e intentó arquear todavía más las cejas mientras se mesaba la barba—. El forense no tuvo cojones de dejar las conclusiones en blanco, pero tampoco de dictaminar que fue un accidente porque hay muchas contradicciones. Aquí ha habido mucha prisa por cerrarlo todo. Aquí ha habido presiones, seguro.

—¿Pero eso puede ser legal?, quiero decir, cerrar la muerte así, sin comprobar nada más.

—Bueno, el informe es legal. No concluye nada, pero ordena las posibilidades. Luego es la jueza la que decide. Y ella tenía la seguridad de que nadie iba a mover esto. —Ahora Ramos no pudo evitar el cariño al reír—. Salvo un tontaina como tú que se tropieza con el cordón de sus zapatos.

—Pero el abuelo dice que la mataron.

—Ya. Ese es otro de los que hacen nudos sin cuerda. Pero para que te vayas atando tú solito a la cuerda, te falta esto. —Ramos sacó de su cartera otra carpetilla, esta mucho más abultada—. Reunir todos esos papeles le costó a Sanjuán, un compañero, bastante más de un año. Lo hacía por libre porque no recibió autorización para investigar al amigo holandés. —Ramos torció el bigote antes de terminar de hablar—. Tanto es así que lo trasladaron a Tenerife, para que no revoloteara por donde no debía. Algo malo se olía él, porque antes de irse me dejó el paquetito. Un día apareció su cuerpo entre las rocas de la costa. Se había despeñado. Dicen que el alcohol, la noche y la desorientación actuaron en su contra, pero yo hace muchos años que solo voy a pelis de sesión continua. Ya ves, el abuelo dice que mataron a la chica, yo digo que mataron a Sanjuán. Todos decimos y decimos sin parar y sin saber, pero cuando lo lees te darás cuenta de que la muerte de la pintora igual no es un hecho aislado. Échale un vistazo y ya me cuentas. Ah, para avivarte la imaginación, te diré que en el piso se encontraron dos objetos que no vienen recogidos en el informe: una fusta y unos grilletes forrados de terciopelo rosa, herramientas muy populares en los ambientes sadomaso.

Cuando Gonzalo fue a hablar Ramos ya se había levantado y abandonaba la cafetería sin preocuparse por el abono de las consumiciones. Fue volteando los folios sin dejarlos reposar más que en breves palabras que no llegaban a convertirse en ideas. Eran diagramas, nombres, empresas, fotocopias de facturas, de escrituras de sociedades mercantiles, visados de importación y exportación, listados interminables, cantidades de dinero apuntadas en los márgenes de algunas hojas... Nada de aquello tenía mucho significado para Gonzalo. Entre los folios descubrió una hoja de libreta escrita a mano. Recuadrada a tinta azul

destacaba en la hoja la palabra «Cuadros». Debajo de ella solo tres líneas de letras presurosas:

A vende a B (100) (250)

B vende a C (200) (100) (50)

B: limpia 100

A/C gana 50

Gonzalo no pudo entender gran cosa, pero algo le recordó la propiedad transitiva. Guardó con cuidado la carpetilla en su mochila y volvió a inspeccionar el libro de cuentos que le había dejado el policía. Se notaba a simple vista que se trataba de una edición casera. Las cuartillas estaban amarillentas por el tiempo, habían sido escritas a máquina y a Gonzalo le vino a la mente la imagen de aquellas mujeres antiguas que en los lavaderos de los pueblos golpeaban las ropas con fuerza sobre la piedra lisa en el pilón. Imaginó los dedos de Sara, aquellos dedos acostumbrados a embadurnarse de colores, tecleando una a una todas aquellas letras que como un reguero de ausencia le había dejado aquel hombre que se firmaba Alex y que, estaba seguro, no podía ser otro que Alejandro. La encuadernación era rudimentaria y la portada mostraba dobleces y arañazos que encogían sobre sí mismas las rotulaciones del evocador título, de tipo *sans serif*, *Cuentos para Sara y otras princesas*. El nombre del autor, Alex Lamico, se refugiaba en una esquina, la más doblada y desmochada, con las letras pequeñas y dispuestas a huir cada vez que la mujer hubiera deseado susurrarlas. Entre el título y el nombre del autor se incrustaba la fotografía de lo que parecía ser un cuadro compuesto por tres triángulos, azul, marrón y gris.

Según el índice, el libro contenía quince cuentos. Desde el primero, que contaba la historia de un negro que tocaba el saxo, al último, que hablaba de un duende; ¿un duende?; que habitó en Japón y se llamaba To-kyo, transcurrían 141 páginas de temblorosa tipografía *Courier New* de 12 picas.

Como le había pasado a Ramos, su atención se dirigió enseguida al segundo de los cuentos, el que aparecía profusamente subrayado. Comenzaba con unas comillas y la misma exclamación repetida dos veces:

«—¡El azul es el cielo!, ¡el azul es el cielo!...».

Alguien; ¿Sara?; había dibujado entre el título y el comienzo del texto el mismo cuadro que aparecía fotografiado en la portada. Entonces Gonzalo comprendió que el azul era el cielo y que el azul era el mar, porque así también lo repetía el texto en el siguiente párrafo:

«—¡El azul es el mar!, ¡el azul es el mar!...».

A Gonzalo le entraron unas ganas casi irreprimibles de quedarse allí leyendo, sumergido en el relato que empezaba a adivinar le iba a contar algo más sobre lo que Sara era, fue. Pero era cerca de la una y todavía tenía que pasar por el periódico para cerrar sus secciones y dejar los papeles que Ramos le había traído junto con aquel libro ya medio descosido del que se prometió no desprenderse hasta inspeccionar la última de sus costuras.

Pagó las consumiciones y caminó rambla abajo hasta el edificio de cuatro plantas del periódico. Una vez allí guardó bajo llave la carpetilla y el libro. Ocupó el resto de la jornada en terminar y enviar al correo del redactor jefe las tres notas que tenía para su sección aquel día: la necrológica del dirigente comunista italiano Alessandro Natta; ¿Alex?; con una pequeña reflexión sobre el hecho de que nadie había tenido en cuenta la voluntad del fallecido sobre que no se publicara su defunción hasta después de haber sido enterrado; una detallada explicación sobre los análisis balísticos que complementarían la información principal del día, el asesinato por ETA en San Sebastián del director financiero del Diario Vasco; y, para completar, ya en su sección de sucesos, el arresto de dos jóvenes que se habían dado a la fuga tras atropellar a una joven que transitaba por una carretera, a la que no causaron la muerte, pero sí la de otro conductor que, al intentar evitar el cuerpo tendido en la carretera, se estrelló contra un árbol; ¿otra muerte estúpida?

Cubiertas por el momento sus obligaciones laborales, Gonzalo comprobó su aspecto en el baño del periódico —había tenido mucho cuidado de sustituir el traje del día anterior por unos vaqueros y un polo de Lacoste—. Acomodó todos sus kilos dentro de la vestimenta, irguió la espalda lo más que pudo, como si acabara de escuchar la voz de su ex mujer ordenádoselo, y se limpió las gafas antes de salir a la calle para encontrarse con Alejandro; o Alex.

## 16

A Alejandro le había costado dios y ayuda convencer a Tassia para que lo acompañara. Chúpame un huevo; es lo primero que le había contestado, y luego siguieron mil exabruptos hasta que el nombre de Toni, el vigilante, pareció domar su voluntad y de pronto los insultos se convirtieron en para y por qués y el fuego de los ojos de Tassia se fue tiznando de juego y remembranza del apuesto, pero no muy espabilado, guardia jurado y su lengua llegó a chasquear un; está bien, pero esta me la debes; que era casi lisonja, casi vacile, porque el favor que Alejandro le estaba pidiendo era más un regalo para Tassia.

Tassia le pidió que esperara un momento que fueron diez minutos de espejo, pintalabios, minifalda poligonera y un promiscuo perfume para impregnarlo todo con su presencia. Alejandro aprovechó para repasar por encima las tres hojas sin puntos y comas que había escrito casi de un tirón en la Moleskine que Gonzalo le había dado la madrugada anterior. Ahí estaba, sin casi pensarlo, sin una duda, sin una palabra que viniera atravesada. Había vuelto a escribir, después de tanto, sin llorar, había vuelto a escribir de ella, de lo único que siempre había escrito. En cuanto vio llegar a Tassia se guardó la libreta en el bolsillo trasero del pantalón con cuidado de que la muchacha no descubriera su nueva etapa creativa.

Cuando llegaron a La Peseta Gonzalo estaba atrincherado en una mesa tras un periódico del día anterior. A Alejandro se le escapó una risotada al ver la cara de asombro que puso Gonzalo cuando descubrió a Tassia junto a él.

—Hola, tío. Esta es Tassia, nos va a acompañar.

Gonzalo no pudo menos que carraspear antes de empezar a hablar. Se le había secado el entendimiento ante la potente imagen de la joven, con su pelo negrísimo cortado al bies, corto por un lado y más largo por el otro, y sus ojos, más negros aún, brillando, no sabía si de burla o si de simpatía o si de las dos cosas a la vez, y su cuello firme, como un cañón, altivo en su despreocupación, desnudo en su descenso hasta el borde de una camiseta blanca de tirantes donde

dos tetas que podrían haber sido mulatas servían de crestas de olas para que dos pezones más altivos aún que el cuello surfearan sin ninguna vergüenza, miedo o pudor. Tras la camiseta un desierto de piel acostumbrada al sol y a la luna, un ombligo polifacético que parecía un botón o un ancla o un periscopio o un gua o la boya que indicaba el cercano nacimiento de un camino de diminuto vello dorado que debía llevar hasta un sexo agazapado, preparado, que podría sonreír por debajo de aquel tanga de hilo rosa con franjas horizontales, blancas y rosas, por debajo de aquella minúscula falda negra que como esquiva bandera pirata ondeaba descolgada del mástil de sus caderas. Pero esto ni el casi atragantado Gonzalo, ni siquiera el Alejandro atiborrado de palabras aún, lo podían haber pensado. A lo más que llegó Gonzalo fue a proseguir su carraspeo entre un ho y un la e incorporarse a medias de la silla, quedándose así, paralizado, cuando Tassia con todo el desparpajo del que era capaz se acercó hasta él y le quitó las gafas de los ojos.

—Tío, tienes los ojos más bonitos de lo que parece con las gafas. Te deberías operar y quitarte esa pared que te los tapa —y sin mediar una palabra más, tan solo su sonrisa, amiga, sincera, franca, le estampó un ligero beso en los labios. Gonzalo no pudo hacer otra cosa que volver a sentarse y sonreír a aquella muchacha como hacía mucho tiempo que no le sonreía a nadie.

—Un consejo dado así como el tuyo es imposible no seguirlo. —Esa fue la primera carcajada a trío de la tarde.

—Pues si lo llegas a ver con las gafas heridas que llevaba anoche... —se mofó travieso Alejandro.

Alejandro pidió cerveza para los tres y un huevo duro para él. Era su acostumbrado desayuno, antes o después de dormir, desde hacía casi veinte años. Mientras se comía el huevo se quedó mirando a Tassia y Gonzalo hablando como si se conocieran desde hacía mil años. Tassia preguntándolo todo, Gonzalo intentando tomar aliento entre tres preguntas seguidas y dispares que apenas contestadas daban paso a otras tres preguntas más que iban dibujando un plano de Gonzalo por donde Tassia podía caminar muy adentro, a su antojo, sin necesidad de ciencia ni avaricia, con la misma intensidad con la que se comía la vida o cada tres meses empacaba sus cosas para irse de esa puta ciudad y

perderlos de vista a todos, la primera a su madre, o la misma intensidad con la que luego la abrazaba y se guardaba alguna lágrima y volvía a desempacar. A Alejandro le hacía mucha gracia ver cómo poco a poco iba desapareciendo el aturdimiento de Gonzalo, se estaba dejando devorar por el encanto y espontaneidad de la muchacha, se dejaba ir por aquel no pasa nada; ¿tú ves?; no es malo desear, no es malo intentar, podemos seguir hablando mientras de cualquier cosa, yo pregunto, pregunta tú también, no te cortes, adelante, vamos a hacernos un peta, ríete de cualquier cosa, ríete de todo, porque ya te buscarán cosas para joderte, ya harán que te joda todo, ya te harán que el miedo se convierta en violencia, que la inseguridad en intolerancia, que el hastío en ignorancia.

—Vámonos, compañeros. —Alejandro señaló como Colón la puerta mientras del otro bolsillo trasero de sus vaqueros sacaba una vieja gorra del Comandante, se la encasquetaba hasta las cejas y barría el bar con su dedo convertido en cañón hasta apuntar a Tobías—: ¡Apúntalo, camarada!

—Tu careto es lo que voy a apuntar en esa pared como no me pagues esta semana. —Señaló a su vez Tobías con una sonrisa que dejaba asomar una comedida camaradería.

—Tranqui, viejo, ya sabes que no te pago por pereza, no por dinero.

La risa fue lo último y los tres salieron del barucho a la tarde abrasada de un sol de agosto en pleno mayo, las calles desiertas con alguna madre y su niño de la mano yendo al colegio, con alguna anciana perdida sentada en su silla de enea, remendando medias con su huevo de madera, tejiendo bordados amarilleados por el tiempo antes incluso de ser tejidos, entrelazando la lana con sus dos agujas con la habilidad remota de las costumbres trabadas por el recuerdo. La ciudad rota se agazapaba del sol entre adoquines y mierdas de perro, entre charcos de dudosa procedencia y restos de la basura pobre que no se tira, de la que parece crecer debajo de las plantas de los pies que andan acostumbrados a esquivar baches y muescas de vidas que no llegan a ser más que vidas. Alguna música impertinente que no dejaba soñar la siesta, algún grito ya borracho, alguna moto desgarrando el falso silencio de los que no quieren ya hablar, solo esperar al tiempo, a que pase, a que venga o a que se vaya. Callejuelas estrechas con

aldabones en las puertas, maltrechas y astilladas, verdes o azules descoloridas y balcones con herrín, barandas retorcidas, escalones sin bajada, cañerías desaguadas, lluvia amortajada humedeciendo las esquinas, rebosando por los rincones como si fuera un magma angustiado queriendo llamar la atención de los que pasan. Pero no pasaba nadie, solo los tres callejeando como si nada importara, solo las risas de Tassia y la mirada cada vez más enhiesta de Gonzalo y la sonrisa titubeante de Alejandro que se ríe entre dientes para que nadie le pueda mirar el horror que lleva dentro, el temblor de sus manos y su miedo, su pánico a pensar dos veces lo mismo y que todo se detenga en un plano congelado y en todos los contraplanos aparezca de nuevo su rostro mudo mirándole azul ya sin luz ni el sol aguardentoso que lo invade todo, la puta vida, lo penetra todo sin pudor hasta que el asco se vuelve piel y risa y las calles parecen engalanadas por la ropa tendida, por la música machacona de alguna muchacha que ha salido al balcón a tender sus bragas, divisa compartida de su juventud, su único tesoro, y su abuela que intenta renquear apoyándose, tropezándose, con un andador que le ha prestado Pepe, el vecino, porque su madre murió al año justo de romperse la cadera, y por ahora no le hace falta, por eso la cadena de favores y el andador que anda de vieja en vieja, porque todas se rompen la cadera y casi todas mueren al año de rompérsela, o eso ha leído Alejandro en algún sitio, o se lo ha inventado; ¿qué más da?; y ya están llegando a los muelles abandonados y las casas se han convertido en casetas o chabolas, en chamizos que apenas soportan el peso del sol, y ahora se ven unas pocas mujeres también tejiendo, pero estas tejen redes extendidas sobre el suelo como si quisieran ser alfombras para llegar al mar y al salitre que empieza a irrumpir por las narices hasta el fondo del ser y dan ganas de estornudar, carraspear o beber vino blanco hasta que se haga otra vez de día en esa tarde que empieza a parecer interminable.

Alejandro va delante, guiando a los otros dos que charlan a saltos de las mil cosas nuevas que cada uno puede ofrecer, aunque solo sea por un rato. Alejandro, sin mirar atrás, le grita a Tassia; cuéntale lo del cura, cuéntale lo del cura; como si la historia de la chica fuera la gracia de un niño recién aprendida, y Tassia protesta y le dice; vete a tomar por el culo ya con el puto cura; pero enseguida endulza la voz para enviársela a Gonzalo y le cuenta; pues verás, es que mi madre quería que yo fuera puta como ella, pero una puta de postín; y otra vez la misma historia tantas veces contada que cada vez más es nueva y antigua, verdad y mentira, sorpresa y refugio de que las cosas pasan, de que las cosas son, de que no es todo un sueño, un espejismo, un recuerdo que rebota deformado a

cada vez que se narra. Gonzalo intenta no sentirse cohibido por las palabras de la muchacha, intenta abrir sus puertas, su resistencia a la credulidad, su dejarla pasar hasta la cocina y que le remueva los muebles, las sopas, y los seguros de vida que todos utilizamos para no creer nada más que lo que nos atrevemos a creer. Tassia habla de su madre con un cinismo duro que tampoco se cree a sí mismo; la puta vieja; la llama; está como una cabra, pues no hizo que me follara al cura, la muy loca, qué cabrón don Ambrosio; y en cada taco, en cada insulto, derrama un cariño tan absoluto por su madre, un agradecimiento y admiración tan inagotable, que el oído de Gonzalo se va acostumbrando a la melodía barriobajera de la chica y reconoce, otra vez más, el escudo protector en aquel lenguaje soez, en aquel fingido desapego por todo, en aquella imposibilidad de desarme, de abrir los brazos; la muralla defensiva del ataque, de la agresividad, el foso cortafuegos de cualquier emotividad que te haga débil en aquel barrio abandonado, aquellas vidas, esta larga calle que ahora empieza y que a Alejandro y a Gonzalo les sorprende a la vez; Calle del Progreso; anuncia Alejandro en voz alta, y la calle es un cajón de sastre; desastre; que se deja derramar hacia el mar como si fuera una rampa con clavos, con coches a medio armar encima de las aceras, con negros cubanos hurgando en los capós como si estuvieran reviviendo a un Chevrolet del 56, casas desocupadas, ventanas precintadas con tablones clavados, y vueltas a ocupar, gitanillos saltándose el toque de siesta y rodeando a Alejandro hasta que le sacan un coscorrón y una moneda de cien pesetas para cada uno. Edificios modernistas con azulejos verdes y tronchados, desarrapados y orgullosos de sus antenas de televisión vía satélite, clavadas en ellos como alfileres en un muñeco vudú. Gonzalo piensa que el límite entre la miseria y la pobreza siempre es una línea que imponen los otros, los ricos, y que es indecente que exista aquel gueto en plena ciudad y que forme parte de un plan diseñado desde las élites para especular con él. En poco tiempo todas las ancianas habrán muerto con sus caderas a medio soldar y las empresas de derribo entrarán a saco allí para alisar el terreno y desinfectarlo. Los emigrantes y los gitanos, los niños y los mayores, desaparecerán hacia otros destinos que haya que pudrir, y de la ambición política y económica surgirá un nuevo barrio de alto nivel, dispuesto a ser colonizado, al contado o con hipoteca, y ya no quedarán historias que contar porque la gente que puede no cuenta, o en todo caso se lo inventa.

La línea del mar hace de pared sobre los muelles destrozados que aparecen abruptos al doblar hacia la derecha al final de la calle. Un gran arco de ladrillo sirve de portalón para discurrir por un camino estrecho y agujereado en el que

apenas puede entrar un coche o una furgoneta mediana. En la parte superior del arco, labrado sobre el ladrillo y en letras enormes; Factoría Pesquera Nuestra Señora del Carmen; debajo, en letras un poco más pequeñas, una fecha; 1920; y más abajo, en letras aún más pequeñas; Mecánica y Ferretería. A un lado se suceden los almacenes portuarios abandonados, desvencijados o retorcidos de pasado, frente a ellos el mar parece dormir también la siesta, el sol le arranca brillos que parecen sueños. En medio del muelle un grupo de cuatro hombres de piel quemada y camisetas de tirantes llenas de grasa y sudor le está calzando ruedas a un coche desahuciado. Junto a ellos una mujer joven vestida con unos shorts vaqueros y un top rojo canturrea una canción aflamencada; otra más mayor, casi una anciana, con pantalones blancos y una chaquetilla negra, le acompaña a las palmas. Alejandro llega a su altura y se para a saludar, cruza alguna palabra que planea hasta Gonzalo y Tassia confundida con el ronquido del mar. Cuando llegan junto a ellos, los ojos ávidos de aquellos hombres se clavan en el abdomen de Tassia. Ella sonríe sabiendo que todo es siempre un cara y cruz y les devuelve la mirada dañina. La joven de los shorts ha dejado de cantar y parece observar expectante lo que va a ocurrir, la vieja sigue con sus palmas, canturreando ahora en voz baja la misma canción. Alejandro saca una moneda de 500 pesetas y se la entrega al que parece manejar el asunto del grupo de hombres, luego se gira hacia Gonzalo y Tassia y les sonríe burlón; vamos, la aduana está abierta. Los tres pasan en fila india entre el coche y las mujeres. A Gonzalo le palpita el corazón, pero no sabe por qué.

Continuaron caminando por aquel muelle sinuoso que parecía a punto de desprenderse de la tierra y comenzar a navegar. Todas las paredes e incluso gran parte del suelo estaban llenas de grafitis. Desde verdaderas obras de arte, piezas abigarradas de colores y con algún significado social o existencial, a simples *tags*, algunas ya casi borradas por el tiempo, con el nombre de los autores: Nova, Robe, Ston, Bolly, Edi, Wolf y su sempiterno *Only Enemy*, Pike y, ¿cómo no?, también el Muelle, quizá de visita en alguna escapada antigua, y tantos otros como Same, Esik, Cepo, Ory, Kaos, Zoom, Zak, y muchos más que ocupaban cada hueco de las paredes queriendo ser anuncio sin producto, autopromoción vacía y vacua de una marginalidad pintarrajeada de fosforescente, letras estrepitosas entregadas a sí mismas con formas abrazadas y orgullosas de su ascendencia *Power Line*, con sentidos idos en la acción repetitiva y subversiva de ser dibujadas en un *hall of fame* que daba a los únicos ojos del mar y la miseria. También impresiones de sencillos dibujos repetidos hasta la extenuación o un gran rótulo que ocupaba diez metros de suelo y en el que con gran esfuerzo

se podía deducir la palabra *desmadres*; otro, a continuación, de casi el mismo tamaño, con la palabra *ansia* dibujada en distorsionadas letras de tonos amarillos, grises y blancos; y, ocupando todo el frontón de una nave, la palabra *Home*. Los tres se pusieron a leer en voz alta y entre risas las frases más o menos ingeniosas que iban encontrando. ESTAMOS HASTA LOS OVARIOS DE TANTOS COJONES; leyó varias veces Tassia, cada vez gritando más fuerte, cada vez entre más risas, como si adivinara que la risa y el grito podían ser efectivas bayonetas contra la injusticia. La imitó en seguida Alejandro, impostando la voz para desplazar actor y personaje; A LOS BUENOS NADIE LOS RECUERDA, A LOS MALOS NADIE NOS OLVIDA; y ya no podía parar de leer pintadas; RIKOS DE MIERDA VIVIS EN EL PARAISO OS TRAEREMOS EL INFIERNO; Te voy a decir cómo tienes que oler HUGO BOSS; E.T.A és amoR; CONTRA LA PROLONGACIÓN OKUPACIÓN. Gonzalo reía a cada intervención de sus compañeros, su viaje por aquel no mundo se había convertido en un paseo gamberro y casi adolescente, tenía ganas de imitar a los otros dos y gritar con todas sus fuerzas al mar cualquier proclama mal escrita en aquellas paredes, pero no podía, le daba una vergüenza insuperable arrancarse de sí mismo el control y dejarse llevar. Pero era imposible pasar desapercibido a la conciencia gregaria de Tassia, la de pertenencia al grupo, eres de los míos si haces lo que hacen los míos, y entre sorprendida y un poco decepcionada le dijo; ¿pero que tú no vas a leer ninguna?; y Gonzalo recordó aquellos ritos de iniciación de sus primeras décadas y supo que con aquella chica no valía la neutralidad, era o sí o no, así que leyó con desgana y en voz baja la primera pintada que se encontró; EMIGRANTES por-favor NO NOS dejeis solos con los españoles.

—Pero, tío, tienes que soltarte que parece que estés amortajao —Tassia se lo dijo como si estuviera regañando a un chiquillo—. Ven, dame la mano y grita conmigo. —Gonzalo obedeció. Toda la situación le parecía tan ridícula que empezó a comprender que la muchacha tenía razón, debía vencer todos los reparos y gritar como gritaban ellos, abrirse de par en par para ver que lo único que pasaba era el aire fresco.

—ES QUE ESTAMOS ANITA Y YO SOLOS EN ESTE MUNDO DE TELEVISIÓN Y HORMIGÓN? —gritó al tiempo que apretaba la mano de Tassia que, sorprendida, no llegó a subirse a la frase. Y a Gonzalo le entró una risa descontrolada y unas ganas locas de gritar y repetir cada grafiti y le dijo a

Tassia; otra vez, cuando te apriete la mano los dos juntos; y contó mentalmente hasta tres como si fuera a tirarse en paracaídas y apretó la mano de Tassia.

—ES QUE ESTAMOS ANITA Y YO SOLOS EN ESTE MUNDO DE TELEVISIÓN Y HORMIGÓN? —gritaron los dos con tanta fuerza que el eco pareció repetir la frase un tanto deformada y Alejandro se les quedó mirando un poco envidioso y corrió a coger la otra mano de Tassia y dijo; a la de tres, un, dos tres...

—ES QUE ESTAMOS ANITA Y YO SOLOS EN ESTE MUNDO DE TELEVISIÓN Y HORMIGÓN? —gritaron los tres y esta vez el estruendo parecía un trueno que hubiera separado los mares y la risa les hizo abrazarse en medio de aquel muelle derrengado acostumbrado solo al ruido de los silencios entre dos olas y los tres siguieron caminando y leyendo al un, dos, tres las nuevas pintadas que se encontraban.

—La Flaca no nos deja dormir nos cae “gorda”.

—El príncipe azul no existe, el marido violento SÍ ¡¡Cuidate!!

—PALIZAS GRATIX... LLAMA AL 091.

—LUCHAMOS POR LAS MUJERES ENTERAS NO SOLDADAS, NI PLASTIFICADAS.

—PIENSA Y ACTUA!! NO A LA LEY ANTITERRORISTA!! LIBERTAD PRESOS!!

—EL ENRIQUECIMIENTO DE POCOS... EL EMPOBRECIMIENTO DE MUCHOS. BASTA DE ESPECULACIÓN!

—APAGA LA TELE, ENCIENDE LA MENTE.

—HE MATADO A MI PADRE TE HE VISTO LAS TETAS Y TIEMBLO DE ALEGRÍA.

—MUJER DESERTA DE TU ROL.

—LAS MUJERES PARIMOS LAS MUJERES DECIDIMOS.

—KAGÜEN KRISTO LUEGO EXISTO.

—LA MADRE TERESA ME LA PONE TIESA.

—NI DIOS NI SAN DIOS NUESTRO DIOS LA REVOLUCIÓN.

—SABOREA EL PECADO HURGATE EN EL SEXO.

—NO TE DROGUES (SOMOS MUCHOS Y HAY POCO).

—LA MUJER DESNUDA ES EL ARCO TENDIDO DE EROS.

—LA LEY DE EXTRANJERÍA A LA REINA SOFÍA!

—¡SOCORRO! NOS QUIEREN DERRIBAR ¡PERO SIN PAGAR!

El griterío y las risas eran tales que ya ni ellos mismos entendían lo que gritaban en aquella borrachera de dichos y letras, de realidades rasgadas por el mero afán de romper aquel silencio antiguo que el salitre había sellado en aquellos muelles. Tassia estaba sonrojada por la excitación del corro, Alejandro quería derramar toda aquella violencia almacenada dentro y Gonzalo se dejaba embriagar por su propia libertad encontrada. Nada les podía parar ya, querían

gritar y gritaban las frases viejas y descoloridas que en muchos casos ya no tenían ningún sentido, las gritaban como si fueran himnos, como si fueran balas, como si hubieran sido en algún momento alguna verdad.

—LENIN, MARX, STALIN, RESUCITAD. ESTO ES UNA PUTA MIERDA.

—ME MIRAS PERO NO ME VES.

—PILAR Te amo.

Y ya dejaron de leer y solo repitieron PILAR Te amo hasta crear un verso que rapearon acompañados de risas y abrazos mientras se besaban las mejillas y Gonzalo volvió a sentir los labios de Tassia y el frescor de la tarde pareció nublar el sol y el deseo volvió al miedo y unas voces desde el muelle los volvieron a la normalidad.

—¡Coño! Me estáis ahuyentando los peces, ¿os podéis callar de una vez? — A unos treinta metros, en la escollera de hormigón, había aparecido la cabeza de un pescador coronada por una caña infinita. El hombre les imprecó desde la sonrisa y Alejandro se quitó su gorra en señal de saludo y le pidió excusas por la distorsión sin poder aplacar del todo sus risas, mientras Tassia se tapaba la boca para no carcajear y miraba alborozada a sus dos compañeros.

Mantuvieron un respetuoso silencio hasta dejar atrás al pescador y luego continuaron la cantinela de frases encontradas, cada una huella, cada una de un tiempo que las hacía más o menos entendibles, más o menos visibles según el grado de erosión y el tesón con el que hubieran sido pintadas. Aquel lugar abandonado, inexistente, cobraba voz como si fuera un pasquín en el que quejarse o soñar o esperar, un diario sin días abierto siempre por su única página, una voz anónima grabada en piedra con la voluntad del que quiere trascender, permanecer, estar aunque sea oculto. Tassia iba andando entre ellos, cada uno de un brazo, y paseaba su mirada del uno al otro. Aquellos dos hombres viejos, los dos tan distintos y tan iguales, tan vencido el uno, tan perdido el otro. Sus

veintidós años de calles y patios y peleas y barrio no le habían enseñado nada, pero la habían acostumbrado a oler y a palpar que la tristeza y la alegría siempre van juntas, que la locura y la cordura se atan la una a la otra, que cielos es solo una exclamación como un suspiro o un carraspeo, que un deseo es un me lo pido, un juego de niños como una pompa de jabón de esas que siempre te explotan en la cara. Le gustaba Alejandro porque lo notaba más allá de cualquier disimulo, se callaba lo que no quería dar, pero nunca pedía más de lo que ella pensaba darle. Le gustaba el nuevo como le gustaban todos los nuevos, porque eran puertas cerradas que se le iban abriendo y aunque la mayoría de las veces no encontrara nada dentro, siempre era preciso abrirlas, por si acaso. Este tipo nuevo, que parecía más bajo de lo que era, que parecía más gordo de lo que era, y más listo, quizá, y más torpe, seguro, y más sensible, y menos violento, y más, mucho más, aburrido de lo que seguro era, le hacía toda la gracia del mundo, porque desde muy pequeñita había vivido que la única perfección es la que logra conservarse imperfecta. Porque ella sabía ver sus reflejos en los demás, era solo una intuición, y en Gonzalo veía miedo a algo, un retraimiento que a él mismo debía dolerle. También notaba cómo al hombre se le contraía la piel a su tacto, y eso le producía una sensación muy placentera, por eso apretó su mano con fuerza aunque ahora no cantara las pintadas en voz alta, pero sí seguía rapeándolas para sí misma y, ocupando más de veinte metros de la parte superior del muro, descubrió un nuevo *tag* que se repetía a sí mismo creando un significado muy diferente al que podría tener en su origen (ella no podía saberlo, pero que estuviera pintado en aquel lugar solo podía deberse a la imitación, a un *bite*).

—JAJAJAJA —repitió en silencio las veces necesarias para formar una interminable carcajada muda.

Ni Tassia ni ninguno de los otros dos podían entender aquel estrafalario aquelarre del horror vacui, el porqué de aquel ansia irrefrenable de llenar cada centímetro de pared o suelo con aquellos dibujos que solo se limitaban a repetir una y mil veces un nombre o un alias hasta convertirlo en logo que no hacía referencia más que a sí mismo, que solo podía representar una ocupación ingenua de lo que ya nadie quería, de lo que nadie, casi nadie, iba a ver nunca. Pero, más allá de cualquier intento de comprensión, a Tassia le encantaban aquellos dibujos, aquellas repeticiones que en un momento se hacían familiares, reconocibles, y adquirían una proximidad cercana a la simpatía. Le encantaban las letras blancas contorneadas de negro, o gris, NOVA, que lo ocupaban todo

repitiéndose cada vez iguales hasta crear una sensación de existencia; ¿de realidad?; mucho más allá de sus grafías. Su intuición le decía que esas letras surgían de una lucha y que permanecían en la derrota, por mucho que ya estuvieran casi desaparecidas en el tiempo. Algo había en aquellos contornos que le hablaba de sí misma, de todos aquellos que, aunque excluidos, expatriados, de las fronteras de lo que debe ser, seguían reivindicando su derecho a existir, su derecho a ocupar aquel espacio y cualquiera que se les ocurriera, a convertir aquel vacío en una ciudad tatuada donde sus grafitis gritaran lo que tantos intentaban silenciar. Poco importaba, a ella por lo menos, que aquel lugar no perteneciera a nada, que ya de por sí estuviera derruido y echado a perder de una forma artera, que allí los dibujos, ingenuos gritos, no fueran mucho más que epitafios un poco ridículos o lamentos fantasmales acompañados por el gemir del mar. Repetirse a sí misma JAJAJAJA, sin tener idea de quién era JA, tantas veces como para caer en su propio remolino, le hacía sentirse feliz, alegre, viva, le hacía reír y apretar con fuerza las manos de sus dos compañeros. Poco le importaba todo lo demás.

Los viejos muelles iban retorciéndose en entrantes y salientes que le daban al recorrido un aspecto laberíntico, como de malecón desencajado y arremolinado por el golpeo del agua y las herrumbrosas fábricas que algún día fueron símbolo de la modernidad, por eso lo de la Calle del Progreso, pensó Alejandro. Otro arco de piedra ponía fin a los terrenos de la Factoría Pesquera y el camino giraba otra vez a la derecha, acompañando a la dársena que se introducía tierra adentro formando una especie de bahía angosta rodeada de más muelles y más edificios arruinados de todo tipo, almacenes, más fábricas, más abandono, más salitre y más olvido. Alejandro los guio por un callejón que se abría paso entre los tinglados y se alejaba de los muelles hasta una explanada que articulaba varios caminos asfaltados, con la anchura suficiente para que los camiones pudieran acceder a los almacenes que había en las cercanías. Se caló aún más la gorra y dio en voz muy baja instrucciones precisas.

—Corremos hasta aquel muro y vamos andando muy despacio hasta la esquina. Tassia, tú vas entonces hasta la garita y entretienes a Toni, ya sabes. Cuando él esté a la faena vamos tú y yo, Gonzalo, en silencio, pero ligeritos, sin abrir la boca, ¿eh?, tú sígueme y no te preocupes por los perros aunque ladren, de día están encerrados. Si nos ve hay que salir pitando, tienes que correr más que tus pies porque como nos pille ese hijo de puta nos muele a palos, que está

gilipollas, pero es un matón descerebrado.

Conforme iba escuchando las instrucciones Gonzalo se fue poniendo entre amarillo y verde.

—Pero, ¿qué me estás diciendo?, ¿no querrás entrar en una propiedad privada?, ¿para qué quieres entrar allí? —No sabía si el sudor que le estaba empapando la ropa era por el calor o por puro miedo. ¿Quién le mandaba a él embarcarse en esa estúpida aventura con un tipo alcoholizado que no conocía de nada más que de haberlo agredido la noche anterior?—. No sé qué has pensado, pero yo no he venido contigo para cometer ningún delito. Yo no voy a entrar ahí.

—Espera, espera, tío. Que no es ningún delito. Solo es entrar para ver algo que tiene relación con Sara. Tú eres el que quiere saber de ella, ¿no? Pues tú verás, pero te aseguro que lo único que vamos a hacer es entrar, ver lo que hay y salirnos. Ahora, a mí me la suda, si no te atreves, tú mismo. Menuda mierda de periodista que eres, chaval.

—Vamos, Gonzalo, que no pasa nada —terció Tassia—, Alejandro y yo hemos entrado allí muchas veces. Conozco al vigilante y te aseguro que no va a quitar la vista de mí mientras yo esté cerca de él.

Tassia se besó la yema de tres dedos en señal de promesa con un gesto tan sensual que a Gonzalo no le cupo ninguna duda de que la iba a cumplir. Se secó el sudor de la frente y desistió de convencerse a sí mismo y a aquellos dos energúmenos de que no era cuestión de miedo, sino de urbanidad, el hecho de no allanar una propiedad privada; también desistió de reprocharse que, en el fondo, meterse en la vida de una persona desconocida, aunque estuviera muerta, y ponerse a hurgar era quizá un allanamiento peor; y también desistió, aunque fuera solo por un rato, de sus órdenes y exigencias éticas, de sus deberes y puede ser, de sus códigos internos para mantenerse siempre a la distancia de aquellos tres dedos, tras el cristal, mirándolo todo y casi sin ver.

—De acuerdo, entremos, pero a la menor apariencia de que quieres robar o

romper algo, me voy y te dejo allí.

—No te preocupes por eso, ya verás como soy más legal de lo que piensas. Andando, detrás de mí, a la de tres.

Y a la de un, dos, tres, corrieron con sigilo y en fila india hasta alcanzar el muro lateral del almacén donde querían entrar. Cualquiera que los hubiera visto habría sospechado al instante de sus malas intenciones, pero a esas horas no había ni un alma por allí y los tres se miraron unos segundos en silencio como si se estuvieran recontando.

—Ahora tú, Tassia, vete andando tranquila y cuando llegues a la altura de la garita lo saludas en voz alta para que te oigamos y contemos cinco minutos antes de acercarnos. Tienes que entretenerlo como media hora más. ¿Vale?

—A sus órdenes, mi coronel. —Se rio la muchacha, se retocó el flequillo, se pasó la lengua por los labios y se ajustó lo necesario la minifalda para que fuera bien visible el tanga por delante y por detrás—. Estoy preparada para todo. ¡Va por ustedes! —susurró con tal seguridad que Gonzalo empezó a dudar si no estaba dejándose llevar por algo que no quería ni pensar.

Tassia desapareció tras la esquina. Alejandro y Gonzalo se quedaron en silencio, apoyados sobre la pared, aguzando el oído para escuchar la señal y empezar a cronometrar en el reloj del periodista el tiempo acordado. Pasaron el hora y los cinco minutos interminables y Alejandro dobló la esquina con Gonzalo pegado a él. Se acercaron con una lentitud culpable hasta la verja abierta tras la que se encontraba la garita acristalada del vigilante. Alejandro asomó un ojo con sumo cuidado y con un movimiento histérico lo escondió.

—Casi me ve, casi me ve —susurró como si estuviera entonando una plegaria—. La muy idiota lo ha dejado mirando para aquí, ¿será posible que sea tan burra?

—Espera, espera, dale tiempo. —Gonzalo no sabía muy bien de qué le estaba hablando Alejandro, pero se sintió obligado a defender a la muchacha—. Déjame a mí. —Se adelantó a Alejandro y con sumo cuidado intentó ver más allá de la verja lo que estaba sucediendo en la garita. Aunque no lo veía todo con la nitidez deseable, sí que pudo distinguir a un hombre vestido con uno de esos uniformes parapoliciales que tanto les gustan a los guardias jurados. El hombre estaba sentado detrás de una mesa encarada hacia la cristalera que daba a la verja de entrada. Era bastante improbable que los viera porque hasta Gonzalo pudo distinguir la sonrisa descolgada e idiota con la que miraba a Tassia que se había sentado frente a él en el borde de la mesa y parecía estar contándole algún cuento mientras separaba las piernas lo suficiente para que la minifalda se le fuera subiendo hasta las caderas. Alejandro le preguntaba nervioso; ¿qué pasa?, ¿qué pasa?, ¿qué hacen?, ¿qué hacen?; y Gonzalo lo tranquilizó con un ademán de espera. El vigilante pareció comenzar una carcajada pagada de sí misma y Tassia se levantó de la mesa y se inclinó sobre su oreja derecha, como si lo estuviera convenciendo de algo, y comenzó a girar el sillón del vigilante hasta ponerlo cara a la pared, luego Tassia desapareció entre las piernas del hombre. Gonzalo se quedó varios segundos petrificado, sin entender, y enseguida se sorprendió sintiendo una decepción enorme, un hastío total que lo impulsó a salir de allí y olvidarse de aquellos dos, de aquella chica imposible, de aquel mundo horrible en que nada se mantenía fijo ni un segundo, ni una ilusión, en el que el deseo enseguida se lastraba con el afán de posesión, de una exclusividad que acababa por extinguirlo. Se sobrepuso a base de repetirse imbécil tres veces, ¿pero tú qué te pensabas, pero tú qué quieres, pero tú qué haces enganándote a cualquier lucecita?, se giró lo suficiente para ver la mirada de Alejandro y decirle; adelante, tú guías.

Alejandro volvió a asomar el ojo para asegurarse de la situación y comenzó a andar tan encorvado que parecía gatear. Gonzalo lo siguió adoptando la misma postura y en pocos segundos habían dejado atrás la garita y se adentraban en el interior de uno de los almacenes por una puerta lateral que daba a unos baños, serían los que utilizaba el vigilante, a los que también se accedía desde el interior por otra puerta que a Alejandro no le costó nada abrir. Dentro de la gran nave había una multitud de contenedores apilados hasta casi el techo, utilizando un sistema de grúas automatizadas sobre rieles que formaba un gran damero cenital. Algunos de los contenedores estaban abiertos. Gonzalo observó que unos contenían material textil fabricado en Bangladesh, y otros, todo tipo de complementos y bisutería. Sospechó que eran falsificaciones de marcas, pero no

le dio tiempo a cerciorarse porque Alejandro lo apremió cogiéndolo del brazo para que lo siguiera. Fueron recorriendo aquel fantasmal barrio oculto por las calles que formaban los contenedores, apilados en tres y cuatro alturas, hasta llegar cerca del portalón principal. En un lateral arrancaba una escalerilla metálica que subía hasta una naya donde un pasillo distribuía varias oficinas modulares y llevaba hasta una puerta cerrada con un candado. Gonzalo se quedó boquiabierto cuando Alejandro sacó del bolsillo pequeño de sus vaqueros una llave y abrió la puerta. Allí no entraba ninguna luz y Alejandro le dio al interruptor con completa familiaridad. Se trataba de un almacén lleno de trastos, mesas y sillas, papeleras, una cafetera eléctrica a primera vista inservible, una percha llena de guardapolvos grises que por el polvo que guardaban parecían no haber sido usados en años y, a mitad de la estancia, una pesada cortina de plástico de un color indeterminado que Alejandro descorrió un poco para que Gonzalo pudiera traspasarla. Esa parte de la estancia estaba vacía, a excepción de un montón de cuadros apoyados unos sobre otros de cara a la pared. Alejandro se acercó y le dio la vuelta al primero de ellos. Gonzalo lo reconoció al momento, era igual a uno de los que había visto en casa de Sara, idéntico al que Sánchez tenía en su despacho. Era el cuadro azul casi monocromo que mostraba a una pareja de niños sin rasgos subidos en un bote, en un lago brumoso y oscurecido, un anochecer o un amanecer espeluznante. Alejandro volteó un segundo cuadro, era idéntico al primero. Volteó el siguiente y alineó toda una fila frente a Gonzalo. Todos eran iguales. El sol que podía ser una luna, el paisaje inundado de una niebla lechosa, azulada, el lago, el bosque, el bote, los niños en la misma postura, sus rostros indeterminados, inacabados, huecos, la sensación de inmensa pena, de orfandad, que provocaba aquel paisaje desolado, imposible, inexplicable. Todo multiplicado por diez, por veinte, por todos los cuadros que había allí apilados, castigados cara a la pared, castigados a repetirse para no ser uno, ni ninguno, ni nada, *tags* sin señal ni identidad, grafitis secos con el alma sorbida por una oscuridad de encierro, de vuelta al revés, de vuelta siempre a lo mismo como si su única posibilidad fuera confundirse entre la multitud.

—Hay cuarenta cuadros iguales —confirmó Alejandro.

—No entiendo, ¿por qué son iguales? —Gonzalo necesitaba encontrar lo más rápido posible una explicación plausible, algo que le trajera de nuevo al mundo de lo medible, de lo acotable, de lo entendible.

—No tengo ni puta idea de por qué están aquí estos cuadros, ni de por qué son todos iguales. Pero sí sé de quién es este almacén, y también sé que si él tiene estos cuadros también puede tener mi cuadro.

—¿De quién es el almacén?

—De la empresa de Carlos Sánchez, tu amigo de la discoteca La Noche.

Salieron del almacén de la misma forma que habían entrado. Cuando pasaron encogidos frente a la garita, vieron a Tassia a horcajadas sobre el vigilante. Ambos la esperaron en silencio, sentados en el suelo con la espalda apoyada en la pared donde se habían separado. Sus espaldas tapaban dos pintadas casi borradas ya: ¡Salud al que ame; muerte al que no sepa amar!, y debajo de esta frase, otra: *Fulvia, voy a detener las mañanas hasta que vuelvas*. Imposible.

Tassia tardó en aparecer casi un cuarto de hora más de lo convenido. Alejandro se burló del interés con el que se había tomado su cometido y Gonzalo permaneció en un silencio huraño del que le costaba despegar. La muchacha captó enseguida su cambio de actitud y no dudó en ser cruel con una carcajada que había perdido su espontaneidad.

—A algunos en lugar de comerles el rabo, se les come la lengua la gata.

—Vamos, vamos, no seas mala Tassia. Os invito a comer que os lo habéis ganado, mis valientes. Os voy a llevar a un sitio que os va a gustar.

—Hostia, es que no me lo puedo creer, el Chori se va a estirar, esto tienes que publicarlo en tu periódico, Gonzalo. —Le hizo un mohín que eran unas paces y Gonzalo, otra vez, no pudo resistirse y aceptó la chanza y la sonrisa.

—Ya me da un poco de miedo a dónde nos pueda llevar este. —Y Tassia,

demostrando una fuerza que no aparentaba, tendió sus manos a los dos hombres para que se incorporaran.

Volvieron de nuevo a los muelles y continuaron su recorrido adentrándose en una zona donde el espacio entre las paredes y el agua se había reducido al mínimo. Era conveniente tener cuidado al pisar por los socavones que se abrían hacia el mar. Las pintadas; MONK; y el sol continuaban. De vez en cuando algún pescador les daba las buenas tardes, de vez en cuando alguno de los tres soltaba una gracia, más que nada para saberse juntos mientras andaban, cada uno lo que pensara, entre las piedras y aquel paisaje de sol y agua con brillos, demoledor en su ausencia, sobrecogedor en su presencia. En uno de los giros del muelle, saliéndose otra vez de la tierra para adentrarse ahora en el mar, al fondo, en una pared encalada hasta el deslumbrar podía leerse otra inmensa pintada en letras negrísimas de molde: RESTAURANTE PONTO FINAL.

La pared estaba repleta de fotografías enmarcadas en blanco y negro en su parte inferior, todas ellas reflejaban aquellos mismos muelles sesenta o setenta años antes, creando el peculiar contraste entre el tiempo de afuera y el de dentro. Al llegar a la pared, el muelle formaba una L con la suficiente amplitud para acoger en su largo y ancho una decena de mesas con sus correspondientes sillas, todo de un color amarillo intenso que hacía otro tipo de contraste, esta vez con el azul verde del mar. La L volvía enseguida a girar a la izquierda, pero antes de ello continuaba adentrándose en el mar como un pantalán de piedra, estrecho, donde en el tiempo de las fotografías se amarrarían los barcos pesqueros y ahora solo fondeaban sobre él unas cuantas mesas más, fantasmales ínsulas abrigadas por sus manteles desbordados de amarillo y cuadros blancos. Era el lugar perfecto para dejarse zozobrar.

Alejandro pasó junto a las mesas centrales y se dirigió hacia el interior del restaurante por un portalón que le daba acceso, atravesando un patio lleno de tinajas y todo tipo de objetos de cerámica, entre ellos multitud de gallos pintados con vivos y alegres colores. Las paredes del patio estaban revestidas por un zócalo de azulejo que reproducía el paisaje que acababan de dejar fuera, los muelles, las pequeñas cabrias, el mar, cuando todo aquello relucía de actividad y esperanza en el mañana. Los tres se adentraron en el sombreado local y cuando acostumbraron la vista vieron la sonrisa inmensa de un hombre que con cerrado

acento portugués y el paño de cocina en una mano se acercaba a ellos exclamando frases de alegría. Saludó con desahogado afecto a Alejandro y se dejó presentar a sus acompañantes. Les estuvo enseñando el local, decorado con todo tipo de artesanías, pinturas y libros de su país. Acompañando la tarde y la penumbra de allí dentro sonaba la música de Madreus; *Vem*; y Gonzalo tomó la mano de Tassia y la apretó despacio tres veces. Ella también calló.

Salieron al muelle de nuevo y fueron a sentarse en la mesa más alejada, una de las que estaban situadas en el embarcadero, casi por completo rodeadas de mar. La sensación de estar allí sintiendo la brisa, la música apenas audible y el rumor de las aguas fregando el dique era difícil de describir. Enseguida llegaron las jarras de cerveza y dos fuentes de sardinas a la brasa con sus medios limones y su sal gorda que les impidieron hablar por un rato. La aventura les había dado hambre y ganas de disfrutar. Ya no quedaba casi nadie en la terraza, apenas una pareja que se besaba en una de las mesas del fondo y un hombre con un aspecto de vetusta distinción que leía, como si no existiera, el *Libro del desasosiego*.

Tassia chupó las raspas de las sardinas y sus dedos con una alegría que no tenía ni necesitaba explicación. Observó a sus compañeros, uno frente al otro, y se dio cuenta de que hacían buena pareja, tan distintos. Quiso pensar que ahí empezaba algo parecido a la amistad, que no todo era tanta mierda y tanta decepción, que valía la pena estar y no darle vueltas a la cabeza, que todo era tan fácil si no lo jodíamos, pero al final, siempre igual. Alejandro pidió ahora pescado frito y una botella de vino blanco y más limón y más servilletas y Mauro el portugués se quedó hablando un rato con ellos y Gonzalo entendió que conocía de muy antiguo a Alejandro; de los tiempos del Pay Pay, se rieron los dos, este cabrón me salvó la vida, no digas tonterías, Alejandro, la vida es la que nos salva a cada uno, mientras quiere; y ya no hablaron más de aquello por más que Tassia insistió en que contaran. Gonzalo tenía verdadera necesidad de ir al servicio, pero le costó decidirse porque ya había bebido lo suficiente como para no estar demasiado seguro de mantener el equilibrio andando por el escueto trecho de suelo que quedaba disponible entre las mesas y el agua. Al final se atrevió y con pasos pequeños alcanzó la tierra firme y ya casi de carrerilla los servicios del local. Al abrir la puerta del servicio para salir se encontró de bruces con la boca de Tassia y su dedo poniéndose en su boca para que callara y su otra mano empujándole el pecho para que volviera a entrar. Lo besó esta vez sin quitarle las gafas, un beso de esponja, continuo pero tranquilo, de los que saben

el camino, y encaminó mientras ambas manos hacia la hebilla del cinturón, la cremallera que pareció descender un telón y su boca descendiendo como perdida desde las alturas. Gonzalo tardó cinco segundos en sentir que habían pasado ya muchos segundos. Quizá fue un ruido, quizá fue la uña de Tassia que sin querer le arañó un poco el pene, pero de pronto supo que no quería que pasara lo que estaba pasando, que lo deseaba más que su vida, pero eso no tenía que pasar. Sus manos acariciaron las mejillas de la muchacha, agazapadas allá abajo, y con infinito cuidado las acunaron para con mucha suavidad devolverlas al camino de vuelta, hasta su altura, donde sus ojos carbón sonreían irónicos y un poco tristes.

—No puedo, Tassia. Así no, de verdad.

—Tú no quieres un polvo. Tú lo que quieres es que te quieran —le diagnosticó la muchacha como si acabara de descubrirle una enfermedad incurable.

En la mesa Alejandro seguía su carrera interminable de copas y porros mal liados. Tassia pareció desinteresarse de ellos dos y se dedicó a conversar con Mauro preguntándole mil cosas simultáneas sobre aquellos tiempos con Alejandro. Al poco rato se despidió, no sin antes obligar a Gonzalo a que grabara su número de teléfono en el móvil y la llamara para grabar el suyo. La tarde había secado el sol y la brisa se había convertido en un viento salado, casi áspero. El vino dejó paso a un ron Santiago de catorce años que sacó el portugués como si se tratara de un tesoro que tuviera escondido para ellos.

—¿Por qué tenías la llave del almacén? —preguntó Gonzalo casi a traición.

Alejandro se le quedó mirando muy serio mientras se llevaba el vaso de ron a los labios, quizá estaba sopesando la magnitud de la pregunta o el rumbo que debería seguir la respuesta. Chascó la lengua para apretujar todo el sabor de aquel viejo ron; tan viejo como Matusalem; se habría reído Ramos si hubiera estado bebiéndolo allí con ellos, y luego les habría contado la historia de la Revolución y el cambio de nombre de aquella vieja destilería de la ciudad oriental.

—Tassia le birló la llave al vigilante y luego hicimos una copia. Ella sabía que en ese almacén guardaban falsificaciones de marcas y se lo trabajó. De vez en cuando hacemos una visita y nos llevamos cosas para venderlas en los mercados. Nada grave.

—Entiendo, eso es trabajar en equipo, pero no sé si os compensará si un día os pillan y acabáis los dos en la cárcel o el gorila ese os mata a palos.

—Amigo, los días que no han llegado aún no existen. Ni siquiera sabemos si este puto sol saldrá mañana, ¿quieres que deje de beber ron por eso? —La tarde se iba dorando a medida que el sol se agachaba, las sombras parecían cobrar vida detrás de los vasos y las patas de las mesas, el hombre solitario seguía con Pessoa como si hubiera muerto ya, su aspecto era tranquilizador, relajado, distraído renglón a renglón como si solo estuviera siguiendo el dócil movimiento del mar alrededor de aquel punto final en el que cada día se travestía de noche para olvidarse de sí mismo. La pareja había desaparecido dejando en el aire un reguero de ilusiones convencidas y besos pegajosos. Alejandro señaló con su vaso el lugar donde ya no estaban—. Sara y yo éramos como ese par en aquellos tiempos. Al principio. Nos alimentábamos de besos y de palabras, no cabían los silencios, al momento nos estábamos morreando. Ya ves, entonces sí que creíamos en los nuevos días, en que cada día que venía era el maravilloso e inagotable mismo día. Debía ser cosa de la juventud.

—¿Y los cuadros, cómo supiste que eran de ella? No llevan firma.

—Gonzalo no iba a cejar en su cerco por más que Alejandro quisiera divagar sobre los días y las noches, entonado por los petas y el ron.

—Yo reconocería un cuadro de ella aunque estuviera sin pintar —se escabulló.

—¿Conoces a un holandés llamado Van Loos?

—Un tío con mucha pasta, con el pelo blanco, un hijo de puta con clase. — Alejandro amagó un gesto de asco.

—¿Sabes, Alejandro?, de lo que me cuentas hay muchas cosas que se me escapan. Ayer me dijiste que no habías vuelto a saber nada de ella, que solo la viste una vez, pero ahora resulta que sabes dónde están esos cuadros, sabes quién es el holandés, ¿de verdad que no me estás mintiendo? —preguntarle eso a quien estaba convencido de que le estaba mintiendo era un poco superfluo, pero pensó que esa era la única forma de que aquel hombre, en continuo desequilibrio, se decidiera a contarle la verdad.

—¡Pero yo qué coño sé lo que te dije ayer! —lo dijo entre risas traviesas—. Ayer ya no existe, solo existe lo que te digo ahora, solo existe lo que escribo aquí. —Alejandro sacó la Moleskine y golpeó con ella sobre la mesa—. Solo existe lo que tú quieras que exista, nada más, y justo eso es lo que nunca existirá.

Gonzalo no intentó comprender aquel contrasentido y alargó la mano hacia la Moleskine, pero Alejandro la sujetó con fuerza.

—Déjame que lea lo que has escrito, así sabré la verdad —le pidió con tono de chanza.

—No. No voy a dejar que lo leas por ahora.

—Pero, ¿por qué? Se supone que lo escribes para que yo lo lea.

—Sí, pero si lo lees ahora querrás más, y ya no tendrá valor nada de lo que acabas de leer.

—Bueno, pero según eso nunca tendré suficiente, aunque esté acabado querré más.

—Exacto, por eso nunca llega a existir lo que tú quieras que exista. —Y Alejandro alzó su vaso para brindar al sol que se preparaba ya para sumergirse otra vez en el horizonte.

—Hoy el sol se pondrá a las 21:13 —confirmó Gonzalo ante el brindis de su acompañante— y la luna no saldrá. Bueno, saldrá pero no la veremos, está casi nueva.

—Tío, eres lo más raro que he visto. ¿Cómo puedes llenarte la cabeza con tanto dato inútil? —le incordió con cariñosa admiración—. Se está de puta madre aquí, ¿verdad?, yo me vengo de vez en cuando y estoy hasta que anochece, el Mauro me da mucho cuartelillo, hablamos de los viejos tiempos y echamos unas risas. ¿Sabes?, mi padre cuando el sol está así, dando de lado, le llamaba la hora mágica. Decía que era la mejor hora para fotografiar a una mujer.

—¿Tu padre sabía de fotografía?

—Sí, era un fotógrafo hijo de puta. —Se acompañó de una carcajada estrecha, envalentonada de su falsedad—. De pequeño me encantaba verlo trajinar con los reveladores y fijadores. Me metía con él en su estudio, solo iluminados por la luz roja, y me pasaba horas viendo aquel milagro incomprensible por el que aparecían poco a poco las imágenes en una cartulina blanca. Lo observaba atento a su trabajo, midiendo los tiempos de cada baño sin contar, fumando sin parar y llenando el cubículo de humo que parecía formar figuras extrañas alrededor de la luz irreal. Me parecía un tipo importante, el más importante del mundo, porque yo igual iba por los ocho o diez años y cada palabra suya, cada maniobra suya con las pinzas, con las cubetas, la forma en que miraba cómo se formaban las figuras tras cada inmersión, me parecía todo tan importante, tan serio, que estaba convencido de que lo mejor que se podía ser en la vida era fotógrafo. Y mi padre lo era, claro. Cuando con los años mi mirada salió de aquel cuarto oscuro y se topó con lo que era aquel hombre, me sentí engañado. Se me quedó la infancia en aquella luz roja y aquel humo y aquel hacer mágico de aquel tipo que ya no pudo ser más mi padre, que se convirtió en un simple y vulgar hombre lleno de defectos y debilidades, de vicios y renunciadas. Lo odié con todas mis fuerzas y me ha costado años y años modelar

mis propias debilidades, vicios y renunciadas para comprender que si la luz roja me engañaba no era su culpa, sino la mía.

—Mi padre era peluquero, un peluquero hijo de puta —Gonzalo soltó un hijo de puta sosegado que liberó de piedras sus pulmones. Se sintió tan cercano a Alejandro al repetir su fórmula, que no pudo evitar reír a carcajadas; ¿a carcajadas?; al imaginarse a los dos participando en una reunión de hijos de hijos de puta anónimos—, pero este no tenía luz roja, solo se dedicó a joderle la vida a mi madre y a sus hijos, hasta que nos dejó tirados a todos y se largó con sus putas. Se dejó la peluquería y se metió a chulo de putas. A mí me daba vergüenza que la gente supiera que Pedrito el putero era mi padre, aún me la da un poco.

—¿Pedrito el peluquero? No jodas, tío. —Se asombró Alejandro—. Yo conocí a Pedrito, claro que sí. Un hombre de baja estatura, un tanto rechoncho, con gafas como tú —rio Alejandro como si la coincidencia confirmara el parentesco— y con un mostacho espectacular. Iba todas las noches al Pay Pay, ya de amanecida. Era un tío importante, todo el mundo se acercaba al reservado donde estaba con sus amigos y sus chicas. Yo era muy jovencito e impresionable aún, me quedaba mirando a aquellos hombres rodeados de mujeres imponentes, bebiendo *whisky* sin parar y sin moverse de sus asientos. Me hacía mucha gracia ver la sortija que llevaba, menudo pedrusco, parecía una luz más del garito.

—Era mi padre, no hay duda —confirmó Gonzalo no sin cierta sensación de que aquella casualidad, producida en el pasado, se materializaba ahora para unirlos a los dos—. Llevó una vida normal hasta casi los cincuenta y, de la noche a la mañana, se convirtió en un macarra de segunda fila, rodeado de putas viejas y de mafiosillos de poca monta.

—Bueno, más que de poca monta, de medio pelo, en este caso, pero, ¿sabes?, lo que yo veía, y lo que me contaron de él, es que era un hombre respetado y querido. Recuerdo que se comentaba que se desvivía para que sus chicas estuvieran bien, cuando había alguna disputa entre ellos, Pedrito siempre tenía la última palabra, era una especie de juez de paz.

—El juez de los puteros —masculló Gonzalo para no ceder ni un palmo de terreno al desprecio.

—El problema es que creemos que lo que queremos nos pertenece, y no es así, ni una puta vez es así. ¿Qué derecho tenemos a querer a alguien?, ¿por qué querer algo es inventárselo? —El ron Santiago surtía sus conocidos efectos dialécticos en todo aquel que llegaba a la tercera copa.

—¿Me estás hablando de Sara?

—Sí. Claro.

Pero Alejandro no siguió hablando, se quedó mirando el mar plateado a contrasol, empequeñeció los ojos hasta cerrarlos y cambiar la sintonía, como si el ruido de las olas sobre el dique le fijaran algún ritmo, alguna melodía que se abrazara de nuevo a la música de Madredeus que volvía despacio a cada uno de los silencios de aquella charla que iba y venía sin saber muy bien si dar algún paso más. Se estaba tan bien allí, frente a aquel tipo cegato, que empezó a abrir la boca para expulsar la primera palabra que hubiera tirado de todas las otras, hasta el final, hasta contárselo todo a aquel extraño que sabía escuchar, de principio a fin, toda la verdad y toda la mentira, juntas, como siempre andan, todos los años, los olvidos, los miedos y los matar al padre o buscar a la madre, a la puta madre, a su querida madre o mujer, porque en el fondo eran lo mismo, la misma cosa. Pero ni siquiera la primera sílaba pudo salir de su boca abierta por la sorpresa de reparar, por primera vez en todo el tiempo que llevaba allí, en aquel tipo que leía olvidado en una mesa alejada de la tarde y de las horas. A Alejandro le costó más de un minuto entender que aquel hombre de pelo inexistente, con sus manos largas y delgadas; de pianista; hubiera dicho Sara una vez más, con su chaqueta gris de pata de gallo, exactamente la misma chaqueta, se asustó al pensar, exactamente los mismos pantalones oscuros con su raya planchada perfecta, exactamente la misma expresión concentrada, tranquila, segura, satisfecha, con la que contaba sus historias quince años o cinco días atrás, exactamente la misma pequeña cicatriz debajo de la comisura izquierda de su boca, exactamente la misma piel tersa, fina, demasiado bien tratada para un hombre que no había tenido más educación que la de la calle, pero que había aprendido tanto que lo sabía todo, lo que se pudiera saber en esta o cualquier

vida. Exactamente el mismo hombre que quince años atrás como si no hubiera pasado ni un segundo por él desde entonces. Exactamente Alcides.

Alejandro se levantó con la boca todavía abierta y se acercó despacio hasta el hombre que absorto en su lectura no reparó en él ni siquiera cuando su sombra se proyectó sobre la mesa.

—Alcides —Alejandro musitó el nombre como si se tratara de la fórmula mágica que abriera una gruta secreta, pero el hombre no pareció oír ni imaginar que aquella nube sobre su mesa era el pasado.

—Alcides —volvió a repetir Alejandro con un poco más de decisión, como el segundo empujón que se le da a una puerta cerrada que se niega a abrirse. Pero esta vez tampoco tuvo respuesta del lector, así que Alejandro se aproximó lo suficiente para posar una mano en su hombro y acompañar con un ligero movimiento su tercera tentativa.

—Alcides —aquel hombre no pareció sorprenderse por el súbito contacto de una mano inesperada. Tampoco pareció haber escuchado esta vez aquel nombre extraño que sonaba a viejo o a encantamiento, pero alzó muy despacio la mirada hacía Alejandro que seguía repitiendo el mismo nombre como si musitara la plegaria de algún otro tiempo. El hombre conectó su mirada amable, azul y gris, con la de su interpelador y con una sonrisa afectuosa le contestó.

—Creo que se confunde, señor. —Y sin aflojar la sonrisa, casi disculpándose por no ser quien Alejandro creía que era, volvió a bajar la vista hacia sus líneas sin parecer importarle que la mano de Alejandro siguiera agarrada a su hombro como si fuera la única forma de retener una realidad que se le quería escapar.

—Alcides, Alcides, no me confundo, ¿cómo me puedo confundir? Estás igual que entonces, con la misma ropa, con la misma pinta, llevas hasta el mismo anillo. —Alejandro había ido elevando la voz mientras hablaba al mismo tiempo que su mano pasó del hombro ajeno a la mano donde el lector lucía un anillo de oro con aquella frase inscrita, *keep easy*, aquel lema que en aquellas tardes, tan

gastadas ya, le gustaba repetir. El hombre no pareció inmutarse demasiado, descansó el libro abierto sobre la mesa y entrelazó ambas manos sobre él, rodando con los dedos índice y pulgar de la derecha el anillo que llevaba en el anular de su izquierda. Alejandro parecía irse alterando ante la mirada comprensiva y amigable del supuesto Alcides y siguió hablando cada vez de forma más atropellada y con un tono de voz más elevado—. ¿Cómo puedes decir que me confundo si eres el mismo tipo del barrio chino? ¿Cómo puedes decir que no eres tú si es tu misma puta voz, tu puta voz susurrándome que aguantara, que aguantara?

Las voces de Alejandro hicieron levantarse de su silla a Gonzalo, preocupado de que en cualquier momento agrediera a aquel hombre como le había agredido a él la noche anterior. Mauro también salió del interior del local y se interpuso entre Alejandro y el hombre.

—Vamos, vamos, Alejandro, ¿qué pasa aquí? ¿No te ha dicho que no es él? Pues caminito y sin molestar. Vete a dar una vuelta, que te dé el aire y cuando estés tranquilo vuelves.

—Es Alcides, Mauro, no sé por qué coño no lo quiere reconocer, pero es Alcides. —Alejandro estaba temblando, sudando, con las lágrimas de la indignación o la rabia a punto de desbordarle—. Tiene la misma cicatriz en la boca, está igual que entonces. ¿Por qué coño lo niega? ¿Por qué niegas a Sara? ¡Es su voz!

El hombre cerró el libro y lo guardó en una pequeña mochila de piel, se levantó de la silla con los mismos movimientos tranquilos que anunciaba su forma de mirar. Ahora fue él el que posó su mano sobre el hombro de Alejandro. Este la apartó de un manotazo. Mauro y Gonzalo tuvieron que retenerlo para que no saltara sobre aquel hombre que no parecía preocupado.

—Lo siento, caballero. No soy el que usted cree. Mi nombre es Manuel Henríquez y le prometo que no lo he visto en esta vida, pero si para usted es tan importante que sea otro, yo vengo aquí alguna tarde a leer. Si de verdad lo necesita, venga otro día y le contaré todo lo que usted quiera saber, seré quien

usted necesite que sea. Si quiere que hablemos de Sara, hablaremos de Sara, sea quien sea Sara. —El hombre sonrió a modo de disculpa cortés—. Pero ahora me tengo que ir. Encantado de conocerle —se despidió apretando el hombro de Alejandro lo suficiente para transmitirle su simpatía y se alejó por los muelles andando con la misma lentitud que había hablado.

—Por supuesto que vendré, Alcides, te prometo que vendré y me lo vas a explicar todo —gritó Alejandro cuando el hombre ya se había alejado unas decenas de metros, cuando por fin pudo recuperarse de lo imposible de la situación y emitir algún sonido. Luego se apartó de Gonzalo y Mauro y se quedó plantado al borde del dique, mirando un horizonte anaranjado que parecía burlarse de él.

Era la hora mágica.

En el periódico los días se sucedían con la monotonía de siempre. Aburridas mesas de redacción donde las noticias de agencia se llevaban todo el peso de la actualidad nacional e internacional, artículos y crónicas sobre la actualidad local que venían encargados y casi prediseñados desde arriba, ecos de sociedad patrocinados por las familias más destacadas y un gran seguimiento del deporte más popular. Hacía mucho tiempo ya que el *Noticias* no vivía de sus ventas, ni siquiera de sus anunciantes directos, pero a la empresa editora le valía mucho la pena mantenerlo, ya fuera por el prestigio y las subvenciones que suponían ser el único medio escrito de la ciudad, o por la influencia que le otorgaba ser el canal de transmisión de los diferentes poderes cívicos, siempre necesitados de altavoces que difundieran entre los lectores los puntos de vista más cercanos a sus intereses. Desde hacía varios meses el tema que lo ocupaba todo en la información local era el proyecto del nuevo Plan General Urbano. Los ayuntamientos se frotaban las manos con las ingentes cantidades de dinero que podían entrar en sus arcas gracias a las recalificaciones de terrenos públicos y su enajenación en verdaderas subastas de suelo. En muchas ocasiones, informaciones privilegiadas permitían a inversores allegados comprar a bajo precio para después, tras la conveniente recalificación, vender a precios exorbitados terrenos residenciales. Uno de los proyectos más controvertidos era el de los espacios portuarios de La Pesquera, los muelles viejos, como los conocía todo el mundo.

Desde la visita al despacho del director, Gonzalo notaba como si su tiempo en aquel periódico ya no fuera el mismo que el de los demás. De alguna forma se sentía desligado de todos los años que llevaba trabajando allí. Era una sensación de libertad, de higiene mental, que le estaba despertando del letargo seguro de la monotonía de un trabajo en el que se había cobijado hacía ya casi veinte años sin pensar que era una trampa. También creyó observar sutiles cambios de sus compañeros y jefes hacia él. En aquella redacción no había nada que no trascendiera y los apoyos mudos y las indiferencias un tanto vengativas le dejaban muy claro que era una mortaja andante, más bien sedente frente a su ordenador. Que todo esto le hiciera sentirse tan bien, que hubiera recuperado; ¿recuperado?; una jovialidad que no recordaba haber tenido más allá de su primera juventud, que redescubriera la olvidada emoción de lo por venir sin que

ello le motivara un ataque de pánico, eran síntomas de que algo había hecho clic en algún rincón interior del que nunca fue consciente. No le afectó en nada el manto de ostracismo con el que le cubrió el jefe de redacción, ni que sus historias fueran desechadas sin ningún comentario en las reuniones de la mañana, ni que temas que siempre había llevado él, como complementar casos judiciales o los delitos económicos, fueran encomendados a otros compañeros. No le preocupó lo más mínimo. Al contrario, todo aquello le provocó una oleada de ironía, una erupción juvenil, unas ganas de reírse que le comenzaban en unas cosquillas traviesas que podían terminar con una risa burlona frente al espejo del baño. Su nueva condición de excluido le proporcionó, sin sospecharlo, la libertad de los que no esperan nada, la independencia de los que no deben nada. Se dedicó a completar los obituarios de reconocidas personas que por su edad eran candidatas a un deceso próximo, y siguió trabajando en historias que le habían interesado, por bien que supiera que no iba a tener espacio para ellas hasta el dominical, si acaso.

No quiso arriesgarse a que alguien encontrara, tal vez sin escrúpulos de forzar su cajón, el dossier de la investigación extraoficial que había llevado a cabo el compañero de Ramos. Cuando salió de la redacción aquel día se llevó consigo la grabadora, todas las notas que había tomado, el libro mecanografiado y la libreta, aún sin estrenar, con el nombre de Sara Romero Vázquez escrito con cuidada caligrafía sobre su tapa. Ya en casa se preparó un sándwich con jamón y queso de merienda cena y dispuso la mesa del comedor para ir extendiendo sobre ella los papeles que fuera revisando en la carpetilla que el subinspector le había ofrecido como si fueran los restos mortuorios de su amigo.

Aquel hombre había hecho un trabajo intenso y detallado. Había fotocopias de facturas, de documentos notariales, de actas de constitución de sociedades, de transferencias bancarias, listados de cuentas numerarias en bancos localizados en países conocidos por sus facilidades para con la opacidad bancaria; fotografías de diferentes personas y multitud de hojas escritas a mano, pensó que por el mismo recolector del informe, Antonio Sanjuán, el policía muerto en casual accidente o asesinado, según pensaba Ramos, por su inaceptable extralimitación en el trabajo. Para empezar a sumergirse en aquello dejó a un lado todo lo que eran fotocopias y fotografías y se centró en lo que el policía había escrito, listas de sociedades, de nombres de personas, esquemas que relacionaban unas con otras y los folios redactados con apretada letra donde el policía parecía haber

volcado sus averiguaciones a partir de los documentos. Observó que en una de las hojas venían relacionadas en dos columnas una multitud de empresas. Cada empresa llevaba anotado junto a su nombre una cifra seguido de una abreviatura, que en las de la primera columna era nom y en la siguiente port. Gonzalo tuvo que buscar en varias hojas más para comprender que nom significaba acciones nominales y port significaba acciones al portador, el mecanismo ideal, pero arriesgado, para mantener oculta la titularidad de las empresas. Rebuscó entre las fotocopias y encontró un contrato privado de cesión de acciones entre una sociedad *off-shore*, Siddall Corporation, radicada en Belice y otra sociedad, G8H Technology, Public Limited Company, con sede en la *city* londinense y dedicada, parecía ser, a servicios de seguridad privada. Cuando buscó en los listados de compañías y acciones, comprobó que la mayoría de acciones de la compañía inglesa pertenecían a otra compañía, Overseas Investment, B.V., con sede en Róterdam, de la que junto al nombre, en la columna de acciones nominales, se indicaba que más del setenta por ciento de ellas pertenecía a Van Loos. Este entramado se repetía con muchas de las compañías *offshore*, entre ellas varias subrayadas en rojo por el compilador de la información: Everett Corporation, de Belice, con una mayoría de acciones a nombre de Dawn Consultants, B.V., de Ámsterdam; Hunt Corporation, en Bermudas, con mayoría de acciones al portador que, según la anotación, pertenecían a una compañía de Róterdam llamada LogitiekIT. Siguiendo el hilo a través de varias sociedades de distintos países se llegaba a una en la que las acciones nominales pertenecían a Van Loos; en otras, en cambio, solo se señalaba que este poseía acciones al portador.

Gonzalo encontró otra hoja en la que estaban listadas las compañías. En todas se repetía un camino parecido que llevaba a Van Loos. Junto a cada una de ellas había un nombre subrayado. En todas las de Belice se repetía el mismo nombre: Juan José Hernández; en las de Bermudas figuraba otro nombre: Joan Wawoe. Gonzalo casi exclamó un hurra cuando descubrió que el nombre que figuraba tras una empresa de Mónaco, Rivière Boats & Yachts, era nada menos que el de Carlos Sánchez Expósito y que estaba encerrado en un círculo rojo. A pesar de no tener una idea muy precisa del mundo de la empresa, los escasos temas de blanqueo de capital que había seguido para el periódico le habían familiarizado con ciertas figuras y los métodos de actuación para ocultar, o por lo menos dificultar lo más posible su conocimiento, quién se encontraba detrás de estas empresas *offshore* que disfrutaban de grandes exenciones impositivas y un secreto bancario casi absoluto en los diferentes paraísos fiscales. Era habitual

que al frente de estas empresas, *trust*, figurara una persona fiduciaria, un testaferro que aparecía como titular de la empresa, con plena responsabilidad sobre ella. Las ventajas fiscales y de ocultación de patrimonio eran claras, pero la persona que hacía de hombre de paja al frente de ellas debía de ser de plena confianza del propietario real, ya que mantenía una autonomía operativa total sobre los fondos y bienes de la empresa y, a pesar de que se firmaran contratos fiduciarios privados, si el objetivo oculto de la empresa era el blanqueo de capital o el tráfico ilegal de mercancías, difícilmente el propietario original iba a ponerse a pleitear.

Gonzalo bajó las persianas y encendió un flexo sobre la mesa del comedor. Fue a la cocina y descorchó una botella de El gato negro. Se sirvió una buena copa de vino, de largo rebasada la mitad. No tuvo la menor inquietud, acababa de encontrar el primer dato objetivo que se acercaba hacia la versión que don Salvador le había dado, ya ningún gato negro le iba a desviar de su camino. Se llevó la copa al baño y allí se desnudó frente al espejo. Estaba fondón, no lo podía negar. Se lavó de manera un tanto absurda los dientes en medio de una copa de vino, y se pasó sus buenos tres minutos haciendo muecas frente al espejo. Se sintió mucho mejor. Se dejó puestos solo los calzoncillos blancos, los de toda la vida que a él le gustaban, y salió de nuevo a los papeles con la copa de vino en la mano.

Además de esas empresas, Gonzalo encontró otras donde Van Loos también aparecía como accionista nominal de forma directa o como accionista a través de otras empresas interpuestas, todas estas *onshore*. Se trataba de grandes empresas holandesas como Phillips, KLM o ING. También encontró listadas otras de las que él no recordaba haber tenido conocimiento, como Akzo Nobel, KPN, Travel Unie y una que le costó reconocer escrita en neerlandés, Koninklijke Nederlandse Shell, pero al verla escrita en otra hoja en inglés, Royal Dutch Shell, no tuvo duda de que se trataba de la famosa petrolera de la concha, la Shell. Había en la siguiente hoja otra lista de empresas holandesas entre las que Gonzalo reconoció algunas de las que participaban en las empresas *offshore*. Fue apuntando sus nombres en su cuaderno de notas junto a los de las otras empresas: Coolshopping, b.v., radicada en Róterdam, dedicada a la venta al por menor de todo tipo de productos de importación e iniciando sus primeros pasos en la venta online, según las notas del autor de aquel dossier. Tenía filiales en Francia y en España y, otra vez el círculo rojo, figuraban a su lado los nombres

de Van Loos y Carlos Sánchez. La empresa LogistiekIT, n.v., dedicada a transportes internacionales de mercancías, estaba participada por dos compañías ya nombradas, G8H Technology y Dawn Consultants, b.v., que aparecía en la siguiente línea con sede en Ámsterdam y con mayoría de acciones a nombre de Van Loos. Se dedicaba a la consultoría financiera. Siguió con el listado de empresas, pero el vino y los nombres extranjeros empezaban a mermarle la capacidad de atención, tan solo se fijó en que algunas de ellas estaban localizadas en Curaçao y sus filiales operaban en los Países Bajos. Por fin, en la siguiente hoja, encontró una relación de empresas españolas, también con filiales en Ámsterdam o Róterdam. Eran en su mayoría empresas de servicios, asesoría financiera e importación y exportación. También había una filial de Coolshopping, localizada en Barcelona y bautizada como OnShop. Pero otras dos llamaron su atención. De una de ellas, por supuesto, a Gonzalo no le quedó duda de que se trataba de la galería para la que pintaba Sara, era Artemisia Art Consulting, S.A., y según la relación, además de en la ciudad, tenía sucursales en Maastricht, Ámsterdam, París y Willemstad. La otra le sorprendió un poco más, era una empresa inmobiliaria, Espacios y Construcciones, S.A., de la cual tenía un gran número de acciones la empresa Investeringen in Constructies, b.v., de Ámsterdam, de la que, a su vez, tenía la gran mayoría de acciones Van Loos. Pero lo que le hizo suspender un buen rato su revisión y dar otro cumplido trago de vino, fue descubrir que otro de los socios principales de la primera empresa, Espacios y Construcciones, S. A., era el grupo Espacios del Este, que, según había apuntado el policía con su cuidada letra, pertenecía al *holding* de la familia Romero. Apretó los ojos con la suficiente fuerza para que tras sus párpados todo fueran lucecitas que no desaparecieron de su vista cuando leyó en el siguiente renglón el nombre de la empresa editora del *Noticias*, Prensa del Sudeste, S.A., participada con cerca de un cuarenta por ciento por una de las empresas filiales del grupo de la familia Romero. Pero las lucecitas se convirtieron en un gran fogonazo cuando en una nueva hoja, enmarcadas con el rasgo alarmante de la tinta roja, figuraban dos nuevas empresas unidas con una flecha biyectiva. La primera se llamaba Ophelia Arts Foundation, con sedes en Ámsterdam y París y, como parecían indicar su propio nombre y las anotaciones a su lado, se trataba de una fundación dedicada a la difusión del arte y la formación de artistas. La segunda era una empresa también localizada en Ámsterdam, Rossetti, b.v., dedicada a la compra y venta de obras de arte. A continuación figuraba el nombre de Sara Romero Vázquez como administradora fiduciaria. El círculo rojo se había cerrado.

No pudo menos que ir a la cocina y llenarse de nuevo la copa de vino. No tenía costumbre de beber a palo seco y menos así, entre semana, solo en casa y en calzoncillos, pero el aturdimiento del vino en combinación con sus hallazgos en el dossier le proporcionaban un estado de placentera excitación extraño en él, una especie de inestabilidad mental de la que siempre se había resguardado, pero que ahora, con la ciudad callada y su piso de divorciado sin ilusiones en penumbras, parecía algo divertido, estimulante. Puso a Leonard Cohen a cantar a media voz en el equipo de alta fidelidad y volvió con la copa hasta los papeles. Antes de seguir con ellos dio otro largo trago y pensó, con esa risa traviesa que después de tanto se estaba librando de él, si Alejandro no le estaría pegando su alcoholismo.

Revisó ahora una lista de organizaciones no gubernamentales y fundaciones de ayuda al desarrollo en diferentes países de África y América central. En todos ellos aparecía Van Loos como fundador o principal patrocinador. Eran, sobre todo, organizaciones destinadas a la educación y a la construcción de infraestructuras civiles. Dos de ellas también estaban señaladas en rojo: Catharina Van Loos Foundation voor de ontwikkeling van Midden-Amerika (CVL Amerika Foundation), con sede central en Ámsterdam y Africa Investment and Development (AID), con sede en Londres. No había ningún tipo de anotación más al lado de sus nombres. Tras estas organizaciones, en otra hoja, encontró otro listado con algunas de las empresas que había visto antes, junto a ellas (entre paréntesis) se indicaba el nombre de una entidad bancaria y a continuación una serie de números que Gonzalo supuso se trataba de cuentas bancarias, unas anónimas y otras nominales. Deslizó la vista por casi todas ellas; ABN-AMRO, ING y RABOBANK en los Países Bajos, BNP Paribas en Francia, Santander y BBVA en España, Chase Manhattan International, Ltd, en el Reino Unido; y se fijó en los que iban asociados a las empresas que volvían a estar subrayadas en rojo: G8H Technology, Plc, de Londres, operaba con el Citibank International, Plc, con sede también en Londres; las empresas *offshore* radicadas en Belice, Siddall Corporation y Everett Corporation, operaban con el Handels Bank and Trust Co. Ltd, también de Belice, mientras que la de Bermudas, Hunt Corporation, operaba con el Bermuda Commercial Bank Limited. La empresa Rossetti, B.V., de Ámsterdam, operaba con el Crèdit Andorrà Financial Group, de Andorra, y la empresa Rivière Boats & Yachts, de Mónaco, trabajaba con KBL Monaco Private Bankers. Tras estas líneas venían dos o tres en blanco y luego, también marcadas en rojo, las empresas LogistiekIT, N.V. y Overseas Investment, B.V., de Róterdam, estaban asociadas

con la Compagnie Monégasque de Banque, en Mónaco. La última empresa marcada era Investeringen en Constructies, B.V., de Ámsterdam, que se emparejaba con Le Crédit Foncier, de Francia, del que entre paréntesis se indicaba que era un banco inmobiliario.

Luego venían más de diez hojas de papel perforado para impresoras matriciales, todas ellas impresas con interminables listados de lo que Gonzalo supuso que eran transferencias bancarias entre los diferentes bancos señalados con anterioridad. Muchas de ellas también estaban subrayadas en rojo, pero la letra era tan pequeña y la tinta tan clara, que a Gonzalo, con la vista ya cansada por la cantidad de datos y la atención un tanto nebulosa por el efecto del vino, le costó dios y ayuda comprender que se trataba de transferencias entre el KBL Monaco Private Bankers y el Crédit Andorrà Financial Group, todas ellas en el mismo sentido. Una gran llave de esquema dibujada con bolígrafo rojo encerraba juntas todas estas transferencias, marcándoles un posterior destino, solo identificado con la letra S mayúscula y un punto.

La siguiente hoja contenía una especie de mapa mental donde a partir de un núcleo central, un círculo encerrando el nombre de Van Loos, se entrelazaban todas las compañías y bancos citados. Alrededor de todos estos nódulos un continuo de flechas rojas y verdes señalaba el flujo de transferencias bancarias entre unas y otras entidades. Gonzalo ya no estaba para entender nada y no quiso perder ni un segundo más en aquel aquelarre de información. Dejó todas esas hojas en su montón y se dispuso a leer el informe que con letra apretada había redactado el policía, ya ex persona.

El informe comenzaba explicando los antecedentes, indicios y sospechas que habían puesto al policía sobre los pasos de Van Loos. Todo se remitía a unos tres años atrás, cuando en medio de una investigación de rutina sobre unos robos de mercancía en el puerto, por azar y sin tener nada que ver con lo investigado, aparecieron unas confidenciales hojas de ruta, sin ningún tipo de sello, que llevaban desde el puerto de Róterdam al puerto de Mogadiscio, pasando por innumerables destinos, cambios de buque, de naviera y de mercancía. Antonio Sanjuán, el inspector Sanjuán, se quedó con aquellos finos papeles de color rosado y con el nombre de la compañía que había fletado el transporte, Overseas Investment, B.V., de Róterdam, y empezó a tirar del hilo hasta descubrir sin

temor a equívoco que la carga que había salido de Róterdam, registrada como herramienta agrícola por la empresa exportadora, G8H Technology, de Londres, había llegado a Mogadiscio convertida, por arte de birlibirloque, en un cargamento de fusiles de asalto Kalashnikov, AK-47 y AK-103, fabricados sin licencia en Rumanía, y su correspondiente munición de calibre 7,62x39 mm. Sanjuán comenzó un seguimiento exhaustivo de fletes y transportes y llegó a la conclusión de que ocultos entre la paja de la descomunal actividad de importación y exportación de Overseas Investment, se repetían constantes operaciones que convertían los peces en panes, los productos legalmente registrados para exportación en armas de todo tipo y condición que nutrían un amplio abanico de destinos, desde el Afganistán talibán o países africanos desestructurados a cualquier grupo terrorista de cualquier ideología y lugar del mundo. Había, después, una prolija relación de las actividades de G8h Technology en los últimos años, con especial mención a la estrecha colaboración de la empresa con otra gran empresa de la que Van Loos era accionista nominal, la petrolera Royal Dutch Shell. Explicaba el informe cómo la compañía londinense de seguridad se había ocupado a partir de 1993 de la preservación de los intereses de la petrolera holandesa en Nigeria. En esos años, cuando los continuos vertidos de petróleo en el delta del Níger acabaron con los recursos alimenticios de la etnia Ogoni y se produjo un contundente rechazo a las actividades del monstruo petrolífero, el corrupto gobierno nigeriano, bien pagado por la empresa, utilizó todo tipo de recursos para acabar con el movimiento pacífico que pretendía preservar los cultivos y la salubridad de la zona. G8H Technology se encargó de suministrar armas y hombres entrenados para extender la violencia por la zona, asesoró a las autoridades para fabricar pruebas falsas y se hicieron verdaderos simulacros de juicios que terminaron con la ejecución de los líderes del movimiento ecológico. Gonzalo recordaba como con sordina las noticias que todavía aparecían cada cierto tiempo sobre el asunto, pero la empresa seguía operando del mismo modo en Nigeria y otros muchos países, siempre con el apoyo y asesoramiento de G8H Technology. El relato del inspector se permitía en algún momento abandonar el tono sobrio de la información y expresar la emoción y satisfacción que su descubrimiento le había proporcionado. No dudaba en describir cómo su dedicación, paciencia y buenos contactos, le permitieron seguir desentramando el ovillo hasta encontrar a Van Loos al final de cada cabo. También relataba con detalle cómo, contento e ingenuo, puso al corriente de aquello a su comisario, para su posterior comunicación a la Interpol, y cómo las entusiastas felicitaciones de su superior se fueron convirtiendo en demoras, dilaciones, excusas, consejos y amenazas en cuanto consultó el tema con algún otro estamento. El escrito no dejaba lugar a

dudas, el asunto Van Loos se había convertido en un tabú y el inspector en un apestado. Tras los antecedentes seguía una extensa descripción de cómo actuaban entre sí todas aquellas empresas para blanquear las ingentes cantidades de dinero que se obtenían con el tráfico de armas, cómo se ocultaba la identidad de Van Loos y sus socios por medio de sociedades pantalla y de testaferros, cómo se utilizaban las firmas *offshore* para intercambiar entre ellas obras de arte utilizando dinero negro. Aquí Gonzalo se tomó otro respiro, pero esta vez ya no se atrevió a llenarse la copa, tan solo se acercó al cristal de la puerta de la terraza y adoptó su habitual postura de descanso, los ojos cerrados sobre el vidrio y las gafas cabalgadas sobre su frente. Estuvo así un par de minutos, escuchando lejana la voz sabia de Cohen, *A thousand kisses deep*, dejándose ir por esa espiral del humo en la garganta de aquel hombre que cantaba como si cada verso fuera una voluta de su propia vida.

El informe también hablaba de una especie de mecanismo de noria entre las diferentes empresas *offshore* dominadas por Van Loos y otras empresas externas. Una empresa de estas, Rossetti Corporation señalaba el ejemplo, vendía un cuadro a otra empresa ajena a Van Loos por unos 30.000 dólares, pero esta empresa pagaba a Rossetti esos 30.000 más otros 50.000 encubiertos. Tras unos meses, la empresa que había comprado el cuadro se lo vendía a otra empresa de Van Loos, Sidall Corporation en este caso, por 70.000 dólares, que eran pagados legalmente por la empresa de Van Loos. La empresa externa había logrado regularizar 40.000 de los 50.000 dólares encubiertos mientras que las empresas de Van Loos se habían llevado 10.000 de comisión que regularizarían en otras operaciones. Las cantidades se calculaban para que no llegaran a los mínimos que obligaran a registrar las obras en los diferentes inventarios de bienes muebles de los países donde iban a residir hasta la siguiente venta. La casi total exención de impuestos de las compañías *offshore* y su absoluta opacidad facilitaban el continuo trasiego de dinero y cuadros. El escrito del policía explicaba, a continuación, que una condición indispensable para que esta ingeniería blanqueadora funcionara era que el objeto de la compraventa nunca pudiera alcanzar un valor suficiente para desequilibrar las transacciones; es decir, debía tener el valor que los blanqueadores acordaran, pero nunca su valor podía ser influido por el mercado del arte, ni por su valor artístico intrínseco. La solución a esto era vender siempre el mismo cuadro repetido, una obra de un artista con presencia en el circuito artístico y que se prestara a clonar las veces que hiciera falta la misma obra, el mismo cuadro, para que nunca pudiera alcanzar el valor de obra única y original. Y aquí aparecía por segunda vez el

nombre de Sara Romero Vázquez junto a una referencia a la fotografía #16 que Gonzalo buscó sabiendo ya lo que iba a encontrar: un lago, una barca, la bruma, los niños sin rostro, el temor. Los cuarenta cuadros iguales de Sara que Sánchez guardaba en su almacén estaban explicados.

Tras esto no le importó servirse la tercera copa de vino y salir tropezando y en calzoncillos a la terraza para respirar un poco de aire fresco. Se apoyó sobre la barandilla y observó las calles desiertas, las luces de las farolas adormecidas casi, las ventanas iluminadas con sombras dentro, yendo y viniendo de las mesas puestas, de las cenas que solo se recuerdan con nostalgia cuando las familias ya no están, los anuncios de la tele gritando de balcón a balcón cada veinte segundos, todas las noches el telediario inventándose un mundo fuera para que diera gusto seguir allí adentro, dejando que las horas se escurrieran hasta las sábanas y algún tictac de despertador. Recordó aquellas noches de verano en el balcón de su casa, de niño. El pequeño de los hermanos aún no había nacido y el mediano tendría unos dos o tres años. En un solar enfrente de su casa ponían un cine de verano y su padre y él se sentaban en el balcón a ver las películas de John Wayne mientras devoraban un bocata de longanizas o de tortilla de patatas. La calle se llenaba de la voz grave de aquel vaquero de cartón piedra y de los aullidos de los indios siempre dispuestos a rebanar cabelleras. Él de cuando en cuando le echaba un ojo a su padre como si quisiera asegurarse de que estaban viendo la misma historia, sintiendo la misma realidad. Movi6 la cabeza varias veces para desprenderse de aquellos fantasmas y de pronto se descubrió una ganas irrefrenables de fumarse un cigarro. Casi se asustó al pensar que hacía más de quince años que había dejado de fumar, pero recordó que aún conservaba junto a otras reliquias un paquete de cigarrillos de su exmujer. Fue a la habitación y rebuscó en uno de los cajones de la mesita de noche. Allí estaba el paquete medio lleno de Marlboro después de más de tres años, como si una glaciación hubiera detenido el tiempo. Junto al paquete también conservaba en aquel mausoleo una de las medias negras que al principio de estar juntos su mujer siempre se ponía con aquel *body* como si fuera un uniforme para el amor; y también se asustó de pensar esto por primera vez. Sacó el cajón de sus guías y se lo puso sobre las piernas para rebuscar mejor. Encontró la pinza amarilla que ella siempre se ponía en el pelo para dormir, la cajita damasquinada en la que guardaba aquellos pendientes con perlas de Manacor, el mechero Bic rojo, uno de los tarjetones de la boda, el frasquito de *kholl* que le compró cuando fueron de viaje a Marruecos y nunca consiguió que se pusiera, la última caja de doce preservativos Durex natural plus que compartieron, de la que solo habían

gastado cuatro. Envueltas con la media también encontró las bolas thailandesas que le compró cuando pensó que la única forma de salvar su matrimonio era interesarla más en la cama de lo que la estaría interesando su amante. Pero aquello no le sirvió de nada, no hubo forma de que se las introdujera, por más lubricante que utilizaron aquello era como un desierto; y esta vez no pudo evitar la risa ante el nuevo pensamiento traicionero. Se metió el paquete de cigarrillos, con el mechero dentro, entre la goma del calzoncillo y cogió con las dos manos todos aquellos restos del naufragio. Fue hasta la cocina y lo tiró todo a la basura sin el menor rastro de indecisión. Luego volvió a la terraza y se encendió con parsimonia el cigarrillo. La primera calada casi le hizo expulsar los pulmones, pero recordó que siendo un niño aún, cuando se enfrentó al rito iniciático del primer cigarrillo, uno de los mayores de la pandilla le explicó que para no atragantarse había que dar la calada con decisión, tragarse el humo como uno se traga la vida, podrían haber sido las palabras de aquel viejo de quince años.

Allí en la terraza intentó rememorar lo que acababa de leer en el informe. Estaba claro que aquel holandés era un verdadero tiburón. Los cuadros idénticos que había visto en el almacén eran solo una de las piezas de la maquinaria que utilizaba Van Loos para blanquear un dinero que, por lo que parecía, provenía entre otras actividades del tráfico de armas. Gonzalo aún no podía entender muy bien cuál era el cometido de Sara más allá de pintar aquellos cuadros. Según aquellos papeles una de las empresas *offshore* estaba a su nombre, pero no le parecía que aquella mujer disfrutara de una destacable posición económica. Si, como le había dicho el anciano, ella estaba muy unida a Van Loos, cosa que ahora le parecía evidente al saber que actuaba como mujer de paja de una de sus empresas, no podía entender que no disfrutara de un mayor nivel de vida, sobre todo pensando en la cantidad de dinero e influencia que podía llegar a mover el holandés. De todo lo escrito allí parecía entenderse que el inspector había obtenido la mayor parte de los documentos e información de alguien de dentro de la organización de Van Loos. Había leído en el escrito transcripciones de conversaciones con alguien que explicaba el funcionamiento del entramado de empresas de Van Loos y cómo junto a sus actividades legales se había construido un perfecto circuito de tráfico de armas desde países del este de Europa a cualquier destino, utilizando para ello el camuflaje de exportación de bienes de equipo e incluso de donaciones de alimentos de alguna de las organizaciones no gubernamentales que controlaba.

Entre los documentos se encontraban mensajes electrónicos impresos en los que se había tachado cualquier indicio de destino o procedencia. La mayoría eran confirmaciones de citas; jueves a las 17 horas en el parque; el jueves no puedo, él estará aquí toda la semana; ¿lo dejamos para la semana que viene?; no puedo más, hoy lo ha vuelto a hacer, me entran ganas de acabar con todo, ¿cuánto va a durar esto?; ten paciencia, para que termine necesito más pruebas. Gonzalo comenzó a tener la certeza de que el informador del policía no podía ser otra persona que Sara. En los listados de transferencias se reflejaba un continuo y abundante trasvase de capital desde la empresa de la que era titular Carlos Sánchez a la de Sara. En sus notas Sanjuán también había dedicado un extenso apunte a estas transferencias. Era indudable que Sánchez y Sara estaban aligerando las arcas de Van Loos y que este no sospechaba nada porque la misma opacidad de sus empresas *offshore* y que estas estuvieran a cargo de testaferros le impedían tener noticias de los movimientos. A Gonzalo no le quedó la menor duda después de leer todo aquello. Sara había diseñado una cuidada venganza contra Van Loos, iba a entregarlo al policía y a quedarse con todo el dinero que pudiera, cosa que no era la primera vez que hacía, pensó Gonzalo recordando cómo también había desplumado a don Salvador. Luego venía una muy detallada narración de cómo Carlos Sánchez utilizaba parte del dinero que le distraía a Van Loos para comprar cocaína al por mayor y venderla al detalle mediante una vasta red de camellos distribuidos por diferentes ciudades. Había fotografías de Sánchez con diferentes tipos identificados por su nombre y el cártel al que pertenecían, otras fotografías mostraban el exterior del almacén de los muelles donde había estado con Alejandro y Tassia. También había otras de Sánchez y Sara conversando en cafeterías o sitios recogidos, siempre mostrando una cercanía de confianza imposible para dos desconocidos. Al parecer Carlos Sánchez era la persona que siempre había acompañado a Sara, su colega de toda la vida, por mucho que hubiera mantenido no conocerla más que de comprarle un cuadro. De nuevo la versión de don Salvador se imponía. Sánchez era el nuevo hilo que debía estirar. Del informe no se podía confirmar si Sara estaba metida en el asunto de las drogas con Sánchez o no. Tampoco si Sara había llegado a algún acuerdo de inmunidad con el policía a cambio de la información, si es que era ella la informante, ¿pero quién podía serlo si no? Se sentó en una butaca y estiró las piernas sobre la mesa de la terraza. Encendió un nuevo cigarrillo con la colilla del anterior y se dejó sentir envuelto en la oscuridad del balcón, jugando a exhalar las bocanadas como si fueran las señales de humo de aquellas películas de indios. Una idea estúpida le vino entre llamada y llamada al cigarrillo, una idea que expelió disfrazada, protegida al principio por su propia absurdidad, pero que luego, envalentonada de sentirse humo y noche y ya la

tercera copa de vino, se fue haciendo grande y apoderándose de su discurso como esas historias que de niños se nos adueñan desde cualquier tebeo o libro o cine de verano, hasta convertirse en más reales que nosotros mismos. Carlos Sánchez se llamaba la idea. Una idea descabellada y estúpida, se rio, contento de sentirse vivo y un poco borracho.

La galería Artemisia estaba situada en la plaza de Santa Margarita, en pleno centro histórico de la ciudad. Una zona llena de cafés donde leer un libro a la caída de la tarde, de tiendas que querían combinar bohemia y modernidad con el despreocupado caminar de los gatos negros por sus calles, librerías de antiguo, alguna galería de arte más y, por encima de todo, la presencia de los sonidos olvidados de los oficios de antes, de los pasos perdidos de siglos y siglos rondando las mismas esquinas, las mismas vidas, el andar leve de cada día apagando los rescoldos del día anterior, la humilde esperanza de que la noche nos pille puertas adentro, sereno y con llave, de que el dolor no nos llegue nunca cuando estamos a punto de gozar. Aunque Gonzalo había pasado por aquella plaza incontables veces y había visto el rehabilitado palacete barroco que ocupaba la galería, lo cierto es que nunca había reparado en ella. Las cosas solo existen cuando las tocas, santo Tomás, pensó un tanto regocijado y pulsó el timbre que había junto a la robusta puerta de madera y cristal que dejaba ver en el interior a una mujer sentada frente a la mesa de recepción. La mujer levantó la vista de lo que la entretenía y lo inspeccionó valorativa para a continuación dirigir su mano derecha hacia el pulsador que abría la puerta. Cuatro metros después Gonzalo saludó con una cortesía desaprovechada a la recepcionista; unos treinta y tantos, pelo cortísimo, al uno como máximo, boca torcida y gesto malencarado que no agraciaba en nada la ambigüedad de su aspecto andrógino. La mujer apenas contestó al saludo con un monosílabo interrogativo; ¿sí?; mientras lo miraba con un hastío un tanto injustificado. Gonzalo se presentó y preguntó por la encargada. La adusta mujer dejó de mirarlo, marcó una tecla del teléfono y por el auricular pronunció un escueto; te buscan, un periodista, dice; y acto seguido de colgar continuó en aquello tan interesante y tan reñido con la amabilidad que estuviera haciendo.

Gonzalo se olvidó de la mujer nada más girarse y dio un vistazo a su alrededor. Se trataba de un amplio espacio rectangular, diáfano, solo interrumpido por una doble hilera de columnas de hierro forjado que marcaban un espacio central en el que cada pocos metros había unos sofás con diminutas mesas auxiliares en las que reposaban diferentes trípticos informando sobre las obras expuestas, adivinó Gonzalo. La decoración era *minimal*, de líneas que se terminaban en ellas mismas sin restar ningún protagonismo a lo que importaba

allí, las paredes discretas, iluminadas con una luz que parecía no provenir de ningún foco, como si se dejara flotar hasta ocupar todo el espacio. De una de las paredes colgaban cuadros de gran tamaño, mientras que los que se mostraban en la pared de enfrente eran de medidas más reducidas. En medio justo de la gran sala, utilizando de eje una de las columnas, una escalera de caracol con los peldaños de madera y la barandilla también de hierro, con el mismo diseño que las columnas, se adentraba en el piso superior. Se acercó a los cuadros para entretener la espera. Llamaron su atención tres de ellos colgados juntos, casi idénticos, del mismo tamaño, en los que aparecía un retrato de un hombre de mediana edad. A Gonzalo le pareció que se reproducía el mismo rostro en los tres, pero no podía asegurarlo. Aquellos rostros estaban desencajados en un dolor o una ira o un miedo insoportables. En aquellas caras predominaban los tonos negros y blancos, tan solo había algún tono rojo en el suéter de uno, un fondo rojizo en otro de ellos, y unas finas líneas de color también rojo que surcaban la cara del tercero hasta perderse en su cuello. A Gonzalo le pareció que querían representar un reguero de sangre. Este último cuadro se llamaba *Suicidio*, el del fondo rojizo *Aparición* y el del suéter *El Grito*. Los firmaba un tal Claudio Goldini. Gonzalo no había oído nunca nombrar a aquel tipo, pero supuso que podría seguir sin conocerlo. A continuación encontró otras pinturas que le gustaron más, o por lo menos le inquietaron menos. Eran también retratos, de dos mujeres esta vez, pero a diferencia de los otros estos estaban pintados en colores más agradables y los dos le transmitían una apacibilidad que agradeció después del recibimiento de la recepcionista y los tres rostros desencajados. El nombre del autor tampoco le sonaba de nada, un tal Peter Sussmann, pero si tuviera que llevarse alguno sin duda sería el que en el cartelito ponía *Joven en azul*.

Cuando ya tenía el cuadro elegido un ruido de tacones comenzó a bajar las escaleras. Se acercó hacia ellas para esperar a la encargada. Lo primero que vio fueron unos zapatos rojos, abiertos, de tacón corto, luego un pie, dos pies, unas piernas que parecían perderse en el piso de arriba y enseguida apartó la vista muy azorado porque ver más hubiera supuesto quedar muy expuesto ante la dueña de aquellas piernas, apenas cubiertas por una volátil falda negra, que cuando volvió a alzar la vista estaba ya a solo dos escalones de distancia mirándole con una risa franca y abierta, que le demostró que ella sabía lo que él había visto, y unos labios tan rojos como los zapatos que se juntaron para dejar la risa en suspenso un segundo y ofrecerle formal y amable una mano cálida que él apenas llegó a rozar mientras intentaba recomponer su triste situación bajo

aquella escalera de caracol que daba vueltas sin fin alrededor de la mujer más bella que nunca jamás hombre como él hubiera visto, por más que esto mismo se lo hubiera repetido a sí mismo tantas veces y con tantas mujeres que nada más aparecer en su universo se convertían en inalcanzables hasta para sus sueños.

—Tú eres la mujer de negro. —De pronto a Gonzalo se le iluminó la memoria. Era imposible olvidar a aquella mujer aunque solo la hubiera vislumbrado reflejada en un cristal durante cuatro segundos.

—Y tú eres el hombre del espejo. —La risa ahora estalló como un abrazo, como un pacto de amistad eterna, como la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

—Creo que no llegó a tanto. —Acompañó las risas de la mujer—. Se quedó en cristal, pero sí que te recuerdo, nos vimos reflejados en el tanatorio. —Intentó no dejarse tragar por aquella risa, por aquellos labios de Jean Seberg esperando ser acariciados por la yema de algún dedo durante noches y noches tras ver *Al final de la escapada*, intentó que no se le agrietaran las córneas al dejarse bañar por aquellos ojos abiertos de par en par, sinceros, sencillos, por el baile de sus brillos ámbar o marrones o pardos o Gonzalo ya no sabía de qué color, e intentó, también, no comenzar a sudar o a tartamudear allí mismo cuando ella acompañando a su saludo se acercó hasta sus mejillas y le estampó dos besos que ya dejaban la formalidad para siempre atrás e inauguraban el tú a tú de las personas cercanas.

—Cierto es. —Sonrió esta vez como una pequeña excusa—. Perdona que saliera así huyendo, pero es que me ponen muy nerviosa los funerales. Nunca sé qué decir. —Lo tomó del brazo y lo llevó hacia uno de los sillones—. ¡Ah!, pero si aún no nos hemos presentado. —La risa esponjosa, la risa que cautiva, la risa como un rasgo de generosidad—. Me llamo Julia, Julia Sanz. —Se cuadró con un gracioso taconazo y volvió a darle la mano a Gonzalo—. ¿En qué puedo ayudarte? —lo preguntó con una dulzura tal que por un momento Gonzalo pensó que le estaba tomando el pelo.

—Encantado, Julia. Mi nombre es Gonzalo Quesada, soy redactor del

periódico *Noticias* y quería conversar contigo sobre Sara Romero para una semblanza que estoy escribiendo sobre ella.

—Claro, será un placer. —La jovialidad de Julia dejó paso a un tono un poco más grave, profesional, como si pusiera sus cinco sentidos en estar a la altura de lo que Gonzalo necesitaba de ella—. ¿Qué quieres que te cuente?

—Me gustaría que me hablaras de ella, cómo era, sobre sus cuadros, cómo la conociste. Vamos, todo eso. —Todo eso, se repitió a sí mismo para convencerse de que todo o nada no podían ser la misma cosa.

—Ven conmigo. —Lo miró con la misma risa en la mirada y comenzó a andar tomándolo otra vez del brazo.

Pasaron por detrás del escritorio de la recepcionista y sin parar de andar y reír Julia se dirigió a ella.

—Francis, me voy con este hombre al depósito. Si no he vuelto en diez minutos ven a buscarme. —Y la risa explotó en los oídos de Gonzalo que ya no sabía muy bien dónde se había metido, si la verdad era broma o solo verdad. Francis dio un respingo como respuesta sin sacar la cabeza del libro donde la tenía sumergida.

Utilizaron un amplio montacargas para bajar hasta el depósito, una sala tan amplia como la que acababan de abandonar. En su mayor parte estaba ocupada por bastidores corredizos similares a los de un archivo, pero estos contenían paneles enrejados donde se colgaban los cuadros. Avanzaron por el pasillo central hasta la letra R y allí Julia apretó un botón para que el panel se deslizara hasta dejar ver las obras de Sara. Había cuatro cuadros de formato grande. Lo primero que llamó la atención de Gonzalo fue la gran luminosidad que irradiaban aquellas pinturas de colores cálidos inundados por la luz del sol que entraba a raudales por una ventana, sin que las lamas de la persiana que se adivinaban proyectadas en sus sombras pudieran impedir su paso. En dos de ellos se veía a una mujer desnuda sobre una cama; en uno en posición fetal; en el

otro, sentada en cuclillas sobre ella; que ocultaba su rostro entre las dos manos. En las dos obras el sol iluminaba aquel cuerpo de rostro escondido, pero había una parte de la habitación oscura, a la que no llegaba aún el sol o quizá no llegaría nunca. Las franjas de sombra de la persiana incidían sobre el cuerpo de la mujer y sobre las sábanas de la cama dibujando unas líneas paralelas que hacían pensar en barrotes. En los dos cuadros la mujer llevaba en el cuello un colgante. Gonzalo reconoció enseguida el amonites.

Los cuadros colgados en el otro bastidor eran aún más luminosos. En uno de ellos otra vez la misma mujer desnuda yacía sobre una especie de sofá junto al alféizar de una ventana. También aquí la persiana con las lamas abiertas dibujaba sobre ella aquellas sombras de barrotes. El rostro de Sara atrapaba enseguida la atención; y el corazón, puede que pensara Gonzalo; del espectador. Su mirada se perdía más allá de la luz y de la ventana, quizá buscando un horizonte que no estaba dibujado en la pintura. La expresión de su rostro era tranquila, no había felicidad ni sufrimiento, no había esperanza ni resignación, pero algo fluía hacia fuera de aquel horizonte plano del cuadro, una sensación íntima de fortaleza, de dignidad. En el último cuadro, muy parecido al anterior, Sara aparecía desnuda de pie junto a la ventana, un tanto adelantada, apoyado en escorzo su costado izquierdo sobre la pared lateral. Las líneas de la persiana se dibujaban muy finas y horizontales sobre su piel, sobre la pared, mientras seguía su mirada perdida en aquel horizonte de luz. Su perfil era suave, dúctil, apenas violentado por las sombras que quizá le impedían salir de aquella habitación.

Julia mantuvo un respetuoso silencio mientras Gonzalo se sumergía en aquellos cuadros y cuando volvió de ellos y reencontró su mirada se dio cuenta de que durante todo el rato aquella mujer no había dejado de mirarlo a él mirar los cuadros, como si de alguna forma quisiera saber lo que estaba viendo en ellos.

—Dan ganas de abrazarla —le salió a Gonzalo del alma sin pensar; e igual sin pensar tampoco a quién tenía ganas de abrazar.

—Todos los que conocimos a Sara hemos tenido ganas de abrazarla en algún momento —sus palabras sonaron serias y ciertas en su rostro ahora sin risa, en sus ojos que miraban con la ingenuidad del que solo cree las verdades de una en

una, con la franqueza de ese abrazo que se había quedado flotando entre los cuadros y ellos.

—¿Sabes?, es extraño. Estos cuadros no tienen nada que ver con los que vi en su casa. Aquellos eran mucho más..., no sé, como más duros, como inhóspitos. Estos también te dejan pensando, pero aquí por lo menos hay luz. —Gonzalo se cortó de improviso como si se hubiera metido en un charco. ¿Qué sabía él de cuadros?

—Sí, tienes razón, no tienen nada que ver. Estos son de su época luminosa. —Otra vez volvió la risa un tanto irreverente a llenar de alegría y complicidad aquel rostro que quizá estaba muy acostumbrado a ser querido al menor de sus gestos—. Cuando empezó a pintar para nosotros tuvo unos años muy buenos. De hecho estos cuatro son los únicos que tenemos, todo lo demás se vendió. Estoy pensando ahora hacer una retrospectiva. Bueno, será algo muy pequeño porque apenas tiene obra, salvo aquellos dos o tres años prácticamente no ha pintado nada.

—¿Y aquellos tan oscuros con unos niños y un lago? —Gonzalo no quiso preguntar abiertamente por lo que quizá más le interesaba.

—Sí, tras la serie de las persianas retomó otra vez la época oscura

—Julia dijo esto sin el menor atisbo de broma—. Es una pena porque lo que vendía era lo otro y también las pinturas de la playa. Ven, te las enseñaré en fotos porque esas sí que están todas colocadas.

Julia se acercó hasta un armario de donde extrajo un álbum de fotografías de gran formato que colocó sobre una mesa para abrirlo por las páginas que buscaba. Gonzalo miró con detenimiento las reproducciones de una decena de cuadros, todos muy parecidos, en los que cambiaba sobre todo el color del mar o de las nubes o de los cielos. En todos aparecía una playa, la orilla de una playa con el mar y el horizonte al fondo. En la orilla siempre una mujer; unas veces desnuda, otras en bikini, otras vestida con ligeras y amplias faldas y blusas

blancas; parecía mirar hacia el horizonte como si estuviera esperando que de allí llegara algo. El mar, las dunas, la ropa de la mujer, estaban pintados con tanto esmero que parecía que el viento los moviera. Alrededor de la mujer se veían como figuras a medio hacer, parecían figuras transparentes, invisibles, de personas, o de la misma persona en diferentes posiciones. La mujer también era Sara.

—Hay siempre algo extraño, como una ausencia. En los cuadros de las persianas también —se atrevió a comentar tras ver las fotografías con detenimiento.

—¡Gonzalo! —Volvió a estallar la risa— Tú tienes tino para esto del arte. Es eso justo lo que ella quería representar. Lo que no hay, lo que no se ve. —Julia parecía entusiasmada.

—Te aseguro que no tengo ni idea de arte. Me sacas de Sorolla, Goya y Velázquez y poco más. —Aquella mujer le provocaba una zozobra placentera, una rendición gustosa a dejarse llevar por su encanto sin preocuparse por una vez de estar o no a la altura requerida para ello—. ¿Qué precio podían tener sus cuadros? —preguntó con inocencia.

—Eso no te lo puedo decir, pero si me invitas a un café aquí al lado te haré una metáfora —acompañó la negativa con una sonrisa tal que parecía estar diciendo sí—. Política de empresa, ya sabes. Solo se habla de dinero cuando el comprador ya está decidido a comprar. —Gonzalo no dudó de que aquel encanto de mujer podía vender lo que quisiera al precio que quisiera. Todas sus palabras venían montadas en el tren de la risa, grabándose juguetonas en su mente a escobazos inmisericordes.

—Acepto el trato. —Y acordándose de Tassia en ese momento, besó la yema de dos de sus dedos. Julia lo miró risueña, en suspenso la mirada durante tres segundos como una aceptación no expresa de que aquello que fuera, sería. Gonzalo pensó que nunca se había atrevido a tanto con una desconocida, que con toda seguridad estaba a punto de hacer el ridículo. Pero se sentía tan bien que no le importó en absoluto.

Salieron de la galería, no sin antes haberse ofrecido Julia a traerle a Francis un café del tiempo cuando regresara, a lo que aquel palo de mujer respondió con tal cariño y actitud que Gonzalo empezó a sospechar que la devoción de *aquello* por su jefa era algo más que laboral.

Justo al lado de la galería estaba el Café de las Horas, un sitio especializado en cafés y tés de todos los países habidos y casi por haber. Estaba decorado con muebles antiguos sacados de los sitios más dispares y afiches de películas de la *nouvelle vague* o de cine clásico americano. Las sonatas de Bach acompañaban el poco movimiento que había a esas horas en el local. Eligieron una mesa redonda alejada de la barra, al lado del ventanal, y esperaron a que les tomaran el pedido mientras Julia saludaba a clientes y camareros. Todo el mundo parecía sentirse encantado con aquella mujer.

Cuando les trajeron el té de jazmín, para ella, y el capuchino, para él, y ambos dieron su primer sorbo, se produjo un silencio como un paréntesis, como una puerta entornada a empezar a hablar de nuevo. Gonzalo se dio cuenta de que tenía más ganas de que hablara de ella misma que de Sara. Se desilusionó un poco al pensar que la única razón que tenía para estar allí con aquella mujer era Sara, que en el momento en que terminara la conversación ya no habría ningún nexo entre los dos, ella volvería con toda su amabilidad a la galería de arte y él se quedaría rondando la idea de aquellos labios rojos y aquella mirada que le rozaría durante días o meses.

—Bueno, tú dirás. ¿Por dónde empezamos? ¿Vas a tomar notas o a grabarme y todo eso que hacéis los periodistas? —Julia se mostraba divertida en su papel de entrevistada. Le encantaba la situación.

—Bueno, no creo que haga falta, prefiero que se me olvide algo para volver y preguntártelo. —Gonzalo se asombró de lo que acababa de decir. Era un auténtico patoso para las mujeres, esa forma de hablar no era suya, pero se sintió feliz de por una vez no ser él.

—Las veces que necesites, siempre que respetes mis horas de sueño. —Le

encantaba el juego, se sentía dueña de la pelota y de las reglas.

—Claro, claro —asintió pensando lo bonito que sería ver dormir a aquella mujer. Julia sacó un paquete de cigarrillos; también Marlboro, confirmó Gonzalo como si no pudiera ser ninguna otra marca; y le ofreció un cigarrillo. Gonzalo declinó el ofrecimiento mientras intentaba eludir el encanto maldito de aquella boca entre humo y comenzar a hablar sobre Sara.

—¿Cómo empezó a trabajar con tu galería, cómo la conociste? —Puede que fueran sus ojos de caramelo o su forma de mirar, como si se asombrara de lo que veía y al segundo sintiera un cariño alegre por ello. Gonzalo intentó concentrarse en lo que le había llevado hasta allí, pero una sensación extraña y cosquilleante le estaba gastando alguna jugarreta.

Julia pareció meditar en lo que iba a responder por unos segundos, dio un par de caladas al cigarrillo, paseó con lentitud su dedo índice por la taza humeante del té que olía a ella, hundió sus ojos por un momento en aquel líquido también ámbar, miró a Gonzalo como suplicándole ayuda; ¿por dónde empezar?; y enseguida le regaló una sonrisa como para tirarse por el tobogán.

—Pues va a hacer ya unos cinco años, pocos meses después de abrir la galería. Un día apareció mi jefe, el dueño de todo esto —acompañó la expresión con un gesto de su mano abarcando desde su hombro derecho al izquierdo y de una risa que parecía burlarse de ella misma. Gonzalo sintió una pequeña punzada entre el esófago y el pensamiento de no querer adivinar si la broma escondía algo más—, y me habló de ella. La había encontrado cerca de la galería que tiene en el barrio de Jordaan, en Ámsterdam, muy tirada, con la vida y la salud jodidas, que se dice. De cómo se conocieron no me preguntes, solo sé que él se enteró de que pintaba y vendía sus cuadros a los turistas, pequeños cuadritos de tulipanes que copiaba de fotografías. Eso para ella no era pintar, pero algo vio mi jefe que le gustó. Él es un enamorado de los artistas, siempre dice que si tuviera alma se la cambiaría al diablo por una buena y pura alma de artista, pero que esto es imposible porque los holandeses no tienen alma. —Su risa a medio camino entre la ironía y el regalo convertía cualquier cosa que dijera en algo encantador—. Bueno, el caso es que él está forrado de pasta y casi todo el dinero que gana vendiendo arte lo dedica a becar y formar artistas. Así que ayudó a

Sara, la alojó en su casa hasta que se repuso y le propuso venir aquí a trabajar conmigo. Un buen día entró con él en la galería y ahí empezó la dura relación entre una galerista y su pintora. —Gonzalo notó un cariño ambivalente en el tono y la sonrisa de Julia.

—¿De qué estaba enferma Sara? —preguntó lo más inocente posible.

—De desorden en las comidas. —Volvió a darle un escobazo de ironía para enseñarle que podía convertirla en un pelele a poco que se desmandara con sus preguntas. Lo miró divertida para ver su expresión bobalicona detrás de esas gafas que querían convertirla en sirena encerrada para siempre en su pecera y continuó su relato como si fuera la única forma de salvarse—. En cuestión de semanas de estar aquí Sara cambió por completo. Estaba radiante e ilusionada en volver a pintar de verdad. Tenía mil ideas, pero que un artista tenga mil ideas no es por necesidad algo bueno, puede ser señal de que no sabe lo que quiere. Y esto era lo que le pasaba a ella. Venía de un vacío absoluto, un agujero negro que tenía que llenar para poder volver a crear y esto no es nada fácil. Los tres primeros meses no pintó nada. Iba de aquí para allá con su bloc de dibujo garabateando ideas, trazos, reflejos de cuando era niña. Casi todas las noches nos veíamos y hablábamos como si hablando se pudieran derribar las murallas de Jericó de aquella cabeza y algo, algún embrión de idea, pudiera empezar a convertirse en lo que fuera a pintar. Pero era difícil, muy difícil, había algo que la bloqueaba, algo que había dentro de ella y que la cerraba por dentro. —Sus gestos, sus pequeños silencios entre dos frases, sus rápidas miradas para corroborar que era entendida en lo que decía, su sonrisa permanente, su risa sorpresa que se recogía en un silencio como de bajar, sus manos acotando los picos de sus frases, sus labios besando el humo al exhalarlo, sus ojos tan honestos que solo podían regalar lo que miraban. Gonzalo no podía seguir sus palabras porque cada una de ellas le lamía toda la soledad que llevaba acumulada—. Recuerdo noches y noches de terminar las dos algo borrachas paseando por las calles, bajando hasta el puerto o a la playa. Sara no podía vivir sin pisar aquella arena cada día. Me decía que allí era el único sitio donde podía tocar a sus amigos invisibles. Yo no le hice nunca mucho caso a esto, ya sabes, los artistas están todos un poco pirados, pero un día me llevó a rastras a la playa, hasta la orilla, y allí me dijo que ya lo tenía, que ya lo había encontrado. Me habló de cosas que no entendía, pero poco me importaba porque sabía que ese motorcito que llevaba dentro se había puesto en marcha, que alguna asociación

imposible de comprender, algún sueño mal recordado o algún olor de esos que nos vienen desde niños, o un amor perdido o un puto dolor de muelas, lo que fuera, había movido algo, la gran losa, y Sara estaba allí delante de mí pensando en colores y en escorzos y en las horas de luz y los verdes del mar o su reflejo en las nubes. Aquella noche la invité a cenar y las dos acabamos borrachas ligándonos tíos en una discoteca. No te puedes imaginar el subidón que significa para alguien que necesita crear algo de la nada poder hacerlo, porque, amigo — se tomó un respiro de su afluencia verbal para reír y sonrojarse un poco gozándose ella misma— la nada no existe, siempre hay algo que nos impide ser nada, y Sara tenía el gran problema de querer ser nada y no poder evitar necesitar crear algo a cada segundo que vivía.

Gonzalo comprendió que era la primera vez que Julia hablaba así con alguien sobre Sara, como si se hubieran abierto las compuertas del verbo y hubieran dejado salir todo lo que su pensamiento había ido discurriendo sobre la pintora en aquellos años. Hablaba con tal cariño de ella, con tal respeto y elegancia, que Gonzalo envidió por unos momentos poder ser en alguna ocasión objeto de las palabras de aquel ser comfortable que se adhería como una caricia a las personas que tenía alrededor.

—Bueno, igual estoy diciendo cosas que no te interesan —se disculpó con dos leves inclinaciones de barbilla—. Tú pregúntame que yo tiendo a la dispersión y me vas a tener que condenar a la hoguera. —Risas, pequeño trago de té, mirada sobre la taza como invitando a una zambullida, lengua saliendo a pasear por el labio superior como para recoger los recuerdos del último beso, el cigarrillo aplastado con delicadeza sobre el cenicero, la huella de su pintalabios en la boquilla y Gonzalo pensando en llevársela distraída a casa, si no a ella por lo menos a la boquilla.

—Claro que me interesa. Por lo que cuentas os hicisteis grandes amigas, teníais mucha confianza.

—Bueno, no sé si se puede decir así. En aquella época estábamos muy unidas. Nos intentábamos comprender, que ya es mucho. Los tíos tenéis la camaradería, pero para nosotras cuando nos identificamos como mujeres creo que es algo más profundo, es como una resistencia, como saberse aliadas ante un

mundo que nos agrede desde siempre. Y te aseguro que a mí el rollo feminista no me va, ni a ella le iba, pero las mujeres eso lo sentimos a nivel molecular, somos como una de las tribus malditas del pueblo de Israel. —Y aquí sí que no pudo evitar la carcajada al verse ella misma embalada en su proclama—. Bueno, bueno, ya me está haciendo efecto el té, no me tomes demasiado en serio, ni en broma. —Cada palabra era una pequeña *matrioska* que escondía los ecos de su propio reírse de ella misma—. Las dos compartimos nuestras historias y, ya sabes, todos tenemos cosas duras que contar, pero ella era especial, yo sé que llegaba un punto donde estaba la nada, su nada, y a partir de ahí ya no se podía seguir hablando, ella se consumía con esa nada allí dentro llena de tantas cosas horribles, como si fueran pesadillas que ella misma se narraba para inferirse un dolor y un pánico secos, sin gritos, sin lágrimas, sin reproches ni suspiros. Era una persona muy fuerte, aunque la gente no pudiera comprender esto. Su dignidad como persona la hacía ser invencible, el problema es que su enemigo era ella misma y no se daba respiro.

—¿Tú crees que se suicidó? —Gonzalo preguntó a quemarropa y Julia sumergió su mirada en la taza durante demasiado tiempo.

—No lo sé, de verdad que no lo sé. Creo que no, creo que ella nunca se hubiera matado en un sitio cerrado. Ella hubiera ido al mar.

—Eres la segunda persona que me dice lo mismo, que ella nunca se hubiera suicidado en un espacio cerrado. —A Gonzalo le pareció más creíble la afirmación de Julia que cuando la escuchó por primera vez. Una vez más el medio era más importante que el mensaje, jugó a pensar.

—¿Quién fue la primera? —Julia concentró toda su atención en la posible respuesta.

—Don Salvador, su tío abuelo. El otro día le entrevisté también. —Se sintió un poco mal porque sabía que le estaba hurtando sus verdaderas intenciones para recopilar información sobre Sara, pero una oscura y profunda cautela le impedía decirle a aquel espectáculo de persona que él era un loco desocupado sin mujer que perdía sus días escribiendo las historias de los muertos que no conocía de

nada, que era un necrómano compulsivo que solo encontraba interés en reconstruir las vidas de los otros mientras dejaba que la suya se adormeciera hasta no sentirse más que como una leve molestia. Por primera vez la expresión de Julia perdió su afabilidad y sus facciones se endurecieron de una forma que Gonzalo hubiera pensado imposible un segundo antes.

—No me hables de ese tipo, por favor. —Su mano rendida y vuelta del revés barrió el aire entre ellos para limpiar de su mente la imagen del anciano. Julia encerró su mirada en los posos del té. Gonzalo comprendió que en las conversaciones de Sara y Julia había entrado la historia que don Salvador le había contado en su casa.

—Perdón, perdón, no quería molestarte. —Sus dedos gatearon nerviosos por la mesa hasta alcanzar la otra cara de su taza—. No podía imaginar que te cayera tan mal.

—No te preocupes, no es culpa tuya, pero solo de oír su nombre me pongo a parir. — Desplegó otra vez su mirada hacia él como pidiéndole a su vez disculpas—. No creo que lo que te pueda haber contado él pueda dar una imagen correcta de Sara. Todos tenemos nuestras mierdas y las sobrellevamos como podemos, pero Sara tenía cosas grandísimas, cosas que la hacían una persona especial, una persona admirable. De eso es de lo que te quiero hablar yo, si buscas carnaza para vender más periódicos, nos olvidamos, ¿vale?

—No, de verdad, no busco nada de eso, yo no funciono así, cuéntame lo que tú creas que debes contarme, lo que te haga sentir cómoda. —Julia se le quedó un rato mirando en silencio, las manos de ambos seguían separadas por el muro de una taza de té, sus ojos se bañaban en él humedeciendo el ambiente como si un vaporizador exhalase pequeñas nubes. Nubes azules, pensó de forma un tanto idiota Gonzalo mientras se dejaba flotar en aquellos ojos de mujer rasurados hasta el alma, sin ningún azul que enseñar. Julia tomó aire con una nueva sonrisa de aprobación y siguió hablando.

—¿Sabes? hablamos muchas veces del suicidio y las dos pensábamos lo mismo, nadie tiene derecho a la vida de nadie, ni para arrebatársela ni para

imponérsela. A ella le parecía vergonzoso que se diera tanta importancia a la vida como una propiedad, como un bien económico, cuando se condena a la miseria y a la desesperación a tantos millones de personas. Creo, y ella también lo pensaba, que cada uno tiene pleno derecho a elegir cómo y cuándo darse el piro de su propia vida. Todo lo demás son morales interesadas. Pero, estoy hablando de cosas que no quería hablar contigo, ¿qué me estás haciendo? —y al decir esto dejó que su sonrisa se meciera con coquetería—, borra todo lo que has oído hasta ahora y volvamos a empezar. Este trozo no vale. Si vas a escribir sobre ella no hables sobre esto, por favor, es muy íntimo y nunca lo había comentado con nadie. ¿Vas a ser legal conmigo? —Gonzalo tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no agarrar aquella mano que se había suspendido a mitad de la mesa para señalarle con un dedo que no acusaba, pero que en cualquier momento podía clavarse en su corazón.

—Palabra de *boy scout* —respondió llevándose la mano abierta sobre el pecho.

—Odio a los *boy scouts* —le segó la hierba bajo los pies—, pero tú pareces majo, así que te creo. —Y escondió el dedo amenazador para desplegar el dedo pulgar en el signo universal de aceptación.

—Bien, seguimos desde que ella y tú os vais a ligar a la discoteca —encauzó un tanto malicioso el relato.

—Seguimos. A los dos meses tenía en su estudio listo para mí el primer cuadro de la serie de la playa. Por primera vez vi algo de ella terminado y debo decir que mi jefe tuvo un ojo clínico maravilloso porque aquella pintura lo tenía todo para lograr una muy buena salida en el mercado y, además, cosa que no es lo mismo, tenía valor artístico. Como le pasa a la gente que vive el acto de crear, comenzó para ella una época en la que su trabajo la absorbió. No tenía tiempo para otra cosa. Cuando quería hablar con ella tenía que ir a verla mientras pintaba. Daba gusto verla tan tranquila, tan satisfecha de cada día. Muchas noches pasaba a recogerla para obligarla a salir de allí y nos íbamos a tomar vinos. Me contaba unas historias tan interesantes, cosas que parecían no tener relación con lo que estaba pintando, pero que estaba claro que eran las que le hacían pintar. Cuando vemos un cuadro tendemos a pensar que lo que hay en él

es lo que el pintor quería que hubiera, pero esto no es tan así, hay todo un proceso, a veces caótico, que lleva de una idea a otra, algo que nace en un punto, pero que nunca se sabe en qué dirección va a dar el siguiente paso. El que crea nunca está seguro de lo que crea, si lo ha creado él o si eso que ha creado lo ha escogido a él, ignorante artesano, para manifestarse. Es la *poiesis*, que se dice, y no estoy hablando de pollas, con perdón. —Soltó una carcajada para burlarse de sí misma.

A Gonzalo se le quedaba el alma boqueando delante de aquella arlequina capaz de doblar las esquinas de las cosas para que no parecieran ni serias ni planas. Julia compungió el rostro entre dos sonrisas y se bebió a pequeños sorbos el poco té que quedaba en la taza. Luego continuó como si nada.

—En ocho meses teníamos obra suficiente para montar su primera exposición. Mi jefe se volcó con ella y trajo aquí gente con mucha mano en el mercado, se publicaron artículos en las mejores revistas de arte, reportajes en programas culturales, lo que te puedas imaginar. El resultado fue que en una semana estaba todo vendido y con lista de compra, algo muy inusual para una primera exposición, teniendo en cuenta, además, que se trataba de una artista que hasta ahora no había llamado la atención de nadie, entre otras cosas porque casi no había pintado nada. Como cierre de la exposición le hicimos una fiesta íntima los más cercanos. Fue algo tan entrañable verla por fin satisfecha con algo que ella había hecho, sentirse por una vez orgullosa de su trabajo, celebrando con todos, riendo, encantadora, como si aquella noche empezara todo de nuevo, como si todo lo malo, todo lo extraño que llevaba consigo, se hubiera borrado para siempre. Pero la gente como ella no sabe lo que es la estabilidad, le es imposible mantener un perfil sin picos ni valles. Después del subidón del trabajo hecho le vino otra vez el síndrome del vacío, del qué hacer ahora, hacia dónde de nuevo. Pasaron muchos meses sin que cogiera otra vez el pincel. Se refugió en su álbum de dibujo y empezó a bocetar sin orden, lo primero que se le venía a la cabeza, pero sin algún objetivo que la ordenara aquello se convertía en un caos imposible de acotar. Pintaba caras sin rostro, cientos de caras sin rostro de mujeres, de niños, de hombres de todas las edades. Cuando le preguntaba qué estaba buscando siempre me respondía; lo que no se ve; como si con eso bastara para explicarlo todo. Intentaba que no se sintiera presionada, lo que menos me importaba eran los cuadros que pudiera pintar, no quería que se volviera a desmoronar, que volviera a encerrarse dentro de su propio vacío. Un día le dije,

un poco a la ligera, la verdad, que lo que no se veía tampoco se podía pintar y ella se quedó en silencio, mirándome como si acabara de decir una idiotez, y con su tono más amable me respondió que estaba equivocada, que eso era lo único que se debía pintar. Como ves, era un diálogo imposible.

Julia hablaba como si estuviera contando una leyenda antigua, puntuaba sus palabras con miradas que iban y venían de la taza a Gonzalo y a sus manos parapetadas tras la taza. A veces, durante una milésima de segundo, entornaba tanto los párpados que parecía que las frases se habían dormido, pero en cuanto reordenaba las palabras que seguían, su boca, su sonrisa, y sus ojos se abrían a la vez y buscaban con celeridad de nuevo la mirada de Gonzalo, como si quisieran estar seguras de que allá donde se dirigían iban a ser bien recibidas. Gonzalo no se atrevía ni a pestañear detrás de sus cristales porque tenía miedo de que al menor gesto o movimiento en falso aquel encantamiento se evaporara y lo dejara ciego para siempre, sin aquellos ojos ámbar, sin aquel sonido que lo atrapaba en una placentera lisergia.

—No sé si algo se rompió entre las dos en aquel tiempo, pero ya nunca volvimos a estar tan unidas. No había mal rollo, no, eso era imposible con Sara. Ella se ponía en modo *off*, cortaba los canales de transmisión. Era capaz de hablar contigo de forma cortés y educada, pero tú notabas que estaba tan lejos de ti que nada de lo que te dijera podía significar nada. Intenté alguna vez sacar el tema, preguntarle si le pasaba algo conmigo, pero me miraba como si estuviera planteando algo absurdo y seguía hablando de cosas intrascendentes. Seguimos quedando muchas noches, hablábamos de arte muchísimo, pero cada vez que intentaba llevar el tema cerca de su trabajo ella lo rehuía. Un día me llevó a su estudio y me hizo cerrar los ojos mientras me ponía frente a un lienzo cubierto por una sábana. Yo bromeé preguntándole si me iba a enseñar el retrato de Dorian Gray, ella se rio y me contestó que cómo lo había adivinado. Cuando abrí los ojos tenía ante mí su nueva pintura. Era un cuadro muy parecido a los que has visto antes, los de las persianas. Se veía a una mujer sobre una cama, media habitación en penumbras y la otra mitad iluminada por el sol que se filtraba por una ventana lateral proyectando las sombras de una persiana sobre el cuerpo de la mujer tumbada de espaldas y con las piernas muy abiertas mostrando su sexo depilado. Aunque no se podía distinguir su rostro porque estaba en la zona de sombra, yo supe enseguida que se había tomado a sí misma como modelo. Sara me dejó observar el cuadro con tranquilidad. Yo no le hice ningún comentario,

solo intenté aprehender aquella imagen, ver qué coño había querido pintar. Nunca mejor dicho lo de coño. —La risa cómplice intentaba quitarle peso a una palabras que Gonzalo sintió pesadas en aquel paladar velado para él—. Cuando la volví a mirar noté que ella no estaba interesada en absoluto por mi reacción, le importaba un comino lo que yo pudiera pensar de su pintura. Y eso, la verdad, me pareció muy bien, porque solo su seguridad en lo que hacía podía permitirle pintar. Ambas nos quedamos mirándonos en silencio unos segundos, hasta que ella se acercó y me tomó ambas manos. Me dijo; ¿ves como sí se puede pintar lo que no se ve?; y me besó en los labios. Era una mujer que enamoraba desde su desvalimiento. La veías tan débil y perdida, y un segundo después algo en ella crecía como desde la nada, desde muy dentro de ella, y se apoderaba de ti.

—Pero —Gonzalo titubeó antes de seguir—, ¿os enamorasteis? —su misma pregunta le hizo palpar y enfebrecer.

—No estaba hablando en ese sentido, los hombres siempre tiráis por la misma senda. —Esta vez su tono fue un poco burlón y enseguida su voz volvió a sonar divertida, pero a Gonzalo se le clavó como una suspensión eterna—. No hubo nada entre nosotras, pero te aseguro que por mi parte lo podría haber habido. Yo me enamoro de las personas, no de los sexos. —Su mirada se detuvo tan expresiva sobre los ojos de Gonzalo que este se alegró como un niño de pertenecer a la especie de las personas, más que nunca lo había hecho en su vida.

—*Sorry, sorry*, tienes razón, siempre nos puede la calenturienta imaginación. —Siempre, siempre, pensaré en ti como en una persona, se juramentó las veces necesarias para creerse a sí mismo.

—Si me vuelves a llamar *zorry* me levantó y me voy. —Esta vez la carcajada fue tal que varias cabezas de las mesas ya ocupadas a aquella hora de la tarde se volvieron interesadas hacia ella, que al ver la cara de estupefacción de Gonzalo tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la compostura—. No me hagas caso, es que he sacado este puto carácter guasón de mi padre, no lo puedo evitar. Bueno, sigamos con la historia. Nos fuimos a beber vino y a hablar de sus nuevas pinturas, de aquello que había pintado que no se veía.

—Lo invisible.

—Sí, Gonzalo, lo invisible. Tú antes lo has anticipado cuando has hablado de una ausencia al ver sus cuadros. Es complejo de explicar desde el punto de vista de ella, que al fin y al cabo es lo que cuenta. Yo te podría hacer ahora un análisis filológico y dejar que los conceptos y las reducciones ocultaran lo que ella quería expresar, pero incluso enfocar su pintura como un intento de expresión, por muy contradictorio que parezca, es alejarse de lo fundamental, de la esencia de lo que a ella la movía. Estos cuadros, junto a los de la playa, pero sobre todo estos, explican el punto álgido de una lucha que ella tuvo durante toda su vida.

—Me estoy perdiendo, no sé si estamos hablando de pintura, de psicología o de psiquiatría —se sinceró Gonzalo—. De ninguna de las tres cosas tengo mayor idea, pero a mí no me ha parecido ver lucha en sus cuadros. Al contrario, he visto en los de hoy luz y en los de su casa vi lo contrario, oscuridad, desangelamiento. Es lo que me pareció.

—Sí, sí, eso es lo que hay en superficie, eso es lo que se muestra en primer plano, pero ambas impresiones reflejan unos códigos que están informando sobre algo que fue desgarrador para ella, algo que no se exteriorizaba, pero que los que la conocimos en su faceta de creadora pudimos comprender. Sara necesitaba salir de sí misma, romper la oscuridad que la tenía atrapada, iluminar el negro vacío interior que se había apoderado de ella. Necesitaba volcarse en un lienzo y verse rodeada de luz, pero dentro de ella la luz se encontraba amordazada, metida en un saco. Estuvo muchos años sin poder pintar porque no tenía nada en absoluto que pintar. Era algo patológico, una especie de bloqueo interior que la hacía paralizarse en cuanto cogía el pincel, en cuanto intentaba plasmar lo que veía en su interior. Imagínate la impotencia que podía provocarle esa imposibilidad, intenta ponerte en el lugar de alguien que piensa una palabra, pero cuando va a decirla es incapaz de articularla. ¿Has soñado alguna vez que intentas andar, pero no avanzas porque tus piernas no pueden desprenderse del aire que las rodea o se encuentran atenazadas por algo indefinido? Mucha gente piensa que su vida desordenada le impidió triunfar como pintora, pero fue justo al revés, fue la imposibilidad de desprenderse de ese vacío interior lo que la llevó a vivir como vivió. Necesitaba huir de aquel vacío terrorífico, de aquella luz negra que lo apagaba todo.

Julia había perdido la sonrisa por completo, hablaba ya sin pausas y sin tonos. Su mirada brillante no se enganchaba en la de Gonzalo ni se entrecerraban sus párpados entre frases, se mantenía fija en la taza vacía que ahora cubría con las dos manos.

—Tenía una técnica tan impresionante que podría haber pintado cualquier cosa, pero era una persona de esencia honesta e íntegra. Yo le aconsejé mil veces que siguiera con su línea de la playa, o incluso con la de las persianas. Eran cuadros que se vendían y que además hablaban de ella como pintora, de su proyecto. Hay artistas que hacen junto a sus marchantes un estudio de mercado antes de sacar una serie, pero ella no me hizo ningún caso, ni a mí ni al jefe, iba a su puta bola y yo, en el fondo, la entendía.

—¿Y los cuadros de su casa, los de los niños sin rostro?

—Esos muestran el resultado de su lucha, de su derrota. No consiguió la luz, no consiguió salvarse de sí misma. Se quedó encerrada en la sombra, en la falta de identidad, en el miedo, lo invisible se apoderó de ella.

—¿Pero qué era lo invisible?

—Ella me hablaba de voces, de historias, de sueños y pesadillas que se repetían, de miedos infinitos a que las cosas fueran reales o ficticias. Me hablaba de su infancia, de una educación rígida y unos padres inaccesibles a su sensibilidad, me hablaba de un sentimiento de no pertenencia a nada, a nadie, de una soledad terrible, de un dolor terrible. Pero siempre me lo contaba de forma que no parecía estar hablando de sí misma, parecía hablar de una tercera persona. Ella lo llamaba su amigo invisible.

—¿Una especie de duende? —Gonzalo se atrevió a que la pregunta entrara de puntillas en la conversación. Julia se detuvo en seco y volvió a mirarlo durante un rato en silencio, como si lo estuviera reevaluando. Luego su sonrisa lo volvió a inundar todo, sus ojos se bañaron en los de Gonzalo hasta apoderarse

de ellos y sus dos manos se alzaron en el aire apuntándole como sendos colts del cuarenta y cinco hasta dejarlo con la boca abierta una vez más.

—Tú sí que eres un duende, amigo. —Y como si no hubiera cruzado la frontera impasible que hasta ahora había marcado entre ellos la taza de té, continuó hablando sobre la pintura de Sara—. Pintar todo eso sin convertirlo en narrativo, mostrarlo de una forma sutil no denotativa, es muy difícil, pero ella lo consiguió con los cuadros de la playa, donde la luz y el horizonte son algo que se proyecta a partir de la figura de la mujer, de ella. Cuando estas pinturas se observan con detenimiento, cuando el espectador se deja impregnar por ellas, se da cuenta de una forma sensorial, sensitiva, de que es la mirada de esa mujer la que construye el horizonte, la que difunde la luz que da vida a las dunas, al mar. Todo es luminoso, vibrante en su quietud, pero todo a la vez se muestra hueco, como si lo que vemos tuviera un doble fondo, algo que nos impide atrapar esa luz y ese horizonte porque en realidad —aquí Julia hizo una pausa como para coger a Gonzalo de la mano y que no se quedara atrás— ese horizonte y esa playa y esa luz son lo que no existe, son un deseo, un delirio que intenta escapar de otra realidad, de una materialidad contundente que la pintora ha elegido pintar como algo evanescente, difícil de captar, casi invisible. Esto es el foco principal del cuadro y no la luz o el horizonte. Se trata de figuras apenas esbozadas que ni siquiera se distinguen si no se observan con atención. Parecen figuras humanas, pero bien podrían ser criaturas dantescas...

—Fantasmas...

—Llámalo así, pero el problema de nombrar a las cosas es que quedan atrapadas por su nombre. Yo siempre las he llamado figuras o transparencias, prefiero este término porque es más neutral aunque parezca menos explicativo.

—¿Pero esas transparencias qué eran?, ¿qué quería decir con ellas?

—Ese es el principal problema, Gonzalo. Intentar traducir una expresión a nuestro lenguaje, buscar una literalidad que nos reconforte y nos explique algo que solo tiene que funcionar a nivel de impresión, de sentido.

—Pero tú estás intentado explicarme sus cuadros —protestó Gonzalo un poco incómodo por no poder asirse a algo cercano y estable.

—Es que yo vendo cuadros, amigo. —Volvió la carcajada que le quitaba importancia a todo y a la propia risa—. Bueno, la cuestión es que Sara consiguió expresar lo que ella sentía, fuera lo que fuera, —arqueó las dos cejas como si fueran columpios invertidos— y, a la vez, logró obtener unas imágenes potentes que atrapaban al espectador y le provocaban una sensación ambigua, que en un principio parecía agradable, pero que al final lo conmovía. Y, esta es mi humilde idea, el arte solo es arte cuando conmueve.

—¿Y los de las persianas?

—El gran mérito que tienen esos cuadros es que han conseguido abstraer más aún la idea de ausencia, de invisibilidad de lo que se está mostrando. Para ello utilizan un tema que puede parecer bastante banal y en su superficie tan solo figurativo, incluso pueden recordar a Edwar Hopper u otros autores, pero no tienen mucho que ver. Los de Hopper hablan de soledad, pero estos dan un pequeño giro, no hablan de soledad interior, ni de tristeza o melancolía, tampoco hablan de algo que se pueda evocar alrededor de la figura de la mujer, sino de algo que se representa sin verse, algo que está ausente en el interior, no en el exterior. Una mujer desnuda en diferentes posiciones bañada por una luz que entra por una ventana. Nada más. Pero luego, al escarbar, van apareciendo cosas. Las sombras de las lamas que figuran como barrotes que encierran el cuerpo de la mujer. Su rostro, su identidad, la idea de sí misma como ser humano, sumergido en las sombras de la habitación; su sexo, casi siempre visible en primer plano, iluminado por el sol, reproducido con un nivel de detalle hiperrealista, parece ser un contrapunto al rostro, como si la cosicidad de un cuerpo se hubiera impuesto a la racionalidad o a la sensibilidad. Todo el conjunto debería transmitir sensualidad, delicadeza. Un apacible y bello cuerpo de mujer que reposa bajo la luz tamizada del sol. Pero algo dentro de nosotros se pone a funcionar y nos deja un regusto amargo, desapacible, una especie de incomodidad filtrada, un goteo de desazón, porque lo que en realidad estamos viendo es la negación de esa mujer, la imposibilidad, la ausencia de sí misma. Bueno, esta serie fue otro bombazo. Pintó quince y nos quedamos cuatro como inversión. El resto los vendimos sin exponerlos siquiera, sin ninguna clase de

promoción, solo enviando fotos de los lienzos por orden de lista de espera. La cotización se dobló, por primera vez Sara era una pintora con cierto caché en el mercado y un futuro bastante sólido. Todo funcionaba, todo estaba bien, pero el vacío que ella tenía dentro no se podía llenar con éxito ni reconocimiento. Esta vez ni siquiera demostró una alegría especial, ni permitió que celebráramos nada. Al contrario, se fue encerrando más en sí misma, empezó a alejarse de mí, a rehuirme incluso hasta el punto de solo vernos lo imprescindible para las cuestiones administrativas. Aquellas charlas y complicidades se terminaron, pero esta vez yo no me quise sentir culpable, tenía muy claro que era su decisión y la respeté. No le volví a insistir. Ella sabía que me tenía allí para lo que quisiera, pero tenía que querer. No es que le volviera el bloqueo, siguió pintando sin parar, pero al poco dejó de utilizar el estudio y solo pintaba en su casa o en la playa. ¿Cómo se puede explicar que alguien se vaya a la playa para pintar esos cuadros sin luz, esos niños sin rostro, ese miedo que brota como un sarpullido del lienzo?, ¿cómo entender que en el mismo sitio donde pintó aquellos cuadros tan luminosos de la playa ahora pintara niños que parecían muertos en la más sobrecogedora oscuridad?

—La época oscura —señaló Gonzalo más por darse un respiro que por aportar algo. Julia parecía afectada por lo que había supuesto el cambio de la pintora, tanto con respecto a ella como a su pintura. Sus sonrisas le salían ahora como ahogadas, eran simples apuntes de un gesto que no se llegaba a producir—. ¿Pero, por qué los niños y la barca?

—Al parecer todo venía de un sueño que se le repetía desde pequeña. Nunca me lo llegó a contar. Otra vez tenemos la falta de identidad en los niños sin rostro, el encierro en su confinamiento en un espacio irreal, en una barca que podría ser la de Caronte cruzando la laguna Estigia. —La cara de Gonzalo denotó que si alguna vez había conocido la historia hacía mucho ya que la tenía olvidada—. Como te decía antes, en estos cuadros se muestra el resultado de una lucha. La oscuridad, el vacío, había vencido a la luz. Sara se había rendido, no quería nada más, ya no le importaba crear, solo quería dejarse ir pintando sus niños muertos sin rostro. Todos los cuadros eran iguales, repetía el mismo cuadro una y otra vez en una seriación que ya se ha hecho muchas veces, pero más en arte no figurativo que en figurativo. Si su obra anterior lograba un extrañamiento latente en el espectador, algo que construido desde la normalidad se transformaba en una sensación de desasosiego; ahora el impacto era

inmediato y demoledor, el desplazamiento de sentidos y significados daba paso a un sobresalto, a una subversión de esa normalidad que llevaba más al surrealismo que a otra cosa. Había más fuerza, pero menos profundidad.

Gonzalo estuvo a punto de comentar que había visto uno de esos cuadros en el despacho de Sánchez, pero algo le hizo contenerse. Se sintió ruin y canalla por no corresponder con la misma confianza con la que lo estaba tratando aquella mujer, pero su prudencia de siempre le impedía abrirse a aquella sonrisa, a aquella mirada que abrazaba.

—Yo los vi en su casa la noche que murió y la verdad es que me impresionaron. Sé que esto es una tontería, pero su rostro muerto me recordaba a los de los cuadros. —Julia dejó de mirarle durante un buen rato mientras se concentraba en despedazar una servilleta en minúsculos trozos.

—No pintaba nada más, solo el puto cuadro una y otra vez. Lo mandó todo al carajo, su carrera y su vida. Nosotros intentamos controlar aquello, nos quedamos con todos los cuadros que pudimos porque sacarlos hubiera hundido su cotización.

—¿Tan malos eran?

—No, no es eso. Ella había creado un estilo definido. Esto es quizá lo más difícil para un artista, tener su impronta, ser reconocido nada más ver un cuadro suyo. Piensa en Picasso o Chagall o Tàpies o tantos otros. Uno de los valores que ha de tener un artista es la originalidad. Eso es lo que vende en el arte contemporáneo. Estos cuadros tenían calidad, tenían un mensaje propio, pero se parecían demasiado a otras cosas que se hacen por ahí. Suponían una ruptura con todo lo anterior que ella había logrado, un retroceso. La obligación de un buen marchante es cuidar la carrera de sus pintores, dosificar y orientar su obra para que forme un conjunto único. Mi jefe y yo pensamos que lo mejor era esperar, que se le pasaría la obsesión con los niños y volvería a retomar el buen camino, pero nos equivocamos. Desde entonces solo pintó el maldito cuadro una y otra vez.

—¿Tu jefe se llama Van Loos, verdad? Me han dicho que es un hombre muy influyente —Gonzalo aludió por primera vez a Van Loos con todo el cuidado posible. Aquella mujer estaba resultando una fuente de primer orden y no quería que se le cerrara por querer ir demasiado lejos.

—Mi jefe es una persona increíble. Hizo muchísimo por Sara y por muchos más, entre ellos yo misma. Es un gran entendido de arte, creo que es lo único que le apasiona en esta vida. Lo sabe todo sobre los prerrafaelistas.

—¡Ah! —contestó Gonzalo como si saberlo todo sobre los prerrafaelistas explicara a una persona—. No sé si pecco de indiscreto, pero me encantaría saber cómo te ayudó a ti. —Julia desplegó una de sus sonrisas para que Gonzalo se sintiera acariciado por ella.

—Eso ya formaría parte de otra entrevista. Sobre mí, no sobre Sara. ¿Quieres sacarme en tu periódico? —Gonzalo se maravillaba de ver cómo aquel encanto de mujer era capaz de burlarse de uno y arroparlo con todo el cariño a la vez. Convertía cada palabra, cada mirada, en un juego que lo estaba atrapando hasta el fin.

—Bien, es una buena idea. Concertaremos otra entrevista. —Y él, que nunca reía, se observó riendo sin freno cabalgando en las risas de ella. De pronto reparó que en los últimos días se había reído más que en los últimos tres años y se sintió tan feliz, tan libre, tan sano, que empezó a aplaudir como un niño al que le han dado un regalo, hasta que volvió en sí y recuperó de nuevo su férrea compostura. Julia no podía parar de reír, aquel Rompetechos le hacía una gracia insuperable. Gonzalo escondió las manos bajo la mesa para que no las hallaran culpables de los aplausos, pero al segundo una fuerza irresistible las arrastró hasta el centro de la mesa, justo a un centímetro frente a la taza abrazada por las dos manos de Julia. Bastaría con mover el dedo índice para acariciar cualquiera de aquellos dedos de impecables uñas rojas, bastaría un movimiento para cubrir aquellas manos, entremezclarse con su aliento, aquellas risas, aquellos ojos. Pero no tuvo valor.

—Creo que me tengo que ir, Francis estará esperando el café que le prometí.

—Gonzalo rezó para que aquel rato no terminara nunca o no hubiera ocurrido jamás, porque sabía que aquel nerviosismo en el estómago, aquella ilusión que volvía, siempre acababa haciendo daño. La tarde se estaba yendo y el local se había llenado de gente y de humo. Las partidas habían sido sustituidas por el *Fast car* de Tracy Chapman que sonaba más alto para que no lo ahogaran las conversaciones. Pero él no escuchaba más música que los cantos de sirena de Julia.

—¿Y la metáfora? —Intentó hacer trampas para alargar el momento.

—¡Ah!, sí, la metáfora. —Se quedó mirándolo muy despacio, con una gravedad en el rostro que no había mostrado en toda la conversación—. ¿Qué es lo que estarías dispuesto a dar por lo que más deseas en este momento? —Gonzalo se puso rojo solo de pensar que ella pudiera adivinar qué era lo que más deseaba en esos momentos. Estaba a punto de volver a boquear cuando ella lo sacó del apuro al no esperar por su respuesta—. Un cuadro no tiene precio, vale lo que alguien está dispuesto a pagar por él. En el caso de Sara digamos que osciló entre el medio millón, el que menos de la serie de la playa, a los dos millones, el que más de la serie de las persianas. Ahora se podrían triplicar. El mercado del arte es una gran mentira que mueve mucho dinero. Date cuenta de que estamos hablando de una artista menor, digamos del *pret à porter* del arte. La alta costura se mueve en otras plazas que yo no toreo. Por ahora —y acompañó la chulería con un pase de pecho de su mano derecha que hizo que Gonzalo estuviera a punto de humillar el hocico para dejarse clavar el estoque de aquella mujer hasta la cruceta.

—Esa es otra buena metáfora, pero como siempre te veo toda de negro no sé si toreas o corneas. —Se lanzó con la intrepidez que solo los muy tímidos pueden aparentar a veces. Julia se alborozó entre carcajadas y esa mirada de picardía que jugaba a derribar todo lo que se le pusiera por delante.

—Toda de negro no, las bragas no son negras, como tú sabes bien. —Aquella mujer disfrutaba viendo a aquel hombre aturdido, inseguro, haciendo pinitos delante de ella para parecer todo lo contrario sin conseguirlo. Le encantaba jugar con él, ver cómo aquel grandullón un tanto apretujado de kilos y dioptrías era capaz de hacer cabriolas intentando ser como no era para ganar un premio que

no entraba en concurso, si acaso se regalaba. Cuando se regalaba—. Te dejo que me invites, que me lo he ganado. ¿Quieres mi móvil por si se te ocurre preguntarme algo más?

Gonzalo no se recuperaba de una impresión y le impactaba otra. Iba a decir que por supuesto que quería su móvil, pero un pánico tremendo se apoderó de él al pensar que si tenía su móvil no iba a poder vivir sin llamarla. También tenía la certeza de que Julia era de esas mujeres a las que había que vestirles el deseo de juego y adivinanza, nunca de ruego. Sin saber cómo, le vinieron a la mente unas palabras de Alejandro y se escuchó adaptándolas a la situación.

—Prefiero que no, porque si me lo das luego querré más.

Por primera vez en toda la tarde Julia pareció descolocada por un segundo, pero enseguida reaccionó con una de sus sonrisas más cautivadoras y sin decir palabra se fue hasta la barra para encargarse del café de Francis. Cuando Gonzalo se volvió para buscarla ya no estaba en el local.

Pasaron tres semanas y dos cenas en El Molinón hasta que Gonzalo pudo convencer a Ramos de su plan. Al principio todo fueron discusiones telefónicas, rotundas negativas y manos a la cabeza, pero en el momento en que menos se lo esperaba, tras el segundo orujo de la segunda cena, se sorprendió y casi se asustó cuando Ramos, de repente y sin venir a cuento de la conversación, le anunció que harían lo de Sánchez, pero tal y cómo él le iba a explicar.

Antes de eso las tres semanas habían transcurrido sin ningún avance en ningún sentido. En el periódico la actividad parecía languidecer a medida que se acercaba el verano y él, en particular, intentaba afrontar el ostracismo al que lo estaban sometiendo con el ánimo más estoico posible. Su gran libreta con el nombre de Sara en la tapa seguía con todas las hojas en blanco, apenas había escrito en unos folios sueltos varios esquemas a partir de las notas que había recogido hasta entonces. Tenía todo un esqueleto a punto de encarnecer de palabras, frases y prótesis de ilusiones, pero no podía empezar a ello hasta que no hubiera completado el mapa de la vida de Sara. Un mapa donde el norte lo tenía que señalar el relato de Alejandro, pero este cada vez que se veían le daba largas y excusas, le decía que tuviera paciencia, que lo de Sara y él no se escribía en dos ratos. Se acostumbraron a quedar cada pocos días en La Peseta para luego acercarse hasta el Ponto Final. Se cogieron cariño y confianza para hablar de cosas que nunca habían hablado antes con nadie. Hablaron de sus padres, el peluquero y el fotógrafo, de sus infancias, los miedos y los juegos, de sus ilusiones, las perdidas y las soñadas, y de todo aquello que se puede hablar entre copas y nostalgias. Gonzalo descubrió una gran sensibilidad ahogada en hectólitros de alcohol. Alejandro descubrió una invencible voluntad de vivir sepultada en toneladas de indecisión. Podían hablar de cualquier cosa, menos de Sara. Cada vez que Gonzalo intentaba sonsacarle algo a Alejandro, este utilizaba su socarronería característica para decirle; calma, tío, calma, que todo llegará. Gonzalo tenía serias dudas de que Alejandro estuviera cumpliendo su parte del trato, pero Tassia le aseguró que se pasaba todo el día escribiendo en su habitación; el muy capullo se ha creído que mi cama es su despacho, me tiene ya hasta el coño; que estaba desconocido y que hasta su madre se preocupaba de verlo tan tranquilo, tan a lo suyo sin meterse en problemas y batiendo el record mundial de días sin que le tocan la cara; a este hombre se le ha aparecido un

santo; decía que decía su madre. Las veces que Tassia los acompañaba todo era más divertido. Las risas de la muchacha, sus chistes gruesos y provocaciones mantenían a Gonzalo en vilo, con una ebullición de deseo y represión que le ponían las sienes y la bragueta a punto de estallar. Tassia lo miraba burlona desde detrás del juego; cuando quieras estoy aquí; parecían decirle aquellos iris negros que jugaban a pillarle los deseos, pero respetaba los incomprensibles tiempos y negaciones que aquel hombre se imponía a sí mismo. Cada vez que iban al Ponto Final Alejandro le preguntaba a Mauro si había aparecido Alcides por allí. Mauro le respondía que no lo había visto desde entonces y ya todos le llamaban Alcides a aquel hombre, fuese quien fuese. Alejandro enseguida cambiaba el tercio como si no le importara demasiado ya, pero Gonzalo había aprendido a distinguir cuando Alejandro rumiaba por dentro, como si sintonizara dos emisiones a la vez.

No había querido grabarlo, pero recordaba el número de teléfono de la galería de arte de tanto marcarlo en su móvil para enseguida pulsar el botón de borrar en lugar del de llamar. Era un ejercicio de autotortura que se imponía para desterrar durante unos minutos la imagen de aquella risa de carmín rojo que lo acompañaba mostrándole que el mundo podía ser tan bonito como las palabras de aquella mujer marcaran. No se entendía a sí mismo, solo tenía que estirar la mano para alcanzar lo que ella le había ofrecido; ¿le había ofrecido algo?, ¿se lo estaba imaginando de tanto desearlo?; pero sacaba su compás de trazar círculos excéntricos que le dibujaban lo posible de imposible, que lo protegían del riesgo que suponía anhelar algo que pudiera luego convertirse en otra pérdida, en otro dolor. El verano estaba allí con sus ombligos salteadores y las imágenes del deseo. Los escarceos traviosos de Tassia y la foto *finish* de aquellas piernas bajando una escalera de caracol lo envolvían en un suplicio indolente que le pellizcaba interminable desde el insomnio hasta el nuevo anochecer, odiándose por no ser capaz de plantarse delante de ella; ¿de cualquiera de las dos?; y marcarle a fuego su deseo en los labios.

Ramos escuchó entre atento y guasón las nuevas cuitas de su amigo. Para él estaba claro que el hecho de que su sónar sexual se hubiera despertado era una muy buena señal de que su destierro sentimental había concluido, de que ya estaba dispuesto a olvidar del todo su eterno duelo por el amor perdido y necesitaba con urgencia descargar las toneladas de residuos seminales almacenados en su libido.

—Muchacho, los hombres cuando vamos cumpliendo cierta edad necesitamos ejercitar el pito para prevenir los problemas de próstata. Yo no tengo problemas en acudir al mercado, pero tú eso lo tienes descartado, dados tus antecedentes familiares. Así que, ya sabes, pájara que vuela a la cazuela, no te andes con remilgos, picha floja.

Gonzalo no podía convencer a Ramos de que no era un problema fisiológico o de profilaxis, sino de encontrar alicientes para llevar los días a cabo, para no sentirse un burócrata encajando minutos en casillas vacías. Tampoco tuvo oportunidad de explicarse mucho porque cuando comenzaba a hacerlo Ramos se bebió de un trago el segundo orujo y le interrumpió sin preámbulos.

—Tu idea de tenderle una encerrona a Sánchez solo puede funcionar si él se siente acorralado. No será suficiente con que el abuelo le intente sonsacar a cambio de venderle el cuadro, entre otras cosas porque no se convencería hasta que lo viera y, en ese caso, le contaría cualquier cuento. Es necesario que se sienta atrapado y, para eso, tenemos los instrumentos. La información del dossier nos deja bastante claro que utiliza la empresa OnShop para traficar, también nos deja muy claro que tu amiga la pintora y él estaban desplumando a Van Loos, desviando fondos de sus empresas *offshore* a cuentas bancarias fuera del alcance del holandés. En realidad lo que tenemos no llega a pruebas que puedan ser concluyentes para un juez, pero sí que en manos de Van Loos supondrían algo bastante peor para Sánchez. Hay que atacarle por ahí.

—¿No crees que la muerte de Sara se pueda deber a que Van Loos hubiera descubierto el desfalco?

—El camino del dinero hasta llegar a Sara siempre pasa por Sánchez. Si Van Loos supiera algo te aseguro que Sánchez no estaría de rositas, habría tenido un accidente parecido al de Sanjuán. —Ramos levantó su chupito vacío en una mano con dos dedos extendidos para que les sirvieran otra ronda, luego se mesó la barba para reflexionar—. Si Sánchez sigue en danza solo puede ser porque Van Loos aún no sabe nada o, si lo sabe, porque está esperando a averiguar dónde han puesto la pasta. Cosa que nosotros tampoco sabemos.

—Según el dossier la última pista es la empresa que estaba a nombre de Sara, Rossetti, aunque supongo que de allí se habrá desviado a otras cuentas.

—Sí, esa es una de las cuestiones que nos tiene que aclarar Sánchez. Primero lo dejaremos con el abuelo, que hablen a ver lo que sale, le pondremos un micro para grabarlo todo. Si la cosa se pone mal allí estaremos tú y yo y el Alejandro ese para intervenir.

—¿Alejandro?, ¿quieres que vaya Alejandro también? —A Gonzalo no le pareció muy buena idea—. No sé si la cosa saldrá bien con él, es un poco imprevisible.

—No te preocupes, lo controlaremos. Quiero que esté para comprobar alguna cosa, ya te lo explicaré después de que suceda, que si no me contaminarás el experimento. —Gonzalo se extrañó aún más, pero se dio cuenta de que era inútil preguntar—. La secuencia será: el abuelo lo recibe y grabamos su conversación. Nosotros estaremos escondidos por el piso y ellos hablarán en el comedor. Cuando Sánchez vea que el cuadro no está allí querrá largarse y puede que quiera meterle unas hostias al viejo. Entonces aparecerás tú con los papeles y le explicarás el tema. Si la cosa sigue sin funcionar intervendré yo. Le meteré el miedo en el cuerpo y una de dos, o nos lo canta todo o le meto una somanta de palos que no llega a viejo.

—El tío está fuerte, ¿eh? —avisó Gonzalo no muy seguro de que la fuerza bruta pudiera funcionar con aquel *madelman* de gimnasio.

—Tranquilo que mi Sisebuta hace milagros. —Ramos señaló con una sonrisa despreocupada la riñonera donde llevaba el arma cuando estaba de servicio—. Eso sí, yo no voy a tener ninguna cobertura de mis jefes. Al contrario, si se enteran de esto me capan. Así que tiene que salir bien por cojones. Ya te digo que el tipo no es tonto, ante la perspectiva de que le pasemos la información al holandés colaborará, ya verás.

—¿Y si estuviéramos equivocados y la información que tenemos no dice lo que creemos que dice, si Sánchez no se la ha jugado a Van Loos?

—Entonces estamos jodidos, amigo.

—Una cosa, amigo —Gonzalo enfatizó el término—, tú ya tenías esto en la cabeza, ¿cierto?, me pasaste el dossier para que ocurriera algo así, ¿no?

—Sí, amigo, sí. —Ramos se plantó una beatífica sonrisa en la cara—. No te sientas utilizado. Los dos buscamos lo mismo. Tú quieres reconstruir una vida, la de la pintora, y yo quiero reconstruir una muerte, la de mi amigo, porque se lo debo y la amistad no puede guardar deudas.

El inconfundible sonido del Nokia de Gonzalo avisándole de que había recibido un SMS puntuó la frase del subinspector. Al ver que provenía de un número desconocido estuvo a punto de borrarlo sin abrir, pero su dedo pulgar apretó la tecla de acción y ante sus ojos enrojecidos apareció el mensaje de texto:

«Navegalia informa#Como no quieres mi num. de móvil, no te puedo enviar mensajes, este es solo de prueba. Ah! que soy Julia. ¿Te apetecería cenar conmigo el jueves que viene? Si es sí, aprieta sí; si es no, no aprietes, que me hará daño. :)»

El corazón y la sorpresa y la sonrisa del emoticón se apoderaron de su pulso. Sin mediar palabra alargó el móvil hasta la cara de Ramos para que leyera el mensaje. El policía soltó una carcajada entusiasmada como si la cita fuera para él.

—Qué cabrón, no sé qué les das. Que no se te olvide ponerte calzoncillos nuevos y llevar condones, ¿eh? —Esto ya es cachondeo fino, pensó Gonzalo—. ¡Ah!, y que no se te ocurra tocarle la carita ni cogerle la manita hasta que no te la hayas tirado, no me seas calzonazos, que eso las mujeres de verdad no lo soportan.

—Vale, vale, Valentino, seguiré tus instrucciones al pie de la letra —rechistó un poco mosqueado Gonzalo—. De todas formas, aún no sé si voy a ir. Me lo pensaré mañana.

—No me apuesto nada porque no quiero aprovecharme de ti, chaval.

A partir de ahí Gonzalo solo deseó terminar la velada con el subinspector para poder releer una y otra vez las palabras de Julia, para dejar que una risa tonta le invadiera el alma hasta cerrarle el entendimiento. Nada más despertarse a la mañana siguiente contestó con otro SMS:

«Aprieto el sí. Tú pones hora y lugar, pero no te lleves padrinos»

Convencer a don Salvador no le costó tanto como a Ramos. Su sí fue tan instantáneo e incondicional que Gonzalo dudó de que aquello pudiera salir bien. Le llevó un guion a su casa para que se lo estudiara y ensayara hasta el fin y lo llamó un par de veces por teléfono para simular la conversación que debía tener con Sánchez. Gonzalo se sorprendió con las buenas maneras de actor del anciano y empezó a confiar en que con un poco de suerte aquello podría dar el pego. No fue tan fácil con Alejandro; en un principio se negó en rotundo a pisar aquella casa, más cuando supo que iba a ir el policía, pero poco a poco fue minando su resistencia hasta que accedió no sin antes hacerle prometer que en caso de recuperar el cuadro este sería para él y solo para él.

A las cinco de la tarde en punto subieron con sigilo las estrechas escaleras. Gonzalo sintió que las piernas le pesaban al subir, una sensación de reencuentro le recorría la piel, pero sabía muy bien que aquel rostro ya no iba a estar allí. El piso le pareció diferente con toda la luz desterrando la posibilidad de la evocación. El anciano había mandado limpiar y ordenarlo todo, pero aún se dejaba sentir un ligero olor a pintura, una minúscula presencia de la pintora. Gonzalo había previsto quedar una hora antes con Ramos para que Alejandro lo conociera y se relajara ante la presencia de la autoridad. Había sido un acierto porque, tras los primeros minutos en los que Alejandro se mostró esquivo, no le había quedado más remedio que ceder ante la campechana simpatía del policía, que lo primero que le dijo es que él ese día no era policía, sino uno más del grupo, que si todos cumplían su cometido como estaba previsto, Sánchez rajaría lo que hiciera falta. Nada más entrar en el piso se saludaron sin presentaciones, tan solo una mirada sostenida entre el anciano y Alejandro indicó que allí había una historia pendiente, pero Ramos tomó el mando y le pidió a Alejandro que fuera a la terraza y la dejara abierta, este fue a rechistar, pero se lo pensó mejor y se dirigió por el pasillo hasta la cocina. Ramos se quedó mirando a Gonzalo con un movimiento afirmativo de cabeza. Entonces este comprendió que el experimento del policía había dado resultado. Repasaron con don Salvador una vez más su intervención. Ramos se esmeró en disimular el sistema de escucha que había llevado y lo probó en diferentes tonos y posiciones. Le indicó a don Salvador dónde se debía situar, siempre dejando a Sánchez entre la puerta de la habitación de Sara y él mismo. Luego les tocó el turno de repasar sus

instrucciones a Alejandro y a Gonzalo. Alejandro debía esconderse en la primera habitación del pasillo, dejando la puerta entreabierta apenas un dedo, lo suficiente para escuchar si Sánchez intentaba salir del piso y poder cortar el paso. Solo en ese caso debía mostrar su presencia, en cualquier otro caso no debía salir de la habitación hasta que todo se hubiera resuelto. A Gonzalo le tocó cubrir la puerta de la terraza, dispuesto a irrumpir con las fotocopias del dossier en cuanto don Salvador gritara la frase clave; se lo debes a mi Rosario; y poner en marcha la segunda fase del plan, demostrar a Sánchez que si no colaboraba aquellos papeles podrían acabar con él. Si esta fase no daba los resultados buscados, o si en cualquier momento Sánchez optaba por mostrarse violento, se pasaría directamente a la tercera fase, Ramos y su Sisebuta convencerían a Sánchez de lo delicado de su situación, sin ninguna duda.

Alejandro fue a inspeccionar su escondrijo. Gonzalo aprovechó para entrar un momento en la habitación de Sara. La estancia había perdido aquella atmósfera absorbente que le había impresionado tanto la noche que entró allí por primera vez. Todo estaba tan limpio que olía a traición, como si el anciano se hubiera ensañado en borrar hasta la última huella de la Sara que no fue suya, como si todos aquellos años de después le sobraran para su memoria hecha a medida. La luz dibujaba los barrotes en la cama al colarse entre las lamas de la persiana a medio echar. Allí se había pintado sus retratos, desnuda, encerrada en sí misma, para poder reflejar por una vez lo que nunca hasta entonces había sido capaz de pintar, lo invisible. Gonzalo sintió una pena intensa, el desgarramiento enorme de todas las ausencias con las que cargaba. Ya no se veía la huella del cuadro; otro ausente, pensó; ni el resto de lienzos azules que antes llenaban las paredes. Ya no había caballetes, ni olor a trementina, ya no había dolor, ni Sara, ni sus rastros siquiera, ya no se adivinaba su sexo en la cama dibujado entre los drapeados del cobertor, solo seguían allí los barrotes y su ausencia. Ramos entró diligente para terminar de montar el mecanismo de escucha y grabación, revisó su arma asegurándose de que estuviera en condiciones de no provocar ningún accidente. Señaló con un dedo a su amigo como si le estuviera dedicando alguno de los goles que Quini marcó en El Molinón.

—Este va a ser un gran día.

—Que diría Joan Manuel. —No pudo menos que seguir la broma Gonzalo,

siempre admirado de la capacidad de Ramos para restarle tensión a cualquier situación.

En ese momento sonó el timbre de la puerta de la calle y cada uno fue a situarse en su puesto. Gonzalo creyó que le iba a dar una angina de pecho allí mismo, pero se sorprendió pensando que ese no era el momento y más se sorprendió cuando notó que de pronto no estaba nervioso en absoluto y una ligera sonrisa le hizo sentirse feliz. Cojonudo, repitió varias veces sin palabras, pero dejando pequeños silencios entre cada una de las cuatro sílabas. Don Salvador se apresuró hasta el recibidor para pulsar el abridor. El visitante subió las escaleras con el paso ágil y potente de sus muchas horas de ejercicio. El saludo se limitó a un; pasa, vamos al comedor.

Carlos Sánchez pasó sin un gesto de cortesía. Queriendo abreviar el trámite rechazó el café ofrecido por un don Salvador mucho menos crispado que la última vez que se encontraron, pero sí aceptó sentarse en el lugar convenido que aquel le señaló. Sánchez sacó una chequera de piel del bolsillo interior de su ligera chaqueta estival. Sin mediar palabra arrancó un cheque ya cumplimentado y lo extendió sobre los bizqueantes ojos del anciano.

—He puesto doscientas cincuenta mil. No creo que te parezca poco. Si me das el cuadro acabamos y nos vamos, cuanto antes mejor —Sánchez hablaba sin el menor síntoma de animadversión, su voz sonaba impersonal y neutra, como si estuviera comentando una simple operación mecánica.

—No me parece ni poco ni mucho porque lo que me interesa no es tu dinero. —El anciano sí mostró un ligero y distante punto de indignación.

—¿Qué te interesa entonces? Lo único que tengo para ti es dinero, cualquier otra cosa sería pagar demasiado por un cuadro que no tiene ningún valor. — Aquel hombre se sentía seguro y lo demostraba a cada palabra.

Salvo Ramos, que a través de unos auriculares escuchaba con nitidez la conversación, los otros emboscados eran incapaces de entender lo que se

hablaba, apenas les llegaban retazos de palabras sin contexto. Mientras Alejandro estaba atacado por los nervios y dispuesto a salir en pos de aquel tipo si intentaba alcanzar la puerta de la calle, Gonzalo se encontraba tan relajado que tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse en las tenues voces que parecían entrecortarse en el fondo del comedor. Se había situado en la terraza, junto a la puerta de la cocina, amagado de forma que no le pudieran ver si accedían hasta allí. Frente a sí tenía una playa de ladrillos rojos que con una pendiente mínima llegaba hasta un murete encalado rematado por una barandilla de hierro en no muy buenas condiciones. Sobre el murete descansaban ganchos de jardineras que poblaban el recinto de un verde seco de plantas y alguna flor que quería sobrevivir a aquel último día de una primavera llovida de fuego y calor y estrellas tan nítidas por las noches que podían confundirse con la brasa de algún cigarrillo. Gonzalo no pudo sustraerse de la necesidad de avanzar hasta aquella barandilla e intentar situarse en la misma posición en la que aquella noche creyó ver brillar una brasa. Le volvieron a entrar unas ganas tremendas de fumar y se sintió satisfecho de poderse considerar de nuevo un fumador, un hombre normal. De pronto recordó para qué estaba allí y corrió a recuperar su posición de acecho.

—No tengo ningún interés de que me pagues con el dinero que me quitaste. —Sonrió don Salvador con una petulancia tan artificial que Sánchez se burló brindándole unos aplausos silenciosos, sin poder sospechar que aquella frase había sido una improvisación del anciano, demasiado metido en su método actoral, y menos imaginar que a Ramos le estaba dando una subida de tensión al escucharle—. Solo quiero saber dos cosas. La primera, ¿de quién fue la idea de desplumarme, de Sara o tuya? La segunda, ¿por qué tienes interés en un cuadro que no vale nada?, ¿qué tiene ese cuadro para que me ofrezcas todo ese dinero? —Ramos estuvo a punto de salir de su escondrijo y liarse a tiros con los dos. El abuelo se había saltado el guion desde su primera frase. Sánchez estaba atónito ante aquel viejo. Todo el mundo sabía que estaba gagá, pero no hasta el punto de despreciar doscientas cincuenta mil pesetas a cambio de dos respuestas que nunca podría comprobar.

—No tengo ningún inconveniente en contestarte a las dos preguntas gratis, pero prefiero pagarte por el cuadro para que no quede la menor duda de que hemos llegado a un acuerdo. —Sánchez dejó el cheque sobre la mesita auxiliar y se metió la chequera de nuevo en el bolsillo—. Saca el cuadro, te contesto y me

voy. Tengo un poco de prisa.

—El cuadro no está aquí, lo tengo en un lugar seguro. Como comprenderás no voy a fiarme de ti ni de tu jefe después de lo que le habéis hecho a Sara. — Don Salvador se encogió de hombros para acompañar su razonamiento, Sánchez pareció alterarse por primera vez, pero enseguida volvió a tomar el cheque de la mesita y recuperó el tono impersonal.

—Estás chiflado. Me haces venir aquí y no tienes el cuadro ni lo has tenido nunca. ¿Estás buscando que te rompan la cara o qué? Tenía claro que esto era una pérdida de tiempo. No vuelvas a molestarme, si quieres volver a verme me llevas el cuadro en mano. —Sánchez se levantó y Ramos empuñó su arma dispuesto a irrumpir en el comedor si hacía falta—. No vuelvas a acusarme de haberle hecho nada a Sara, si hay aquí alguien que le hizo daño fuiste tú, no debería dejarte ni nombrarla. Yo fui su compañero, su amigo, el único que ha estado con ella todos estos años sin pedirle nada a cambio.

—Ahora el tono de voz de Sánchez se había elevado lo suficiente para que tanto Alejandro como Gonzalo se pusieran en guardia.

En el momento en que Sánchez hizo ademán de abandonar el comedor don Salvador gritó con todas sus fuerzas; ¡se lo debes a mi Rosario!; con lo que Sánchez se giró como si mirando de nuevo al anciano pudiera comprender qué había querido decir con aquella frase tan absurda. Gonzalo saltó como un resorte y se dispuso a entrar en el comedor con el dossier bajo el brazo, pero cuando ya estaba a la altura de la puerta de la cocina pudo ver durante una milésima de segundo a Sánchez todavía parado delante del anciano que parecía mantener el eco de su frase en la boca abierta y, al instante siguiente, vio cómo una sombra negra salía disparada desde el pasillo y se abalanzaba con un alarido sobre la espalda de Sánchez que, al notar que se le avecinaba el impacto, con grandes reflejos se venció hacia delante y dejó que la sombra continuara su vuelo y cayera con gran estrépito sobre la mesa de madera del comedor que se tronchó como si fuera de atrezo. Alejandro se quedó aniquilado sobre los restos. En ese mismo segundo Gonzalo tomó impulso y se lanzó sobre Sánchez como había visto hacer en el Cinco Naciones. Su peso y empuje fueron más que suficientes para derribar a Sánchez, aunque sin saber cómo notó que este había quedado a

horcajadas sobre él y lo tenía aferrado del cuello con las dos manos. No podía ver nada porque en el revuelo había perdido las gafas y mientras creía morir asfixiado pensó que era el segundo par en pocas semanas. Ramos, dos segundos antes de esto, ya había aparecido pistola en mano por la puerta de la habitación de Sara, justo a tiempo de ver los dos vuelos con desastrosos aterrizajes casi simultáneos, el de Alejandro sobre la mesa y el de Gonzalo bajo Sánchez. No pareció impresionarse demasiado ni correr mucho hasta llegar a la sien del discotequero que seguía agarrando a Gonzalo por el cuello.

—O lo sueltas o te reviento.

No fueron necesarias más palabras. Sánchez pareció reconocer muy bien el roce de una pistola en la sien y soltó al momento a Gonzalo que empezó a resollar un poco exagerado mientras se arrastraba de espaldas lo más lejos posible de aquellas garras que fueron levantándose despacio hasta la posición de manos arriba. Don Salvador observaba asombrado desde su sillón la escena. Aún no había cerrado la boca cuando la volvió a abrir.

—El plan se ha ido a la mierda —musitó, y entonces Sánchez, castigado de rodillas con las manos en alto, comprendió que aquello había sido un plan.

Ramos le indicó a Sánchez que ocupara el sillón donde estaba sentado antes de que se armara el estropicio. Los quejidos de Alejandro se oían desde el suelo mientras se palpaba la cabeza y los riñones; me he roto la crisma, la puta madre de dios, me he roto la crisma; y Gonzalo gateaba por el otro extremo del comedor buscando las gafas que el mismo Sánchez recogió y le devolvió con toda la tranquilidad del mundo mientras se dirigía al sillón que le habían ordenado. Gonzalo comprobó aliviado que no habían sufrido ningún daño y se las puso, todavía a gatas, para que la escena se representara ante su vista tan grotesca como él sentía que había sucedido. Una vez en su asiento, Sánchez sonrió con displicencia mientras describía un arco con su mano que los abarcó a los cuatro.

—En efecto, ha sido una mierda de plan. —La risa se hizo hiriente—. Si pensáis que vais a acojonarme con una pistola es que estáis más perdidos de lo

que parece. —Se quedó mirando a Ramos—. Sé quién eres, tú eres pasma. Te estás buscando la ruina.

—Enséñale el tebeo, Gonzalo. —Ramos no hizo el más mínimo gesto ni comentario. Solo se dirigió a Gonzalo con un tono aún más displicente que el de Sánchez.

Gonzalo recogió la carpetilla del dossier del suelo y comenzó a desplegar sobre la mesita auxiliar los documentos que incriminaban a Sánchez. Alejandro ya había conseguido levantarse y cojeando fue a sentarse en la única silla que había quedado en pie alrededor de la mesa destrozada. En ese momento el timbre de la puerta comenzó a sonar con insistencia.

—Esa es la vecina que ha venido a ver qué me pasa, no hagan ningún ruido, por favor. —Don Salvador fue hasta la puerta de entrada mientras afuera se oían las llamadas de la atenta vecina.

—¡Don Salvador!, ¡don Salvador!, ¿está usted bien? —La vecina no quería por nada del mundo que en aquel piso maldito volviera a ocurrir otra desgracia.

—Voy, voy —gritaba don Salvador—. Todo está perfecto, todo perfecto. —Maldita vieja entrometida, todo está perfecto menos tú, se calló, recomponiéndose la corbata para aparentar normalidad.

Todos permanecieron en silencio mientras el anciano atendía a la vecina. Gonzalo fue pasando las fotografías y los documentos delante de las narices de Sánchez que no parecía inmutarse demasiado por lo que veía. Al fin se oyó cerrarse la puerta y los pasos del anciano regresando. Ramos se acercó a Sánchez y lo tomó de la barbilla como se hace una carantoña a un niño.

—Escucha, hermano —las palabras caían tan despacio en el rostro de Sánchez que le era difícil juntarlas—, yo ahora no soy un policía, solo soy un hijo de puta que te va a romper el alma como no colabores. —Le soltó la barbilla

empujándosela hacia atrás y retrocedió un par de pasos antes de continuar su escenificación canalla—. Todas estas fotos que ves, todos estos documentos, sí son tu ruina, no porque te vaya a enchironar, que todo se verá, sino porque se los voy a pasar a Van Loos para ver cómo le sienta enterarse de que su socio y su pintora se la estaban pegando. Le estabais dejando sequito y además aprovechabais sus empresas para meter farlopa a sacos, sin que él oliera la guita.

—Sara no tenía nada que ver con la farlopa. Era cosa mía. ¿Qué es lo que quieres de mí? —Sánchez había perdido por un momento toda la maquillada arrogancia de un rato antes, pero una vez decidido a seguir el juego recuperó su ánimo resuelto.

—Mira, tío, conmigo no te van a servir historias. Tengo los huevos pelados de trajinarme manguis como tú. Hoy te voy a dar la oportunidad de salir por esa puerta como has entrado, mañana ten por seguro que no la tendrás. Así que tú mismo, o me iluminas con tu sabiduría o sales de aquí hecho un zombi —mientras Ramos amenazaba, Gonzalo todavía sostenía los papeles en una mano y con la otra le acercaba a Sánchez una fotografía donde se le veía a él y a un conocido miembro de un cártel en medio de una vía rural junto a un camión de distribución de la empresa OnShop. Gonzalo estaba alucinado con la actitud del policía, nunca podría haber sospechado que un hombre tan afable pudiera transformarse en aquel energúmeno violento y amenazador. A Alejandro y a don Salvador les ocurría tres cuartos de lo mismo. Todos asistían expectantes a la escena con una tensión difícil de soportar.

—¿Qué quieres de mí? —Sánchez pareció rendirse sin condiciones.

—Antonio Sanjuán.

—No sé quién es ese —Sánchez sonó sincero, pero nadie le creyó.

—Acabas de perder una vida, te quedan dos —Ramos no se alteró demasiado, estaba muy seguro de lo que hacía—. Apúntate lo que sigue. El inspector Antonio Sanjuán estaba investigando a tu jefe y a todos vosotros. Si te

tenemos agarrado por los huevos es gracias a su trabajo. Tu socio consiguió que le cerraran la investigación y lo trasladaran. Al poco apareció muerto —mientras hablaba Ramos fue acercándose hasta Sánchez y le introdujo el cañón de la pistola por la boca. El sudor brilló en sus sienes—. No me vuelvas a intentar mentir porque te juro que te reviento —ahora la voz de Ramos sonó tan fuera de sí que todos pensaron que el estallido de aquella cabeza era inminente. Ramos se mantuvo así por un interminable minuto; quizá bastante menos; y luego retiró con lentitud la pistola. A Sánchez le entró un ataque de tos del que tuvieron que calmarle con un vaso de agua. Luego comenzó a hablar.

—Ruus me avisó de que había un poli rebuscando cosas. Me preguntó si lo conocía. Fue la única vez que escuché nombrar a Sanjuán —Sánchez fue recuperando el aplomo mientras hablaba, con un gesto le pidió permiso a Ramos para quitarse la chaqueta, dos grandes manchas de sudor bajo las axilas eran visibles en su camisa—. Me dijo que no me preocupara demasiado, pero que estuviera atento, que él se encargaba. Unos meses después le pregunté y me contestó que me olvidara del asunto, que ya estaba solucionado.

—La solución fue que se lo cargó —le cortó Ramos en un tono que no parecía muy tranquilizador y que a Sánchez le hizo temblar la voz.

—Lo único que sé es que el poli estaba hurgando en el tema de los antiguos terrenos de La Pesquera. Supongo que conocéis la cosa. La empresa inmobiliaria de Van Loos y otra empresa de aquí han formado otra empresa para optar a la urbanización de aquella zona —Sánchez alargó el vaso vacío para que se lo llenaran de nuevo. Al poco don Salvador regresó con agua para todos.

—Esa empresa de aquí es Espacios del Este, de la familia de Sara, puedes decirlo —Gonzalo se unió al interrogatorio con más ganas de las esperadas—. ¿Qué sabía Sara de todo esto?

—Nada, Sara no se preocupaba de nada que no fuera su pintura y sus rollos existenciales. No tenía ninguna relación con su familia, ni creo que supiera que Ruus y su padre tuvieran negocios en común —Sánchez hizo una pausa para coger el hilo de la narración—. En un principio la resistencia vecinal al nuevo

plan urbano fue enorme. El ayuntamiento no se atrevía a hacer frente a la mala imagen que supondría llevarlo a cabo con la oposición de la gente. Empezó una campaña de opinión para vender las ventajas de la reurbanización —señaló a Gonzalo con el vaso en la mano—. Tu periódico sabe mucho de eso —Gonzalo asintió con la cabeza haciendo real lo obvio—. Van Loos envió a dos tipos de su empresa, G8H. Yo fui a recogerlos al aeropuerto y les di soporte mientras estuvieron aquí, creo que unos tres meses. Se dedicaron a presionar y extorsionar a la gente reacia a dejar sus alquileres o vender sus viviendas al ayuntamiento. Supongo que conocéis la técnica. Se hace que se deteriore la situación en el barrio llevando gente conflictiva, hasta que todo se vuelve insoportable para los que viven allí y aceptan cualquier cosa con tal de irse a un nuevo sitio. Si hace falta se unta a los líderes vecinales o se les amenaza para que se estén quietecitos. Es antiguo, pero funciona. Estos holandeses hicieron bien su faena y poco a poco se fueron limando casi todas las dificultades. Hoy en día el ayuntamiento tiene el campo despejado para llevar a cabo su plan y la empresa Espacios y Construcciones se va a encargar del desarrollo de la zona residencial y de la venta de las viviendas. Todos ganan, riqueza y prosperidad para la ciudad.

—Todos ganan menos los pobres viejos que habéis sacado de sus casas, hijo de puta —pareció revivir Alejandro de su dolorida postración.

—Esos habían perdido ya hace mucho tiempo —respondió Sánchez, no se sabía muy bien si con cinismo o con honestidad.

—Necesito los nombres de esos dos holandeses —cortó Ramos—. Tienes una semana para darme toda la información sobre lo que hizo Van Loos para librarse de Sanjuán. Cualquier cosa que pueda indicarme que él mandó que se lo cargaran. Si no, empieza a correr.

—Eso es imposible. Van Loos solo comparte conmigo información que atañe a las empresas que manejamos en común. Todo lo lleva en compartimentos estancos, yo no me entero de nada más que de lo mío.

—Acabas de perder la segunda vida —Ramos le deslizó esta vez el cañón

sobre la frente—. De la lectura detallada de estos papeles —señaló con la pistola el dossier sobre la mesita—, no queda la menor duda de que tú estás enterado de sus movimientos para blanquear la pasta, incluido el trasiego de cuadros de Sara para simular compras de arte. —Sánchez pareció meditar durante unos segundos.

—Necesito que me des dos semanas. Es imposible que yo me pueda enterar de algo sobre Sanjuán si no le saco el tema en persona a Ruus. Dentro de dos semanas viene a la ciudad, hablaré con él y le sonsacaré lo que pueda. Si quieres esta noche te puedo dar los nombres de los tipos, eso sí, y cualquier otra información que dependa de mí, pero lo de Sanjuán solo lo sabe Van Loos.

—Bien, creo que esta noche le podrás pasar los nombres a Alejandro. Solo tienes que pasarte por su puesto de bocatas —Ramos se dirigió a Alejandro—. ¿Te va bien Alejandro?

—Perfecto, a partir de las doce estaré allí —respondió Alejandro—. Pero ahora que nos diga por qué tiene tanto interés en mi cuadro —Alejandro enfatizó el posesivo y se acercó hasta Sánchez, no sin antes coger una de las patas amputadas de la mesa y blandirla como si fuera un bate de béisbol. Sánchez pareció ponerse más nervioso incluso que cuando Ramos le había introducido el cañón de la pistola. Se apresuró a contestar.

—Desde hace casi un año Sara y yo empezamos a desviar fondos de las *offshore* de Van Loos que manejábamos. Lo hacíamos de forma que era muy difícil seguir el rastro de las transferencias. Yo transfería cantidades a la empresa en la que ella figuraba como testaferro y Sara solo tenía que desviar el dinero a varias cuentas anónimas. Para protegernos fuimos recopilando pruebas de los negocios ilegales de Van Loos. Las claves de estas cuentas y esas pruebas están guardadas en una caja de seguridad de un banco que incluso yo desconozco. Sara escondió los datos y claves de esa caja de seguridad en la trasera de ese cuadro.

Los cuatro interrogadores se irguieron en sus posiciones como si estuvieran asistiendo al desenlace final de una carrera de cien metros libres. Por fin la primera gran interrogante la tenían resuelta, ahora vendrían algunas más. Ramos consideró que había que minar un poco más la entereza de aquel tipo.

—¿Por qué queríais jugársela a Van Loos? ¿Tan mal se había portado con vosotros?

—Conmigo no, al contrario. Pero a Sara le acabó de pudrir la vida.

Menos don Salvador, que permanecía en su butaca, los otros tres hombres se habían ido acercando hasta Sánchez formando un corro a su alrededor. Alejandro parecía a punto de perder los nervios y Gonzalo, con buen sentido, le quitó la pata de la mesa de las manos. Para sorpresa de todos, su voz sonó neutra y segura.

—Como cuentas algo de eso te parto el alma —la tranquilidad con la que pronunció la amenaza convenció a todos de que era mejor respetar la intimidad de la muerta. A Gonzalo ya no le quedó ninguna duda de que Alejandro tenía muchas cosas que contarle, ya fuera por escrito o de palabra.

—Bien, dejando aparte los motivos —concilió Ramos—, el caso es que Sara y tú os propusisteis acabar con Van Loos y mientras tanto Sara se propuso acabar contigo —Ramos acercó las fotocopias de los mensajes entre Sanjuán y Sara hasta Sánchez que sin parecer haber comprendido lo que Ramos le acababa de decir empezó a leer.

—No entiendo —algo en él se negaba a que lo evidente pudiera ser real—. Esto es una puta patraña —estrujó la hoja que tenía en las manos y la apretó como si quisiera desintegrarla con sus temblores.

—Es fácil de entender, Carlos —Ramos pareció desplegar una tímida afectividad hacia el hombre que empezaba a derrumbarse en el sillón—. Sanjuán contactó con Sara y esta accedió a colaborar con él. Tenemos muchos mensajes. Ella le pasó información sobre ti y tus trapicheos, no sé si a cambio de inmunidad o solo para joderte.

—Eso no puede ser, yo era la única persona en quien Sara confiaba — Sánchez balbució la frase más para convencerse a sí mismo que a los demás—. Sara era incapaz de traicionar a nadie sin motivos —en ese momento los demás hombres comenzaron a preguntarse qué le habría hecho Sánchez a Sara.

Por primera vez se hizo el silencio en aquel piso difunto. Gonzalo, con sus gafas sudadas, su respiración un poco gruesa, su pensamiento entreverado de curiosidad y hastío; Ramos, muy calmado, con su mano sobre el hombro de Sánchez, repensando varias veces las mismas respuestas para estar seguro de que llevaban al sitio adecuado; don Salvador, que ahora chasqueaba la lengua con un ruido de saliva un tanto asqueroso y miraba inclemente al derrotado; Alejandro, hosco y encabritado, recontando las preguntas para que no se destaparan las que debían callarse, loco porque se terminara aquel aquelarre de tipos extraños jugando a quemar la verdad de Sara sin haberla alcanzado nunca. Todo estaba dicho, nada había ya que decir. Ramos guardó su arma, Gonzalo recogió los papeles, Alejandro se llevó los vasos a la cocina, don Salvador repitió la pregunta; ¿fuiste tú o fue ella?; pero Sánchez ni lo miró, solo preguntó; ¿puedo irme?; y Ramos, con una amabilidad imposible cinco minutos atrás, lo acompañó hasta la puerta y le dio las últimas instrucciones para que aquel hombre comprendiera que su única solución era colaborar. Todo quedó claro, todo iba a seguir según los cauces. Al final el plan parecía haber salido bien.

Don Salvador se quedó sin respuesta y sin soltar palabra desapareció en la habitación de Sara. Al poco regresó con el medio amonites en la mano.

—Toma, esto es tuyo —era la primera vez que se dirigía a Alejandro en toda la tarde. Su voz mantuvo una dignidad distante, pero en su mirada hubo un destello de reconocimiento. Los dos pertenecían al mismo club de ex maltratadores de vidas queridas. Alejandro, sin contestarle, tomó el fósil partido por la mitad y se refugió en la terraza.

Gonzalo dejó pasar unos minutos y se reunió con él. Estaba justo en el mismo sitio junto a la baranda donde se había situado él un rato antes, mirando hacia el puerto. Se apoyó a su lado y estuvieron en silencio un rato. Parecía que hubieran estado allí, juntos, muchas veces.

—¿Tienes un cigarro?

Sin mediar palabra Alejandro sacó su paquete de Winston y le pasó un cigarrillo a Gonzalo, le dio fuego y luego se encendió el suyo. Siguieron en silencio más de medio cigarrillo. El humo dibujaba transparencias entre el horizonte del mar y ellos. Eran figuras casi risueñas en aquella tarde aplastada por el sol, acertijos invisibles ensartados en la imaginación de algún recuerdo reinventado.

—Tú habías estado aquí antes, ¿verdad?

Alejandro exhaló una interminable bocanada, luego giró la cara hasta encontrar la mirada de Gonzalo y asintió. No volvieron a hablar ni a mirarse hasta que no se consumieron los dos cigarrillos. Gonzalo le pidió a Alejandro que no se moviera de allí y fue a buscar el libro de cuentos en su bolso. Cuando Alejandro comprendió lo que era aquel viejo libro encuadernado su rostro restalló en un sollozo seco, mezcla de sorpresa, dolor e infinita alegría. Gonzalo apartó la vista con pudor porque no quería mirar dentro de la máscara rota de aquel tipo tan duro y tan tierno.

Alejandro se volvió a apoyar en la barandilla, de espaldas al otro horizonte que empezaba a enrojecer. Empezó a musitar palabras que acariciaran aquellas figuras transparentes con ternura y dolor, cada vez más despacio, cada vez más bajo, hasta que la tarde volvió al silencio y Gonzalo lo dejó allí solo, en aquella terraza volcada a otros tiempos.

Al rato todos se fueron para siempre de aquel piso. Don Salvador pasó la llave con tres vueltas y fue a despedirse de la vecina, quizá a invitarla a cenar, pensó Gonzalo mientras le estrechaba la mano con afecto.

—Si tuviera que escribirle su historia creo que no cambiaría casi nada de lo que ha sido, don Salvador.

—Déjate de escribir las historias de los demás y dedícate a la tuya antes de que se te pase la vida —le respondió el anciano mientras los veía descender las escaleras desde el descansillo del segundo piso.

«Uno de esos días tras comer nos acercamos a la estación y esperamos el próximo tren de cercanías que nos acerque a la ciudad. Es agradable estar abrazado a ella mientras el sol de la media tarde se cuele por la ventanilla al ritmo de las traviesas y de los postes eléctricos. Estamos casi todo el trayecto en silencio, ella cierra los ojos para que el sol le sonroje los párpados por dentro, quizá se duerme un pequeño momento, unos pequeños momentos, y yo le recorro la mejilla, el cuello, la barbilla, los labios, con un solo dedo, como si fuera un explorador perdido y sediento en medio de un desierto de azúcar o, mejor, de simple quietud. Son las horas de contemplar su atardecer, su silencio, este otro silencio que no tiene miedo de callar, su compás girando despacio alrededor del mundo, lento, lento, todo gira muy lento en mi pensamiento, que no piensa, solo la acompaña, despacio, muy despacio, al ritmo del viejo tren de madera con asientos de escay despanchurrados con la espuma muerta saliéndose a borbotones por cada hueco, como queriendo perderse el viaje del tiempo. A veces, sin abrir los ojos, es su mano la que busca mi mentón, sus dedos los que me recorren la cara como queriendo reconocermme en rasgos imaginados, perfectos de no ser, reales de tanto esculpirlos en la trasera de su mente. Sé que me está dibujando sin pinceles, sin saberes, sin más afán que el recorrer la línea de un horizonte para que se convierta en el contorno de un mapa, de un territorio en el que se quiere sentir segura, como si la tierra no girara un poco más allá de sus fronteras. Frunce los labios apenas una milésima de segundo en la que podrían caber mil vidas. Yo sé que me piensa; ¿que me es?; y me gustaría tener la palabra justa para denominar ese pequeño gesto que está a medio camino del arrullo o del beso, pero siempre; ¿siempre?; se queda en boceto, en garabato amagado a dos milímetros del papel en blanco, del lienzo del cielo que serpentea tras la línea recta del paisaje viviéndose, moviéndose, muriéndose a la velocidad de la tarde. Y le acerco mis labios y rozo los suyos, suave, suave, y así nos quedamos un buen rato dejando que sea el movimiento del vagón lo que nos acerca y nos aleja, mientras el ruido del viaje sigue ahí afuera, amortiguado y lejano, como si fuera la banda sonora de una película de cine mudo.

Yo me he quedado sin trabajo y apenas vamos tirando con trapicheos y lo que ella le pide a su madre. Ese día, u otro, cuando llegamos a la ciudad la espero en un bar mientras hace una visita a su casa. Se me hace eterno esperarla,

pero al fin llega con su sonrisa de oreja a oreja y me revuelve el pelo y me enseña su cartera con varios billetes de mil y se saca del dedo una sortija, de no sé qué piedra preciosa, por la que me dice que vamos a sacar una pasta, aunque la risa enseguida se le quiebra un poco, como reconociendo que va a hacer una cosa fea, y antes de que yo le diga nada; déjalo, si es un regalo de tu madre, cómo la vamos a vender; ella recupera una sonrisa resignada que le da un toque a su cara de chica mayor, muy mayor. En la casa de empeño no nos dan tanto como pensábamos, en el fondo somos unos pardillos y se nos nota, pero por lo menos tenemos para pasar unos días sin agobios y nos prometemos una buena cena para esa noche en la taberna andaluza que hay debajo de nuestra casa. Ahora caminamos por la ciudad como sin saber dónde vamos, pero está claro que los dos lo sabemos. Al poco llegamos al viejo barrio chino cerca del puerto. El sol todavía brilla entre aquellas callejas y sus cristales lo multiplican. La gente se está despabilando de la siesta y comienza a llenar las aceras estrechas y rotas, las esquinas donde ya asoman las putas madrugadoras con sus minifaldas imposibles y remendadas, sus pechos avasalladores y retumbantes, sus voces destapadas como navajas desafinadas, sus chulos renqueantes de segunda fila, apoyados en las barras de los tugurios desdentados con sus neones salpicados de hoyos y bombillas boquiabiertas, sin amígdalas, esperando que se ponga el sol entre los tejados para pintar de amarillo triste la próxima noche. A Sara le encanta venir aquí y quedarse plantada durante horas observando el ambiente. Nunca me ha dicho por qué le gusta este mundo decadente hasta la depresión. Bueno, lo que siempre me dice es que no hay ningún porqué. Le gusta, para qué más. Dice que le gustaría tener la fortaleza de estas mujeres, de esos hombres perdidos jugando a poseer hembras que se dejan maltratar para jugar de vez en cuando a creer que son queridas. Le encantan las putas viejas con sus culos abollados y encharcutados, sus pinturas exageradas en sus cutis cuarteados, sus miradas de acero inoxidable pasadas por la amoladora. Se queda allí parada, en medio de aquellas cuatro calles, como si no pasara el mundo, como si no existiera yo a su lado simulando que no tengo miedo de que algo suceda. Sus ojos parecen exprimirlo todo, como si estuviera grabando en ellos a cámara súper rápida cada pequeña brizna de detalle, de aliento de alguien, de suspiro viejo o de deseo aún no cubierto. Yo tampoco le he preguntado qué es lo que está buscando allí, a veces pienso que está intentando sorber todos esos colores para sus lienzos, pero nunca ha reflejado nada parecido a este barrio en ninguna pintura, en ningún dibujo. Me ha costado muchos años comprender que lo que quiere, lo que necesitaba, es respirar del otro lado, voltear las alfombras, las sábanas, las pesadas cortinas que la han sumido en una penumbra confortable, donde la tibieza se le sube hasta la entrepierna como cien mil hormigas

cuarteándole a bocados el seso.

La gente va llenando las callejuelas, todos miran a Sara sin ningún disimulo. Las putas viejas se santiguan y alguna la aconseja; niña, vete de aquí que te van a comer todo lo rojo; otras, en cambio, enseguida huelen negocio y la invitan a su cercanía. Los chulos observan desde la retaguardia con sus ojos envenados y sus miradas de deseo zafio y atravesado. Saben que aquella gacela no entra en su rebaño. En alguna de nuestras visitas la guardia urbana nos identifica al vernos allí parados y nos pregunta qué estamos haciendo en aquellas calles. Cuando ella responde con toda la naturalidad del mundo que mirando, los policías se mosquean un poco, pero no pueden hacer mucho más que mirarme a mí con desprecio y aconsejarle a Sara, paternales, que se aleje de allí, que ese no es sitio para ella, que puede tener problemas.

Y esa tarde hay más gente o es fiesta o no sé qué pasa, igual es que Sara está demasiado preciosa con sus ropas blancas, ligeras como sayas, pero desde el principio noto que las miradas están más armadas, que los cuchicheos y las palabras soeces la van cubriendo poco a poco, y la siento respirar un poco más profundo, queriendo sorber todo ese aire ácido que la va envolviendo. Primero es un viejo encorvado con una camisa a cuadros que apesta; dos mil si me la chupas en ese patio; eyacula las palabras tan cerca de nosotros que yo creo que nunca podremos quitarnos el asco de los oídos, pero el viejo este ya no recuerda cómo es un billete de dos mil pesetas, ni la humedad de una lengua de muchacha. Sara no responde, no hace el menor gesto, solo mira por encima del hombro del viejo, justo a tres metros tras él, tres hombres de mediana edad, recios y estrechos en sus camisas con los botones a punto de estallar, sus brazos tatuados; amor de madre; sus rostros encadenados a la expresión de una violencia arbitraria, sus risas rijosas y sus voces queriendo sonar más rotundas que su habilidad para enlazar dos frases. Junto a ellos dos putas deslavazadas ríen a carcajadas cada una de las sandeces sin gracia que los tipos le dirigen a Sara; tienes los ojos tan bonitos que te comería todo el coño, si te la meto por la boca no vas a decir ni Pamplona, te voy a meter una manzana por la boca y a comerte el coño hasta que salga sidra, niña te voy a meter más rabo que cuello tiene un pavo; y los hombres se van envalentonando porque la gente se para alrededor y ríe también e incluso quieren participar en el certamen y se aventuran, un poco tímidos ante la mala calaña de los tres tipos, a balbucir alguna que otra babosa ocurrencia. Pero ellos y sus dos putas son los amos ya de la calle y se han acercado tanto a nosotros

que están a punto de salpicarnos con sus salivas. Y Sara sigue parada en silencio. Parece tan tranquila, tan por encima de todas las salvajadas que le están diciendo, que me doy cuenta de que es esa misma indiferencia lo que más excita a los verracos. Alguien que pasa cerca del corrillo se atreve a reprochar la actitud de la gente; dejad a la muchacha en paz, ya os vale; pero dos miradas amenazantes bastan para que se calle y siga su camino. Ahora yo ya sé que la cosa está jodida de verdad. Le musito a Sara lo más bajo que puedo; vámonos, vámonos; pero ella parece no escucharme y sigue mirando a los tres tipos como si estuviera observando la metamorfosis inversa de una crisálida. El que parece ser el más chulo de los tres se planta a cinco centímetros frente a Sara y le sonrío con una lengua descamada que juega a paladearla antes de probarla; no te asustes, chica, que esto es todo broma, no hagas caso de estos; y señala a sus secuaces; que no saben tratar a señoritas como tú. Vente conmigo y te enseñaré lo que es un hombre. Te voy a meter la mano por el coño y te voy a voltear como a un calamar; y la carcajada es tan grotesca, tan absurda, tan despreciable, que ni siquiera hace reír a nadie más que a él mismo. Sara parece volver de su letargo y apenas esboza una sonrisa que dibuja el pliegue de ironía de su boca; si fueras un hombre no necesitarías convencerte de ello; y la risa del hombre se cuaja en el acto, su mandíbula se paraliza a mitad carcajada y los pelos de su barba de legionario se aprestan a romper filas. En ese mismo momento, un infinito que solo dura un segundo, su mano izquierda comienza su avance hacia Sara y mi mano derecha sale sin saber lo que hace a cortarle la trayectoria. No sé lo que pienso, no pienso nada, solo sé que esa bazofia humana no va a tocar a mi mujer, porque si su mugre contacta con ella, si solo la roza, todo mi mundo y mi universo y cada uno de mis segundos dejarán de rotar en torno a mí y se convertirán en desafortunadas pizcas de nada. No llego a pensar que aquel tipo que me saca tres cuerpos y toda la mala sangre de la vida me va a matar al primer mamporro, no llego a pensar que nada va a impedir que sus dedos rocen el cuerpo de Sara, que a mí me apartará como se quita uno de encima una pelusa, solo noto mi mano avanzar intentando interponerse entre Sara y él, tengo la sensación de estar viéndome a mí mismo y a Sara y al tipo, y a toda esa calle llena de indeseables, como si estuviera muy lejos, como si alguien me estuviera contando la historia o la leyenda o el cuento o lo que sea, como si todo estuviera a punto de congelarse, petrificarse, o como si yo en realidad hubiera muerto ayer y otro cuerpo idéntico al mío hubiera usurpado mi vida y ahora fuera otra vez a morir por mí.

—Si tocas a mi hija estás muerto —la voz suena como en off o como si

hubiera hablado algún dios, el dios de las putas o el de los chulos arrepentidos. Es una voz tan tranquila, tan llena de sí misma, tan gobernante de cada una de sus palabras, del significado, de cada tono, de cada inflexión. Es una voz que no permite más voces, que lo paraliza todo: la mano del tipo, mi mano, la sonrisa irónica de Sara, las ridículas coreografías del coro de gente alrededor que ahora se abre, se gira, hacia donde viene la voz acompañada de un hombre que avanza muy despacio, altísimo, erguido majestuosamente sobre sí mismo, vestido con una elegancia un tanto antigua, una chaqueta de tonos grises claros y oscuros, de fina pata de gallo, unos pantalones gris oscuro que marcan la raya de la pernera como si fuera un código penal. El hombre anda cubierto por un sombrero Fedora de mediados de la década de los sesenta y su mano izquierda, en su dedo anular un anillo, se alza hacia las alturas para descubrirse con educación ante el hombre al que acaba de anunciar su muerte segura. Las tres manos parecen estatuas de sal en aquella tarde ya corrida, como si en el momento en que fueran a recobrar el movimiento cualquier cosa que ocurriera fuera a impedir que ocurriera ninguna cosa más.

El legionario sigue con su mano extendida un par de segundos más, todo está parado en una mueca que le dibuja la mitad de asombro y la mitad de rabia que le han provocado las palabras del desconocido que le observa desde su inabarcable estatura con el sombrero sujeto a la altura del regazo entre sus dos manos y una beatífica sonrisa en el rostro, un poco inclinado, balanceándose apenas de izquierda a derecha como si estuviera recriminando la travesura de un niño, oscilando el cráneo rasurado bajo el reflejo de las luces de los faroles que han salido a pregonar la noche, marcando el tiempo detenido como un metrónomo midiendo la distancia que se tarda en morir. Y el tiempo vuelve a andar y las manos, la del tipo y la mía, regresan a sus orígenes y el patán enchulado se gira rápido para ver de dónde viene la voz, el aviso, o su propia muerte, y algo mira, algo ve, en aquel extraño individuo que lo mira condescendiente, podría ser que hasta amable, mientras sus palabras flotan alrededor de todos, retumban con una armonía permanente como si hubieran sido dichas mucho tiempo antes, como si hubieran llegado ahora al lugar después de un largo, largo viaje. Y algo ve, porque tras la primera mirada hay un carraspeo y un bajar de ojos y una sonrisa torcida y un perdona, no quería ofender a tu hija, ya sabes cómo son estas calles, era todo broma, me confundí, y se gira apenas para mirar a Sara con un perdón y comienza a alejarse con sus amigos del grupo de curiosos que tarda un poco más en disgregarse entre comentarios quedos y un poco abochornados.

El hombre avanza sin perder su sonrisa y pasa junto a mí como si no me viera, en realidad tengo la impresión de que me traspasa. Cuando llega junto a Sara le pone una mano en el hombro, la otra sigue sujetando el sombrero, como arrastrándolo a la altura de su muslo izquierdo, y con una voz templada, grave, de esas que curan la fiebre y el pasado o el futuro; vamos, hija; la mueve en la dirección correcta para que Sara comience a andar apenas después de una brevísima mirada hacía mí, que tardo unos cuantos pasos de ellos en arrancar mi primer paso tras ella, sin saber ya si sigo siendo de ella o ya no pertenezco a aquel nuevo andar, solo la sigo detrás, acelero el paso para situarme a la altura de los dos, pero, como en la torticera fábula de la tortuga, el suelo parece resbalar bajo mis pies y nunca avanzo lo suficiente para alcanzarlos. Doblan, doblo, una esquina y a los pocos metros entran, entro, en un viejo patio que el hombre ha abierto con una pesada llave. De pronto me entra un miedo inexplicable a que esté todo nevado y el hombre jala una cuerda y una campana suena y la luz se enciende para mostrarme su mano ahuecándose protectora sobre el hombro de Sara que parece revolverse, se gira hacía mí, para librarse de aquella garra, pero solo se la acomoda sobre su omoplato. El hombre me mira, evaluándome, como pensando en qué renglón me va a abandonar, y Sara se disculpa; es mi novio; y otra vez la sonrisa de aquel extraño parece traernos una paz seca, estupefacta, y su mano derecha abandona el hombro de Sara y se tiende correcta hacia mí mano que ya corre a estrellarse contra ella; choca la mano, decían mis mayores; con tal de que no vuelva a anidarse sobre Sara.

—Hola —ríe como una excusa y hace un gesto con la mano del sombrero que parece imitar una antigua reverencia—. Perdonad porque se me ha olvidado presentarme. Me llamo Alcides y vivo aquí mismo —la mano y el sombrero señalan escaleras arriba—. Me encantaría invitaros a un café o a un chocolate —se relame un poco teatral, como burlándose de sí mismo—, mis chicas hacen el mejor chocolate de este mundo —y ahora su risa barítónica parece la melodía de un cuento de hadas; *Hansel y Gretel*; no puedo evitar pensar.

—Muchas gracias, Alcides, pero se nos está haciendo tarde y tenemos que coger el tren —mi voz y mi pensamiento y cada uno de mis músculos se endurecen como pedernal. No siento la menor simpatía por este tipo que nos acaba de librar de un buen embrollo. Sé, noto, que el sentimiento es recíproco. Distingo a los buitres, sobre todo a los que se quieren llevar a mi chica al huerto.

Los huelo venir con los ojos cerrados. Y no es sinestesia.

—¿Seguro que no puedes? —Alcides vuelve a posar su mano sobre el hombro de Sara, se inclina hasta situar sus rostros a la misma altura, se dirige a ella como si yo acabara de evaporarme, su sonrisa y su tono son tan convincentes que la pregunta se convierte en una pequeña y cariñosa orden.

—Bueno, podemos coger el tren de las diez —Sara emite hacia mí su dictamen vinculante con la misma convicción que el hombre ha empleado con ella. No me queda más remedio que ceder a su deseo. Intento disimular la rabia que me va subiendo desde la planta de los pies y quiere estallar en mi cabeza. Me siento tan abandonado, tan traicionado, que tengo la tentación de salir del patio en ese mismo momento y dejarla allí. Pero eso sería como regalársela a ese tipo.

Subimos las escaleras, yo siempre detrás, el hombre entre Sara y yo. Son cuatro pisos de peldaños empinados e irregulares por una escalera estrecha y mal iluminada. Alcides sigue hablando con su voz de pastor tranquilo. No dice nada especial, pero sus palabras parecen tan ciertas como si hubieran sido dichas por primera vez. Toda su atención va dirigida a Sara, yo no existo. Arriba está la puerta abierta. La campana, supongo. Se oyen voces y música, la radio atrona toda la casa con los Tears for Fears. Nada más entrar alguien baja la música y una muchacha corre descalza hacia Alcides con una gran sonrisa, de un salto se sube a las caderas del hombre y se agarra con las dos manos a su nuca, le da dos sonoros besos, uno en cada mejilla, acompañados de una irrefrenable carcajada; hola papito, hola papito; repite tras cada beso, y el hombre, con la sonrisa de oreja a oreja, cuelga el sombrero del perchero que hay en la entrada y sujetándola por la cintura le da tres vueltas girando sobre sí mismo con la misma facilidad que se las daría a un niño, luego la posa en el suelo y su mano se afianza sobre su hombro del mismo modo que poco antes en el de Sara. La muchacha parece reparar de pronto en nosotros, se nos queda mirando todavía con la sonrisa en la cara, mueve la mano en señal de saludo y nos dice; hola; sin dejar de agitar el saludo. Alcides llama en voz alta; mujeres de la casa, venid que hay visita; lo repite mientras van llegando esas mujeres, en realidad muchachas que apenas habrán cumplido la veintena, todas descalzas y con ropas demasiado ligeras como para que no se me borre el ceño fruncido nada más verlas. Alcides

hace las presentaciones de su parte, pero cuando le toca el turno de presentar a Sara, haciendo broma exclama con voz impostada al tiempo que la señala; mi nueva hija; y las otras muchachas ríen, preguntan; ¿cómo?, ¿se queda con nosotras?; y el hombre se deja rodear por las cuatro muchachas de la casa y atrae a Sara, que ahora también ríe, hacia el corro, y ella les dice a todos que se llama Sara y entre carcajadas cuenta el episodio que acaba de ocurrir en la calle y cómo su nuevo papá ha venido a salvarla. Es como si todos se conocieran desde siempre. Yo me quedo callado, fuera de foco, a mí ni me ha nombrado el tipo, observando aquella especie de tiovivo con núbiles dando vueltas alrededor y entonces reparo que más atrás otra mujer observa, casi tan alejada como yo. Es una mujer mayor, no sé, puede tener unos setenta años, lleva un delantal con grandes bolsillos, el pelo recogido en un moño afianzado con muchísimas horquillas, unas doradas, otras negras, unas grandes, otras pequeñas, una mano metida en uno de los bolsillos del delantal gris, la otra agarrando el codo del brazo de la anterior y sujetando apenas con dos dedos un paño de cocina que a mí me parece más una bandera caída. Su cara no sonrío, observa como yo, con una expresión neutra, quizá impregnada de un poco de hastío, sin atención, como si estuviera asistiendo a una escena repetida demasiadas veces. Hay en ella algo de amargura, pienso, aunque es probable que lo imagine. Las presentaciones y los revuelos y las risas se detienen un momento mientras Alcides se acerca a la mujer, le entrega un abultado sobre que ha sacado del bolsillo interior de su chaqueta, también imagino que debe contener dinero, y le dice; Remedios, hazle a mis niñas ese chocolate que solo tú sabes hacer. La mujer asiente en silencio, mueve la cabeza arriba y abajo como si una vez más se confirmara lo que ella misma acaba de pensar, luego cruza el paño de cocina sobre su hombro y sin sacar la mano del bolsillo se pierde por el pasillo hacia el interior de la casa. Alcides y las chicas comienzan a andar también por el mismo pasillo y yo me quedo durante unos segundos allí plantado, olvidado por todos y por Sara que camina junto a Alcides, gobernada por su mano plegada junto a su cuello, dócil, callada, esperando algo que no quiero imaginar. De pronto una de las chicas, la que parecía más formal y callada de las cuatro, se para un instante, como si hubiera recordado algo, se gira, me mira como si me acabara de descubrir, y retrocede hasta mí, me tiende la mano para el saludo formal, sonrío obviando cualquier pregunta, cualquier explicación; me llamo Violeta, vamos a merendar; y su mano tira de la mía hacia el pasillo que se me hace cortísimo así rescatado por ella. Pasamos a una gran sala, abigarrada de muebles antiguos, de cortinajes y cuadros, de lámparas de pie y lámparas de mesa, y una gran lámpara colgada del techo derramando lágrimas de cristal barato. Es como entrar en una tienda de saldos de antigüedades pretenciosas que no quisieran percatarse de su pobre

condición. Hay butacas dispares, sofás carcomidos vestidos de tarde confortable, retratos de vetustos caballeros con bigotes encardados y miradas fusilantes guarecidas en sus uniformes militares, hay dos perros viejos tendidos en la alfombra como si nunca fueran a caminar, hay una mesa inmensa que alguna vez pudo ser de roble, pero que ahora sufre de achaques y manchas coladas recorriendo la artrosis de sus patas, hay un inmenso mueble bar, caoba muy oscuro, con barra y taburetes forrados de cuero negro, que ocupa toda una pared y se pierde en las alturas del techo ascendiendo por medio de columnas salomónicas y frontones alusivos a los dioses del buen beber. Tras los anaqueles de cristal donde se apiñan las botellas de licor, un gran espejo multiplica los colores ambarinos, blancos, azules, verdes y fresa, proyectándolos hasta el contorneo de las lágrimas de la gran lámpara, que al vibrar a causa de los pasos corridos de las muchachas, de sus risas, de su música, de sus voces imposibles de atemperar, se disfrazan de brillantes y quieren mostrar una prestancia difícil de mantener.

Cuando Violeta y yo llegamos a la sala, las otras chicas y Sara ya se han sentado juntas en el mismo sofá y hablan todas a la vez queriendo contarse en un segundo la historia de sus años. Veo a Sara feliz, saboreando sus nuevas amistades como si allí mismo fuera a empezar su nueva vida. Las tres muchachas reparan por primera vez en mí y ahora es Sara la que me presenta; este es Alejandro; de corrida y apeándome del cargo de novio que un ratito antes, contra su costumbre y para mi sorpresa, me había otorgado al presentarme a Alcides, al que ahora no veo junto a ellas. La conversación de las mujeres sigue sin parar, ya sabes la gran facilidad que tienen para verbalizar. Violeta se sienta junto a mí en un sofá contiguo y me cuenta, me pregunta, sonrío, me mira, mira a Sara, calla, piensa, vuelve a sonreír y yo le pregunto por su acento, si es de América o de las Canarias. Me señala un gran tapiz que cubre gran parte de una de las paredes, justo encima de los sofás, en el que se reproduce el mapa de un país que me cuesta, necesito su ayuda, identificar como Venezuela. Soy de los Llanos, de una ciudad que se llama Guanare, en el estado de Portuguesa, pero me he criado en otra ciudad que se llama Maturín, en el estado de Monagas; me cuenta con su voz cadenciosa que parece deslizarse entre las piedras de un riachuelo. Me habla de las otras muchachas, me dice sus nombres y sus orígenes, pero enseguida se borran de mi memoria. Ahora estoy intentando recomponer sus rostros, sus cuerpos, pero me es imposible, la imagen de Violeta se superpone a las de las demás, las oculta. Seguimos hablando un buen rato mientras las demás chicas alborotan y se regocijan de sí mismas. Violeta me dice

que todas son hijas de papito porque él las recogió cuando más perdidas estaban; y otra vez su risa le quiere quitar importancia al asunto, pero siempre queda un pequeño hueco, un deje. Dice que sus historias son tristes, horribles, horribles, apunta dejando que la voz se convierta en un suspiro que se va diluyendo en el pasado. Me cuenta que llegó a Barcelona hace dos años, apenas cumplidos los 17, con un contrato de trabajo en una casa de modas; tenía que pasar modelos, ellos me proporcionaban la manutención y me costeaban los estudios de modelaje. Mi madre, mi padre se marchó cuando yo era una bebita, me firmó el permiso a cambio de un buen dinero que le dio la empresa, así que me encontré en Barcelona dependiendo de aquellos desconocidos que me trataron muy bien hasta que me negué a debutar en mi primer pase, cuando me di cuenta de qué iba aquel rollo, ya sabes. Y yo no sé nada, pero me lo puedo imaginar todo. Me sigue contando su historia. Que llegó a pedir y a cantar y a hacer la estatua por las calles; me canta un poquito, despacito; que llegó a buscar entre la basura y a robar a los que se dejaban atraer, víctimas de su propio abuso, y que un día, una noche, el calvo la vio echada sobre cartones en una sucursal bancaria y entró como si fuera a sacar dinero del cajero y ella al principio se asustó mucho; otro guarro hijo de puta; pero que fue comenzar a hablarle y ella se dio cuenta de que aquel hombre no era de este mundo, que sus palabras eran como encantamientos que a medida que la rozaban le iban dando una tranquilidad, una paz tan grande como si se hubiera fumado tres porros; se ríe como si la risa fuera el eco de lo que acaba de pronunciar; que al día siguiente estaba montada en un tren camino a su nueva vida, en esta casa, y que ya nunca ha vuelto a tener miedo de nada porque su papito está allí con ella, con ellas, para protegerlas. Me cuenta que Alcides no tiene pasado, o que tiene tantos pasados que en realidad no se puede quedar con ninguno, me cuenta que se dedica a muchas actividades, a la compra y venta de muebles antiguos, de chatarra, de pisos, a negocios que ella no sabe muy bien, a organizar rifas benéficas para la Cruz Roja y todo tipo de asociaciones, clubes deportivos y cualquiera que quiera poner el nombre para repartirse los beneficios, a una tómbola con la que va recorriendo todas las ferias, y a innumerables cosas más, y su ceja derecha se arquea como queriendo encerrarme en un paréntesis de comprensión. Me cuenta que todo el mundo, hombres, viejos y niños, lo respetan tanto como si fuera un santo; un santo, un santo; vuelve a repetir con ese suspiro que se deja ir. Puede que no me quieras creer, o que solo me lo imagino, pero Violeta tiene los ojos violetas y redondos, grandes, tan fijos cuando miran que parecen esas psicodélicas espirales dalinianas que Hitchcock utilizó en *Recuerda*. Por eso yo estoy un poco hipnotizado, las voces de Sara y las otras suenan ahora apagadas, como una lejana tormenta de arena.

—Niñas, poned la mesa que esto ya está —la voz de mando de Remedios me saca de los ojos de Violeta y todas se ponen en movimiento de la cocina a la mesa, retirando floreros, trayendo manteles y servilletas, acomodando las sillas, encendiendo la enorme lámpara que le da nueva vida a aquella habitación encorvada. Los únicos que nos hemos quedado quietos en donde estábamos somos Sara y yo. Nos miramos para reconocernos, para sabernos nosotros aún, y yo reparo con asombro en que sus ojos son idénticos a los de Violeta. Puede que esto también lo imagine, pero te aseguro que es una convicción que ha venido conmigo todos estos años.

En un momento la mesa ya está preparada. El chocolate humea desde una olla roja en el centro. Remedios se esmera en llenar con un cazo las enormes tazas y las chicas se disputan el sitio para estar al lado de Sara. A mí me recoge la mano de Violeta del sillón y me lleva a una silla junto a ella. Remedios se sienta en un extremo y deja libre la cabecera para el hombre de la casa que como si estuviera esperando el momento aparece vestido con un raído batín rojo que se hace interminable hasta sus pies. Alcides sin el traje parece muy distinto, mucho más enjuto, menos alto, mucho menos imponente, mucho más turbio. Puede que sea por antipatía, pero cuando le veo caminar hacia la mesa dejando al descubierto unos centímetros de su corva derecha imagino que no lleva nada debajo. Será causalidad, o no, pero a Sara le ha tocado el asiento justo al lado de aquel protector de menesterosas. Yo estoy en el otro extremo de la mesa, entre Remedios, que sorbe su chocolate y moja sus buñuelos sin mirar ni hablar a nadie, y Violeta que me habla con su voz del Orinoco apenas susurrada para que nadie más que yo la oiga. Alcides sonrío y levanta un dedo como si fuera a bendecir la mesa o a suspender el tiempo. Cuando todos los murmullos se han acallado se toma todavía dos segundos para comenzar a hablar y lo hace con una voz tan baja, con unas pausas tan pronunciadas entre frases y palabras, que la gente se queda como colgada de su hilo de voz, un remanso de voz grave y tranquila, más atenta a la próxima palabra que va a pronunciar que a las que ya le han abandonado. Comprendo ahora por qué ese hombre ejerce tal magnetismo hacia todos los que le rodean. Quizá sin proponérselo ha ido perfeccionando con los años una técnica de alocución que reviste cualquier cosa que diga de una importancia sin soberbia, de una profundidad sin calado que entibiece el alma de quien le escucha, de una cadencia rítmica que acaricia las mentes de los oyentes como si estos acabaran de pensar lo que están escuchando. Alcides pregunta a sus hijas, una por una, cómo les ha ido el día. Ellas responden como si se tratara

de un examen, con palabras pensadas y a la vez muy espontáneas. Cada una de ellas comenta varias cosas que le han sucedido ese día. Lo mejor del día para las tres primeras ha sido conocer a Sara. Violeta, cuando llega su turno, me aprieta la rodilla debajo de la mesa y exclama como si fuera una travesura; para mí lo mejor que ha pasado hoy ha sido conocer a Alejandro. Miro a Sara para ver si nota la mano de Violeta sobre mi pierna, pero ella ríe la salida de la chica como todos los demás. Alcides vuelve a instaurar el silencio con su propio silencio y asiente con su santa sonrisa entre las mejillas; sí, chicas, sí, para mí lo mejor de hoy también ha sido conocer a Sara y a su novio; y aquí su sonrisa irónica me señala; porque cada vez que conocemos a alguien estamos haciéndonos más amplia la vida, lo que somos. Cada vez que conocemos a alguien y lo incorporamos a nuestros días, estamos recibiendo un regalo que no se puede medir con nada, solo con nosotros mismos. Alcides finaliza su oración posando su mano bautismal sobre la frente de Sara, yo me aseguro de que Sara tiene las dos manos por encima de la mesa.

Alcides se levanta de la silla y en su giro para dirigirse a una inmensa cómoda que ocupa gran parte de una pared, su oscuro batín rojo, apenas anudado con un cinturón de la misma tela, se entreabre lo suficiente para que pueda confirmar mi sospecha, una visible y no disimulada erección se abre paso entre los faldones del desaseado batín. A ninguna de las mujeres parece importarles aquella exhibición a medio camino entre la furtividad y la provocación, aunque tengo muy claro que han tenido que verla tan bien como yo, incluida Sara. O igual también me lo imagino, no lo sé. Vuelve de la cómoda con un pequeño cofre que deposita sobre la mesa, lo abre y saca de él una bolsa de cuero y un paquete de papel de fumar que lleva rotulada con enlazadas letras amarillas la palabra Greenhouse. Con ceremonia y parsimonia empieza a rular un canuto doble. Yo veo cómo va creciendo aquello y no puedo dejar de mirar a Sara y a las demás para buscar en sus pupilas las huellas de lo que acabo de ver, pero todas siguen con atención esta otra erección que se va conformando bajo los sabios y precisos dedos de Alcides. Noto sus bocas anhelantes ya de la primera calada que llene sus gargantas de la sensación adormecida por el placer del chocolate, este otro chocolate. Alcides enciende el peta como si fuera una antorcha olímpica e inhala la primera bocanada interminable. Tras cinco contenidos segundos exhala el humo en un perfecto buñuelo que va subiendo hasta la lacrimosa lámpara. Todo lo que hace Alcides es diferente, todo parece formar parte de algún rito iniciático, de alguna fórmula secreta para ser quien es. Veo que las chicas jóvenes lo contemplan con ojos ensoñados, con la lengua

humedecida esperan su turno. Sara es la primera que recibe la ofrenda del aire en sus pulmones, su calada es también profunda, pausada, sensual. Sus ojos se pueblan de esa densidad lechosa que le fluye cuando se encela, las pupilas dilatadas no dejan de mirar devotas al sumo sacerdote. Alcides comienza a hablar de nuevo, se le ve tan relajado que estoy a punto de mirar por debajo de la mesa para comprobar si su mástil continúa en pie. Sara le pasa el porro a la muchacha que tiene al lado y Alcides poco a poco va centrando sus palabras en ella, sin darnos cuenta ha dejado de hablar al grupo y ahora desliza su aliento hacia su nueva hija, cálido, con el aroma del cannabis todavía rondándole entre los labios. No puedo dejar de mirar a Sara, su expresión, su boca que tanto delata el latido de sus hormonas, su mirada derramando caramelo hacia aquel hombre, su padre, que estará rondando los sesenta años, desnudo dentro de un sudario rojo medio apolillado y con su pene enhiesto faroleando bajo la mesa. Intento desentrañar lo que le está diciendo; cuentos de viejo, imagino; pero justo desde que ha restringido su discurso a Sara, Violeta ha empezado a hablarme sin parar de las más distintas cosas de su país; del morichal, de que hace las mejores arepas del mundo, que el cacao de Venezuela es algo insuperable, que su abuela fue bruja e irlandesa, que le encanta coger los días de lluvia y que salir viva del barrio Petare le gastó media vida; pero yo intento zafarme de sus palabras para poder llegarme a las de Alcides que van deslizándose como caricias hasta la boca entreabierta de Sara, que de vez en cuando me lanza breves miradas para comprobar hasta qué punto la estoy mirando dentro. El puro me llega desde la chica que se sienta frente a mí. Remedios ya no está, no sé en qué momento ha desaparecido. Doy una calada rápida y se lo paso a Violeta para ver si mientras chama deja de hablar un poco. Ella se acopla al canuto y acerca su cara a la mía para que no me pueda escapar de sus mejillas que forman dos grandes hoyuelos; ¿como los de Sara?; y me envuelve con su charla interminable y el humo dulce como su voz. Su rostro no me deja ver la cara de Sara, así que con una caricia aparto su mejilla fuera de campo y redescubro a Sara mirando a Alcides entregada, seducida por esas palabras que no cesan de llover sobre ella, empapándola de principio a fin. Comprendo que el arte de ese hombre es el de seducir con la voz, y sé, siempre lo he sabido, que no hay antídoto que pueda frenar su penetración. En un momento la mirada de Sara me vuelve y se detiene unos instantes más. Ahora los dos sabemos que sabemos. Su mano izquierda ya no está sobre la mesa, su hombro y su rostro se inclinan hacia Alcides que sonrío, sigue la mirada de Sara hasta mí y me guiña un ojo cómplice.

Comprendo un poco más a Sara, su necesidad de dejarse arrebatar, dejarse

llevar por la corriente hasta lo más profundo de la ciénaga, dejarse arrancar toda esa costra con la que la han embadurnado como si fuera una lubina a la sal. Comprendo la imposibilidad de amar a sus padres, el escozor de las reglas invisibles e hipócritas con las que la han esterilizado, su desapego hacia ella misma, su necesidad de clausurarse en un silencio que corta como una censura, su necesidad de tragarse la oscuridad, de inventarse otra luz, otra historia, aunque sea invisible, aunque no se pueda dibujar ni contar. Comprendo que me mire porque sé que el único fin de su mirada es esculpirme a mí como testigo de su propia degradación, de su renuncia a quererse a sí misma, de su renuncia a ser algo que no sea poco más que un sujeto corrompible, ensuciado, desechable. La sigo mirando mientras se deja devorar por las palabras del calvo. Tengo el estómago revuelto por el chocolate y los celos e intento una vez más apartar el rostro de Violeta que cada dos por tres se planta delante y me tapa la visión. Si dejo de verte te perderé para siempre; me repito sin parar como única fórmula posible que evite el desastre; si dejo de verte te perderé para siempre; y Violeta piensa que se lo digo a ella y me dice; mírame bien, mírame bien; y sus ojos caleidoscopio me lo inundan todo de figuras transparentes que giran con todos los colores, la cabeza comienza a darme vueltas y por un momento deseo con todas mis fuerzas vomitarle en la boca, pero contengo la arcada y vuelvo a hacer como que acaricio su mejilla, la sostengo con muchísima levedad mientras ella no para de sonreírme y contarme que ella es bruja como su abuela y que tiene cuatro mil años. Me dice que la siga; ven conmigo, ven conmigo; pero yo sigo apartándola como si jugara a que me deseara más. Solo quiero no perder la visión de Sara que ahora ha cerrado los ojos y está como desmadejada con la cabeza recostada sobre el respaldo de la silla con un pequeño hilillo de placer derramándose de su sonrisa.

Las otras tres chicas se levantan de la mesa. Creo escuchar que van a vestirse para ir a trabajar. Violeta sigue su asedio y me pasa dos dedos por los labios como si quisiera que selláramos el secreto de su inmortalidad. La mirada de Sara vuelve a engancharse a la mía, apenas un larguísimo segundo que me parece una invitación al juego. Violeta ha introducido apenas sus dedos en mi boca. Huelo su cuerpo moreno y su leche tibia cerca de su boca, lleva puesta una camiseta blanca y desbocada de tirantes que me deja ver a saltos sus pezones negrísimos, y unas escasas bragas blancas que funcionan como metonimia de su sexo. Una nueva arcada me amenaza y con un movimiento brusco aparto sus dedos de mí porque sé que ese es el precio que me quieren pagar por Sara. Me entra el familiar sudor frío y comienza otra vez el zumbido en el oído. Sé que tengo que

hacer algo o va a empezar de nuevo el mareo, la angustia, mi cerebro dándole vueltas como en un zoótropo a todos los instantes de mi vida, los antiguos y los recientes, en los que no soporto pensar, mi madre muerta, los días de dolor insoportable de mi infancia, el miedo absoluto a ser, el miedo tremendo a estar vivo. Sé que no puedo dejar que el ataque de lucidez siga su curso, tengo que pararlo como sea antes de que me empiece a faltar el aire, antes de que empiece a fallar todo, a convertirse en hueco y deforme, colgante, blando, amenazante. Veo tras los ojos preocupados de Violeta la cara deformada y sonriente de Alcides cada vez más cerca de la lengua de Sara que parece relamerse de algún pensamiento sucio, el calor de Violeta me da tanto calor que creo que mi cerebro se va a derretir al mismo tiempo que el flujo de Sara deseando al horrible duende que acaba de salir del cuadro. Los celos se me clavan en el pecho como garras cuando las manos de Violeta lo recorren y oigo su voz lejana que me dice; tío, estás empapado, te ha dado un bajón, no te preocupes que eso no es nada, vamos a la cocina que con un poco de vinagre se te pasa; y yo quiero estar mal, morir allí mismo para evitar seguir viendo a Sara derretirse, licuarse, como mantequilla aguada bajo la impúdica boca de aquel viejo que escupe su saliva envuelta en palabras sobre ella. Estoy a punto de arrojar el chocolate y los churros y la puta pena de toda mi vida sobre Violeta y la mesa y aquel piso asqueroso lleno de muebles abandonados queriendo disfrazarse de un señorío que nunca tuvieron. Sara me mira otra vez y luego le dice entre risas a Violeta; no te preocupes, de vez en cuando le da el bajón cuando fuma, pero enseguida se le pasa; después le dice algo a Alcides que soy incapaz de comprender. Violeta me pide; ven conmigo, ven conmigo; y me coge de la mano y me arrastra con cariño hacia el pasillo y hacia la cocina donde Remedios está ya haciendo la cena y me enjuaga la cara con agua fría y sus manos me acarician con un cariño tan olvidado que mis ojos se llenan de lágrimas y ella, la de los ojos violeta, me canta; qué bonitos ojos tienes debajo de esas dos cejas; y yo sé entonces que sí es una condenada bruja; ellos me quieren mirar, pero si tú no los dejas; porque esa es la canción que me cantaba mi madre de pequeño y nadie en este mundo lo ha sabido nunca, nadie, y de pronto me siento de nuevo bien, la pesadilla, el miedo, las ganas de morir se van, y la miro de verdad por primera vez en toda la tarde, dejo que me seque la cara con su sonrisa y la toalla, y sigo mirándola sin ni siquiera parpadear. Me vuelve a coger la mano; tú ves como sí soy bruja; ríe; ven conmigo, ven conmigo; y me arrastra de nuevo con ella por la casa. Pasamos varias habitaciones desordenadas, algunas de ellas sin muebles y llenas de cajas repletas de bagatelas que supongo serán los premios de la tómbola. Veo a las demás chicas ya casi vestidas, arregladas para el trabajo, y ya no me cabe ninguna duda de a qué se dedican y para quién trabajan. Llegamos a una

habitación que está llena de fotos de paisajes cálidos, es el cuarto de Violeta. Son fotos de mi país; me dice mientras me va nombrando lo que representa cada foto sin soltarme la mano. Me besa en los labios, como en un descuido, y se me queda mirando; ¿sin parpadear?; durante un rato, luego dice; es una gran chica, no debes perderla, ve por ella, aún puedes; y me suelta la mano y la mirada y yo le doy las gracias como si me hubiera liberado de un maleficio y acelero el paso para llegar cuanto antes junto a Sara y me planto frente a ellos, que en un principio parecen no darse cuenta de que estoy allí. Sara ha puesto sus piernas sobre las rodillas de Alcides y tiene la falda casi por la cintura. Su rostro está iluminado por un calor que no hace en la habitación, su boca entreabierta, sus ojos hipnotizados por las palabras que flotan alrededor. Alcides tiene la bata abierta y los dedos de su mano derecha recorren premiosos el cuello de Sara, su mano izquierda descansa sobre el muslo derecho de Sara, el pulgar se mueve muy lento sobre su ingle. Hay como una música, pero me doy cuenta de que solo la imagino yo. De pronto Sara repara en mí y de un salto se pone de pie dejando que su falda la cubra hasta los pies. Alcides parece no inmutarse y con indolencia ata su batín a la cintura y se levanta. Yo finjo no haber visto nada.

—Sara, tenemos que irnos o perderemos el tren —la voz me sale neutra, tan impersonal como todo el dolor que me retumba por dentro. Ella me mira con los ojos de ese azul oscuro que no sabe mentir.

—Sí, se nos ha hecho tardísimo —y se llega hasta mí para cogerme la mano —. Vamos, vamos —me apremia como si de repente quisiera salir huyendo de allí.

Alcides se acerca a mí con una sonrisa franca y afectuosa. Pone su mano derecha sobre mi hombro izquierdo para transmitirme algo que no sé si entender como comprensión o disculpa y me deja llegar su voz amiga, sabia, leal.

—Solo se ama de verdad lo que se puede perder, aquello que te puede destruir.

Creo que por primera vez lo miro a los ojos sin reparos, sin reserva. Y entonces comprendo quién es. Me gustaría sentir miedo, terror, o simple ira, pero

me doy cuenta de que cualquier cosa que pueda sentir él lo va a saber de antemano. Nadie dice nada más. Sara me arrastra de su mano hacia la escalera y vamos con paso rápido hasta la estación para no perder el tren. Ninguno de los dos pronuncia ni una sola palabra en todo el trayecto, ella no me suelta la mano y se cobija en mi hombro con los ojos cerrados. El vagón está vacío y casi a oscuras, la noche se ha cerrado hace mucho ya y los reflejos de alguna luz perdida parecen jugar a las escondidas. Pienso que me encantaría tirármela allí mismo, a expensas de que nos pudiera sorprender cualquiera, pero un bloque de cemento me ha llenado hasta el alma y solo puedo seguir así, haciendo como si nada y sintiéndola respirar.

Cuando llegamos al pueblo nos vamos directos a casa, ninguno de los dos piensa ahora en ir a cenar a la taberna andaluza. El silencio se nos ha pegado tanto que es imposible pronunciar palabra, pero no hay agobio ni tensión. Es un silencio tranquilo que lo llena todo de brea que no quema, va cubriendo cada rendija de nosotros hasta taparnos las miradas que se vuelven como de ascensor. Me lleno hasta el borde un vaso de tubo con 103, le pongo dos hielos sin preocuparme de que el coñac se derrame sobre la mesa. Sara ha desaparecido en el baño, a los pocos minutos regresa a la salita desnuda, me da el cinturón y me ofrece sus nalgas sobre el sofá para que la castigue. Yo cierro los ojos para acompañar el restallido del cuero al traqueteo del tren.

No he vuelto a ver a Violeta desde entonces. Alcides era el tipo del Ponto Final, por mucho que no me quieras creer. Sé que es inexplicable, pero, como él diría, lo que se conoce no necesita explicación. Sara y yo nunca hablamos de esa tarde. Las cosas siguen como siguen, buenos ratos, malos, distancias, acercamientos, cosas maravillosas y asquerosas, caricias y castigos, sexo para tapar los sueños y sueños para disfrazar el sexo. Intento convencer a Sara para que nos deshagamos del cuadro, pero se niega de forma inexorable. Ahora está siempre tapado por una sábana, pero me doy cuenta de que lo destapa cuando yo no estoy porque a veces la sábana no está en la misma posición. Yo sigo sin trabajar apenas y el dinero nos falta. De vez en cuando Sara trae dinero a casa, suficiente para una buena temporada, y me dice que es de su madre. Yo sé que no es cierto y que sigue yendo a la casa de Alcides porque cuando regresa junto a mí necesita el cinturón. En estas ocasiones me vienen a la mente las palabras de Alcides, su infinita sabiduría. Sé que si de verdad nos queremos nos destruiremos».



«La “y” con la “a” = “ya”...bueno, in medias res, ya tenemos mesa.

Prefiero recogerte donde me digas que quedar en un garito».

El tiempo se le hizo un manojo de nervios bailándole en las sienes desde que recibió el SMS a media tarde hasta que dieron las nueve y se dispuso a bajar. Se peinó y se re peinó. Se maldijo por haberse deshecho de su mausoleo de condones y bajó hasta la farmacia con la vergüenza de que le notaran que aquella compra era más una plegaria que una previsión. Compró una caja de seis, de los normalitos, no fuera que ella fuera a pensar. Pero una vez la caja abierta, el problema era si llevar dos o llevar tres. Hasta que se dio cuenta de que no podía llevar condones en la cartera como el que lleva suelto, entre otras cosas porque esa sería la primera vez que ocurriera el milagro de que él follara en una primera cita y, si tal milagro fuera, cosa que solo de pensarlo le hacía temblar a partes iguales de miedo e ilusión, con qué cara le iba a decir; mira, siempre llevo unos globitos por si acaso. No. Eso no podía ser. Se tranquilizó con una risotada terapéutica y enterró la caja de preservativos en el cajón de los condones sin futuro. Se cambió tres veces de camisa y dos de pantalones, eligió una chaqueta muy fina de lino, de un color gris claro, e intentó meter barriga delante del espejo sin conseguirlo, no había nada que hacer. Se repitió varias veces; *what you see is what you get*; para darse ánimos, pero aquella especie de mantra sacada de algún editor HTML no le sirvió para nada.

No podía recordar bien cuándo había quedado por última vez con una mujer. Como en una pesadilla recordaba, recién divorciado, tres o cuatro citas con chicas que había conocido tras interminables horas de chat en el IRC-Hispano. Todas resultaron desastrosas y su dignidad necesitaba olvidarlas para siempre. Ahora se trataba de algo muy distinto, posible gracias a que ella había tomado la iniciativa porque él, por más que se hubiera pasado las semanas anteriores pensando cada día en llamarla, no se habría atrevido nunca. Se miró por última vez al espejo y se dijo; tranquilo, solo es la tía más encantadora con la que vas a cenar en tu puta vida.

La calle reflejaba las luces de la noche a través de la fina lluvia que no parecía llegar a mojar. Tras pedirle la dirección, Julia le había hecho el plano; estaré debajo de tu casa, en la esquina, mi coche es un Opel Astra, gris metalizado, matrícula tal, tendré los intermitentes puestos, no sea que te vayas a equivocar de coche, y de chica; y él imaginó su risa gaseosa llenándolo todo de espuma rica de algún helado tropical mientras terminaba de escribirle el mensajito en su móvil Alcatel. Allí estaba parado el Opel Astra, con las luces y los intermitentes encendidos dibujando las gotas de lluvia mientras él se acercaba, despacio, intentando fijar sus primeras palabras, pensando como cuando era adolescente que si no la besaba enseguida luego ya no se atrevería a hacerlo en toda la noche o en toda la vida, diciéndose que lo primero era ir por su ventanilla, meter la cabeza y estamparle un morreo en aquellos labios rojos como semáforos. El retrovisor parecía enfocarle con su mirada detrás. Gonzalo tuvo la seguridad de que ella lo estaba viendo llegar desde aquel reflejo y entonces comprendió el verdadero sentido de ser para siempre el hombre del espejo. Pensó que nunca tendría la oportunidad de verla tal y como ahora lo estaba mirando agazapada en ella misma, deseó en ese momento que ya hubiera pasado todo, la risa, el encanto, el deseo, para poderla ver por dentro. No pudo evitar recordar a Sara queriendo pintar lo imposible invisible. Pensó que no debía pensar, que solo tenía que llegar a ella y todo el nerviosismo que sentía, toda esa locura de mil ideas que lo atropellaban, se postraría en la sonrisa de la mujer de negro, en esa magia increíble que hacía que todo fuera fácil y confortable, que una sola mirada de ella lo cobijaría y le haría perder esa sensación de examen a superar que le estaba agarrotando. Tal y como los metros se acababan la resolución que nunca tuvo se fue convirtiendo en cordura y se desvió de aquellos labios hacia la portezuela de la derecha, hacia el asiento junto a ella y su sonrisa de bienvenida, de estate bien, amigo, que somos del mismo equipo. Un formal beso en la mejilla inauguró aquella noche de palabras amigas, afectuosas, con el respeto a las personas que se quieren conservar. Gonzalo se notó torpe y nervioso ante el absoluto y tranquilo dominio de la situación que aparentaba aquella mujer de negro, siempre de negro con una ligera blusa de escote abierto que apenas servía de veladura a unos senos que Gonzalo descubrió tan libres como su simpatía, y una falda corta que, así sentada al volante, dejaba al descubierto unos muslos morenos, acogedores, que Gonzalo no se atrevió a volver a mirar porque estaba seguro de que ella, como cuando bajó la escalera, sabía muy bien dónde quedaban atrapadas cada una de las miradas que él no podía retener.

Julia condujo con atención mientras le dirigía los comentarios afables que se emplean para que alguien se sienta a gusto. Gonzalo fue relajándose, consiguió incluso apartar su mente de lo único e intercambiar alguna frase más o menos decente con aquella alucinante persona. Entre frase y frase Gonzalo le lanzaba miradas que querían ser caricias furtivas. La corta melena negra, aún mojada de la ducha, enmarcaba su rostro dándole un aspecto de chica francesa a punto de rodar una película de Kieslowski. Sus ojos marrones, ámbar, sonreían verdes reflejados por las luces que abrían el paso. Su mirada era tan generosa, tan de darse, que Gonzalo tuvo miedo de no saber guardarla si se la llevaba.

Julia aparcó con destreza en una de las callejuelas del barrio antiguo y se colgó del brazo de Gonzalo como había hecho en la galería. Recorrieron un par de calles bajo el chispeo de la lluvia mientras ella bromeaba sobre si él se dejaba llevar o tenía que taponarle los ojos, a lo que Gonzalo respondió que tenía una voz tan atrayente que se dejaría llevar a ciegas por ella, y Julia volvió a reír, satisfecha de sentirse satisfecha, y le dijo que tuviera cuidado con los cánticos de sirena, que a veces solo llevaban a la ruina, y Gonzalo se notó lo bastante suelto y animado como para responder que escucharía sus cánticos aunque luego lo destruyeran, y ella volvió a reír encantada y apretó un poco más el brazo de Gonzalo, y en eso ya habían llegado al sitio, El Figón de la Ploma, un desarreglado local con grandes ventanales de madera que volcaban a la calle todo el ajetreo que se movía dentro entre desinhibidas mesas de madera. Julia le abrió la puerta y le cedió el paso como si lo invitara a su guarida. El local estaba bastante lleno y las risas y voces de las conversaciones o las comandas a gritos de las camareras —casi todas ellas con tal aspecto punk ennegrecido que Gonzalo no pudo desterrar una ligera duda sobre lo elaborada que pudiera ser la comida de aquel lugar— se entremezclaban con los tientos y seguidillas que amenizaban desde los altavoces. Nada más verlos entrar, una mujer, vestida como de pirata y con una serpiente tatuada que le emergía del bajo vientre hasta enredarse en su ombligo, salió de la barra y fue a fundirse con Julia en un gran abrazo rubricado con un no menor morreo. Gonzalo notó que su alma acababa de licuarse. Julia se volvió a Gonzalo tan divertida como de costumbre y le presentó a la chica.

—Gonzalo, esta es Mira, mi chef particular. Mira, este es Gonzalo, mi Odiseo particular.

—Encantado —musitó Gonzalo, tan envarado como si lo acabaran de bañar con pegamento.

—Si eres el Odiseo de Julia amárrate bien al mástil —rio Mira a la vez que lo besaba también en los labios como saludo. Este beso le quitó peso al beso anterior y Gonzalo pudo recuperarse del vahído.

Mira los acompañó hasta la mesa que tenía reservada para ellos y, después de cruzar algún comentario con Julia sobre amigos comunes, le hizo un gesto a una de las camareras para que los atendiera. Julia le preguntó a Gonzalo si le gustaban las costillas a la miel, especialidad de la casa, y Gonzalo asintió en silencio pensando que en los próximos tiempos le iba a gustar cualquier cosa que le gustara a ella. Pidieron costillas para los dos y el vino de siempre, según preguntó la camarera y Julia confirmó. Aunque el ruido de las conversaciones seguía ocupándolo todo, el fondo de la música flamenca parecía dar sentido a que aquello se llamara figón y sus cuatro paredes destartaladas acogieran un ambiente de canalla modernidad, de desenvoltura mundana y citas intelectuales de bolsillo pronunciadas con tonos de deliberada despreocupación. Las paredes blanquísimas; como un paredón de fusilamiento, habría añadido Ramos; estaban pobladas de espejos con marcos de enrevesadas molduras barrocas. Entre los espejos se podían ver frases pintadas en negro sobre la pared. Gonzalo no las reconoció como célebres, ni siquiera como frases de sobres de azúcar. Parecían remitir a conocimientos neutros en los que el verbo, el hecho, no parecía ser necesario. Su vista no daba para alcanzarlas todas, pero sí que descubrió una, la más grande, en la pared justo enfrente de él y a espaldas de Julia: «El delicioso matiz del exceso, el encantador gesto del recato». Se quedó maravillado de la frase porque enseguida pensó que estaba hecha para Julia, la describía y la definía a la vez. Llegó a pensar si no estaría escrita allí en aquella pared para ella.

Julia probó el vino y asintió con la cabeza a la camarera para que lo sirviera. Cuando aquella se alejó, levantó su copa hasta encontrar la de Gonzalo y musitó muy despacio, casi con recogimiento; si vas a emprender el viaje hacia Ítaca, pide que tu camino sea largo, rico en experiencias, en conocimiento. Gonzalo tardó varios segundos en recuperar de su memoria escolar un nombre. Aquella

mujer era de reválida, pensó.

—¿Kavafis? —preguntó como si todo se pudiera venir abajo si no era la respuesta correcta.

—Sí, ¡bravo! —Julia acompañó el bravo de un par de silenciosos aplausos, luego juntó las manos en señal de pedir un perdón contrito y divertido a la vez—. Te prometo que no era una prueba de aptitud —volvió a reír—, no soy esa clase de niña repelente. Te los he citado porque son unos versos que siempre me han dado energía, valor, optimismo, y quería compartirlos contigo junto al vino.

—No te preocupes, antes de venir me he leído el Espasa entero, por si las moscas —contraatacó ahora Gonzalo, comprendiendo que por muchos exámenes que suspendiera aquella mujer le iba a permitir las recuperaciones que hicieran falta—. Creo que contigo iría a cualquier sitio con los ojos vendados. —Y entonces vio la mano de Julia esperándolo sobre la mesa un poco más allá de la copa de vino y se juró que esta vez sí se iba a atrever e igual cerró los ojos mientras lanzaba sus dedos a aquella aventura de recorrer los veinte centímetros entre copa y mano y plantarse sobre aquella otra mano desconocida, un poco pequeña, quizá, tibia, un tanto húmeda, tal vez.

—Eso sí ha sido un error —le reconvino Julia con una voz que expresaba más simpatía que reproche. Con lentitud, sin expresar el más mínimo rechazo, retiró su mano de debajo de aquella otra mano tímida y pesada que había cubierto la suya.

—Perdona, lo siento de verdad. Se me ha ido la mano. Nunca mejor dicho. —Gonzalo estaba tan turbado que no sabía muy bien cómo excusar aquel viaje tan desastroso y tan efímero. Julia estaba encantada con la desorientación de aquel oso grande que se hacía osezno con tanta facilidad.

—No, hombre. El error no es que tu mano viaje. —Ahora fue la mano de ella la que se posó sobre la mano muerta de Gonzalo, aún yacente en aquel territorio vencido del mantel que los separaba—. El error es que quieras ir a cualquier sitio

conmigo. En el poema, Ítaca es el viaje de cada uno, de su vida. Lo que nos dice es que debemos aprovechar cada momento de nuestras vidas, disfrutarlo. Así que ahora es el momento de disfrutar de las costillas. —La camarera acababa de servir los platos en la mesa y Julia retiró su mano de la de Gonzalo no sin antes haber acariciado su dorso con dos dedos.

La cena transcurrió entre la voz de Julia contándole decenas de cosas de su infancia, de su juventud, de sus estudios, de su estancia en París becada por la Ophelia Arts Foundation, de cómo allí conoció a Van Loos y cuando terminó su beca este le propuso llevar su galería, a la que ella misma bautizó. Cuando sirvieron los postres la música flamenca y casi todas las luces se apagaron y Mira se acercó a un mínimo escenario en uno de los extremos del local. Desde allí presentó a la cantante invitada aquel jueves y pidió, por favor, a sus clientes y sin embargo amigos, que guardaran silencio durante la actuación, que luego se lo agradecerían. Una mujer de mediana edad, vestida con un vestido multicolor que a Gonzalo le pareció sacado de alguno de los cromos de *Vida y Color*, comenzó a cantar *Eu sei que vou te amar*. Gonzalo no podía contar cuántas veces había escuchado aquella canción, el disco entero de *La Fusa*, cantada por Vinicius y Maria Creuza, en las noches trágicas de su abandono post matrimonial, cuando lo único que tenía para amar era la ensoñación que le producían aquellas notas rasgando su soledad. Mientras ocurría la canción, Gonzalo miraba con disimulo el perfil de Julia, muy atenta a la cantante, con su sonrisa dibujándole emociones en el rostro, fraseando partes de estrofas, callando otras, sintiendo la vida pegadita a su piel. Gonzalo deseó alargar la mano hasta acariciar con la yema de los dedos aquella mejilla en cuarto creciente. El recuerdo de los sabios consejos de Ramos lo salvó a tiempo de un alunizaje que hubiera terminado en catástrofe con toda seguridad. Cuando terminó la actuación Julia aplaudió a rabiar y nada más encenderse las luces fue a saludar a la artista que había atraído un corro de gente a su alrededor. Gonzalo aprovechó para apuntar en su agenda la frase de la pared.

La visita al figón terminó con las largas despedidas de Julia de la mucha gente que conocía allí, las rápidas y corteses presentaciones de su tímido acompañante, y la multitud de propuestas de diferentes grupos para que ambos se unieran a ellos y fueran a tomar algo en otro sitio. Gonzalo temió que en cualquier momento ella accediera a unirse a otra gente y empezó a inventarse una buena excusa para desaparecer en tal caso, pero Julia rechazó todas las

invitaciones con una habilidad tan natural como eficaz. Al fin se encontraron de nuevo en las callejuelas del barrio antiguo. Las calles aún estaban mojadas, pero ya nadie parecía recordar la lluvia de dos horas antes. Julia le preguntó si le apetecía tomar una copa en algún sitio y a Gonzalo le encantó que en ningún momento diera por supuesto que él iba a decir que sí, sino que lo preguntaba como si para ella fuera un regalo que él aceptara. De nuevo se dejó llevar por esos dedos que se enganchaban a su brazo y lo iban guiando como si no viera. Julia hablaba y parecía que cualquier cosa que le dijera fuera una confidencia o una historia antigua, de las de familia. Su voz acariciaba, saltaba, pellizcaba con alguna ironía sobre sí misma, daba vueltas alrededor de tres palabras para formar un suspense, un acertijo o una sentencia, siempre absolutoria, siempre amiga, siempre acompañante. Le hablaba de tantas cosas que a Gonzalo le costaba un poco seguirla, dejaba un tema respuntado para pasar a otro que apenas aparecía invocado por alguna referencia entre alguna frase perdida del tema anterior. Y su mirada. Su mirada siempre buscando en sus ojos el eco de su habla, la certeza de que sus palabras eran bien acogidas.

Julia le preguntó por sus ilusiones y Gonzalo no supo qué decir y al final le confesó la verdad. Ella lo miró triste y le dijo que sin ilusión no se puede respirar, no se puede andar, no puede llegar ningún futuro. Él le dijo; pero tú estás aquí; y ella rio y le dijo; pero yo no soy el futuro; y él le contestó; pero puedes ser una ilusión; y ella le dijo; las ilusiones no vienen, se tienen; y los dos estuvieron así durante tres o cuatro calles, entablando una esgrima de frases sueltas que se apilaban unas sobre otras como si fueran un castillo de naipes o un juego de churro va. Llegaron a un garito perdido en una plazuela por la que Gonzalo no recordaba haber pasado nunca. El garito estaba en penumbra, con una música que invitaba a la charla reposada y cómplice. Gonzalo pensó que aquella mujer conocía muy bien los protocolos para enamorar a cualquier hombre. Julia pidió un coñac Courvoisier y Gonzalo se conformó con un gintonic que le refrescara la necesidad de besar aquella boca. Gonzalo habló de cómo conoció a su exmujer y Julia le sorprendió contándole que se había casado muy joven, cuando no había cumplido siquiera los veinte.

—Con un periodista como tú, no sé si fiarme —la mirada, la coquetería, la risa—. Al poco de casarnos lo nombraron director de una revista nacionalista en Barcelona y se fue a vivir allí. Como yo estaba con la carrera me quedé viviendo aquí, en su maravilloso chalet, y los fines de semana me iba con él —Julia hizo

una pausa para acomodar el relato—. Al poco tiempo me di cuenta de que me importaban un pimiento sus fiestas, sus relaciones con la alta burguesía catalana, su inteligencia, su éxito... Yo era una chica de veinte años que quería vivir y follar en los parques, no soportaba la petulancia de aquel ambiente ni los valores de mi señor marido. —Julia encendió un cigarrillo y le ofreció una calada a Gonzalo sujetándolo entre sus dedos. Este observó la huella de los labios de la mujer en la boquilla del cigarrillo y succionó con deleite y lentitud aquel carmín como si estuviera componiendo la alegoría de un beso—. Empecé un poco a hacer mi vida y él algo se olió porque me puso un vigilante. ¿Sabes?, si hay algo que no he soportado nunca es que me quieran controlar. Llegó un momento en que el amor se había convertido en fastidio y repugnancia de tener que ir al finde marital, de tener que compartir con él algo que ya no existía. Así que nos divorciamos y adiós muy buenas. Hasta hoy.

—¿Y no lo pasaste mal con el divorcio?

—No, al contrario, el divorcio fue para mí una liberación. Solo la idea de estar casada con él me ahogaba. No he vuelto a verlo nunca más. Mi madre de vez en cuando me dice que lo ha visto en la televisión, pero yo esquivo el comentario y me pongo a hablar de otra cosa.

Continuaron hablando de mil temas entre aquella música y los cortos sorbos con que aquellos labios rojos besaban la bebida y el cigarrillo y la imaginación de Gonzalo que se atrevió a decirle que le recordaba a Isabella Rosellini y ella soltó una carcajada descomunal y se hizo la enfadada por la comparación, pero los dos se sintieron felices de jugar a las películas como si estuvieran a punto de ir al cine de las sábanas blancas. Entonces ella le contó que todos los años, cuando llegaba la primavera, una gitana pasaba cantando los jueves por la tarde debajo de su ventana. El primer jueves que la escuchaba era una felicidad porque le anunciaba los días largos y el sol, y entonces cada jueves la esperaba allí en el cuarto de planchar, en penumbras, con el calor de la tarde cayendo afuera sobre aquella voz como de ancestro cantando canciones viejas y ella en bragas sudando la gota gorda mientras planchaba calzoncillos.

—¿Calzoncillos? —a Gonzalo le tembló la voz con la pregunta—, no entiendo —se arrepintió enseguida de preguntar lo que no debía preguntar, lo

que no quería saber. Julia pareció caer en la cuenta de que de pronto ambos se habían metido en una dirección que no buscaban. Apagó el cigarrillo en el cenicero como si estuviera pensando la respuesta y lo miró esta vez con una distancia que nunca había empleado.

—Me encanta plancharle los calzoncillos a mi hombre. No sé, es una forma de decirle que quiero que esté bien.

—¡Ah!, claro, claro, es un detalle. Seguro que el hombre que vive contigo está encantado. —aquella mujer que tanto le hablaba de ilusión era capaz de rompérsela en los morros con una sola palabra, la más prosaica y vulgar que se le pudiera haber ocurrido. Gonzalo añoró de pronto toda su soledad acumulada, todo su aburrimiento de empedernido coleccionista, todas sus horas de tibieza sin pensar en nada que no cuadrara, en nada que no tuviera principio y fin, en líneas rectas, ángulos rectos, curvas rectas, cualquier cosa que se pudiera pensar sin necesidad de escuchar cánticos que lo hicieran zozobrar.

—No soportaría vivir con un hombre, pero siempre le tengo preparados calzoncillos planchados cuando viene a verme.

Julia pareció ponerse seria por un momento. Gonzalo no sabía qué decir por más que intentaba encontrar una palabra, cualquier frase, que los retornara a la complicidad anterior, pero nunca había sido bueno improvisando. Pensó que ese era el primer silencio que había entre los dos, un silencio de los que separaban, no de abrazo. Luego, en un instante, pareció que una mano de mimo borrara la seriedad de aquel rostro de cómic japonés, aquellos ojos de manga, y la sonrisa y la mirada de juego volvieron a aparecer de la nada, la risa y una pequeña advertencia; no me gusta que nos pongamos serios, se pierde el encanto; que era como una invitación a ponerse las zapatillas y reposar las ansias junto a ella. Entonces él le dijo que era difícil, porque era un tío serio y un poco amargado, pero ella no paró de reír y le prometió que le regalaría el libro de Watzlawick y como él no sabía quién era le contó el episodio del martillo y la risa era tanta, la paz de estar allí tanta, que ya el ansia y la desilusión y el miedo se pidieron otro gin-tonic, otro coñac, y se intentaron echar el mundo por montera.

Y él le preguntó; ¿cómo sabes tantas cosas?; no sé casi nada de nada, pero como soy de letras disimulo; se burló ella un poco y le habló de literatura; sea lo que sea eso que llaman literatura; volvió a cimbrear la frase, y le dijo que había tres libros sin los que ella no sería ella, a saber: *Alicia en el País de las Maravillas*, *Memorial del Convento* y *La Divina Comedia*. ¿Que por qué esos tres y no otros? No tenía ni puta idea, pero así era. Gonzalo se atrevió a decirle que de adolescente había sido un lector empedernido de Martín Vigil y que de niño había leído *Los siete secretos* y *La Biblia contada a los niños*. Julia se lo quedó mirando con pena, como comprendiendo, y le juró que, si seguían cerca, ella se encargaría de curarle su mal de letras. Y él le dijo que cómo iban a seguir cerca si ella tenía hombre y ella se puso otra vez seria y le selló los labios con el dedo índice, para que callara.

—Te voy a dar mi nombre secreto, para que solo tú lo utilices. ¿Estás conforme?

—Conforme. —Gonzalo no podía soportar aquel vaivén emocional de tenerla y perderla a cada pensamiento suyo, a cada frase de ella.

—Sietelunas, así es como me llamarás cuando nadie te escuche. Yo a ti te llamaré Sietesoles. —Gonzalo no entendía nada, pero le encantó el nombre de Sietelunas y lo repitió varias veces como si estuviera intentando recordar una melodía.

—Sietelunas.

—Sietesoles.

Julia agarró la mano de Gonzalo y lo arrastró hacia una pequeña pista de baile donde dos o tres parejas bailaban abrazadas. Una vez tapados por la música y las luces estroboscópicas, Julia introdujo las manos en los bolsillos de la chaqueta de Gonzalo y lo miró en silencio al ritmo de la canción que sonaba.

—Yo no puedo ser fiel. —Y le acercó aquellos labios rojos sin boquilla hasta el alma. Gonzalo sintió la infinitesimal sacudida de eso que llaman felicidad cuando las ilusiones se cumplen, se dejó acariciar el paladar por aquella lengua salvadora, guía experta por *Infiernos* y *Paraísos*, llave secreta de todo lo que él quería tener, ser, y no se había atrevido hasta aquella noche. La saliva y el beso, y la mezcla del sabor del coñac y la ginebra, no le permitieron entender bien la frase, no le dejaron distinguir si se trataba de una confesión o de una advertencia.

La noche terminó como había empezado. El coche estacionado en la esquina de la casa de Gonzalo. Los cuatro intermitentes iluminando de nuevo la lluvia de vuelta. Gonzalo en el asiento del copiloto intentando pilotarla hasta su cama y los condones; ¿quieres subir?; pero ella, cariñosa y responsable; es muy tarde y mañana madrugo, otro día, si quieres, claro; y él resignado, intentando guardar las ansias que revientan las pompas de jabón; seguro que querré; y el último beso de la noche y esperando el ascensor recibió otro SMS de Sietelunas:

«Eres un encanto de creatura»

Alejandro llevaba dos semanas escribiendo sin parar, sin dormir, casi sin querer. Desde el episodio con Sánchez en el piso de Sara no había vuelto a hablar con Gonzalo. Aquella noche Sánchez le había dado los nombres de los dos holandeses enviados por la empresa G8H a la ciudad. Bram Gosselt y Karel Janssen, le deletreó por teléfono Alejandro al subinspector Ramos minutos después. Solo salía de la habitación porque Tassia lo sacaba de allí casi de los pelos cuando llegaba la hora de ir a montar el puesto de bocatas. La muchacha se ponía de los nervios al ver el abandono en que estaba cayendo su amigo. Tenía que obligarlo a lavarse, afeitarse y hasta a hablar, como si estuviera cuidando a un niño autista. A doña Carmen no le hacía ninguna gracia esa invasión de la habitación de su hija y se pasaba el día refunfuñando y amenazando con tirarlos a los dos, tirarse ella por el balcón o, mejor, cerrar la pensión e irse al pueblo a morir en paz. Pero la autoridad se le iba ablandando como se le habían ablandado las carnes y la voluntad y al final era ella misma la que se plantaba con unos boquerones y una cerveza en la habitación para que se llevara algo a la boca el hombre, a ver si así se recuperaba un poco del magín.

Desde que Gonzalo le dio el libro mecanografiado y encuadernado por Sara, una pena de alquitrán le había sepultado hasta el respirar. En algún momento debió pensar que eso era lo que llamaban dolor. Y culpa. Se sentía sucio, asqueroso y sucio hasta olerle la conciencia a putrefacción. Quería salir corriendo de su cabeza, quedarse vacío de una vez, volver a tener la felicidad del borracho sonado que deambula por sus pesadillas sin notar que son suyas. Ya no había vuelta atrás. Por más que relejera cada uno de los cuentos que escribió para ella, por más que intentara recomponer cada una de aquellas caricias que se creían regaladas, el alquitrán iba desparramándose desde algún sitio más arriba de su pensamiento, poco a poco inundándolo hasta tapar cualquier resquicio de la persona que alguna vez quiso ser para ella. La única posibilidad de escapar era escribir lo más rápido posible, sin parar, sin pensar, sin acentos ni comas ni diéresis ni siquiera sin renglones ni esquinas ni paradojas. Escribía en hojas cuadrículadas que arrancaba de las libretas de gusanillo que Tassia conservaba de cuando a duras penas la convencieron de que el saber iba a sacarla de plebe, o de puta. Cuando tenía dos o tres hojas escritas las releía con avidez y, la mayoría de las veces, las rompía sin contemplaciones y vuelta a tres hojas más. Si se

quedaba más o menos conforme con algún fragmento de lo que había escrito, lo copiaba con la mejor letra posible en la Moleskine que Gonzalo le había dado para ello. Su estado era tan inestable y cambiante que lo seleccionado para perdurar no respondía a ningún criterio más o menos razonable, de modo que nadie nunca podría saber; ¿alguien lo ha sabido alguna vez?; si lo salvado era lo que valía de ser salvado o, a la inversa, lo desechado era lo que no merecía serlo.

No resistía todo el amor con el que aquel libro le había aplastado la vida. No soportaba pensar que nunca hasta entonces había tenido conciencia de lo profundo que Sara había sentido por él. Ni en los primeros y mejores momentos llegó a ser del todo consciente de ese sentimiento que ella intentaba transfundirle sin pillar nunca vena. Si por un solo momento en su cerda vida hubiera cerrado los ojos para sentirla, ella podría haber terminado aquel retrato o no tendría que haberse refugiado en aquel duende embaucador o en aquellos fantasmas invisibles que la invadían hasta anularla.

Revisó el relato subrayado una y otra vez. Cuando escribió aquel relato, Alejandro había insertado en él un poema codificado. Lo había cifrado en grupos de cuatro letras, al modo del Tetragrámaton judío, y había dejado una pista para descifrarlo: «La clave está en el centro del salmo 139, luego busca las letras a la izquierda». Sara había descifrado el poema y había añadido a continuación una línea codificada con la misma clave que él había utilizado. Una vez descodificada esa línea, Alejandro encontró lo que podría ser una dirección: «Letenská, 17, 20». En otra página, junto a la frase subrayada «la terraza de un café en una calle de Praga», había escrito: «Café Milena, junto al Ayuntamiento Viejo». Otra de sus notas, al final del relato, decía: «La voz del duende». Siguió leyendo adelante y atrás, recordó aquellas charlas, aquellas promesas, y empezó a tenerlo todo claro.

Gonzalo no pudo evitar sentir cierta decepción cuando comprobó que la llamada a su móvil no era de Julia. Habían pasado ya demasiados días desde la cena, desde el beso, y poco a poco la ansiedad se le había ido apoderando. Se moría por llamarla, por ir a verla a la galería, por volver a quedar, por volver y continuar desde aquellos besos que se le habían convertido en calabazas a aquellas horas de la madrugada en las que las mujeres infieles se suelen subir a las camas de los hombres encantados. Pero él no llamaba y ella no llamaba e

igual solo era parte del juego, pero otra vez la desazón, la inseguridad, la estúpida sensación de que ya no gobernaba ninguna parte de su cerebro ni de su vida, la imagen de ella riendo y su lengua horadándole la campanilla como si se hubiera declarado un incendio. Tras el último beso, el más ligero, en el coche antes de subirse solo a su casa, Julia le había mirado pidiéndole una tregua; ahora me siento vulnerable; y él estuvo a punto de pedirle perdón por haberse dejado besar o haberse dejado enamorar, todavía no tenía palabras para eso, por pedirle que subiera a su casa a quitarle las rozaduras de tanto desamor.

Aquella noche no pudo dormir. Tras recibir su SMS; eres un encanto de «creatura»; le respondió con otro en el que reprodujo la frase de El Figón de la Ploma; El delicioso matiz del exceso, el encantador gesto del recato. Ella ya no le contestó, igual tenía el móvil apagado, pero a las ocho de la mañana, cuando apenas hacía un rato que había podido cerrar los ojos, llegó su respuesta:

«Preciosa frase. Tu matiz, aunque delicioso, no es exceso, ni mi gesto (ignoro si encantador) es recato»

A Gonzalo le atrapó una tormenta de interpretaciones y preguntas sobre el sentido que aquella maravilla de mujer le había dado a la frase. Parecía ser que el matiz le pertenecía a él y el gesto era cosa de ella. Parecía ser, también, que el mensaje estaba claro, ella quería lo mismo que él. Pero, entonces, ¿por qué no había subido? Se lo había dicho claro, era tarde y tenía que madrugar. O igual ese era el gesto que no era recato, el irse porque ya la primera noche no quería. Pero, por otra parte, le había contestado como si la frase fuera suya, ¿cómo era posible que una mujer tan despierta no hubiera reparado en aquella frase escrita en letras enormes sobre la pared de un sitio que frecuentaba? Pasaba de una pregunta a otra, de una posibilidad a otra, con tanta rapidez que le era imposible detener aquel vértigo. Consiguió resistir la necesidad de responder el SMS al momento y se fue a la ducha a sepultarse bajo los litros de agua fría suficientes para quitarle aquel dolor. Se rio, y se calmó, al pensar cómo ella lo había calado, cómo le había hablado del libro *El arte de amargarse la vida* y de la historia del martillo. No le respondió el SMS hasta no estar frente a un café en el bar de abajo del periódico. Lo había conseguido. A partir de ahí empezó un intercambio de mensajitos que ponían a prueba su capacidad de manejar la ironía, el decir sin decir y la agilidad mental de Julia, sin quedar como un patoso. Pero, y esto le

llenaba de ternura, sospechaba que lo que ella buscaba en él no era lo que ya tenía. Cuando subió a la redacción comenzó a escribirle un mensaje de correo electrónico interminable con una historia sin sentido que tituló *Las rotondas, los gatos y la sirena*, firmada por un tal Sujeto (e)líptico, que contaba la historia del hombre del espejo. Cada tres o cuatro de esos días Gonzalo le enviaba un interminable correo electrónico a Julia y cada pocos días más Julia le enviaba mediante mensajero al periódico un sobre con un capítulo de *Alicia en el País de las Maravillas* mecanografiado por ella misma.

Cuando vio el nombre de Tassia en la pequeña pantalla del móvil estuvo a punto de no contestar, pero pensó que llevaba muchos días sin noticias de Alejandro y se decidió a apretar el botón. Tassia se burló con cariño diciéndole que no tuviera miedo, que no le llamaba para quedar a solas, y enseguida le habló de lo preocupada que estaba por Alejandro, que no paraba de escribir encerrado en su habitación y que a ver si él le convencía para que fueran a tomar algo al Ponto Final. Gonzalo se comprometió en pasar aquella misma tarde por la pensión.

A la pensión de Doña Carmen se podía acceder también por el bar que servía a la vez como recepción. Tras la barra, en un carcomido panel de madera colgaban las llaves de las habitaciones, cada una con su respectivo número anotado a mano en la etiqueta del deteriorado llavero de plástico. Desde aquella barra se gobernaba todo el negocio, cenas, desayunos, copas tardías y camas calientes la mayoría de veces. Era media tarde y la actividad no era mucha, la televisión atronando el local con la telenovela, un par de abuelos adormiscados en sus caliqueños frente al aparato fijado a la pared y una mujer mayor vestida como si tuviera veinte años menos, sentada en un taburete tras la barra, pelando habas mientras no quitaba los dos ojos de la pantalla y movía los labios como si estuviera poniéndole la voz a aquellos personajes mexicanos. La mujer miró con sorpresa y recelo a Gonzalo cuando lo vio acercarse a ella. Otra maldita inspección, fue lo primero que se le vino a la cabeza. Se alzó de su taburete, se limpió las manos con el delantal y se afianzó una de las horquillas que apuntaban su orgulloso moño a la vez que ponía su voz más neutra; ¿en qué puedo ayudarle, señor?; verás, es que he quedado aquí con Tassia; ¿con Tassia? Válgame dios; y de nuevo la esperanza de que aquel hombre con pinta de bien situado y bien educado fuera el enviado por el señor para que su hija sentara la cabeza y se colocara de una vez con un hombre de bien que la mantuviera y le

pusiera un piso o por lo menos que no se la follara gratis como todos; ¿puedo preguntarle el motivo, señor? Yo soy su madre, la dueña del negocio; encantado, señora, mi nombre es Gonzalo Quesada, soy amigo de su hija y de Alejandro, en realidad venía a verlo a él; a doña Carmen se le vinieron las quimeras al suelo en un momento, si aquel tipo era amigo de Alejandro no iba a resolverle la vida a Tassia, eso seguro. Otro más que disfruta sin amoquinar, se desesperó. Sin volver a dirigirle la palabra a Gonzalo y con el tono de voz más desabrido que pudo, gritó; ¡Tassia! ¡Te busca un amigo!; al momento Tassia apareció sonriente y se colgó de su cuello para darle un par de ruidosos besos en las mejillas. Sin dirigirle ni una mirada a su madre lo cogió de la mano y lo llevó tras de ella por una puerta lateral hasta las escaleras que subían a las habitaciones.

—Creo que a tu madre no le he caído muy bien. —Sonrió Gonzalo.

—A mi madre no le cae bien ningún hombre que no esté dispuesto a ponerme un piso —contestó Tassia con más resignación que humor—. Vamos a ver cómo le cae al otro monstruo que lo interrumpamos de su escribir sin parar. Igual se piensa que está escribiendo *El Quijote* o algo así.

—Está escribiendo algo para mí, no te preocupes, ya verás cómo vuelve a la normalidad cuando termine. —Gonzalo, que subía detrás de la casi inexistente bata de tirantes que llevaba puesta Tassia, no pudo evitar recordar las piernas de Julia bajando la escalera.

—Ese capullo no ha estado normal en su vida. —Soltó una risotada que era todo ese cariño que ahora Gonzalo necesitaba como el aire.

—Ese capullo tiene mucha suerte de tener una amiga como tú.

—¿Y yo tendré la suerte de tener un amigo como tú? —Tassia se volvió hacia él a medio escalón. Gonzalo estuvo a punto de encaramarse a aquella boca para continuar los besos que se le habían quedado perdidos en los labios de Julia. Pero por una vez estuvo satisfecho de no dejarse llevar nunca. Aunque sabía que sería bien recibido, pensó que ni Tassia ni Julia se merecían eso.

—Soy tu amigo desde el primer momento en que te vi —bromeó Gonzalo chocando su puño cerrado con la barbilla de la muchacha. Que me maten si no estoy coqueteando, pensó un poco harto de pensar.

A Alejandro no le hizo ninguna gracia la visita de Gonzalo. Había ocupado la habitación de Tassia como si fuera su último reducto en el mundo. Decenas de hojas escritas y en blanco estaban diseminadas por cualquier sitio: el buró de madera rosa, la cómoda del mismo color, la cama con dosel... todas aquellas piezas de la casita de muñecas que doña Carmen había montado para que su hija llegara a ser la puta de alto *standing* que ella no pudo ser. Ahora la mala calidad de la madera, una limpieza no muy rigurosa y el paso del tiempo, habían desteñido aquel sueño hasta el ras de la realidad y las hojas, las botellas vacías de cerveza, los ceniceros rebosando ceniza y colillas, el humo, el olor a tabaco y a tiempo encharcado, le daban a aquel decorado un aire de derrota que dolía un poco. En cuanto Alejandro vio aparecer a Gonzalo en la habitación se puso a recoger todas las hojas en las que había escrito algo, guardó la Moleskine en uno de los cajones y se parapetó entre el escritorio y el visitante como dejándole muy claro que aquel espacio estaba vedado para él.

—¿Qué haces aquí, tío?

—Pues, nada, que he venido a ver si nos tomamos unas birras por ahí, ¿qué te parece? —Gonzalo comprobó que el deterioro de Alejandro era evidente. No tanto en su aspecto físico, siempre deteriorado, sino en su actitud esquiva nada habitual en él, su gesto muy hosco, su pena. Era como si se hubiera embadurnado de una pena sucia, maloliente, una pena sudada que lo envolvía y le daba aspecto de pescado echado a perder.

—Bueno, mientras os decidís yo me voy a duchar. —Escurrió el bulto Tassia no sin antes quitarse la bata delante de Gonzalo en un gesto que no tenía nada que ver con el decoro, pensó, pero que le convenció de que la frescura de aquella niña no tenía límites. Alejandro arqueó una ceja como diciéndole; ya ves cómo se las gasta la chica; y enseguida volvió a su tono agrio.

—No puedo, Gonzalo, tengo que escribir. ¿No me decías que escribiera? Pues ahí lo tienes, ya estoy escribiendo. Vete con Tassia y dale lo que quiere, no seas idiota que no te verás en muchas de estas.

Gonzalo vio el libro de relatos abierto sobre el escritorio. Sin que Alejandro pudiera llegar a impedírselo lo alcanzó y lo sujetó entre las dos manos.

—Tenemos que hablar de este libro y de algo más. Eso no puede esperar a que lo escribas. Creo que el que encontremos el cuadro o no depende del libro.

—Vale. Habla. —Alejandro cruzó ambos brazos sobre el pecho, dispuesto a aguantar lo que viniera.

—Cuéntame la historia. ¿Por qué Sara subrayó todo el segundo relato? — Alejandro asintió varias veces con la barbilla e indicó a Gonzalo que se sentara en la silla frente al escritorio, luego arrimó otra silla junto a él y se sentó también. Tomó el libro de las manos de Gonzalo y lo abrió sobre el buró por la primera página del relato *Sobre lo que tú eres*.

—Sara, al poco tiempo de estar juntos, comenzó a pintarme un retrato. Para ella no era un retrato corriente, me dijo que quería reflejar todo lo que veía en mí por dentro, no por fuera. Ya sabes cómo son estas cosas, nunca piensas que quien te dice algo así lo diga en serio, con todas sus consecuencias. Pero resultó que Sara lo decía tal y como era. Solo me pintaría si conseguía reflejarme por dentro; la superficie, mi forma, no le interesaba para nada. En aquella época todo era un juego, jugábamos a vivir y jugábamos a morir de amor, siempre guardándonos una pequeña trampa para no morir, ni vivir, de verdad en el intento. Pero ella no, ella nunca se guardó nada. Y esto lo digo ahora que lo pienso, ahora que lo he pensado en estos días relejendo los cuentos que le escribí, porque yo entonces no podía sospechar que la estaba escribiendo a ella, la estaba reflejando tan por dentro como ella hubiera querido reflejarme a mí. El caso es que yo también le pinté un retrato. El retrato lo titulé *Sobre lo que tú eres* y es el que está fotografiado en la portada del libro. Yo no sé dibujar ni pintar, lo más que pude hacer fue una abstracción de lo que yo pensaba que ella era. Cuando se lo di, apenas una semana después de empezarlo, se quedó un poco decepcionada;

bueno, más bien era que no entendía qué coño de ella había en esos tres espacios triangulares. En el momento no dijo nada, me abrazó con alegría y me besó como si aquel cuadro fuera lo más importante que nadie nunca le hubiera regalado, pero yo sabía que en realidad se había desilusionado, pensaba que yo había hecho cualquier cosa para salir del paso mientras ella aún no había conseguido en todos esos días dar una pincelada que me reflejara por dentro. Yo solo le dije; el cuadro no es lo que ves, es lo que significa; y ella se quedó callada, quizá pensando o quizá solo callando, y no volvió a nombrar el cuadro hasta la cama. Se subió a mi oreja y empezó a mordisquearla y a preguntarme; ¿qué significa el cuadro?, ¿qué significa el cuadro?; así cada noche, cada siesta, cada abrazo, me preguntaba lo mismo; ¿qué significa el cuadro? Y un día me vino la idea y empecé a escribir a escondidas para que no sospechara lo que estaba haciendo, hasta que terminé el relato *Sobre lo que tú eres*, donde intentaba reflejar con palabras lo que en el cuadro había expresado tan mal.

—¿Y a ella le convenció más el relato que el cuadro?

—Mucho más. Cuando lo leyó se me puso a llorar. A mí me gustó la cosa de escribir relatos y le escribí todos los demás. Lo más bonito de todo era cuando los terminaba y se los daba para que me los leyera en voz alta. ¿Sabes?, no hay nada más grande que tener una idea y que después de muchas vueltas esa idea se plasme en algo concreto, en algo que has creado de la nada con tu mente y tus manos. Si eso que has creado lo has hecho por alguien, como un regalo, se convierte en algo muy especial, en algo que te une a esa persona para siempre.

—¿Por qué subrayó todo el segundo relato y no los demás?

—No lo sé —Alejandro se tomó su buen tiempo en continuar—. Creo que el subrayado es reciente, en la tinta del bolígrafo se nota, pero no tengo ni puta idea de qué quería decir —Alejandro se paró de golpe nada más pronunciar la última frase.

—¿Crees que quería decir algo? —Gonzalo cogió al vuelo el renuncio—. Si eso fuera así, la única persona que podría comprender el mensaje serías tú. —Alejandro se atrincheró en un silencio rocoso. Cerró el libro con cierta violencia

y se cobijó la cara entre las manos—. Mira, Alejandro, tú y yo hicimos un pacto: tú me ayudabas a escribir la vida de Sara y yo te ayudaba a encontrar el cuadro de la vela. Si te has vuelto atrás dímelo y tan amigos. —Gonzalo intuyó que la no presión era la única carta que le podía resultar.

—Necesito que me hagas un favor sin preguntas. —Alejandro sacó la cara de su cobijo y miró a Gonzalo con una honestidad que nunca hasta entonces le había transmitido—. Si quieres vamos a tomar algo con Tassia, pero luego le damos esquina y nos quedamos solos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Ahora cuéntame el resto sobre el relato.

Alejandro comenzó a hablar con el sonido del agua de la ducha de Tassia de fondo. Le contó que todo había venido de un sueño. El relato era un sueño donde una gente le perseguía por calles desconocidas, por subterráneos, por pasadizos de metal y afilados bordillos de aceras ennegrecidas. La gente quería saber la verdad y él se la diría, le diría cualquier cosa con tal de que la pesadilla terminara, pero era tan imposible decir la verdad; ¿qué verdad?; ¿cómo iba nadie a saber cuál era la verdad? Al final, como en todos sus sueños, las calles se retorcían hasta dejar de ser calles y a él las piernas le pesaban tanto como el cemento y ya no podía correr, sus amigos lo abandonaban, le perdían sin mirar atrás, y aquella gente sin rostro lo atrapaba y lo llevaba a una casa donde ella estaba esperando para interrogarlo y él le explicaba qué significaba el cuadro, pero ella parecía no escucharlo, no entenderlo, no creerlo, porque ella era ella y a la vez no era ella, tan pronto era una extraña que lo interrogaba de forma impersonal como era la Sara cercana que lo besaba con ternura. Y él le intentó explicar a aquella extraña que las cosas solo son su apariencia, y entonces no son, que solo existe la imposibilidad de conocer y por eso se inventaron los nombres de las cosas, para aparentar que las conocemos, porque solo conocemos lo que nos inventamos. Pero la pregunta se repetía sin importarle ninguna respuesta; ¿qué significa el cuadro?; y en el relato, el perseguido, él, le respondía que los cuadros no significaban nada; solo había que mirarlos; y él sabía, en el sueño, que a ella todo lo malo le vendría de él, pero en el relato lo contaba al revés. Junto a ella había un hombre que podría ser él mismo, pero que en esos momentos era otro, que con un medidor láser tomaba medidas de cada parte de su cuerpo y él, mientras lo medían, recordaba que el azul era ella. El azul era ella

y sabía a nata, era lo único que podía pensar, porque todas las realidades; ¿realidades?; se le superponían como si fueran una tarta de cumpleaños de nata manchándole la mente hasta cubrirlo todo de blanco como una pared donde se pudiera escribir la realidad. La realidad que buscaban era la única que querían encontrar. Y de repente estaban los dos paseando por Praga, cogidos de la mano, él y ella, pero él también era el otro que a distancia los seguía y de pronto se asustaba porque se daba cuenta, en el sueño, de que todo sucedía a medida que lo iba pensando. Y se siguió a sí mismo cogido de la mano de ella hasta el hotel Evropa (y aquí Gonzalo piensa que no puede ser, que no puede ser que detrás de todo ese desvarío le esté contando su propia historia, la de él mismo siguiendo a su mujer junto a su amante, que bien pudiera considerarse como su otro yo). Se seguía, los seguía, como si persiguiera una ilusión por todas aquellas calles junto al Vltava. Atravesaron Staré Město y llegaron hasta Josefov, el ayuntamiento judío y el cementerio donde se pararon junto a la tumba del rabino y allí mismo aquel hombre, él, comenzó a contarle la historia del grumo informe, el *golem*, y su infortunio. Luego pasaron junto al edificio de la Cofradía de la Muerte y la Vieja Nueva Sinagoga, donde ella quiso encontrar el arca, pero ya nada existía, solo la soledad abrigada con un deshilachado recuerdo de cariño, solo la certeza de que las cosas se vuelven a crear cada vez que las miras. Entonces, allí mismo, él le recitó el salmo 139 y ella lo comprendió todo y le dijo que el cuadro, para ella, solo significaba él.

Gonzalo se quedó en silencio intentando sacar alguna conclusión de aquel disparate, pero solo se convenció de que Alejandro no estaba nada bien. Intentó ser lo más directo posible.

—Ya sabes dónde está el cuadro, ¿verdad?

—Creo que tengo una idea —Alejandro pareció haber recobrado un mínimo de normalidad al hablar—. Has cumplido con creces tu parte del trato al darme el libro, así que yo cumpliré con la mía y terminaré lo que estoy escribiendo para devolverte la libreta.

—Pero ya sabes que acercarse a ese cuadro puede conllevar peligro. Deberíamos ir juntos, con Ramos, a recuperarlo. —Gonzalo cruzó los dedos para que Alejandro entrara en razón.

—De acuerdo. Aún no sé dónde está con seguridad, pero creo que puedo averiguarlo. En el momento en que lo tenga claro te llamo y vamos a por él.

Tassia salió del baño envuelta en una toalla y con el pelo mojado cayéndole sobre los ojos. Se acercó a los dos hombres y agitó la cabeza repetidas veces para que el pelo se acomodara y despidiera una lluvia centrífuga sobre ellos. Sin darles tiempo a protestar dejó resbalar la toalla hasta el suelo y comenzó a bailar desnuda para los dos. Alejandro entreabrió el libro y se puso a buscar algo entre sus páginas sin demostrar ningún interés por el espectáculo, Gonzalo no pudo quitar su maltrecha vista de aquel cuerpo rebosante, de aquel sexo aún mojado que se abría hacia él sin rastro de vello, de aquellas mariposas de colores que parecían empezar a volar minúsculas justo al lado del clítoris e iban aumentando apenas su tamaño hasta llegar a la cadera derecha. Tassia cogió dos dedos de Gonzalo y los paseó desde el clítoris hasta la última mariposa tatuada, siguiendo su vuelo.

—¿No te había dicho que tenía mariposas en el estómago? —la pregunta era juego, pero la voz sonó grave, con ganas. Gonzalo dejó que sus dedos la sintieran en silencio. Tassia se los llevó a la boca y repitió el mismo beso promesa del primer día, luego volvió a reír con la travesura de todas sus calles— ¿Qué queréis que me ponga? Os dejo que me elijáis la ropa, venga, soy vuestra esclava, pero no os acostumbréis, ¿eh?, que yo tengo muy mala hostia.

Como Alejandro estaba absorto en su libro, Tassia arrastró a Gonzalo hasta el armario y le hizo elegirle toda la ropa, desde el tanga, de color magenta con un juvenil bordado en la parte delantera que reproducía dos dedos en el signo de la victoria, unos mini shorts vaqueros rotos y decolorados, a un top blanco con las letras CCCP en rojo sobre el busto. Tassia le preguntó si quería vestirla él, y Gonzalo quería, claro que quería, pero una inmensa vergüenza de sí mismo lo paralizó allí mismo frente a la muchacha que se supo poderosa y vencedora, plena de vida, y comenzó a vestirse delante de aquel hombre maniatado por una moral insana, aplastado por un deseo que no era capaz de aceptar por más honesto que lo intuyera. Estaba preciosa con todas aquellas mariposas volando alrededor. Cuando estuvo lista arrancó el libro de las manos de Alejandro y lo besó en los labios con tal ternura que Gonzalo supo que iba a cuidar a aquellos

dos como si fueran parte de él. Al final bajaron las escaleras dando tumbos y risas como si se hubiera proclamado alguna república.

Recorrieron el camino hasta el Ponto Final con la chica en medio de los dos, abrazada a veces a sus cinturas, cogida otras de la mano, dando saltos como una loca a cada dos por tres, soltando risotadas que no venían a cuento, contando historias de su madre, de cuando era puta en ejercicio y la llamaban Carmen la Suave; por más que lo había intentado no se había podido enterar de por qué la llamaban así; y Gonzalo quiso que le contara algo más sobre la historia del cura, y ella le dijo; calla, tío, que te repites más que el bacalao; y Gonzalo repuso que el bacalao no se repetía; y ahí empezó una discusión interminable sobre qué tipo de bacalao se repetía y cuál no, mientras Alejandro los miraba risueño pensando; qué locos; con esa distancia que se le imponía al andar junto a ellos camino de los muelles viejos mientras caminaba por las calles de Praga sin que nadie, salvo él, lo pudiera imaginar.

En el Ponto Final tampoco esa tarde estaba Alcides. No había vuelto a aparecer por allí desde el primer día que fueron, pero Alejandro, como siempre, volvió a preguntar por él nada más salió Mauro a saludarles con la botella de ron Santiago bajo el brazo. El mar estaba un poco rizado y las pequeñas crestas blancas del agua parecían dibujar un paisaje impresionista donde el tiempo manejaba el pincel jugando con el sesgo del sol. Las gaviotas se arremolinaban sobre algún banco de peces perdido en la bajamar, sus graznidos eran desagradables, histéricos y crueles, alaridos fulanos y pendencieros que solo anunciaban muertes y carnes desgarradas, olor a sangre y a acidez destripada. Los ojos negros riendo de Tassia eran tan antiguos como el mar, jugaban a hacerse azabaches o perlas negras brincando entre olas y reflejos. Los tres hombres se dejaban llevar por su ritmo, su ir y venir, su sexo de mariposas, su voz ronca o de niña, a veces dura como un bate de béisbol en una cara cortada, a veces tierna como un simple querer que al final no fuera siempre ella la que volviera a perder. No había más clientes en la terraza y Mauro se sentó con ellos. Lieron puros sin parar y el olor de la maría les mecía como si fueran recuerdos de alguien que los narraba. Mauro se arrancó por fin a contar aquella historia suya con Alejandro y este, distraído con el libro de relatos que se había empeñado en llevar, simulaba no escuchar.

—Eran aquellos días del Pay Pay. Una mala época; ¿verdad, Alejandro? Los dos estábamos sin curro y malvivíamos de las trapicherías que podíamos. Este —puso durante un segundo la mano sobre su hombro— era un alma en pena. Bueno, casi como ahora —se burló—, y yo otra. Los dos habíamos perdido amores, trabajo y hasta la vida casi, así que nos hicimos inseparables. Yo me dedicaba a robar radiocasetes por encargo y Alejandro era mi comercial, digamos, el que conseguía los clientes. Al Pay Pay iba mucha puta vieja por aquellos tiempos, así que nosotros las rondábamos para que nos pagaran las copas. El caso es que Alejandro siempre ha sido un poco lira y se medio enamoriscó de una; Montse; ¿te acuerdas de ella, no, Alejandro? —pero Alejandro parecía no escuchar—. La mujer lo trataba como a un rey, le daba dinero, le llevaba hamburguesas para que comiera algo, se lo llevaba a su casa y lo aseaba como a un hijo; ¿era así o no, Alejandro? —y Alejandro, con la cabeza dentro del libro, asentía sin el menor interés en lo que asentía—. Yo creo que no follaban ni nada, pero era conmovedor ver a aquella mujer cuidarlo y mirarlo embelesada durante horas mientras este le contaba no sé qué historias, porque otra cosa no, pero labia siempre ha tenido para regalar. Todo el mundo se burlaba de ellos, pero siempre a espaldas de ella porque la tía tenía dos cosas principales: pasta y mala follá, así que nadie quería arriesgarse a perderla como cliente o ganarla como enemiga.

—No tienes ni puta idea de lo que hablas, tío. —Alejandro cerró el libro y sonrió a su amigo con un repentino interés en la conversación—. Primero, no era tan vieja, tendría unos cincuenta años y tenía un cuerpo que ya lo querían muchas de veinte, mejorando lo presente. —Señaló sarcástico a Tassia que en ningún momento dudó de que a ella no le hacía ninguna falta que la mejoraran—. Segundo, sí que me la tiraba, pero eso no era lo que mejor hacía con ella, lo que mejor hacíamos era hablar de literatura porque aquella puta vieja era filóloga, pero, claro, tú igual no sabes lo que es eso de filóloga.

—Sí, claro que lo sé, que dominaba el francés a la perfección. —Estalló Mauro en una carcajada a la que al momento se unieron los demás, incluido Alejandro.

—Qué cabrón eres, portugués de los cojones.

—Lo que es maravilloso es que ahora nos podamos reír, porque bien sabes lo mal que lo pasamos entonces. —Mauro se tomó un segundo para proseguir la historia mientras Alejandro descansaba la mejilla sobre su mano derecha con el dedo índice extendido acariciándole la sien—. Montse se murió sin venir a cuento. Un aneurisma, al parecer, pero de esto nos enteramos bastante después, por su hermana. Alejandro y yo estábamos esperando a nuestras putas viejas en el Pay Pay cuando el Carahuevo, un hijo de puta rastrero que se la tenía jurada a Alejandro, se acercó y de sopetón le soltó que su puta la había palmado, que a ver quién le iba a pagar los *whiskys* ahora. Ninguno de los dos entendimos al principio de qué coño hablaba el capullo aquel, pero lo volvió a repetir, esta vez con nombres y detalles, y volvió a repetir lo de los *whiskys* y las cuentas y que igual Alejandro le había pegado algo y la había matado con su polla sucia. El caso es que este piltrafilla —señaló a Alejandro— agarró el radiocasete que yo le acababa de dar para que se lo pasara al comprador y le arreó tal hostia en la cabeza al Carahuevo que se cayó en redondo y se metió otro buen trompazo contra el escalón. Yo creo que el tipo se quedó allí. El caso es que el dueño del local y un par de sus gorilas vieron la cosa y se vinieron hacia nosotros. Ese tío, el Jaime, era un tipo muy peligroso. Un gigantón hijoputa que a más de uno le había deshecho los huevos con una sola mano. Yo sabía que si agarraban a Alejandro y lo sacaban al callejón se lo iban a cargar fijo. Así que cuando llegaron a nosotros me dije; o me la juego o nos matan a los dos porque a mi pana no me lo dejo yo tirado; y sin pensarlo saqué un pincho que llevaba escondido en la caña de la bota y se lo hingué a Jaime en el cuello, justito en la yugular. El tío se puso blanco. Nunca en su puta vida se pudo imaginar que un iluso mequetrefe como yo le mandara viaje al puto cuello. Este —volvió a sujetar el hombro de Alejandro como si lo acariciara o le diera la confirmación— que se vio el pernil, se me vino arriba y se encaró con los otros dos gorilas; les dijo que ellos mismos, o dejaban circular o el cuello del Jaime iba a ser un surtidor y luego por sus huevos que se llevaba a su madre por delante si hacía falta. El cabrón parecía más loco que la muerte y el Jaime se acojonó, aquel tiarrón chupapollas se acojonó como nunca nadie podía haber soñado y dijo que nos dejaran ir, que ya nos pillarían, que estábamos muertos, pero este y yo pensamos que eso sería otro día y nos fuimos con el Jaime casi colgado del pincho hasta la puerta y uno nos abrió y empezamos a correr calle abajo como si no hubiera madre y ya no volvimos a pisar ni el Pay Pay, ni aquel pueblo ni ninguna puta noche más en este país porque sabíamos que el Jaime nos la tenía jurada, así que los dos nos fuimos a mi tierra y estuvimos allí trapicheando hasta que a este le dio por recorrer mundo y miserias. ¿Fue así o no fue así, Alejandro?

—Fue así —y ahora Alejandro tenía una sonrisa tremenda de niño de oreja a oreja y agarró a Mauro por los dos hombros y le dio un tremendo beso en cada mejilla—, cabronazo, fue así. Mauro se puso de pie, los otros tres se pusieron de pie, y alzó su chupito de ron hasta arriba para que todos lo imitaran. Brindó.

—¡Por Montse! —y todos gritaron; ¡Por Montse!; y se rieron con esa emoción que dan los relatos épicos. Mauro se colgó su paño de cocina del hombro y desfiló solemne hasta el interior del restaurante. Tassia fue tras él al segundo y Alejandro notó que Gonzalo la miraba ir con cierto recelo.

—Oye, chaval —señaló con el vaso de ron los pasos de Tassia—, esa que va por ahí es lo más libre y más limpio de todo lo que vayas a ver en tu vida. Así que si no te la quieres follar no te la folles, pero no le jodas la vida con amores ni posesiones, ¿me copias?

—Te copio, te copio —asintió Gonzalo sintiendo que el borracho desahuciado que tenía enfrente era un sabio de la vida, alguien que había conseguido mantener el equilibrio; ¿el equilibrio?; entre las más ruinosas bajezas y una sensibilidad especial. Podía comportarse como un quinqui en un momento y al otro contar un sueño con un lirismo cercano a la poesía. Ambos se acercaron hasta el muelle y comenzaron a alejarse de las mesas amarillas, hacia el oeste donde el mar plateaba por el sol que anaranjaba el atardecer—. ¿Cuál es el favor?

Alejandro miró atrás para asegurarse de que nadie los observaba y se refugió en un recoveco del tinglado que en aquel punto apenas dejaba un par de metros de anchura al muelle. Al ver que se desabrochaba los pantalones y se metía la mano en los calzoncillos Gonzalo se llegó a asustar, pero la impresión duró apenas dos segundos hasta que la mano salió con un abultado paquete de plástico enfajado con varias gomas elásticas. Alejandro le tendió el paquete a Gonzalo, pero este solo se atrevió a preguntar.

—¿Qué es eso?, ¿no me querrás meter a traficante a estas alturas? —le dijo con el tono de guasa suficiente para que cualquier cosa no pudiera ser peor que

esa.

—No, tío, no. —Alejandro, en cambio, cada vez parecía más sombrío—. Quiero que guardes esto un tiempo y luego se lo des a Tassia. ¿Lo harás?

—Vamos, Alejandro. No pretenderás que te guarde algo sin saber qué es, y menos que luego se lo dé a Tassia.

—Es pasta. Unos ahorros. Quiero dárselos, pero a mí no me los va a coger. No te puedes imaginar lo cabezota que es.

—Bien, vamos a ver. Tú me cuentas toda esta historia despacito y claro para que yo me entere y luego ya te digo, ¿vale? En primer lugar, ¿por qué piensas que aceptará dinero de mí y no de ti?

—No, no. Tú le dirás que el dinero es mío, entonces lo aceptará. Lo cogerá porque yo me las habré pirado.

—¿Pirado?, ¿a dónde?, ¿a por el cuadro?

—No. Te dije que recuperaríamos juntos el cuadro. Luego me iré de aquí. No sé adónde, pero no puedo seguir aquí, no me la puedo sacar de aquí, ¿no entiendes? —Alejandro se golpeó la cabeza con el puño y luego lo dejó allí, quizá para impedir que la piedra de la locura se le saliera. Gonzalo comprendió lo que hacía ya días que sabía.

—Me dijiste que ya habías estado en el piso de Sara. ¿Vosotros estabais juntos otra vez, verdad? —Alejandro no contestó. Retomó el camino hacia el oeste con el paquete en una mano y los pasos vencidos, anaranjados, arrastrándose bajo el sol. Gonzalo lo alcanzó y caminó junto a él.

—Todo era dolor, ¿sabes? Después de tantos años todo seguía siendo dolor,

pero era mirarnos, sostenernos la mirada destrozada y sabernos amor. Eso era respirarnos. Nada más. —Alejandro se sacó el libro del bolsillo trasero del vaquero y rebuscó entre las páginas. De ellas sacó una hoja de papel amarillenta como una hoja seca. Se la dio a Gonzalo que enseguida se agarró a una caligrafía adornada de redondeces y tildes vigorosas señalando los sentidos, carantoñas en el papel dibujadas con el esmero del que quiere que el tiempo venga de vuelta. El poema también se titulaba *Sobre lo que tú eres*—. La muy cabrona descifró el poema que le había escrito en clave en el cuento, la muy cabrona se apoderó de cada una de las palabras que yo escribí para ella y me reconstruyó, me hizo su amigo invisible y ponía aquellas palabras en mi boca como si estuviéramos en un jodido karaoke de japoneses y momias cantando cuplés creyendo que el tiempo y todos nosotros no nos hemos ido ya al carajo. —Alejandro escupió el resto de la amargura del ron sobre la pared donde se reía otra vez la pintada JAJAJA. Cogió la hoja de papel de los dedos de Gonzalo y la volvió a enterrar entre las hojas. Puso el paquete sobre el libro y volvió a ofrecer ambos a Gonzalo.

—Toma. No seas cabrón. Quédate el libro tú y dale la pasta a Tassia. —Gonzalo fue a protestar, a decirle que el libro solo existía para que lo tuviera él, a decirle que se llevara a Tassia allá donde quisiera ir y en lugar de dinero le regalara todo el cariño que sentía por ella. Solo eran palabras, palabras estúpidas que no servían para nada. Tomó el paquete y el libro y continuó al paso de su amigo hacia el oeste más allá del sol. Más allá de la tierra de Anubis; pensó sin saber por qué. A lo lejos, emborronados por la bruma del agua recalentada, se veían los viejos diques con los silos de grano. Hacía décadas que ya no se utilizaban, pero todavía se levantaban sus torres y cadenas sin fin al contraluz, como fantasmas gigantescos de brazos imposibles de contentar. La voz de Tassia llamándolos desde el Ponto Final los hizo mirarse y sellar su pacto para siempre.

«Pero desde entonces todo es pasado ya. Cerré la puerta y me fui. Bajé los dos tramos de escalera y estaba en la calle y ella se había quedado allí. ¿Sabes?, en ese momento ni siquiera eres consciente de que te estás yendo para siempre, de que ya no va a haber esa noche y leer juntos y la cama y otro día más. Cerré la puerta y bajé las escaleras como si lo que estuviera haciendo no tuviera consecuencias, como si irme no significara no estar más con ella. Y al momento la calle, andando por las calles sin saber, solo pensando en ella metida en ese piso como si se hubiera quedado guardada en una caja. Solo pensando en que estás pensando que la has dejado. Ya no puedes pensar en ella nunca más. Solo piensas que piensas en ella, que recuerdas el último recuerdo de ella, pero ella se ha escapado, se ha evaporado como una sombra sin luz. Ya no puedes ver su rostro, ni sus caderas, su coño sonrosado, ya solo piensas que la piensas, que la ves, y su figura se va ocultando detrás de todas las figuras que imaginas de ella, detrás de todas las veces que sin parar desde entonces la echas de menos sabiendo en el fondo que solo añoras lo que tú mismo te has inventado de ella. Me he pasado todos los años recordando cada palabra, cada gesto, cada paseo que dimos juntos, cada uno de los momentos de aquellos días. Me emborrachaba y me ponía a recitar mi historia, la suya, a reproducir en voz alta nuestras conversaciones, nuestros silencios. Andaba y bebía hasta caerme en redondo. Estaba tan enamorado de su recuerdo que no podía ni respirar porque si respiraba, si me tomaba un aliento de aquella locura, comprendía que ella había dejado de ser en el mismo momento en que cerré aquella puerta. Desde el segundo después de bajar aquellas escaleras me había construido una nostalgia de cemento armado, indestructible, imposible de superar. La había dejado tirada como una muñeca deshinchada y me había puesto a inventármela a golpe de recuerdo hecho a medida de mi estupidez o de mi locura, llámalo como quieras. Al principio, cuando bebía las dos primeras copas me ponía a escribir cosas que siempre tenían que ver con ella. Eran historias de dolor y extrañamiento, historias raras que tenía que dejar a mitad porque empezaba a llorar como un idiota. Aquello era una gran mierda. Lloraba de pena, de puta pena de mí mismo. Un llanto estúpido que me avergonzaba porque era un llanto sin razón, un llanto loco, de borracho loco que no sabe lo que piensa ni lo que escribe. No he vuelto a escribir nada nunca más porque a poco que intente escribir dos párrafos ya estoy llorando sin parar, como ahora. Creo que por eso bebo tanto, porque es la única forma de no llorar con razón. Pero esa nostalgia, ese llanto desatado, no

era por aquella Sara que se quedó en aquel pueblo, era por mi pérdida de ella. Quizá por eso nunca intenté saber nada ni la busqué. Porque ella ya no existía. Solo podía existir dentro de mi cabeza, perdida dentro de mí. De alguna forma conseguí convivir con ella de esa manera plena que necesitaba. Sin ella. Pasaron todos estos años y ni sé cuántos lugares. Me convertí en un solitario absoluto, en un apestado pordiosero. Solo bebía, me colocaba y me buscaba la vida hasta el día siguiente. Daba tumbos de aquí para allá buscando que alguien cortara de tajo ese monólogo interior que me ahogaba, que me destrozaba hasta rajarme las sienes con sus gritos. Sara se había quedado en aquella casa y yo me había llevado la idea de ella lacrada a puro fuego hurgándome cada instante, cada respiro.

No sé por qué volví. Te aseguro que el día antes ni siquiera sabía que iba a volver a esta puta ciudad. Pero el caso es que monté mi puesto de bocatas en el paseo y la cosa iba bien. Nadie me reconocía, no había dejado ni la más mínima memoria en nadie de aquí. Puede que te parezca extraño, pero tampoco pensé ni una sola vez que ella pudiera estar viviendo de nuevo en la ciudad. Una noche, vete tú a saber por qué encantamiento, levanté mi vista más allá de los dos metros que me interesaban para el negocio y vi pasar un grupo de gente por delante del puesto. Entre ellos andaba una mujer rubia con el pelo trenzado en finas rastas adornadas con bisuterías. Iba vestida de blanco, con ropas ibicencas. Solo me sorprendí de no tener la mínima reacción de sorpresa. Nuestras miradas se cruzaron, pero ella no hizo ningún gesto de haberme reconocido. Siguió hablando con el que caminaba a su lado. Verla así, durante ese instante, fue la constatación de que ella había dejado de existir el día en que me fui de aquella casa. A pesar de que estaba delgadísima y con la cara bastante demacrada, sus ojos seguían brillando con esos extraños colores de entonces, más apagados quizá, más quietos, más vueltos para dentro, pero seguían siendo estrellas puras. Me extrañó ver su piel tan morena que resaltaba con el blanco del vestido. A ella nunca le había gustado tomar el sol en nuestra época, decía que era cosa de lagartos y de viejas. Llevaba colgantes y abalorios por el cuello, en las muñecas, en los tobillos, parecía un árbol de navidad caribeño puesto sin ton ni son. No reía, en el segundo eterno en que la miré no rio ni una vez. No pude escuchar su voz, era como si no tuviera voz aunque sí que la vi mover los labios y aquel pliegue de ironía en su boca que siempre anunciaba una sonrisa que esta vez no llegó a nacer. No pensé, ni dudé, ni sabía lo que iba a hacer, pero llamé a un latero con el que tenía algo de buen rollo y le pedí que me cuidara el puesto a cambio de la recaudación. Me puse a seguir al grupo confundido entre la

multitud, observando sus caderas, su culo, su forma de andar; como había hecho aquel mediodía casi veinte años antes. Había momentos en que la propia marea de gente me llevaba a estar justo detrás de ella, a un giro de cabeza de que todos los años y la distancia se hicieran añicos y ella o yo tuviéramos que pronunciar un hola, o solo quedarnos callados para poder decirlo todo. Llegué a oler su perfume que ya no era el de entonces, llegué a reconocer aquella peca en la base del cuello, ahora más oscura, un pelín más grande, nada peligroso, pensé. En una de esas el grupo se paró en un puesto de bisutería y ella se quedó extasiada revolviendo todo tipo de pendientes y colgantes. Entre aquella maraña de cuerpos volcados hacia las baratijas de pronto me encontraba justo detrás de ella, mirando por encima de su hombro lo que ella miraba, tan cerca, tan cerca que sin haberlo pretendido mi pelvis rozó su culo y se quedó allí unos segundos, sintiendo aquella cercanía de entonces, aquella textura suave y tersa en la que mi sexo siempre buscaba el refugio que mi mente no podía encontrar. Me separé durante unos segundos apenas unos milímetros. El tiempo se paró, mi corazón iba a mil y ella seguía revolviendo colgantes, no parecía haberse dado cuenta de mi presencia sobre ella. Aunque estaba muy excitado y la tensión me ponía el corazón en la boca, algo pasaba, mi pene no reaccionaba. Estaba excitado a nivel mental, pero en ese momento no era una cuestión sexual; era otra cosa que no te sé explicar, como volver a jugar en los campos en los que jugaste de pequeño, recorrer la casa de tu infancia. No lo sé. Al poco volví a rozarla e incrementé la presión muy despacio. Era imposible ahora que no me notara. Su cuerpo se arqueó hacia delante y el movimiento apretó sus nalgas contra mí como cuando por las noches se giraba para dormir y se acunaba sobre mi pene para notarlo junto a ella, para que yo la abrazase por detrás y atara sus sueños a mi mundo. Ahora yo sabía que ella sabía y mi pene reaccionó como entonces, se hundió en su culo mientras ella se agachaba un poco más. La tensión, el miedo a que todo en un momento saltara por los aires, hacía que la adrenalina me saliera por las orejas. No pude resistirme a ir un poco más allá, a intentar dar un paso más hacia el desastre, y mi mano se acercó con mucho cuidado hasta rozarla apenas, primero con dos dedos, una asustada caricia que iba desde la pierna al centro de su culo, allí donde mi pene ya se hundía sin ningún disimulo; luego, muy despacio, todos los demás dedos y la mano entera se agarraron a su nalga, sin apretar pero con la firmeza de estar recorriendo un terreno tan conocido, tan añorado, tan revisitado en sueños y delirios, tan de familia y domingo, que la erección desapareció y todo mi corazón en la boca no pudo evitar pronunciar dos balbuceos; mi cariño, mi cariño; que Sara tuvo que oír, y como si una claqueta hubiera puesto a rodar otra vez el tiempo, se irguió, se giró unos centímetros, apenas para dejar caer sobre mí una mirada infinitesimal, un flash de sus

estrellas que me fijó en su rueda de reconocimiento, como testigo de cargo de tantos años perdidos, de tanto daño, de tanto dolor, y se fue alejando, sin ningún síntoma de haber vivido lo que yo acababa de vivir, hasta donde estaba el grupo de sus amigos. Se quedó allí parada, de espaldas, en silencio, como si escuchara atenta lo que hablaban los demás. Todavía se notaba mi presencia en su vestido un poco metido entre las nalgas, indicio imposible de que esta vez el encuentro había sido vivido, y no uno de mis delirios. Yo me quedé también parado sin poder dejar de mirar su culo, como siempre, como siempre, pero sin poder dejar de ver la imagen de su cuello al girarse, su mirada al buscarme, su colgante con la otra mitad del amonites que yo llevaba en mi cuello, como prueba de que durante todos esos años había seguido tan unida a mí como yo lo había estado a ella. Como prueba de que habíamos estado juntos todo el tiempo, con toda la estrecha cercanía que solo la distancia puede permitir.

El grupo continuó su paseo y yo seguí detrás de ellos, ahora a un poco más de distancia porque ya era imposible sentirla más cercana. No sé si ella volvió a reparar en mi presencia, no hizo el menor gesto que lo indicara. Se sentaron en una terraza del paseo y yo me situé en un banco, protegido por unas palmeras. Aunque no participaba mucho en la conversación, parecía seguir atenta lo que los demás hablaban. Bebía una bebida incolora que supuse era el gin-tonic de siempre. Quería verla reír, pero no lo conseguí en toda la noche.

Cuando terminaron sus bebidas continuaron la marcha hasta el principio del paseo. Allí el grupo se separó, casi todos se marcharon en dos coches y ella y un hombre cruzaron la explanada del puerto hacia las viejas fincas de enfrente. Al llegar a una de ellas se metieron en un patio. Pocos minutos después una luz se encendió en el tercer piso y al rato se apagó. Me quedé parado, apoyado en un coche, durante no sé cuánto tiempo, dos horas, tres, no lo sé. No podía despegarme de allí. No sé si eran celos, pero te juro que tuve que clavarme las uñas para no gritar, para no empezar a correr y entrar en aquella finca e ir aporreando las puertas hasta encontrarlos, hasta destrozar a aquel capullo que me había robado lo que era mío toda la vida, solo mío. Te parecerá extraño, pero nunca en mi vida había pensado que ella pudiera estar con otro hombre. Era una posibilidad que no existía en mi pensamiento, por mucho que supiera que en aquella época mala antes de separarnos había estado con más de uno. Sara era tan de mí, tan de nuestro mundo aparte de cualquier otro mundo, que el que se hubiera acostado con otros no pertenecía a nuestra realidad, era un hecho no

procesable en nuestra existencia. Sin embargo, en aquel momento, tras tantos años de no verla, solo pensar que otras manos tocaban aquel culo me producía un dolor en el esófago imposible de soportar.

Tras esas dos o tres horas el hombre salió del patio. Iba vestido con ropa informal, pero cara, de marca. Tenía el pelo blanco, ensortijado, un poco largo, y una barba muy recortada también blanca. Le eché unos cincuenta y tantos, pero de noche y a distancia tampoco lo hubiera jurado. Lo seguí a través de varias calles hasta un hotel. Tuve que esforzarme para no saltarle encima. A partir del día siguiente mi única ocupación fue seguir a Sara allá donde iba, reconstruir cada uno de sus movimientos para poder reconstruir toda esa vida que no habíamos podido vivir juntos, esto tú lo entenderás bien. Al hombre solo lo veía de vez en cuando. La mayoría de las veces, como la primera vez que los vi, salían con otra gente y luego el hombre subía con ella. Nunca se quedaba a dormir, siempre se iba unas horas después. Alguna vez quedaban ellos solos, se tomaban algo en una terraza y el hombre se iba primero, en su Mercedes. Me costó bastante, pero al final, gracias a un empleado del hotel y un montón de porros, pude averiguar que se llamaba Ruus van Loos y era un holandés podrido de pasta.

No sé si se la tiraba. Vamos, creo que sí porque dime tú si no para qué subía a su casa esas noches. Dos o tres horitas, un tiempo decente para un buen polvo. Pero, sin embargo, cuando los veía por la calle, cuando los seguía, no había nada que pudiera indicar que eran un par de enamorados, ni siquiera un par de amantes. Andaban sin tocarse, hablando de cosas que a ninguno de los dos les hacían reír. Un día estuve lo suficientemente cerca para darme cuenta de que el hombre le estaba hablando en un tono muy desagradable, como si la estuviera riñendo. Ella solo miraba su taza de café en silencio, sin hacer un solo gesto, sin pronunciar palabra, como si estuviera acostumbrada a escuchar esas reprimendas y lo único que esperara era que se acabara, que el hombre terminara con su rollo. Aquel día casi no me pude contener. Sentí tanta pena y rabia que faltó nada para que me plantara allí y le abriera la cabeza al hijo de puta ese. Pero me frené porque no lo estaba viendo a él, me estaba viendo a mí mismo dieciséis años antes. No pude seguir allí, espiándola, y me alejé sintiendo asco de lo miserable que había sido siempre con ella. Quizá fue eso o quizá solo es que ahora que lo escribo en tu libreta no paro de escuchar el *Poison* de Jay-Jay Johanson. ¿Qué es lo que fue y qué es lo que contamos? ¿Cómo sabemos que lo que pasó es lo que

vivimos?

Durante casi un mes me convertí en una sombra culpable temblando detrás de ella. Hacía una vida sencilla y muy repetitiva. Salvo los días que se pasaba por el banco o iba a hacer alguna gestión por la mañana, solía salir de casa a eso de la una de la tarde. Si hacía bueno paseaba hasta la playa, se descalzaba y caminaba por la orilla. De vez en cuando se quedaba muy quieta mirando el horizonte, a veces incluso se apantallaba la vista con la mano, como si quisiera descubrir algún barco acercándose, o alejándose, eso es difícil de saber. Yo no podía evitar el recuerdo de aquellas otras mañanas paseando los dos por la playa, inventando lugares futuros. En aquellos tiempos me encantaba retirarme un poco para ver su figura un poco a contraluz, plantada en la orilla como si fuera un recortable al que se le pudiera cambiar el fondo para crearle nuevas aventuras, nuevas vidas. Pero ahora, amagado los suficientes metros detrás de ella, veía ese mismo perfil sin ningún trasfondo de aventura, de futuro. Era como si su figura recortada contra el horizonte ya no la contuviera a ella, como si el molde se hubiera quedado vacío de aquella despreocupada alegría. Aquella juventud se había apelmazado en una piel sin aquel brillo. La joven se había ido, ya solo permanecía en mí. Las dos eran bellísimas, aquella y esta, pero tan distintas. Entonces y ahora me hubiera quedado horas contemplándola, intentando imaginar el rumbo de su pensamiento. Pero era a lo más que podía llegar, a imaginarlo. Es tan injusto y duro no poder penetrar en lo que queremos. El inicio de la madurez la había convertido en una mujer muy atractiva, con una belleza de formas introvertidas, recogidas, quietas, tranquilas. Era una belleza que templaba la mirada que la recorría, que la difuminaba antes de ser dibujada, que te dejaba con ganas de volverla a mirar antes de terminar de verla, como si en ese recorrido de la vista se pudiera completar algo que parecía faltar. Fueron otra vez horas y horas de estar con ella, observándola desde mis parapetos, rellenándola, reeditándola, rememorándola. No se me acababa nunca, cada uno de sus pasos era un nuevo paso mío hacia una cercanía imposible. Me volvió a llamar la atención lo delgada que estaba, demasiado, y que su rostro tenía una huella de tristeza que no la abandonaba nunca. Quizá era esa leve expresión lo que más atraía de ella. La gente, tanto hombres como mujeres, siempre se quedaba enganchada a ese rostro, a esos ojos de colores mudables, a todo lo que faltaba para cotejar esa elipsis de mujer. En esos momentos yo aún no sabía qué había sido de su vida desde entonces, pero sospechaba que nada debió ser demasiado fácil.

La mayoría de los días, tras su paseo por la playa, se quedaba en uno de los chiringuitos leyendo y tomando vino blanco acompañado de alguna ensalada o algún otro tipo de comida ligera. Me hice con unos prismáticos para poder observarla mejor desde mi escondite. Más de una vez tuve que cambiar de posición porque alguien me increpó, pensando que mis observaciones tenían otras intenciones más libidinosas. Gracias a los prismáticos pude ver qué leía. No me sorprendió nada descubrir en la portada de uno de sus libros a Paul Auster, autor que descubrimos juntos entonces, con *Ciudad de Cristal*, lo que me hizo pensar que en realidad releía, que como yo se había pasado la vida a vueltas con los mismos autores. Recuperar su rostro leyendo fue un regalo que me es difícil de explicar. Era recuperar su rostro de aquellos días juntos, su introspección, su silencio calmado y discurrente según el fruncimiento de sus labios, un pequeño arqueado de sus cejas, un desvío de la vista hacia algún pensamiento, hasta el anuncio velado de una sonrisa cómplice con lo que leía en ese instante. La lectura seguía siendo su refugio, el universo donde la luz se filtraba por las rendijas de las palabras, por la placidez de un mundo entre paréntesis donde la oscuridad no se adueñaba de sus miedos. Cuando la veía leer me entraba la necesidad de leer lo mismo que ella, de introducirme de algún modo en la historia en la que ella estaba viviendo. Ella entonces se quejaba entre risas, me decía que no tenía ni personalidad ni criterio, y amagaba con cambiar de libro para ver qué hacía yo. Llegamos al pacto de leer juntos un libro en voz alta, por las noches antes de dormir. Ahora eso era imposible y yo me conformé con leer el libro que ella leía, la *Trilogía*, en un ejercicio de imposible concentración, cuando por las noches volvía a mi puesto de bocatas.

Tras la lectura regresaba por la orilla hasta el puerto y de ahí a su casa. Yo me apalancaba en un bar desde el que veía su portal. Aprovechaba la vigilancia para hacerme un bocata y unas cervezas hasta que a eso de las siete u ocho de la tarde volvía a salir, ahora ya más arreglada, y se iba hacia el centro, a una tasca destartalada donde ponían cante jondo que apenas se distinguía del bullicio de la gente que iba llenando el local conforme avanzaba la noche. Sara se sentaba siempre en la misma mesa, en un rincón más apartado, y allí continuaba leyendo —no sé si el mismo libro del mediodía porque allí no me servían los prismáticos—, bebiendo vino blanco y fumando sin parar. De vez en cuando se acercaba alguien a ella y se quedaba un rato hablando. Pero ella nunca reía. Ya tarde, cuando la tasca empezaba a vaciarse, le servían algún plato de algo y cenaba con el libro abierto en la mesa, el cigarro en el cenicero, el desgarró de la música, el

humo. Cuando cerraban se volvía andando hasta su casa, dando algún tumbo que otro.

Esta rutina apenas se interrumpió durante el tiempo que estuve pegado a ella. Lo único diferente que hacía, además de las citas con el holandés y otros amigos, era irse de vez en cuando de compras por los rastros callejeros. Pero un día, quizá un par de días después de la bronca de Van Loos, me llevé el gran susto de que hubiera desaparecido otra vez para siempre. Llegué a su casa a eso de las doce —había días en los que no dormía por miedo a llegar tarde y que hubiera salido ya— y me metí en el bar de siempre a esperar que saliera. Pasó una hora, dos, tres, y aquella maldita puerta de su patio solo se abrió para dejar salir a una mujer mayor y para dejarla entrar media hora después. A las cuatro de la tarde los camareros, que ya estaban acostumbrados a mis visitas interminables, a mis obsesivas y fijas miradas a través del ventanal, a mis salidas impulsivas sin recoger las vueltas, ya me miraban extrañados. Salí a la calle y me paré en el portal de enfrente para escudriñar cada ventana, cada visillo que se pudiera mover en el último piso. Al rato una ventana del segundo piso se abrió y la mujer mayor de antes se asomó para quitarle el polvo al alféizar. Noté cómo se me quedaba mirando con descaro y no me atreví a seguir allí parado. Hice como que consultaba el reloj, aunque hace años que no lo llevo, impaciente ante la tardanza de una cita, y me fui caminando calle abajo. Desde la esquina observé que la mujer me seguía con la mirada.

Al siguiente día y al otro pasó lo mismo. Sara no aparecía por ningún lado. Estaba desesperado, una estúpida y burlona ironía me hacía imposible soportar volver a perderla, poder vivir un día más sin estar con ella, aunque fuera a esa distancia, viéndola cómo repetía cada día las mismas cosas, los mismos ritos sin oficio. No pude aguantar un cuarto día sin saber algo, sin poder eliminar de mi cabeza la mayor parte de las posibilidades que inventaba, rechazaba y volvía a repensar una y otra vez. Recordé mis tiempos de encuestador a domicilio e ideé un plan. Compré una carpeta de piel donde metí unos impresos en los que se veía el logo del ayuntamiento y sin pensármelo dos veces toqué al timbre del segundo piso. Había supuesto que como aquellas fincas antiguas no tenían interfono la mujer abriría, pero no se me ocurrió pensar que lo más normal sería que quisiera saber quién llamaba a su casa. Oí como la ventana del segundo piso se abría y la cabeza pelirroja del tinte se asomaba para mirarme con desconfianza. Tuve que poner en juego toda mi antigua y variada experiencia de vendedor ambulante, de

seguros y de encuestador para todo tipo de campañas publicitarias, pero al final conseguí ablandar la desconfianza de aquella mujer para la que cualquier conversación era un rato menos de soledad. Cuando le dije que llevaba toda la semana trabajando en la zona, recopilando datos para el censo, recordó haberme visto varias veces por allí y se confió lo suficiente para contarme de su viudedad, de su marido que en gloria estaría y de lo difícil que era la vida con su reducida pensión. Cuando le pregunté por las vecinas, me respondió que abajo no vivían y que la de arriba, con la que tenía mucha confianza, estaba fuera, que volvería en unos días. Cuando intenté sonsacarle a dónde había ido, la mujer se cerró en banda. O no lo sabía o era muy discreta, así que no insistí por miedo a que desconfiara. Le agradecí su atención y le prometí que la saludaría la semana siguiente, cuando volviera para hacerle el censo a la vecina.

Transcurrieron unos días en los que creí que me iba a volver loco. No sabía qué hacer sin ella, los minutos parecían desgarrarme la piel a su paso. Los primeros días hice como si estuviera, como si la siguiera por todos los sitios por donde siempre iba. Sé que parece una locura, pero esto solo se puede comprender desde dentro. Los siguientes días ya ni eso me servía. Volví a bebérmelo todo como de costumbre, o incluso más. La única posibilidad que tenía de seguir cuerdo era estar borracho.

Justo una semana después volvió a abrirse la puerta del patio para que ella saliera. No te puedes imaginar la alegría de colegial que me entró al verla. Solté un taco que resonó en todo el bar. Volví a pegarme a su sombra como si fuera mi máscara de oxígeno, como si fuera lo único que pudiera respirar. La vi tan guapa, tan elegante en su indiferencia por la elegancia, tan ella caminando por las calles intentando, quizá, olvidarse de ella misma.

Su forma de vestir había cambiado mucho. De jovencita siempre iba muy pija, con sus Levis etiqueta roja y sus Lacoste y sus castellanos, y ahora parecía un tanto estrafalaria, como si quisiera apartarse de lo común, de la gente, de lo que fue. Vestía siempre muy *hippy*, con faldas de volantes y blusas bordadas, con todos sus abalorios colgando. Sin embargo, a los vestidos amplios y vaporosos les sucedían, alguna noche que quedó a solas con el holandés, minifaldas tan mínimas como las que llevaba cuando tenía veinte años. La primera vez que la vi así, Van Loos la recogió con su coche y se esfumaron. A partir de entonces me

agencíe una moto para que esto no volviera a ocurrir, pero aquello se repitió muy poco, a lo sumo dos o tres veces más. Esas noches del holandés aparecía cambiada, demasiado pintada para lo que solía, como si buscara una imagen más agresiva, más provocadora, que a mis ojos resultaba muy impostada. Ella no era ella esas noches, pero seguía llevando nuestros amonites como único colgante. Con las minifaldas llevaba medias caladas y sus escotes podían dejar a la vista sus pezones rosados y enhiestos, aún de niña, provocativos y procaces en aquellas tetas pequeñas. La última de esas noches apareció con una minifalda blanca y medias de rejilla con ligeros del mismo color. Llevaba un suéter de punto calado color hueso que dejaba entrever sus pechos. Si no hubiera sido ella podría decir que estaba guapísima, pero ya te digo que ella era otra cosa. Aunque me rompía por dentro verla así, no puedo negar que me excitaba. Las veces anteriores los había seguido hasta clubes privados en los que no pude entrar, pero esta vez llegamos a un palacete o una especie de casa de campo donde habían montado una discoteca. Aunque nunca había estado allí, sí había oído hablar. Era un club liberal, un club de intercambio de parejas. El sitio estaba montado de tal forma que según tu condición, si ibas en pareja o no, entrabas por un sitio o por otro. Ellos entraron por la puerta principal y yo tuve que dar la vuelta a la casa hasta encontrar la entrada que me correspondía. El local era muy lujoso. La decoración imitaba un palacio rococó francés, también sonaba música francesa, Serge Gainsbourg, buscando sin conseguirlo un estilo distinguido, decadente y sensual a la vez. A primera vista era como una discoteca más, con gente bailando en la pista y más gente bebiendo y hablando en la barra y en los sofás que se repartían por el salón. De vez en cuando una pareja o dos se acercaban hacia uno de los fondos y desaparecían tras una gran cortina roja que llevaba a otras salas donde podían practicar sexo de la forma que ellos hubieran acordado. Al poco rato de acomodarme en la barra y pedir un *whisky* distinguí a Sara y al holandés hablando en uno de los sofás con otra pareja. Pasaron más de veinte minutos hasta que los cuatro se levantaron y fueron hasta la cortina del fondo. Una vez allí Sara y la otra pareja se perdieron tras la cortina, pero Van Loos se acercó a otra puerta lateral más pequeña donde un hombre de la casa le abrió para que desapareciera en otra sala. Nada más ver esto me bebí el *whisky* de un trago y me acerqué a la puerta pequeña. Deduje que, como ocurre en muchos de estos sitios, a los hombres sin pareja no les dejaban entrar en la zona de intercambio, pero previo pago de una cantidad sí podían observar desde una zona adyacente cómo se lo montaban los demás. En efecto, tras pagarle aquel hombre me abrió la puerta y accedí por un pasillo a un salón rectangular, bastante más alargado que ancho. En una de las paredes laterales había una barra servida por dos camareros y en la otra una gran celosía de madera permitía acceder a lo que ocurría en el

espacio contiguo cómodamente sentado en un sillón. Había unos cinco o seis hombres mirando a través de la celosía. Uno de ellos, con un vaso en la mano, era Van Loos. Me senté a su derecha y sin decir palabra comencé a mirar. Me costó reconocerla, pero al poco vi a Sara. Se había quedado desnuda, salvo el ligero y nuestro colgante. Estaba tumbada de espaldas en una especie de tatami, con las piernas flexionadas, muy abiertas, y entre ellas se perdía la cabeza de una mujer. Sara tenía los brazos en cruz, caídos sobre el tatami y la cabeza extendida, reposando sobre la nuca, mientras el miembro de un hombre, arrodillado sobre su frente, se hundía en su boca desde arriba.

—¿Te gusta mi mujer? —me preguntó Van Loos en un tono tan bajo, tan confidencial, que me costó entenderle.

—¿Cuál es? —intenté disimular.

—La rubia, la que tiene la polla en la boca —esta ordinariez pronunciada con su exquisita distinción me hizo empezar a comprender en qué radicaba la morbosidad de aquel hombre.

—Mucho, creo que me gusta mucho —dudé dos segundos, pero enseguida me dejé atrapar por el torbellino—. ¿Crees que yo podría...?

Van Loos apuró su bebida y se quedó unos segundos mirando a Sara, como si no me hubiera escuchado, luego se giró hacia mí y se quedó otros interminables momentos mirándome a los ojos.

—Creo que no. —Dejó de mirarme y pareció olvidarse de mí. Siguió contemplando a Sara que ahora, a cuatro patas y mirando hacia nosotros como si pudiera vernos, se dejaba penetrar por detrás.

No pude seguir viéndola. Me fui de aquel sitio con el alma más destrozada de lo que la había tenido nunca».

«Quedamos mañana en el techao de los besos de Monforte a eso de las 11 u hora que prefieras?»

Aunque lo intentó, no pudo evitar una pequeña exclamación de alegría al leer el SMS. Con aquella mujer nunca estaba seguro de si lo que decía eran informaciones o promesas. Por el «techao de los besos» comprendió que en esta ocasión se trataba de ambas posibilidades. No tuvo que pedirle más datos. Conocía bien aquel jardín porque en su época de universitario se reunía allí con los compañeros para pasar las horas del atardecer entre aquellas charlas en las que el mundo se recomponía a cada pensamiento. Hacía mil años de aquello. Pensó en todo lo que había deseado hacer y no había podido o no se había atrevido a poder. Recordó cuántas veces había estado en aquel jardín, en aquellos bancos bajo la pérgola, protegidos por enredaderas y flores de cualquier vista, con aquella compañera de la facultad que le hacía confundir senos por cosenos, radios por cuerdas y secantes por cotangentes.

Terminó el artículo que estaba escribiendo y contestó una llamada de Ramos en la que le informó de que había novedades. Quedaron para comer al día siguiente en un centro comercial de las afueras de la ciudad. Ramos pensaba que tal y como estaba el patio era más prudente que a partir de entonces nadie pudiera verlos juntos.

Las horas se amontonaron hasta que llegó al jardín con tiempo suficiente para elegir el banco más reservado y prever cualquier detalle. Necesitaba tenerlo todo controlado, imaginar de antemano sus movimientos, sus palabras, sus caricias. Intentaba dibujar un plano perfecto que le preservara de la improvisación, de un desastre que, en el fondo lo sabía muy bien, era su propia inseguridad la que siempre provocaba. Pero aquella mujer tenía la habilidad de romperle cada plano en mil virutas de risa, le hacía sentirse tan a salvo que a los pocos segundos de estar con ella todo era fácil y placer de estar. La pérgola ocupaba un lateral del jardín y formaba un espacio sumido en la penumbra con pequeños rayos de sol atravesando el tapiz tejido por un tupido entramado de madreselva que, en plena floración, transmitía un reflejo rojizo con olor a

nostalgia. Se respiraba una paz ligera, de las que no dejan víctimas detrás, de las que no pesan nunca.

Al momento apareció su figura por uno de los arcos que daban acceso a aquel jardín secreto. Gonzalo tragó saliva y cruzó las piernas con miedo a que se le notara la repentina erección. Julia se acercó flotando bajo aquel palio de flores con su andar de arlequín. Aquella mujer desenvuelta en todas las ocasiones parecía sonreír tímida mientras caminaba hacia él, refugiando la vista entre las plantas para al instante volver a mirar hacia aquel hombre con gafas nerviosas que destellaban en la penumbra como si la estuvieran fotografiando por dentro con un flash devorador.

—Hola, Sietesoles. —Todavía faltaban cuatro metros para llegar.

—Hola, Sietelunas. —Gonzalo se levantó del banco para esperarla con los brazos abiertos. Julia se sentó en el banco y lo dejó esperando el abrazo. El ánimo de Gonzalo se convirtió en gotas de sudor. Se sentó sin pensar palabra y de pronto ya tenía una lengua entrando en su boca sin permiso.

—Huele a noche de verano, ¿sabes?, este olor me recuerda a cuando era niña, a mi madre sirviendo la cena en el jardín del chalet, a mi padre contándonos chistes y haciendo caras feas para que mis hermanos y yo nos riéramos, a la tele puesta a toda pastilla con el *Un, dos, tres* o alguna mierda de esas del postfranquismo —risas y un beso de tomar aliento—. Me recuerda a mi abuela con la boca abierta sin quitarle ojo a la pantalla hasta que se dormía en su butaca y mi hermana mayor la acompañaba hasta su cuarto. Cuando es el tiempo de las flores vengo muchas veces aquí para pasar un rato que sea para mí sola —mientras le hablaba muy despacio, empujándole las palabras con cuidado para que no se aturullaran, atrapó la mano izquierda de Gonzalo entre las suyas y la llevó a sus labios.

—Me gusta mucho cuando hablas de la gente que quieres, haces que el que te escucha les quiera también. —Gonzalo liberó su mano de las de Julia y la puso a recorrer sobre sus dedos los labios, el cuello, el seno izquierdo, el pezón izado bajo la blusa, los pequeños pliegues escalonados del estómago, la hebilla

del vaquero, la bragueta, la entrepierna donde la mano se abrió como un paracaídas y se quiso pegar como una lapa, pero Julia, con indolencia y pulcritud, la apartó de allí y la dejó caer sobre el muslo de Gonzalo.

—No entiendo cómo a los tíos os gusta tocar un coño por encima de los vaqueros. ¿Qué placer os puede dar eso? —Se reía y parecía seria a la vez. Gonzalo no se habría planteado esa cuestión en la vida, para él no era una cuestión táctil, era una conexión, una constatación, una colonización, una toma de posesión. El coño de una mujer que deseas siempre hay que agarrarlo, porque en cualquier momento puede volar, pensó, aunque esto nunca se hubiera atrevido a decírselo a ella.

—Es como un refugio. No sé. Es una sensación de estar bien, de estar lo más cerca posible. Es una atracción irresistible —bromeó amenazándola con las dos manos simulando garras sobre ella.

—Yo creo que es más bien como esos niños que no sueltan un juguete por si se lo quitan. Los tíos sois patrimonialistas, no sois nadie si no poseéis los medios de producción, no tenéis muy clara la diferencia marxista entre valor de uso y valor de cambio. —Julia reía divertida al ver cómo a Gonzalo le resultaba imposible seguirla en sus saltos entre puyas e ironías. Se le notaba el esfuerzo que hacía por responderle, lo en serio que se tomaba cada cosa que fuera a decir como si de ello dependiera el segundo siguiente con ella. Empezó a besarla hasta dejarlo sin respiración, llevó su mano hasta la ya indisimulada erección y la acompañó.

—Oye —jugó a protestar Gonzalo—, que yo también llevo pantalones.

—Pero los tuyos no son vaqueros —razonó paciente Julia—. Ahora, si no te gusta yo no te toco, ¿eh? —Lo tenía todo tan ganado que ni siquiera le hacían falta cartas para amagar el farol.

—Creo que no ha habido nada que me haya gustado más desde hace cuarenta años.

—Anda, no seas exagerado que a mí los zalameros no me gustan.—Le apretó con una fuerza que quería ser un castigo. Gonzalo, recordando la película *Ópera Prima*, intentó pensar en la muerte porque sabía que de un momento a otro le podía ocurrir lo peor.

—Julia, creo que es mejor que pares. Hace mucho tiempo que no tengo este tipo de rozamientos de manos ajenas. —Julia no podía parar de reír con esa risa que lo curaba todo.

—¿Te he dicho ya que eres encantador, mi hombre del espejo, mi hombre elíptico o quien quiera que seas? —su mirada acariciaba al hablar, su sonrisa lo mecía como una cuna.

—¿Y yo te he dicho ya que tus cánticos de sirena me tienen secuestrado? ¿Te he dicho que creo que eres una bruja malvada que va a acabar conmigo y me va a convertir en gato?

—Me encanta que me envíes esos mensajes larguísimos y que me llames la mujer de negro. Ahora cada día miro el correo para encontrar tu mensaje. No sé si esto será bueno —lo dijo con una expresión que no dejaba duda de que era muy bueno—. Por cierto, te he traído un regalo. Bueno, uno no, dos. —Buscó en su bolso hasta sacar un cd doble y un libro. El libro, no podía tratarse de otro, era *El arte de amargarse la vida*, de Paul Watzlawick. El cd era *Victoria de los Ángeles canta las más famosas arias de ópera*. Gonzalo se extrañó un poco del segundo regalo: no había oído una ópera entera en su vida. Aunque intentó mostrar cierto entusiasmo, ella notó enseguida que no era demasiado sentido.

—¿Que no te gusta la ópera? —Julia parecía contrariada, como si hubiera cometido una torpeza imperdonable—. Te lo puedo cambiar, pero es que como a mí me encanta me hacía ilusión que tú oyeras a Victoria de los Ángeles.

—No, claro que me gusta; bueno, quiero decir, no he escuchado mucho, casi nada, pero sí que me gustaría escuchar algo más. —Salió del paso como pudo.

—A mí me aficionaron dos buenísimos amigos, ahora no me pierdo una. Siempre voy con ellos y me enseñan muchísimo. Es un mundo de melodramas, pero a mí me encantan las historias que cuentan y luego sentir esa música con alguien cercano es algo muy especial. —Le entregó el cd con una chistosa ceremonia y abrió el libro por la primera página para sellar sus labios rojos en ella antes de dárselo. Gonzalo estaba tan alegre que tuvo que fingir y continuó besándola cinco minutos más.

Entre todos los besos ella le iba contando cosas de su trabajo, de su familia, de sus estudios, de sus ilusiones y proyectos. Gonzalo intentaba almacenar todo en la memoria, poner aquel tropel de datos en orden, pero los susurros de Julia le saltaban de fila sin previo aviso, le sorprendían yéndose casi antes de llegar. Le habló de su madre, de cómo había tenido que pasar media vida para comprenderla, para identificarse con ella como mujer; le habló de su viaje en tren hasta París, a sus veintitantos, leyendo *Rayuela*, fumando como una descosida y tirándose a un filólogo francés en la misma estación de Perpignan. Gonzalo le apretó un pezón para no sentir los celos del pasado. Julia le mordió la oreja hasta que dejó de apretar. Él le dijo; me gustaría tanto hacer un viaje contigo; ella le dijo; tú lo que quieres es follar; él le dijo; me gustaría tener alguna de tus siete mil vidas de gato; ella sonrió como si le hubieran dado un dulce; me gusta que me llames innúmera, no quiero que te aburras de mí enseguida; es imposible que yo me aburra de ti, creo que será al revés, yo soy un tío muy aburrido; tú eres un agonías; tú eres mi eclipse de gato; ¿tu eclipse de gato?; sí, mi eclipse de gato; pues me duele un poco la cabeza así que no sé; ¿qué no sabes?; si los eclipses van a ser buenos para eso de la cabeza.

—¿Te gustaría que cenáramos esta noche y luego fuéramos a tu casa? —Julia proponía estas cosas como si estuviera pidiendo un favor, como si tuviera miedo de importunar, como si ella no pudiera imaginar que aquel hombre llevaba semanas sin pensar en otra cosa que no fuera ella—. O igual tienes ya plan.

—No, que va, que va, claro que sí, vamos a cenar, y a mi casa —se atropelló antes de que cualquier brizna de aire pudiera trastocar aquella conjunción imposible de astros, gatos y sirena. Julia rio encantada y satisfecha de su fina lección de doma.

Gonzalo se quedó allí sentado viéndola alejarse tal y como había venido, hecha irrealidad difuminada por los rayos de sol descolgándose a través de la madreSelva. Quiso sentir algún temor, alguna preocupación que le equilibrara aquella insana felicidad, pero no pudo, Julia le había dejado los bolsillos repletos de sus palabras.

Ramos se estaba comiendo una Big Mac en el McDonalds del centro comercial cuando Gonzalo llegó con algunos minutos de retraso. Daba gozo ver cómo aquel hombre disfrutaba de cualquier cosa que hacía, sobre todo si se trataba de comer y beber. Gonzalo no pudo resistir la tentación y se fue a encargarse una sencilla, con cerveza y patatas fritas, para él. Tuvo que despejar la mesa de la inusitada cantidad de servilletas de papel que había desparramado el policía en su lucha imposible por mantener la barba libre de restos de mostaza y ketchup. Ninguno de los dos pronunció una palabra hasta que no terminaron sus hamburguesas.

—¿Novedades, mi subinspector? —bromeó Gonzalo mientras se llevaba una patata frita a la sien en señal de saludo militar. ¿Cómo podría decirle a su amigo sin caer en el ridículo que la novedad era que esa noche iba a estrenar por fin los malditos condones? Al pensar esto estuvo a punto de santiguarse y tocar madera a la vez para apartar de sí el mal fario. Ramos, que ya se había comido las suyas, no tuvo el menor reparo en meter la manaza en las patatas de Gonzalo antes de empezar a hablar de una manera impersonal, al tiempo que gastaba las últimas servilletas en dejar su barba impecable.

—Bram Gosselt y Karel Janssen. Estos son los dos tipos que trabajan para G8H. Bueno, en realidad trabajan codo a codo con Van Loos, van con él a todas partes, son una especie de medio guardaespaldas, medio asesores. Tipos peligrosos. El martes, veintisiete de febrero de 2001, a las 18:45 horas, Bram Gosselt aterrizó a bordo del vuelo KLM260 en el aeropuerto Reina Sofía, Tenerife-Sur, proveniente del aeropuerto de Schiphol, en Ámsterdam. Alquiló en Europcar un Mondeo MKIII y se dirigió hasta la localidad de Arona, donde se alojó en el Gran Oasis Resort, en la llamada Playa de las Américas. Antonio Sanjuán llevaba tres meses destinado a la comisaría de policía nacional de Adeje, en la Avenida de los Pueblos, sin número, a apenas kilómetro y medio de

distancia del Gran Oasis. Al amanecer del día 1 de marzo de 2001, jueves, fue encontrado el cuerpo sin vida del inspector Antonio Sanjuán Gómez a los pies de un acantilado situado en La Punta de la Montaña Amarilla, junto a la Costa del Silencio, a una decena y media de kilómetros de Adeje. El cuerpo presentaba politraumatismos varios y la cabeza destrozada, al parecer por el impacto contra las rocas en la caída desde lo alto cuando caminaba por el sendero que bordea la costa. En el análisis toxicológico se encontró un alto nivel de alcohol en sangre. El informe forense dictaminó muerte accidental. El inspector Sanjuán se acercó andando al precipicio y debido a su estado de alta intoxicación etílica cayó al vacío. Bram Gosselt abandonó la isla el día 1 de marzo, a las 15:05 horas, en el vuelo KLM264 que despegó del aeropuerto Reina Sofía, Tenerife Sur, con destino al aeropuerto de Schiphol, en Ámsterdam.

—Claro como una foto —exclamó Gonzalo muy arrepentido de haberse zampado aquella hamburguesa.

—Hay otra foto. ¿Adivinas quién estaba en esta ciudad el pasado 18 de mayo, viernes en el que tú y yo nos solazábamos celebrando mi cumpleaños antes de que una llamada nos interrumpiera?

—¿El holandés ese, Bram Gos no sé qué?

—El mismísimo holandés errante Bram Gosselt. Sí señor.

Ramos recogió solícito las bandejas y fue a vaciarlas al contenedor de residuos. En los altavoces del local sonaba *Nunca el tiempo es perdido*, de Manolo García y a Gonzalo se le apareció su exmujer ocupando el lugar de Ramos. A ella le encantaban aquellas habituales visitas al templo de la comida basura. Su media melena lacia teñida de rubio, su falda amplia y clara que la hacía mayor y sin formas, su cara de aburrimiento tragándose la hamburguesa a pequeños bocados, su silencio infinito en aquella mirada deambulando por otras mesas, el tiempo meticuloso sucediéndose sin fin a sí mismo, el tiempo fallido y vacío sin huecos para rellenar su abandono. Todo había pasado. Todo había dejado de existir con el primer temblor de una nueva ilusión.

—Vámonos a tomar café en un sitio decente que aquí una vez que comes ya estás de sobra. —Ramos pasó su brazo por los hombros de Gonzalo y salieron a la gran plaza central que hacía de distribuidor de las diferentes zonas comerciales. A esas primeras horas de la tarde no había aún demasiado ajetreo y ambos pasearon relajados desde la zona de restauración a la textil. Ramos se paró un buen rato a ver sombreros en una tienda de complementos. Gonzalo lo seguía dócil, con el nombre de Julia en la punta de la lengua, hasta que fue su amigo el que lo pronunció.

—¿Y con esa chica de la galería, Julia, cómo lo llevas, te la has tirado ya o no? —Gonzalo sintió alivio por la brutalidad de aquel asturiano para abordar los temas del amor.

—Esta noche hemos quedado para cenar. Me ha dicho que luego podríamos ir a mi casa. —Intentó que la alegría y el nerviosismo que le bullían por dentro no se mostraran al infalible ojo del policía que estalló en una carcajada burlona.

—Así que si no te lo dice ella no mojas. ¿Pero tú a qué colegio has ido? —Ramos encendió uno de sus Romeo y Julieta para acabar de cuajo con la tos que le había producido la risa y a Gonzalo no le sorprendió en absoluto que así sucediera.

—La verdad es que esta mujer me puede. Me ha tenido tres semanas esperando para volver a quedar. La primera noche parecía todo hecho y luego el desierto. No sé si me acostumbraré alguna vez al desgaste emocional que supone una mujer.

Gonzalo aprovechó que pasaban delante de un estanco para entrar y comprar un paquete de Malboro. Salió alzando el paquete con las dos manos como si festejara haber ganado la Copa de los Cuatro Mosqueteros en Roland Garros.

—Ya era hora de que te compraras tabaco y dejaras de gorronear con la excusa de que eras un exfumador.

—Exacto. Tienes el honor de asistir a mi reentrada oficial en la categoría de fumadores conversos, que como bien sabes son los peores. Así es que voy a echar humo como una locomotora.

—De vapor —completó Ramos sacando el mechero para ofrecerle fuego—. Te aconsejo que aproveches para comprarte también un mechero, es muy útil para los fumadores compulsivos como tú.

—No, no me lo voy a comprar por ahora. He descubierto que me encanta que me den fuego, o pedirlo. Me he pasado tres años sin hablar casi con nadie. Se me iba la voz y apenas me daba para dos monosílabos. Así es que voy a pedir fuego a todo el mundo, le voy a pedir la hora, le voy a preguntar por calles y direcciones, aunque las conozca, les voy a dar a todos los buenos días y las buenas noches...

—Para, guaje, para, que me estás mareando ya. Si lo que me quieres mostrar es que estás chocho perdido porque esta noche tienes un chochito fresco, no te preocupes que lo has conseguido. —Los dos reían y echaban humo a la vez.

—Sí, estoy chocho perdido, es verdad. Esa mujer no sé cómo lo hace.

—Lleva cuidado con ella, no te embales que llevas mucho en el corral. Date tu tiempo que si tiene que ser para bien ya será.

—Sí, mi subinspector, seré prudente porque desde que la conocí tengo miedo de que en un momento todo se pierda antes de suceder.

—Puede que esa mujer sea maravillosa. Y lista, de momento es ella la que te marca los tiempos, aunque, bueno, eso sucede con casi todas. Pero no olvides que trabaja con Van Loos.

—No creo que ella sepa nada de los negocios de Van Loos. Solo está encargada de la galería. Lo ha nombrado un par de veces y parece encantada, si

supiera algo no hablaría así.

—Bueno, bueno, yo solo te digo que estés al tanto. Los cuadros de Sara Romero son uno de los instrumentos que Van Loos utiliza para lavar la pasta — Ramos había vuelto a recuperar su tono neutro y profesional. Gonzalo ensayaba aros de humo como si no quisiera escucharlo.

Llegaron a un café decorado con estilo colonial y se sentaron en la terraza. Pidieron los cafés y los orujos y estuvieron durante unos minutos callados, observando cómo bolsas arrastrando gente deambulaban de tienda en tienda. Ramos retomó el asunto Van Loos.

—Sánchez está colaborando bastante. Creo que está bastante acojonado.

—Y tú qué piensas ahora, ¿o los policías siguen sin pensar? —rememoró Gonzalo la respuesta que Ramos le dio la noche de la muerte de Sara.

—Seguimos sin pensar, claro, pero yo diría que mi intuición se inclina cada vez más hacia que alguien intervino en aquel accidente. Lo que no sé es si fue Van Loos. No sé hasta qué punto Van Loos podía saber algo de Sara y de Sánchez. Todo puede ser. Que Bram Gosselt estuviera por aquí puede ser una simple casualidad. O no.

—¿Podemos confiar en Sánchez?

—Por ahora creo que sí, más tarde no sé. La mejor forma de controlar a un hombre es controlar su miedo. Él sabe que si se entera Van Loos de sus movidas con Sara está jodido. También sabe que si nos ayuda a encontrar el cuadro y las pruebas contra Van Loos tendrá inmunidad y podrá irse a tomar por culo a rehacer su vida. El riesgo lo correríamos si él encontrara el cuadro antes que nosotros y decidiera entregárselo al holandés...

—Tenemos que encontrar el cuadro cuanto antes. Alejandro ha descubierto

algún tipo de rastro en los subrayados que Sara hizo en su libro. Me ha asegurado que en cuanto tenga claro dónde está me avisará, pero no estoy muy seguro. Lo encontré muy extraño, como abatido. —Gonzalo sacó el libro de su mochila y buscó las páginas subrayadas. Señaló dos palabras a las que Alejandro había agregado un círculo: Hotel Evropa y Café Milena.

—¿Crees que el cuadro podría estar allí? —Fiel a su costumbre, Ramos alzó su chupito vacío y dos dedos cuando la camarera miró hacia ellos.

—¿Tú podrías averiguar si Sara salió del país meses antes de morir, igual como lo has hecho con el holandés?

—No será complicado si no ha ido de polizón —se regodeó el subinspector—. Si los subrayados son una pista, eso quiere decir que estaban allí para alguien. Que no era Sánchez, por supuesto.

—Alejandro.

—No puedes perder de vista a ese tío. Él conocía el piso de Sara, ya viste.

—Me ha reconocido que se habían vuelto a liar. —Gonzalo le pidió fuego a la camarera cuando se acercó con los nuevos chupitos y Ramos no pudo evitar sacarle la lengua en una poco elegante pantomima, luego se bebió de un trago el chupito y golpeó con él sobre la mesa. Miró a su compañero para ver si le imitaba, pero este saboreaba el aguardiente mezclado con una bocanada de humo.

—Muchacho, vete a casa a relajarte que esta noche tienes que estar a la altura de un vitorino. Yo me voy de vacaciones, a mi tierra. Estaremos en contacto.

—No ordeñes muchas vacas, vitorino. —Se agarraron las manos sobre la mesa como si fueran a hacer un pulso, pero solo se apretaron con fuerza. Ramos

se puso el Panamá con su estilo habitual y se alejó caminando con una laxitud que le hacía aparentar ser mucho mayor de lo que era.

«Tengo los morros escosios G. Has oído el (alomorfo de “la”) aria 1 del 1r. CD? (si lo haces ahora no la pongas muy alta, lo justo para que la música te arroje)»

Gonzalo siguió al pie de la letra las instrucciones de Julia. El aria en cuestión era *O mio babbino caro* —según pudo ver en la carátula del cd pertenecía a la ópera de Puccini *Gianni Schicchi*, la cual no había oído nombrar en su vida— y la voz de Victoria de los Ángeles, como bien había previsto Julia, le arrojó con una armonía que nunca sospechó que se pudiera llegar a alcanzar. Cerró los ojos para que su imagen, sus labios, esos ojos ámbar con nubes azules buscando el entendimiento, su sonrisa de compañía, se acoplara a aquella música produciéndole una melancolía acogedora de lo que todavía estaba por suceder. En aquel momento no tuvo ninguna duda de que iba a disfrutar de la suerte de haberse topado con aquella mujer, poco le importaba la certeza de que aquella música nostálgica de lo que venía se convertiría en pasado y dolor.

Escuchó la pista varias veces y le contestó el SMS:

«Creo que nunca podré escuchar esta canción sin verte a ti. ¿Estás bien? ¿Me quieres un poco?»

«De salú parese que bien, y lo del quererte hase tiempo que lo sé (y tú también, jodio) pero ahora no deajo de pensarlo. Serán los cafeses? Serás tú? Seré yo?»

Empezó un intercambio de SMS precedidos por el tono de aviso del Nokia. Aunque le había costado bastante aceptar la conveniencia de aquel aparatito del demonio, el hecho de que un metálico y monocorde soniquete dejara toda su vida en suspenso, enganchada a la emersión de unos caracteres en una minúscula pantalla, lo convenció de que juntos la tecnología y el amor podrían llegar a ser una experiencia muy adictiva. Al final, Julia, más sensata, convino en que si no

dejaban de enviarse mensajitos iban a llegar tarde los dos a su próxima cita y Gonzalo le preguntó cómo se iba a vestir y ella le respondió que eso no se le preguntaba a una dama, así que dejó sonando el cd de Victoria de los Ángeles en el equipo y se dispuso a ducharse y masturbarse por prevención profiláctica pensando en unas piernas bajando una escalera y todo lo que se pudo imaginar.

Se repitió la escena de la primera noche, sin lluvia, y Gonzalo avanzó hacia los parpadeos de aquellas luces que también esa noche estarían observando llegar su reflejo desde la oscuridad. Como la repetición quita el miedo, sí se atrevió esta vez a acercarse por la ventanilla de la conductora hasta aquellos labios y hacerla reír de sorpresa y cariño; tienes hambre, ¿eh?; y una vez ya el coche en marcha con él dentro tuvo tiempo de ver que la mujer de negro seguía vistiendo de negro con un minivestido que dejaba aparecer su negra ropa interior; ¿me he vestido bien para ti, mi amo-or?; no podía haber imaginado nada mejor; rio Gonzalo dueño por una noche de aquellos muslos y aquella voz que se abría a él. Julia lo obligó a elegir un sitio para cenar, cosa complicada para Gonzalo porque hacía tanto que no salía que no estaba seguro si aún continuarían abiertos los pocos sitios que recordaba. Al final se decidió por un elegante restaurante que unos años atrás habían abierto en un palacio medieval rehabilitado. A Julia le encantó el sitio y le habló durante un buen rato de infinidad de detalles sobre los modos constructivos del medievo y la iconografía de las pinturas, reproducidas imitando las técnicas al fresco de la época, que ocupaban gran parte de los muros. Pidieron pato a la naranja y un buen rioja del 94 que, por supuesto, eligió ella. Julia hablaba sin parar, como de costumbre iba hilvanando temas que parecían no tener relación pero que al final siempre pendían entre ellos. Le contó que de adolescente estaba regordeta y tenía muchísimo acné, que tenía tanto complejo que se convirtió en una chica muy fácil para que los chicos le hicieran caso; es que el oficio de adolescente fea es muy jodido, cariño; se rio de sí misma con esa elegancia que le daba estar un poco más allá de muchas cosas. La sorpresa fue que al llegar a los dieciocho los granos y los kilos se habían ido no se sabía muy bien cómo ni por qué, pero a ella le había gustado eso de enrollarse con todo dios y ya no pudo parar; es mi naturaleza. A Gonzalo le enamoraba la desvergüenza con la que hablaba de su vida, pero no podía evitar sentirse un tanto cohibido ante su desparpajo. Le habló de cuando empezó a trabajar como lectora para un escritor.

—Era un hombre bastante mayor, un tipo desaliñado que siempre me recibía

con un pijama de esos antiguos con una abertura para el pajarito que más de una vez se le escapaba mientras yo le leía —volvió a reír como si aquello no fuera más que la travesura de un niño—, pero a pesar de lo que pienses en esa sucia mente —le dio dos golpecitos en la frente—, era un hombre encantador, cultísimo, que me contaba historias de las guerras del Peloponeso y me hablaba de los presocráticos como si estuvieran a punto de tocar a la puerta.

—¿Y qué le leías? —Gonzalo dejó de comer pato para poder tragar la historia de Julia. Necesitaba saber hasta el mínimo detalle de aquella mujer, pero se encontraba tan desplazado de todo aquello que le contaba que se le hacía imposible poder ocupar alguna vez algún sitio en su historia.

—Le leía lo que él escribía, novelas históricas preciosas. Muchos escritores escuchan lo que están escribiendo para ver si tiene ritmo, para ellos es importante la cadencia de las palabras. El hombre era cliente de una cafetería a la que yo solía ir con una amiga. Se ve que me escuchó hablar y le gustó mi voz, o las guarradas que le contaba a mi amiga, vete tú a saber —su risa siempre era un vaivén—; así que un día me preguntó si quería trabajar para él un par de horas a la semana y como a mí me venía bien la pasta le dije que sí.

—Y el hombre se enamoró como un poseso de ti —a Gonzalo le hubiera gustado tragarse la lengua en lugar de seguir por el zigzagueante camino que le llevaba a romper el encanto que de forma inexplicable había provocado en aquella mujer.

—Estás enfermo. ¿Cómo podéis tener algunos hombres celos retrospectivos de cualquier cosa que se mueva? Como me preguntes si se la chupé, me levanto y me voy —Julia cogió la mano de Gonzalo y la besó con tanta delicadeza y devoción como si besara a un papa romano—, o mejor, como castigo te contaré una historia de acoso y derribo de un hombre forrado de pasta. Es una historia un poco triste, ¿quieres que te la cuente? —se lo preguntó con tanta alegría que era imposible pensar que Julia alguna vez hubiera vivido alguna historia triste.

Pero Gonzalo no se atrevió a escucharla. Algo le dijo que abrir aquella puerta trasera podía llevarle a sitios que poco tendrían que ver con su cama, sus sueños

y sus condones. Por una vez tuvo la suficiente cintura para cambiar el tema y de alguna chistera oxidada que no recordaba haber usado nunca salió la pregunta tonta necesaria para escapar.

—Cuéntame qué te enamora.

—Me enamora que me escribas cada día. Me enamoran los gatos y me desenamoran las rotondas. Me enamoran los días que acaban en lluvia tras una ventana y las mañanas de verano, nada más amanecer. Me enamoran los viejos que aún miran con ilusión y los niños que saben sentirse tristes sin llorar. Me enamora pensar que lo que pienso me enamora, que nada es más importante que el siguiente paso y comprender, coger la mano de cualquiera y comprender que solo es otro bicho como yo, con todos los miedos y el mismo coraje para sobrellevarlos que pueda tener yo. Me enamoran los gin-tonics bien hechos y que tú me mires desde detrás de tus gafas y te vayas abriendo poquito a poquito a aceptarme aunque no sea ninguna sirena, aunque no sea ninguna innúmera, solo una mujer más acercándose a la cuarentena. Me enamora cuando entra un artista nuevo en la galería y empezamos a trabajar juntos y vemos como poco a poco van creciendo sus ideas, sus pinturas. Me enamora Caravaggio. Cada año voy una semana a Roma solo por estar con él. Me enamora, por supuesto, Artemisia y también me enamora no hacer nada, tumbarme en el sofá y ponerme el peor programa de televisión que haya y dejar que mi cabeza se vaya a donde quiera. Ah, pero también hay cosas que odio. Odio a los engreídos y a los que tocan el claxon en los semáforos. Odio a los que hablan a gritos en el metro y a los que comen palomitas en los cines; me dan mil patadas los que van de listillos, los que repiten la lección como loros porque así se piensan más sabios. Odio a los que utilizan el poder, sea el poder que sea, incluso el poder del conocimiento, para sentirse mejores. Odio el viento, no puedo soportar el viento, me pone frenética, me vuelve loca. Siempre he odiado que me dijeran bonita o nena, o muchacha, aunque esto cada vez pasa menos. Odio odiar. Y ya está bien.

Todo esas cosas las dijo, las que la enamoraban y las que odiaba, jugando a enamorar, pero Gonzalo supo disfrutar de su juego sin caer en el error de decirle que a ella lo que más le enamoraba era enamorar. Cuando salieron al jardín que daba entrada al restaurante, Julia le llevó del brazo hasta un rincón que formaban dos paredes cubiertas casi por completo de madreselva. Tal y como hiciera la

primera vez, metió las manos en los bolsillos de la chaqueta de Gonzalo y lo besó durante un buen rato. Esta vez no le habló de fidelidades, solo le dijo; tus besos huelen a esta mañana. Como el piso de Gonzalo no estaba demasiado lejos del restaurante, dejaron el coche aparcado y fueron paseando. Julia se agarraba al brazo de Gonzalo y apoyaba la cabeza en su hombro. Mientras duró el camino le fue hablando del Ponte Vecchio, de las tiendas de joyas sobre él y de cómo a partir de ellas la palabra bancarrota tomó su sentido financiero, del pasadizo entre el palacio Vecchio y el palacio Pitti, de la ópera de Puccini, de la historia que contaba, de Rinuccio y Lauretta y del aria que le susurró en un semáforo convirtiéndole la piel en temblor.

Los cuatro pisos de ascensor pasaron en el mismo beso, con la lengua de Julia haciendo calceta dentro de la boca de Gonzalo, con las manos de Gonzalo descubriendo el frescor de las nalgas de Julia, agarrándose fuerte con los diez dedos para que no se volara aquel sueño. Gonzalo se metió en la cocina a preparar un gin-tonic que la enamorara y ella se quedó en el salón rebuscando entre la música hasta que encontró *La Fusa*. Cuando llegó Gonzalo con las bebidas y unas almendras fritas, Julia arrancó la música y sonó la canción de la primera noche, *Eu sei que vou te amar*. Julia le preguntó si quería darle un abrazo con el mismo tono que podría pedirle un sorbo de su *whisky*, Gonzalo la abrazó y estuvieron así, muy quietos, muy juntos, muy callados, hasta que terminó la canción. Luego siguieron hablando entre besos y el vestido negro acabó en el suelo y los dedos de Julia recorrieron la distancia entre lo que los dos querían y le preguntó; ¿quieres ver el antojo de mi madre?; y luego de pie frente a él dejó resbalar las bragas negras hasta el vestido y aquel vello negro y enredado entre las piernas a Gonzalo le olió a madreselva y le recordó el cuadro de Courbet y sintió un poco de miedo de meterse allí dentro, sin comprender muy bien qué podía ser el antojo de su madre hasta que Julia se giró de espaldas y se flexionó hacia delante para que él pudiera ver la pequeña mancha en la piel que ocupaba la parte inferior de su nalga derecha, casi en el inicio de la ingle.

—Es una fresa —confirmó Julia convencida.

—Eres preciosa.

—Odio que me digan preciosa —giró el tronco para mirarle sin cambiar la

posición de sus pies—, porque no lo soy. Soy Julia, nada más. Tengo las caderas y la cintura anchas, las tetas pequeñas. Me está saliendo barriga, es típico en mi familia, y tengo el culo un poco plano. Eso es lo que hay —y sin embargo lo decía de un modo tan afable que se hacía adorable.

Gonzalo pensó que se estaba burlando de él. Era imposible que ella no se reconociera la belleza que él estaba viendo, pero decidió que no era el mejor momento para debatir la cuestión. Alargó ambas manos hacia aquella cintura escondida tras las caderas y la hizo inclinarse hasta que emergió el antojo y los labios mayores que desde aquella posición aparecían desnudos y desbrozados, abiertos y tiernos. Le separó con ambas manos las nalgas y empezó a lamer aquel capricho de fresa hasta que el líquido le bañó la lengua. Ella le pidió que no fuera tan directo y se tomó un descanso para dar un par de tragos al gin-tonic; está buenísimo con el sabor de tus besos; y empezó a besarle por allí donde le desnudaba hasta bajarle los calzoncillos a los tobillos y reírse un rato de aquella pinta enhiesta a medio camino entre la victoria y la huida. Le acarició los testículos como si estuviera auspiciando lo que se podía esperar y llevó su sonrisa hasta ellos, su lengua, a recorrer el escroto y luego de vuelta hasta la ingle, subiendo por aquel pene asombrado hasta el glande para bañarlo en saliva y succiones que se acompañaban entre más sonrisas.

—¿Te gusta? —le preguntó solícita y dulce—, si no te gusta me lo dices y paro, ¿eh?

—No pares, no seas cruel, no pares.

Pero ella paró para beber otro buen trago y luego volver a su boca y trasvasarle el frescor de la bebida resbalando sobre sus lenguas. Julia se tumbó de espaldas sobre el sofá e hizo que Gonzalo se sentara sobre ella, sobre sus senos.

—¿Quieres correrte en mi boca?

El tono de juego y regalo con que lo preguntó casi logran su objetivo antes

de tiempo. Gonzalo consiguió sobreponerse y dejó descansar el pene sobre los labios de Julia que no paraba de susurrarle frases de cariño, de cantarle trozos de canciones, como si aquel pene necesitara una nana para irse contento a dormir. Entre palabra y palabra Julia lamía con esmero el glande, o lo introducía entre sus labios, lo chupaba, lo sorbía, lo mordía, todo con la bien aprendida coreografía de su lengua yendo y viniendo, haciendo y deshaciendo, mientras sus ojos no dejaban de mirar ni un momento a Gonzalo para que no pudiera olvidar nunca aquel rostro sonriente, divertido, enamorado de enamorar, que era capaz de hacer que cualquier recato fuera un exceso entre sus labios. En una de aquellas sonrisas entre chupar y lamer Gonzalo expulsó con fuerza el semen sobre aquella boca, sobre aquellos labios rojos que ahora resultaban bellísimos manchados de blanco. Gonzalo cerró los ojos para guardar para siempre aquella imagen. Julia se relamió con la lengua y se lo tragó todo. La música hacía rato que había dejado de sonar.

Le pidió que la llevara a la cama y fueron despacio, cogidos de los dedos, arrastrando tras de sí las bebidas y los pies para que el camino se les hiciera un poco más largo. Se tumbaron mirando el techo como si fuera un mapa de estrellas, sin soltarse las manos, sin dejar los vasos de las otras, apoyándolo Julia sobre el estómago, terminándose Gonzalo el *whisky* de un trago. Todo despacio con un silencio ya acostumbrado, ya de casa.

—¿Cuándo sale tu artículo? Llevo semanas esperándolo.

—¿Qué artículo? —en aquella maravillosa situación en la que se encontraba, Gonzalo no tuvo la rapidez mental suficiente para comprender a qué artículo se podría referir Julia. Esta permaneció en silencio un rato, apurando a cortos sorbos lo que le quedaba de gin-tonic. Cuando Gonzalo aterrizó se dio cuenta de que ya era demasiado tarde y optó por permanecer también en silencio.

—¿Por qué te inventaste que ibas a escribir un artículo sobre Sara? ¿Por qué viniste a verme a la galería? —la voz de Julia había perdido el juego y la ironía. No sonaba airada, ni con rencor, si acaso con un punto de reproche por llegar, de decepción esperada desde antes. El vaso ancho con restos de hielo y una rodaja de limón reflejaba en su ir y venir la luz de alguna farola que entraba por el ventanal abierto, apenas cubierto por una ligera cortina color hueso que en

aquella semioscuridad aparecía y se oscurecía al ritmo de la brisa que a suaves bocanadas desvanecía por unos instantes la pesada humedad del verano.

—Lo único que no es cierto es que vaya a publicar un artículo en el periódico —Gonzalo sintió primero el vértigo y después el alivio del que se decide a confesar y a esperar veredicto—. Sí que necesitaba hablar contigo sobre Sara. Quiero reconstruir su vida.

—¿Cómo que reconstruir su vida? ¿Crees que puedes hacer que viva otra vez? —ahora sí había un eco de impaciencia.

—No, no —Gonzalo dudó cómo continuar. En aquellos momentos su verdad le parecía ridícula e imposible de contar. Echó una resignada mirada de despedida hacia el cajón donde guardaba la caja de condones y se apoyó sobre el codo derecho para mirar aquellos ojos perdidos en el cielo raso, ennegrecidos y brillantes por el gin-tonic, la farola y el desencanto—. Estoy recabando información de las personas que estuvieron cerca de ella para luego escribir su vida tal y como ella hubiera querido que fuera. Por eso también contacté con don Salvador, con Alejandro y con cualquier persona que me pueda hablar de ella. Voy a escribirla para mí, no voy a publicarla en ningún sitio. Es un *hobby* mío. Te puede parecer un poco extraño, pero es solo algo que me gusta hacer.

—¿Con Alejandro? ¿Tú conoces a Alejandro? —Julia se incorporó en la cama con tanta brusquedad que derramó un trozo de hielo sobre su seno derecho. Con otro movimiento no menos rápido lo recogió y lo devolvió al vaso ya sin líquido que dejó sobre la mesita—. Lo primero que sé de ti es una mentira, no sé si esto va a ser bueno. —Desplazó su mano abarcando el espacio de la cama mientras esbozaba una sonrisa nueva, contenida, un tanto amarga.

—Lo conocí circunstancialmente, como a don Salvador. Nada más. — Gonzalo alargó sus dedos hasta rozar el pezón de Julia mojado por el hielo, las minúsculas gotitas brillaban al compás de la cortina y la luz de la farola. Si Ramos hubiera estado allí le habría advertido que acariciar el pezón de una mujer en medio de una discusión no era una buena idea, pero aquella mujer no era cualquier mujer y, a pesar de que su pezón comenzó a dar señales de vida,

Julia no dio ninguna señal de que aquello estuviera sucediendo—. No tenía intención de engañarte ni nada parecido. En el Café de las Horas estuve a punto de decírtelo, pero pensé que me tomarías por un bicho raro y me había quedado tan colgado de ti ya que no podía arriesgarme a que se rompiera el buen rollo que se había creado.

—Pues que sepas que a mí me gustan los bichos raros. De hecho si me gustaste ese día fue porque me pareciste un bicho raro. —La sonrisa se fue desentumeciendo hasta alcanzar la confianza en sí misma. Julia llevó la mano de Gonzalo hasta su boca y comenzó a reproducir en sus dedos las mismas tropelías que antes había realizado sobre el sofá, luego dejó que su propia mano recorriera el cuerpo de Gonzalo, desde el cuello hasta pasados los testículos, para detenerse allí, hurgando dentro de su conciencia con un solo dedo. Gonzalo entreabrió las piernas para que aquella mujer rebuscara donde quisiera. Julia le llenó de minúsculos besos las mejillas, la nariz, el ojo, los labios, la barbilla, el cuello y ascendió hasta su boca para hablarle a dos milímetros despacio, encharcando la voz entre salivas y alientos. Le llamó bicho raro cien veces, le llamó mentiroso mil veces, le llamó mi Paris, mi Odiseo, todas las veces. Pero a Gonzalo le rondaba algo por la cabeza.

—¿Y tú cómo conoces a Alejandro? —El dedo se detuvo, los besos también.

—No lo conozco, pero Sara me habló de él muchas veces. Ese hombre la dejó muy tirada y desde entonces todo le fue mal. El otro día me centré en su obra y no en su vida personal porque me dijiste que era para publicar un reportaje. Si me hubieras contado la verdad igual habrías tenido más información. —La sonrisa era ahora un tanto burlona y divertida.

—¿Y no te habló del cuadro de la vela? —se atrevió a un paso más Gonzalo. Julia se mantuvo mirándolo en la penumbra como si estuviera buscando algún significado en sus ojos. Al momento pareció recordar, luego exhaló una sonrisa de añoranza y volvió a tumbarse.

—Aquel cuadro horrible que llevaba a todas partes. El del duende.

—¿Te contó lo del duende? Al abuelo también.

—Sí, era una historia delirante que contaba de vez en cuando, pero yo creo que ni ella se la creía. Lo hacía un poco por jugar o por acordarse del tío ese, de Alejandro.

—Pero, ¿tú crees que tenía algún valor ese cuadro? —Gonzalo intentaba abrirse a Julia, ser tan sincero y directo como ella era con él, pero el respeto a su propia incredulidad le hacía dar rodeos.

—Para ella tenía muchísimo valor, pero como obra artística no tenía ninguno. Era algo pésimo —Julia dijo pésimo sin dejar que la palabra sonara casi, con aburrimiento.

—Pues resulta que el cuadro no aparece por ningún lado y hay gente que piensa que esconde algo valioso. Lo están buscando por todas partes. Al parecer Sara escondió en él información valiosa sobre tu jefe. —Gonzalo cerró los ojos con fuerza para que ella no pudiera descubrirle el miedo a dar un paso en falso y echarlo todo a perder. Algo en la mirada de Julia cambió.

—¿Qué quieres saber de mi jefe? Solo tienes que preguntarlo. No me gusta nada que me intenten sonsacar y menos utilizar —la voz de Julia sonaba apagada, entrecortada, por primera vez con cierto rencor. Gonzalo notó que se estaba metiendo en un problema del que no sabía si iba a poder salir.

—No, no es eso, Julia, no tengo interés en utilizar a nadie y menos a ti, eso seguro, de verdad —hablaba con las palabras torpes, con miedo a ser dichas—. Me han contado cosas muy graves de Van Loos; actividades mafiosas, corrupciones e incluso asesinatos. Si quisiera utilizarte no te diría esto tan claro. No sé si estoy haciendo el idiota nada más empezar a conocerte. Es propio de mí meter la pata a cada momento.

—Pues si piensas que puedes meter la pata deberías evitarlo antes de hacerlo.

Se puede ser torpe, pero saberlo y no evitarlo es algo peor —el tono fue cortante, con cierta ironía hiriente.

—¿No me acabas de decir que te pregunte? Pues eso hago, te pregunto. —A Gonzalo le vino la imagen de un campo de minas, una cama llena de palabras a punto de explotar.

—Te respondo. No conozco los negocios de Ruus, solo conozco su actividad en el mundo del arte. Puede que no sea un santo en sus negocios, seguro que tiene enemigos porque es un hombre de éxito, pero lo que yo sé de él es, como ya te dije, que es una persona excepcional, con una formación y sensibilidad extraordinarias. Es una persona que ayuda a la gente, que se gasta millones de dólares por todo el mundo en cooperación, que dirige varias fundaciones para la formación de artistas. Eso es lo que yo sé, lo que diga la gente por ahí me tiene sin cuidado. Ahora decide qué tiene más valor para ti, lo que yo te cuento o lo que te dicen dos indeseables como el abuelo y el Alejandro ese —se fue exaltando conforme hablaba, sus palabras comenzaron retenidas y fueron adquiriendo una vehemencia que Gonzalo no hubiera sospechado hasta entonces en ella—. Pero si no te basta lo que yo te diga, lo tenemos fácil. Te lo presento un día y lo conoces por ti mismo. Luego volvemos a hablar. ¿Estás de acuerdo o ni siquiera le vas a dar esa oportunidad?

—Estoy de acuerdo, Julia, estoy de acuerdo. Lo último que quiero ahora mismo es que nos enfademos por algo ajeno a nosotros. —Por primera vez había comprobado cómo aquella mujer era capaz de ocultarle todo su encanto en un momento, en un instantáneo eclipse de gato. Pero al segundo siguiente la sonrisa y la mirada comfortable reaparecieron.

Julia se arrodilló sobre la cama y zarandeó jugando el torso de Gonzalo varias veces, mientras repetía con voz de niña buena y repelente.

—¿Vamos a follar o qué? ¿Vamos a follar o qué? ¿Vamos a follar o qué?

—Vamos, vamos —sonrió Gonzalo alargando el brazo hasta la mesita para

recuperar la caja de condones.

—Yo no uso condones —protestó Julia cuando los vio, un tanto divertida, negando con el dedo índice erguido—. Si tienes miedo al sida o alguna enfermedad venérea, mañana me hago los análisis y ya follamos otro día, si eso.

—No, no, no. Si yo era por ti, por lo del embarazo y todo eso, yo prefiero sin nada, claro. —Gonzalo hubiera tomado cualquier voto y olvidado cualquier protección ante aquel cuerpo puesto en su cama por una providencia que estaba muy lejos de conocer e incluso imaginar. Pero muy al fondo de sus ganas de follar aquella frase que Galileo tampoco pronunció le rondó en silencio un par de veces.

Luego vino otro gran abrazo, una visita de ella al baño y al salón en busca de sus bragas; no te las pongas; si hace falta luego me las quitas, pero no me gusta estar sin ellas; un cigarrillo a medias abrazados en el balcón que daba a la habitación, protegidos de miradas insomnes por la cortina; *Close your eyes, Give me your hand, darling, Do you feel my heart beating, Do you understand*; le susurró la canción al oído, rozándole con la lengua a cada nota, haciéndole sentir cosas que había necesitado toda la vida. En la cama de nuevo, ella se quedó dormida al instante y él se quedó así, hecho un pasmarote mirándola dormir, rozándole apenas el culo con su mano izquierda, sintiéndola respirar, con ligeros ronquidos a ratos, hasta que empezó a amanecer y la brisa ya no movía la cortina y la claridad del sol sin persianas empezaba a entrar en la cama. Ella se despertó como una gata y se acomodó frente a los ojos de Gonzalo, sujetos a la misma mirada que había velado su sueño.

—¿No has dormido nada o has dormido con las gafas puestas? —el matiz, el mimo, el gesto, la caricia.

—He estado soñando todo el rato en ti.

—¿En mí?, ¿ya vas a empezar con las mentiras? —remoloneó con esa pericia de las gatas sabias.

—He soñado que te quedabas en mi cama para siempre. —Julia soltó la primera risa del día.

—A los dos días me tirarías junto a las sábanas sucias.

—¿Y si por lo menos te quedas hasta que se haga del todo de día? —el ruego, el ansia, el afán, la avaricia.

—La única forma de que me quieras del todo es que no me tengas del todo.

—Y si alguna vez la parte que te tenga se convierte en el todo, ¿ya no te querré del todo?

Julia extendió por toda la cama una de sus risas maravillosas y comenzó a golpear la cabeza de Gonzalo con la almohada.

—¡Siempre me confundes la parte con el todo!

Tras esto desapareció en el cuarto de baño y Gonzalo aprovechó para vestirse, limpiarse las gafas, hacer café, peinarse con los dedos y tirar a la basura la caja de condones sin estrenar. Cuando Julia salió ya arreglada del baño Gonzalo sintió la profunda tristeza de que de nuevo no volviera a repetirse toda la noche desde el mismo momento en que la besó a través de la ventanilla del coche. Con aquel encanto de mujer estaba condenado a la nostalgia en todas sus posibles variantes. Julia sacó de su bolso un vaporizador y roció la cama y el sofá con su perfume White, de Estée Lauder. Gonzalo nunca podía haber imaginado que una mujer hiciera algo parecido para hacerse indeleble en su cama, para marcar desde aquel momento lo que ya era su territorio hasta el final de la memoria.

—¿Qué haces vestido, no quieres dormir un rato con mis olores de hembra?

—Siempre la ironía y el requiebro. No había ni un solo tiempo muerto en aquella persona.

—Luego. Ahora prefiero acompañarte hasta el coche, no sea que se te vaya a llevar algún sereno de vuelta a casa.

—Lo mío son los butaneros, chaval. Bien, vamos entonces que hoy tengo una comida familiar y no puedo aparecer ojerosa, que mi madre me llena el plato y ya tengo bastantes lorzás yo de por mí.

—¿Qué dices? —Y bajaron besándose otra vez los cuatro pisos y caminaron, ella colgada de su brazo, y hablaron de lo bonito que eran los amaneceres y Gonzalo le contó lo que había aprendido, sin nombrar a Alejandro, sobre lo que los fotógrafos llamaban la hora mágica y todo pasó así hasta su coche y la tristeza de ya no verla, no tocarla, no escucharla cantar en su oído, la añoranza invadiendo cada paso hasta no soportar el ascensor vacío y el piso vacío, su vaso de gin-tonic aún sobre la mesita y su olor. Su olor por toda la casa, su perfume mezclado con el recuerdo de su sexo y su saliva, su sudor en mitad de la cama, sus orgasmos un tanto estrepitosos, su sonrisa y sus palabras flotando alrededor. Se tumbó en el sofá y pasó toda la mañana recordándola como si no hubiera estado allí hacía apenas unas horas. Por la tarde recibió un nuevo SMS de Julia:

«A pesar de que no me creas lo pasé muy bien, paseando, cenando, en tu cama y sintiendo el frescor de la mañana»

«No puedo recordar si lo que te cuento ocurrió así o no, si pasó antes o después. Solo recuerdo a la perfección lo que imagino, pero ya no sé si es recuerdo o invención. Creo que han pasado varias semanas desde que la vi en el club liberal. Sus rutinas son las mismas de siempre y las mías detrás de ella también. Es mediodía y estoy observándola leer en el merendero. Lleva las rastas recogidas en un moño alto. Las gafas de sol y su piel tan morena le dan un aspecto de princesa abisinia o de cualquier cosa que yo me voy inventando para pasar el rato bajo esta palmera mientras convierto mi tiempo en el suyo. Es una mujer muy atractiva. Mientras ella sigue absorta leyendo, yo escudriño con los prismáticos los rostros de los hombres que pasan junto a ella. Casi todas las miradas siguen el mismo camino desde su rostro a los muslos que deja tostarse al sol del otoño. Lleva, como de costumbre, una falda larga, ligera y blanca, con dos aberturas laterales que ella deja abrirse por completo. Hoy ha empezado libro. *Todos los fuegos el fuego*. Todos los libros que lee ya los había leído en la cama conmigo. Llegó un momento en que nos prohibimos seguir leyendo a Cortázar porque nos costaba salir de sus historias, ya no necesitábamos leerlas para vivirlas. Esta noche yo también releeré el mismo libro intentando atrapar las palabras tal y como ella las habrá pensado al leerlas. De pronto Sara se levanta de su tumbona y yo me pongo en alerta por si ocurre algo no previsto, es demasiado pronto para que abandone su vino y su lectura. Me relajo al ver que deja el libro abierto sobre la mesa y desaparece en el interior del merendero, solo va al baño. Guardo los prismáticos para no llamar más la atención y me vuelvo a dejar llevar por el tiempo y ella cabalgándolo. Una mano me toca en la espalda y me asusta, tengo la certeza de que al volverme veré un problema vestido de uniforme dispuesto a inquirirme sobre el uso que le estoy dando a los prismáticos. Al tiempo que me vuelvo intento encontrar argumentos suficientes sobre mis derechos y libertades, pero allí está su mirada de tres colores, su bellissimo y triste rostro un tanto crispado queriendo sonreír, sus gafas de sol colgando de su mano izquierda y su mano derecha aún en el camino de vuelta de mi hombro. Sé que mi corazón deja de latir.

—¿Quieres pasear conmigo por la playa?

Sus ojos pausados de aguas quietas ya con la luz mortecina, casi inexistente,

de aquella ilusión. Aquel remolino de planes y quererres ya no gira, ahora su mirada me transmite una tranquilidad, una aceptación que se sabe resignación. No le respondo, solo me sitúo a su lado y comenzamos a andar en silencio, despacio, para que nuestros pies se acostumbren a caminar juntos de nuevo. Llegamos hasta la mesa donde ha dejado el libro. Lo toma e introduce el marca páginas para no perderse. Me da tiempo a ver que va por *La isla a mediodía*. Lo guarda en su inmensa bolsa de mimbre y seguimos andando hacia la orilla. El horizonte se nos hace inmenso y sus dedos rozan los míos para asegurarse de que sigo caminando a su lado. La miro de reojo, pero se ha vuelto a poner las gafas y ya no puedo saber si su mirada sigue siendo la del mar. En la orilla nos quitamos las sandalias para que el agua nos pellizque y sea cierto que estamos allí. Le quito muy despacio las gafas para que su mirada no me haga daño, la beso con mucha timidez, con mucho cuidado de no saltarme ningún paso, y ella responde con su lengua que anda a gatas, a tientos, dejando la puerta abierta por si tiene que salir corriendo. Nos abrazamos como entonces, distraídos el uno en el otro más allá del mar. Estamos un gran rato así parados, como en una vieja fotografía, las débiles quejas de las olas nos buscan, pero se ahogan en la arena antes de llegarnos.

—Te fuiste sin decir nada.

Sé que no es un reproche, ni mucho menos una culpa. Sé que es su forma de decirme que un nuevo día ha llegado como si no hubieran pasado más días.

—Te he visto cada vez, te he pensado cada vez —se lo digo bajito, para el cuello de mi camisa, como alguna vez me decía ella que hablaba. Ella me mira ahora como si yo fuera su horizonte. Me sonrío.

—Eres la única persona que no me ha abandonado nunca.

Vamos andando por la orilla, entrelazados y sujetando las sandalias en las manos libres. La huelo bajo el lóbulo de la oreja. Su olor inconfundible sigue allí. Cuando llegamos al puerto ya no sé cuál es el siguiente paso, pero ella se detiene para ponerse el calzado, yo hago lo mismo, y luego me coge de la mano y tira de mí. Mucho antes de llegar ya sé que vamos a su casa. Al subir las

escaleras me pone un dedo en los labios para que no haga ruido; la vecina, susurra, y gira un dedo sobre su sien; abre con mucho cuidado y sin soltarme la mano me lleva hasta una habitación llena de cuadros y de olor a trementina apenas disimulado por la brisa del puerto que entra por la ventana abierta. Paseo la mirada por los cuadros. No me recuerdan en nada a los que pintaba cuando estudiaba. Son paisajes extraños, perturbadores, me hacen sentir inquieto, como si escondieran un mal. Sara lía un puro con la misma exquisita habilidad con que lo hacía entonces, me lo pone en los labios y me da fuego sin dejar de mirarme a los ojos. Su mirada es tan increíble como siempre, podría amar cualquier cosa que miraran esos ojos. Baja la persiana a media altura y la habitación se queda en una penumbra cálida que nos sombrea los rostros. Mientras le doy unas caladas al porro, se agacha frente a mí y me desabrocha los vaqueros, los hace caer hasta las rodillas y saca mi pene de los calzoncillos; le da un pequeño beso de bienvenida, como si acabara de encontrarse con un primo lejano. Como tantas veces hacía, lo agarra con una mano y me arrastra hasta la cama. Termina de desnudarme y luego se tiende para que la desnude yo. Cuando le saco la falda por los pies me doy cuenta de que tiene la parte interior de los muslos llena de pequeñas heridas cicatrizadas. Beso cada una de ellas como si estuviera tomando la primera comunión, despacio, húmedo, creyendo en cada segundo de su ser. Subo hasta sus bragas y las voy deslizando hasta dejar al descubierto aquel coño que me enseñó el sentido de sus palabras, aquel clítoris discreto que apenas se deja ver hasta que lo notas contraerse y exudar alegría. La desnudo por completo y voy recorriendo el mapa de sus heridas. Siento una rabia que me revienta por dentro, porque ya no sé distinguir las heridas que yo le hice de las que le han hecho los demás.

Ella se deja mirar. Ninguno de los dos comenta nada. Lo sabemos. Me subo a horcajadas sobre su vientre, beso su frente, sus sienes, sus orejas, voy sintiendo cada paso que recorriamos entonces, cada pensamiento, cada espera. Su mano roza mi estómago, llega hasta los testículos y los acaricia. Ese viejo contacto es como una nostalgia más. Me pregunta; ¿recuerdas nuestro follopoema?; yo no contesto, aunque lo recuerdo como si lo estuviera leyendo. Me agarra de ambas orejas y lleva mi boca hasta la suya, me pide un calipo y saco la lengua para que la chupe en su boca. Ambos reímos nuestras chiquilladas de entonces. Llevamos años imaginándonos, pero creo que ninguno de los dos pensamos nunca que las volveríamos a repetir. Me acaricia hasta ponérmela dura y la guía con su mano hasta introducírsela. Mientras la siente dentro aleja mi cara de la suya para poder verme bien. Ríe con aquella alegría de los primeros tiempos; ¿te acuerdas o no?;

me vuelve a preguntar mientras sus ojos se vuelven golosos y el primer gemido se le escapa. Cruza las piernas sobre mi espalda y mi penetración se hace más profunda, más violenta. Mis testículos golpean sus glúteos en cada empujón, hacen un ruido como de palmada y sudor. Mis dos manos agarran su culo con fuerza y lo levantan para que solo apoye en la cama el cuello y la cabeza, mis dedos se llenan de flujo y no encuentran ninguna resistencia en su ano; ¿te acuerdas o no?; es difícil entenderla ya, su voz se quiebra vencida por los gemidos, pero yo recuerdo, yo sé, y recupero un poco de aliento para pronunciar con dificultad.

—Vendrá la muerte y tendrá tu rostro.

Y Sara va a decirme algo, pero es como si sus palabras intentaran flotar en una marejada. Ríe, ríe como una niña, ríe todo lo que no ríe nunca y nos quedamos quietos para el segundo verso de su voz cansada.

—Esta muerte que nos acompaña.

Me pellizca el brazo y yo recuerdo que eso quiere decir; méteme caña, méteme caña; y continúo más fuerte, más rápido, para que nuestros cuerpos choquen con ese ruido que es ya un chapoteo, para que vayan rimando hasta el final. Me detengo lo suficiente para decir el tercer verso y luego ella el cuarto y, así, todo el poema. Tan imposible olvidar su cuerpo, sus gemidos, tan imposible olvidar los versos de aquel poema, de aquel juego. Me corro sin contemplaciones dentro de ella. A ninguno de los dos nos importa nada más que estar allí. Sigo empujando hasta que ella aprieta sus piernas convulsas contra mi tronco. Creo que esta vez no ha fingido. Nos quedamos exhaustos el uno sobre el otro, sus piernas aún en el abrazo, su mirada azul se ha hecho oscura. Me acaricia el pelo, la mejilla; ¿me quiere?; no lo sé.

—El poema no es así. Te has equivocado. Es tus ojos, no tu rostro —me corrige con una sonrisa benevolente, me agarra las mejillas y mueve mi cabeza como un péndulo al ritmo de sus palabras.

—¿Cómo que no es así? Es imposible que me haya equivocado, yo siempre he dicho tu rostro. —Sigue moviéndome la cabeza mientras me derrama aquella mirada limpia que eché a perder. Se desenmaraña de mí y desaparece corriendo de la habitación. Al momento regresa con un viejo volumen que enseguida reconozco. Es el *Trabajar cansa* editado por la Editorial Lautaro en 1961, el mismo ejemplar que destripamos los dos noche sí y noche también hasta que elegimos nuestro follopoema universal. Se sitúa de pie junto a la ventana y comienza a recitar:

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos  
esta muerte que nos acompaña  
de la mañana a la noche, insomne,  
sorda, como un viejo remordimiento  
o un vicio absurdo. Tus ojos  
serán una vana palabra,  
un grito callado, un silencio. Así los ves cada mañana  
cuando sobre ti sola te inclinas  
en el espejo. Oh esperanza querida,  
ese día sabremos también nosotros  
que eres la vida y eres la nada.

Para todos tiene la muerte una mirada.  
Vendrá la muerte y tendrá tus ojos.  
Será como dejar un vicio,  
como ver en el espejo  
resurgir un rostro muerto,  
como escuchar unos labios cerrados.  
Descenderemos al abismo mudos.

—Me he pasado la vida recitando el poema equivocado —solo puedo decir a modo de excusa, sin atreverme a confesarle que también siempre me equivoqué de mar.

No te puedes imaginar cómo se puede llegar a encoger el alma de escucharla con su voz dulce y quebrada. Está desnuda frente a la ventana y el contraluz la enmarca como si aún fuera un recuerdo. La persiana deja filtrarse la luz y recuerdo cuando me hablaba de su infancia, de sus miedos, de sus ansias. Ya no sé qué queda de todo aquello, ya no sé qué queda de ella. Hay algo en el ambiente que me hace pensar en el cuadro. Me dice que lo tiene guardado. Le pregunto si ha hablado con él y parece no entender; ¿con Alcides?; y los dos sabemos. Baja la persiana hasta que solo queda una pequeña rendija de luz y viene a tumbarse junto a mí. Deja que sus dedos me recorran distraídos y me cuenta muy despacio, muy bajo, que ella nunca folló con Alcides, que desde aquel día que nos invitó a su casa ella siguió yendo a escondidas, pero que nunca folló con él, que solo escuchaba sus historias porque aquellas historias le daban el aire que necesitaba para respirar, para poder aguantar. Me cuenta lo que yo ya sé, que algo pasó con el cuadro, con el duende, con Alcides, que es difícil de entender, pero que no soporta ya que nadie le diga lo que es real o no, porque yo era real y me convertí en un espíritu, en una tortura cada día en su cabeza; porque cada una de las personas con las que anheló alguna seguridad, algún cobijo, terminó destrozándola más y más, abandonándola de la peor forma que puede haber. Con el pensamiento. Y me dice que la voz de Alcides estuvo con ella mucho antes, pero que cuando lo vio aquella primera vez en el barrio chino comprendió que no podía sentir miedo de él, de sus historias, porque construían la única realidad que nunca la abandonaría. Toca mi cara, me clava la uña, y sigue hablándome de Alcides, su amigo invisible hecho visible, su protector, su narrador de cabos sueltos, de finales sin fin, de muertes sin dolor. Me cuenta que cuando yo la dejé Alcides fue la única persona que la acogió, que la cuidó, en su casa. Él, Remedios y sus chicas estuvieron pendientes de ella hasta que se recuperó un poco de aquel silencio. Parece que me lee el pensamiento y me asegura que Alcides no obligaba a las chicas a prostituirse, lo hacían porque querían, y también me dice que ella no se prostituyó entonces, pero luego sí porque era la única forma de que el dolor de fuera le tapara el dolor de dentro. Me cuenta que las historias de Alcides son mágicas y yo le pregunto; ¿son?; y ella me explica que un día Alcides le dijo que tenía que marcharse y se fue. Solo lo acompañó Violeta; las otras chicas —iban y venían, nunca eran las mismas— y ella se quedaron con Remedios. Pero sin la magia de Alcides todo lo que

pasaba en aquella casa se convertía en sórdido, y al poco Sara también se fue de allí sin saber que lo sórdido puede no tener límite. Buscó trabajo pero todo lo que encontró la llevó a algún tío restregándole la polla y queriéndose aprovechar a cambio de un salario ridículo. Vendió productos cosméticos, fue azafata de congresos y de supermercados, modelo de ojos, modelo de calendarios, se dejó sobar por la esperanza de un pico, se dejó convencer de que al día siguiente todo iría mejor. Pero todo fue a peor y durmió en la calle con abuelos borrachos para no pasar frío, para no pensarse más, hasta que su único pensamiento fue el siguiente chute. Durante años su vida fue un ir de aquí allá, de ciudad en ciudad, buscando sitios donde aún poder engañar a la gente unos días. En todo aquel tiempo solo tuvo dos amigos, Alcides y yo. Dos amigos invisibles. La única clase de compañía que soy capaz de conservar; me recalca.

Me cuenta que en Ibiza conoció a un tío que se hizo amigo de carne y hueso. Carlos; me lo presenta; es la única persona que ha estado a mi lado sin querer nunca nada a cambio. Pero a mí algo me pasa, algo se me ha hecho malo dentro, porque al final siempre le hago daño a quien quiere quererme bien; siempre pagan justos por pecadores, me dice mientras asiente con la cabeza para sí misma. Sigue con su inventario de derrumbes y sobrevivencias. Me dice que aprendió a amar el sol, a tumbarse desnuda en la playa y dejar que el sol le diera la vuelta, a cerrar los ojos y verlo todo naranja, a escuchar las historias de Alcides, su voz en off guiándola por aquella inmundicia de vida para que aprendiera a soñar despierta, a verme a mí como si por fin hubiera terminado mi retrato. Aprendió a flotar bajo el sol y un día pensó en volver, en pedir ayuda a su familia, en rendirse e intentar ser lo que no era. Pero aquí todas las puertas estaban cerradas. Solo su tío abuelo le tendió la mano y la acogió. Todo cambió. Vinieron unos tiempos diferentes, tranquilos, en los que se sorprendía alegre planeando visitas a algún museo, a espectáculos o a cualquier evento cultural. Don Salvador se preocupó por ella, la cuidó como a una hija, le dio toda la comprensión que nunca había tenido; y ahora no dice nada, pero yo sé que me está señalando. Hasta que un día notó una mirada demasiado pegada, una mano dos segundos más, dos centímetros más, de lo que esperaba. Se sentía tan en deuda con él. Pero lo que empezó siendo un regalo poco a poco fue una obligación. Una más. El cariño y la gratitud se fueron convirtiendo en asco de sí misma y del viejo. Todo lo bueno volvió a ser malo y llamó a su amigo Carlos para que la rescatara una vez más. Luego vinieron más tumbos, más caídas, más años y derrotas, más dejarse ir. Acabó en Ámsterdam, colocada las veinticuatro horas, con ganas de morir en un olvido. Un día otra mano rozó su frente y

Alcides le dijo que la siguiera. Se trataba de un hombre muy rico, un mecenas del arte, un tipo maduro y apuesto que la cobijó; otra vez alguien me volvía a rescatar para hundirme después, me dice con un escepticismo que no deja un milímetro a la pena.

—Van Loos. Te he visto con él. También en el club —le suelto a bocajarro. Ella sonríe con cierta suficiencia.

—Yo te he visto a ti cada vez que estabas detrás de mí. Desde el primer día. Te sent  mirarme en el club y me corr  para ti.

—Y esas marcas son tuyas. —Señalo sin necesidad las heridas cicatrizadas de sus muslos.

—En eso nada ha cambiado. Solo atraigo a tipos que necesitan provocarme dolor, tú lo sabes. —Y a mí me duele saberlo y que ella lo sepa, y que toda la belleza siempre se rasgue con un golpe.

Se abraza a mi cuello muy fuerte y seguimos hablando durante horas. Nos reímos de los pequeños recuerdos e intentamos pasar de largo por los grandes. Nos hacemos cosquillas y follamos y recitamos otra vez algún follopoema. Estamos bien sin pensar, solo sentirnos la piel y el sudor mientras anochece. Se levanta y al rato viene con dos bocatas de jamón y queso, una botella de vino blanco y un bol lleno de aceitunas rellenas. Es como si tuviéramos veinte años. El amanecer nos pilla invent ndonos historias y muri ndonos de risa. Sara se agarra la barriga y eleva las piernas flexionadas, yo le paso el dedo por el sexo para que no pueda parar de reír. A mitad mañana me pide que me vaya y nos duchamos juntos. Hemos hablado tanto durante horas y horas que ahora nos encontramos bien mirándonos, acarici ndonos, esper ndonos. Me lleva a la terraza de la cocina y me enseña el camino para entrar y salir por la finca contigua. Me explica que est  deshabitada y que ella utiliza ese camino cuando no quiere que la vea su vecina, que es muy amable y la quiere mucho, pero es una cotilla peligrosa. Ríe y me besa y quedamos para el d a siguiente, y así cada día se nos vuelve a juntar para que lo vivamos como entonces, para que lo olvidemos juntos. Una noche pasa junto a mi puesto de bocatas. Lleva cogido a

Van Loos de la mano y yo sé que lo hace por mí. Me mira y me saca la lengua sin que él se dé cuenta. A mí se me pone dura. Volvemos a leer juntos, yo le pido que no haga planes, pero me dice que dentro de poco nos iremos los dos, muy lejos. Le pregunto; ¿a dónde?; y me dice que a una isla griega; a la isla al mediodía; adivino. Se incorpora en la cama y me mira a los ojos con cada una de sus tres miradas. No fuiste a Praga, me dice como si me estuviera tomando la temperatura. No me deja lugar a ninguna excusa, solo sigo mirando aquellos ojos imposibles que parecen querer inundarme. ¿Y tú?; le pregunto rezando para que me diga que no. No responde. Solo sonrío y se levanta de la cama para buscar algo en el armario. Regresa con la fusta de Van Loos en la mano. Me la da para que la golpee».

«Y un trocito de mi corason no has encontrado por ahí la vera tuya?»

Hacía ya tiempo que le había llegado el último capítulo de *Alicia en el País de las Maravillas*. Gonzalo echaba de menos la visita de cada mañana del mensajero portando el sobre con la letra uniforme y alegre de Julia. Le resultaba extraño pensar que aquello que un día fue sorpresa y regalo luego se convirtió en espera y regla, o más tarde en necesidad y cierta decepción. Esperar, querer, necesitar. Verbos fundamentales de la putísima trinidad del arte de amargarse la vida; hubiera apostillado Julia muerta de risa, y de pena, de verlo sin avanzar, sin aprender a disfrutar sin más de lo que se ponía delante de sus narices. Casi cada día la veía. Quedaban en el techao de los besos y seguían entre besos la conversación del día anterior que durante las horas sin verse se había enriquecido hasta convertirse en una conversación nueva. Comían juntos, paseaban por la ciudad para que ella le contara libretos de ópera o le cantara al oído, en un inglés que a él le parecía perfecto, *Singing' in the rain* o, con una entonación amorosa y canalla, cualquier cuplé de Concha Piquer, poniendo tanta alma en la interpretación que a Gonzalo se le caían las lágrimas de risa y de amor. Julia ya tenía su cepillo de dientes, sus mudas y su bolsa de aseo en el piso de Gonzalo. El antiguo cajón relicario con los restos de su matrimonio había sido ocupado por las nuevas ilusiones a adorar. Todo era tan bueno que a Gonzalo le daba pánico pensar en perderlo. Algo le decía que si no conseguía pronto ponerle nombre a su relación se diluiría, pero en algún momento de clarividencia comprendía que el ponerle nombre a todo era lo que reducía la vida a su mera repetición.

Aquella noche había quedado con Julia a última hora. Antes ella iba a cenar con Francis, su ayudante en Artemisia. En las dos o tres veces que había visto a aquella mujer con pinta de macarra de barrio le había sido imposible entablar la mínima simpatía. Por más que se había esforzado en ser amable y educado había encontrado un rechazo frontal por parte de la chica. Cuando llegó al pub donde habían quedado se sintió un tanto desubicado. No se le había ocurrido pensar que el hecho de que se llamara Venial ya podía indicar que se trataba de un club de ambiente. Saludó a Francis con un beso en la mejilla y en lugar de los labios de Julia también encontró mejilla. Algo iba mal, pensó aturdido y con ganas de

desaparecer. Francis estaba entre lánguida y satisfecha, su mano en el hombro de Julia, los ojos salpicando alcohol, y una sonrisa que a Gonzalo se le clavó en el plexo solar.

—Si te entra algún tío y no quieres rollo dile que vas conmigo —le aconsejó Francis en un tono protector que dejaba muy a las claras que aquel era su territorio y Gonzalo un palurdo indefenso fuera de lugar.

Gonzalo asintió en silencio mientras se pedía el primer *whisky*. Presentía que aquella noche iba a ser horrible. Miró a Julia que a su vez lo miraba divertida sin parecer importarle que los dedos de Francis jugaran por su cuello. Supo que aquella noche se jugaba desde cero aquella maravilla de mujer. También supo que cada día sería así. Una fuerza interior imposible tres minutos antes le surgió de algún lugar. Se acercó a la boca de Julia y la besó como la primera vez. Después solo dijo; hola; y Julia sonrió con los ojos. Supo que había ganado. Por una vez en su puta vida había ganado. A partir de entonces ya la mano de Francis sobraba y Julia se dejaba volver a seducir por Gonzalo que de pronto estaba radiante e ingenioso, hablando a Francis con la falsa y fácil cortesía del vencedor mientras la chica empezaba una carrera de copas que acabó en mareo y vómitos en el baño. La llevaron a casa en el coche de Julia y ya de vuelta Gonzalo no pudo evitar la mordacidad.

—Me dijiste que tenías un hombre, no una mujer. —Julia siguió conduciendo sin contestar. Gonzalo la miró. Su rostro había adquirido una seriedad inhabitual en ella. Los labios se fruncían en un beso vacío, sin camino. Su mirada atenta a la conducción se había quedado sin chispas, sin nubes. Al fin habló.

—Yo no tengo obligación de decirte nada. Estoy contigo cuando quiero y como quiero. Te cuento lo que quiero y como quiero. No te pido otra cosa a ti, así que tú decides lo que quieres de mí y yo si te lo puedo dar o no —su tono era tranquilo, muy concentrado, dolido, como si hubiera sido víctima de un abuso, de una injusticia. Una minúscula gota de agua se descolgó de su párpado inferior, una lágrima infinitesimal. Gonzalo no contestó porque no sabía la respuesta.

Julia aparcó el coche frente a la finca de Gonzalo. Ambos entraron en el ascensor en silencio. El trayecto se hizo infinito. Mientras Julia se cambiaba de ropa Gonzalo preparó dos gin-tonics y puso música. Esta vez no se atrevió con Vinicius. Julia apareció con el salto de cama de ganchillo que utilizaba allí. Sus pezones aparecían entre el tejido, pequeños y oscuros. Se había puesto uno de los tangas con abertura delantera que le había regalado Gonzalo después de muchos intentos frustrados de vencer la timidez y entrar en la tienda de lencería. Se aproximó a él y le abrazó hasta que terminó la canción, fuera la que fuera. No volvieron a hablar del tema hasta después de follar un par de veces. Julia apoyaba la cabeza en su pecho y jugaba a peinarle el vello púbico con los dedos. Empezó a hablar así como hablaba ella, como si contara una vieja leyenda o estuviera leyendo galeradas a un escritor.

—Yo quiero a mis amigos, Gonzalo. Para mí la felicidad es que ellos estén bien, que todos estemos bien. Yo no soy lesbiana, no me ponen las mujeres, pero Francis es mi amiga y yo quiero que ella esté bien, igual que quiero que tú estés bien, porque quiero que seas mi amigo, ¿lo comprendes? No me pidas que sea tuya, porque yo solo soy de un hombre y no eres tú. No me pidas que sea tu novia, ni tu amor, ni tu vida, ni nada por el estilo. Pídeme solo que sea yo, que te dé lo que yo te pueda dar, no me pidas más, por favor, porque aunque no te lo quieras creer si no te lo puedo dar me hace daño por dentro. ¿Entiendes?

—¿Ves por qué no quería tu teléfono? —fue capaz de bromear Gonzalo mientras el dolor le impedía respirar. En un momento se había quedado otra vez sin la ilusión. Ahora solo cabía esperar a que ella se fuera. No iba a tener más de lo que ya tenía.

Julia sacó de nuevo la mejor de sus sonrisas y se aupó a la boca de Gonzalo, le hizo carantoñas un montón de rato y jugaron a los insultos con cariño y a escribirse sus nombres con saliva. Luego volvieron a follar un poco tristes y Julia se quedó dormida, roncando, enseguida. Gonzalo se puso las gafas para verla dormir.

El vuelo proveniente de Schiphol aterrizó con veinte minutos de retraso.

Sánchez se dirigió hacia la sala vip para esperar a los visitantes. Aunque hablaban a menudo por teléfono por cuestiones de negocios, no había visto a su jefe y socio desde la muerte de Sara. Recordaba su voz ronca, al borde del llanto, cuando le dio la noticia por teléfono. Pero aquello no duró ni un minuto, enseguida se sobrepuso para recuperar la voz firme y educada, segura de sí misma, de siempre. No quiso saber detalles. Le cortó al primero y empezó a darle instrucciones. Cortas y claras, todo lo que debía hacer. Ahora era el momento de mirarlo a la cara e intentar saber si había elegido el bando acertado, si aquel hombre sin alma era capaz de eximirle de sus pecados. Un saludo frío y distante supondría el fin. El abrazo habitual y el cariñoso tironcillo de oreja sería una gran noticia. O al revés.

Ruus van Loos apareció sonriente tras la puerta automática. Aquel hombre, cercano ya a los sesenta, conservaba un atractivo maduro, indiferente a las miradas de las mujeres y hombres que se cruzaban con él, curiosas al principio, atraídas enseguida por el indefinible halo de distinción que proyectaba a su alrededor. Tras él, llevando los carritos de las maletas, aparecieron los otros dos holandeses. Bram Gosselt y Karel Jansenn.

Fue abrazo, pero no tirón de orejas. Sánchez se quedó sin tener claro qué pensar. Los otros dos también lo saludaron con cierta simpatía y metieron las maletas en la parte de atrás del monovolumen. Van Loos se sentó delante junto a Sánchez y antes de poder decir nada sonó la primera llamada. No pudo cruzar palabra con él en todo el recorrido. Los de atrás hablaban en neerlandés entre ellos y Van Loos encadenaba una llamada con otra, unas veces también en su idioma, otras en inglés, otras en español. Una de las llamadas era del mismísimo alcalde. Van Loos le dictó a Karel el lugar y la hora de la cena que iban a tener al día siguiente, este grabó la cita en su agenda electrónica. Llegaron al hotel y Van Loos le indicó a sus compañeros que se adelantaran. Cuando se quedaron solos en el coche puso la mano sobre el muslo de Sánchez.

—Cuéntame.

—Están buscando el cuadro aún. En el momento en que aparezca lo sabremos. —Sánchez se sintió tranquilo. Una vez más aquel hombre daba muestras de un pragmatismo a prueba de cualquier sentimiento de decepción,

rabia o venganza. Tenía un problema que solucionar y lo único que le importaba era resolverlo de la manera más eficiente posible. Que ese problema lo hubieran creado Sara y él mismo no importaba. Por lo menos hasta que se solucionara; pensó ya no tan tranquilo Sánchez.

—¿Cómo va la cosa con el policía?

—Bien, bien, está convencido de que estoy con él, pero voy a necesitar algo de carnaza.

—De acuerdo, sigue con eso. Luego te enviaré unos documentos fotografiados. Pásaselos. Llama al padre de Sara y cítalos para mañana a las doce aquí en el hotel. Que venga solo.

Van Loos apretó el muslo de Sánchez en señal de aprobación y salió del coche. Antes de entrar en el hotel se detuvo ante un puesto de flores. Sus dos acompañantes lo esperaban en el lobby para subir a las habitaciones que siempre ocupaban en aquel hotel. Van Loos quedó con ellos en el restaurante para la comida y se dispuso a hacer sus cuarenta y cinco minutos diarios de ejercicio en el mini gimnasio del que estaba provista su suite. Pero antes de eso llamó a Julia.

—Hola, bombón, ya estoy aquí.

—Hola jefe, guapetón, ¿has tenido buen vuelo?

—Sí, muy confortable.

—¿Cuándo nos vemos?

—Tiene que ser esta tarde. Mañana lo tengo todo lleno.

—¿Voy al hotel o te has traído a tus chicos? —Julia terminó la frase con un cierto desencanto adelantado.

—No, al hotel no. Quedamos en la terraza del club náutico, a las diecinueve horas. Tráete al periodista y déjanos a solas un rato.

—¿Y luego?

—Luego tú decides, yo estoy libre.

—De acuerdo jefe, lo que usted ordene —la voz de Julia quería sonar a chanza, pero esta vez no lo consiguió.

—¿Cualquier cosa que yo ordene? —a Van Loos sí le salió bien el requiebro.

—Por supuesto, amo, siempre que entre en convenio. Allí nos vemos esta tarde. —Julia colgó sin dar tiempo a la despedida de su jefe.

Van Loos llevaba cerca de diez minutos esperando en su mesa cuando vio aparecer a Julia por el pantalán que llevaba hasta la plataforma flotante donde se situaba la terraza. No podía evitar pensar en la Siddal de Rossetti cada vez que miraba a Julia. En apariencia era absurda aquella identificación. No había nada más alejado de la languidez de láudano de la *Beata Beatrix* que aquella mujer desbordante de vida y cariño por vivir. Pero él era de las pocas personas que conocía a aquella criatura, quizá la única que la había visto temblar. En su cartera siempre llevaba aquella fotografía que le sacó en Ámsterdam. En ella vestía un ligero suéter rojo y una americana azul. Estaba sentada en un banco y encuadrada en un plano medio con un ángulo de unos treinta grados. Su rostro se giraba en ligero escorzo hacia el objetivo y su sonrisa apenas se aguantaba antes de ser risa, se quedaba jugando a aceptar siempre lo malo como parte de lo bueno, embarcada en aquellos labios que se fruncían para dar. Van Loos podía recordar su negra melena corta con su raya ladeada y un mechón díscolo saliéndose de la fila y yendo a dejarse caer cerca de sus ojos caramelo brillando

por el sol del atardecer tras la cámara. Nadie en el mundo sabía que llevaba aquella fotografía a todas partes. Ni ella. Ahora se acercaba y su risa se le adelantaba como parte del abrazo que estaba a punto de darle. Junto a ella caminaba un tipo alto y un tanto cilíndrico. A sus ojos de deportista no se les escapó que aquel hombre no había practicado deporte en la vida. Las gafas de pasta y la americana que llevaba encasquetada en pleno agosto le daban una apariencia un tanto encorsetada y rígida. Van Loos sintió curiosidad por aquel hombre al que Julia transportaba agarrada a su brazo como si estuviera en plena sesión de adiestramiento de algún pesado mamífero marino.

Primero fue el abrazo; ¡mi amo-or!; dos sonoros besos y risas con un poco de silencio para preguntarse a los ojos sin palabras. Luego el brazo de Julia por el hombro de Gonzalo para que no se sintiera desplazado y; este es mi jefe, este es Gonzalo, el periodista de quien te hablé; el apretón de manos sincero, la invitación a sentarse y las palabras corteses de casi todas las presentaciones. Van Loos les preguntó qué querían tomar al tiempo que hacía una seña al camarero. Julia respondió que por el momento nada, que iba a aprovechar para acercarse a la imprenta a ver las pruebas de los dípticos para la retrospectiva de Sara. Van Loos se interesó por cómo iba el proyecto y Gonzalo se sintió un poco perdido mientras pedía un *whisky* y se intentaba acostumbrar a la idea de quedarse frente a aquel desconocido que parecía ser capaz de dominar cualquier situación con una sonrisa atenta y distante a la vez. Julia se alzó para irse y los dos hombres hicieron lo mismo para despedirla. Los besó en la mejilla y Gonzalo tuvo la sensación de que el beso de cortesía había sido para él. El desgarró de sentirse un extraño ante la cercanía de jefe y empleada lo volvió a acompañar.

Van Loos y Gonzalo se quedaron de pie en silencio viendo alejarse a Julia por el pantalán. El camarero sirvió el *whisky* y un nuevo café para Van Loos. La tarde ensayaba sus primeros pasos en la hora mágica y el acogedor murmullo de la brisa y el mar acompañaba las siluetas ondulantes de dos catamaranes que se acercaban al puerto. La música *chill out* y el molesto sobresalto de alguna moto acuática rompían cualquier posibilidad de ensoñación. Otra vez sentados, Van Loos se quedó mirando en la dirección por donde se había marchado Julia. Cuando comenzó a hablar Gonzalo supo que se refería a ella.

—Es una chica increíble. No por lo que se ve, que también, sino por lo que

es capaz de darle a los que la rodean. —Van Loos miró ahora con simpatía a Gonzalo—. Aunque de eso estoy seguro que ya te has dado cuenta, Gonzalo... —pareció dudar un segundo y se disculpó con una sinceridad no forzada— Perdonas, te estoy tuteando sin permiso —ahora rio para certificar la disculpa—, ¿te molesta que lo hagamos, que nos tuteemos?

—No, claro, por supuesto que no. Creo que es más cómodo así. —Gonzalo se quitó la chaqueta como si la comodidad del tuteo también facilitara la de la indumentaria. Van Loos se lo agradeció y continuó hablando.

—Nada más conocerla me cautivó. ¡Qué inteligencia de persona! —Van Loos acompañó la exclamación con ambas manos abrazando el cielo. Hablaba un castellano perfecto, con un vocabulario extenso, quizá obtenido más de sus lecturas que de sus conversaciones. Su ritmo era pausado y el especial acento que convertía todas las palabras de tres sílabas en esdrújulas y cerraba aes y oes hasta casi confundirlas, le daba un atractivo añadido al de su físico—. Nuestra fundación en París la becó para doctorarse con nosotros. Su tesis fue sobre la influencia que tuvo el historiador Roberto Longhi en el redescubrimiento de Artemisia Gentileschi a raíz de un artículo suyo publicado a principios del siglo XX. Hizo un trabajo magistral, indagó desde lo particular de aquel hecho concreto a lo general de cómo son las instituciones académicas y sus intereses las que han ido marcando y construyendo el camino de lo que llamamos arte y de cómo esas instituciones han ido perdiendo protagonismo en favor de lo que ahora llamamos mercado del arte. Era un trabajo muy valiente y muy genuino. Yo me encargué de entregar los títulos a los doctorandos de aquel año. Por supuesto que lo primero que me atrajo fue su desenvoltura, su simpatía, su forma de abrazar con una sola mirada, pero en cuanto me pasaron su expediente me di cuenta de que aquella muchacha tenía un potencial tremendo. No fue fácil, pero al final logré convencerla de que entrara a trabajar con nosotros. Desde entonces no ha habido un solo día en el que no me haya sentido orgulloso de ella. Ha conseguido introducir una galería local como Artemisia en los círculos internacionales, pero antes de eso realizó un trabajo sobresaliente en la fundación. A mí me hubiera gustado que siguiera conmigo en París o en Ámsterdam, pero ella quería volver aquí, no le gusta nada el mundo de la alta costura del arte, que llama. ¿Cómo dice ella? —Van Loos se llevó un dedo entre las dos cejas para intentar recordar—. Sí, ella dice: «No quiero farándulas ni oropeles» —rio encantado—. Así que monté la galería para que la llevara. Sé

que se está desperdiciando aquí, porque ella aportaría mucho más en la fundación, pero para mí lo más importante es que se sienta a gusto, que esté donde quiera estar. —Gonzalo se sintió mezquino al comprobar que cada palabra de aquel hombre se interponía entre Julia y él.

—La verdad es que la conozco poco —intentó aparentar neutralidad—, pero salta a la vista que es una mujer especial. —Van Loos levantó ambas cejas con una fingida sorpresa que al momento mudó en ironía.

—Pues, amigo, te aconsejo que la conozcas lo más que puedas. Pocas veces tendrás una oportunidad igual —la esmerada cortesía de Van Loos impidió a Gonzalo estar seguro de si en el consejo iba implícita la burla—, pero creo que tú tenías interés en verme para hablar de Sara, ¿no es así?

—Sí, sí, en efecto. No sé si Julia te habrá contado...

—Julia me lo cuenta todo. —Otra vez la sonrisa entre cortés e indiferente, otra vez la rabia de Gonzalo acelerándole el pulso.

—Pues eso, me interesaría que me hablaras de ella, de su vida cerca de ti.

Van Loos encendió un cigarrillo y le ofreció otro a Gonzalo que aceptó. De la nada apareció un camarero para darles fuego y el empresario aprovechó para pedir otro café y otro *whisky*. Luego se quedó pensativo unos momentos y empezó a contarle la historia de Sara. Los grandes rasgos Gonzalo los conocía ya, pero una vez más las diferencias de percepción entre las personas que le hablaban de aquella mujer construían en su mente diferentes Saras inacabadas, imposibles de completar las unas con las otras. Le contó el deplorable estado en que la conoció, tirada en las calles de Ámsterdam, dejando que la chusma —empleó esta palabra con su acento neerlandés repleto de desprecio— abusara de ella para castigarse a sí misma, para descender un peldaño más a los infiernos.

—¿Por qué crees que se autocastigaba?

—No lo sé muy bien, Gonzalo, son solo pensamientos míos. Sara lo había tenido todo para llevar una vida diferente. Era de muy buena familia, lo había recibido todo desde pequeña. Había sido educada en los mejores colegios. Tenía todo el futuro del mundo como artista. ¿Qué falló? Hay cosas que no podemos controlar porque vienen de fuera, pero las peores son las que nos vienen de dentro, las que nos crecen y se apoderan de nosotros.

—Julia me contó que tuvo una época muy buena cuando comenzó a pintar para Artemisia.

—Sí. Parecía otra persona. Bueno, diría más bien que por fin parecía la Sara verdadera, no la otra fantasmal que se había apoderado de ella. Pero la cosa duró poco porque otra vez volvió a las andadas. El problema, yo creo, fue que ella se sentía traicionada por la gente a la que quería.

—¿Piensas que había razones para que se sintiera así?

—Sí, pienso que sí. Nosotros le fallábamos, siempre, todo aquello en lo que necesitaba confiar le fallaba. Tras cada decepción alguien venía y de alguna manera le tendía la mano para luego volverla a dejar caer. No te voy a hablar de cuestiones personales, pero yo creo que era así.

—¿En qué la traicionaste tú? —Gonzalo se esforzaba en hablar con la misma amabilidad que lo hacía Van Loos, pero tras las buenas maneras subyacía una tensión que poco tenía que ver con lo que estaban hablando.

—Sara era creatividad pura. A ella no le interesaban los cuadros, ni siquiera pintarlos. Le interesaba la idea del cuadro, el camino que iba desde su cabeza al lienzo. Todo lo demás le sobraba. Yo la traicioné porque no quise tener en cuenta esto. Preferí que ella triunfara según lo que yo entiendo que es el éxito, que pintara los cuadros que la iban a llevar a mi éxito. Pero ella solo podía pintar lo que le surgía de dentro. Nada más.

—¿Y por eso empezó a pintar el mismo cuadro una y otra vez? —Van Loos volvió a levantar ambas cejas, ahora en un gesto de completa sorpresa, sin una pizca de ironía.

—¿Eso también te lo ha contado Julia? —Gonzalo guardó silencio y Van Loos continuó sin disimular un cierto hastío—. Sí, yo creo que fue su forma de enfrentarse a todos, incluida ella misma.

—Pero parece ser que esos cuadros también han sido vendidos a diferentes empresas. —Ahora el rostro de Van Loos perdió por un momento su afabilidad y un punto de dureza asomó en sus iris grisáceos.

—Mira, Gonzalo, he accedido a esta entrevista contigo porque Julia me lo pidió. Desde el primer momento sabía que el tema de la charla no iba a ser Sara. En realidad hemos estado hablando de Julia. Ahora tengo claro de qué quieres hablar. Adelante —las palabras del holandés mantuvieron su corrección, pero un cierto tono de irritación se asomó a su voz. Gonzalo bebió un largo trago de *whisky* y se quitó las gafas para comenzar a limpiarlas con una servilleta.

—El padre de Sara y tú sois socios en la empresa Espacios del Este, ¿no? —en ningún momento Gonzalo había previsto llevar la conversación por donde estaba yendo, pero los dos *whiskys* y el resquemor de que aquel hombre estaba más cerca de Julia que él le hicieron perder la prudencia.

—Yo más bien diría que una empresa de la que soy socio participa de una empresa que tiene acciones de la empresa Espacios del Este, que a su vez está participada por el grupo empresarial de la familia Romero. De ahí a ser socios va mucho. En realidad no conozco mucho a ese hombre —la lentitud con la que habló quería hacer patente la paciencia que estaba teniendo—. Pero, dime Gonzalo, ¿qué interés tiene esto para ti o para la historia que quieres escribir de Sara?

—No lo sé muy bien, la verdad, pero te voy a ser claro. —Gonzalo sacó su

libreta de notas y rebuscó entre sus páginas—. Tengo informaciones que ponen en duda que la causa de la muerte de Sara fuera un accidente, incluso pueden señalar más hacia un asesinato. En el tanatorio el padre de Sara me amenazó por una ingenua nota sobre la muerte de Sara que había publicado. Al día siguiente el director de mi periódico, cuya empresa editora está participada por una empresa perteneciente al grupo Romero, me conminó a que me alejara de cualquier tema que tuviera que ver con Sara, bajo amenaza de despido fulminante. —Gonzalo bebió un pequeño trago para tomar aliento. Van Loos lo escuchaba con una atención un tanto displicente, pero su rostro había recuperado la cordialidad—. El caso es que como trasfondo de todo aparece el proyecto de urbanización de los muelles de La Pesquera y los barrios de pescadores colindantes. Todo el mundo sabe que ese proyecto lo va a llevar a cabo la empresa Espacios del Este en cuanto se resuelvan los trámites administrativos de expropiación y recalificación. Mi pregunta es si algún interés actuó para que oficialmente se cerrara la muerte de Sara como un accidente doméstico, si se intentó tapar el asunto para que no contaminara a la opinión pública y el debate que hay sobre la destrucción del barrio de pescadores.

—¿Y esa pregunta me la haces a mí? —Van Loos movió ambas manos entrelazadas a la vez que reía con aparente franqueza—. Gonzalo, no te conozco, pero me pareces un tío serio, no creo que te vayan las teorías, ¿cómo las llamáis, conspiranoicas? —Rio su propia ocurrencia—. Yo sé de la muerte de Sara lo que me informó Julia, nada más. Nunca nadie hasta ahora me había planteado algo tan disparatado como lo que estás diciendo. —Van Loos se incorporó sobre su asiento para acercarse lo más posible a Gonzalo—. ¿Qué relación podría haber entre la muerte de Sara, imaginemos por un momento que fue asesinada, y una operación inmobiliaria? Es normal que el padre de Sara intentara apartarte del asunto, pero no porque afectara a sus negocios, sino porque la vida de Sara ha sido un tanto, digamos, excéntrica, y airearla podría hacer daño al nombre de su familia. ¿Tan difícil de entender es eso? —A Gonzalo le empezaba a irritar que aquel hombre le tratara con aquella falsa condescendencia, pero sabía que no podía ser más explícito y poner sobre la mesa todas las informaciones que sobre él y sus empresas había obtenido del dossier de Sanjuán. Asintió varias veces como si cediera a los argumentos del holandés e intentó otro camino.

—Es posible, es posible —concedió—, pero hay un cúmulo de circunstancias que hacen pensar en algo extraño. Por ejemplo, el cuadro de la

vela. En la nota que escribí hice alusión de forma ambigua a un cuadro, más como recurso literario que como otra cosa. A partir de ahí varias personas pensaron que me refería a ese cuadro de la vela, que yo entonces ni sabía que existía. Al parecer el cuadro ha desaparecido y esas personas querían hacerse con él.

—¿Qué personas? —interrumpió Van Loos. Gonzalo percibió su cambio de actitud, de una medida indolencia había pasado a un interés que se reflejó en sus ojos, ahora abiertos y mostrando al través un temperamento mucho más alterable de lo que su apariencia exterior hacía suponer.

—Un periodista nunca revela sus fuentes. —Rio Gonzalo sintiéndose por primera vez con ventaja en aquella escaramuza disfrazada de conversación—, pero el caso es que ese cuadro parece contener algo de mucho valor para esas personas. Pensaba que quizá tú podrías darme alguna pista.

—Ese cuadro no podría tener ningún valor para nadie. Bueno, sí, tenía valor para Sara, pero era un valor sentimental, nada más. Por eso me extraña que haya personas que se interesen por él —arqueó ambos hombros intentando transmitir el máximo desdén—, pero si Julia o yo nos enteramos de algo te lo diremos. —La asociación de Julia a su persona se clavó de nuevo con el mismo daño en el ánimo de Gonzalo. Van Loos señaló su vaso por si quería repetir, pero Gonzalo declinó la oferta cruzando varias veces ambas manos en señal de que ya había bebido suficiente por un rato.

La mirada de Van Loos a sus espaldas le hizo girarse y ver cómo Julia se acercaba por el pantalán cargada con su amplia sonrisa y un par de bolsas. Cuando volvió la cara para reencontrarse con la de Van Loos se sorprendió de ver cómo la sonrisa de Julia se reflejaba en su propia sonrisa. Habían desaparecido la falsa cortesía y la displicencia, ahora solo se veía a un hombre sonriendo a una mujer que se acercaba. Por un mínimo instante Gonzalo sintió una ráfaga de crueldad.

—¿Cómo están mis amores? —exclamó Julia dos metros antes. Se repitió la escena de los besos y ella se pidió un Martini *biancco* con dos aceitunas; le rogó

al camarero con una sonrisa que valía por todo un bote—. ¿Os habéis portado bien? ¿Os habéis hecho amigos? —Gonzalo notó que aunque no paraba de reír, sus ojos estaban serios, preocupados por descubrir en sus semblantes las respuestas—. Os he traído regalitos. —Todo formaba parte del juego. Había sido llegar ella y los dos hombres habían mudado de piel. Julia sacó de una de las bolsas un voluminoso libro y se lo dio a Gonzalo que se quedó muy extrañado mirándolo mientras lo sujetaba con ambas manos. Se trataba de *Bronwyn*, de Juan Eduardo Cirlot. Van Loos ya sostenía en sus manos un ejemplar de *Paseo de los tristes*, de Javier Egea. Antes de que la sorpresa acabara por arruinar el encanto, Julia soltó una estruendosa carcajada y retomó ambos libros de las manos de sus poseedores—. ¡Anda, que me he equivocado, que era al revés! —Volvió a entregar los libros intercambiados sin parar de reír. Pero Gonzalo sabía que sus ojos no reían.

—Eres perversa. —Le besó la mano Van Loos—. Ahora si me perdonáis, he quedado con Bram para correr un rato. Eso es sagrado, todos los días hay que sacrificarse un poco para poder disfrutar luego de lo que tienes.

—Van Loos miró a Gonzalo para señalarle como destinatario del consejo, luego se dirigió a su empleada—: Julia, cenaré en el hotel, ¿te espero? —Los ojos de Julia miraron varias veces a los dos hombres, primero a Gonzalo, luego a Van Loos y de nuevo a Gonzalo, como si no supieran en cuál de los dos detenerse. Luego contestó a su jefe.

—Sí, claro, allí estaré. Sobre las diez y media. —Y sus ojos volvieron hasta Gonzalo que la observaba con la sonrisa petrificada, a punto de convertirse en arena.

Van Loos se despidió con un beso a ella y con un afectuoso apretón de manos a Gonzalo, hasta se permitió apoyarle la mano en el hombro mientras le decía que tenían que volver a hablar con más tiempo. Gonzalo aceptó la invitación lo mejor que pudo para que no se le notara la incontrolable tristeza que le encharcaba la voz. Cuando Van Loos se alejó, se quedaron en silencio, cada uno mirando su copa. Quizá era el segundo silencio entre ellos.

—No me gusta que te pongas triste como un niño, Gonzalo —la voz de Julia sonaba triste—. Tienes que entender que él es mi jefe y no lo veo todos los días. Es normal que una noche que está en la ciudad cene con él. —Julia acercó su sillón hasta el de Gonzalo para que sus piernas se rozaran.

—No es eso, no es eso. —Pero en el fondo sí que era eso—. Es que os veo tan unidos que me siento como un extraño ante ti. No me hagas mucho caso. No te preocupes, de verdad. Lo entiendo. —Pero no entendía que prefiriera dejarlo a él solo e irse con otro tipo, por muy jefe que fuera.

—¿Tan unidos? Claro que estamos unidos. Me conoce desde que era una jovencita. Es mi amigo además de mi jefe. No puedes tener celos de él, yo no soy el premio de nadie, ¿eh? —Julia terminó de decir esto y se inclinó sobre Gonzalo para negar lo que acababa de decir con su lengua. Gonzalo se dejó hacer por aquella lengua que era capaz de dibujar pintadas en su paladar que ningún grafiti podría nunca superar. Durante esos momentos no había tristeza posible, pero fue salir aquella lengua de su boca y otra vez se le aplastó la vida.

—Me gustaría ser tu amigo, como él, me gustaría que algún día me hablaras de mí mismo como hablas de tus amigos.

—¡Ah! —Julia estaba a punto de gritar, no sabía si de terror o de risa— ¿Cómo puedes ser tan egocéntrico? No puede ser verdad. —Y volvió a callarle con su lengua como único antídoto a ese afán insano que le crecía—. Claro que seremos amigos, pero hace falta tiempo. La amistad no es algo que se acuerda y ya está, tiene que crecer poco a poco.

—Pero ya llevamos más de dos meses. ¿Qué somos entonces tú y yo? ¿Amantes?

—¿Es que tenemos que ser algo? ¿Tenemos que tener la etiquetita puesta? —Julia jugaba divertida con la oreja de Gonzalo—. Somos un tío y una tía que están a gusto juntos, que piensan el uno en el otro cuando no están juntos, ¿para qué quieres más?

—No sé, quizá para no tener la sensación de que cualquier día ya no vas a estar, ya no me vas a enviar mensajitos, ya no vas a querer follar conmigo y todas esas cosas.

—Claro, si lo que a ti te hace falta es una muñeca hinchable. Esas no se van nunca. —La carcajada y la lengua explotaron en su boca hasta cerrarle por completo la glándula de la melancolía.

Julia se terminó el Martini y, tras indicarle el camarero que todas las consumiciones corrían a cuenta de Van Loos, se dispuso a marcharse, tenía que pasar primero por su casa para cambiarse. Gonzalo quiso acompañarla, pero ella le pidió que no se hiciera eso a sí mismo, le sonrió, lo volvió a besar, le prometió que al día siguiente lo resarciría, le estrechó el pene sin que nadie lo viera, lo volvió a besar. Adiós.

Gonzalo se tomó otros dos *whiskys* a costa de Van Loos y se quedó allí en medio de las aguas oscurecidas, de la noche radiante con estrellas ahorcándose sobre el mar. Empezó a hojear el libro y a leer a saltos algunos poemas de Javier Egea, al principio sin voz y luego con una voz baja que al ritmo del *whisky* iba subiendo de tono. De pronto encontró este poema:

Lo terrible no es la calle sola,  
el andén como un reto,  
los trenes que perdimos.  
Lo terrible no es ni siquiera el dolor.  
Lo que duele terrible y zarandea  
es que ya solo queda  
recurrir a la vida por tus ojos  
que son una distancia casi absurda,  
que son un túnel negro de esperanza.

Y ya con el cuarto *whisky* comenzó a repetirlo en voz baja primero, menos baja después, luego un poco más fuerte y ya a la quinta vez que lo repetía sabía que todo era una pérdida, la puta vida era una pérdida continua, un dejarse ir de cosas y afanes y esperanzas, de mujeres y niños que se hacen hombres y viejos y se hacen nada. Todo, el poema, el libro, la puta historia contada, no era más que una mísera pérdida y por eso ya lo recitaba a voz en grito y la gente que había comenzado a llenar la terraza a esas horas lo miraba con reproche y el camarero muy educado y amigable le pidió por favor que no gritara que estaba molestando al resto de clientes y él se dio cuenta de que había perdido la conciencia y la razón y la dignidad por aquella mujer y pidió disculpas sinceras al camarero y se alejó por el pantalán otra vez con cuidado de no caer al agua y empezó a reírse con toda la furia que pudo. Se dio cuenta de que se había dejado la chaqueta en la terraza, pero se dijo que al carajo la chaqueta y se dirigió dando tumbos y gritos hacia La Peseta, pensando que igual luego se pasaba Alejandro por allí. Se sentó en la mesa de la calle con Tobías y los demás y empezó a beber cerveza y vino con ellos. Alejandro no apareció y a él lo tuvieron que tumbar en el almacén del bar para que durmiera la borrachera.

A las ocho de la mañana el estruendo de la persiana del bar al abrirse y el torrente de luz que lo anegó todo lo volvieron a la vida y al insoportable tañer de la resaca. A duras penas recordaba qué había pasado. Reconoció a Tobías frente a él sonriéndole con sarcasmo. Necesitó tres intentos para poder incorporarse y acercarse hasta la barra del bar. Solo quería desaparecer de sí mismo para no sentir los martillazos que la más pequeña vibración o movimiento producían sobre sus sienes. Tobías le abrió una cerveza para que equilibrara el nivel de alcohol con su vida y se sirvió una copa de coñac para él. No pronunciaron palabra en el buen rato que estuvieron allí, uno trajinando para preparar el bar y el otro con la cabeza derrumbada sobre la barra, esperando que el papel de lija en el que se había convertido el mundo dejara de restregarle por dentro. Al final consiguió erguirse un poco y despedirse con la mano de Tobías al salir. Pensó en ir a casa para morir, pero recordó que ese sábado tenía que ir al periódico. Con un poco de suerte la redacción estaría vacía y nadie repararía en él. Cuando llegó puso a cargar el móvil hasta que pudo encenderlo. Nada más hacerlo recibió el aviso de un SMS, de Julia, y una llamada perdida, esta de Ramos. Gonzalo abrió el SMS:

«No jures por la luna, inconstante luna que cada mes cambia su órbita. Buena noche, cariño, tan dulce reposo y sosiego alcance tu corazón, como el que alienta en mi pecho»

Enseguida contestó:

«Mil abrazos, mi Sietelunas, juraré por ti, no te preocupes demasiado por mí»

Al minuto sonó el pitido de nuevo SMS. También de Julia:

«No me worrie pero me worrie, podríamos ir a cenar al figón y hablar sin parar y reírnos y luego ir a tu casa. Ya me he repartido tus abrazos. Osculi te mitto»

Gonzalo le contestó transcribiéndole el verso de Javier Egea. Le puso como condición para quedar que se lo tenía que aprender y recitárselo esa noche en un semáforo. Ella aceptó. Luego llamó varias veces a Ramos, pero tenía el teléfono desconectado. Intentó concentrarse en las pocas cosas que tenía que hacer y al rato sonó el móvil. Era Ramos. Sin saludar siquiera le dio la información que le había pedido.

—Sara estuvo en Praga entre el lunes 12 de marzo y el domingo 18 de marzo de este año. Se alojó en el hotel Europa.

—Creo que ya sabemos dónde está el cuadro —la voz le salió tan carrasposa que tuvo que repetirlo para que se le entendiera.

—Creo que sí, pero ni una palabra a nadie, incluido Alejandro.

—Le dimos nuestra palabra de que se lo diríamos —protestó Gonzalo.

—Le dimos nuestra palabra de que le daríamos el cuadro cuando lo recuperáramos, pero la información que tiene ese cuadro es vital para nosotros, cualquier error y estamos jodidos todos, incluido él.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Qué hacemos ahora? —Gonzalo solo hubiera querido poder sepultarse debajo de su almohada, dejarse dormir con el olor a Julia hasta la hora de volverla a ver.

—Necesito que me averigües cuántos días se va a quedar Van Loos en la ciudad. Sé que Karel Janssen tiene el vuelo de vuelta mañana y que Bram Gosselt se quedará toda la semana, pero Van Loos no tiene ninguna reserva hecha. —Gonzalo tuvo que estrujarse el cerebro para recuperar la información que ya tenía.

—Sí, sí, recuerdo que Julia me dijo que Van Loos estaría hasta mañana domingo. Igual no regresa con su amigo y se va a otra parte. No sé.

—Bien, bien, se quedará el otro solo aquí. Tendrá algún trabajito de los suyos. Nos enteraremos.

—¿Nos enteraremos?, ¿cómo? —A Gonzalo no le gustó nada el tono de voz de Ramos.

—No te preocupes. Estaremos en contacto. Sé feliz.

Cuando fue a articular la primera sílaba, Ramos ya había colgado. Gonzalo se alegró de no tener que pronunciar una palabra más. No estaba seguro de haber podido.

El móvil le vibró tres veces durante la reunión de redacción de la mañana. Las tres llamadas eran de Tassia, así que las canceló y continuó fingiendo un relativo interés por el trabajo. Cuando terminó la reunión se sacó un café de la máquina automática y le devolvió la llamada desde el fijo de su mesa. Tassia contestó a la mitad del segundo tono. Empezó a hablar de forma tan atropellada que Gonzalo tuvo que pedirle que empezara desde el principio. No sabía nada de Alejandro desde hacía tres días, desde el sábado que no aparecía por la pensión. Había echado un vistazo en su habitación y faltaban su mochila y algo de ropa, también la libreta donde escribía. Gonzalo intentó calmarla y le pidió que no se moviera de la pensión, que la recogería en una hora y buscarían a Alejandro.

Gonzalo volvió a repasar la habitación de Alejandro con la ayuda de Tassia, pero no pudieron encontrar nada que les diera más información sobre lo que ya era evidente. Alejandro había cogido el petate y se había largado. Intentó hacerle comprender a Tassia que lo más probable era que hubiera ido de viaje a algún sitio, pero que estaba claro que tenía pensado volver porque solo se había llevado algunas cosas, las imprescindibles. Pero no había forma, Tassia había entrado en un desánimo tozudo avivado cada rato por una explosión de improperios y maldiciones hacia su amigo, donde las palabras traición y abandono eran las que menos mal sonaban. Salieron a recorrer los bares habituales de Alejandro, pero en ninguno sabían dar razón, ni siquiera recordaban si ese mismo día había estado allí o no, estaba tan pegado al decorado mugriento de los días iguales que nadie reparaba en su presencia ni en su ausencia. En La Peseta Tobías sí recordaba la borrachera de Gonzalo del último viernes, pero de Alejandro no sabía nada desde por lo menos el principio de la semana anterior, o de la otra, dudó. En el mercado donde compraba el fiambre tenían muy claro que por lo menos desde el jueves por la mañana no había aparecido por allí. Decían que lo encontraron muy bien, que no les dio impresión de ir muy bebido, lo normal apenas, y que quizá por eso les extrañó más que les dejara una holgada propina sin venir a cuento. Tú ves, se estaba despidiendo, susurró Tassia casi en un sollozo. Pero Gonzalo le dijo que tonterías, que Alejandro tenía esas cosas de nuevo rico a veces, y siguieron preguntando en la panadería con las mismas respuestas en cuanto a última visita y generosa propina y entonces Tassia estalló en un rosario de hijos de puta; hijo

de puta, de todos se despide con regalito menos de mí; y Gonzalo estuvo a punto de desmentirla, de decirle que el gran regalo y todo el cariño de Alejandro eran para ella, pero decirle eso en ese momento era sellar la despedida, dejarla sin él, y Tassia empezó a santiguarse como una vieja y a arrepentirse de sus insultos y a pedirle al señor de sus pecados que no le hubiera pasado nada a Alejandro y Gonzalo abrazó su hombro y la besó en la sien con una ternura que nunca había sido capaz de sentir por nadie, ni siquiera por sí mismo. Llegaron hasta el paseo marítimo y nadie sabía nada de él desde la semana anterior. Tassia lo llevó hasta el garito donde guardaba la mesa de los bocatas y Loli les dijo que recordaba muy bien que la última vez que estuvo allí fue el jueves de madrugada; bueno, pensó la chica, el viernes de mañana, ya sabes que por la noche no sabes muy bien; pero que lo recordaba muy bien porque; porque te dejó una propina cojonuda; la interrumpió Tassia y Loli la miró con los ojos como platos y asintió con la cabeza antes de exhalar una bocanada de humo interminable.

Tomaron el camino de los muelles abandonados pisando las mismas pintadas que la primera vez que fueron al Ponto Final. Esta vez no había risas ni pescadores molestos por sus gritos. Tassia andaba refugiada en su cintura, dejándose llevar un poco. En un momento le preguntó.

—¿Por qué me rehúyes? Hace siglos que no nos vemos. Parece que no me quieras ver, pero solo de verme se te pone dura —lo dijo tan seria que Gonzalo se sobresaltó y comprobó su bragueta de un rápido vistazo. Luego intentó reír la salida de la muchacha, como si riendo convirtiera en chiste lo que había dicho.

—¿Cómo te voy a rehuir? Sabes que me caes muy bien, pero es que tengo muchísimo trabajo. A Alejandro también hace mucho que no lo veo. En cuanto lo encontremos nos corremos una juerga los tres. Ya verás.

—Si me vas a contar milongas es mejor que cambiemos de tema, que yo otra cosa no, pero de tonta no tengo nada. —Gonzalo se quedó un par de minutos callado. Su mente repetía la última frase de Tassia; de tonta no tengo nada; luego pensó que lo normal hubiera sido decir de tonta no tengo un pelo, y enseguida se le dibujó el sexo depilado de Tassia bailando delante de él. Todas las mariposas le empezaron a volar.

—Bueno, sin milongas. La verdad es que he conocido a una chica —carraspeó—, a una mujer de mi edad.

—A veces te pones un poco carca con eso de la edad. Si te piensas que el sexo tiene algo que ver con la edad es que no te han servido de nada todos tus años, chaval —intentó ser cruel, pero la voz le salía un poco vencida.

—Tú sabes que somos amigos desde el primer día. Sabes que nos apreciamos de verdad. El sexo no tiene nada que ver con eso. —Tassia rio un tanto amarga y le hizo un gesto con la mano para que se callara.

—No me vengas con chorradas. Siempre intentas tapar las cosas con palabras y rollos. El sexo está presente siempre. Si no, primero pregúntale a tu polla por qué se pone cachonda cada vez que yo estoy delante, y luego, si tienes huevos, se lo preguntas a la mujer esa que has conocido y entonces que ella te explique la amistad que sientes por mí.

Gonzalo ya no intentó responder. No sabía qué responder. Continuaron el resto del camino en silencio, cada uno leyendo sus propias pintadas, hasta que llegaron al Ponto Final.

Mauro los recibió con alegría y los riñó en broma por los muchos días que hacía que no pasaban por allí. Cuando le preguntaron por Alejandro y se dio cuenta de lo preocupada que estaba Tassia, estrechó sus dos manos entre las suyas sobre la barra y con una sonrisa le preguntó; ¿si te cuento una historia me darás una sonrisa?; si me dices dónde está te la chupo, si hace falta; y los tres rieron y ya parecía que todo iba a ir bien.

—El viernes al mediodía estuvo por aquí. Vino con aquel tipo al que confundió con otro y se puso hecho una furia, al que llamaba Alcides, ¿recordáis? —los dos asintieron. Claro que recordaban a Alejandro fuera de sí gritando a aquel hombre tan correcto—. Pues nada, vinieron juntos, tan amigos, y se zamparon una docena de sardinas y una botella y media de vino blanco.

—Igual es que Alejandro no estaba tan confundido la primera vez — comentó Tassia.

—Pues eso sería. El caso es que el hombre se fue primero y Alejandro se quedó conmigo hasta media tarde, ya sabéis, recordando cosas de antes y echando unos tragos. Hasta me ayudó a limpiar la cocina.

—Eso no me lo puedo creer —estalló en risas Tassia—. Algo querría de ti porque ese no limpia ni lo limpio. —Estaba tan contenta de escuchar cosas de su amigo, de volver a saber de él, que daban ganas de abrazarla, sintió Gonzalo.

—Sí que quería algo, sí —acompañó Mauro las risas de Tassia—. Me pidió que cuando os viera brindara con vosotros por él con ron Santiago —mientras decía esto puso sobre la mesa tres vasos y los llenó de ron— y que os dijera que se ha ido de viaje por un tiempo, pero que volverá. Me dijo también que os pidiera perdón en su nombre por no haberos dicho nada, pero que ya sabéis que eso de las despedidas no es lo suyo. Así que esto va por Alejandro, alias el *Chori*. De un trago. —Mauro alzó el vaso junto a sus dos compañeros y los tres se bebieron el ron. Luego los volvió a llenar.

—Qué hijo de puta que es. —Tassia tenía los ojos negros de lágrimas.

—Sí que lo es, sí que lo es —corroboró Mauro asintiendo con la cabeza. Cogió de nuevo las dos manos de Tassia—. También me dijo, Tassia, que hagas el favor de aceptar lo que te va a dar Gonzalo. Que es para ti porque todo lo suyo es tuyo. ¿Comprendes? —Tassia miró sorprendida a Gonzalo, sin comprender, luego estalló.

—No quiero nada suyo, que se vaya a la mierda pero que venga ahora mismo aquí conmigo. ¿Os enteráis? Que venga ahora mismo o que se vaya a la mierda, que no quiero nada suyo. Imbécil. —Dio la vuelta y se fue andando hacia el baño. Parecía tan segura de sí misma que los dos hombres supieron que se encontraba perdida.

Mientras Tassia continuaba en el baño, Gonzalo le preguntó a Mauro si Alejandro le había dicho dónde iba.

—Me dijo que me lo preguntarías —sonrió— y que te dijera que en el segundo relato lo dice todo. Nada más, que tú entenderías.

—Sí. Creo que los dos lo teníamos claro desde hace tiempo. ¿No te dijo nada más?

—Que él casi nunca cumple su palabra, pero que contigo haría una excepción y te llamará en cuanto lo tenga. No me dijo qué ni quiero saberlo. —Mauro llenó por tercera vez su vaso y el de Gonzalo—. La última vez que se despidió de mí, en Lisboa, pasaron diez años hasta que nos volvimos a encontrar. Creo que esa chiquilla lo va a echar de menos.

De vuelta por los muelles abandonados, Tassia le preguntó a Gonzalo qué le había dejado Alejandro para ella. Cuando se lo dijo, Tassia se paró en seco y se volvió de cara al mar. Se quedó allí en silencio como si fuera Sara en uno de sus cuadros, pensó Gonzalo. Se acercó hasta ella y vio que dos gruesos lagrimones caían por sus mejillas. Su cara estaba impasible, sin un rastro de dolor o tristeza, sin rabia ni orgullo, solo su rostro de niña hecha mayor demasiado pronto, solo su rostro de calle puesto al atardecer del sol.

—No va a volver. No va a volver nunca.

Gonzalo sujetó sus mejillas y la besó en la frente. Acarició su cabeza como si así se le pudiera quitar el abandono de dentro. Estuvieron así un rato. El mar y el sol siempre confundidos al fondo de los insoportables graznidos de las gaviotas. Algún pescador regresaba a casa y los miraba de reojo pensando mal para acertar.

—Vamos a mi casa y te doy eso.

—¿No me querrás llevar al huerto? —rogó Tassia riendo sin risas.

—Al huerto me has llevado tú desde el primer día.

Los dos se fueron caminando muy despacio abrazados por la cintura.

A Alejandro poco le importaba ya que aquello fuera la pesadilla o el sueño de siempre, su delirio de borracho o una burla mezquina que alguien había inventado para él. Delante de sus narices se encontraba el Grand Hotel Evropa, en medio mismo de la plaza Wenceslao, Václavské náměstí en el idioma de los checos. Hacía casi veinte años que había imaginado un hotel llamado Europa, había escrito el nombre en el relato para que su amor de dudas, de irreales dobles, se refugiara allí. Apenas un nombre, apenas un decorado sin trampa, ni fondo, apenas una huida, una salida por donde no volver. Se quedó parado como un idiota delante de aquella impactante fachada amarilla con sus miradores centrales rojos y sus barandas verdes. Tenía miedo de que fuera imposible entrar allí, de que la irrealidad por fin fuera la única verdad y aquella puerta, aquel edificio, aquella ciudad, ya no fueran más que parte de su locura. Entró. Nadie pareció reparar en él ni en su barba de cuatro días, ni en sus vaqueros desarrapados, ni su camiseta azul y sucia, ni su mochila acuchillada, ni su andar débil o su miedo de no ser él. El recepcionista no lo miró porque posiblemente estaba muerto o triste de tanta libertad, de tanto viento y miseria después de tanta ilusión, de tanto telón caído, de tanto acero y terciopelo derrochado. Era más fácil pensar que aquel recepcionista murió años atrás. Tomó sus datos, su pasaporte, su propina manchada de coronas checas y le ofreció la llave colgada de una chapa de latón con el número 201. Subió andando hasta el segundo piso y se topó con la puerta un tanto mal encajada y con ruido de goznes al abrirse con todo el esfuerzo de su muñeca puesto en la llave que volteara aquel mundo fantasmagórico de antes de las guerras, de después de las revoluciones. La butaca cojeaba y la cama chilló al dejarse caer sobre ella de bruces. Necesitaba un trago para seguir respirando, pero en la habitación no había nada que se pudiera beber y el viejo teléfono parecía tan muerto como el recepcionista. Quizá el muerto era él.

Despertó pasado el mediodía. Se miró al espejo del agonizante cuarto de baño con los azulejos de la pared sobre la bañera abombados por el tiempo y la humedad. Decidió afeitarse y usar los escasos productos de aseo que el hotel disponía para sus clientes. Dejó correr el agua hasta que empezó a humear y tapó el desagüe de la bañera para que se llenara hasta el borde, luego se sumergió hasta los orificios de la nariz y volvió a pensar en el rostro de Sara, sus ojos

mirándole azul y verde y gris, su mirada agradecida, de comprensión, de inteligencia, su media sonrisa de aprobación, su cariño entero sumergido en un mar de plástico aleteando al ritmo de su respiración. Intentó resistir debajo del agua como si estuviera aguantando el humo de un cigarrillo. Una fuerza extraña lo impelía hacia fuera, hacia el respirar.

Se cambió de ropa y bajó las escaleras hasta el vestíbulo del hotel. En la recepción seguía el mismo muerto absorto en la lectura de un libro. Nadie más. Salió a la calle sin más guía que la lista de calles nombradas en su relato, apuntadas por el mismo orden en la última página de la Moleskine. La plaza Wenceslao le volvió a parecer inmensa y ajetreada, moderna, llena de hoteles, de bancos y alegrías de ir de un lado a otro de multitud de gente. No entendía muy bien por qué a aquella amplia avenida la llamaban plaza, pero tampoco se sintió demasiado autorizado para discutirlo. Dio sus primeros pasos por las anchas aceras y entró en una casa de cambio para proveerse de más coronas sin importarle demasiado ni el tipo de cambio ni la cantidad de pesetas que se dejó allí. Pensó en bajar las escalinatas de la estación y coger un metro que le acercara a Staroměstské náměstí, pero reparó en que la estación más cercana, Staroměstská, lo dejaba a casi igual distancia de la que se encontraba ahora, así que prefirió ir caminando mientras se preguntaba cómo podía recordar las paradas del metro si nunca había estado en aquella ciudad, y por qué tenía la sensación de regreso a un sitio tan desconocido como aquel, del que solo conocía las cuatro indicaciones que para escribir su relato había leído veinte años atrás en un artículo sobre los pintores judíos del viejo gueto.

No tuvo problemas para preguntar el camino que debía tomar, un par de veces empezó a hablar en inglés y le respondieron en perfecto castellano. Aquello estaba lleno de españoles. Siguió adelante por Na Můstku y luego tomó Melantrichova hasta encontrarse con la plaza. Le gustó sentir aquella fragilidad del caminante en un mundo extraño, rodeado de muertos aparentes, de caminantes como él, y de muertos reales disfrazados de turistas entusiasmados al encontrarse las mismas grandes tiendas que veían en sus propias ciudades. Comprendió que Praga no era una ciudad ni un sueño, ni siquiera un camino.

Le costó más de lo que esperaba llegar al café Milena, pero al fin lo consiguió y, tal y como le había explicado Alcides en el Ponto Final, allí estaba

Violeta esperándole. No le extrañó que aquella muchacha siguiera exactamente igual que la primera vez que la vio. No había pasado ni un segundo por su piel ni por sus ojos exactamente iguales a los de Sara. Tampoco le extrañó que ahora llevara el pelo rubio y las mismas rastas que se solía hacer Sara. Tampoco le extrañó que lo primero que hiciera fuera tomarle la mano y atraerlo hacia su boca en un beso rápido, de saludo afectuoso, sin espacio para la duda.

—Estás guapísima, jodidamente igual que entonces. —Violeta sonrió con una tristeza que la hacía aún más atractiva.

—¿Tú crees? ¿Cómo sabes lo que era entonces y lo que es ahora? —Bebió un sorbo de su vino blanco, que por la condensación de la copa parecía estar helado.

—Bueno, digamos que estás guapísima como siempre. —La botella sumergida en la cubitera le mostró que era el mismo vino, la misma marca de vino que bebía Sara.

—Siempre no existe. Solo existe ahora. —Se había puesto un vestido ibicenco como los que solía llevar Sara, sonreía con los hoyuelos de Sara, miraba con los ojos de Sara—. Ahora es una condena perpetua cuando se convierte en siempre. —Dio otro sorbo para que no se le derramara la tristeza, sonrió de nuevo y se encogió de hombros como si fuera Sara.

—Bueno, para tener cuatro mil años no estás nada mal. —Alejandro señaló al camarero la copa de Violeta para que le trajeran otra para él. Luego se sirvió de la botella—. Te sienta bien la inmortalidad. —Violeta lo miró divertida, alegre por primera vez.

—¿Sabes, Alejandro? La inmortalidad es el hastío, el aburrimiento, el desamor, porque nada que dure demasiado para volver a ser anhelado vale la pena. La vida solo es bella gracias a la muerte. —Alejandro levantó su copa en señal de admiración por las sentencias de la muchacha—. Mira el reloj del ayuntamiento y dime qué ves. —A Alejandro no le costó nada encontrar con la

vista el reloj, más que nada porque una multitud de turistas alzaban sus cámaras para fotografiarlo. Repasó con detenimiento el antiquísimo reloj astronómico, sus figuras alegóricas, su anillo zodiacal, las fases de la luna, que para aquel día la señalaban creciente. Fue indicándole a Violeta todo aquello que veía, todo lo que le podía parecer particular, pero la respuesta siempre era una sonrisa y un no.

—Me rindo. Yo pago —reconoció con ganas de acabar con el acertijo.

—Fíjate en las manecillas del reloj unos segundos. Solo fíjate en eso — insistió Violeta como si la única forma de conocer la verdad fuera inventarla uno mismo. Pero pasaron esos segundos y algunos más y antes de que Alejandro se hartara del juego Violeta le dio la solución.

—Van al revés, las manecillas van al revés como si así el tiempo pudiera ir al revés. Como si así el tiempo pudiera huir.

—O sea, que es al revés. —Alejandro dejó sobre la bandeja con la nota veinte coronas sin apartar su vista del reloj—. El tiempo huye y hace caminar al revés a las manecillas. Huye hacia atrás, el muy imbécil. —Volvió a llenar su copa y la apuró de un trago. Como aún quedaba vino en la botella, se dispuso a llevársela para el camino—. ¿Quieres acercarme a la torre Daliborka? ¿Está lejos? Luego de eso soy todo tuyo.

—Bueno, no demasiado lejos. Un paseo largo. ¿Te gusta andar? —Los dos se levantaron y Violeta cogió de la mano a Alejandro para llevarlo hacia la calle Karlova.

—Me he pasado la vida andando solo por calles desconocidas. Creo que eso ha sido mi vida, lo que me gustaba, andar como perdido sin saber a dónde iba, pensando en cosas que no fueron o que confundía con las que fueron. Todo lo demás, los ratos que estaba con gente, los ratos que viví con ella, eran como los intermedios de las películas, como los anuncios publicitarios, como descansillos de escalera que no subían ni bajaban.

Comenzaron a caminar por Karlova en dirección al puente. El gentío se agolpaba en las aceras, frente a los escaparates y los puestos de comida callejera. Un bullicio irreal lo envolvía todo. Mientras andaban Alejandro iba reproduciendo en su cabeza las viejas leyendas que Sara le había narrado. Creía reconocer cada lugar de aquella ciudad. La voz de Violeta hablaba en segundo plano, como si quisiera acallar la de Sara sin conseguirlo, como si aún estuvieran en aquella casa del barrio chino tomando chocolate, como si él aún pudiera evitar ser él.

—Violeta, tú me dijiste que fuera a por ella, que no debía perderla, y sin embargo, fíjate, ahora estoy aquí en Praga contigo, haciendo como si fueras ella. —Se giró para mirar a sus espaldas. Había un tipo siguiéndolos desde hacía rato. Alejandro sabía que era él mismo.

En el puente estaba cayendo la noche y la niebla le daba un aspecto un tanto fantasmal, las sombras muertas de las estatuas se arrojaban sobre los viandantes y parecían bailar con ellos algún viejo vals de Leonard Cohen. Alejandro intentó centrar su mente en las palabras de Sara contándole la historia de Isaac Laquedem, uno de los judíos errantes, el paseante desesperado, guardia de Poncio Pilatos y zapatero remendón, pero sobre todo caminante imposible, casi invisible allá donde se viera, personaje arrollador nacido en unas páginas viejas escritas en la ciudad de Leyden.

Nunca sospechó que Malá Strana fuera un barrio tan apacible y señorial, ni que pudiera ser tan agradable caminar de la mano de aquella venezolana inmortal que quería usurpar a la Sara que él llevaba dentro desde siempre. Pero siempre no existía, lo había dicho ella. Se terminó la botella con un trago largo y la dejó en uno de los cubos de basura amontonados en el interior de un patio. Subieron calle arriba hasta llegar a una gran plaza donde había una monumental iglesia de cúpulas verdes, luego siguieron por una calle empinada; Nerudova, ponía en la plaquita roja; y Alejandro tuvo ganas de hacer un chiste sobre el poeta chileno, pero Violeta lo miró a los ojos con esos ojos tan cálidos y húmedos que lo sabían todo, incluso a Jan Neruda. Luego vinieron calles más empinadas aún, con escalones que llevaban a la gran explanada del Castillo, y ya era de noche total cuando pasaron por la callejuela de los alquimistas, aquellos nigromantes capaces de cualquier transmutación que les reportara beneficios,

aunque muchas veces el único premio a sus embustes fuera su cabeza rodando por la nieve.

Cuando llegaron a Daliborka ya no quedaba nadie por allí, solo una consumida anciana perdida entre ropajes negros raídos, con los ojos hundidos y vueltos del revés, mirando sin mirar, hablando sin soltar palabra reconocible para Alejandro que sintió el miedo profundo de esos cuentos infantiles que se apegan al ser. La inhóspita anciana negó varias veces con la cabeza, al parecer el horario de visitas había finalizado y la torre estaba ya cerrada. Violeta le pidió a la mujer, apoyada por una convincente propina, que dejara a su amigo entrar por unos minutos y, tras nuevas negativas y reniegos guturales, la anciana sacó unas pesadas llaves y tras tres costosas vueltas abrió la puerta. A Alejandro le castañeaba el corazón. Sabía que aquella anciana era la misma anciana, y que aunque no hubiera nieve y ya no existiera el portalón de la calle Jiřská, todos, incluso Seifert, debían haber muerto ya. Mientras Violeta se quedaba conversando con la anciana, Alejandro entró en la torre cilíndrica y subió al primer piso. Las luces oscuras condenadas de cara a la pared escenografiaban el ambiente del horror que proyectaban diferentes artilugios de tortura que Alejandro era incapaz de identificar más allá de su forma. En el centro estaba el potro; el violín, pensó Alejandro; y alrededor había un par de jaulas colgantes, diversos objetos extraños con pinchos internos o externos, collares con cadenas y, pegada a la ventana que Sara le había indicado el día de la propuesta, una gran jaula rectangular con barrotes planos dispuestos de forma ortogonal. Trató de acercarse a la ventana, pero la jaula era tan voluminosa que se lo impedía, ni siquiera intentando meter el brazo entre los barrotes podía llegar a alcanzar el alféizar. Tampoco la luz era suficiente para poder vislumbrar con claridad el punto que buscaba a cinco centímetros de la reja de la ventana, en el intersticio que separaba la laja inferior de la que descansaba sobre ella. Forzó la vista y se marcó uno de los barrotes de la jaula en la frente en su afán de acercarse lo más posible a aquel punto donde le parecía que entre la argamasa sobresalía una pequeña y redonda superficie de un color ennegrecido, pero que en algún momento podría haber sido rojo. No podía estar seguro de si estaba viendo el tubito que Sara hubiera dejado allí o solo se estaba imaginando aquello que necesitaba ver. Se desesperó. Intentó mover aquel armatoste que le impedía el acceso a lo que ya no existía. Empujó con todas sus fuerzas hasta que la rabia se le convirtió en llanto, en un llanto apagado de ahogado balbuciendo el nombre de Sara como si alguna letanía pudiera recuperarla, como si cualquier mensaje que ella le hubiera dejado lo absolviera de lo que le había hecho.

Se asomó a la escalera y llamó a Violeta a gritos, fuera de sí. Al momento la muchacha estaba junto a él acurrucándolo en sus brazos como a un niño, acariciándole las sienes, llenándolo de pequeños besos.

—No llores, mi amor, no llores. Hiciste lo que tenías que hacer, lo que ella quería. Era la única forma de que el ahora no se convirtiera en siempre. Ella lo sabía.

La voz sonaba a dulce y sonajero, a morichal y pájaros acunando cualquier miedo, pero Alejandro sabía que las palabras eran de Alcides. Se revolvió y apartó a Violeta de un empujón.

—¡Fue su voz, fue su voz! ¡Estábamos juntos de nuevo y él vino otra vez a joderlo todo, como la primera vez!

Violeta esperó en silencio, mirándole con los ojos de Sara, convenciéndolo de que todo estaba bien así. La vieja llegó en esos momentos, un tanto alarmada por los gritos de Alejandro, y con tono antipático se dirigió a Violeta. La dulzura de su voz actuó esta vez con más éxito. Algo le dijo sobre la jaula y la ventana y ambas se acercaron, pero era imposible mover aquel armatoste o acceder de alguna forma a aquello que parecía destacar entre la argamasa. Fuera lo que fuera.

Salieron de aquella mazmorra y de aquella vieja muerta. Alejandro le contó a Violeta la historia de Dalibor tal y como se la había contado a él Sara. En el cielo no había estrellas ni luna llena; no hay destino ni música, le dijo a Violeta con una sonrisa de disculpa; y se alejaron muy apretados, cogidos de la cintura por la calle Jiřská hacia abajo. Siguieron así varias noches y varios días, caminando abrazados por las calles y los subterráneos de Praga, huyendo del tiempo que huye, bebiendo slivovice hasta el desgarró, follando entre árboles en Kampa, respirando el aire de los muertos en Vyřehrad, deambulando sin hablar por las calles de Žiřkov como si todo estuviera dicho ya.

Para Bram Gosselt correr cada día era una necesidad. Estuviera donde estuviera intentaba sacar una hora para recorrer sus kilómetros habituales, a ser posible sin acompañantes y con la música del reproductor de mp3 no demasiado alta para que sus pensamientos pudieran correr a su antojo. Algunas veces Van Loos se le unía cuando coincidían en la misma ciudad y disponibilidad de tiempo libre, pero Gosselt pensaba que correr era una actividad tan íntima como soñar y solo por deferencia hacia su jefe admitía la compañía. El afán de soledad y sus repetidas estancias en la ciudad lo habían llevado a descubrir un circuito apropiado a sus necesidades en las afueras, por los caminos que perdidos entre la ribera del río seco y un pequeño monte enlazaban la frontera urbana con las primeras urbanizaciones. Era difícil que se cruzara a alguien por allí a esas horas, casi a punto de anochecer; de vez en cuando algún ciclista, algún vecino de las urbanizaciones paseando al perro, algún coche volviendo a casa por las carreteras secundarias, pero aún no se había cruzado con ningún otro corredor. Se encontraba relajado y satisfecho. Todo le iba bien porque lo estaba haciendo bien, tanto en su trabajo como en su vida personal. No necesitaba más de lo que tenía, las metas le iban llegando sin proponérselas, solo siguiendo el camino. Van Loos lo había puesto al frente del operativo de La Pesquera y todo estaba saliendo como habían previsto, era cuestión de pocos meses que el terreno estuviera despejado. Todo sucedía como al correr, zancada a zancada, pulso a pulso, de forma regular y equilibrada, sin estirones ni paradas, sin descanso, sin cansancio. Su pulsímetro no pasaba de las 120 pulsaciones y aceleró para alcanzar un pico aeróbico mayor. Apenas vio unas luces que salían de un camino lateral deslumbrándole y convirtiendo la paz del anochecer en revoluciones de motor y acelerador pisado y el estupor de un golpe que lo despegó del suelo y le hizo caer de bruces varios metros más allá, entre los arbustos y los primeros árboles que lindaban el camino. No notó dolor, eso no era dolor, pero sí un calor líquido que le iba recorriendo la pierna y los riñones desde la cadera. Era un calor que quemaba como una puñalada, que le hacía pensar en carne desgarrada o en algún trozo de tela que se rasgaba al tirar con fuerza de sus dos extremos. Pero no era dolor, aún. No podía moverse, era imposible moverse y casi respirar porque una armadura de clavos se le hincaba en los pulmones cada vez que el aire intentaba entrarle dentro. Todo era sorpresa, todo se había vuelto del revés y las copas de los árboles ahora gritaban aterrorizadas sin sonido, el viento estaba paralizado y su último pensamiento se había quedado colgado de un instante que

ya no iba a existir más. Intentó pedir ayuda, agarrarse a alguna brizna de la seguridad que se le había desmoronado sesenta pulsaciones atrás, pero tenía la boca encharcada de frío. Todo lo que notaba era un frío atroz y un quemar que desde dentro se le convertía en ese frío.

Apenas pudo reconocer una furgoneta blanca, de las de reparto, y un par de botas interponiéndose a la luz de sus faros y acercándose, despacio, tranquilas, seguras. Ahora pudo pronunciar la petición de ayuda, de ambulancia, y el reproche; ¿cómo sales así sin mirar?; pero no estaba seguro de que aquellos quejidos se convirtieran en palabras. Las botas se detuvieron a su lado y desde arriba de su plano aparecieron primero unas rodillas que se flexionaban, luego unas manos que sujetaban algo y después una cara con un pasamontañas negro. Entonces comprendió.

Las manos actuaron con destreza y rapidez y antes de que pudiera pensarlo ya tenía una bola de goma metida en la boca y tres vueltas de cinta aislante; creía que gris; alrededor. El hombre del pasamontañas no perdió un segundo en atarle manos y pies; el dolor al moverle su pierna derecha ahora sí se hizo insoportable; con unas cinchas de plástico como las que utilizaba la policía. Notó su cuerpo arrastrado a través del camino, subido a empujones y rozaduras en la parte de atrás de la furgoneta y el ruido del motor al salir en primera con las ruedas derrapando entre las piedras. Luego quizá se dejó ir hasta perder la conciencia de quién era o por dónde iba. Despertó y no sabía si habían pasado horas o minutos, pero la furgoneta estaba dando sus últimos tumbos y de pronto se paró con ruido de ballestas y un par de clacs al apagar el motor. Las puertas traseras se abrieron y dos manos se incrustaron en sus sobacos para arrastrarlo sin demasiados miramientos hasta una pequeña casamata casi oculta entre los árboles. Bram sentía que el dolor en su pierna derecha lo invadía por oleadas. Intentó fijar las imágenes distorsionadas que le llegaban a través de la oscuridad cuarteada entre las ramas por la luna casi llena. Había troncos apilados en un claro y un generador eléctrico de gasóleo, también los restos oxidados de un pequeño camión medio desguazado y dos grandes neumáticos, quizá pertenecientes a alguna maquinaria forestal. El rozar de su pierna contra el suelo le hacía rechinar los dientes. Sintió una lágrima manchando su cara. Sabía que era la única que se podía permitir. Dentro de la casamata había todo tipo de herramientas amontonadas por el suelo y sobre una mesa de trabajo con un torno fijado. Vio también varias bombonas de butano y tres posters de la ciudad de Nueva York en

la pared. El enmascarado lo arrastró hacia una silla colocada bajo los posters y lo sentó en ella. Soltó las cinchas de sus brazos y los pasó por detrás del respaldo para volverlos a atar, luego soltó sus piernas y le ató a una pata de la silla solo la izquierda, la derecha la extendió para que la sangre circulara y no sintiera tanto dolor. Su propia saliva lo estaba ahogando, pero la bola y la cinta aislante apenas le permitían balbuceos inarticulados. El hombre inspeccionó con detenimiento todo su cuerpo haciendo inventario de los daños sufridos. Apretó varios puntos de su pierna hasta hacerle atragantarse otra vez, luego lo dejó solo durante unos segundos y regresó con un gran rollo de papel de celulosa y un par de tablillas de madera que alineó a ambos lados de su pierna; enrolló con esmero y varias vueltas el papel de celulosa sobre las tablillas y luego lo afianzó todo con nuevas vueltas de la cinta aislante gris. Bram no notó ningún alivio, pero el hecho de que su agresor se preocupara por el estado de sus heridas le hizo pensar que la situación podía tener algún atisbo de mejora. Entonces el hombre desprendió la cinta aislante de su boca y le quitó el bocado. Un chorro de aire limpio le hizo volver a vivir. Pudo ver ahora con más detalle a aquel tipo no demasiado alto, más ancho que largo, que no aparentaba ser muy ágil por sus movimientos, pero sí con la habilidad necesaria en lo que hacía para transmitir seguridad. Llevaba unos guantes de cuero negros y una cazadora *bomber* azul oscura que en aquella madrugada de finales de agosto aún le daría excesivo calor. Los pantalones de *denim* negros no eran de marca, ni siquiera parecían ser muy recientes, quizá el hombre se había vestido a propósito con ropa vieja. Su cerebro impassible de holandés también sin alma se había puesto a procesar información y eso le hacía sentirse mejor. Mantener la tranquilidad en situaciones complicadas siempre le había reportado buenas consecuencias. Estaba seguro de que en esta ocasión no sería diferente. Si aquel hombre lo había llevado hasta allí era porque lo tenía todo planeado. Buscaba algo, lo que fuera. Estaba preparado para lo que iba a suceder a partir de entonces. Una negociación. A través de las aberturas del pasamontañas vio los ojos del raptor. Eran unos ojos redondos, no muy grandes, de un color oscuro que no pudo determinar. Unos ojos cansados, mayores, con la retina saturada ya de imágenes repetidas. Había un fondo de ironía en ellos, un toque casi imperceptible de empatía, una especie de complicidad con la víctima. Las córneas estaban arrasadas de venillas violáceas. Eran los ojos de un bebedor que dormía poco, pensó Bram Gosselt. Debajo de ellos dos grandes bolsas macilentas lo confirmaban, alrededor un sinfín de diminutas arrugas hablaban de risa fácil y genio pronto. El hombre acercó una silla, se sentó y depositó un purito Café Crème en los labios del holandés. Aquel hombre quería demostrarle que lo conocía muy bien, porque él solo se permitía fumar en ocasiones especiales y siempre uno de aquellos mini cigarrillos aromatizados. El hombre le

arrió la llama de un mechero, pero algo tenía roto por dentro porque la primera calada le provocó un ataque de tos y el purito cayó al suelo. El hombre pareció reír y le recogió el cigarrillo. Luego habló.

—No te preocupes, no tienes nada grave. Es solo la impresión. Fuma despacio y se te irá el dolor. —Se giró para que Bram no pudiera verle parte de la cara al levantarse un poco el pasamontañas y dar una calada al cigarrillo—. No están mal estos cigarrillos, pero deberías probar un buen Romeo y Julieta mojado en coñac. No hay nada mejor que eso. —Le volvió a acercar el cigarrillo a los labios y esta vez Bram pudo aspirar el humo sin complicaciones.

Fumaron el cigarrillo en silencio, una calada cada uno, viendo cómo el humo se acumulaba en el cono de luz que proyectaba una lámpara desde el techo. La luna había dejado una noche lechosa tras la pequeña ventana, en el bosque se cruzaban los ruidos del viento con silencios apenas sostenidos. Bram intentaba atrapar algún centímetro del rostro de aquel hombre cada vez que se giraba para levantar el pasamontañas, pero lo único que podía aventurar era que se trataba de un hombre mayor que él, fuerte y sólido, pero no en demasiada buena forma física. Su voz era grave, un tanto ronca, sin ningún rasgo de animosidad hacia él. Si no fuera porque le había roto el esqueleto y lo tenía atado a esa silla podría pensar que le caería bien. Sabía también que aquella actitud casi amable era parte del juego, de la estrategia del cazador. Él mismo lo había hecho muchas veces en sus negociaciones. Detrás de lo bueno vendría lo peor. Estaba preparado.

El hombre pisó el cigarrillo en el suelo y lanzó un suspiro como dándose ánimos para ponerse a la faena. Se levantó y sacó de una cartera de mano una carpeta que parecía contener papeles. De la carpeta sacó una fotografía y se la acercó a su prisionero a la cara.

—¿Conoces a este hombre? —la voz había cambiado por completo, cualquier tono de amabilidad había desaparecido. No había rencor ni amenaza, solo era una voz fría, distante, impersonal.

Bram Gosselt reconoció de inmediato al inspector Sanjuán. En un momento

comprendió de qué iba aquel asunto y se dio cuenta de que la cosa podía ser bastante peor de lo que pensaba. Pero no era momento de pensar en nada más que en la siguiente pregunta a su respuesta.

—Creo que no. No recuerdo haberlo visto nunca.

El hombre del pasamontañas se lo quedó mirando en silencio, sin hacer el mínimo gesto ni movimiento. Sin separar la fotografía ni un milímetro del rostro de Bram. Luego se alejó, pareció olvidarse de que allí había alguien atado a una silla y se puso a trajinar con las herramientas que había sobre la mesa de trabajo. Bram supo que estaba ante un profesional. Cinco minutos después regresó hasta él con la fotografía en la mano. Se la volvió a poner delante de las narices. A Bram le estaban entrando ganas de orinar. Intentó no pensar en eso.

—¿Conoces a este hombre? —la pregunta sonó como una réplica exacta de la anterior.

—No. Ya te he dicho que no. —Bram supo que el otro sabía y que de nada le iba a servir negar muchas veces más. Pero si no negaba lo peor sería la siguiente pregunta, y después la siguiente. Eso también lo sabía.

Todo volvió a ocurrir como la vez anterior. El hombre mirándolo sin moverse, sin respirar, con apenas un ligero temblor de la fotografía sujeta entre dos de sus dedos. Pudo pasar así otro minuto, o quizá una hora o todo el tiempo. Bram ya no lo sabía. Solo esperaba lo peor.

—¿Conoces a este hombre? —otra vez sonó tan igual que Bram deseó que aquello fuera solo su pesadilla. Ahora fue él el que se tomó casi un minuto en contestar.

—No.

El hombre dejó con cuidado la fotografía dentro de la carpeta, luego tomó

algo de la mesa y se acercó hacia Bram sin prisas, siempre con su agobiante calma. Antes de que Bram pudiera ver lo que era, lo que aquel hombre sujetaba en su mano derecha salió disparado hacia su rostro y hubo un restallido de piel y un dolor agrio de cuchillas rasgando y el sonido flaco, de hoja, de ida y vuelta, de cada uno de los golpes que se sucedieron hasta bañarle la cara en líquido que le llenó la boca aún adormecida por el aroma del Café Crème y le hizo volver a toser sabiendo que eso no iba a ser lo peor. Luego el hombre se quedó frente a él, mirándolo con esa pizca de humor en los ojos, como comprendiendo su dolor. Bram pudo distinguir entonces el látigo de siete púas que se había fabricado aquel tipo con alambre y un martillo. Pasaron un par de minutos. El hombre dejó el utensilio sobre la mesa y desapareció en una pequeña estancia contigua. Bram intentó repasar en un momento toda la información que había captado, luego intentó encajarla con la información que disponía de Sanjuán. Aún no podía relacionar nada. El hombre regresó con una botella de agua en la mano. Le echó el líquido por la cara y se la limpió con papel de celulosa. El contacto de la piel cuarteada con el papel le hizo temblar de dolor. Luego el hombre le abocó la botella para que bebiera hasta no poder más. El líquido en su esófago también lo desgarró. Pasaron otros interminables minutos. Bram sabía que lo siguiente sería otra vez la fotografía y la pregunta. Luego otra vez los golpes y la sangre y el escozor insoportable y el acero. El hombre se volvió a acercar a él, pero no hubo pregunta, solo otra vez los golpes y los restallidos, el ruido fofo del desgarrar, la sangre anegándole los ojos hasta cegarlos, el dolor maldito queriendo aullar sin poder. Luego el silencio y la oscuridad y el orín cayéndole desde la entrepierna por la pernera del pantalón hasta gotear en el suelo sin sonido. Tras un rato interminable que Bram no quería que terminara nunca vino otra vez el agua y los cuidados y otra vez la pregunta y la misma respuesta y los mismos golpes hasta ya no saber si el golpe llegaba después de la respuesta o antes de la pregunta.

La sangre ya lo ocupaba todo y dijo sí y ya no hubo más golpes. Ahora el agua y los cuidados y cierta intención de que no estuviera tan mal, de que se diera cuenta de que el dolor era una consecuencia que accionaba él, no su torturador. Pudo ver al hombre con una botella de coñac sirviéndose un trago, luego se la acercó a la boca y le escanció varios pequeños sorbos. El fuego le invadió los labios y el paladar, pero al instante se sintió reconfortado, casi bien como si ya todo hubiera pasado.

—Háblame del hombre de la foto. —El hombre se había vuelto a sentar.

Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y el pie derecho descansando sobre la rodilla izquierda. Cada vez que iba a beber se giraba para levantarse el pasamontañas. Encendió otro Café Crème y comenzó a compartirlo con Bram que entre punzada y punzada de dolor parecía recuperarse un poco.

—¿Te puedo hacer una pregunta antes? —Su única oportunidad era el diálogo, el intercambio, si dejaba que aquel tipo manejara del todo la situación no tendría ninguna oportunidad. El hombre pareció pensarse con mucho cuidado la respuesta.

—Tienes tres preguntas. Suelta la primera. Si haces la pregunta incorrecta pierdes las que te queden. —Aquel tipo quería jugar, pensó Bram; eso significaba dos cosas. Una que creía que no podía perder, la otra que tenía una personalidad arrogante. Esa podía ser su debilidad.

—¿Qué quieres conseguir? Sea lo que sea te lo puedo proporcionar. Si es dinero con una llamada bastará. Si es algún negocio, alguna oportunidad para algo, lo que sea, yo te lo puedo proporcionar. Si sabes mi marca de tabaco holandés, también sabrás esto.

—Lo sé todo sobre ti. Tienes razón. Sé a qué colegio van tus hijos en Ámsterdam, el coche que conduce tu exmujer, el tipo de putas que te sueles tirar; pero, para tu suerte o para tu desgracia, esta historia no va de dinero, ni de negocios ni de nada material que me puedas proporcionar. Esto va de la verdad. Así de simple. Si eres capaz de darme la verdad nuestro asunto se arreglará, pero si no consigues que te crea, estás jodido amigo —el hombre se recreaba en las palabras, se sentía poderoso, protagonista de su juego—. Ahora me toca a mí la pregunta. ¿Quién es el tipo de la foto? Piénsate la respuesta porque de lo que me digas depende que vivas o que tengas la muerte más horrible que te puedas imaginar —las palabras se arrastraban tan lentas e indiferentes que Bram empezó a sentirse mareado—. Sé que eres un tío duro, un hijo de puta, pero ahora ya sabes que yo lo soy más. Dispara.

—Se llama Antonio Sanjuán. Es inspector de policía.

Casi antes de pronunciar la última palabra le vino de nuevo el golpe y el restallido de la piel y la sangre y la incertidumbre del siguiente golpe y cuál de sus palabras había vuelto a desatar aquella violencia. Enseguida lo supo.

—¿Se llama? ¿Has dicho se llama o es que te he oído mal? —Bram ya no tuvo ninguna duda. Solo la verdad lo podía salvar.

—Se llamaba. —El hombre pareció alegrarse de que hubiera acertado la respuesta y comenzó de nuevo la ceremonia del agua, los cuidados y el coñac.

—Bien. Te voy a ayudar. Este hombre os estaba tocando los cojones a ti y a tu jefe. Había conseguido tanta mierda sobre vuestros negocios que os iba a hundir. Tu jefe movió sus fichas y el inspector fue destinado a Tenerife para que no siguiera importunando. Ahora, pregunta, ¿dónde estabas tú el veintiocho de febrero de este año? —Bram tragó saliva y sangre, responder aquella pregunta era cerrarse cualquier salida. Mentir también.

—No recuerdo, tendría que mirar mi agenda.

Al hombre le brillaron los ojos bajo el pasamontañas. Se levantó como si se despezara y se acercó con parsimonia hasta la mesa de trabajo. Luego regresó hasta la silla con unas tijeras de podar en la mano. A Bram no le hizo falta más para comprender que no había más posibilidad que la verdad.

—Estaba en Tenerife.

—Bien, veo que vas entendiendo. Sigue.

—Había quedado con Sanjuán para entregarle una cantidad de dinero a cambio de que se olvidara de nosotros. Diez millones de pesetas era lo acordado. Estábamos citados en un bar de la Costa del Silencio, muy cerca de la Montaña Amarilla. Estuve más de dos horas esperándolo, pero no apareció. Su móvil estaba apagado. No había forma de dar con él, así que ya estaba a punto de

volverme a mi hotel cuando alguien entró en el bar diciendo que un hombre se había despeñado desde el sendero que bordea la costa. Tuve el presentimiento de que era él y le pedí a aquel tipo que me acompañara hasta allí. Nos intentamos acercar al lugar, pero la guardia civil había cortado el acceso. Estaban rastreando la zona para encontrar el cuerpo. Tuvimos que volver. Llamé a la comisaría desde una cabina y pregunté por Sanjuán. Nadie me supo o quiso decir nada. Hasta el día siguiente no pude confirmar mi presentimiento. Fui al bar donde habíamos quedado y el camarero me dijo que habían encontrado el cadáver al amanecer, que el tipo que se había arrojado por el acantilado era un policía, que andaba borracho y se cayó o se tiró. Confirmé que se trataba de él y a primera hora de la tarde cogí el vuelo de vuelta. Eso es lo que te puedo contar sobre Antonio Sanjuán.

—Antonio nunca hubiera aceptado dinero de gentuza como vosotros. Era un hombre íntegro, si puedes imaginar lo que es eso. —Por primera vez aquel hombre parecía alterado. Su voz sonó con una ira contenida, a punto de convertirse en grito. Bram intentó conservar la calma al hablar de nuevo.

—Sé que tú ya tienes tu verdad. Es la única que vas a creer. Dime qué quieres que te diga.

—Solo existe una verdad. Esa quiero que me digas. También existen las casualidades, pero estas casi siempre al final resultan mentirosas. ¿Es una casualidad que allá donde tú vayas alguien muera? ¿Es una casualidad que el veintiocho de febrero estuvieras en Tenerife y que el veintiocho de febrero muriera Antonio Sanjuán? ¿Es una casualidad que el dieciocho de mayo estuvieras en esta ciudad y que el dieciocho de mayo muriera Sara Romero Vázquez? ¿Es una casualidad que las dos muertes aparezcan como un desgraciado accidente o como un trágico suicidio? ¿Es una casualidad que allá donde estés tú alguien la palme?

Por primera vez desde que las luces de la furgoneta le habían invadido la carrera, Bram tuvo claro que el juego había terminado. La pierna se le había adormecido, ya no notaba las punzadas de dolor ni el pulso de la sangre al recorrerla. El escozor de los cortes en la cara, en el cuello, en la cabeza, iba remitiendo dejando apenas un eco de sabor a vinagre en los labios abiertos.

Podía resistir aquel dolor y bastante más, estaba entrenado para eso, pero era tan inútil. Aquel hombre iba a matarlo porque lo tenía ya decidido de antemano. Nada podía cambiar aquello. Menos aún la verdad.

—Cuando llegué al piso de Sara ella ya estaba muerta. Asfixiada. Sánchez me dijo cómo entrar por la terraza, pero al parecer alguien llegó antes que yo. Lo arreglé todo para que pareciera un escape de gas y me fui. Esa es la verdad. Ni maté a Sara ni maté a Sanjuán.

—¿Fue Sánchez quien os avisó sobre que Sara estaba jodiendo a Van Loos?

—Sí. Ruus descubrió que Sánchez estaba desviando capital hacia otra de sus empresas, en la que Sara tenía todos los poderes. Habló con él y lo convenció de que era mejor colaborar.

—Y Van Loos no te ordenó matar a Sanjuán ni a Sara...

—Exacto. Ni Van Loos ni yo vamos matando a la gente por ahí. Solo hacemos negocios. Sara tenía una serie de documentos que podían causarnos dificultades. Él nunca le hubiera hecho daño, solo me pidió que recuperara esos documentos. La habría convencido también, pero su muerte lo impidió.

—¿Quieres que empiece a cortarte a pedacitos con esto —agitó las tijeras de podar delante de su cara— hasta que me convenzas a mí?

—Sé que no te puedo convencer. No sé si estás pretendiendo ejercer alguna especie de venganza o de justicia, pero te aseguro que nunca en mi vida le he hecho daño a nadie, no sería capaz de matar a nadie. Puedes creerme o no, pero creo que no lo harás porque necesitas una coartada para ejercer de verdugo. Esa es tu verdad. Nada de lo que te diga va a servir de nada.

—No te voy a matar. Podrías haber tenido una muerte horrenda, pero al final la cosa no va a ser tan grave. Solo te voy a hacer una foto para que nunca te

olvides de mí.

El hombre del pasamontañas dejó las tijeras sobre la mesa, rebuscó en una caja con herramientas y sacó unos guantes de fregar azules. Pareció acordarse de algo y dejó los guantes sobre la mesa. Cogió de nuevo la botella de coñac y se acercó hasta Bram. Le fue decantando el líquido sobre la boca, intentando que no le rozara los labios para que no le escociera demasiado. Cada poco paraba para que no se atragantara. Era como darle el biberón a un animal herido. Cuando la botella se vació volvió a la mesa y se cambió los guantes. A Bram se le llenó la cabeza de ideas extrañas, volátiles, que iban y venían. Pensó en su madre fumando aquellos cigarrillos sin filtro, en un balón marrón que le regalaron de pequeño, en aquellos pantalones cortos que tanto odiaba, en aquel coño oscuro que rezumaba un líquido lechoso, en los ojos tristes de su abuelo recordando las entreguerras, en sus dos niños, chica y chico, que le habían ido perdiendo la confianza desde el divorcio seis años atrás. Pensó en aquellos documentales de los campos de exterminio, en aquellas colas de personas esperando su turno sin la mínima intención de rebelarse a su destino, pensó en los pelotones de fusilamiento, en el cuadro de Goya, en aquellos hombres muertos ya antes de morir sin el mínimo gesto de pánico.

El hombre del pasamontañas se acercó con su calma habitual. Sus ojos lo miraron sin esconder su simpatía. Con un cuchillo cortó la cincha que le sujetaba las manos tras el respaldo, luego se colocó justo a su lado derecho y tomó su mano hasta llevarla a la altura de la cabeza. Bram quiso cerrar el puño, pero una laxitud tremenda le impedía mover un solo músculo. El hombre sacó una pistola del cinturón y la colocó con mucho cuidado entre sus dedos, el índice en el gatillo. Con mucha lentitud dirigió la mano de Bram empuñando la pistola entre sus dos manos enguantadas hasta la distancia apropiada. Era como un guiñol. El hombre apoyó su dedo índice sobre el dedo índice de Bram y apretó. Una llamarada iluminó el rostro de Bram antes de que su cabeza explotara y los guantes azules y uno de los posters de Nueva York se mancharan de sangre y sustancia.

El hombre dejó caer la mano de Bram con la pistola, luego volvió a cambiarse de guantes, le quitó la cincha que aún sujetaba su pierna izquierda y arrancó con mucho cuidado la cinta aislante para quitar el papel y las tablillas de

su pierna rota. Recogió las herramientas que había utilizado, la botella vacía de coñac, la botella de agua. Metió en la cartera la carpeta con los papeles y la fotografía, el martillo coronado de alambre, el cuchillo, los guantes azules, las cinchas rotas y cualquier otro objeto que hubiera intervenido en su interrogatorio. Estaba amaneciendo ya. Apagó la luz y se quitó el pasamontañas. Sin ninguna prisa se montó en la furgoneta y se alejó de allí.

«Me encanta llegar de improviso por la terraza y sorprenderla. Busco su primera mirada con ansiedad. Intento ver reflejada en ella la sorpresa, la alegría o un cierto disturbio que me muestre que las moléculas de su vida explotan todavía al verme. Lo que sucede es que me mira como si llevara horas con ella, como si no nos hubiéramos perdido durante más de quince años o casi toda la vida.

Ahora está trajinando en la cocina. Hace como si no me hubiera oído llegar. Lleva las rastas recogidas en un moño. Me acerco despacio hasta su cuello y empiezo a besarlo muy despacio, a pellizcos ligerísimos en su piel, puntos y comas que mis labios van dibujando hasta llegar a su oreja. La noto feliz aunque no me lo quiera demostrar. Ella sigue de espaldas con lo que esté haciendo, como si no estuviera yo allí. Me arrimo a su culo como aquella vez en el puesto de baratijas. Los dos recordamos cada día aquel momento.

Me dice que está esperando a la vecina para cenar. Que en cuanto toque a la puerta me las tengo que pirar. Yo le reprocho que prefiera antes a la vecina que a mí y por fin se gira y me besa como si estuviera descorchando un vino francés. Nos quedamos así un rato, sin hablar, solo sintiéndonos las lenguas. Me sirve una copa de su vino blanco, brindamos por nada y nos miramos. Recorro todo el camino de su cuerpo con la mirada. Tiene el hoyuelo dibujado en la mejilla derecha, ahuecado por esa sonrisa que casi de perfil se le escapa y que me está diciendo a todo que sí. Lleva un vestido azul oscuro con dibujitos rojos inexplicables. Es un vestido tan corto y ligero que parece un camisón. Le bajo uno de los tirantes con un dedo. Está muy morena ya, sin marcas del biquini, solo alguna de cigarrillo que es difícil que se le vaya. Llevo mi dedo por el borde del vestido hasta sus tetas. Me encantan esas tetas pequeñas que parecen alzarse de puntillas sobre ellas mismas, su pezón izquierdo aparece sonriendo, rosado, atento a mi roce. Me dice que no vamos a follar y yo río como si eso fuera imposible. Me señala un libro que está leyendo, sobre Milena Jesenská, y me dice que si me porto bien me contará su historia. Yo le prometo que me portaré bien y beso su pezón como señal de la promesa. Nos acabamos las copas y nos servimos más. Me encanta su boca y esa laxitud que el vino le da. Me dice que ya lo tiene todo casi arreglado, que en un mes nos vamos a Syros. La noto tan

entusiasmada que me asusto, me da miedo que nuestros deseos se cumplan y también que no lo hagan, pero ella me pellizca la mejilla hasta que me rindo y le digo que iré con ella a donde sea y ahora su hoyuelo desaparece, se queda pensando, me dice; a donde sea no; iremos a la isla y compraremos una casa cerca de alguna playa. Yo pintaré y tú escribirás. Pescaremos al amanecer cuando estemos borrachos y nos miraremos sin decirnos nada ni contar el tiempo ni las arrugas, ¿quieres?; y yo claro que quiero, creo, ¿cómo no voy a querer estar con ella?, pero los dos sabemos que el futuro no se puede narrar sin inventar.

Le muerdo la oreja, los labios, el cuello, la aprieto tanto contra mí que noto sus costillas, su estómago, su abdomen como si fuera parte mía. Ella se deja hacer, conoce cada uno de los pasos que llevan hasta nuestros cuerpos. Nos dejamos caer hasta el suelo, me siento sobre ella y le subo el vestido hasta descubrir los senos. Ríe y me repite que no vamos a follar porque sabe que eso me excita más. Me agarra la nariz y tira de ella hasta sacarme los mocos, hace una mueca burlona y se limpia en mi camiseta, luego, como si hablara de otra cosa me vuelve a incriminar; no fuiste a Praga; y yo no respondo, solo le muerdo el labio inferior para que grite, de nuevo le repito; ¿y tú?; y ella ríe con esa risa retraída que parece saberlo todo y me muerde a mí. Me dice; iremos juntos a Praga; y yo la miro y me la creo hasta el alma.

—¿Tú sabes quién era Milena?

—Una novia de Kafka, ¿no?

—Bueno, decir novia es convertirlo en algo común, no sé, era una mujer especial, más allá de su relación con Kafka. He leído su historia y creo que por primera vez he comprendido que las cosas valen la pena, que el dolor no puede prevalecer ante lo hermoso que puede llegar a ser sentir —Sara habla con las palabras enredadas, con miedo a salir, dándose empujoncitos con los labios, expulsándolas de su boca para que se enganchen a sus frases—. Me he dado cuenta de que por fin puedo llenarme por dentro de algo, de que toda mi vida he estado mirándome a ver si me encontraba y no me podía encontrar porque era yo la que miraba, era yo la que estaba, la que era, ¿entiendes?

—Creo que sí, pero igual no. No sé. —Sara mueve sus hoyuelos en una sonrisa un poco triste porque sabe que las sensaciones más profundas se vuelven tópicas cuando se intentan envolver en palabras.

—Milena tenía una fuerza, una ilusión por la vida, una valentía que yo no he tenido nunca, pero sé que por dentro somos iguales. Sé que ella amaba como yo te amo a ti y ahora sé que eso me ha hecho tan fuerte como ella. ¿Quieres que te cuente?

—Quiero.

Y Sara comienza por la Praga del Imperio, Milena y su padre autoritario, la escuela Minerva y todas esas cosas tan fáciles de leer en cualquier parte, pero yo sé que por primera vez en todos sus años ella me está hablando de verdad de sí misma, que por primera vez desde que la conozco su boca pronuncia cada uno de sus silencios con el absoluto convencimiento de pertenecerle. Mientras me narra aquella historia, le entreabro un poco las piernas y empiezo a acariciarla. Sara se deja hacer, pero solo por encima de las bragas, cuando intento bajárselas me frena con una sonrisa; hoy no vamos a follar. Me habla de Milena; era tan libre, me dice; de las visitas a los cementerios, de su atracción por los escritores del Café Arco, de su amor por Pollak, un judío que enamoraba con sus palabras. Me cuenta que su padre, rico, nacionalista descendiente de Jessenius y antisemita, se opuso a que se casara con él, sin dinero y diez años mayor que ella, y la internó en una clínica para enfermedades nerviosas, que ella se escapaba de la clínica para encontrarse con él y que sustraía drogas del consultorio de su padre para probarlas; que vestida cruzaba a nado el Vltava y hurtaba en las tiendas para divertirse, y Sara no puede aguantar la risa y el gemido mientras noto cómo sus bragas se van mojando bajo mi mano que intenta seguir sobre su clítoris el ritmo circular de sus palabras.

Me cuenta; y escuchar su voz así, medio adormecida por el vaivén de mi mano, me excita más que cualquier cosa que pueda imaginar; que leía a Dostoievski, a Byron, a Wilde, que le encantaba ir a las peores *kavárnas* de la ciudad, que en su afán de experimentar conoció las relaciones lésbicas y que

tuvo que abortar por un embarazo imprevisto. Pero, me dice, todo esto que te cuento, lo que hacía, no es lo importante; lo importante era su espíritu, sus ganas de vivir, su valentía, su pasión, su generosidad, su falta absoluta de mezquindad, de cobardía o de especulación sobre lo que le podía convenir o no.

—¿Entiendes?

—Entiendo. —Intento introducir un dedo en su vagina, pero su mano vuelve a impedirme cualquier aventura más allá de su clítoris. Empiezo a pensar que no me conviene que lea sobre Milena. Sigo acariciándola. Me saca la lengua y me sonrío en señal de cariño.

Me dice que si solo nos fijáramos en las chiquilladas que hacía podríamos pensar que era una niña de papá con dinero, malcriada y caprichosa; pero no era así. Su padre era despótico y era su afán de libertad y su curiosidad lo que la hacía actuar así. Le encantaba rodearse de escritores y conoció a muchos en la ciudad. Me dice que era una mujer apasionada, que se dejaba llevar por sus instintos, pero que a la vez necesitaba admirar a quien amaba, dárselo todo sin reservas. Le encantaba recoger flores del cementerio para llevárselas a Pollak al Café Arco, sin importarle que este estuviera flirteando con otras.

—Para, para. —Me sujeta la mano para que no siga acariciándola porque no quiere correrse aún.

Me cuenta que cuando cumplió la mayoría de edad no hubo forma de disuadirla y se casó con Pollak, que su padre; qué le iba a hacer; tuvo que aceptar a regañadientes y les dio una pequeña dote con tal de que se fueran a vivir fuera de Praga. Que se fueron a Viena, la derrocada capital del extinto Imperio, arruinada y hambrienta hasta las entrañas mientras las clases favorecidas intentaban simular que no había ocurrido nada. Su amor por su marido le hizo trabajar para él mientras este se pavoneaba en los cafés y le llevaba mujeres a casa. Aquella niña rica de educación exquisita aprendió a ganarse el pan sin importarles los sacrificios ni las humillaciones. Tuvo la suerte de empezar a escribir para una revista y relató toda la miseria que veía a su alrededor. Su pasión por lo que la rodeaba le hacía escribir de tal forma que era

como si narrara, como si los que leían pudieran escuchar su voz. Era una mujer que enamoraba a cualquier espíritu con sensibilidad. Para intentar atraer de nuevo a su marido robó joyas en una casa en la que servía, se compró un vestido elegante y se hizo la encontradiza con él en un café. Su padre tuvo que interceder por ella cuando fue detenida. Su angustia y amargura llegó hasta tal punto que intentó suicidarse, trató cien veces de dejar al cretino aquel, pero le era imposible. Lo amaba.

Sara ahora me mira con una expresión que me sobrecoge. Sé que está hablando de ella misma más que de Milena. La noto tan madura, tan sabia después de tantas cosas, tan de vuelta ya, que su mirada me intimida. Mi mano está dormida sobre su coño, dejándose acariciar por las minúsculas vibraciones de su cuerpo. Su voz ha cogido ritmo y ahora suena suelta, acostumbrada, con todas las palabras sabidas. Se está tan bien así, tumbados en el suelo, borrachos y tan cercanos el uno al otro. Ahora, tras el silencio, lleva su mano hasta mi mano para empujarla a la caricia de nuevo. Todo empieza otra vez.

Me cuenta que Milena descubrió los cuentos de Kafka y le escribió para ver de traducirlos al checo. Que de allí surgió una relación epistolar que al poco pasó de lo profesional a lo personal y de lo personal a lo sentimental. Que por fin ella había encontrado aquel espíritu que tanto había buscado sin saber. Aquella relación imposible entre un enfermo aterrado de amor y ella, una mujer apasionada por vivir, se convirtió en una negación para ambos, pero se transmitieron tales cosas a través de sus letras que pocas relaciones podrían haber sido tan intensas. Me dice que no sabe muy bien si consumaron su amor; lo dice así: consumaron su amor. Yo no puedo evitar burlarme y ella me agarra de la nuez y me aprieta hasta sacarme un gallo; pero, sigue ahora muy seria, quizá sean más valiosos los amores que no se consuman, aquellos que se mantienen en la renuncia porque solo se puede seguir deseando lo que nunca se ha tenido. Yo no estoy de acuerdo en absoluto y le explico que para mí el deseo nace cada vez que la veo o que la pienso aunque acabemos de consumir. Y ahora es ella la que se burla con ganas de jugar, pero en cuanto mi dedo intenta la penetración aquella abertura se sella.

Milena no se decidió a abandonar a su marido, apenas estuvieron juntos unos días. Kafka le pidió en una carta que dejara de escribirle; no soportaba tanto

amor, me dice; y yo sé que estamos juntos en nuestro pasado. Milena tradujo todos los libros de Kafka al checo, incluso este le entregó sus diarios y manuscritos; ¿te imaginas estar sin él, pensando a cada momento en él y estar trasladando cada palabra suya al checo?, ¿te imaginas qué dolor?; y de nuevo sé que me está hablando de su dolor, de sus quince años de dolor, de su teclear cada letra de mis relatos como si así se imaginara que estaba hablando conmigo. Así que cuando Kafka murió, continúa guiando todavía mi mano con la suya, ella se quedó con él para siempre. Es el amor perfecto, el que nunca se cansa.

—Como en *Los muertos*.

—Sí —se entusiasma al recordar el relato—, ¿te acuerdas cuántas veces lo leíamos?

—Siempre llorabas y yo me ponía un poco celoso de que lloraras por un personaje literario.

—Lloraba por ti.

—¿Por mí? ¿Tan muerto me veías? —intento bromear porque sé muy bien lo muerto que estaba.

Sara no contesta. Se queda pensativa un buen rato mientras bordea mis labios con sus dedos. De pronto parece recordar su relato y sigue hablando distraída, como si se hubiera quedado enganchada en el último párrafo.

Al final Milena tuvo el valor y el conocimiento suficiente para dejar a aquel tipo y regresar a Praga. Comenzó a trabajar como articulista y cobró prestigio y fama en la sociedad praguense. En sus escritos exponía sus inquietudes sociales en un momento histórico en el que el nazismo y la crisis capitalista aleteaban. Tras varias relaciones se casó de nuevo y tuvo una hija. Sus problemas de salud tras el embarazo le provocaron una cojera y la hicieron adicta a la morfina. Otra vez empezó la cuesta abajo, el abandono y la miseria; ¿te das cuenta la fuerza

que tenía esta mujer para resistir el sufrimiento?; hasta que de nuevo volvió a escribir sobre los problemas políticos y sociales, volvió a tener éxito y aparecieron los nazis por Praga.

Sara se calla. Está pensando, me habla de Milena y piensa en otra cosa, en ella, en mí, en todo el tiempo, en Joyce. Sé que piensa en Joyce y el tiempo. Me dice; espera; y me aparta para levantarse, sale de la cocina y al momento viene con la bolsa de plástico y las esposas. Creo que sí que vamos a follar. Se pone la bolsa sobre la cabeza como si fuera un gorro de dormir y junta sus manos tras la espalda para que le cierre las esposas en las muñecas; luego vuelve a tumbarse como estaba. Me sonrío traviesa; cuando yo te diga, ¿vale?; vale, cuando tú me digas. Y sé que siempre ha sido el ama en este juego. Sara vuelve a su relato, está tan preciosa que me entran ganas de gritar. Entreabre más sus piernas para que mi mano se acomode, mis dedos recorren los hoyuelos de sus ingles, el interior de sus muslos, se entretienen bajo la blonda de las bragas, avanzan hasta la vulva marcada bajo ellas, mojándolas, abren un poco sus labios, recorren la línea de su coño hasta llegar al clítoris y comienzan allí su derviche. Ella jadea; ¿de verdad no quieres que te quite las bragas?; no, quiero que lo hagas así, despacito, solo con los dedos, así, mientras yo te cuento.

Sigue contando que Milena no tuvo el más mínimo miedo de seguir publicando sus artículos en plena ocupación nazi, que por solidaridad con los judíos no le importó coserse una estrella amarilla aunque no fuera judía, que colaboró para ayudarlos a huir, que participó en la clandestinidad hasta que fue detenida y llevada a un campo de concentración. Su voz se va agitando mientras mis dedos la acompañan; me dice; ¡ahora!; y le bajo la bolsa de plástico hasta el cuello. Su rostro está bellísimo a través de aquella transparencia. Hemos jugado tantas veces a esto sin que ni una sola vez se haya repetido su mirada bajo la bolsa. Hoy sus ojos me miran con tanto cariño que sé que voy a llorar. Sin parar de acariciarla cuento cinco, cuento diez, cuento quince, la bolsa se va empañando, pero aún la distingo, sus ojos están tan abiertos como una pregunta, cuento veinte, alzo la bolsa y ella agarra el aire de toda la habitación, tose, me besa con la lengua hasta ahogarme, su voz sigue narrando la historia de Milena, yo sigo masturbándola, me excita tanto escuchar sus gemidos entre palabras que me gustaría que esto no se acabara nunca. Me habla de Margarete, la autora del libro, de que en el campo se hicieron aliadas y amigas, que su amistad fue tan fuerte que las ayudó a sobrevivir, que ellas se prometieron que si alguna de las

dos se salvaba, escribiría la historia de la otra, y que si lo hacían las dos escribirían juntas su historia.

—¿Ves por qué era tan importante Praga? —me dice con esa voz entrecortada que se le pone cuando está a punto del orgasmo—. ¡Ahora!

Y vuelvo a bajarle la bolsa, vuelvo a contar treinta, cuarenta, cincuenta, y ya no veo sus ojos, la bolsa está tan empañada que solo se ven gotas y bruma. No sé si me habla, si sigue con su historia. Con la bolsa es imposible emplear nuestra palabra de seguridad, pero empiezo a escuchar la voz tranquila de Alcides que me acaricia. Suelto la bolsa y otra vez la vida y su boca llena de saliva chorreándole, los ojos encharcados en agua, el hoyuelo derecho y sus jadeos mientras no dejo de acariciarla y noto las convulsiones de su coño, sus latidos se oyen como si fueran cargas de profundidad. Se recupera un poco y me pide; ¡más rápido!, ¡más rápido!; y mis dedos aceleran sus círculos perfectos sobre ella.

—Milena murió y Margarete escribió el libro que le había prometido. ¿No te parece una historia perfecta?

—Perfecta.

—¡Ahora!

Y vuelvo a bajar la bolsa y cerrarla bien sobre su cuello. Sé muy bien cuál es el límite, aunque ella siempre me pida un poco más. Siempre emerge a la vida su rostro como desde el fondo de un mar. Pero ahora quizá la voz de Alcides me distrae, me hace perder la cuenta. Me susurra que siga, que es lo que ella quiere, que no suelte, que no suelte, que solo se ama de verdad lo que se puede perder, aquello que te puede destruir, que es la única forma de que no sufra, que solo yo puedo hacerlo, que así siempre estará conmigo; y cuento sesenta, setenta, ochenta, y la bolsa se ha vuelto blanca, como hinchada, y las piernas de Sara se convulsionan por el orgasmo, su cuerpo da unos botes terribles bajo el mío, me gustaría tanto volver a ver su cara que estoy a punto de sacar la bolsa, pero

Alcides sigue hablándome; no sueltes, no sueltes; me repite que la deje cumplir lo que ella quiere, que es la única forma en que estará para siempre conmigo, y yo sigo sujetando la bolsa hasta noventa, cien, ciento veinte, y Sara ya no se mueve, la bolsa se deshincha, su cuerpo se queda tenso, arqueado bajo mi pene durante unos segundos, luego se desploma, cae como un vértigo hasta el suelo y veo sus pezones aún enhiestos y creo que la voz de Alcides ya no se oye. Saco la bolsa con lentitud, pensando que en cuanto se la quite va a sonreírme con su hoyuelo derecho señalándome el sí. Su rostro está azulado, como abotargado, por la comisura de sus labios se desprende un hilo de espuma. Sus ojos están cerrados, los ha cerrado para que no pueda ver más su dolor. Vuelvo a equivocarme al recitar el poema.

Guardo la bolsa en mi bolsillo. Le quito las esposas y las guardo, le recompongo el vestido. Es extraño, no entiendo por qué no se mueve. No puedo soportar que no me mire, que no me hable. La cojo de las muñecas y empiezo a gritarle; levanta, coño, levanta; arranco el amonites de su cuello y lo lanzo fuera por la puerta de la terraza. Poco a poco me voy calmando. Salgo a la terraza, salgo de aquella finca y comienzo a caminar por la ciudad como un estúpido loco. Pasan horas. De pronto es de noche y estoy otra vez allí. Frente a su portal hay un par de coches de la policía y un furgón mortuorio. Entro en el bar. No tengo ni que preguntar porque los camareros están retransmitiendo el suceso. Una tía se ha enchufado al gas, parece, sí, la hippy borracha, la que ha liado la pintora, un poco más y nos vuela a todos. No entiendo nada. Cuando desaparecen todos los coches oficiales vuelvo a subir por la finca de al lado. Sé que si subo estará allí esperándome, como por la tarde. La puerta de la cocina está cerrada por dentro. Toco con los nudillos, pero ella no me abre. Me acerco a la baranda, al mismo sitio donde nos abrazábamos para ver el puerto, y enciendo un cigarro. No siento pena, no siento nada, solo estoy confuso. No entiendo que no la vaya a ver más. Salgo de allí y me voy al puerto a vender bocatas».

Gonzalo no notó las miradas de sus compañeros ni sus saludos huidizos, ni los corrillos que se callaban al pasar. A esas horas del día no estaba nunca para muchos cumplidos, así que casi prefirió parapetarse frente a su ordenador con un café y repasar las notas de agencia. Metió dos veces la clave, se aseguró de que no tenía las mayúsculas puestas, buscó en su cajón la chuleta donde tenía apuntada la contraseña. Era la correcta. Aquel trasto se había estropeado del todo por fin, pensó, y levantó la vista buscando ayuda y entonces sí que le extrañó que todo el mundo lo estuviera mirando, hasta que reparó en que tras la cristalera que delimitaba su despacho el redactor jefe le estaba haciendo señas con el dedo índice para que fuera hasta allí. Una vez seguro de que su mensaje había sido recibido, bajó la veneciana. Gonzalo tomó su libreta de notas y se acercó hasta aquel despacho, le daba una pereza tremenda ponerse las pilas tan pronto, pero algún tema habría surgido para que le llamara antes de la reunión.

El redactor jefe lo esperaba sentado sobre el borde de su mesa con las gafas dando vueltas entre las manos. Cuando entró le hizo una seña para que cerrara la puerta y otra para que se sentara. Luego le alcanzó un sobre cerrado en el que solo estaba impreso el rótulo del periódico. La actitud sombría y circunspecta de su jefe le hizo sospechar que aquello no tenía mucho que ver con la faena habitual en el periódico. La cosa la tuvo muy clara antes de abrir el sobre y leer el documento que contenía. La carta de despido era concisa e impersonal, se le agradecía el trabajo realizado durante todos aquellos años, pero la empresa editora iba a afrontar una reorganización de las secciones que obligaba a la supresión de su puesto. Se le proponía la aplicación de una indemnización por despido que superaba en mucho lo estipulado por la legislación laboral y, además, la empresa se ponía a su disposición para cualquier informe laboral o carta de presentación que les requiriera en un futuro. Gonzalo creyó que le iba a entrar un ataque de risa de un momento a otro.

—No tengo nada que ver con esto. Viene de arriba del todo. —El redactor jefe estaba pasando un mal trago y se le notaba. Gonzalo lo comprendió, nadie de aquel periódico hubiera movido un dedo para ayudarle, pero tampoco para perjudicarlo. Las cosas sucedían de alguna manera, por alguna concatenación de sucesos más o menos relacionados, pero nunca dependían de la voluntad de

nadie, nunca ninguna persona apretaba el botón—. Cualquier cosa que necesites fuera de aquí, sabes que puedes contar conmigo.

—No te preocupes, lo sé. Esto venía de antes. Estaba esperándolo —rio—, pero me podíais haber avisado ayer a última hora y así no habría venido hoy. Supongo que puedo recoger mis cosas. Hubiera necesitado borrar algún fichero personal del ordenador.

—Lo siento, Gonzalo, si por mí fuera podrías borrar todo lo que quisieras, pero la empresa piensa que el ordenador no es un ámbito personal. Te aseguro que yo mismo me encargaré de que los informáticos borren todo lo que no tenga que ver con el periódico.

—Bien, no pasa nada, tampoco hay nada importante, en realidad.

—Bueno. Si quieres consultar con tu abogado, podemos quedar en dos o tres días para la firma. —Aquel hombre estaba tan compungido que a Gonzalo le entraron ganas de abrazarlo, pero una extraña lucidez que pocas veces antes había disfrutado le hizo comprender que aquel tipo solo estaba ejerciendo su papel.

Volvió a reír con una risa que sintió cruel. Desplegó el documento sobre la mesa y lo firmó. Se lo entregó a su recién perdido jefe y salió con paso lento del despacho sin reparar en la mano tendida. Pasó junto a las mesas de sus compañeros como si la redacción estuviera vacía o fuera el decorado de un mundo irreal. Solo al cruzarse con la rubia encargada de la sección de economía reparó en ella, le sonrió por primera vez desde que trabajaban juntos. Ella le devolvió la sonrisa y le guiñó un ojo.

Salió de aquel edificio como si acabara de salir de prisión tras veinte años. A cada paso notaba que su alegría se iba haciendo más profunda, la tensión de su mandíbula iba desapareciendo en aquella increíble mañana, su mente pensaba las cosas más dispares como si jugara a sorprenderle. Pasó por un kiosco atiborrado de las nuevas colecciones de fascículos, como cada septiembre. Por un momento

estuvo a punto de empezar una, pero la alegría y la risa y la libertad eran tantas que ya no necesitaba coleccionar fascículos ni montar maquetas de aviones ni escribir vidas para tener la suya tendida hacia cualquier camino que quisiera escoger.

Se fue andando rambla abajo hasta la cafetería donde Ramos le dio el dossier tras la muerte de Sara. Le pareció que los días no habían pasado desde entonces. Se acomodó en la barra muy cerca de la dueña que seguía limpiando los vasos sin quitarle la vista al programa matinal de la televisión. Gonzalo preguntó si tenían chocolate y pidió una taza con churros. Lo iba a celebrar. Eran las diez y mientras mojaba su primer chorro el boletín informativo conectó con un corresponsal local que informaba del hallazgo de un cadáver en descomposición en un bosque cercano a la ciudad. La identificación concluyó que el fallecido era Bram Gosselt, un hombre de negocios holandés que se había alojado en un conocido hotel de la localidad. Aunque no se habían producido informaciones oficiales sobre las causas de la muerte, al parecer se trataba de un suicidio por arma de fuego. Por el estado del cadáver parecía ser que el suceso había ocurrido varios días atrás.

Gonzalo soltó el chorro dentro de la taza y se limpió frenético antes de poder sacar su móvil y marcar. Tras los tres timbrados apareció el mensaje de fuera de servicio o cobertura. Repitió varias veces la llamada y luego llamó a la comisaría y preguntó por él, pero Ramos estaba ilocalizable. No le quedó ninguna duda de por qué. Cuando intentaba marcar el número de Ramos una vez más, le entró una llamada. Al principio no supo muy bien si era la llamada a Ramos la que estaba en conexión, pero con mucho ruido y crepitar metálico pudo reconocer al fondo la voz de Alejandro.

—Tío, escucha y toma nota que esto es importante.

—¿Alejandro eres tú?, ¿dónde estás?, te hemos buscado por toda la ciudad. Tassia está muy preocupada.

—Escucha, no me interrumpas que esto no tiene señal. Estoy en Praga. Toma nota. En el hotel Europa, habitación 201. Ven que ya sé dónde está el cuadro.

¿Has tomado nota? —Gonzalo sacó su bloc y apuntó.

—Sí. Sí, lo tengo. No te muevas del hotel que iré en cuanto tenga vuelo.

—Escucha, te esperaré allí. Si no estoy cuando llegues espérame tú.

Cuando Gonzalo quiso volver a hablar Alejandro ya había cortado. El chocolate o el estrés de la llamada le pusieron a sudar. La mujer del bar había dejado de prestar atención a la televisión y lo miraba un tanto preocupada. Gonzalo le sonrió con un encogimiento de hombros y marcó el número de Julia.

—Me voy a Praga. Creo que Alejandro ha encontrado el cuadro.

—Ahh, vale. ¿Y no quieres que vaya contigo?

—Claro que quiero, ¿tú quieres? —La felicidad le hizo olvidarse de Ramos, del holandés, del despido, del cuadro y de todo.

—Yo me meto unas bragas en el bolsillo y me voy contigo adonde tú digas.  
—Era ella.

—Lleva más que te harán falta. —¿Por qué ahora le salían las palabras sin pensar que había pensado siempre sin decir?

Intentó contactar varias veces más con Ramos, pero fue imposible. Pagó y se fue paseando por la rambla, pasó frente a la comisaria, volvió a preguntar por Ramos. No sabían nada. Entró en el bar donde él iba siempre. Allí al final encontró a un compañero que le dijo que aún estaba de vacaciones, que en un par de días se reincorporaría. En realidad Gonzalo ya no sabía si debía hablar con él.

Hasta muy entrada la tarde no recibió respuesta de Ramos, un SMS enviado

desde un número oculto: «Sánchez nos la ha pegado. Olvídate del tema. Desaparece por un tiempo de ahí. No intentes contactar conmigo hasta que lo haga yo. Paco.»

Pensó en alguna forma de responder a aquel mensaje, pero un hastío insoportable le hizo desistir.

Al final a Julia no le bastó con una muda de bragas, sino con una maleta repleta de ropa y una bolsa de mano donde apenas le cabían los diferentes utensilios imprescindibles para un viaje como aquel; entre ellos los dos libros de Patrizia Runfolla en italiano y otro, no pudo ver el autor, más voluminoso que los otros dos juntos y en francés, sobre el *art nouveau* praguense. Gonzalo se convenció de que aquel viaje se podía convertir en una ruta cultural a poco que la dejara hablar. Y eso le encantaba. La miraba de reojo andando a su lado con la maleta a rastras y el pelo recogido por un pañuelo que le daba aspecto de partisana francesa. Sentía cierta nostalgia de todos aquellos días en los que se había quedado extrañándola durante horas tumbado sobre la huella que ella había dejado en su cama, oliendo el rastro de su cuerpo, esnifando aquel perfume White que ella vaporizaba siempre antes de irse. Estar junto a ella todas las horas del día y de la noche, compartir silencios, mirarla leer con sus gafas de estudiante de la Sorbonne, sentir su cabeza durmiéndose en su hombro y ponerle de vez en cuando un dedo bajo la nariz para evitar que roncara, escucharla contar con voz muy confidencial los orígenes, principales rasgos y obras más destacadas del *art nouveau*, o la historia de Alfons Mucha y sus carteles para Sarah Bernhardt o sus vidrieras en San Vito. Todos los minutos se habían convertido en ella. Todo era ella y su compañía, todo de ir por casa, de salita de estar en un avión volando hacia una ciudad que hasta hacía poco solo conocía por su club de fútbol.

—Este podría ser nuestro viaje de novios. —Gonzalo rozó su mejilla con un dedo. Julia siguió leyendo unas decenas de segundos más sin dar muestra de haberlo escuchado, luego cerró el libro sobre el marcador y giró la cara hasta que sus labios tropezaron con el dedo de Gonzalo. Su mirada volvía a estar más cercana de la burla que de la ironía.

—Si nos hacemos novios ya no te la chuparé tan bien, ¿eso lo sabes, verdad? —A Gonzalo no le hizo falta más para comprender que por ese camino iba directo a la derrota. Recuperó su dedo con dignidad y golpeó con él varias veces el cráneo de aquella criatura indomable.

—Mujer sin amor, sin arcada no hay mamada. —Julia no pudo evitar la carcajada y el morreo profundo con entrechoque de gafas ante la sorprendida mirada de los pasajeros cercanos.

—Te me estás soltando, ¿eh?, te me estás soltando. —Julia no podía parar de reír entre beso y beso y pellizcos por todas partes, como si estuviera enamorada de aquel hombretón igual de tímido que un adolescente.

Lo primero fue llegar al Grand Hotel Evropa y escuchar las explicaciones de Julia sobre la perfecta combinación de *jugendstil* y *sezessionsstil* en aquel sobrecogedor edificio de principios del siglo recién ido. A Gonzalo le llamó la atención la profunda y mohosa decadencia que respiraban aquellas paredes con sus luces dormidas en lo antiguo, la tremenda paradoja de que toda su modernidad, entre tragedias y desolaciones, se había vuelto vieja al poco de nacer. En recepción emplearon la falta de cortesía habitual para inscribirlos y darles la habitación 307. Gonzalo intentó emplear su inglés chapurreado, pero el recepcionista no hizo ni intención de escucharlo, mucho menos de entenderlo. Julia empezó a traducir a un francés perfecto y aquel hombre con chaleco y pajarita tras el mostrador pareció volver a la vida y una sonrisa luminosa acompañó el brillo solícito de su mirada bañándose en la simpatía de aquella mujer hechicera. El hombre no recordaba cuántos días hacía que no había visto a Alejandro por el hotel. Miró en su base de datos y comprobó que Alejandro había dejado el hotel tres días antes.

Gonzalo y Julia subieron a su habitación sin saber qué pensar. Habían perdido el enlace con Alejandro y no tenían forma de contactar con él. Julia estaba muy seria, Gonzalo pensó que era la primera vez que parecía profundamente disgustada por algo. Intentó hacerle un par de carantoñas, pero no tuvo demasiado éxito y decidió respetar su distancia. Le preguntó por el libro de relatos y Gonzalo lo sacó de su maleta. Mientras él se afeitaba, Julia se puso a leer muy concentrada el segundo relato. Cuando Gonzalo terminó de arreglarse, Julia le señaló un párrafo subrayado en el que Alejandro, la tinta era más reciente, había trazado dos círculos que enmarcaban el párrafo y también una palabra: *desván*.

Julia le mostró las notas que había tomado en una hoja. Había sacado de los

subrayados en el relato una lista de sitios donde podría haber guardado Sara el cuadro. El primer lugar lo ocupaba la Vieja Nueva Sinagoga. Leyó la lista de principio a fin, luego exclamó; esto es de locos. Gonzalo volvió a leer con más calma el párrafo subrayado y se preguntó cómo entrarían en aquel desván sin llamar demasiado la atención. Antes de salir a la calle se pasaron por recepción para que el transformado recepcionista le explicara con toda amabilidad a Julia cómo llegar al barrio judío.

Al primer giro saliendo de la plaza Wenceslao ya se habían perdido. Julia quiso preguntar a algún transeúnte, pero Gonzalo se empeñó en guiarse por el plano de la ciudad que con su acostumbrada previsión había traído. De pronto, sin saber cómo, estaban en una especie de autovía en medio de la ciudad, a un lado la estación que enseguida Julia reconoció como la Estación Central, otro hito del *art nouveau* en Praga. Continuaron andando por aquella locura de carretera atestada de autos a gran velocidad, de ruido, polución y la sensación de estar en medio de un espacio imposible, sin final, sin principio. De pronto la autovía se elevaba sobre el nivel de las calles y se convertía en un camino sin alternativa ni sentido. Más de medio kilómetro después encontraron una rampa lateral que les permitió descender de aquel embudo amenazante y volver a lo que parecía la ciudad. Gonzalo consultó diez veces el plano mientras Julia lo miraba entre divertida y resignada, luego, con gran gravedad y auto convencimiento, exclamó; por aquí, mi contramaestre; mientras señalaba con brazo y dedo extendidos una calle por la que transcurría un tranvía y que parecía adentrarse en la ciudad vieja. Julia supo que lo quería un poco por esas cosas.

Pasaron junto a una cafetería que se llamaba La República, en castellano, y Gonzalo se acordó de Ramos. Entraron para tomar un café rápido y hacer los honores, pero ninguna de las camareras parecía entender nada de castellano ni saber muy bien qué evocaba el nombre del bar donde trabajaban. Mientras Julia iba al baño, Gonzalo llamó a Ramos. Su móvil continuaba fuera de servicio o sin cobertura. Julia tomó el puesto de timonel y le preguntó a una de las chicas cómo llegar desde allí a Josefov. Iban bien, solo tenían que continuar recto y llegarían a náměstí Republiky; allí, girando a la derecha, pasaban la boca de metro y seguían las vías del tranvía por Revoluční hasta que llegaran a la confluencia de la calle Dlohuá, en la que tenían que girar a la izquierda. La chica les señaló en el plano cada calle y cada giro para que no tuvieran pérdida. Los caminantes salieron de nuevo a las calles, convencidos de que aquel laberinto no tenía

escapatoria. Como las representaciones en el plano nunca se corresponden del todo con las rutas representadas, necesitaron muchas más vueltas, titubeos y señales erradas para conseguir llegar a una plaza circular y darse de bruces con un horrendo edificio de reciente construcción. De una de las paredes laterales colgaba una gran banderola en la que en enormes letras se leía Španělská synagoga. Enseguida sospecharon que aquel mamotreto de hormigón no podía ser la sinagoga y al acercarse comprobaron que aquello era un anexo a la sinagoga de estilo morisco que se encontraba detrás, una antesala que hacía las veces de museo. No cabía duda de que habían llegado al viejo gueto judío. Había multitud de turistas entrando y saliendo del edificio. Julia, siempre resolutiva, se acercó a una papelería cercana y extrajo de ella un tríptico que al extenderlo se convertía en un plano con las seis principales sinagogas de Josefov. Localizó su destino y lo marcó. Se abrazó a Gonzalo de una forma que nunca solía hacer y comenzaron a andar siguiendo las indicaciones del plano. Recorrieron las callejuelas en busca de la Staronová synagoga bajo el sol y la mezcla de idiomas, los paraguas alzados y el cruce de objetivos fotográficos retratando la realidad poliédrica hasta su anulación en planos repetidos. Tomaron Široká y cruzaron Pařížská para doblar a la derecha por Maiselova. Enseguida la multitud les confirmó que iban por buen camino. Julia había sacado su guía y le leía muy despacio la historia del gueto. Gonzalo recordó los celos que había sentido de aquel escritor a quien ella le leía de joven. Se sintió orgulloso de llevarla al lado, de que ahora leyera para él con esa voz que convertía las palabras en juego y después. Volvieron a doblar por una pequeña calle llena de puestos de *souvenirs* en la que había más turistas aún y llegaron a una sinagoga que hacía de museo junto al viejo cementerio judío. Entraron en el museo y enseguida les recibió un gran escaparate interior donde se amontonaban cientos de zapatos, zapatillas, botas y cualquier tipo de calzado que hubiera llevado alguno de aquellos niños. El tiempo y el polvo habían borrado los colores que quizá en su momento fueran tan vivos como sus dueños. A su derecha se sucedían las vitrinas con dibujos hechos por aquellos muertos niños para siempre. Eran simples dibujos infantiles, sin sombra ni volumen, solo con el horror cotidiano de lo que pasa cada día y las garitas de los guardias y las alambradas. Julia estaba pálida, callada, con esos labios que se le apretaban cuando algo le dolía por dentro. En otras vitrinas había objetos como plumieres, peonzas y un rústico diábolo. También fotografías de niños y mayores formando en un patio, sentados en bancadas, acostados en literas. Una de las fotografías mostraba a una mujer joven bien peinada y con buenas ropas, un abrigo oscuro con la estrella amarilla como etiqueta, unos ojos sin miedo ni tristeza, con tesón, quizá con esperanza, y una boca que a Gonzalo le pareció la de Julia. La mujer sujetaba una maleta en una mano y con la otra

tomaba de la mano a un niño, de unos nueve o diez años, repeinado, guapo, serio, haciendo cola muy formal junto a su madre y también con la estrella cosida a la chaqueta. En una cartela bajo la foto se explicaba que aquella mujer y su hijo esperaban el traslado a Auschwitz desde Terezin. Era muy probable que aquella madre no supiera a dónde iba. Julia acarició la mejilla de Gonzalo como solía hacer en los momentos en que necesitaba agarrarse a algo que valiera la pena. Gonzalo notó que temblaba y la abrazó como aquel primer abrazo. Ninguno de los dos dijo nada. Salieron de allí para entrar en el cementerio medieval y caminar por entre aquel maremágnum de lápidas a medio zozobrar. Era impresionante pensar que en tan poco espacio cupiera tanta muerte, tantos siglos de huesos y plegarias ensimismadas. Buscaron la tumba del rabino Löw y esperaron a que se hiciera un hueco entre los que iban a mirar y los que iban a rezar. El mausoleo estaba repleto de piedrecitas que iba depositando la gente. Muchas de ellas pisaban pequeños billetes de papel donde en multitud de idiomas se encomendaban al rabino los más variados deseos terrenales o espirituales. Julia se giró para que Gonzalo no pudiera verla y escribió con esmero unas frases sobre una pequeña hoja, luego la depositó sobre la tumba y puso sobre ella una pequeña piedra. Gonzalo supo que iba a morir si no averiguaba qué había escrito en aquel papel.

Salieron del cementerio y continuaron camino hacia la Vieja Nueva Sinagoga. Siguieron por la estrecha calle que giraba en un ángulo de casi cuarenta y cinco grados y salieron a otra que en el pequeño plano no tenía nombre. Se decidieron a girar a la derecha para buscar su objetivo y continuaron recto hasta perderse. Ambos reían divertidos burlándose el uno del otro por no ser capaces de guiarse ni con aquel plano esquemático ni con el que llevaba Gonzalo, más detallado, pero también difícil de seguir por el sinuoso entramado de calles. Decidieron continuar con el tríptico y siguieron la calle recta hasta que consideraron que debían torcer a la derecha. Dos calles más y se encontraron de nuevo en la plazoleta redonda frente a la Sinagoga Española. No podía ser. Lo volvieron a intentar, primero siguiendo el primer recorrido que ellos creían haber seguido, pero al rato estaban de nuevo frente a la misma sinagoga, justo en el mismo sitio del que habían partido. Julia, mujer de mundo donde las hubiera, se hizo con el mando supremo y dirigió la tercera intentona, ahora buscando otras calles que en dos ocasiones más les devolvieron al mismo sitio. Esto no puede estar pasando, dijo Gonzalo que ya empezaba a desesperarse; pero Julia de repente empezó a reír como una loca y a dar saltos como si bailara alguna danza ancestral.

—Estoy de atar, estoy de atar —siguió repitiendo sin importarle la cara de besugo que se le estaba poniendo a Gonzalo—. En vez de marcar la Vieja Nueva Sinagoga en el plano he marcado la Sinagoga Española, esta —la señaló con las dos manos como si fuera un árbitro de boxeo—, así que hemos estado dando vueltas para volver cada vez aquí por no leer los letreritos. ¿Habría que ser inútil, madre mía? —La risa era ya incontenible—. Vámonos a comer que esta gente come muy pronto y ya luego secuestramos a un rabino y no lo soltamos hasta que nos lleve a la maldita sinagoga esa.

A Gonzalo le pareció muy bien la propuesta y deambularon por las calles hasta que en Maiselova, justo al lado de la sinagoga del mismo nombre, encontraron un restaurante que se llamaba U Gulema. Por supuesto entraron allí y pidieron dos Urquell heladas antes que nada. El restaurante parecía tan antiguo como el barrio. Sus paredes estaban llenas de viejas fotografías, instrumentos musicales y relojes de campana. Una calculada penumbra le daba un aspecto vetusto y descuidado. Como escenografía estelar, en una pared al fondo habían reproducido las calles del gueto antiguo y frente a ella destacaba un inmenso muñeco de madera, un *golem* terrorífico iluminado por un foco de luz roja y por una farola, escoltado por un perchero de pie. Era como si todos los objetos decorativos del restaurante hubieran sido recogidos por las calles sin orden ni concierto. La mayoría de las mesas estaban ya vacías a aquellas horas y no tuvieron dificultad para escoger una cerca del *golem*. Se tomaron las cervezas casi sin respirar y pidieron dos más junto a los platos más típicos de la comida del gueto que encontraron. Julia tomó la mano de Gonzalo sobre la mesa como casi cada vez que comían o cenaban en un restaurante y comenzó a pellizcarle cada dedo como si fuera una terapia recién descubierta para espantar los males de melancolía. Gonzalo llevaba la pregunta cargada y no pudo resistirse a dispararla aunque supiera muy bien que si Ramos hubiera estado allí también le habría aconsejado que no pronunciara tamaña estupidez.

—¿Me quieres? —Se arrepintió nada más abrir la boca. Tenía la sensación de que siempre elegía la peor opción de una forma consciente.

—No me lo preguntes, solo siéntelo, por favor.

Cuando salieron de allí Julia retomó la dirección y esta vez, con el destino bien marcado en el pequeño plano, solo tuvieron que seguir recto por Maiselova para llegar a la Vieja Nueva Sinagoga. Julia le explicó a Gonzalo que se trataba de la sinagoga más antigua de Europa, que su estilo era gótico temprano y que aunque había sido rehabilitada bastantes veces, la última un par de años antes, conservaba casi por completo su aspecto original. Gonzalo se calzó en la cabeza la *kipá* de papel que le proporcionaron en la entrada y se dispusieron a entrar. Si el edificio en su exterior desprendía una robusta solidez, ya en el interior aquella rotundidad se transformaba en gravedad iluminada por infinitas partículas de tiempo que flotaban bajo la luz muy amarilla de numerosas arañas que colgaban de los techos. Algo sobrecogía el ánimo y hacía pensar que lo más perfecto que ha creado el hombre ha sido a dios. Se pararon junto a dos arcas que había cerca de la entrada. Julia buscó en su guía, pero allí no decía nada de ellas. Un hombre se aproximó hasta ellos y les saludó con una amabilidad discreta. Llevaba una *kipá* negra y unas largas barbas que le tapaban la pechera de su camisa blanca y la chaqueta negra abrochada con un único botón. Hablaba un español seseante y antiguo, muy culto y alambicado, sin duda fruto de su ascendencia sefardí. Les pidió permiso para enseñarles el recinto y no supieron negarse. Les explicó que aquella sinagoga era la más importante de Praga, donde siempre habían explicado la Tora los más sabios rabinos. Les señaló las dos arcas y les dijo que allí antiguamente se depositaban los impuestos de toda la comunidad judía, luego les fue llevando a recorrer los rincones más emblemáticos y se detuvo en cada sitio para explicarles con todos los detalles la historia, ritos y leyendas que entrañaba. Julia bizqueó al intentar mirar por las estrechas aberturas que separaban la nave central y la lateral, destinada a que las mujeres no pudieran ver ni ser vistas, solo podían escuchar las palabras del rabino, a lo que replicó un tanto mordaz que con suerte no podrían ni siquiera entenderlas. Les enseñó el tabernáculo donde se guardaban los rollos de la Tora. Estaba protegido por una cortina bordada con motivos del Templo de Jerusalén. Aunque aquel hombre les dijo cómo se nombraba en el ritual del judaísmo aquella tela, al momento se les había olvidado. En el centro de la nave principal se encontraba una plataforma más elevada, la *bima* dijo el hombre que se llamaba, donde desde un pupitre se leía la Tora. Alrededor de la *bima* un cerramiento de reja gótica separaba este espacio del resto de la nave. En las paredes se encontraban multitud de inscripciones hebreas, versos de salmos. Aquel hombre les tradujo algunos y Julia, que ya había tomado cierta confianza con él, le preguntó.

—¿Podríamos subir al desván?

El hombre volvió a sonreír encantado y tomó a Julia del brazo para acompañarla hasta la salida. Gonzalo les siguió un tanto perplejo. Al salir dieron la vuelta al edificio y aquel hombre se detuvo frente a unos rudimentarios peldaños de hierro insertos en la pared a partir de cierta altura. Los peldaños llegaban hasta una pequeña abertura ojival que estaba cerrada por una puerta de bronce con la estrella de David inscrita en su centro.

—Ese es el desván. Ahí no ha entrado nadie desde hace mucho tiempo. No se puede entrar.

—Pero dicen que allí están los restos del *golem*, ¿no? —Julia y Gonzalo empezaron a pensar que su aventura en pos de Alejandro iba a terminar en decepción.

—Sí. Otros dicen que está enterrado en el subterráneo, pero, ¿sabe usted?, el único lugar donde se pueden guardar las leyendas es en el corazón.

Aquel hombre llevó la mano derecha al lugar que debía ocupar su corazón e hizo una cortés reverencia ante Julia. Luego volvió a sonreír y se alejó de ellos. En ese momento sonó un móvil y Gonzalo tardó en darse cuenta de que era el suyo. Cuando contestó oyó la voz de Alejandro.

—Escucha y apunta. Nos vemos mañana a las siete de la mañana en la calle Letenská, 17, puerta 20. Sé puntual porque si no estás allí en punto todo se perderá.

Cuando Gonzalo intentó contestar Alejandro de nuevo ya había colgado.

Alejandro había perdido ya la cuenta de los días que llevaba deambulando por Praga con Violeta. Se había mudado a su pequeño piso en la Malá Strana y ya era como si nunca hubiera existido nada más que Violeta y Praga, sus callejuelas, sus *kavárnas* y cada una de sus leyendas hecha realidad ante su vista por las palabras de Violeta y las noches envueltas en pasos y sombras que le seguían siempre a la misma distancia. Sin avanzar, sin retroceder. Andaba con la venezolana sabiendo que no iban a ningún sitio, solo esperaban el momento en que su ahora se pudiera convertir en nunca. La voz de Violeta eran las palabras de Alcides, sus besos y su andar a su lado eran los de Sara. Aquel maldito cuento que empezó tantos años atrás se había quedado sin renglones en la Moleskine. Los paseos de Violeta y Alejandro habían ido alejándose del día y perdiéndose en la noche. Poco a poco también se habían alejado del centro hasta dejarse llevar por los barrios más periféricos y obreros, enfrazados aún de un manto de realismo socialista que las luces de neón del neoliberalismo no habían podido desterrar del todo. Allí el aguardiente era de destilación casera y a Alejandro le era más fácil perder la idea de sí mismo. En algún momento de la noche tenía que guarecerse en el patio interior de algún edificio para provocarse el vómito y que se le pasaran aquellas arcadas secas bañadas en sudor frío. Violeta le sujetaba la frente y, si lo encontraba demasiado mal, ella misma le introducía los dedos hasta la garganta. Cuando amanecía se volvían caminando al piso desde donde estuvieran y una vez allí ella lo bañaba con cuidado y no le dejaba dormirse hasta que no hubiera desayunado algo. Nada más despertarse follaban hasta que la risa de Alejandro volvía tímida y llamándola Sara, se duchaban juntos y salían a comer en algún restaurante la única comida del día. A medida que los delirios y la supuesta realidad se le mezclaban, Alejandro llegó a fundir por completo a Violeta y Sara. Las dos eran Sara ya que caminaba junto a él narrándole las mismas historias de entonces. Dejó de preocuparle verse a sí mismo siguiéndolos a distancia, incluso bromeó con Sara para tratar de despistarse, pero, por más que se metían por patios interiores y bajaban a las galerías subterráneas de Praga para emerger en cualquier punto de la ciudad, les fue imposible. Su perseguidor, él, siempre estaba allí.

Muchas veces el delirio lo llevaba a confundir a Sara; ¿a cuál de ellas?; con aquel amigo que pintó el cuadro y las calles de Praga se cambiaban por las de su

ciudad y volvía a aparecer el callejón de la fábrica de ladrillos, la acequia cubierta y el terror, el inmenso terror de no poder estar solo. Entonces Violeta se callaba y lo dejaba delirar sujetándolo para que no tropezara con las grietas de su mente. Alejandro creía andar con su amigo por los callejones de Praga llenos de gatos negros. Un gato negro con un único ojo amarillo los guiaba hasta Celetná, 3, donde a las cinco de la madrugada volvía de farra el fantasma de Kafka y entonces el amigo ya no estaba, hacía muchos años que había desaparecido aquel tipo, y Kafka y Alejandro se quedaban hablando apoyados en el portal fumando un cigarrillo tras otro hasta que Violeta lo tomaba del brazo y le susurraba en el oído; vamos a casa.

Un día la voz de Violeta pronunció el mensaje de Alcides; mañana es el momento; y Alejandro respiró aliviado porque por fin ya había pasado el pasado y venía la nada. Cuando se despertaron follaron como si fuera la primera vez y, por primera vez, Violeta le pidió que no la volviera a llamar Sara. Alejandro solo pudo musitar un perdona que era más una pregunta extrañada. Llamó por teléfono a Gonzalo y salieron como cada tarde a buscar la noche. Recorrieron los sitios de cada vez, caminaron muy juntos de la mano y se besaron en los portales al abrigo de los turistas. Violeta le contó de nuevo la historia de aquel hombre que criaba reptiles en La Portuguesa, babas, en el río Guanare, le habló de su morichal y de cuando a su abuela irlandesa la quemaron en un bosque al que ella quería volver algún día. Alejandro reía y acariciaba esa barriga de tambor que le rebotaba a cada toque de sus dedos. Aquella noche Violeta se había quitado las rastas y llevaba el pelo de color azul hasta la cintura. Antes de salir de casa se había hecho una friega del ungüento de su propio flujo por el vientre, los pechos y la cara. Decía que era un encantamiento que hacía que los hombres y las mujeres que pasaban no pudieran evitar desearla. Alejandro le dijo que él la deseaba sin necesidad de encantamientos, pero ella negó con una sonrisa en los labios; tú me deseas a ella; le dijo sin rencor. Alejandro la llevó a un portal escondido y allí le subió las faldas hasta la cintura, olió su vientre hasta olvidarse de Sara y empezó a lamer hasta que el reloj del ayuntamiento dejó de marchar al revés. Violeta le hizo prometer que esa noche no se emborracharía. Alejandro cumplió y solo bebió lo necesario para no temblar. Llegaron hasta Vyšehrad siguiendo el Vltava, allí pasaron hasta una terraza sobre el río y se sentaron en un banco. La luna estaba esa noche en cuarto menguante y casi no iluminaba la ciudad bajo sus pies. A esas horas de la madrugada ya no había casi nadie por la calle, apenas los pocos que regresaban de sus trabajos o de sus fiestas. Solo se sentía el respirar apagado que venía del cementerio de la fortaleza. El frío de

septiembre ya era notable y Alejandro se quitó la cazadora para ponérsela a Violeta sobre los hombros. Los dos se apretujaron muy fuerte para sentirse y el flujo de Violeta parecía estar llamando a los muertos. Comenzó a masturbarlo como tantas veces había visto que Sara lo hacía con Alcides. Llenó de saliva sus dedos pulgar e índice y su mano se acercó muy despacio, como distraída. Los dos dedos fueron recorriendo la superficie del glande, muy lentos, muy ligeros, como si espolvorearan azúcar en el vacío; luego, cuando el deseo había cobrado la suficiente consistencia, abrazó el pene con los cinco dedos y empezó a subir y bajar cada vez con más ritmo, con más presión. Alejandro oía su voz junto a su oído, tierna como el merengue, contándole la leyenda de la princesa Libuše, que desde allí mismo donde se encontraban arrojaba a sus amantes al río después de haberlos gozado. No podía dejar de mirar aquellos ojos sobrenaturales. Por un momento quiso recordar el rostro de Sara. No pudo.

Cuando se acercaban las cinco de la mañana salieron de aquel mundo fantasmal y regresaron hacia la Staré Město por las calles traseras de Vyšehrad hasta encontrar de nuevo la calle Celetná. Llegaron justo a las cinco de la mañana, pero aquella noche Kafka no apareció. Se quedaron besándose en su portal y al rato Violeta volvió a decirle al oído; ya llega el momento; y los dos siguieron paseando abrazados en busca del puente y la callejuela recta hasta la iglesia de San Nicolás en Malostranské namesti, y luego girar a la derecha para encontrar Letenská, y luego seguir la calle hacía arriba para buscar el número 17. Atravesaron el túnel, pasaron junto a unas dependencias de la policía municipal y llegaron a su destino sin hablar y sin tristeza, cada paso seguía al otro sin preguntarse dónde había quedado el anterior. Alejandro se volvía cada poco para ver si aún se seguía a sí mismo, pero en toda la noche no había podido descubrirse. El número 17 de la calle Letenská correspondía con un edificio antiguo y robusto, una casa noble que con el tiempo y el socialismo había decaído en edificio de pisos compartimentados. Su fachada aún conservaba a duras penas el porte de un rígido almohadillado con aires renacentistas en su rítmica disposición de cuatro plantas con ventanas coronadas por frontones. Su portal estaba también enmarcado por un frontón, dos columnas y muchísimas pintadas que le daban una apariencia de completo abandono. Violeta y Alejandro se detuvieron frente a la puerta; ya estamos, ya estamos; es el momento; sí, es ahora, el cuarto piso, puerta 20. Violeta tenía los ojos grises de los momentos tristes, pero sonrió con aquel cariño antiguo y lo besó muy largo en los labios. Sacó de su bolso unas llaves y abrió el portal, se las entregó a Alejandro, dio media vuelta y se alejó de allí en dirección al túnel. Alejandro entornó la puerta

y se dispuso a subir.

No había luz eléctrica en el edificio, encendió el mechero para orientarse en el amplio zaguán hasta la escalera. Tuvo que andar con mucho cuidado porque aquello estaba lleno de materiales de construcción y muebles antiguos apilados por cualquier sitio. Llegó a la ancha escalera que conservaba unos escalones de mármol tan desgastados que era fácil resbalar en ellos. Fue subiendo peldaño a peldaño con cuidado, apagando el mechero cada poco tiempo para no quemarse los dedos. Se alegró de no haber bebido lo habitual porque habría sido imposible que no rodara escaleras abajo. Tras muchos cuidados llegó a la cuarta planta y buscó la puerta número veinte. Abrió no sin dificultades y se encontró en un largo pasillo al fondo del cual se vislumbraba la claridad de una ventana. Avanzó despacio por el pasillo interminable con puertas a ambos lados. Se oían chillidos y correrías de ratas asustadas por su presencia. Notó cómo iba pisando sus excrementos y sintió un pavor desconocido cuando varios pares de diminutos ojos brillaron en la oscuridad. Llegó a una amplia estancia con tres ventanas que supuso daban a la calle Letenská. No había ningún mueble en aquella sala. El único objeto reconocible era el cuadro sobre un caballete junto a la pared, cubierto por una tela que no había escapado al desgarró de los dientes de las ratas. Encendió el mechero una vez más y vio en uno de los rincones una palmatoria con una vela a medio consumir. Tomó la palmatoria por su asa y encendió la vela. Pudo distinguir más de cuatro ratas observándole con fijeza antes de salir huyendo, también pudo distinguir a Alcides apoyado en la pared, junto a la puerta del pasillo, con los pantalones de raya marcada y la chaqueta gris clara que siempre llevaba. Sujetaba el sombrero entre las dos manos a la altura de la cintura y su sonrisa parecía dar la bienvenida al peregrino. Alejandro no pronunció palabra. Se dirigió hasta el caballete y descubrió el cuadro. Allí estaba aquella otra vela embalsamada incapaz de iluminar ningún camino, ningún recuerdo, brillando ahora gracias al reflejo de la vela que Alejandro aproximó hasta pocos centímetros del lienzo. No se entretuvo demasiado en la obra pictórica, tomó el bastidor con una mano y le dio la vuelta sobre el caballete. En la trasera Sara había escrito descifrado el poema que él le encriptó en el relato. A sus espaldas comenzó a oírse la voz tranquila de Alcides.

—Te has pasado la vida buscando un culpable de que nada fuera como tú querías, pero al fin has comprendido que las cosas solo son lo que creemos que son. Nada más. No había duendes en el cuadro, ni Sara era el molde de lo que tu

mente necesitaba proyectar. No hay duendes, cada uno es su propio duende. Nada más existe. Ni las cosas, ni los días ni las vidas. La ficción no puede existir si no crees, pero mucho menos puede existir la realidad. Nada tiene valor si no crees en ello. ¿Qué importa tu vida o la vida de nadie, qué importancia puede tener el universo? La existencia es absurda si no crees en algo, aunque ese algo solo seas tú.

Alejandro se giró para ver el rostro de Alcides. Continuaba hablando imperturbable, con una cadencia que adormecía, que hacía sentirse muy bien.

—Creo que sin ti no habríamos terminado así.

Alcides sonrió mientras asentía, se acercó hasta Alejandro y le puso una mano protectora sobre el hombro izquierdo. Lo miró por un breve instante y luego salió por el pasillo para desaparecer en la oscuridad.

Alejandro cerró los ojos con fuerza para recuperar el rostro de Sara, su risa, su hoyuelo asintiendo. Había amanecido ya. La luz que entraba por las tres ventanas había desvanecido los espíritus y las ratas. Se encontraba bien. Hubiera sido capaz de salir de aquel putrefacto piso y empezar a vivir de nuevo la mejor vida posible. Ninguna de las palabras de Alcides le había causado el mínimo efecto. Por primera vez no había tenido poder sobre él. No creía en nada y eso lo hacía tan fuerte como cualquier creencia. Recordó las palabras de Violeta en el café Milena; la vida solo es bella gracias a la muerte; y se acercó a una de las ventanas. Habían dado ya las siete. Cuando abrió un aire frío le caló los huesos. No tuvo ninguna dificultad en auparse y saltar.

En previsión de que el plano y la ciudad no los volvieran a engañar y llegaran tarde a su cita, Julia habló con su amigo el recepcionista para que un taxi los recogiera en la puerta del hotel a las seis y media de la mañana. Desayunaron en silencio en la cafetería. Julia dejaba perder su mirada por los taraceados de las paredes de aquella joya del *arte nuevo* mientras masticaba despacio su ración de tarta. El taxi los recogió con algunos minutos de retraso y aunque el tráfico era escaso llegaron a su destino un poco después de la hora fijada. Nada más atravesar el túnel de Letenská el taxista tuvo que detenerse porque un tranvía les impedía el paso. Algo había sucedido. Alguno de los pocos transeúntes que circulaban por allí se había parado y observaba más allá del tranvía. Pagaron la carrera y continuaron andando en sentido al número diecisiete. A Gonzalo no le hizo falta ver con claridad la escena frente a la casa donde se dirigían para saber lo que se iban a encontrar. A unos metros del cuerpo de Alejandro observaban inmóviles, sin saber qué hacer, el conductor del tranvía y un par de viandantes. Miraban aquel cuerpo como si no comprendieran qué hacía allí. Gonzalo llegó corriendo y se agachó junto a Alejandro. Sus ojos también estaban cerrados y la cabeza ocupaba una posición dislocada con respecto al tronco. Un gran charco de sangre oscura la rodeaba e inundaba los huecos entre los adoquines y el intersticio de la vía. Julia se escabulló hacia el portal del diecisiete, empujó la puerta entornada y se perdió en el edificio. Gonzalo alzó la vista y distinguió entre lágrimas a alguna gente que se acercaba y un par de municipales que venían a la carrera. Igual que había hecho con Sara, rozó con sus dedos el cuello de Alejandro. De su colgante pendían las dos mitades del amonites. Por un momento pensó en arrancarlo y llevárselo como prueba de que la historia que se le escapaba había sido historia y no sueño. No lo hizo. Aquella historia no era la suya. Era mejor dejarla escapar. Dejó de pensar para actuar con rapidez y, antes de que los policías llegaran junto a él, registró el bolsillo interior de la cazadora de Alejandro. Sacó la Moleskine y se la guardó. En ese momento vio a Julia que abandonaba la casa con el cuadro envuelto con una tela. Le hizo una seña para que la siguiera y se fue andando calle abajo. No se juntaron hasta que llegaron a una gran avenida que desembocaba en un puente sobre el río. Tomaron un taxi y volvieron sin pronunciar palabra al hotel. Julia posó su mano sobre la de Gonzalo en el asiento.

En la habitación Julia trabajó con unas tijeras sobre la trasera del cuadro y al poco sacó un pequeño sobre que contenía una hoja de libreta doblada en dos pliegues. A Gonzalo no le costó mucho adivinar que allí estaban las claves de la caja de seguridad del banco donde Sara había escondido todas las pruebas contra Van Loos y los números de las cuentas donde había metido el dinero que le había desfalcado. Gonzalo se tumbó en la cama. De forma automática pulsó el mando a distancia de la televisión, luego le quitó el sonido. Julia iba y venía por la habitación sin pronunciar palabra. Estaba haciendo su maleta y sus labios fruncidos indicaban que algo iba mal. Pasó media hora o igual más, Gonzalo no supo si se había quedado dormido. No podía pensar. Tocaron a la puerta de la habitación y Julia fue a abrir. A Gonzalo apenas le dio tiempo a ver el rostro de Francis. Julia le dijo en voz muy baja que la esperara abajo. Cuando cerró la puerta se acercó y se sentó al borde de la cama junto a él.

—Tengo un nudo en el estómago. —Bajo los ojos que no se atrevían a mirar tenía una multitud de microscópicas gotas de lágrima. Era su forma de llorar.

—¿Te vas a ir? —la voz de Gonzalo sonó a caricia, a abrazo para que no se sintiera mal.

—Te dije que no podía ser fiel —no era confesión, ni advertencia, ni siquiera excusa.

—Tu hombre es él, ¿verdad?

—¿Recuerdas cuando te hablé de la historia de acoso y derribo? Él me quiso conquistar desde el primer día que me vio. Yo no quería pensar que obtenía las becas de su fundación por eso y me negué en rotundo a tener ninguna relación, ni siquiera de amistad. Él no se echó atrás y me puso cerco de una forma tan sutil, tan educada, tan sincera, que después de meses y meses me enamoró. Desde entonces soy yo la que hago cualquier cosa para conquistarlo cada día.

—Entonces, ¿todo ha sido mentira? —no había el mínimo rastro de reproche en su pregunta.

Julia le extendió una hoja de papel y le pidió que la leyera. Eran las dos estrofas finales del poema de Kavafis:

Ítaca te regaló un hermoso viaje.  
Sin ella el camino no hubieras emprendido.  
Mas ninguna otra cosa puede darte.

Aunque pobre la encuentres, no te engañara Ítaca.  
Rico en saber y en vida, como has vuelto,  
comprendes ya qué significan las Ítacas.

Julia dejó un abultado sobre en la mesilla de noche y arrastró su maleta hasta la puerta. Antes de que saliera, Gonzalo se acordó de la última pregunta.

—¿Qué deseo escribiste en el papelito de la tumba del rabino?

—Que no me odies nunca. —Aunque los cuatro metros que los separaban le impedían ver con nitidez su rostro, Gonzalo supo que las minúsculas gotas ahora corrían hechas verdaderas lágrimas por sus mejillas.

—Tranquila, eso es imposible.

La puerta se cerró y Gonzalo cerró los ojos. Quizá se volvió a dormir un par de horas o tres. Cuando los abrió el horrible cuadro parecía querer llamar su atención sin conseguirlo. Revisó el sobre de la mesilla, Julia le había dejado tal cantidad de acciones al portador que si las utilizaba no tendría que volver a trabajar en su vida. Tomó su móvil y volvió a llamar a Ramos con el mismo resultado de los últimos días. De pronto las mariposas de Tassia le vinieron a la mente y la llamó. Respondió al instante con una voz nerviosa y asustada.

—Han puesto una bomba, ETA ha puesto una bomba en el coche de un poli. Se lo han cargado —quería hablar tan deprisa que el orden de las palabras se le volteaba.

—Cálmate, cálmate y explícamelo bien. —En lo más interior sabía que no había nada que explicar y que aquello no había sido cosa de ETA. Sabía que lo sabía todo.

Tassia volvió a contárselo con más orden. A Gonzalo no le hizo falta preguntar nombres. Pensó en sus cenas en El Molinón, en sus risas, en sus Romeo y Julieta, en su cordón tricolor. Se sintió feliz de haber vivido todo aquello. Se sintió feliz de saber que nunca más se le iba a apoderar la tristeza. Cuando Tassia le preguntó por Alejandro no le quiso contar nada, ya lo haría cuando la tuviera abrazada junto a él.

—Escucha, muchacha. ¿Te gustaría hacer un viaje conmigo?

—Tío, ¿qué te pasa?, ¿me has perdido el miedo o te estás quedando conmigo? —la voz de Tassia bailaba entre la ilusión y la incredulidad.

—Las dos cosas, pero lo de quedarme contigo es en el sentido literal. —Río feliz de no sentirse abortado nunca más, de saber que se había arrancado para siempre la piel que no le había dejado ser el tipo que hubiera querido—. En un par de días te recojo, ve preparando el pasaporte y a tu madre, que no le dé un soponcio cuando sepa que has encontrado un hombre serio y con dinero.

—No se lo voy a decir hasta que no estés tú aquí conmigo, que no me fio un pelo de ti. —Las risas de Tassia tras el terminal daban saltos.

Gonzalo tomó la Moleskine y la sostuvo entre sus manos mientras se dejaba invadir por las ganas del cuerpo de Tassia y de su alegría. El cuadro estaba apoyado en la mesita del televisor. En la pantalla muda pasaban una de esas horribles películas americanas. Un avión se estrellaba contra una de las torres

gemelas. Gonzalo sonrió con ironía y apagó el receptor. Abrió la Moleskine por la primera página y empezó a leer. La voz de Alcides comenzó a narrarte toda la historia.

